

95





NA: 343405

R.: 53-657



IN VERITATE
LIBERTAS

UNIVERSIDAD SAN PABLO CEU
BIBLIOTECA
GIL MUNILLA

GM/495

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

GUERRA
DE LA INDEPENDENCIA

HISTORIA MILITAR DE ESPAÑA

DE 1808 Á 1814.

POR EL GENERAL

D. JOSE GOMEZ DE ARTECHE Y MORO

Ayudante de Campo, que ha sido, de S. M. el Rey, segundo Comandante General del Real Cuerpo de Guardias Alabarderos é individuo de número de la Real Academia de la Historia

CON UN PRÓLOGO

ESCRITO POR EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR TENIENTE GENERAL

D. EDUARDO FERNANDEZ SAN ROMÁN

TOMO VI

MADRID
IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DEL DEPÓSITO DE LA GUERRA

—
1886

Esta obra es propiedad del autor, quien perseguirá ante
la ley al que la reimprima.

CAPITULO I

Alcañiz y Belchite

Estado de Aragón.—Rendición de Jaca.—De Monzón.—Resiste Mequinenza.—Expedición de Briche á Cataluña.—Pasa Mortier á Castilla.—Derrota de los franceses en Monzón.—Laval se retira á la línea del Martín.—El general Suchet.—Su cuerpo de ejército.—Ejército de Valencia y Aragón.—El general Blake toma la ofensiva.—Entra en Alcañiz.—Sale Suchet á su encuentro.—Batalla de Alcañiz.—Descripción del terreno.—Línea de los españoles.—Avanzan los franceses.—Comienza la batalla.—Ataque á los Pueyos.—Segundo ataque á los Pueyos.—Ataque al centro.—Es también rechazado.—Pérdidas en uno y otro campo.—Retírase Suchet.—Conducta de Blake.—Recibe refuerzos.—Emprende la marcha á Zaragoza.—Fuerza del ejército español.—Preparativos de Suchet.—Batalla de María.—Formación de los franceses.—La de los españoles.—Avanzan los nuestros.—Son rechazados.—Gran tempestad.—Ataca la izquierda francesa.—Derrota de la derecha española.—Ataque á nuestro centro.—Dispersión general.—Pérdidas.—Observaciones.—Los españoles se retiran á Belchite.—Acción de Belchite.—Posiciones españolas.—Atacan los franceses.—Nueva derrota.—Operaciones sucesivas de Suchet.—Su conducta posterior.—Resultados de la campaña.

La catástrofe de Zaragoza había sumido á Aragón en el estupor más grande, en el más hondo abatimiento. Los hijos de aquella noble tierra se creían desamparados de la reina de los ángeles, su excelsa patrona, y como constreñidos por su desgracia á rendir pleito-homenaje al soberbio Emperador, su terri- Estado de Aragón.

ble enemigo. Tan horroroso había sido el estrago de su ciudad, tan general la hecatombe de sus habitantes, que era raro quien no contase víctimas en su familia ó pérdidas de consideración en su peculio ó sus haciendas.

No faltaban, tampoco, en la ciudad de los que, por débiles ó por desleales, aconsejaban y aun predicaban la sumisión, creyéndola ineludible y hasta impuesta por la voluntad divina. Proponíase en las casas y reuniones; se recomendaba como lenitivo á los sufrimientos pasados en los centros administrativos, establecidos por las nuevas autoridades para el gobierno del país, y hasta se exortaba á los fieles desde el púlpito á conllevar, no sólo con resignación, sino hasta con alegría, con esperanza de grandes mejoramientos en el bienestar de los pueblos, la nueva situación del de Zaragoza (1). Nadie pudo observar con mayor conocimiento la situación de las provincias aragonesas en aquellos primeros días de la catástrofe de Zaragoza que el general Suchet al encargarse del mando del ejército francés, y él nos la pinta así en sus interesantes Memorias: «Porque, en efecto, dice, el reino de Aragón, todo entero, parecía haber succumbido con su capital; lo más florido de sus tropas y de sus habitantes yacía sepultado en sus escombros y cenizas. En todas partes reinaba, al menos en la apariencia, una tranquilidad perfecta.»

Ni podía ser otra cosa á raíz de acontecimiento tan decisivo y aterrador como la pérdida de Zarago-

(1) El tan famoso P. Santander, obispo auxiliar de aquella diócesis.

za, y de los que la fama iba difundiendo un día tras otro por toda la Península, sucedidos en la vecina Cataluña, en Castilla, Extremadura y Portugal.

Con todo, si esto sucedía en la ciudad recientemente conquistada, cuyo estado habría de aterrar á los mismos que, por amor á su libertad y por su propia gloria, no habían ni por un momento vacilado en hacerlo miserable hasta la más horrenda sublimidad; si esto sucedía, repetimos, en Zaragoza y en las poblaciones y comarcas inmediatas, en la vega del Ebro y la tierra llana que la avecina, no así en la montuosa más lejana, abrigo allí y en todas partes, entonces como en los tiempos remotos, de la independencia nacional. Ya dijimos que, al infringir los franceses la capitulación, la junta que sustituyó á Palafox se había visto obligada á ordenar la entrega de las fortalezas pertenecientes á aquel distrito militar. Pero, ¿quién se atrevería á acatar tal y tan triste providencia? Nadie quiso obedecerla ni hubo autoridad alguna militar ó política, pueblo ó aldea, que enviase mensaje de sumisión, un comisionado siquiera que la ofreciera verbalmente á los vencedores: por el contrario, las plazas que por su situación ó la robustez de sus muros podrían defenderse aun sin esperanza de éxito, sirvieron de punto de asamblea y de apoyo á la insurrección de los comarcanos. Las montañas, sobre todo, eran el más poderoso para la ocasión, el que menos peligros prometía, el que con mayores ventajas brindaba; y con razón dice un historiador alemán que «allí donde las montañas ofrecían posibilidad tan siquiera para la resistencia, el aragonés no se sometió en todo el tiempo de la gue-

rra, combatiendo como si quisiera fundar un nuevo reino de Sobrarbe.»

Para sacar inmediatamente el fruto que esperaban de su victoria sobre Zaragoza; para mejor establecer su dominio en el país y la administración que habría de bastar á su sostenimiento en él y á las nuevas empresas que les fuera necesario acometer, los franceses esparcieron destacamentos por las más importantes poblaciones de aquella antigua corona, siendo las preferidas Jaca, Monzón y Mequinena por sus fortificaciones, y Alcañiz, Daroca, Huesca y Barbastro por su riqueza ó el influjo que pudieran ejercer en sus respectivos distritos. Ya que ningún pueblo ofrecía, ni aun conminado, su obediencia, iríase á exigirles el juramento de fidelidad que la nueva dinastía obligaba á prestar á sus contumaces administrados. El 5.º cuerpo, de Mortier, se dedicaría á esa tarea en la izquierda del Ebro principalmente, mientras Junot, encargado del mando en jefe desde la marcha del duque de Montevello, la desempeñaría en la derecha y sostendría la capital con el 3.º

Rendición
de Jaca.

Urgía sobre todo la ocupación de Jaca que el Emperador reclamaba en varios de sus despachos como de la más alta conveniencia para establecer una comunicación rápida entre Francia y el Ebro central. (1) El duque de Abrantes comisionó al efecto al oficial de su estado mayor, M. Fabre, que partió de

(1) «Dareis al general que manda en Aragón, decía á Clarke, la orden de situar en Jaca un millar de hombres á las del ayudante comandante Lomet, con una compañía de artillería, además dos oficiales de ingenieros, un jefe de artillería y un comisario de guerra, haciéndole aprovisionar la plaza por seis meses y proveer, no sólo al sostenimiento de la tranqui-

Zaragoza en los primeros días de marzo á la cabeza del 34.º de línea y acompañado de «un auxiliar de nuevo género», dice el conde de Toreno, el P. Fray José de la Consolación, misionero de gran crédito en la tierra y que lo hizo valer en aquella coyuntura provocando la deserción de la tropa que guarnecía la plaza, cuyo teniente de rey, gobernador interino, D. Francisco Campos, hubo de rendirla el 22 de aquel mismo mes sin hacer uso alguno de las muchas piezas de artillería y municiones de boca y guerra que allí había (1).

lidad en la comarca, sino á que la comunicación sea directa y se mantenga libre entre Pau y Zaragoza. Recomendadle también que establezca por allí una correspondencia que resultará mucho más rápida.»

En cambio, su favorito Junot aconsejaba el abandono y hasta la demolición de las fortificaciones de Jaca. «Yo creo esto necesario, le decía al Intruso, sobre todo en un país como aquél, por donde la artillería, aun la ligera, encuentra muchas dificultades para pasar». (Véanse las correspondencias de Napoleón y José).

(1) Formóse un proceso sobre la rendición de Jaca que fué visto y fallado en consejo de guerra de generales en Alicante el 18 de Febrero de 1811. De él se saca que la fuerza del enemigo era de 1.500 á 2.000 hombres sin artillería; que la guarnición constaba de unos 500 hombres con víveres suficientes y la artillería necesaria para su defensa, y que los baluartes de la ciudadela, las murallas todas y los fosos estaban en buen estado, el recinto de la ciudad recompuesto y las torres por donde no tenía fuegos la ciudadela, artilladas. Gobernaba la plaza D. José Tinoco, quien la puso en ese estado de defensa y resistió la entrega cuando se le impuso desde Zaragoza; pero tuvo que resignar el mando en el teniente de rey por hallarse acometido de una grave enfermedad. Había, además, una junta de gobierno compuesta de varios individuos de diferentes clases. Los franceses se presentaron el 21 de Marzo y, sin haber intimado ni atacado á la plaza, se apoderaron de ella el día siguiente mediante capitulación.

El consejo de guerra condenó á Campos, al comandante de artillería D. Francisco Campo Redondo, al de ingenieros

No encontró mayores dificultades el general Girard enviado contra Monzón. El marqués de Lazán, á quien vimos separarse de Reding para ir á Zaragoza en socorro de su hermano, había pasado por Monzón el 1.º de Marzo y deteniéndose en la sierra de Alcubierre al saber la inutilidad ya de su avance al Ebro. Y como tuviese también noticia de que no tardaría en presentarse á su frente una columna francesa enviada contra él, retrocedió á Cataluña, tomando los caminos de Tortosa después de puesto á salvo en la orilla izquierda del Segre.

Monzón fué, á consecuencia de aquel movimiento, abandonado; y los franceses, en número de más de 4.000, entraron en la villa, haciéndose también con la artillería, nueve cañones dejados en el castillo. Aún avanzó el general Gazán hasta Fraga con la intención de dar alcance al Marqués y ponerse en contacto con el mariscal Mortier, de quien él, con

D. Agustín Caminero y al coronel barón de Andilla á ser degradados y pasados por las armas; al regidor D. Juan Arcón á ser fusilado por la espalda y confiscados sus bienes; al comisario D. Manuel Inca Inpangui á ser depuesto de su empleo y á ocho años de prisión en un castillo; á los de la Junta á seis años de destierro de Jaca y confiscación de bienes, sin derecho á empleo pero sí á ser oídos cuando se presentasen, y á los regidores D. Pedro Pequera y D. Juan de Ainsa á diez años de destierro de Jaca y confiscación de bienes; al canónigo D. N. Nolivos á ocho años de destierro y la confiscación; imponiéndose otros castigos al capitán Casal, al subteniente Latas, al ayudante Mesa y al capitán Pérez. Al obispo se le hizo saber que era reprehensible su ausencia de Jaca.

A Tinoco se le recomendaba por lo padecido en su opinión, y al capitán de Doyle, D. Domingo Medina, se le declaraba buen patriota.

Campo Redondo, corregidor después de Albarracín por los franceses, cayó en poder del general Villacampa en Junio de 1812 y fué condenado á muerte.

Girard, se había separado el 8 en Pina. Mortier continuó hacia Mequinenza, el estado de cuyas fortificaciones y la falta de material de guerra y aun de guarnición suficiente le hacían esperar como fácil y rápida la conquista. Pero la guarnición se mantuvo firme; y ayudando los paisanos del próximo pueblo de La Granja de Escarpe con su arrojo para retirar las barcas que habrían de servir en el paso del Ebro y del Segre á los franceses, Mortier tuvo que retirarse después de varios días de amenazas, que fueron despreciadas, y de tentativas que nunca le dieron el más insignificante resultado (1).

Resiste Mequinenza.

Tampoco lo obtuvo en Torres de Segre un destacamento de 1.000 franceses que el 2 de Abril atacó á los somatenes del comandante Carretón que ocupaban aquella pobre aldea. Los catalanes defendieron gallardamente las casas, y el enemigo hubo de retirarse avergonzado y maltrecho á la orilla opuesta del Segre.

Mortier, para entonces y desde Fraga, había destacado hacia el interior de Cataluña una fuerza de 600 caballos con dos piezas de campaña, destinada á ponerle en comunicación con el general Gouvión Saint-Cyr. El coronel Briche, que la mandaba, observando que se le suponía á la cabeza de la vanguardia de un verdadero ejército, pues que no hallaba la resistencia que era de suponer, después de in-

Expedición de Briche á Cataluña.

(1) Schépeler dice. «Los franceses se vengaron en los enfermos que habían quedado (en la Granja) y en las casas; pero viendo desde los montes las llamas, aquellos bravos españoles gritaban á su jefe, el cura Casals: *que ardan las casas; vale más vivir en el desierto que con semejantes bárbaros.*»

timar inútilmente la rendición á Lérida, se internó en Cataluña, logrando reunirse en Montblanch al general Chavot el día mismo, el 17 de Marzo, en que éste iba á emprender su retirada á Barcelona. Briche, enterado de los sucesos de Valls y de las intenciones de Saint-Cyr, quiso retroceder á Aragón. Aun lo intentó al apoyo de Chavot que le aconsejaba tomase distinta dirección de la que en sentido opuesto había llevado, y se detuvo dos días para sostenerle hasta cierta distancia; pero los somatenes habían caído en la cuenta del aislamiento del coronel francés y le acometían por todos lados, con lo que hubo de incorporarse otra vez á la división Chavot y seguir en adelante sus movimientos.

Pasa Mortier á Castilla

Mortier, así, quedó sin noticias de Cataluña ni de su colega el general Saint-Cyr, que se alejaba más y más de él, y permaneció en las márgenes del Cinca hasta el 11 de Abril en que hubo de emprender la marcha para Castilla. Habían salido de España los cuerpos de la guardia imperial que vinieron con Napoleón y, según ya dijimos, había éste dejado en derredor de Valladolid; el mariscal Ney pedía refuerzos cada día con más instancia para sostenerse en Galicia y apoyar al duque de Dalmacia; las Asturias herbían de guerrillas que, al calor del ejército del marqués de la Romana, obligaron al general Bonnet á retirarse á Santander; la guarnición española de Ciudad-Rodrigo amenazaba á la francesa de Salamanca, inundando la tierra de partidas que se extendían aún más en combinación con las recientemente levantadas en Segovia, Ávila, Aranda y Guadalajara; y se consideró en Madrid de absoluta necesidad la

presencia del cuerpo de ejército de Mörrier en el centro de la Península (1). Quedaba pues, Aragón bajo la custodia de un solo cuerpo de ejército, el 3.º, puesto á las órdenes del general Junot, si acreditado de valor, por más que indique Maltzen lo contrario, sin la autoridad de un carácter reflexivo y conciliador á la vez que enérgico.

Sus tropas, ya lo hemos dicho, estaban encargadas de someter y ocupar las principales poblaciones de la derecha del Ebro. El general Grandjean, jefe de una de sus divisiones, avanzó á Alcañiz, anteriormente ocupada por los franceses, y desde allí se dirigió á Morella que, después de un ligero combate en Pobleña, cayó en su poder con catorce piezas, los víveres y las municiones que existían en su fortísimo castillo, abandonado, como la ciudad, por las tropas del general Roca. Esto sucedía el 18 de Marzo; pero,

(1) «El Mariscal, se dice en las Memorias del rey José, se había dirigido, cumpliendo con las instrucciones recibidas de París, al frente de Mequinenza, intimándola inútilmente, y había librado en el Segre algunos combates á los miqueletes de Cataluña. Allí recibió, casi al mismo tiempo, una orden del ministro de la Guerra en nombre del Emperador, para llevar su cuerpo de ejército á Logroño y estar dispuesto á volver á Francia si las circunstancias lo exigieran, y una carta del mariscal Jourdan mandándole, de orden del Rey, se trasladase inmediatamente á Valladolid. El duque de Trevisa contestó que, para conciliar en lo posible las dos órdenes que había recibido, se iba á dirigir á Burgos. Pero como en Burgos se encontraría muy lejos del centro de las operaciones, José insistió en que se ejecutara su orden. Felizmente, el Mariscal fué días después autorizado por el ministro de la Guerra para atemperarse á las disposiciones del Rey, con lo que llegó á Valladolid el 3 de Mayo. José puso á sus órdenes al general Kellermann y le dió el mando de todas las provincias de Norte.»

¡Efectos de la dualidad en el mando!

reforzado el jefe español con tropas que le llegaron de Valencia y contenidos en el Algas los destacamentos franceses encaminados hacia Tortosa, hubo Grandjean de retroceder el 25 al Guadalope, estableciéndose de nuevo en Alcañiz y sus inmediaciones.

Esa era la nunca interrumpida tarea de los franceses en España, la de andar y deshacer lo andado cada semana y cada día sin resultados más que momentáneos; y nada tiene de extraño que hombres de imaginación exaltada como un Kellermann, desesperados de lucha tan infeliz, se considerasen en el caso de aquellos héroes de la antigüedad, sometidos por sus caprichosas divinidades á siempre reñir con monstruos, más caprichosos todavía, ó fantasmas gigantescos é impalpables. «Como las olas del mar, dice el escritor germánico á que hace poco nos referíamos, el Sr. Schépeler; como las olas del mar retroceden formando vastos círculos en derredor de la piedra lanzada sobre ellas, pero vuelven luego más fuertes y más impetuosas, así cedían terreno los españoles á cada acometida del enemigo, terrible en proporción de sus conocimientos en el arte de la guerra, pero pronto aparecían de nuevo para arrollarlo y destruirlo.»

Lo que acababa de suceder en Mequinenza y Morella había acontecido en Molina de Aragón el 16 de Febrero en que los habitantes lanzaron de sus muros á 400 franceses allí acantonados; y cuando Grandjean y Mortier andaban á las manos con los valencianos y catalanes del Maestrazgo y Lérida, el general Suchet tenía que acudir desde Daroca á Iruecha, donde los partidarios de Molina y Soria habían des-

truído un destacamento enemigo de unos 300 hombres.

Era bien manifiesta la debilidad del ejército francés, aun contando con los dos cuerpos de Mortier y Junot y con el efecto, sobre todo, producido en Aragón por la pérdida de Zaragoza: ¡cuál, pues, no sería al partir el primero de aquellos generales para el interior de Castilla y haber de reemplazar sus destacamentos de la izquierda del Ebro con parte de las que tan trabajosamente mantenían la derecha bajo su dominación!

Bien pronto se hallaron á las manos con Perena y Baget, enviados desde Lérida por D. José Casimiro Lavalle, gobernador de aquella plaza, 3.000 franceses que Junot hizo pasar de Caspe á Monzón y Barbastro. La fama de sus tropelías atrajo á los voluntarios de aquellos dos jefes hacia el Cinca y ya el 10 de Mayo batía el primero á un cuerpo de 1.000 franceses en Tamarite, haciéndolo acogerse á Barbastro, no, empero, sin que dejara en Monzón un presidio de más de 200 de los suyos. Pero en Monzón el disgusto de los habitantes era mayor, si cabe, que en el campo; y el 14 de aquel mismo mes salían los franceses de la guarnición hacia Barbastro, perseguidos de cerca por el paisanaje, armado de todo menos de fusiles, de los que sólo siete llegaron á verse en manos de los monzonenses sublevados (1).

No habían los franceses de dejar sin venganza afrenta semeiante; y el general Habert mandó desde

Derrota de
los franceses
en Monzón.

(1) Suchet dice que los franceses *abandonaron imprudentemente* á Monzón al partir el 5.º cuerpo á Castilla; pero no es cierto que lo hicieran voluntariamente.

Barbastro hasta 800 infantes y 50 coraceros que sin contratiempo alguno cruzaron el Cinca por el vado y la barca de Pomar, acometiendo en seguida el asalto de Monzón. Allí estaba ya Perena, aun cuando con escasa y mal armada fuerza de sus voluntarios; pero tan bien la supo manejar y con tal coraje se empeñó en la defensa, ayudado por los habitantes de la villa, que no sólo rechazó á los enemigos sino que hasta llegó á desalojarlos de la inmediata posición de El Pueyo á que se acogieron en su retirada. Volvieron, sin embargo á la carga al día siguiente, 17, aun cuando con igual y desgraciado éxito, habiendo acudido al fuego Baget con sus miqueletes y puesto á los franceses en tal aprieto que hubieron de pedir pronto y poderoso socorro á sus camaradas de Barbastro. Tan crítica era su situación, que el general Habert envió en auxilio de ellos otros 2.000 hombres, resuelto á acabar de una vez con aquella insurrección que de tan cerca le amenazaba. El Cinca, entonces, creyó deberse poner del lado de sus ribereños; y, arrastrando impetuoso la inmensa mole de las aguas que, á favor de una tempestad, le prestaron sus afluentes del Pirineo, interceptó el paso al cuerpo de socorro, dejando aislado en la margen izquierda el que acababa de combatir en las puertas de Monzón, excepto los coraceros que, temiendo la infausta suerte que esperaba á los infantes, prefirieron arrostrar la furia del enojado río, cuya corriente lograron, con efecto, vencer á nado con pérdidas relativamente insignificantes (1).

(1) No es verdad se ahogaran la mitad de los coraceros como se dice en *Victoires, Conquêtes etc.*

La infantería descendió primero por la orilla izquierda, y hallando junto á Fraga al gobernador de Lérida que había previsto la situación en que iban á encontrarse los franceses, remontó de nuevo el Cinca hasta Fonz y Estadilla, cerca de la confluencia del Esera, donde el día 21, y sin esperanza ya de ganar la margen derecha, se entregó á los españoles (1).

Cuando la noticia de estos sucesos llegó á Zaragoza, había el general Suchet relevado en el mando del tercer cuerpo de ejército francés al duque de Abrantes, anhelante ya por abandonarlo (2). Con ella le llegaron también otras más graves todavía y trascendentales. El general Laval, jefe de la primera división, establecida perpendicularmente al Ebro en los valles del Cinca y del Guadalope, tenía, así como á la izquierda, una parte de sus fuerzas, avanzada otra en la derecha hasta los puertos de Beceite y Valdealgorfa, observando la concentración de un cuerpo de ejército enemigo que á la sazón verificaba su asamblea en la próxima plaza de Tortosa. Viendo las proporciones que tomaba éste, y sintiéndose ya á punto de hárselas con él, Laval había retrocedido á Alcañiz; y aun, abandonando aquella importante población, combatido sin cesar y empujado vivamente, hubo de acogerse á Híjar y Samper con la esperanza fundada de ser allí socorrido por los suyos de Zaragoza y Barbastro.

Laval se retira á la línea del Martín.

(1) Rindiéronse unos 600 de los 800 ó 1.000 que componían las ocho compañías de preferencia (d'élite, dice Suchet), enviadas por Habert para reocupar á Monzón. De los demás, perecieron casi todos al intentar el paso del Cinca á nado.

(2) Compatriotas suyos dicen que ya estaba suspirando por volver á sus delicias de París. Pero, dejándose llevar de

El general
Suchet.

No dejaba, pues, de ser difícil la situación del general Suchet al encargarse del mando del tercer cuerpo y de la defensa del reino de Aragón, ni sometido ni atemorizado por la terrible catástrofe de Zaragoza. Era, á la par que hábil caudillo en las operaciones de la guerra, hombre de administración y previsor en alto grado, condiciones á que unía la de un carácter mezcla de cortesía y de dureza que le hacía querido de sus subordinados, sometiéndolos á severa disciplina, y no odiado de los aragoneses, como los otros sus colegas, aun exigiéndoles cuanto necesitaba y á veces una abundancia excesiva. *Vivir y dejar vivir* era uno como lema que se había impuesto el elegido por Napoleón para gobernar las provincias aragonesas; lema que se hizo proverbial entre sus tropas y le produjo un éxito superior acaño al de sus hechos militares, con ser tan distinguidos y brillantes.

No extrañará el lector nos detengamos un momento en llamar su atención sobre el hombre que, calificado por Napoleón de uno de los generales más distinguidos, el más hábil quizás de cuantos tuvo á sus órdenes aquel insigne capitán, va á representar papel, si bien triste para España, muy brillante en la historia de la guerra de la Independencia. Sus campañas, sin embargo, que tal esplendor proyectaron

su ligereza de siempre, en el poco tiempo que estuvo mandando en Zaragoza trató de formar para sí una guardia especial de aragoneses. En un despacho de José al Emperador le decía: «El general Junot se forma una guardia de jóvenes aragoneses. No comprendo á qué conduce eso: una palabra de V. M. hará más en este asunto que cuanto yo pudiera escribirle.»

sobre la figura del general Suchet haciéndole merecer concepto tan lisonjero cuando ya no cabían ni el interés ni la lisonja en quien lo emitió; sus campañas, repetimos, sirven como de demostración elocuentísima del valor de los españoles, de su constancia, sobre todo, incansable ante el espectáculo de las desventuras patrias y contra la fuerza potente y la habilidad magistral de sus enemigos. ¿Qué más? Los que con una batalla estaban acostumbrados á conquistar un reino, necesitaron cerca de tres años para recorrer vencedores el corto trayecto que media entre Zaragoza y Valencia, aun guiados y regidos por el caudillo experto, cuyos más característicos rasgos vamos á recordar.

Acababa de cumplir 39 años el general Suchet cuando tomó el mando del tercer cuerpo de ejército francés, destinado á sostener en Aragón la autoridad francesa, más que en nombre del rey intruso, en el de su despótico hermano, el emperador Napoleón. Su figura era noble, mezcla, según ya hemos dicho, de severa y dulce; dándole dignidad lo elevado de la talla y la expresión de los ojos que revelaban, además de sus sentimientos, una grande inteligencia, actividad suma, las cualidades, en fin, de un general distinguido. Hijo de un industrial de Lyon, habíase alistado entre los voluntarios de 1793, que causaron más daños y desastres á la Francia que sus mismos enemigos. Pero, como algunos también de ellos, inspirándose en ideas más sanas de patriotismo y de disciplina, supo con su valor y su instinto verdaderamente militar suplir la educación técnica que le faltaba, elevándose rápidamente á los grados supe-

riores del ejército, y adquiriendo, á la vez, una reputación honrosa entre sus camaradas y gran concepto para con sus jefes. Coronel á los 26 años y teniente general á los 29, fué distinguido por los célebres Joubert, Schoerer y Massena, de quienes llegó á ser jefe de estado mayor, y poco después se captaba el aprecio de Napoleón que en Austerlitz, Jena y Pultusk le confió mandos y comisiones tan honrosas como difíciles y arriesgadas.

En el curso de esta historia se verá cuán admirablemente supo justificar la confianza que en él depositara el Emperador, quien, relegado ya á la triste roca de Santa Elena, recordaba los servicios de Suchet y apreciaba su valor y talentos con las frases más lisonjeras. Dice O'Méara en sus Memorias: «Yo entonces pregunté á Napoleón quién era en su concepto el más hábil de los generales franceses.» «Es difícil decirlo, me contestó, pero creo que es Suchet. Antes lo era Massena, á quien ya puede considerarse como muerto: Suchet, Clausel y Gerard son, en mi sentir, los mejores generales franceses.»

En otra parte decía Napoleón que si hubiera tenido dos mariscales como Suchet en España, no sólo habría hecho la conquista de la Península, sino que la hubiese conservado. Su espíritu de justicia, conciliador y administrativo, su tacto militar y su valor le produjeron éxitos inauditos. «Es lástima, añadía, que no puedan los soberanos improvisar hombres como aquél.»

Tan equivocado estaba el grande emperador en esta apreciación, como en cuantas provocó en su mente, aun siendo tan excepcional, la guerra de Es-

paña. Napoleón no contaba nunca más que con la fuerza y los talentos militares para la ejecución de sus vastos planes de conquista y engrandecimiento: no veía en los pueblos sino su organización actual sin consultar su historia ni su manera de ser, acorde ó no en el trascurso de los tiempos con esa misma historia, sus usos, leyes y costumbres, para formar juicio de lo que podrían ser una vez provocados á la lucha. Un ejército numeroso y un buen general eran elemento, después de todo, suficiente para dominarlos. El ejército francés y otro Suchet bastaban.

Tal era el hombre destinado á sujetar las provincias de la cuenca central é inferior del Ebro, enemigo el más terrible que tuvo España, pues que, al cumplir el mandato que se le impusiera, supo, á favor de sus cualidades administrativas, dar la solidez posible á la obra de sus operaciones militares, afortunadas cual las de ningún otro de sus colegas en España.

El tercer cuerpo de ejército, cuyo mando acababa de confiársele, constaba de dos divisiones de infantería, las de los generales Laval y Musnier. Componían la primera, subdividida á su vez en las dos brigadas de los generales Montmaríe y Chlopiski, los regimientos de línea números 14 y 44, los 2.º y 3.º del Vístula y 5.º ligero; y la segunda los 114, 115 y 121 de línea y el 1.º del Vístula á las órdenes inmediatas de los generales de brigada Paris y Vergés. Había, además, constituyendo un batallón aparte, varios destacamentos del 64.º de línea y de cazadores del 40.º

La caballería consistía en la fuerza del 4.º de húsares, del 13.º de coraceros y de un escuadrón de lanceros polacos que mandaba el general Vatiez, tan-

Su cuerpo
de ejército.

tas veces citado en el sitio de Zaragoza como hábil explorador de las comarcas aragonesas de la derecha del Ebro.

La fuerza total de estos cuerpos era, si hemos de creer al mariscal Suchet, (1) la de 9.731 infantes y 796 caballos, los artilleros necesarios para el servicio de 20 piezas de campaña, formando ocho compañías, inclusa una de á caballo, y otras tantas del tren. Los ingenieros estaban organizados en tres compañías de minadores y seis de zapadores.

El tercer cuerpo debía tener y tuvo después una tercera división de que formaron parte los regimientos 116.º y 117.º que en la época á que nos vamos refiriendo se hallaban en Valladolid, separados de aquel ejército desde la rendición de Zaragoza para conducir prisioneros á Bayona.

Los estados de fuerza darían al tercer cuerpo la de 20.000 hombres en números redondos, cifra que, con efecto, debía limitarse considerablemente por las bajas producidas en el sitio de Zaragoza, pero más todavía por la detestable administración ejercida sobre tropas no hacía mucho organizadas, de reciente recluta, mal vestidas y peor pagadas. Pero de eso á no contar más que con 10.000 hombres, aun cuando se pretenda clasificarlos como combatientes para disimular la diferencia en que podrían utilizarse no pocos para el servicio de guarnición, hay mucha distancia. Los soldados de Suchet podían considerarse como veteranos y aguerridos en su casi totalidad; la caballería era excelente, contando en ella con el úni-

(1) Véase el apéndice núm. 1.

co cuerpo de coraceros que operaba en España, y Thiers no duda en decir que la artillería era *une belle artillerie*.

Que la moral de aquellos soldados no era la mejor, la que caracterizaba por aquellos días á los ejércitos napoleónicos, es cierto y lo veremos muy pronto confirmado. Las fatigas de sitio tan largo y sangriento como el que acababan de llevar á cabo; las privaciones infinitas y el disgusto de una guerra tan distinta de las hasta entonces vistas ú oídas, les hacían, más que aborrecer á España, desear trasladarse, si no á su país, á otros donde pudieran hallar más gloria y menos riesgo y trabajo.

El mariscal Suchet los retrata de mano maestra. «En estado muy próximo, dice en sus Memorias, al abatimiento, aquel ejército estaba lejos de compensar con su fuerza moral el peligro de su debilidad numérica. Uniformes blancos, azules, de corte diferente, restos chocantes de diversos cambios recientemente ensayados en el vestuario de las tropas, daban lugar en las filas á un abigarramiento que acababa por quitar á los soldados, ya débiles y abatidos, toda idea de consideración militar. La apariencia de la miseria los degradaba á sus propios ojos, dando con ella pábulo al orgullo y la audacia de la población enemiga en que vivían. Se lamentaban del abandono en que se les había dejado, de una injusticia que no merecía su valor. Después de haber tomado la parte principal en los trabajos y los riesgos del sitio de Zaragoza, habían visto repartir las recompensas á las tropas del 5.º cuerpo, privándoseles de ellas por una falta lamentable de inteligencia entre los jefes.»

Suchet, sin embargo de conocer todo eso y de calcular la importancia de las dificultades que iban á presentársele en la marcha de la espinosa misión que se le encomendaba, hombre celoso y aguijoneado por la ambición de gloria, aceptó la responsabilidad de restablecer la moral de aquellas tropas y la de conducir las á los campos de batalla, donde, mejor que por otros medios, puede por el de los combates alcanzarse resultado tan apetecible.

Así es que, al recibir las noticias á que nos referíamos antes, las de los reveses sufridos por Habert en Monzón y por Laval en su movimiento retrógrado de Beceite á Híjar, Suchet abandonó Zaragoza el 21, día inmediato al de su llegada, para dirigirse en auxilio del último de aquellos generales en las márgenes, á que se había acogido, del río Martín.

Tanta prisa y la actividad con que inauguró su mando el célebre general, estaban, ciertamente, bien justificadas. Cuando llegara á reunir las fuerzas que sacó de Zaragoza, total de las entonces disponibles en el tercer cuerpo, á las de su teniente en Híjar, el enemigo se hallaría, de seguro, en Alcañiz, esto es, á distancia de poder combatir las al día siguiente.

Ejército de
Valencia y
Aragón.

El ejército español se encontraba, en efecto, reunido á la vista, puede decirse, de los franceses y, si en fuerza y con organización y medios insuficientes para la empresa que acometía, envalentonado con la retirada de sus adversarios y las ventajas, aunque pequeñas, con que la iban por momentos precipitando.

Componíanlo cinco divisiones de infantería, tan equívocas de fuerzas que ni aun quiso dárseles el nom-

bre de tales sino el de columnas; poniendo á su cabeza jefes de la clase de coronel ó teniente coronel, no de la de generales, según la costumbre de siempre y la conveniencia, por todos reconocida, para la organización de los ejércitos en campaña. Esas cinco columnas estaban formadas por catorce batallones del arma y algunas compañías sueltas, constituyendo hasta otros tres, aun cuando con menor fuerza naturalmente. Otro batallón serviría para el convoy y la guarda del parque de artillería, así como otros dos operarían sobre los dos flancos del ejército con el fin de vigilarlos é ir recogiendo en la marcha los refuerzos que pudieran llegar desde Cataluña y Valencia.

Esta infantería contaba con 370 jefes y oficiales y 8.016 hombres de las clases de tropa.

La caballería formaba otra columna, ésta, sí, mandada por un brigadier, compuesta de un regimiento de línea, el de Santiago, los famosos húsares Españoles y un destacamento de Olivenza, con 32 oficiales, en el total, 445 hombres y 422 caballos.

La artillería consistía en 19 piezas; seis de ellas, las de una compañía á caballo, servidas por 13 oficiales y 245 artilleros, y un pequeño parque, todo mandado y regido por el brigadier D. Martín García y Loygorri que tan celebrado fué por sus servicios en aquella campaña.

Iban, además, con el ejército 44 zapadores con seis oficiales y una partida llamada de Guijarro compuesta de su jefe, 160 infantes y 59 caballos, destinada al servicio de guías y exploradores.

El ejército, pues, no contaba más de 9.232 hombres, incluso los oficiales, los jinetes, artilleros y

zapadores; fuerza muy inferior, como se vé, á la calculada por los historiadores franceses que han pretendido elevarla á la de 30.000 entre infantes y jinetes.

Los dos batallones destinados á operar sobre los flancos y que, por consiguiente, no tomaron parte en la batalla de Alcañiz, tenían 829 y 494 hombres respectivamente; 1.323 en su totalidad (1).

Tales eran la fuerza y la organización del 2.º ejército de la Derecha, también llamado ejército reunido de Valencia y Aragón por haber sido formado en Tortosa con fuerzas de uno y otro de aquellos dos reinos. Entraban en él las valencianas del general Llamas, dirigidas al Ebro desde la ciudad del Turia á que se habían retirado al hacerlo el ejército del Centro desde el campo de batalla de Tudela, y las aragonesas del marqués de Lazán que, según acabamos de decir, viendo fracasado su intento de socorrer á Zaragoza, habían retrocedido también, al Segre primero, y á la proximidad de Tortosa después, con el ánimo todavía que las había inspirado su feliz expedición del Ampurdán.

El general
Blake toma
la ofensiva.

Mandaba unas y otras el general Blake, recientemente nombrado general en jefe de los ejércitos de la derecha, de que, á la muerte de Reding, se había hecho cargo interinamente Coupigni. Una vez en Tortosa y teniendo conocimiento de la marcha del 5.º cuerpo francés del mando de Mortier, el general español creyó tal circunstancia como la más favorable para dar un rudo golpe al 3.º de Junot, y ocasión, qui-

(1) Véase el apéndice núm. 2 con el estado de fuerza correspondiente.

zás, propicia de reconquistar la tierra de Aragón y hasta la capital, el espíritu de cuyos habitantes estaría necesariamente sobreexcitado contra sus bárbaros invasores, manchados con la sangre y la desgracia de sus más queridos y populares caudillos en la defensa, para siempre gloriosa, que acababan de ejecutar.

No andaba el general Blake enteramente desacertado en sus cálculos. Porque, en efecto, ya hemos visto cuál era el ejército francés de Aragón al tomar su mando el general Suchet, y no estaban los ánimos en Zaragoza para que se confiase la guarda de tan importante punto á fuerza que disminuyera en proporciones considerables la combatiente destinada á rechazar á los nuevos campeones de la reconquista que asomaban las cabezas de sus columnas al frente de los cantones imperiales más avanzados.

Blake había roto el movimiento en principios de Mayo; verificando la asamblea de todas sus tropas en Monroyo, después de haber rechazado el 16 en Beceite á las numerosas descubiertas de Laval y causádoles no pequeña pérdida. Reunidos los valencianos de Roca, estacionados hasta entonces en Morella, con los aragoneses de Lazán que acudieron de Horta, el ejército avanzó el 18 á Valdealgorfá, donde, hallando de nuevo á los franceses, los dispersó otra vez, á pesar de haber sido reforzados por los que ya se habían acogido á Alcañiz. Roto por la guarnición de Mequinenza el puente que habían echado los franceses en Caspe, los voluntarios de Daroca, sin temor ya por aquel lado, los empujaban sin cesar; atacándolos á su vez, reciamente por el flanco los de Valencia y Fer-

Entra en
Alcañiz.

nando VII de la vanguardia y sin dejar un momento de perseguirlos el batallón aragonés de Reserva que, por fin, los arrojó de Alcañiz y su castillo á pesar del fuego de fusilería y aun el de un cañón de á 4 con que intentaron defenderlo. Desde allí huyeron los franceses de Laval á los puntos, ya citados, de Híjar, la Puebla y Samper de Calanda para guarecerse en ellos y cubrirse con el Martín hasta la llegada de los refuerzos pedidos á Zaragoza.

Sale Suchet
á su encuen-
tro.

No tuvieron que esperarlos mucho tiempo. El general Suchet, al recibir el 20 la noticia de aquellos sucesos y la de los que habían tenido lugar en las márgenes del Cinca, comprendió que necesitaba imponerse al instante con un rudo escarmiento, si no quería ver en su derredor alzarse terrible la insurrección española como en los días nefastos del sitio de la ciudad recientemente sometida. Las avenidas de Cataluña y Valencia aparecían infestadas de enemigos, triunfantes al apoyo de las plazas próximas y de un verdadero ejército, aunque poco numeroso y no bien organizado. Necesitaba parte de la fuerza del suyo para guardar las comunicaciones de Navarra, donde las partidas, que acababan de levantarse, podían cortarle el camino único por donde recibir noticias y refuerzos del Imperio, y necesitaba también otra parte en Zaragoza, si abismada en la desolación, sin resignarse todavía con su desgraciada suerte. Sólo, repetimos, un golpe rudamente asestado á aquel ejército que se le presentaba al frente y en quien todos sus enemigos cifraban la esperanza más fundada para librar á Aragón de la dominación francesa, podría mantenerla y hasta hacerla más sólida y dura-

dera. Así es que, apenas recibidas aquellas noticias, y dejando para circunstancias menos apremiantes el restablecimiento de la disciplina en sus tropas, buscó audazmente en un combate el modo de elevar en ellas la moral, ya que se le ofrecía la ocasión de quizás conseguirlo de una vez y en un solo día, si le acompañaba la fortuna, pues que no habrían de faltarle la pericia y el talento en que tanto debía fiar.

Y el 21 de aquel mes de Mayo, dada la orden al general Habert para cruzar el Ebro en Fuentes y reunírsele, emprendía la marcha, con lo que el 23, muy temprano, se mostraba con Laval también y las tropas de su división al frente de las alturas que cubren á Alcañiz, ocupadas por los españoles.

Principiando por el mismo Suchet, los historiadores franceses que se ocupan de este suceso han dado á la batalla de Alcañiz el carácter sólo de un reconocimiento, pretendiendo así robar á las armas españolas una de sus glorias más puras de la guerra de la Independencia. ¡Como si no le sobrasen á aquel célebre mariscal de las que con su talento y su fortuna supo conquistarse en tres años de luchar incesantemente y á través de obstáculos, que otros de sus colegas no supieron ó no lograron vencer, opuestos á su acción por nuestros incansables compatriotas! Nosotros demostraremos, y sin más que con la relación verídica y circunstanciada de lo que allí pasó el 23 de Mayo de 1809, que tuvo las proporciones, presentó los caracteres y dió los resultados de una verdadera é importante batalla. El magnífico atlas que acompaña á las Memorias de Suchet, no contiene la descripción gráfica de aquel combate, para confor-

Batalla de
Alcañiz

marse, sin duda, con la escrita; pero con echar la vista sobre el plano que presentamos, debido al Depósito de la Guerra, y observando la disposición de las tropas, se comprenderá el error intencionado que los franceses cometen en sus relaciones históricas de aquel suceso, por muchos motivos memorable (1).

Descripción
del terreno.

Asienta la ciudad de Alcañiz en la orilla derecha del Guadalope sobre el declive de un cerro que corona antiquísimo castillo, abrigo en la Edad Media de una de nuestras órdenes militares contra los moros fronterizos de Valencia y Cataluña. Su situación geográfica dió importancia á la ciudad antigua desde las edades más remotas en la tierra baja de Aragón; y esa misma importancia, los accidentes topográficos que rodean á la actual y la fortaleza que los domina, la hicieron teatro de luchas y sucesos políticos entre los que obtiene un lugar no secundario el de la batalla á que nos vamos refiriendo (2).

El Guadalope, al lamer las faldas del cerro y el pie de las murallas que circundan la ciudad, hoy casi confundida con sus arrabales, la separa de una serie de colinas que cubren la margen izquierda obligando á sus aguas á recorrer un vasto semicírculo en derredor de la población. Su caudal es suficientemente abundante para constituir un obstáculo poderoso entre las dos orillas sin el puente y algún vado que ponen á Alcañiz en comunicación con la vega

(1) Véase el atlas del Depósito de la Guerra.

(2) La ciudad antigua asentaba en un cerro distante media legua al S. O. de la actual, llevada por los árabes en el siglo IX más cerca del Guadalope para hacerla más fuerte, sin duda, y fertilizar mejor la campiña inmediata.

que, rica en cereales y arbolado de todo género, se extiende hacia Zaragoza. En esa serie de colinas descuellan las que con los nombres de Perdiguier y las Horcas, cubren á corta distancia el puente, formando una como barrera natural que defiende la entrada de la ciudad, cruzadas por el camino carretero que, con rumbo próximamente septentrional, dirige á la capital de aquel antiguo reino. A la derecha de esas eminencias y á más de dos kilómetros ya del puente y como atalayando y envolviendo la llanura, se levanta el cerro de la Virgen de los Pueyos, separado de aquéllas por un estrecho valle que da paso á un canal de riego, comunicación del río con una ancha laguna, la Estanca, que se pierde á la vista hacia el N. y que alimenta varios otros canales con que se fertiliza la llanura que la separa del Guadalope, en que se pierden todos. Más á la derecha y como para formar el lindero del Ebro entre el Guadalope y el Martín, afluentes casi paralelos suyos, se elevan otras colinas enlazadas entre sí con accidentes del terreno; unas, como el Corral de la Mano y el cerro de Santa Bárbara, prolongándose al S. á espalda de los Pueyos; otras en dirección N. hasta terminar, en el campo de la batalla, en las Peñas de Borrita donde se hallaban las avanzadas del ejército español, distantes unos 10 kilómetros de Alcañiz.

Atraviesan la llanura, además de los canales mencionados y las acequias de ellos derivadas, varios caminos más ó menos fáciles; los mejores, para Zaragoza y Caspe, practicables para la artillería, que no hallaría tampoco grandes obstáculos para maniobrar en casi toda la extensión del campo de batalla

donde iban muy pronto á entrechocarse los dos ejércitos de Blake y Suchet.

Línea de los
españoles.

El español se extendía en línea de una á otra de las colinas de Perdiguier, las Horcas y de la Virgen de los Pueyos, coronadas de las tropas que lo componían. En Perdiguier, izquierda de la línea, mandaba el general Roca á parte de sus valencianos. El centro estaba en las Horcas, y allí Blake con su segundo el marqués de Lazán, el brigadier Obispo, mayor general de infantería, y el brigadier Loygorri con un gran golpe de la artillería de su cargo, al apoyo de fuerzas mezcladas de Valencia y Aragón. La derecha estaba en los Pueyos, donde el general Areizaga con los demás aragoneses debía amenazar el flanco izquierdo de los franceses si osaban adelantarse hacia la ciudad y sus defensas. Un poco avanzado á la izquierda, por fin, y á cubierto de los olivares del cerro Perdiguier, se situó el coronel D. Martín González de Menchaca con la caballería y su columna para amenazar el flanco derecho de los franceses, en caso de un ataque central, y dar fuerza á su ala, ya que aparecía tan atrasada por la configuración del terreno y la oblicuidad de la línea general de batalla.

La situación dada á los españoles, buena, tácticamente considerada, por el relieve del terreno y la disposición de las tropas, tenía, sin embargo, defectos de no pequeña trascendencia. Era excelente para el caso de una victoria, puesto que podía perfectamente aprovecharse lanzándose sobre el enemigo que en terreno tan suave y desprovisto de accidentes que ofrecieran un obstáculo eficaz á los vencedores, no hallaría abrigo donde contenerlos y menos reparar

el descalabro. Pero si los españoles eran arrollados, encontrarían á su espalda un río con sólo un puente, siempre angosto en tales ocasiones; y la retirada tranquila y ordenada, cual debe procurarse en los reveses militares, sería, más que difícil, imposible.

Era, pues, atrevida en el general Blake la resolución de esperar á los franceses en aquellas posiciones, resolución que se explica con el carácter ofensivo que había dado á la campaña desde que la iniciara, y el deseo de sacar inmediatamente fruto de las ventajas que esperaba, tanto en sentido militar sobre el campo de batalla como en el político á que una victoria podría dar ánimo y fuerza en las comarcas aragonesas y en su capital, sobre todo, que él consideraba pronta á sacudir el yugo, todavía no asegurado, de los invasores que acababan de someterla (1).

Para demostrar que la resolución del general Blake era osada, con efecto, y ofrecía peligros no po-

(1) Aun parece que hizo avanzar á Samper alguna fuerza de caballería que reconociese, sin duda, la posición de los franceses en las márgenes del Martín. Así se desprende de una relación española publicada no mucho después con el título de *Acontecimientos ocurridos en Aragón en la guerra con Francia, desde el año 1808 hasta el de 1813 inclusive*.

Dice así en su página 68: «Acantonados los franceses en Hixar, La Puebla y Samper, esperaban refuerzo de Zaragoza, y los españoles, de Valencia. Entretanto Blake destacó al regimiento de caballería de Santiago, para que reconociese á Samper, que fué evacuado y voleados los ranchos. No teniendo otro objeto, pidió raciones para regresar á Alcañiz; y habiendo vuelto los franceses á Samper, arcabucearon al alcalde, por las raciones que había dado».

Esto es verdaderamente extraño en el espíritu civilizador de los franceses: lo que no hubiera tenido nada de extraordinario es que el jefe español fusilara al alcalde por haberles dado las raciones á ellos, los injustos invasores de nuestra patria.

co graves, nos basta trasladar á este escrito seis renglones del que forma una de las glorias de Suchet, del de sus Memorias. «El examen de la posición, dice en ellas, hacía esperar que, de apoderarnos de la colina de Las Horcas que, situada delante del desfiladero del puente y las avenidas de la ciudad, cubría el centro de la línea española, la defensa de las alas decaería sin grandes esfuerzos de nuestra parte, lo cual permitiría hacer muchos prisioneros.»

La disposición de ocupar los olivares de la izquierda al pie de las colinas no bastaba para evitar tan gran peligro; y sólo disponiendo de tropas muy sólidas ó de una brillante caballería, sería dable intentar desde la espesura un ataque de flanco ó envolvente que hiciera imposible el central de los enemigos. Estos, por el contrario, contaban con un número superior de jinetes, excelentes, además, por su espíritu, creado en la campaña anterior sin los reveses, los sufrimientos y la mortandad de los peones, tan rudamente castigados en el sitio de Zaragoza.

El general Suchet, después de revistar en Híjar sus tropas y las de Laval y de arengarlas calurosamente, recordándoles sus recientes glorias y la esperanza que ponía en su valor, apareció, según ya dijimos, la mañana del 23 al frente de las posiciones españolas.

Avanzan los franceses.

El avance fué tan enérgico que, al decir de Suchet, una descubierta española, adelantada en la vega, cayó, sorprendida, en poder de los franceses (1). Con las noticias adquiridas en el examen de

(1) Lo consigna en sus memorias el célebre Mariscal. No aparece así en las relaciones de nuestros compatriotas; y, vis-

los prisioneros y un reconocimiento previo, aunque lejano, desde las primeras alturas que se encuentran cerrando la llanura de Alcañiz, el general Suchet desplegó sus fuerzas en una forma que desmiente por completo sus aserciones sobre la idea que, dice, le llevó á combatir á los nuestros aquel día (1).

La posición de los españoles ofrecía, ya lo hemos dicho, el peligro de que, roto el centro de su línea, no había salvación posible para las alas. Blake tenía establecida alguna fuerza en los olivares de su iz-

ta la posición que ocupaba la vanguardia de Blake, desde la que se descubre perfectamente el camino de Híjar, lo avanzado ya de la hora en que por él asomaron los franceses y la agilidad característica de los españoles, se nos resiste dar crédito al escritor traspirenáico que quizás padezca en eso alguna equivocación. El dice: «Al acercarnos, fué hecha prisionera una vanguardia de unos 30 hombres.»

(1) *Victorias y Conquistas etc.*, no menciona siquiera la batalla de Alcañiz, empezando la relación de aquella campaña por la de la acción de María, ya en Junio. Thiers no la menciona tampoco más que para decir que Suchet pudo allí comprender que la fatiga, el disgusto y una organización insuficiente habían producido en sus tropas efectos más perniciosos de lo que él esperaba. En las Memorias del Rey José no se cita ni aun el nombre de Alcañiz en la fecha de la batalla. De un golpe, se comienza la narración por la de María; pero en un despacho de Napoleón á Clarke se estampan estas palabras, harto significativas, sobre el suceso del 23 de Mayo. El despacho es del 21 de Junio y en él se dice: «Es necesario escribir al Rey..... que si le arrebatan Zaragoza y si pierde el Aragón, se encontrará en la situación más desagradable.» Si este silencio ó estas vaguedades se comprenden en Napoleón preocupado entonces con el revés de Essling y los preparativos para la gran jornada de Wagram, son indisculpables en su hermano José, para la conservación de cuyo trono podían influir tan poderosamente el mantenimiento de Zaragoza y el dominio de las provincias aragonesas. La *Gaceta de Madrid*, no cita naturalmente la jornada de Alcañiz. Lo deja todo para las de María y Belchite.

quiera para impedir ese ataque central tan temible; mas para conseguir tal objeto, era necesario que saliese aquella fuerza á la llanura y que maniobrara ante la superior caballería de los enemigos y su magnífica artillería. Y, comprendiendo todo eso, el general Suchet se decidió á emprender dos ataques, no decisivos, sobre los flancos, que le permitieran el enérgico y completamente eficaz que, cortando la línea enemiga, desbaratara el ejército español, le impidiera la retirada y lo pusiese casi íntegro en su poder (1).

«Dirigió, pues, dos movimientos, con estas palabras describe toda la batalla, sobre las extremidades para contener y distraer sus fuerzas, mientras el general Fabre, á la cabeza del 114.º y del 1.º del Vístula, marchaba en columna de ataque á la eminencia defendida por las piezas y por una línea de infantería. El continente de las tropas, animadas por el ejemplo de los jefes, fué bueno al principio: llegaron bajo un fuego vivo y mortífero, hasta el pie de la colina. Allí una ancha cortadura, acabada de hacer, detuvo á la columna que pronto comenzó á ondear y á replegarse en desorden. Los esfuerzos que se hicieron para volverla al combate fueron inútiles; y el General suspendió la acción, y reunió sus tropas á la vista y á

(1) «Que le permitiera, esta es su frase, hacer muchos prisioneros.» Nuestro amigo Napier, tan solícito por el honor de los españoles en aquella guerra que aun disminuye las fuerzas francesas confesadas por su jefe, el general Suchet, le atribuye el mismo pensamiento, aun cuando sin satisfacerse con la idea del francés de hacer prisioneros, sino suponiendo en los nuestros la necesidad de *rendirse*, frase en el aliado mucho más atrevida que la del enemigo.

corta distancia del enemigo en la línea en que habían formado antes del ataque.»

Esta es la lacónica relación de Suchet: veamos cuál es la detallada y verdadera. Comienza la batalla.

Los franceses aparecieron á las seis de la mañana por el camino de Zaragoza, y á su vista se retiró la vanguardia española, situada, según ya hemos dicho, en las Peñas de Borrita, de donde descubría el camino de Híjar y el terreno todo en que se halla la laguna, madre de los canales y acequias que fertilizan la vega de Alcañiz.

Continuando su marcha, los franceses descubrieron las posiciones españolas y atacaron la de los Pueyos como la más avanzada, que era, y desde la que veían flanqueado todo el camino que dirige al puente que da entrada á la ciudad. Para hacerlo con mayor ventaja y en las condiciones mejores de éxito, ocuparon las alturas inmediatas con parte de sus tropas y varias piezas; y, precedidas de una nube de tiradores, dirigieron dos columnas á la posición española; una, por su frente para conquistarla, y otra por la cañada de Valdehueso en nuestro flanco derecho, para envolverla y privar á los defensores de la comunicación con el centro de la línea de batalla. Areizaga era hombre de un gran valor y apreciado como tal en el ejército, y los aragoneses que mandaba, fáciles de inflamar cual todos sus paisanos en ocasiones, como aquélla, solemnes, lo sabían, y comprendían, por las prevenciones tomadas, que no le faltaban experiencia y buen sentido militar (1). Así es que, lle-

(1) Hallándose de coronel retirado en Goizueta á mediados de 1808 recibió un oficio de los generales Blake, Infantado

nos de confianza en su jefe y en sus propias fuerzas, resistieron valientemente la carga de los enemigos, rechazándolos con su fuego de fusilería y el de un obús de campaña, fuego tan nutrido ó más que el que recibían de las guerrillas enemigas y de las fuerzas situadas en las próximas alturas de su frente. Las columnas francesas de ataque retrocedieron, pues, con alguna pérdida para reformarse y esperar órdenes ó refuerzos.

No se hicieron esperar mucho éstos; pero, al advertirlo el general Blake, hizo salir al coronel Menchaca con las tropas apostadas á cubierto de los olivares de la izquierda para que, cargando de flanco á los enemigos, les impidiese un nuevo ataque á la posición de los Pueyos. El golpe de las tropas enemigas estaba todavía muy á retaguardia de la línea de acción de las más avanzadas, y Menchaca tendría tiempo para evitar un nuevo choque de proporciones más eficaces que el anterior. Los cazadores de Valencia y el 1.º de los voluntarios de Aragón rompieron, de consiguiente, la marcha, seguidos de la caballería, y, cruzando las acequias por todo el frente de la línea, llegaron á un caserío, llamado de la Tella, acabado de conquistar por los soldados de Areizaga al perse-

y Mendizábal pidiéndole su dictamen sobre el modo de atacar á los franceses que, como saben nuestros lectores, se habían reconcentrado en Vitoria después de la batalla de Bailén. Areizaga envió el plan de campaña que no pudo realizarse por «haberse tardado, dice su hoja de servicios, el ejército que subía de Andalucía.» Esto revela que se le consideraba dotado de condiciones militares, apoyándose, sin duda, esa opinión en los servicios que Areizaga prestó en la guerra, llamada de la República, de 1793 á 1795, que fueron muchos y distinguidos.

guir á los franceses en su descenso de los Pueyos. Mas la caballería, atenta á la concentración de los enemigos para el futuro ataque, tomó, á fin de impedirle, la dirección de Caspe, intermedia ó divisoria en aquella hora de los dos campos enemigos en nuestra derecha. Esperábala allí, sin embargo, la caballería francesa, muy superior, ya lo hemos dicho, en número y calidad, la cual, después de quebrantada la española por los infantes establecidos en la falda de los cerros opuestos al de los Pueyos, la cargó al salir de los arbolados en que había permanecido oculta esperando el vencimiento de los soldados de Areizaga para caer sobre ellos y derrotarlos completamente. No pudo resistir, la nuestra, carga tan hábilmente dirigida, y retrocedió al abrigo de los infantes de Menchaca que, á su vez hubieron de acogerse á la inmediación de la ermita de los Pueyos donde con tanta gloria se sostenían los de Areizaga.

Aquel golpe de fortuna inspiró á los franceses la idea de un nuevo ataque sobre nuestra derecha, que fué escarmentado tan pronto y tan ejecutivamente como el primero por los aragoneses, cuya algazara triunfal se escuchaba por todo el campo de batalla.

Segundo
ataque á los
Pueyos.

Había fracasado el plan de envolver la línea española y hacer copo del extremo derecho de ella para rendirlo á la vista del ejército, en su mayor parte situado en posición más concentrada y capaz de mejor defensa. Pero como un general de las condiciones de Suchet, de su experiencia y talento, obligado, además, á restablecer la moral, tan visiblemente quebrantada, de sus soldados, no había de ceder,

por aquel primer revés, de propósito tan elevado y de deber, en su concepto, tan importante, se decidió á, de una vez, con un esfuerzo general y poderoso, acabar una acción cuyo éxito le era tan necesario.

Ataque al
Centro.

Sin apresuramiento alguno, lo cual explica en parte la larga duración de la batalla, con la mayor calma, como quien está seguro de que no ha de interrumpírsele en su maniobra preparatoria del ataque imaginado, avanza por la llanura con la fuerza que dijimos permanecía hasta entonces á retaguardia, la mayor y más sólida parte de las de su mando, y con ella forma á la vista de todo nuestro ejército una gran columna con que espera romper el centro de la línea que tiene á su frente. Componían aquella columna el regimiento de línea número 114 y el 1.º del Vístula, más de 2.000 infantes á cuya cabeza se puso el general Fabre (1). Y mientras los demás cuerpos franceses amenazaban, así á los del cerro de los Pueyos como á los del de Perdiguer de nuestros flancos, de donde partía un fuego sumamente vivo sobre la columna central de quien se esperaba por una y otra parte de los beligerantes una acción decisiva, Fabre se encaminó rectamente á la posición de las Horcas, asiento del cuartel general español, centro y eje de la línea de batalla. No disparaba la columna, atenta á no perder tiempo y ganar la altura en el menor posible; pero las fuerzas de los flancos y la artillería, reunida para hacer mayor efecto, dirigían su fuego con toda la violencia de que eran

(1) Según el estado de fuerza, 2.666 hombres.

capaces sobre las posiciones españolas, sobre la de las Horcas principalmente que se habían propuesto ganar.

La marcha de la columna francesa se inició resueltamente, arrolladora, al primer golpe de vista incontrastable; la formación, correcta, á pesar del fuego de nuestra artillería, y el continente de las tropas como de quienes esperaban una pronta y completa victoria. Los obstáculos del camino fueron vencidos y las guerrillas españolas arrolladas y puestas en la precisión de retirarse al mismo paso de carga con que iba empujándolas la columna; todo parecía ceder á la furia francesa sobreexcitada con el ejemplo del general Fabre y de los jefes y oficiales sus subordinados. Ya puede decirse que el enemigo tocaba la batería española y se proponía, por otro lado, envolverla, siguiendo parte de la fuerza el camino del puente, y ya los *hurras* de los soldados anunciaban el triunfo y las venganzas á que iban á entregarse un momento después, cuando, redoblando el fuego nuestros artilleros, rompieron la cabeza de la columna, y el resto, entregándose, primero, á esas fluctuaciones que revelan la sorpresa, la vacilación y el temor al fin, acabó por precipitarse de la colina y darse, más que á una retirada, á una dispersión, á una fuga tan humillante como precipitada y resuelta. Los artilleros españoles, dirigidos por sus oficiales, entre los que descollaba el brigadier Loygorri que quería vengar las anteriores derrotas de Llinás, Molins y Valls en que tanto se había distinguido por su valentía y celo patriótico, fueron los héroes de aquella acción, cuyo resultado elevó su nombre y el del

Es también rechazado.

cuerpo á la cumbre de las reputaciones colectivas más gloriosas (1).

Aun dejaron su posición los españoles precipitándose en pos de los derrotados batallones franceses y aumentando, así, el estrago causado en ellos; pero el aspecto de los demás cuerpos enemigos, formados en la llanura y las eminencias próximas, y el de la caballería, sobre todo, con la cual era imposible competirse la nuestra, hizo que Blake cesara en la persecu-

(1) En una biografía impresa del general Loygorri se lee lo siguiente: «Conociendo el general Blake las relevantes cualidades de Loygorri, solicitó y obtuvo su traslación con el mismo empleo al ejército reunido de Aragón y Valencia. Principiada la campaña, acreditó este distinguido General que aquél no había equivocado su concepto, salvando dicho ejército en la memorable batalla de Alcañiz, ganada á los franceses el 22 (23) de Mayo de 1809, por la firmeza impávida de una artillería brillantemente dirigida, que desbarató las columnas de ataque en el momento que casi tocaban las piezas, y ocasionó la victoria; obteniendo por su denuedo y bizarría la faja de Mariscal de Campo en 1.º de Junio siguiente, á los ocho meses de su ascenso á Brigadier, y posteriormente la cruz laureada de cuarta clase de la Real y Militar Orden de San Fernando.»

Schépeler dice á su vez: «Entretanto el combate se había extendido á toda la línea y una columna de 2.000 hombres se adelantó por la carretera al paso de carga contra el centro español, deshizo cuanto halló sin detenerse por el fuego oblicuo que desde las posiciones de la línea le dirigían los batallones enemigos y no encontró su disolución sino delante de la batería misma, servida con una sangre fría incontrastable.»

La cruz de distinción concedida por aquella batalla en 14 de Mayo de 1815, es en figura del aspa de S. Andrés, cuyos brazos, esmaltados en rojo, rematan con un globito de oro. Tiene sobre su parte superior una corona de laurel, y entre los brazos unas llamas de color de fuego y sangre, formando su centro un óvalo en campo blanco con la cifra de *Fernando VII* en letras de oro, y, alrededor del óvalo, un círculo dorado con un letrero que dice *Alcañiz*. La cinta de que pende la cruz, es roja.

ción inmediatamente de iniciada. No estaban las tropas españolas de aquel ejército, colecticias, no pocas, y vencidas, algunas, hacía poco en encuentros decisivos, para arrostrar el choque de los escuadrones que acababan de batir á los de Menchaca y el de la magnífica artillería de Suchet.

Las pérdidas de los franceses fueron, aun así, considerables; pudiéndose calcular en unos 500 muertos que fueron hallados en el campo de batalla, muchos otros que se encontraron después en el camino que tomó Suchet, y los heridos que se llevó consigo; total en bajas, de unos 1.500 hombres de todas armas (1).

Pérdidas en uno y otro campo.

Los españoles perdieron sobre 300 entre muertos y heridos, lo cual se concibe perfectamente por no haber abandonado sus posiciones más que en la corta diversión del coronel Menchaca y al final de la batalla, en que el enemigo no llegó á hacerles cara.

(1) La relación circunstanciada de la acción, unida al plano inmediatamente levantado por el alférez D. Joaquín Blake, hijo del General en Jefe, da la cifra de 2.000. Toreno se satisface con la de 800, aun cuando sin especificar los muertos y heridos. Schépeler dice que los españoles encontraron más de 500 muertos. El libro anónimo, ya citado, supone fueron 1.000 los muertos y 40 los prisioneros, y la historia de Alcañiz por el presbítero D. Nicolás Sancho, al describir en una larga nota la batalla, dice que «quedó el campo cubierto de cadáveres, y sobre todo la acequia del estanque próxima á la cruz de las Heras, en que murieron dos compañías de polacos, los cuales audazmente se dirigían por ella, como por un camino cubierto, á ponerse á retaguardia de los nuestros.»

Habida, pues, proporción de heridos con los 500 muertos en el campo de batalla, esos indudables, no creemos andar descaminados en nuestro cálculo.

El Sr. Muñoz Maldonado dice que fueron 2.000 las bajas. Véase el parte de la batalla en el apéndice número 3.

Suchet reunió sus tropas en las alturas que ocupaban al iniciarse la acción, á donde, repetimos, no se atrevieron los nuestros á seguirle, temiendo una reacción que convirtiese el triunfo suyo en derrota lamentable.

Retírase
Suchet.

Decimos aquí lo que en la ocasión de Bailén: las tropas españolas no reunían condiciones para ofrecer á las francesas la ventaja de cambiar en defensiva su situación de agresoras. El general Blake obró, pues, con prudencia plausible al satisfacerse con una ventaja tan gloriosa como la de rechazar á tales soldados y á caudillo cual Suchet en campo raso, donde se creían invencibles. Así es que los imperiales se mantuvieron allí hasta la noche, descansando de la lucha de siete horas que acababan de sostener tan infructuosamente, y su jefe procurando reanimarlos, ya que su espíritu, si quebrantado antes con las penalidades del sitio de Zaragoza, parecía hondamente abatido con el descalabro de aquel día. Debió, sin embargo, convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos, cuando, ya de noche, dispuso la retirada, llevando por delante los heridos y con la lentitud necesaria para quitar á su movimiento el carácter de una fuga que pudieran atribuirle de otro modo los enemigos y hasta sus mismos soldados. Pero no lo consiguió aun así, ni aun con las manifestaciones de seguridad que iba haciendo á los suyos por el camino, pues cerca ya de Samper, el grito de alarma lanzado ¿por quién? por un tambor que decía haber visto la caballería española cargar y rendir al segundo regimiento del Vístula, introdujo en las filas del ejército, y principalmente en la primera división que iba en cabeza, un

pánico tal que, al llegar á aquella población, no había un soldado en su fila, y todos disparaban, unos contra otros, sus armas en la mayor confusión y desaliento (1). «La alarma, confiesa el mismo Suchet en sus Memorias, se extiende rápidamente á favor de las tinieblas; los soldados tiran unos sobre otros, y emprenden la fuga en la mayor confusión. Hombres, caballos, carros de municiones y trenes son arrasados en horrible mezcla hacia el punto de retirada, y llegan á la aldea de Samper, á donde el general en jefe, herido ligeramente en un pie, se trasladaba para establecer su campo» (2).

Fusilado el tambor, y restablecidos con eso y con permanecer dos días en la línea del Martín, el orden y la disciplina, tan necesarios en la ocasión y para poderse presentar en Zaragoza, Suchet llevó sus tropas á aquella ciudad, donde tomaba posición el 30 y reunía cuantas se hallaban destacadas en el alto Aragón y el camino de Navarra.

Y aquí se presenta al historiador el arduo problema de la Conducta de Blake.

(1) Así y todo, decía después Suchet que había conseguido la ventaja de procurarse noticias del número y calidad de nuestras tropas, á las que dejaba tan sólo la opinión (sólo la opinión) de la victoria y una posición ventajosa que no se atrevían con todo á abandonar por la lentitud del movimiento retrógrado de los franceses.

El que no se consuela, puede decirse aquí, es porque no quiere.

(2) Admiren nuestros lectores la habilidad de Thiers para describir la batalla de Alcañiz: «Suchet, dice, no quiso esperar su ataque (el de Blake), y fué á su encuentro en Alcañiz. Pero el general francés pudo bien pronto comprender que la fatiga, el disgusto y una organización insuficiente habían producido en sus tropas efectos más perniciosos de los que suponía al principio, y después de observar una conducta bastante débil de su parte, se vió obligado á retirarlas.»

ma de discutir la conducta del general Blake, tan rudamente censurada de algunos por no haber perseguido á Suchet, sin permitirle respiro ni darle punto de descanso.

El lector adivinará nuestra opinión por las emitidas al describir la batalla de Alcañiz; pero en este lugar necesitamos fortalecerlas con razonamientos más detallados sin duda y revestidos de ideas militares y políticas que puedan darles fuerza y consistencia realmente convincentes.

Contra la opinión del sesudo Schépeler se ha levantado la de todos los impacientes que, llevados de la justa aspiración de ver todo Aragón libre de enemigos, habrían querido que Blake persiguiera á Suchet hasta destruir su ejército por completo y reconquistar Zaragoza. Consecuente con la suya de siempre, recientemente manifestada en la campaña de Extremadura, el distinguido historiador alemán, conocedor por su mucha experiencia en aquella guerra de las condiciones militares, en el rigor técnico de la palabra, de nuestros soldados, opinaba porque el general Blake se estableciera sólidamente en posición próxima á Alcañiz, cubriéndose en su izquierda con Morella, en su derecha con Mequinenza y á retaguardia con Tortosa. Allí ó en un campo atrinchado que formase en Belchite, á lo que convidaba lo excelente de la posición y la seguridad de que no tardaría Suchet en buscarle para reparar su reciente descalabro; en Mequinenza mejor, de donde amenazaría los movimientos del enemigo sobre las dos orillas del Ebro y sostendría enérgicamente á los catalanes; en Alcañiz, Belchite ó Mequinenza, repetimos,

Blake podría establecer un sistema de guerra que, provocando un alzamiento general en las provincias aragonesas, además de aguerrir sus tropas, acabase con pequeños combates de todos los días por destruir la dominación francesa en el Ebro central.

Estas dos opiniones, como se ve, son diametralmente opuestas. La primera es la que aconsejan los principios más elementales del arte de la guerra, que estatuyen en tales casos como el de Alcañiz la persecución inmediata del enemigo vencido hasta su total destrucción. La segunda es el fruto de la experiencia, habidas en cuenta las circunstancias del momento, la calidad diferente de los beligerantes, la situación general del país y de la guerra. Y aun cuando, como ha dicho un filósofo humorístico moderno, *la razón lo ve todo de una vez, y la experiencia lo ve tarde, mal y nunca*; aunque los axiomas militares no deben despreciarse y en rarísima ocasión dejar de seguirse, la guerra es en España tan excepcional, presenta caracteres tan extraños, peripecias tan imprevistas, que no es de admirar se equivoquen aun los sabios en sus cálculos y en sus lucubraciones estratégicas.

Nosotros vamos á atrevernos, por pequeña que sea la competencia que pueda concedérsenos, á declarar que lo que debía hacerse era lo que precisamente ejecutó el general Blake: no perseguir inmediatamente á Suchet ni establecer el sistema lento, permanente, de una guerra de partidas, por violenta y eficazísima que quiera representarse en las condiciones de su ejército á la imaginación de los que participan de esa idea.

Para perseguir inmediatamente á Suchet necesitaba el general Blake tropas más sólidas y mejor organizadas que las de su mando en Aragón, refuerzos del día mismo de su triunfo, la cooperación simultánea de las partidas que campeaban por la provincia, y la seguridad, además, de que al verle, se sublevaría Zaragoza á fin de negar abrigo á los franceses en sus muros el tiempo, al menos que, les fuera indispensable para la concentración de sus destacamentos y la llegada de socorros desde Navarra ó Madrid.

Las tropas de su mando, ya lo hemos dicho, no eran para arremeter con los soldados de Suchet en campo abierto; los refuerzos tardarían aún algunos días; y si bien es verdad que las partidas operaban con la mayor energía inquietando á los franceses que guarnecían algunos puntos del país ó vigilaban por la seguridad de las comunicaciones, no constituían fuerza con que equilibrar la superioridad de los franceses, contra los que no era tampoco fácil se sublevara Zaragoza, postrada, como se veía, después de la reciente catástrofe y sin el núcleo de los ciudadanos que habían dirigido su defensa por parte del pueblo.

El avance, pues, inmediato hubiera sido temerario en las condiciones en que se hallaba el ejército de Blake, que habría antes de atender á su refuerzo y abastecimiento.

Esto en cuanto á la opinión de los impacientes; que en cuanto á la prudentísima de Schépeler, hay la necesidad de no desatender en absoluto la de aquéllos, apoyada principalmente en el deseo general de rechazar á los franceses de Aragón aun á favor de un milagro como sería el de galvanizar la población de

Zaragoza, y de aprovechar en lo posible la victoria de Alcañiz.

Esta daba una gran fuerza moral á los españoles de Blake, y más si se ponían al frente de Zaragoza, á los tres meses de perdida, en posición próxima y continente amenazador, con el aire todo de libertadores de la ciudad sacrificada tan heroicamente en aras de su independencia. Lo que ofrecía un grave peligro, de realizarse con las cortas fuerzas de que disponía Blake en los últimos días de Mayo, podría alcanzarlo á mediados de Junio, abastecido el ejército por el celo patriótico de la junta de Teruel y reforzado con los soldados que las de Valencia y Cataluña se apresurarían á enviarle. De ese modo se consideraba el general español en condiciones de liberar, quizás del todo, el reino de Aragón, y creía deber intentarlo para no defraudar las esperanzas de aquellos más impacientes de entre sus compatriotas y no cejar sin la experiencia, que todos le aconsejaban, de la vitalidad que aún se suponía en la verdaderamente exangüe é inerte Zaragoza, affligida todavía por todo género de calamidades.

Porque si bien á los pocos días de la capitulación tuvo Junot que publicar un bando prohibiendo el uso de armas á los zaragozanos que, por lo visto, se mostraban sobradamente altaneros para con los invasores, los asesinatos cometidos por éstos en las personas del P. Basilio y el presbítero Sas ahuyentaron de Zaragoza á cuantos por su heroica conducta tenían verdadera influencia sobre sus conciudadanos (1). Los

(1) He aquí el bando que, por cierto, revela el aislamiento en que tenía á los franceses la lealtad española. «El porte de

demás habitantes tenían bastante de que preocuparse con las desventuras de que eran víctimas, la falta de tantos de sus allegados, el hambre que á todos acababa, la falta de albergue, la peste, en fin, que seguía cebándose en aquella triste población.

Blake, sin embargo, habría de poner de manifiesto la impotencia de los zaragozanos que nadie creería sin la experiencia de que todos, por el contrario, esperaban de aquella campaña el magnífico resultado de ver de nuevo vencedora y libre la perínclita ciudad del Ebro.

Esta era razón, más que potísima, irrefutable para que, si no se podía perseguir al enemigo en Alcañiz por falta de fuerza y no tener la vencedora organización y solidez necesarias, no se entregara tampoco á un sistema de guerra ineficaz en aquellas circunstancias, ni que, recibidos los refuerzos, algo tardíos, que enviaban las provincias alendañas, se dejase de ensayar un nuevo combate á la vista de Zaragoza. El general Blake no era de los que rehuían el combatir, y bien lo probó en aquella guerra, acaso con exceso (1). Nosotros, pues, somos de los que no se atreven á motejarle por su prudencia en aquella ocasión.

Recibe refuerzos.

Necesitaba sobre todo reforzar su ejército con

armas, dice, quedando absolutamente prohibido en la provincia de Aragón, los habitantes que se encontraran con fusiles ó cualquiera arma de fuego serán considerados como vagos y asesinos y serán juzgados por una comisión militar.»

(1) Dice Schépeler: «Pero los Palafox y sus amigos gritaban *Zaragoza est expugnanda*, y no necesitaba Blake se le excitase demasiado para dar una batalla.»

Ese era en efecto, el concepto que Blake merecía á todos.

hombres, material y vituallas; y encontró en las autoridades de las provincias inmediatas y principalmente en la Junta de Teruel toda la buena voluntad que fuera de desear. De Valencia llegaronle fuerzas considerables; el Gobierno le remitió caudales con que proseguir la campaña, y en Teruel, excitado el patriotismo de los habitantes con las proclamas y la actividad de la Junta, se juntaron también recursos con que el ejército pudo considerarse como el mejor provisto de cuantos operaban en la Península (1).

Ayudábanle también las partidas levantadas anteriormente en Aragón: la de Perena que, vencedor en Monzón y viendo á los franceses reconcentrarse para batir á Blake, recorría el valle del Gállego hasta cerca de Zaragoza, y la de Gayán que, en la opuesta banda, campeaba por el Giloca y los orígenes del Huerva. El coronel D. Ramón Gayán había logrado reunir unos 1.000 hombres que, aun cuando mal armados, no descansaban en la patriótica tarea de amenazar las comunicaciones de Madrid, ejercitándose así para empresas de mayor importancia.

Encastillado en la zona montañosa que cubre la

(1) En la enumeración de los socorros enviados de Valencia al ejército de Blake, según el *Manifiesto* que hizo la Junta de aquel reino, aparece la siguiente nota: «Para reforzar el ejército del Excmo. Sr. D. Joaquín Blake se le enviaron 11.881 hombres, quedando Valencia tan desprovista de fuerza como que se montaban las guardias con chuzos, y 2.200.000 reales recogidos en el corto espacio de 15 días. Estos esfuerzos merecieron las expresiones más lisongeras de gratitud de aquel sábio xefe, como aparece de sus oficios...»

Al señalar la nueva fuerza de aquel ejército, se presentarán clasificados esos refuerzos por las épocas en que se incorporaron para emprender su desgraciada operación sobre Zaragoza.

vega de Cariñena y domina la antigua vía romana, hoy carretera, de Zaragoza á Daroca en el puerto de San Martín y Nuestra Señora del Aguila, no dejaba de hostilizar á la guarnición francesa de Muel. Aún llegó á Botorrita, sorprendiendo un destacamento enemigo; y más tarde resistió á otro más grueso que, para escarmentarlo, se hizo subir desde Zaragoza hasta el mismo Cariñena, á donde, por fin, le fué necesario á Suchet enviar un gran cuerpo, formado de las tres armas, que obligó á Gayán á buscar refugio en el ejército del general Blake.

Emprende
la marcha á
Zaragoza.

No costó ni trabajo ni tiempo la unión de sus voluntarios al general en jefe español, porque á la fecha en que tenía lugar la operación que acabamos de mencionar, el ejército había dejado las cuencas del Guadalupe y del Martín para trasladarse á la del Aguas. El general Blake estaba, con efecto, el 12 de Junio en Belchite; ejecutando, así, un movimiento que ha sido acremente censurado, aunque sin justicia en nuestro concepto.

La marcha directa por Híjar, Quinto y Fuentes hubiera sido más breve haciéndola por el camino, más corto también, de Alcañiz á Zaragoza; pero ¿llenaba todas las condiciones del momento y satisfaría cumplidamente á los planes estratégicos del general Blake?

Porque, de tomar por base la posición de Belchite, lograba apoyarse en un terreno que, á sus condiciones eminentemente defensivas, reunía las de una gran eficacia para la ofensiva. Amenazando á Zaragoza, mejor aun que por el camino ribereño del Ebro, la aislaba por allí inmediatamente de todo el valle del

Huerba, los destacamentos franceses de cuyos más importantes pueblos habrían de retirarse á toda priesa, y luego de todo el que bañan las aguas del Jalón, con las que podrían los suyos bajar á impedir la hasta entonces libre comunicación del enemigo con el alto Ebro y Navarra. Y como Suchet no tenía en la izquierda del Ebro más que la lejana plaza de Jaca y el arrabal de Zaragoza; esto es, que no hallaría salida por aquella orilla, y en la derecha, sin esperanza de socorros de Madrid, no abrigaba más que la de los que pudieran llegarle por Alagón y Tudela, lo probable era que, por no perder esta comunicación, abandonase Zaragoza cuando se viera acosado de cerca y en tales direcciones por el ejército español. El pensamiento, pues, del general Blake no era des acertado; y de haber tenido mejores tropas ó de haberlas manejado después con superior habilidad, que eso luego lo veremos, más concentradas y sin tanta ambición de extrago, se hubiera cubierto de gloria coronando su corta campaña con un éxito sorprendente.

El ejército español en Belchite constaba de más de 25.000 infantes, 1.000 caballos y 25 piezas de artillería, de los que hay que restar no pocas bajas, de las que todos experimentan en campaña, el número de los no combatientes con que siempre hay que contar para el cálculo de los generales y los juicios del historiador. Con tanta fuerza ya, había desaparecido de él aquella organización en columnas con que operó hasta Alcañiz, y había obtenido la de tres grandes divisiones mandadas por los generales Roca, Lazan y Areizaga, de las que sólo la última contaba con

Fuerza del
ejército es-
pañol.

tropas de las tres armas; una división de caballería á cargo del Brigadier O'Donjú (D. Juan), y las compañías de artillería y zapadores necesarias para el servicio de su respectivo instituto (1).

Ahora puede observarse que la detención del general Blake en Alcañiz había dado fruto; y cabe el comprender también que si, aun así, no alcanzó los resultados en que se confiaba, sería una ilusión la de esperarlos de la marcha inmediata sobre el enemigo con 9.000 infantes y 500 caballos únicamente.

Sirvió, además, para enardecer los ánimos la noticia recibida aquel mismo día 12 de la victoria alcanzada el 22 de Mayo anterior por los austriacos en la margen izquierda del Danubio, entre Aspern y Essling, dos aldeas próximas á Viena, desde entonces más que nunca memorables.

El emperador Napoleón, anhelante, según luego veremos, de dar el golpe de gracia al ejército enemigo, había intentado el paso del Danubio frente á frente del archiduque Carlos que regía la gran masa de los defensores del Imperio austriaco. La ruptura del mayor de los puentes echados en el Danubio á causa de una crecida inesperada de las aguas; la falta de parte de las tropas que acudían al puente entre el fragor de la batalla que se estaba librando en la orilla opuesta, y la carencia de municiones que tampoco pudieron cruzar el río, detuvieron la marcha victoriosa de los franceses; y fueron necesarios el sacrificio de los heroicos Saint-Hilaire y Lannes, la energía inquebrantable de Massena y la ha-

(1) Véase el apéndice número 4 que contiene los estados de fuerza correspondientes con todos sus detalles.

bilidad de Napoleón para que no se hundiera la fortuna de aquel coloso en las humeantes ruinas de los dos miserables pueblecillos que acabamos de citar. Para el Austria era una victoria que la dejaba respirar algunos meses y quizás reponerse de los desastres de Abensberg y Eckmühl, para España, la seguridad de que sus contrarios no podrían reforzarse en algún tiempo, el necesario para hacer inútiles las ventajas por ellos conseguidas en la campaña anterior; la Europa, en fin, casi entera creyó entrever un rayo de esperanza para su tranquilidad á través de tantas nubes como sobre ella iba amontonando el huracán de las ambiciones napoleónicas.

La noticia, pues, de la batalla de Essling era la más grata que en aquellos momentos pudieran recibir los vencedores de Alcañiz; y casi produjo su publicación un grande entusiasmo, y la esperanza de otra victoria más gloriosa todavía y decisiva que la de Alcañiz. Así es que al día siguiente, 13, avanzaba el general Blake con el grueso del ejército á Villanueva de la Huerva y Longares, mientras Areizaga, dirigiéndose atrevidamente á Botorrita, se apoderaba de un convoy y rompía la línea de comunicación del enemigo, una de cuyas divisiones, la de Fabre, establecida en Muel, hubo de recogerse á Plasencia, sobre el Jalón, sin esperanza, aun allí, de unirse al general Suchet.

No había éste desaprovechado el tiempo que su adversario le daba desde la de Alcañiz para reponer sus fuerzas y prepararse á una nueva campaña. Puesto sobre Zaragoza el 30 de Mayo, según ya hemos dicho, reconcentró todas sus fuerzas en derredor, estableciendo la primera división al frente de la Cartuja

Preparati-
vos de Su-
chet.

y la segunda en Torrero. Cubrir Zaragoza de un ataque del ejército español y contener la población, si se arriscaba temerariamente á sublevarse, era la misión que se había impuesto; y si, en último caso, se veía obligado á abandonarla, tener camino expedito para retirarse á Tudela. Por él esperaba también la llegada de los regimientos de infantería números 116 y 117, que dijimos se hallaban en Valladolid, y cuya incorporación tenía reclamada como urgente (1). El ejército francés contaba, de ese modo, con una fuerza de 15 á 16.000 hombres, todos dispuestos á combatir, pues que los parques y equipajes habían sido expedidos con anticipación, á Pamplona, así como los heridos y los enfermos, y sólo se dejaban intramuros de Zaragoza 1.000 infantes y las tropas de ingenieros á las órdenes del hábil y sabio coronel Haxo, tantas veces citado en el sitio de la ciudad heroica.

Al saber la aproximación de los españoles á Belchite, el general Suchet, al revés que los críticos á

(1) «Felizmente, dice Thiers, el general Blake, no aprovechando aquella primera ventaja, (la de la batalla de Alcañiz) dió á Suchet tiempo para concentrar sus fuerzas en Zaragoza, reclutar allí sus regimientos de nuevos soldados que sacó de Navarra, reorganizarlos, vestirlos con los recursos del país, reparar sus fuerzas de los sufrimientos pasados, reanimarlos, devolverles, por fin, la confianza y el valor para combatir de nuevo.»

El general Suchet dice en sus memorias, que en la mañana del 15, al comenzar la batalla, sólo podía disponer, para darla, de 9.000 hombres. Si á estos se agregan los 1.000 de infantería dejados en Zaragoza con las compañías de ingenieros y el coronel Haxo, y 3.000 en que se calcule la fuerza de los regimientos 116 y 117 que se le incorporaron á medio día, aparece el ejército con cerca de 14.000 hombres, confesados por el mismo que tanto se esmera en disminuir el número de sus subordinados.

que antes nos referíamos, comprendió las intenciones de Blake y destacó la división Musnier al socorro de Fabre, con el fin de sacarle de su apurada situación y restablecer las comunicaciones por aquella parte. Parece que no lo pudo conseguir por haber sobrevenido la noche, y así lo dice Suchet en sus memorias; pero tampoco lo pudo conseguir el día siguiente, 14, impidiéndolo el general Blake que descendió de Villa de Muel en auxilio de su vanguardia, ya en fuego con los enemigos. Burlado en su propósito, sin la esperanza de apoderarse de Botorrita, sin noticias, siquiera, de Fabre que, desde que los españoles pasaron el Huerva, había tomado resueltamente el camino de Plasencia, el general Musnier retiró su división para establecerse de nuevo al frente de Zaragoza.

El ejército español podía, pues, marchar sin recelo; y, de avanzar aquel mismo día, habría desconcertado á Suchet que ni tenía expedita su comunicación con Fabre ni había recibido el refuerzo de los regimientos 116 y 117, todavía en marcha por el camino de Tudela. La situación de Suchet era, con efecto, bien difícil, y quizás no hubiera tenido tiempo para formar sus tropas en línea de batalla, perseguidas, como iban, las más numerosas por los españoles que, de haberse arrojado de golpe sobre ellas, las hubieran roto más aun de lo que estaban, y entrado probablemente en Zaragoza. Perdió aquella bellísima ocasión; y al adelantarse á María el 15, se encontró al ejército francés situado en bien elegidas posiciones, reconcentradas las fuerzas que ya estaban á mano de su hábil general en jefe, y próximas á

reunírsele las que aún no se le habían incorporado (1).

Batalla de
María.

Los franceses que el 14 se habían retirado del frente de Botorrita al abrigo de sus reservas, adelantadas, en parte, al célebre convento de cartujos de Santa Fe, formaron el 15 en una loma que, arrancando de la gran meseta de la Muela, baja perpendicularmente al Huerva hasta fenecer en las arboledas que sombrean la margen izquierda de aquel río. Su línea de batalla siguiendo la cumbre de la loma, tenía, pues, una dirección también perpendicular al Huerva, apoyada la izquierda en la carretera de Carriñena y un canal de riego que vienen casi juntos desde María con la arboleda y el río, y la derecha en la parte más elevada del estribo, que no otra cosa es la loma de las alturas de la Muela (2).

Formación
de los fran-
ceses.

La brigada Habert cubría la izquierda, apoyada por la caballería del general Wattier, y barreando, puede decirse, la carretera; la división Musnier formaba en el centro y la derecha, con los lanceros de Kliski en el extremo de la línea, y el batallón del 64.º y los cazadores del 40.º en reserva (3). Y como su posición era tan avanzada, por cuidar de que no alcanzase la vista de los zaragozanos el campo ni la

(1) Ya al comenzar la batalla se le habría unido Fabre á quien mandó venir de Alagón la noche anterior. Así lo demuestran el recuento de las fuerzas del ejército y el silencio de Suchet que, así como puntualiza la llegada de los 116.º y 117.º de línea, hubiera indicado la hora en que se incorporaron los regimientos de Fabre.

(2) Véase el Atlas del Depósito de la Guerra.

(3) Suchet tenía una gran confianza en aquel cuerpo, por haber pertenecido á su antigua división, y componerse de veteranos con el mejor espíritu.

acción de sus compatriotas, el general Suchet dejó á Laval en Torrero á la cabeza de dos regimientos de su división, el 44.^o de línea y el 3.^o del Vístula, con la misión de vigilar el camino de Fuentes y no consentir fuese envuelto el ejército por aquel lado, á las puertas mismas de la ciudad.

Las maniobras necesarias para la formación de la línea en el orden que acabamos de indicar, se hicieron ya muy entrado aquel día, 15 de Junio, porque era necesario contar con los regimientos 116.^o y 117.^o que conducía el coronel Robert y que sólo á medio día pudieron situarse en Santa Fe. Hasta entonces era de toda precisión cubrir principalmente aquel convento, que cierra el paso á Zaragoza por los caminos de Belchite y Cariñena.

¡A esto dió lugar la lentitud conque avanzó el ejército español, y la mayor aún que Blake puso para formarlo en línea de batalla! Porque llegó á tal punto la pereza de las tropas y la negligencia de su general, que no pudo darse por terminada la formación hasta medio día; y Suchet hasta se permitió el que sus soldados, á la vista ya del enemigo y al alcance de sus cañones, descansaran tranquilamente y aun los jinetes tuvieran sin bridas sus caballos (1). Es verdad que en el entretanto hubo un ligero tiroteo, provocado por los españoles que intentaban flanquear la posición francesa; pero todo se redujo á la acción de unas guerrillas que fueron rechazadas por

(1) Así lo dice Suchet. Schépler añade que tomaron el rancho y hasta se relevó la vanguardia al cabo de algunas horas de presentarse los españoles. Aquella formación recuerda las de los ejércitos de la Edad Media.

los puestos avanzados que cubrían el 2.º regimiento del Vístula y el 115.º de línea.

La de los
españoles.

El ejército español formó su primera línea en otro ramal de la meseta de La Muela, perfectamente paralelo al que ocupaban los franceses. La segunda línea tomó á retaguardia una posición semejante; tal es la constitución física de aquella altura, resquebrajada por la acción de las aguas pluviales, que las estribaciones que se han formado parecen, vistas en conjunto, los cordones de un fleco gigantesco, así son su paralelismo y las ondulaciones que los separan. Una de estas ondulaciones, una rambla, ni áspera ni honda, con el nombre de Valle de Cuarte, separaba á los franceses de los españoles; otra semejante, las dos líneas de nuestros compatriotas, y á su espalda otra igual y, por fin, un profundo barranco, el arroyo Salado, media entre todas ellas y el pueblo de María, situado entre la carretera y el Huerva y dominando la estrecha vega arbolada de las dos orillas.

Formaba en primera línea la división Roca con el general en jefe, á su lado, deseoso de reconocer la fuerza y la posición de los franceses, y sobre su derecha se estableció la caballería, regida por el brigadier O-Donojú, que, con algunos infantes destacados de los cuerpos inmediatos, ocupaba las dos orillas del Huerva. En segunda línea y aprovechando las desigualdades del terreno, se veía la división del marqués de Lazán; cubriendo sus intervalos, lo mismo que en la primera, las piezas que constituían la artillería afecta á las dos. Una pequeña reserva, también con algunas de aquellas piezas, que en su total

ascendían, según se puede ver en los estados de fuerza, á 17, se estableció en la derecha del arroyo Salado cubriendo, junto á María, el puentecillo por donde lo cruza la carretera.

La división Areizaga, y ese es el grande error de Blake, quedó en Botorrita sin utilizarse para nada cuando su acción hubiera sido decisiva en la batalla que iba á reñirse aquel día.

Eran las dos de la tarde cuando los españoles rompieron el movimiento de avance por su izquierda, como para flanquear la línea francesa por su parte más encumbrada. Si lograban romperla por aquel lado, pensó el general Blake que no le sería difícil envolverla y, cuando no, descender arrebatadamente hacia el Huerva y Santa Fe, arrollando de arriba abajo, como un alud, los cuerpos franceses en el lomo del terreno que ocupaban. Y Suchet, que comprendió la maniobra y hubo de temer las consecuencias, se dirigió inmediatamente á impedir la ó contrarrestarla (1). Con destacar sobre aquel flanco los lanceros de Kliski y 200 cazadores, que suponemos serían del

Avanzan
los nuestros.

(1) Que la iniciativa de aquellos movimientos fué debida á los españoles, parece indudable. Sin contar con que así lo establecen escritores de nuestra nación y extranjeros imparciales, el mismo Suchet viene á confesarlo implícitamente, porque á pesar de comenzar la relación de la batalla diciendo «A las dos se dió la orden de atacar,» continúa «El movimiento principió en toda la línea en el momento en que el ejército español rompía el suyo extendiendo su izquierda como para desbordarnos. El general Suchet se dirigió por el pronto á la extrema derecha á fin de contener aquella maniobra» (la de Blake).

¿Por qué el conde de Toreno se atendería á esta versión sin reparar en la contradicción que entraña? La *Gaceta de Madrid* (la del Intruso) dice que atacaron los españoles.

Son rechazados

40.º, al mismo tiempo que lanzando á su frente en columna de ataque un batallón del 114.º que, como de la división, estaba en primera línea, logró, con efecto, detener á los nuestros, aun cuando no lo fácilmente que supone en sus memorias. Los infantes españoles se batieron bien y lograron rechazar á los franceses, siguiéndolos un rato hasta que, reforzados éstos, tuvieron aquéllos que retroceder á su línea para tomar una actitud defensiva. Suchet quiso aprovechar la reacción que no sin ventaja acababa de emprender, y dispuso el ataque del centro y la izquierda de los españoles que se encargó de verificar toda la división Musnier, situada, como hemos dicho, enfrente. Era necesario atravesar el valle de Cuarte, la barrancada que separaba á los dos ejércitos; Suchet quería se cruzase con el arma al brazo, manera francesa en tales ocasiones y nada de extrañar en aquélla por lo roto y desigual del tránsito; pero el fuego de nuestra artillería, aun contestado por la francesa, fué conteniendo á los asaltantes hasta la llegada del general Blake con refuerzos considerables que llevó de su derecha. En vano el 1.º del Vístula, apoyado en sus flancos por el 114.º y el 115.º de línea, gana los escarpes del barranco; el fuego de los nuestros lo detiene y el segundo de aquellos cuerpos tiene que retroceder á su vez á pesar de los esfuerzos de su coronel y del general de caballería Bousard, que acudió inmediatamente con refuerzos. Fué necesario llamar al 64.º y al 2.º del Vístula á la línea de fuego; y, aun así, hubo que acudir á un esfuerzo supremo del jefe de Estado Mayor, general Harispe que, herido, á la cabeza de 100 granaderos,

logró reanimar á los soldados y restablecer el combate (1).

Así andaba éste, más favorable hasta entonces para los españoles que para los franceses, cuando hubo de suspenderse por una horrorosa tormenta de truenos, lluvia y viento que llegó á impedir se viesen siquiera los combatientes, aun estando tan cercanos de otros. Si antes ó al concluir la lluvia hubiese entrado en línea la división Areizaga; con que, apareciendo en María, hubiera avanzado la segunda línea y tomado parte en la acción, la derecha y el centro del ejército francés, sin reservas ya, puesto que andaban confundidas con los cuerpos rechazados por los nuestros, no hubieran tenido más recurso que el de retirarse al apoyo de su izquierda, intacta todavía. Sólo, repetimos, con presentarse Areizaga á la altura de María, estaba ganada la batalla; y la lluvia no hubiera servido á los franceses más que para, al descorrerse la nube que la llevaba, comprender toda la extensión de su desgracia.

Por el contrario, inmóviles en Botorrita aquellos 7.000 hombres que representaban la única superioridad, la numérica, del ejército español respecto al francés, al volver á lucir el sol no iluminó sino el trance decisivo, hartamente fatal á nuestras armas, de tan memorable batalla.

El combate de su derecha hizo conocer á Suchet Ataca la izquierda francesa.

(1) Dice Suchet en sus Memorias: «Destaca al general Harispe, su jefe de Estado Mayor con 100 granaderos: éste se precipita al barranco y, aunque inmediatamente herido, *il ramène les soldats et rétablit le combat.*» A eso llama Thiers dejar á los españoles que desahogasen su ardimiento.

que no era por aquella ala por donde habían de guiarle sus águilas á la victoria. En su izquierda era el terreno más accesible, fácil para el nervio de su ejército, la caballería, muy superior á la nuestra que tenía á su frente en la banda que recorre la carretera entre las lomas, la arboleda y el canal inmediatos al Huerva. Allí no se había disparado un tiro, atentos los beligerantes á lo que sucedía en las alturas; hasta se había hecho un vacío, ocultando Suchet parte de su caballería por buscar, sin duda, mayor efecto al presentarla reunida. Pero esto, que parece un rasgo de habilidad por parte del general francés, debía nacer de la idea de que mientras su centro y derecha se mantuvieran en lo alto, ínterin su caballería estuviese intacta y los regimientos 116.º y 117.º se encontraran en Santa Fe, ningún cuerpo español iría á meterse en aquel vacío, callejón sin salida, donde habría de perecer. Así es que, diga lo que quiera en sus Memorias, hay que atribuir su cambio de plan de ataque á la resistencia encontrada en el centro é izquierda de los españoles; resultando de sus propias palabras la confesión de no haberlos podido vencer allí en el primer período de la batalla (1).

(1) Dice él: «El movimiento intentado por el general Blake en su extrema izquierda y el esfuerzo que se acababa de hacer sobre el centro de los españoles, aunque fortuitos en apariencia y al azar, secundaban perfectamente las miras del general francés. Puede verse en el plano que el general español, al establecerse en las alturas que descienden á la orilla izquierda del Huerva con barrancos delante y atrás, no tenía otra salida á retaguardia, si se veía forzado en sus posiciones, que el camino y el pequeño puente de María á espaldas de la extrema derecha de su línea, lo cual comprometía evi-

El episodio atmosférico á que nos hemos referido, tan común en las batallas de la guerra de la Independencia, dió á Suchet tiempo para reflexionar sobre su situación y los cambios que debería introducir en su plan de ataque, vista la resistencia que encontraba al ya intentado contra el centro é izquierda de los españoles. En aquellos momentos, pues, y no antes concibió el proyecto de arrollar la derecha enemiga, creyéndolos, al menos, los más propicios, más acaso para desarmar el resto de la línea y poderlo vencer mejor, que para obtener el grandioso resultado que le deparó la fortuna, tan risueña para él desde entonces.

El general Habert recibió, en consecuencia de ese nuevo plan, la orden de avanzar con un regi-

dentemente su izquierda y centro y, sobre todo, la artillería, en aquella parte establecida. La vista de esta disposición viciosa indicaba el partido que se debía tomar. El general Suchet rehusó su izquierda por el pronto y no mostró toda la caballería que allí juntaba en tanto que combatían su centro y derecha. Desde que vió el combate bien comprometido en aquellos puntos, se trasladó rápidamente á su izquierda.»

Pero, decimos nosotros, «la disposición de las tropas españolas, ¿no era la misma al principio de la batalla que al rechazar después á los franceses? ¿Para qué, entonces, decir que su vista indicaba el partido que debería tomarse?» Ni esa posición había cambiado esencialmente, ni la carretera había tomado distinta dirección ni el puente, único paso para la retirada, dejaba de estar donde al establecerse la línea de batalla. Que diga, pues, que, viendo que no podía romper el centro ni la izquierda de los españoles, creyó más fácil, más ejecutivo, el combatirlos en la derecha con su magnífica caballería. Estamos seguros de que la tenía oculta para, al derribarse los españoles de las alturas, empujados por los regimientos franceses, lanzarla por la carretera, á donde como al puente, bajarían para retirarse.

Napier dice que Suchet notó lo defectuoso de la formación de Blake al aclarar el tiempo.

miento de línea en columna precedido del 5.º ligero en guerrilla. Tras de Habert rompieron la marcha los húsares y los coraceros regidos por Wattier con la orden de adelantarse á la infantería para, cargando á los nuestros, apoderarse del puente: formación viciosa de aquellas tropas que habrían de sufrir no pocos entorpecimientos en la marcha, ó ideada, quizás, al ver de cerca la con que las esperaban los españoles.

Y debió ser esto; porque los primeros que habría de encontrar en su marcha aquella columna eran nuestros jinetes. En lugar de una gran batería sostenida de algunos batallones enfilando la cañada que iba á recorrer el camino, apoyados, á su vez, por la caballería, el general Blake había dado á aquellas tropas una situación inversa, estableciendo á vanguardia los jinetes, la parte más débil del ejército, tan rudamente escarmentados en Alcañiz, sin moral, de consiguiente, para volverse á medir con los franceses. Cargar éstos y batir á nuestra caballería quedándose con su jefe, el brigadier O'Donojú, fué obra de cortos momentos, los necesarios para llegar á las manos. Los españoles se dispersaron; y los franceses, penetrando por el boquete que se les dejaba abierto y despejado, no se detuvieron hasta cruzar el puente y apoderándose de la batería que dijimos formaba con algunos infantes la última reserva del ejército.

Derrota de
la derecha
española.

Aquella maniobra, tan felizmente ejecutada como concebida, decidió del éxito de la batalla. El general Blake, *siempre intrépido* como dice Napier, reconcentró más y más sus fuerzas en las posiciones don-

de estaba combatiendo, no sin fortuna, al centro y derecha de los enemigos. Estos, al ver el éxito de su caballería, acometían con encarnizamiento procurando secundarla y acabar la acción, pero inútilmente, tal era el tesón con que se defendían los españoles. Un movimiento enérgicamente llevado á cabo sobre las tropas que en pos de los húsares y coraceros franceses iban cargando por el camino, hubiera quizás puesto remedio á tamaño revés como el de perder la comunicación del puente, única utilizable por la artillería, de haber de retirarse. Cortada la columna francesa de Habert desde la posición dominante que ocupaban los nuestros, é interceptado el paso del puente, la caballería quedaría aislada en la derecha del arroyo Salado; pero ni los regimientos españoles de primera línea pensaban más que en defenderse de los de Musnier, ni los de la segunda más que en ayudar á sus camaradas de vanguardia, ni Blake, por fin, pensó en otro remedio que el de formar una gran masa que esperó sin duda no sería nunca arrollada. Bien indicada estaba la maniobra, necesaria, urgentísima en ocasión tan crítica, y podía muy bien ejecutarse por la segunda línea que para tales casos se establece: nuestros ejércitos, sin embargo, no llevaban á más sus aspiraciones que á conseguir lo que hoy es la excelencia en el arte de operar, el ofender defendiéndose.

Los franceses, entonces, emprendieron un ataque general combinado; acometiendo los de Musnier de frente mientras Habert lo hacía oblicuamente desde el camino, procurando ganar la posición española. El choque fué rudo; puestos los de Blake en lo alto

Ataque á
nuestro cen-
tro.

Dispersión
general.

de la loma que ocupaba Lazán, se defendían bravamente haciendo llover hierro y plomo sobre los asaltantes; pero el cansancio ya de los ataques anteriores, la idea de haber perdido la línea natural de operaciones y, sobre todo, la del fracaso, que ya comprendían, de tal esperanza como la de entrar aquella noche en Zaragoza, causaron en algún cuerpo un decaimiento de ánimo que, comunicándose á los demás, produjo luego la dispersión más ó menos completa de todos. Los esfuerzos de los generales por mantener el orden en la formación defensiva que habían adoptado, resultaron ineficaces; y Blake, lo mismo que Lazán y Roca, arrollados por sus mismos subordinados tuvieron que ceder el campo y derrumbarse como ellos por las cañadas y los barrancos que los separaban de Areizaga que seguía inmóvil en Botorrita. Los infantes tenían expedita su retirada, no siendo el terreno de sus espaldas inaccesible; la artillería, privada del camino y del paso del puente, entorpecida en sus movimientos por haberse hecho intransitable el terreno por la lluvia y no ser franqueable tampoco para ella el arroyo Salado, hubo de quedar en poder del enemigo, salvo dos piezas, de las que componían sin duda parte de la batería de reserva.

Pérdidas.

Nuestras pérdidas fueron naturalmente muy considerables en hombres y material, no tan importantes, con todo, como en la moral del ejército, que quedó para largo tiempo quebrantada. Ascendió á más el número de los muertos y heridos que el de los prisioneros, además de ágiles estando nuestros compatriotas favorecidos por la noche, á cuya entrada co-

menzó la derrota, prueba de lo largo y obstinado del combate (1). Los franceses perdieron, así al menos lo dice su general en jefe, de 600 á 700 hombres entre muertos y heridos; siendo uno de los últimos el general Harispe, de cuyos importantes servicios hubo de privarse algún tiempo la Francia.

No es fácil disculpar al general Blake en aquella fatal jornada. Observaciones.

Sabemos cuán difícil sería manejar unas tropas que, aun moralizadas y hasta llenas de entusiasmo con su reciente victoria de Alcañiz, no tenían la disciplina que es necesaria para marchar sin pérdida de tiempo ni de cohesión, ni era posible maniobrasen con la regularidad y energía absolutamente precisas ante enemigo tan experto. Iban, además, á operar ofensivamente; se dirigían á conquistar posiciones que interesaban demasiado á los franceses para que no las disputasen con la mayor obstinación, consistiendo en su mantenimiento, no sólo la suerte de Zaragoza, sino la marcha de las operaciones en el resto de la Península, pues los ejércitos que la ocupaban verían á punto de perderse la comunicación suya con el Imperio. Para vencer tantas dificultades y pa-

(1) No es fácil fijar las bajas del ejército español en María. Suchet dice que fueron más los muertos que los prisioneros y que cayeron en su poder 25 piezas de artillería y 3 banderas. Schepeler eleva también á esas cifras la pérdida de cañones y banderas, y á la de 2.000 los muertos, heridos y prisioneros. Toreno señala cómo 15 las piezas y al brigadier O-Donojú y al coronel Menchaca como prisioneros. Ese debe ser el número de las piezas perdidas, porque no hubo más que 17 en el campo de batalla.

La *Gaceta* francesa de Madrid dijo que eran 5.000 los muertos, 600 los prisioneros, 25 las piezas y 7 las banderas.

ra arrollar tales obstáculos se necesitaba una subordinación tan sólida, una moral tan robusta, instrucción tan perfecta en las tropas, que no podían exigirse á los españoles de aquel ejército, compuesto de elementos hasta entonces dispersos y de todo punto heterogéneos.

Pero en eso consiste la habilidad, en, reunidos, darles la cohesión é inspirarles el espíritu que necesitan, y en manejarlos, después, según el grado de adelantamiento que en materia tan urgente é indispensable se haya logrado hacerles alcanzar.

El general Blake, seguro de que todos los re-fuerzos que podía recibir Suchet no pasarían de lo que representaba el de los regimientos 116.º y 117.º únicos que estaban en marcha para Zaragoza, no debió acometer la jornada de María sin combinar perfectamente la acción de cuantos medios se habían puesto á su alcance. Las fuerzas de Perena debieron romper el fuego sobre el arrabal el mismo día que él en los campos de María; las de Gayán podían haber hecho una diversión sobre Plasencia y Alagón á fin de entretener lo posible á los regimientos franceses acabados de citar, ó llamar la atención por el camino de Fuentes para, al menos, producir la inquietud consiguiente en las tropas de Laval, dejadas en Torrero, y hasta en las del mismo Suchet, tan preocupado con las disposiciones de los zaragozanos; y, sobre todo, no debió quedar, ni en Botorrita ni en parte alguna á distancia considerable de María, un sólo regimiento de los que componían el ejército. Fuese como de reserva, si tan poca confianza le inspiraban las otras dos divisiones, fuese, principalmente, mani-

obrando en el terreno alto de la meseta, sin intervalo, por supuesto, que debilitara la línea de batalla, debieron aparecer en la española las fuerzas del general Areizaga, y estamos seguros de que la victoria hubiera coronado el esfuerzo, que no puede negarse, de nuestros soldados. ¿Qué hubiera sido del ejército francés si, al necesitar su centro el apoyo de la segunda línea, si al acudir Harispe con un refuerzo que, después de todo, consistía en un centenar de granaderos, la división Areizaga se hubiera descolgado de la Muela y caído, por último, de golpe como un alud por las lomas que se tienden hasta Santa Fé? En tal y tan crítico momento no habría tenido Suchet otro recurso que el de emprender la retirada al apoyo de su caballería, todavía intacta, y de los regimientos puestos de reserva en el convento. Y esto, suponiéndose comenzada la acción cuando efectivamente tuvo principio; porque, de iniciarse, como debió suceder, muy de mañana, el 116.º y el 117.º franceses no hubieran servido ni aun para cubrir la retirada sino después de evacuar Suchet á Zaragoza y emprender el camino de Alagón y Tudela.

Sea, pues, por las dificultades que ofrece siempre el manejo de un ejército no bien organizado y sin la disciplina de los veteranos, hechos á las marchas y maniobras; sea por falta de habilidad en su jefe, lo cierto es que el de Aragón y Valencia perdió una ocasión sumamente favorable, la única que se presentó á los españoles en aquella campaña para dar un golpe terrible á la invasión francesa, para indemnizarlos de los desastres que hemos relatado en el tomo anterior.

Porque, no hay que dudarle un momento, los ejércitos imperiales de la Península hubieran tenido que retroceder, más ejecutivamente que lo hicieron, á cubrir su comunicación con Francia, amenazada desde Zaragoza; y las operaciones, que luego relatemos, de Talavera y de Almonacid hubieran dado muy distintos resultados, ejecutadas en las distintas condiciones que hace presuponer la victoria, por desgracia hipotética, del general Blake en María.

Los españoles se retiraron á Belchite.

Por el contrario, el ejército de Aragón y Valencia, tan rudamente escarmentado, hubo de retirarse al abrigo de la división Areizaga para, luego, continuar su movimiento á Belchite, punto suyo de salida días antes. Y gracias que pudo hacerlo con una tranquilidad relativa por torpeza del general Laval que, disculpándose con la mala voluntad de sus guías, no amenazó la retirada de Blake, según se lo había ordenado su general en jefe. Blake pudo, así, permanecer el 16 en Botorrita reuniendo los dispersos de María, y, aunque alcanzada la mañana siguiente en su marcha la retaguardia, formaba todo el ejército el 18 en Belchite, dispuesto á combatir de nuevo con su victorioso competidor (1).

(1) Suchet dice que Laval hizo prisionero en Torrecilla un batallón de marinos y cogió algunos equipajes. Nada de particular tendría lo de quedarse con un batallón, ya que todos iban de vencida; pero es el caso que no había en el ejército de Blake tal batallón de marina, á no ser que se quiera dar ese carácter á unas compañías de tiradores de Cartagena que, siendo de tiradores, hace creer no serían marinos.

Tampoco debió ser el choque en Torrecilla, por la sencilla razón de que no está aquel lugar en el camino de Botorrita á Belchite, lo que hace suponer que Laval procedería de Torrecilla pero la acción tendría lugar hacia Valnadrid ó la Puebla de Albortón.

Su posición era bien crítica. A la derrota de María, hay que añadir, para comprender el estado de nuestras tropas, las penalidades de una marcha nocturna por camino que la tempestad anterior había convertido en un lodazal impracticable, y la falta de sueño y el hambre de que no pudieron repararse por la persecución incesante de los franceses, resueltos á hacerlas desaparecer del territorio aragones. Ellas, desmoralizadas hasta el último grado; los enemigos, orgullosos de su reciente victoria, tanto más envalentonados ahora cuanto mayor había sido su miedo al iniciarse la campaña en Alcañiz; ¿qué podía esperarse en la ocasión del choque que se iba á renovar en condiciones tan desiguales? Por más que fueran á combatirse, como la primera vez, los nuestros á la defensiva y en posiciones excelentes, y los contrarios teniendo que atacar á pecho descubierto, ni el número ni la moral de unos y otros daba lugar á duda alguna sobre el éxito de la nueva jornada (1).

Yace Belchite en un llano que á su frente se extiende en huertas, olivares y moreras, entre una suave meseta á su derecha donde se halla el Calvario y otra en su izquierda, llamada el Pueyo, á la que luego se suceden otras y otras elevándose gradualmente á distancia considerable. A su espalda corre el río Aguas, primero en ásperos barrancos y, cru-

Acción de
Belchite.

(1) Suchet dice que Blake recibió en Belchite un refuerzo de 4.000 hombres, y esto no es exacto. Por el contrario lo que consta es que el ejército español quedó reducido para la acción de aquel día á sólo unos 11 ó 12.000 hombres con alguna, muy poca, caballería y nueve piezas de campaña.

zado después por un mal puente, fertiliza una estrecha pero pintoresca vega.

Posiciones
españolas.

Los españoles ocuparon el Calvario sobre su derecha, alargando su línea por el borde de la meseta á fin de no ser flanqueados, y tendiendo su caballería á vanguardia para observar á los franceses por el camino de Zaragoza. El centro ocupaba la villa, apoyado en el convento de Santa Bárbara que la domina inmediatamente; y la izquierda se corría, formada en varias líneas, por las estribaciones de la meseta hacia el Pueyo, punto culminante, si bien ya lejano, que atalaya la llanura toda de la izquierda del Aguas. Aquel flanco era el débil de la posición, y, por eso sin duda, aparecía más fortalecido; pero, aun así, fué el elegido por los franceses para su ataque principal, reduciendo los del centro y la derecha españoles á una demostración, siempre temible por el número de los franceses, total del que llegaron á reunirse en aquella campaña.

Pintar aquella acción, como lo ha hecho Suchet con trazas de grandes masas tácticamente situadas al frente y sobre los flancos de la línea española; ir delineando la marcha y las maniobras ejecutadas para la empresa de un enemigo que se supone decidido á probar de nuevo la fortuna; y, á manera que en las grandes batallas napoleónicas, ofrecer aunque sólo sea en emblema, el espectáculo de un combate de gigantes, no es propio de un talento tan claro ni de una historia tan gloriosa como la del célebre mariscal.

Atacan los
franceses.

No había acabado de iniciar su movimiento de flanco sobre el izquierdo nuestro, y apenas asoma-

ban sus cabezas las columnas del 114.º de línea y del 1.º del Vístula, apoyadas de cerca por el 115.º y el 4.º de húsares de la división Musnier, cuando los españoles del Pueyo y los en tantas líneas formados á su derecha se replegaron al centro para, reunidos en derredor de Santa Bárbara, seguir la misma próxima ya y desgraciada suerte. Allí creyeron poderse defender mejor y su artillería rompió un fuego bastante vivo en apoyo del que hacían los tiradores apostados en los olivares y huertas que cubrían nuestro centro. Hasta hubo conatos de marchar al enemigo en columnas que con los cuerpos establecidos al pie de Santa Bárbara se formaron, al apoyo de la caballería, avanzada, según dejamos dicho, en dirección de Zaragoza. Pero contenido aquel principio de movimiento ofensivo por los jinetes de Wattier, hubieron los nuestros de reducirse á, acogidos de nuevo á la línea, mejor dicho, al grupo ya no muy en orden, de los de Santa Bárbara, sostenerse como mejor pudieran contra las masas cada vez más numerosas de la infantería francesa que, envaletonadas por momentos, acosaban sin descanso á las españolas. No presentaba, pues, buen aspecto la acción, cuando la artillería francesa, tan bien servida en aquella como en las anteriores ocasiones de la campaña, puso una granada en los carros de municiones de la nuestra que estallaron con horrísono estruendo. El batallón que más cerca estaba huyó en desorden que se comunicó inmediatamente á sus próximos en la línea; y pocos minutos después todos los del centro y, á la vista de su fuga, los del ala derecha, todos los del ejército español, unos á

Nueva de-
rrota.

través de Belchite y otros por el valle del Aguas, abandonaban aquel campo de batalla tan miserablemente defendido. Solos quedaron en la posición los generales Blake, Lazán y Roca con los oficiales de estado mayor y sus ayudantes, avergonzados de situación tan desairada, y hubieran caído en poder del enemigo de obedecer al impulso de su corazón. La reflexión, sin embargo, de la inutilidad de su sacrificio, aquel espíritu sobre todo, que sostenía á los españoles en lucha tan desigual; el convencimiento de que la desgracia que pesaba sobre ellos, como la reciente de María y como las que los otros ejércitos sufrían en los demás teatros de la guerra, no eran bastantes para introducir el pánico ni la pérdida de toda esperanza en la Nación, movieron á los generales del de Aragón y Valencia á, siguiendo la suerte de los fugitivos, buscar en otra parte nuevas empresas y mejor fortuna.

En Belchite dejaron, con pocos muertos y no muchos prisioneros, las nueve piezas que les habían quedado, gran número de fusiles, las municiones y los bagajes todos del ejército que, puede decirse quedó, no sólo derrotado sino disuelto. Los franceses quisieron seguir el alcance de los fugitivos; pero ¿cómo lograrlo tratándose de españoles, conocedores del país y en todas partes acogidos, si no con la alegría que siendo victoriosos, con igual amor y las manifestaciones mismas de pronto desquite y ejemplar venganza? La persecución era inútil, y los aragoneses pudieron llegar á Tortosa más unidos que el día de la catástrofe, y los valencianos á Morella y San Mateo, escoltados desde el segundo día por los

refuerzos que la junta de Valencia iba sin cesar enviando al ejército y encontraron en su camino (1).

Operaciones sucesivas de Suchet.

Suchet, por su parte, comprendiendo la inutilidad de sus esfuerzos por sacar mayor fruto de su victoria, y satisfecho del ya conseguido que le hacía dueño de casi todo el reino aragonés, destinado á su gobierno y administración, dejó á la división Musnier el encargo de observar de cerca á los vencidos desde su base del Guadalope, y él cruzó el Ebro por Caspe con Habert y sus tropas y, después de reconocer de nuevo Mequinenza, de reocupar á Monzón y dejando á Habert en el Cinca para vigilar también la raya de Cataluña, regresó á Zaragoza. Allí, como á su paso por Barbastro y Huesca, esperaba ser recibido con la pompa y la alegría que le hacían suponer algunos aduladores, malos españoles ó débiles secuaces de la fortuna. Pero con él iba la fama de las violencias que sus soldados, especialmente los polacos, habían cometido en Belchite y las demás poblaciones que visitaron en su marcha, ahora irresistible, antes bochornosa y que pretendían vengar, ya que no en los enemigos armados porque se escapaban á sus manos, en los inermes é inofensivos habitantes.

(1) El mismo Suchet reconoce en sus Memorias que fueron muy pocos los prisioneros. «La desfilada, dice, por la villa y la ausencia de los coraceros que no habían tenido tiempo aún para llegar por la izquierda, impidieron el aprovechar aquella dispersión y coger un gran número de prisioneros. Sólo un regimiento, el 1.º de Valencia, llegó á juntarse á dos leguas del campo de batalla, donde fué acuchillado y cogido.»

No hemos podido comprobar este último aserto del mariscal Suchet.

Su conducta posterior. Justo es, sin embargo, decirlo: Suchet procuró desde entonces hacer olvidar su rigor con una administracion hábil de la tierra confiada á su mando, ya conociendo no ser la crueldad y el pillaje los mejores procedimientos en España, ya con el objeto de juntar recursos para sus futuras operaciones. Aragón no quiso agradecer esa que tomó por arte guerrera y para fines más y más avasalladores; y fuera de algunas grandes poblaciones, donde no se sentían los horrores de la guerra por hallarse fortalecidas y con guarnición francesa lo bastante numerosa para temer nada, en el campo, en la tierra montuosa sobre todo, se encendió de nuevo la lucha, más ardiente y devastadora que la de las grandes batallas que acababan de reñirse (1).

Las de María y Belchite pueden verdaderamente considerarse como dos catástrofes para España. ¡Qué diferencia de destinos los que hubiera hecho esperar la victoria!

Resultados de la campaña. Zaragoza hubiera caido la tarde misma del combate del 15 de Junio en poder del general Blake, pues que la única salvación del ejército francés estaba en su retirada á Tudela; y la noticia de tal acontecimiento habría bastado para poner en jaque á los que operaban en el centro de la Península y en los confines de Galicia y Portugal. El Intruso, que es quien primero habría de recibir la impresión de tamaña afren-

(1) Se encomendó al general Lapeña una información que pusiera de manifiesto las causas de por qué el ejército que tan valientemente se batió en Alcañiz había huido en Belchite; pero ni Lapeña ni el Consejo de la Guerra, á quien se pasó después, se resolvieron á dar dictamen.

ta como la de verse amenazado, no ya como después de la de Bailén, sino sobre el flanco y, días luego, quizás, en su retaguardia; el Intruso, repetimos tendría que apresurar la concentración de los cuerpos de Víctor, el más próximo de sus mariscales, y los de Sult y Ney que, maltrechos de sus expediciones á Oporto y Vigo respectivamente, andaban tan diseminados moral como físicamente en las tierras, que ya hemos citado, de Occidente. Mortier era el único apto para correr á despejar la comunicación directa con Francia, apoyando á Suchet para que no fuese empujado á las altas cuencas secundarias del Ebro; pero difícilmente bastaría su acción para tranquilizar á los que á su vez se verían muy pronto asaltados en su retirada de los ejércitos aliados, anhelantes por aprovechar ocasión tan propicia y dar glorioso remate á la reacción feliz que estaban operando. Pronto veremos á esos ejércitos, aun sin ventaja tan importante como la que hace suponer la victoria de Blake en María, acometer la empresa de revolverse contra los invasores y hasta amenazar la capital de España, centro de sus operaciones, poniendo á un dedo de su ruina al Intruso y á las legiones formidables de su prepotente hermano. ¿Qué no hubiera sido, pues, de uno y otras, si con el ataque de frente y simultáneo por las Andalucías y Portugal coincidiera la amenaza del que Blaqué habría acometido inmediatamente remontando el valle del Ebro?

Por el contrario, el vencimiento en María y la derrota que acababa de sufrir el ejército de Aragón y Valencia, no tan sólo desvanecían las halagüeñas esperanzas que había hecho albergar el triunfo de

Alcañiz, sino que echaría después por tierra los planes que, fundado en él, se preparaban en las demás partes de la Península. Por el pronto el valle central del Ebro quedaba en poder de los enemigos que, apoyados en él, ganarían los altos del Cinca, el Gállego y el Aragón en la zona pirenaica, y, en la banda opuesta, los que, desprendiéndose del Ydúbeda ofrecerían el acceso á las altas mesetas de Castilla y la comunicación con Madrid, de tanta importancia militar y política. Los cuerpos de ejército franceses que operaban en el O. y el N. O. de nuestro territorio seguirían las instrucciones recibidas, ya que no tranquilamente, pues que veían amontonarse á su frente las nubes que amenazaban descargar sobre ellos próxima y horrible tormenta, con la seguridad, al menos, de hallar á su espalda abrigos en que arrosstrarla y en último caso, el más desfavorable, evitarla retirándose como en su primera campaña. Es verdad que, como luego haremos ver y ya indicamos al terminar el tomo anterior, en vez de sacar fruto de las grandes victorias recientemente conseguidas, se hallaban obligados á, contra toda ley de arte militar, contra toda previsión histórica, retroceder de las posiciones á tan caro precio conquistadas. Es cierto, además, que, al revés que en todas partes y en las otras naciones, sobre todo, donde habían peleado con fortuna y resultados, veían levantarse el espíritu de los españoles y reunirse nuevos ejércitos y á todos apereibirse á nuevas y tal vez decisivas batallas. Pero mientras supieran que el camino de Francia, el de las invasiones y retiradas de siempre, el único militar de entonces, se hallaba despejado, pues que nun-

ca serían obstáculo serio en él las guerrillas, que ya comenzaban á mostrarse atrevidas y hasta insolentes en varias regiones de la Monarquía, ellos podrían medirse con nuestros compatriotas y con sus aliados ingleses y portugueses con probalidades muchas, ya que no la certeza, de otras victorias como las pasadas de la campaña última de Valls, Ciudad-Real, Medellín y Oporto.

¡Qué diferencia, repetimos, entre vencer y ser vencidos en María; entre ganar á Zaragoza y no volverla á ver hasta cuatro años más tarde, años incabables de todo género de desastres para la patria!

CAPITULO II

Portugal y Galicia

Soult en Oporto.—Reconquista de Chaves.—Liberación de Tuy por los franceses.—Sucesos de Galicia.—Junta de Lobera —D. Joaquín Tenreiro.—Distribución de mandos.—Sitio de Vigo.—Tratos de capitulación.—Nuevas discordias en los españoles.—Encumbramiento de Morillo.—Capitula el francés.—Socorro tardío.—Sitio de Tuy.—Barrio, comandante en jefe.—Se levanta el sitio.—Los franceses abandonan á Tuy.—Operaciones de Romana.—Toma de Villafraanca.—El ejército se acantona en el Vierzo.—El brigadier Carrera, en Sanabria.—Trasládase Romana á Oviedo y Mahy toma el mando del ejército.—Mahy en Galicia.—Romana en Oviedo.—La junta del Principado.—Invasión de Asturias por Ney.—Movimientos preliminares.—Conferencia con Kellermann.—Entra Ney en Asturias.—Ocupa á Oviedo.—Acude Kellermann desde León.—Movimientos sucesivos de Ney.—Vuelve á Galicia.—Mahy contra Lugo.—Soult pretende la corona de la Lusitania septentrional.—Efecto producido en el ejército.—El capitán D' Argentón.—Situación militar del ejército francés.—Sir Arturo Wellesley, general en jefe de los Aliados.—El ejército portugués.—El gobierno inglés.—Primeras operaciones de Wellesley.—Recursos con que contaba.—Su plan de campaña.—Operaciones de Silveira en el Tamega.—Avanza Wellesley.—Sorpresa fracasada en Albergaria.—Acción de Grijó.—Retirada de Franceschi á Oporto.—Inacción de Soult.—Comienza á tomar disposiciones.—No le secundan sus inferiores.—Paso del Duero por los ingleses.—Murray lo cruza por Avintes.—Lord Paget, ocupa el Seminario.—Retirada de Soult.—Situación crítica del ejército francés.—Continúa la retirada.—Se dirige á Orense.—Paso del Misarella.—Entra en España.—Soult en Lugo.—Soult y Ney tratan de ocupar sólidamente á Galicia.—Soult se traslada á Castilla.—Ney se dirige á Santiago.—División de La Carrera.—El conde de Maceda.—Acción de la Estrella.—El conde de Noroña.—Acción de Puente Sampayo.—Victoria de los españoles.—Retirada de Ney.—Ney evacua las provincias gallegas.

En el capítulo V del tomo anterior dejamos al mariscal Soult en Oporto, procurando con su conduc-

Soult en Oporto.

ta prudente y conciliadora crearse una base sólida para sus operaciones futuras en Portugal. Los destacamentos que había lanzado á su frente y sobre el flanco izquierdo, aquéllos para observar á los fugitivos de la batalla recién ganada, y éstos con el fin de dar á conocer á sus compatriotas de España las ventajas conseguidas y su posición en la desembocadura del Duero, no le proporcionaban el resultado apetecido; manteniéndole, por el contrario, en el aislamiento más completo. A su frente, el patriotismo de los portugueses y la reserva característica de los delegados, así civiles y diplomáticos como militares, que allí tenía la Gran Bretaña, le ofrecían tan sólo tinieblas cada día más densas, impenetrables para quien, como Sout, no podía contar con ningún confidente seguro en la línea que estaba destinado á recorrer hasta Lisboa. A la izquierda, sus exploradores hallarían, al remontar el Duero, y engolfarse en el dédalo de Traz-os-montes, las mayores dificultades para comunicar con las tropas de Lapisse y Victor que, como el Gobierno de Madrid, estaban en la más completa ignorancia del paradero del mariscal Sout. Albergaban, sí, la confianza de que el talento de tan eminente general y la excelencia de sus tropas le permitirían arrollar la insurrección portuguesa allí donde quisiera contrarrestarle; y la misma falta de noticias de su marcha, las hacía suponer favorables, persuadidos de que, siendo funestas, los españoles se habrían apresurado á comunicárselas. A su retaguardia, sí tenía Sout la división Heudelet, ocupada en guarnecer á Braga y conservar libres las comunicaciones del ejército hasta el Miño, como en

Amarante y Penafiel grandes avanzadas que observarán á Chaves y Braganza, no abrigaba, sin embargo, una esperanza fundada de que, en un día de peligro, fueran ni la división ni los destacamentos garantía segura para emprender la retirada tranquilamente. Y ninguna prueba más concluyente del aislamiento en que se hallaba que el riesgo en que se habían visto de caer en manos de los españoles la guarnición y los depósitos de material de Tuy, y la pérdida de Chaves á los pocos días de conquistada por las armas francesas. Tuy se había salvado, gracias á la prontitud con que acudieron Hendelet, desde Braga, y fuerzas del mariscal Ney, establecidas en aquella provincia gallega, como más adelante veremos al relatar la reconquista de Vigo, tan gloriosamente ejecutada por nuestros compatriotas de las orillas del Miño. En cuanto á Chaves, había vuelto á manos de los portugueses que, á las órdenes del infatigable general Silveyra, la sitiaron y ganaron en corto tiempo, apoderándose de su guarnición y de los enfermos que, como en lugar seguro de todo peligro, había dejado allí el duque de Dalmacia, creyéndolo inconquistable, defendido por las tropas imperiales de su mando.

Reconquista de Chaves

Con efecto, tan pronto como Sault, apareció en Braga y quedó el valle del Tamega despejado de la gran masa de franceses que lo habían invadido, resolvió Silveyra sobre Chaves con la resolución de apoderarse de la plaza é interceptar aquella tan importante comunicación. La plaza estaba apercebida en cuanto cabía en espacio de tiempo tan corto como el trascurrido desde su conquista por los invasores.

res; su guarnición era bastante numerosa, con suficiente artillería y con la misión, sobre todo, tan honrosa de proteger á los muchos heridos y enfermos dejados allí por Soult y conservar tan importante línea de operaciones. Pero Silveyra, si de algo carecía, no era de iniciativa; y sin esperar la cooperación de su artillería, establecida en las posiciones que dijimos ocupaba junto á Villa-Pouca para entorpecer la marcha de los imperiales por el camino de Villa-Real y Amarante, apeló bizarramente al recurso, tan glorioso como temerario, de un ataque á viva fuerza. Y los infantes del 12.º y el 24.º de línea y de algunos cuerpos de milicias y cazadores asaltaron la plaza con tal ímpetu, que ni tiempo dieron á los franceses para causarles pérdidas considerables, teniendo que acogerse á la fortaleza de San Francisco; eso sí, decididos á efectuar allí una vigorosa resistencia. Esto sucedía el 20 de Marzo de 1809, y el 21 se rompía el fuego entre los atacantes y los defensores del citado fuerte, artillado con 12 piezas de todos calibres. No ocho días, como dice Le Noble, sino cinco duró aquel sitio; cinco días de contínuo fuego, hasta que el general Silveira señaló el 25 para un nuevo asalto decisivo. Preparadas las escalas y designados los sitios por donde los regimientos ya citados y las milicias de Moncorvo y Miranda habrían de emprender el ataque, dirigió, sin embargo, á los sitiados un mensaje de intimación para que se rindiesen inmediatamente. El comandante francés, M. Messenger, pidió una hora para decidirse y, trascurrida sin resultado y en respuesta á la concesión de cinco minutos más, se entregó con todo el presidio del fuerte á la genero-

sidad del vencedor. Más de 1.200 individuos de tropa con 25 oficiales y 23 empleados, de los que algunos oficiales de sanidad, con las 12 piezas de artillería citadas, armas portátiles y 90 caballos, municiones y víveres en abundancia, fueron presa de los portugueses que, con muy pocas bajas de su parte, habían además causado en el primer asalto del 20 al enemigo algunos centenares de éllas en muertos, heridos y prisioneros (1).

El plan de Silveyra, una vez ocupada Braga por los franceses, se dirigía á cortarles la línea que habían seguido, no darles paz en la marcha y ver de acosar su retaguardia, causándoles la mayor pérdida que le fuera posible. Esparció, pues, los cuerpos de su mando en distintas direcciones, convergentes, sin embargo, á la posición de Braga que se proponía sorprender, cuando el aviso de haber entrado los enemigos en Oporto y órdenes expresas del general inglés Beresford, que ya había tomado el mando de todas las tropas portuguesas que se organizaban en aquella primera línea de la frontera, le hicieron desistir de su empresa y encaminarse á Amarante con la misión de interceptar el paso del Tamega en la vía de Oporto á Traz-os-montes.

Quedaba, de todos modos, cortada la línea de retirada de los franceses por la de invasión que acababan de recorrer; y Soult, necesitando una segura que, á la vez, le pusiera en comunicación con el mariscal Ney, á quien suponía ocupando tranquilamen-

Liberacion
de Tuy por
los franceses

(1) Y Le Noble, sin embargo, se atreve á decir que Silveyra tomó á Chaves defendida por una guarnición de 100 hombres.

te la mayor parte de las provincias gallegas, y con sus depósitos de Tuy, sobre todo, que supo estar amenazados por la sublevación popular de las orillas del Miño, dispuso, no sólo el socorro de aquella plaza, sino la conquista de cuantas sobre la margen portuguesa le tenían en la incomunicación más completa.

Era, para todo eso, necesario dejar al general Heudelet desembarazado de cuantos obstáculos hace suponer su establecimiento en Braga como reserva general, según dijimos anteriormente, y cuidando de los heridos y enfermos que no habían podido seguir al ejército en su marcha á Oporto. Graindorges fué encargado de proteger la traslación de los hospitales de Braga á la ciudad del Duero, Lorges de despejar la cuenca del Ave de las milicias que la habían reocupado, y Lahoussaye de establecerse en el Cavado después de estar en salvo los heridos y de formar segunda línea en la proyectada operación sobre las plazas del Miño.

Así, Heudelet podía maniobrar desembarazadamente, sin preocupaciones de ningún género y con fuerza suficiente para conseguir su objeto. El 5, pues, de Abril, luego de evacuados los hospitales, se trasladaba á Barcellos y, reunido el 6 á Lorges, se dirigía el 7 á Ponte da Lima, arrollando las turbas de paisanos que, con dos piezas sin artilleros, se habían propuesto oponerse allí á su marcha.

En los momentos en que, vencidos, los portugueses abandonaban sus posiciones de junto á la población, llegaba el general Botelho con el gran refuerzo de 60 hombres y otras dos piezas de artillería. Ya que no era posible renovar el combate, el caudillo

portugués se propuso entorpecer la marcha de los enemigos; y cubriéndose, aunque con la poca solidez que consentía lo corto del tiempo, en el puente que da paso al Lima lo estuvo defendiendo bizarramente los días 8 y 9 hasta las dos de la tarde del segundo, en que se retiró sin apresuramiento alguno y salvando su artillería y muchos bagajes que tenía allí reunidos (1). No es fácil saber las pérdidas de una y otra parte, porque los franceses suponen ser la de los portugueses de 200 y éstos dicen que sólo 10 murieron en el combate, y que hasta 100 fueron las personas asesinadas después por los enemigos. La de éstos, por el contrario, fué muy abultada entre los habitantes de aquella tierra que, de todos modos, se presentó entonces como un modelo de patriotismo y valentía.

El general Botelho se retiró por el pronto á Labruja, creyendo desde allí entretener la marcha de los franceses ó descolgarse sobre su retaguardia; pero, impotente para eso, fué luego á reunirse á Silveyra en la desembocadura del Tamega. Heudelet continuó el 9 y el 10 á Valença, cuya guarnición capituló, reducida á muy corta fuerza por haber el res-

(1) Ya confiesa Le Noble que los franceses tuvieron que cruzar el Lima por un vado para coger de revés el puente; operación en que se distinguieron los generales Graindorges y Maransin. En cambio dice que se apoderaron de algunos cañones. Un historiador portugués llama la atención sobre el rasgo de valor de un cabo de artillería, llamado Antonio José López, que cubrió la retirada con una pieza y 25 fusileros hasta las cuatro de aquella misma tarde en que vió á los franceses en el vado; enterrando seguidamente la pieza con tal fortuna que 15 días después se la utilizaba en Amarante para allí defender el paso de otro río, el Tamega.

to pasado el Miño para contribuir con los gallegos al bloqueo de Tuy; y, con Valença, se rindieron también los fuertes de Insúa, Caminha y Villa Nova da Cerveira, quedando toda la margen izquierda de aquel río internacional en poder de los invasores, y franca y libre su comunicación con las fuerzas que mandaba en Tuy el general Lamartinière.

Sucesos de
Galicia.

Y aquí vamos á reseñar los sucesos que, durante la marcha de Soult, habían tenido lugar en Galicia, gloriosísimos para nuestros compatriotas y que tanto contribuyeron á los desastres que acompañaron al célebre Mariscal en su retirada de Oporto, comprometiendo, á la vez, la fortuna militar de su colega el duque de Elchingen y obligándole á abandonar aquella tan importante región de la península española.

Ya describimos en su lugar la sublevación gallega y señalamos las proporciones que había alcanzado y los servicios que prestó hasta la entrada de Soult en Portugal. Como era consiguiente, creció el levantamiento con la ausencia del Mariscal y la situación aislada en que habían quedado las guarniciones de Vigo y Tuy, á cuyo socorro no podía atender por el momento Ney, ocupado en vigilar los movimientos del marqués de la Romana y seguirle á Asturias. A los jefes, que ya nombramos como promovedores de la insurrección al invadir los franceses las provincias de Orense y Santiago y batallando, según vimos, en las Hachas, en Mourentan y Francelos, uniéronse otros nuevos que, animados por los emisarios de Romana y, sobre todo, por los de la Junta Central, García del Barrio, Morillo y Acuña, se propusieron la noble tarea de, no sólo reconquistar

aquellas dos plazas, sino repeler al duque de Elchingen y los suyos hasta el territorio castellano. Proyecto parecía ése del todo quimérico, bien examinada la situación militar de las provincias gallegas después del reembarque de los ingleses y comparados los elementos, allí opuestos, de españoles y franceses; y, sin embargo, fué llevado á feliz éxito á fuerza de patriotismo y por la, también poderosa, de las raras circunstancias á que su mala fortuna redujo á los invasores.

Por más que el general Lamartinière organizó los heterogéneos medios que Soult había dejado á su disposición, reuniendo los destacamentos próximos, los convalecientes de la marcha, los heridos de los combates de Mourentan y las fracciones de cuerpos anexionadas al material de tan diversas clases como se le encomendó guardar y defender en Tuy; por más que, con todo eso, llegó á poner bajo sus órdenes una fuerza que no bajaría de la de 3.000 hombres de todas armas é institutos, su situación no podía ser ni más difícil ni más precaria (1). Es verdad que si la plaza de Tuy valía poco y el estado de sus fortificaciones no era el mejor, tenía, para defenderla, además de los dos morteros y otras piezas de su dotación, algunas de las cogidas en Vigo y las 36 que

(1) Dice Le Noble: «El general llamó á sí y reunió en Tuy un batallón de marcha que se hallaba en Pontevedra y todos los destacamentos con que podía comunicar á través de la insurrección. Así su guarnición se elevó á la cifra de 3.311 hombres de los que 808 estaban en los hospitales y 300 ó 400 enfermos en las casas, con lo que estaba reducida á 2.100 combatientes.» Es de suponer que con el descanso recibirían el alta no pocos de los enfermos.

Soult había dejado al dirigirse á Portugal. El sitio, pues, y el asalto de Tuy eran imposibles para las fuerzas colecticias y puede decirse que desarmadas, de la sublevación gallega: no había más que el bloqueo y, con él, la interceptación de las noticias, de los pequeños refuerzos, la de las vituallas, sobre todo, que pudiera poner en peligro su posición en la orilla del Miño cuando en la opuesta se hallaban, también, sin conquistar los puntos fuertes que habían impedido á Soult el paso á Portugal en su primera intentona, y la plaza de Valença, cuyos fuegos le incomodarían no poco en la de su gobierno. El mayor defecto, sin embargo, de su posición era el de tener que observar la de Vigo, aislada también por las operaciones de Ney en la parte opuesta de Galicia y la presencia en la bahía de algunos buques de la escuadra británica, siempre en acecho de nuestros puertos, máxime si estaban ocupados por el enemigo.

Lo mismo Tuy que Vigo quedaron bloqueadas tan pronto como Soult se traslado á Portugal, sin otros recursos, es cierto, por parte de los sitiadores que los de sus brazos, apenas armados, y su noble pertinacia; pero en tal número aquéllos y tan porfiada ésta que pondrían muy pronto en grave riesgo el sostenimiento de los franceses en tan importantes presidios.

El 13 de Marzo, cuando aún no había Soult abandonado á Chaves, cruzaban el Miño los portugueses de la frontera para reunirse á los gallegos, y el 15 recibía Lamartinière del que Schépeler llama irónicamente feld-mariscal, abad de Couto, la intimación de rendirse, si quería no ver pasadas á cuchillo las

tropas de su mando. La respuesta, no escrita, del general francés fué llevada al campo español por el comandante Bayonne con cuatro compañías y dos piezas de artillería que dispersaron á los sitiadores. No se intimidaron éstos, con todo: y, apelando al sistema español de todos tiempos en ocasión y circunstancias semejantes, siguieron acosando sin cesar á los imperiales de Tuy é impidiendo su comunicación con los de Vigo.

Acudían como enjambres á aquellas dos plazas los voluntarios gallegos de toda la cuenca del Miño, poniendo cada día más de manifiesto la exaltación de su patriotismo y el anhelo de vengar las depredaciones de que se les hacía víctimas por sus enemigos, más encendidos también, á su vez, por la tenaz resistencia que se les oponía. Pero entre aquella abigarrada muchedumbre, tan falta de organización cual de armas propias para combatir á tales enemigos como tenía enfrente, podía observarse un elemento, más deletéreo aún, que paralizaba la acción suya, el del caciquismo rural, llevado en Galicia á un exceso, sólo explicable por la topografía de su suelo y el carácter del pueblo que lo habita. Si al principio de la invasión eran ya muchos los caudillos populares que pusieron en armas á sus convecinos, si asumían la autoridad civil ó la influencia de su posición y riqueza, y si llamaban á sus feligreses con la cruz en alto y el carácter de párrocos ó abades de los monasterios próximos, crecieron en número, hasta no poderse contar después, al correr la sangre en los campos de batalla y observar al enemigo debilitado en fuerza por desmembrarse con la expedición

de Soult á Portugal. A los que habían combatido en la orilla del Miño, el P. Carrascón, el abad de Couto, el licenciado Rivera, á los curas de Trives, Casoyo y Valdeorras y tantos otros sacerdotes ó seculares que ya hemos nombrado, se reunieron en aquellos días de Marzo cien más, D. Cosme Seoane, los hermanos Martínez, D. Pedro Sánchez Boado y muchos y muchos que se daban el aire de generales, á quienes era, sin embargo, difícilísimo dar un impulso uniforme y, por consiguiente, eficaz á las operaciones.

Junta de
Lobera.

Afortunadamente aparecieron también entre ellos personas con circunstancias favorables para imponer algún orden, si no el apetecible, el suficiente para, con la fortuna por auxiliar, obtener el resultado á que por el pronto se aspiraba. El obispo de Orense acudió inmediatamente al llamamiento de sus diocesanos; y con García del Barrio, salvado como por milagro en Chaves, los abades de Araujo, Villanueva y S. Payo, los militantes de Couto y S. Mamed y el P. Carrascón se formó una Junta que diese unidad al gobierno de aquellas provincias, allegara recursos de toda especie y satisficiera las exigencias militares del momento (1).

Aquella junta, pues no era la única en el reino, se formó en las alturas de Lobera al apoyo de unos 500 voluntarios que allí habían logrado juntar don

(1) Dice Schépel: «Aquella junta tuvo tarea muy difícil, la de reunir bajo una misma dirección tantos generales y feldmariscales, pues que cada jefe de grupo se denominaba así. El Obispo con mucha habilidad nombró á los curas de S. Mamed y de Couto miembros de la junta para contener su ambición en campo más pacífico; y, teniendo él pocas necesidades, dió todos sus recursos pecuniarios para ocurrir á tantas.»

José Joaquín Márquez, administrador de la Boullosa, el abogado D. Luis Montenegro, D. José Martínez y el alferez de literarios compostelanos, D. Ramón González. Y para que todo fuese admirable, teatro, actores y espectáculo, se verificó la junta en las estribaciones de la sierra de Laboreiro, entre fragosidades, fuera de todo abrigo artificial, palacio ó fortaleza donde arrostrar las inclemencias de la estación ó la furia del enemigo. ¡Forma, sin duda, de las tribus célticas, con sus asambleas al aire libre, entre los cantos guerreros y el sacrificio de las víctimas!

D. Joaquín Tenreiro Montenegro, caballero gallego, presente á la hecatombe del DOS DE MAYO, llamado á la junta de Bayona y huido desde Valladolid con el conde de Altamira al campo del general Cuesta, era otro de los vocales de la junta de Lobera, personaje ilustre en la reconquista gallega y que, con la de Vigo, obtuvo un título nobiliario del nombre de aquella linda ciudad mansamente recostada en la ribera del Atlántico (1). Había andado por el territorio portugués fronterizo en demanda de recursos militares con que volver por la independencia de su tierra nativa; y, con efecto, se había presentado en el bajo Miño con el teniente D. Juan Almeida y 50 ó 60 soldados, también del vecino reino á quienes su-

D. Joaquín
Tenreiro.

(1) Un larguísimo memorial en que se detallan todos los servicios de D. Joaquín Tenreiro, apoyado en certificaciones del abad de Valladares, comandante en jefe de los sitiadores, del jefe de las fuerzas navales británicas, del portugués Almeida, del vizconde de Quintanilla y del conde de Gimonde, dió lugar á que se le concediese en 1810 el título de conde de Vigo, siendo ministro de Gracia y Justicia D. Nicolás de Sierra.

puso vanguardia de un gran cuerpo de ejército con cuyo apoyo se dejaría libre de franceses toda aquella comarca.

A Tenreiro se agregaron en Bayona, después de restaurada, nubes de patriotas que de todas partes acudían contra Vigo y Tuy; proclamándose á Almeida general en jefe, que entonces no se gastaba menos, al capitán D. Juan Inda, su segundo, y director de la expedición, de todo en fin, al mismo Tenreiro.

Distribución de mandos.

Pero no eran aquellos señores los sólo directores y agentes de la restauración gallega; que se pusieron á gobernar las armas de aquella parte otros muchos que después se apropiaron ínfulas de libertadores, negándose las á los demás. El abad de Couto obtuvo, según ya indicamos anteriormente, el mando de los sitiadores de Tuy; al de Valladares encargaron los patriotas del valle de Fragoso, levantados en armas por su alcalde, D. Cayetano Limia, la dirección del cerco de Vigo; y el tantas veces citado García del Barrio, organizador de los batallones llamados de Lobera, y el canónigo Acuña que dice en su memoria haber sido el único jefe del ejército en aquella empresa, y los capitanes González y Colombo, el alférez Morillo y no se sabe cuántos más, con sus celos, disputas, rencores y ambiciones hicieron del campo español de Galicia uno más dividido, más revuelto y agitado que el mismísimo de Troya (1).

(1) No hay un escrito particular de aquellos sucesos donde no se observe la exclusión que hace cada autor de los que, actuando en ellos, dejaron de ponderar sus hazañas ó de recomendarle ante la autoridad suprema de la nación. Como muestra ponemos en el apéndice núm. 5, los escritos del abad de Valladares y del canónigo Acuña, desafiando al lector á

Mientras el sitio de Tuy ofrecía pocas esperanzas de éxito inmediato, por lo numeroso de la guarnición francesa, el de Vigo las daba muy fundadas, según crecían los sitiadores en fuerza y se presentaba el enemigo de irresoluto é inhábil. El día 13 de Marzo quedaba Vigo bloqueada; por los gallegos del abad de Valladares, en la parte de tierra, situados en las alturas de Santa Cristina de Lavadores principalmente, por dos fragatas inglesas del lado del mar, y algunas partidas sueltas de voluntarios que vigilaban la orilla hacia las salidas de la población á ella. Puesto de acuerdo el citado abad con Tenreiro y Almeida, situados en Zamames para observar la marcha de las operaciones sobre Vigo y Tuy, se siguió estrechando el sitio, al que iban acudiendo fuerzas de todos los puntos próximos donde la junta de Lobera y los prohombres del país las andaban á porfía organizando. El 18 se establecía en Santa Cristina Tenreiro con su inseparable Almeida; y el 21 llegaban Acuña y Morillo, por su lado, pensando asumir el mando de las fuerzas todas y la dirección del sitio. En ese mismo día entraba Tenreiro en Vigo para intimar la rendición al gobernador francés, quien pidió, para pensarlo bien, 48 horas, concediéndosele tan sólo 24, en las que procuró, aunque intas inglesas surtas en la bahía. Pero llega el 22 al útilmente, entenderse con los capitanes de las fraga-

Sitio de Vigo.

Tratos de capitulación.

que decida sobre quién mandaba en el cerco de Vigo ni quién prestó en él verdaderos y meritorios servicios. Suponemos que contestará que allí mandaban todos y ninguno, y que, sin la torpeza ó poco aliento del gobernador francés, todos hubieran salido derrotados.

campo sitiador la noticia de que un grueso cuerpo de franceses de los de Santiago se adelanta hacia él hasta entrar en Pontevedra, poniendo tal espanto en los encargados de la defensa del puente de San Payo que lo habían abandonado temerosos de un ataque.

Cesaron con eso las negociaciones de la rendición hasta el 24 en que, cubierto el puente de nuevo con hombres y artillería suficientes, se restituyó Tenreiro á Santa Cristina para, al día siguiente, reanudarlas con mayor eficacia. Lleno de escrúpulos, y no era para menos, el jefe francés, ó para dar largas al asunto por si lograba algún socorro de Santiago ó Tuy, pedía mejores condiciones que la de entregarse á discreción; por lo que fué preciso reunir un consejo de guerra en que se le concedían, al decir después del mismo Tenreiro, aquéllas en que, *haciéndose honor á la tropa enemiga, se mantuviese la dignidad del carácter español sin perjuicio de los intereses de la nación*. De no ser admitidas, se procedería á las doce del 27 al asalto de la plaza, quedando el comandante Challot en que, antes de aquella hora, daría una contestación categórica y definitiva.

Nuevas
discordias en
los españoles

Pero entretanto, Morillo, que era uno de los que se habían adelantado á Redondela y San Payo, se pone en relaciones con los capitanes González y Colombo que con algunas fuerzas regulares operaban hacia Pontevedra; y, ya de acuerdo, corren los tres al arrabal de Vigo, decididos á, encargándose de la dirección del sitio, recoger para sí los laureles de una victoria que ya consideraban como segura é inmediata. Y aquí se produce un nuevo conflicto entre los sitiadores, porque los recién llegados, no sólo ne-

gaban género alguno de obediencia al abad, á Tenreiro y Almeida, sino que pretendían tomar á su cuenta las negociaciones con el gobernador de Vigo y proceder al asalto de la plaza si llegaban aquéllas á fracasar, amenazando á los jefes españoles y al portugués citados con su arresto y castigo ejemplar. Los ingleses, por fortuna, se pusieron de parte del abad, reconociendo como único su cuartel general; y pudieron continuar las negociaciones, tantas veces entabladas y tantas interrumpidas.

Uno de los escrúpulos más graves que habia asaltado al comandante francés de Vigo, era el de rendirse á gente colecticia como la que le tenía sitiado, no mandada por un jefe caracterizado con quien pudiera tratar decorosamente y según las reglas militares en tales casos. Y he ahí por donde le vino la fortuna al después, muy pronto, general Morillo que, de alferez que era, según hemos visto no hace mucho, fué aclamado por los gallegos coronel, á fin de ofrecer al gobernador de Vigo salida, sólo en su concepto, honrosa para lo que él llamaba cubrir su responsabilidad. Había en el campo español oficiales del ejército mucho más graduados é infinitamente más antiguos en el servivio que D. Pablo Morillo; pero el carácter que había llevado de comisario de la Central con Acuña y Barrio, y la fama de sus proezas en Talavera y el puente del Conde, aquel mismo acto de orgullo militar que acababa de ejecutar en Viana, disfrazado y todo como iba, le habían conquistado las simpatías y la admiración de aquellas gentes. No es decir ésto que dejara Morillo de encontrar oposición para satisfacer sus ambiciones, porque la ocasión y los tiempos

Encumbra-
miento de
Morillo.

convidaban á muchos de los sitiadores á, como vulgarmente se dice, redondearse en sus intereses particulares más ó menos legítimos, merecidos ó no en su concepto ó el de los demás, pero las circunstancias, repetimos, de Morillo y el saberlas él aprovechar, le condujeron de repente á las más elevadas jerarquías de la milicia (1).

Capitula el francés.

El francés traía, sin embargo, en dilatorias á Morillo y á Tenreiro, y fué necesario, no ya amenazar, sino hasta emprender el asalto de la plaza al anochecer del 27. En él fué herido el capitán D. Bernardo González al intentar el derribo de una de las puertas con el hacha arrebatada de las manos de un muerto; pero momentos después cesó el combate al presentarse algunos oficiales franceses con la capitulación firmada (2). Y en poco estuvo que no se lograran por el pronto los esfuerzos de nuestros com-

Sócorro tardío.

(1) Toreno escribe: «Tornó como hemos dicho Morillo, y ya por sus activas y acertadas disposiciones, y ya por haber sido enviado de Sevilla, eleváronle los sitiadores á coronel, y reconociéronle como superior, á fin de que á vista de un militar cesasen los escrúpulos y recelos del comandante francés.»

«El que coge en tales épocas, dice sentenciosamente Schépeler, conserva lo que agarra; Morillo quedó hecho coronel y demostró después con sus servicios que aquella vez había la fortuna escogido bien.»

Los apéndices á que últimamente nos hemos referido probarán, sin embargo, al lector que el reconocimiento del mando superior en la persona de Morillo no fué lo explícito ni terminante que por la generalidad se cree. Había en aquel campo muchas ambiciones y envidias para tanta espontaneidad.

(2) No debió ser largo ni muy sangriento el asalto cuando los testigos y actores le daban después poca importancia. El Sr. Taboada Fernández, en su poema *La Reconquista de Vigo*, le dedica, entre otras, la siguiente décima:

patriotas, porque todavía se hallaba en el Castro la guarnición francesa, cuando se tuvo noticia en el campo español de la aproximación de tropas de las de Tuy en socorro de los sitiados. Así es que hubieron de dividirse los gallegos, cuidando los del Abad de Valladares de que se embarcaran luego los vencidos, ignorantes aún del auxilio, y Tenreiro y Almeida de salir al encuentro de los que lo llevaban á sus camaradas de Vigo.

La fortuna sonreía á los españoles en Galicia, y el destacamento francés, enviado por el general Lamartinière al socorro de Vigo, sufrió un gran desastre. Componíase de cuatro compañías de cazadores, y lo mandaba el comandante Chapuzet, jefe de grande energía y no falto de habilidad. Casi llegó á las puertas de Vigo, de cuyos muros dijo después á su general que le habían disparado dos cañonazos, haciéndole conocer que llegaba tarde, con lo que pensó en retroceder á Tuy atravesando la nube de enemigos que pretendían acabar con él. No terminó, con efecto, muy felizmente su jornada, pues que los

•Allá van, con el valor
reflejándose en su frente,
los de Bouzas y Morente
Tourón y Sotomayor.
Arde indomable furor
en el pecho valeroso,
y con ejemplo animoso
conquistan los patrios lares
el Abad de Valladares
y el alcalde de Fragoso. •

El Sr. Taboada pinta como poeta el asalto, y es natural lo exagere.

Vigo fué recompensada con el título de CIUDAD FIEL, LEAL, Y VALEROSA.

gallegos le mataron muchos, le cogieron hasta 72 prisioneros, que fueron llevados con sus camaradas de Vigo á los buques ingleses, y apenas si pudo entrar en Tuy con un centenar de los 450 soldados que conducía (1).

La reconquista de Vigo tuvo gran resonancia en todo Galicia, como uno de los triunfos más importantes de las armas españolas en aquella guerra. Más de 1.200 hombres, entre los que 46 oficiales, fueron presa de nuestros compatriotas, un material considerable de guerra, sobre 20 piezas de artillería, más de medio millón en moneda francesa y muchos de los equipajes del ejército del mariscal Soult con varios objetos, y, como dice el conde de Toreno, preseas de valor (2).

(1) García del Barrio pinta aquella acción así: «En efecto, una gruesa columna enemiga venía á la plaza, y fué vigorosamente atacada por los referidos Limia, Almeida é Inda, con toda la gente de Fragoso, Rosal y Miñor, y perseguida hasta encerrarla en Tuy, con tanto ardor que, habiéndose acabado las municiones, el valiente Almeida dió el ejemplo de usar de piedras en su persecución, y á cantazos los corrieron.»

Más valor que el de Almeida se necesita para decir eso.

Thiers dice, como incidentalmente, en sitio diferente de su obra: «Y todavía una partida de aquel depósito (Tuy), enviada á Vigo, había sido copada.» (avait éte enlevée).

(2) Le Noble, que dice que la guarnición de Vigo se rindió á los ingleses, lo cual es á todas luces inexacto, pone el estado de las fuerzas que la componían, y es el siguiente:

| | | |
|--------------|---|--|
| Tropas..... | } 23 oficiales. 649 clases de tropa y soldados. 122 enfermos. 339 caballos. 60 carruajes. | |
| Bagajes..... | | |
| | | } La caja del pagador, las de casi todos los regimientos del ejército de expedición y su contabilidad. |
| | | |
| | | |

Era necesario continuar la obra de restauración tan felizmente comenzada en la región del Miño, y los conquistadores de Vigo, orilladas cuantas dificultades surgieron para el gobierno de aquella importante plaza y aun mal apagada la llama de la discordia, siempre viva en las colectividades españolas, se dirigieron á la reconquista de Tuy. Sitio de Tuy.

No se hallaba esta ciudad en las condiciones de la de Vigo, guarneciéndola, según ya hemos visto, fuerzas numerosas, bien provistas de artillería excelente, y á las órdenes de un general tan entendido como bizarro. Hubiera caído, sin embargo, del mismo modo, á no ir en su socorro por las dos partes opuestas de Galicia y Portugal las tropas de los mariscales Sault y Ney, muy preocupados, especialmente el primero, con la suerte de destacamento tan importante, el único de quien esperaban ambos conservarse la comunicación tan necesaria entre sus respectivos cuerpos de ejército.

Unidos á los sitiadores de Tuy los que acababan de conquistar á Vigo, se produjo tal división de voluntades, tal disparidad de opiniones y desorden, por consiguiente, tan grande, que puede decirse que no existía en aquel campo unidad sino en la ambición de la victoria, no sólo deseándola, sino pretendiéndola cada uno para sí y sus amigos exclusivamente. Pero Barrio comandante en jefe.

¿Y la artillería? ¿Y las municiones?

Schépeler dice que fueron 1.259 (46 oficiales entre ellos) los que quedaron prisioneros, cifras iguales á las de Toreno. Acuña supone ser 2.000 los fusiles que los franceses entregaron; pero ni él ni Tenreiro fijan el número de los prisioneros. García del Barrio lo eleva al de 1.300, y ese número concede Thiers en la pág. 67 del tomo 11.º de su obra,

hubo de convenirse en la absoluta necesidad de que se centralizara el mando si había de dar algún resultado la acción de tantos y tantos elementos heterogéneos y dispersos; y después de una junta magna, tan borrascosa como es de suponer, fué nombrado comandante en jefe del ejército sitiador el teniente coronel García del Barrio, cuyo nombre va repetidamente sonando en este capítulo. Creer, con todo, que se había conseguido la deseada unidad de mando, sería temeridad manifiesta, porque no dictó el recién nombrado jefe una orden á que se diese el debido é incondicional cumplimiento, ni alcanzó ver la armonía, de todo punto indispensable en casos y circunstancias como las de aquel sitio.

El nombramiento ó elección de Barrio fué el 5 de Abril, y el 6, hechas venir de Vigo cuatro piezas de Artillería de los calibres de á 8 y 12, pedida á los jefes de los cruceros ingleses la protección de la plaza, amenada por el general Maucune del cuerpo de Ney, á cuyo encuentro salió el flamante coronel Morillo, y dadas las disposiciones necesarias para resistir cualquiera salida que intentara Lamartinière, avanzaban las fuerzas gallegas amenazando asaltar la ciudad del Miño, en cuyo auxilio se sabía también corría el general Heudelet, cuyas operaciones hemos

Se levanta no ha mucho reseñado. El combate, con todo, del 6 el-sitio. dió el mismo resultado nulo de los días anteriores, y en él y los del 9 en toda la línea del bloqueo se perdieron las cuatro piezas citadas y algunas otras de grueso calibre establecidas en las alturas inmediatas. Con lo que y con recibirse la noticia de la rendición de Valença y de que avanzaba Maucune por el lado

opuesto arrollando á los nuestros en San Payo y Porriño, se retiraron los sitiadores en varias direcciones sin impedir el socorro.

El 10, pues, de Abril quedaba libre de todo peligro la guarnición francesa de Tuy, comunicando con Heudelet á través del Miño y el 12 con Maucune, dirigido para recogerla hacia sus cantones de Santiago. Por lisonjero que fuera aquel resultado, había sido tardío para salvar á Vigo; y esto hizo comprender á los franceses el peligro en que volvería á verse expuesto Lamartinière de continuar en Tuy. Así es que todo el inmenso material de guerra, allí reunido, fué trasportado á la izquierda del Miño para ver de utilizarlo en las operaciones futuras del ejército, llevándose el más propio con los enfermos y heridos á Braga y Oporto y ocupando el resto y la fuerza necesaria en las guarniciones de las plazas portuguesas, recientemente conquistadas por el general Heudelet.

Los franceses abandonan Tuy.

Maucune, una vez levantado el bloqueo de Tuy y de haber hecho entrega también de algunos convalecientes de los dejados por Sault en la Coruña y el camino, retrocedió á Pontevedra y Santiago, no sin tener que rechazar varios ataques de Morillo y García del Barrio que, ya que no podían combatirle de frente, le siguieron muy de cerca en su retirada.

Así quedó libre de franceses todo el valle del Miño en su parte española por la sola acción de los patriotas del país, sin cooperación á él extraña y con el sólo esfuerzo de su valor y sus propios recursos, bien escasos en organización y armamento. No fué sin grandes sacrificios, empero; porque, además de

los hechos para levantar tanta gente como se armó contra los invasores para resistirlos en los diferentes campos de batalla en que se les presentaron y para recuperar el terreno y las plazas que se habían perdido, hubo Galicia de sufrir las represalias de sus triunfos cruelmente tomadas por el enemigo. Maucune, sobre todo, permitió que sus soldados se cebaran de la manera más bárbara en una obra de venganza de que no presentará nadie un solo documento auténtico que la justifique. «A su vuelta, dice Schépeler, los franceses pegaron fuego á Redondela, y ejercitaron su inhumanidad en los enfermos que allí habían quedado. Arrastraron por las calles algunos de aquellos desdichados arrancándoles las entrañas, rasgaron á otros la boca hasta las orejas, violaron á las ancianas enfermas hasta que murièsen y profanaron las iglesias devastadas con refinadísima depravación.»

¿Es así extraño que aquella guerra tomase en ocasiones el carácter feroz que acabó por hacerla tan impopular en Francia?

Operaciones de Romana.

Pasemos ahora á otro campo español, el del marqués de la Romana, cuyas operaciones tuvieron, aunque en región opuesta, no poca conexión con las descritas, evitando que Ney tomara parte en la campaña del Miño, acabada de describir, y contribuyendosí, aunque indirectamente, al triunfo de los gallegos.

Dejamos á Romana en camino para Castilla y Asturias, deshaciendo el que había seguido en su retirada de León, al separarse del ejército inglés de John Moore. Su objeto, ya lo expusimos, era el de refor

zarse con recursos de que se veía privado en las márgenes del Miño y, atacando á los destacamentos dejados por los franceses para su comunicación con el centro de la Península, aislar en Galicia al mariscal Ney y, en Portugal, á su colega el duque de Dalmeida. Si no podía sostenerse en el Vierzo y las tierras próximas, se encumbraría al Pirineo asturiano y desde él tendría constantemente en jaque á las guarniciones de León, interceptaría los convoyes y sembraría el terror entre cuantos simpatizaran con los invasores ó los ayudasen á consolidar su dominación en aquellas provincias.

Llevaba la retaguardia el general Mahy que, como también dijimos, se dirigió después de la desgraciada acción de Latrepa á Gudiña y Puebla de Sanabria; pernoctando el 8 de Marzo de aquel año de 1809 en Villavieja, á 12 kilómetros de la primera de aquellas poblaciones.

El 11 se hallaba el marqués de la Romana en Requejo y dictaba á Mahy el itinerario que habían de seguir la vanguardia y las divisiones 1.^a y 2.^a, desde Corporales y La Puebla, para cruzar la Sierra Negra y la que separa el Vierzo de Astorga y León. No se había contado con la clase de camino que se había de recorrer ni con el estado en que lo tenía lo crudo de la estación; así es que hasta después del 14 no pudo cruzarse aquel asperísimo terreno para entrar el 16 el grueso del ejército en Ponferrada.

Pero encuéntrase allí alguna de las piezas de artillería abandonadas dos meses antes en la retirada y bastantes municiones para hacerla servir de nuevo, y su hallazgo sugiere la idea de un ataque á Villafranca.

Toma de
Villafranca.

ca del Vierzo, donde se sabe que existe una guarnición francesa compuesta de unos 1.000 infantes y algunos artilleros para el manejo de cuatro cañones de hierro, establecidos en el antiguo y monumental castillo que domina el pueblo. Discurrirlo y llevarlo á ejecución fué obra del momento; y el 17 se presentaba á las puertas de Villafranca la vanguardia, del mando del brigadier Mendizábal, reforzada con Zamora, Granaderos de Galicia, Segovia y Vitoria, cuerpos que, acantonados en San Juan de la Mata, quisieron concurrir á la brillante acción que se preparaba (1).

La guarnición francesa, al aspecto de los nuestros y al observar el ardimiento y la resolución con que se dirigían al asalto de la villa, se retiró al castillo. Mas los franceses no se creyeron seguros tampoco allí, suponiendo, por las tropas que descubrían desde los altos torreones de la fortaleza y el grueso cañón con que se les amenazaba, tener sobre sí un gran ejército enemigo, bien organizado y provisto. Respondieron, pues, á la intimación de Mendizábal rindiéndose prisioneros de guerra, sin parar mientes hasta su salida del castillo, en el corto número de los asaltantes y lo exiguo de sus medios de ataque (2). El fuego

(1) Toreno dice que fué el ayudante Moscoso quien propuso á Romana el ataque á Villafranca.

(2) Ningún historiador español ni extranjero recuerda si el combate que precedió á la conquista de Villafranca fué obstinado y sangriento. He aquí la copia de una carta autógrafa del marqués de la Romana al general Mahy, que da alguna idea de eso. Dice así: «Mi amigo, sea enhorabuena por la noticia que V. m. me remite aunque siento no haya sido á *menos costa*. Ya se ha mandado la orden para que vaya el botiquín y Zirujano, municiones, y sólo resta que V. m. haga

duró más de cuatro horas y entre las pérdidas nuestras fué una de las más importantes la del teniente D. José Castilla, del regimiento de Zamora, que fué el que más se distinguió en aquella acción que en 1817 mereció los honores de una cruz que le recordará para siempre (1).

El ejército se acantonó después en Toreno y sus cercanías para observar los caminos de Galicia y las avenidas todas del Vierzo, conservando desde allí, además, las de Asturias por los puertos de Balbarán y Leitariegos que lo ponían á cubierto de todo ataque por los flancos y la retaguardia. Ya hubo el día 22 temores de un movimiento de esa índole por el valle y puerto de Ancares, y aun se dispusieron las tropas en Páramos del Sil y se adelantó el cuartel general á Anllarinos para recibir al enemigo, pero, falsa la noticia de la aproximación de éste, se tomaron nuevos cantones en los pueblecillos de la divisoria entre

El ejército se acantonó en el Vierzo.

retirar los heridos á Fresnedo, pueblo donde hemos hecho conversacion. Espero continuará V. m. las noticias, y no tengo necesidad de decirle que si Mendizabal necesita refuerzo se lo remita. Vamos adelante con más empresas que, aunque pequeñas; todas ayudan para sostener á nuestro Fernando 7.º á quien, como á Vd., desea mil felicidades su amigo... Romana.»

Este último párrafo parece escrito para, andando el tiempo, contestar á Toreno que dice en su obra: «Ojalá se hubiera siempre limitado este caudillo á tal linaje de empresas, dignas de un militar y de su elevado puesto.....» Luego veremos por qué decía esto el prócer asturiano.

(1) En 13 de Marzo de 1817 se dió la orden creando esa condecoración, y por cierto que en ella se equivoca la fecha de la toma de Villafranca, retrasándola al día 19. La carta, que hemos copiado, de Romana, comienza diciendo: «Oy 18 Marzo»; pero, aun cuando no fuera así, hay mil datos que justifican la fecha del 17. Sólo Muñoz Maldonado está de acuerdo con el decreto.

el Sil y el Guía para estar alerta de cualquiera sorpresa por el citado puerto de Ancares.

El brigadier Carrera en Sanabria. En esta situación se hallaba el ejército cuando se tuvo noticia de que el brigadier D. Martín de la Carrera, enviado desde Extremadura por la Junta Central, tenía reunida en la Puebla de Sanabria alguna fuerza de dispersos y enfermos, dejados por el Marqués en su marcha, y ocho piezas de campaña que el 29 de Marzo ponía á disposición de Mahy con un convoy, á cuyo encuentro sería necesario adelantarse por no tener él fuerza útil con que custodiarlo. Esa noticia, llegando á oídos de Romana, que el 1.º de Abril se había separado del ejército para trasladarse á Oviedo, le inspiró el proyecto de sitiar Astorga para lo que envió á Mahy, en carta autógrafa del 2, todo un plan bien concebido y detallado, con la concentración de las tropas en derredor de aquella plaza, la disposición de la artillería para el ataque de las puertas, hasta la forma de las intimaciones y el momento del asalto.

Trasládase Romana á Oviedo y Mahy toma el mando del ejército.

Pero el general Mahy, que entretanto había traspuerto la divisoria con Galicia y establecido en Navia de Suarna para observar la guarnición francesa de Lugo, sabe que el enemigo avanza en fuerza hacia Villafranca, interponiéndose así entre él, sus hospitales de Ponferrada y las tropas y convoy de La Carrera, y hace ver al Marqués, no tan sólo la necesidad de abandonar proyecto tan lisonjero, sino lo urgente de su presencia en el ejército con cuantos refuerzos pueda allegar, municiones, víveres y medicinas. Hace más: sin esperar una contestación que era difícil le llegase oportunamente desde Oviedo,

anuncia al Marqués para el día siguiente, 12 de Abril, su avance hacia Lugo en combinación con el general Martinengo, destacado desde la conquista de Villafranca á las asperezas de Cebrero. Así esperaba hacer desistir á los franceses de su expedición al Vierzo y poder él acometer el sitio de Lugo, de donde sabía que se estaban retirando los enfermos, el material y el botín, allí custodiados, á las plazas de Ferrol y la Coruña (1). Y, con efecto, el 13 se hallaba en Chain buscando su unión con Martinengo, fomentando el alistamiento, días antes decretado, de los mozos de 16 á 40 años en aquel país, y llamando á su lado al general La Carrera, en el caso de que pudiera sin riesgo cruzar desde la Puebla de Sanabria con su artillería. Pero, no reunidas las divisiones y concentrado el enemigo con el mariscal Ney á su cabeza, hubo Mahy de retroceder á su posición de Navia después de un combate en Pequín, donde si no

Mahy en
Galicia.

(1) Un párrafo de ese despacho hará conocer la empresa política, asaz aventurada, en que se hallaba ya comprometido el Marqués en Oviedo, la prudencia del general Mahy y la energía á la vez y la lealtad con que se conducía en sus relaciones con su general en jefe. Dice así:..... «y me atrevo á expresar á V. E. que por más que pueda interesar á la causa comun reducir á la razon á esa Junta, nunca producirá su sujecion efectos tan decididamente prontos y favorables á la causa que defendemos como la reunion de todas las fuerzas en un punto para obrar ofensivamente con un enemigo que, á falta de fuerzas positivas tiene mucha en su actividad y sagaz modo de sacar partido del país en que está.....; pues, teniendo la Galicia por nosotros, para nada necesitamos de las Asturias; y así, mi venerado general, ruego á V. E. nos honre quanto antes con su presencia ó con órdenes terminantes para reunir todas las tropas que tenemos diseminadas por todas partes, y principalmente en el ejército de los Asturianos, y obrar con entera libertad segun lo exijan las circunstancias.....»

obtuvo grandes ventajas por la diseminación en que todavía se hallaban las tropas, pudo admirar la bravura con que se batían, especialmente las de la vanguardia, á cuyo frente se distinguió, como siempre, el general Mendizábal, tan sereno para dirigir como intrépido para atacar en el campo de batalla. Nuevas noticias, sin embargo, acerca de las intenciones de Ney, le hicieron establecerse en la línea del Eo con el propósito de, reunido á la división Asturiana ó en combinación con ella, interceptar el camino del Principado por la costa ó por Grandas de Salime, su línea más natural de invasión, y poder recibir los refuerzos en artillería, fusiles, municiones, calzado y medicamentos que le remitía desde Oviedo su general en jefe. No debieron satisfacer á éste las operaciones ofensivas de Mahy, según consta de un despacho suyo, el de 24 de aquel mes de Abril, en que las condenaba, atribuyéndolas á excesivo ardor y ansia de pelear en su teniente, como condenaba su empeño en cubrir el Vierzo, cuando la posición conveniente era la que Mahy, según acabamos de decir, acababa de tomar.

Vista de lejos parece, con efecto, temeraria la conducta de Mahy, puesto que con una fuerza que no pasaba de 6.000 hombres, bastante mal armados, quería oponerse activamente á un número mucho mayor de enemigos, dirigidos nada menos que por el mariscal Ney. Pero, maniobrando así, lograba el general español distraer á su enemigo de la recuperación del valle inferior del Miño, del sostenimiento de Mondoñedo, cuyo presidio, bastante numeroso, tendría que replegarse á Lugo, y de, por temor á de-

jar aislada esta plaza tan importante para él, verificar la invasión de las Asturias á que se le veía inclinado según acumulaba fuerzas en aquella raya. Es seguro que, de haber estado Romana en el ejército, hubiera concentrado todas las tropas que lo componían y las asturianas y, quizás, las del general La Carrera; y entonces es muy difícil que Ney cayera sobre el Principado con la furia incontrastable con que pudo invadirlo y ocuparlo.

El Marqués andaba, empero y puede decirse que á la greña con la Junta de Oviedo.

Ni él tenía motivo para mostrarse en el estado de irritación en que apareció, cuando tan preocupado debían traerle las operaciones militares confiadas á su talento, ni la Junta razón para resistir, como lo hizo, las providencias de quien, después de todo, había recibido de la Central amplias facultades. O sorprendido por algunos enemigos de la Junta que sa-
 La Junta del Principado.

lieron á su encuentro sin más objeto que el de prevenirle contra ella, ó irritado al sentir la especie de soberanía que aquella corporación se apropiaba para gobernar el Principado y administrarlo, el Marqués se entregó á violencias que fueron creciendo al compás de la resistencia que oponía la Junta á sus pretensiones.

El ejército necesitaba recursos si había de sostener la campaña; el país en que operaba no podía proporcionarlos; y, habiéndolos en Asturias, nada más natural en su general en jefe que exigirlos. Pero las provincias se consideraban exentas de toda atención que no fuese la de su propia seguridad, la de las necesidades que surgieran en su seno mismo

para procurársela y mantenerla; y, sobre todo, no reconocían en nadie facultades para juzgar de sus operaciones administrativas. En ellas, sin embargo, podía estar el secreto de descubrir los recursos pasados y existentes, la inversión, justa ó no, de aquellos, y el uso más útil que pudiera hacerse de los últimos; y á ese resorte tocó el marqués de la Romana con grande asombro de la Junta y su resistencia más obstinada. Y firme el General en la idea de sus facultades como delegado del Gobierno Supremo, y terca la Junta en sostener su autonomía, hubo de venir un choque, si de lamentar en todos conceptos, resultado ineludible de necesidades, de otro modo, irremediables.

D. Alvaro Florez Estrada, primera víctima del furor de Romana, decía poco después en la *Introducción á su Historia de la Revolución de España*: «Desconfiados y recelosos los españoles del abuso del poder en manos de uno solo, que tantos males les había causado, y no olvidados de que en la época de su mayor gloria la autoridad había sido confiada á muchos, cada Provincia, sin exceptuar una sola, eligió su Junta y le concedió las más amplias facultades: establecimientos, cuyas tachas todas, si había algunas, subsanó la executiva ley de la necesidad y la premura con que era forzoso formarlas para salvar la Patria, debiendo ceder á esta necesidad todos los demás derechos y privilegios.»

¿No parece esto escrito en justificación de la influencia que ejercía en la Junta de Oviedo, causa de su desgracia en Abril de 1809?

El marqués de la Romana llevó sus violencias

hasta la de disolver la Junta, lanzando á la sala de sus sesiones al coronel D. José O'Donnell seguido de 50 granaderos de su regimiento de la Princesa que la despejaron, y nombrando seguidamente nuevos vocales, alguno de los que, el conde de Toreno entre ellos, no admitió el nombramiento por considerarlo ilegal (1). No logró contener al Marqués la actitud conciliadora del presidente de la Junta el brigadier D. José Valdés, á cuyas órdenes había servido, ni menos la resistencia opuesta por los vocales; todos hubieron de abandonar el edificio con grave escándalo de la ciudad y perjuicio manifiesto para el país. Pero hay que considerar, con todo, que Asturias llevaba recibidos 35 millones de reales, de los que 18 correspondían á los 20 enviados de Inglaterra; y si bien había sufragado los gastos militares de la provincia, que eran muchos, siempre resultaba un aprovechamiento de fondos de que no gozaban otras donde ardía el fuego de la guerra con los horrores todos de sangre, devastación y saqueos que siempre la acompañan y de que hasta entonces se había visto libre el Principado. No es que la Junta malversara las sumas recibidas, no; es que, en sentir de Romana, usaba egoistamente de las que tanta falta hacían en

(1) El conde de Toreno llama á aquel acto de violencia *pequeño y ridículo remedo del 18 Brumario de Napoleón*; pero ¿cómo se disuelve una asamblea que resiste el abandonar su puesto y sus funciones, una vez considerado necesario el hacerlo? Debe leerse el apéndice núm. 6, sacado de la oración fúnebre pronunciada en las exequias de Romana por el P. Palacio, donde se trata este asunto de un modo muy original y prudente.—Santiago 1811.

el ejército que así defendía á Asturias como á Galicia y la causa general de la Nación (1).

Resultó de todo eso un completo desvarajuste en la administración de la provincia, y al acto de violencia del Marqués siguieron un gran desorden y la división más profunda de los partidos en que ya estaba fraccionada; males á que no era de esperar pudiese remedio quien los había principalmente causado y carecía de medios, de influjo y tiempo para tan patriótico y urgente objeto. Porque el mariscal Ney, haciendo el oficio de los perros de la fábula, asomó por la frontera occidental de Asturias las cabezas de sus columnas, y antes de que hubiera lugar para aperebirse á la defensa, puso en dispersión completa á Romana, á la Junta y á cuantos andaban disputándose el cacicazgo en Oviedo.

Invasión
de Asturias
por Ney.

Menudeaban en el cuartel general del ejército español las noticias de la reunión del francés en derredor de Lugo, parte de él de vuelta de su infructuosa expedición á Villafranca, y el resto compuesto de los cuerpos que hasta entonces se habían mantenido en la Coruña, el Ferrol y puntos inmediatos del litoral. Las noticias eran trasmitidas al instante á Romana, y con cada una de ellas iba la súplica de que no demorase la vuelta al ejército. Pero ni lograba sus deseos Mahy en ese punto, de tan grande interés para salvar su responsabilidad, ni obtenía facultades amplias á fin de operar con entera libertad. Por el contrario, engolfado Romana en sus querellas con la

(1) Toreno mismo reconoce que de los veinte millones recibidos de Inglaterra sólo dos se habían enviado á la Junta central. ¿Es que no eran todos para España?

Junta de Oviedo, no se decidía á volver á Galicia; y lejos del ejército, con noticias siempre tardías y sin las impresiones que producen la presencia del enemigo y el espectáculo del teatro de la guerra, se empeñaba en dirigir las operaciones, en cuanto á su marcha general por lo menos (1).

Con eso y con no descansar Ney en su tarea de desorientar á los españoles respecto á sus proyectos militares, el general Mahy tuvo, aunque con la pre-ocupación de no dar gusto á su jefe, que emprender operaciones todavía más activas que las anteriormente ejecutadas, llevado de su instinto belicoso y de la convicción, profunda en él, de ser necesarias y hasta indispensables. Movimien-
tos prelimi-
nares.

Ney, con efecto, si algo desilusionado en cuanto á lo de someter completamente á los gallegos, después, sobre todo, de la pérdida de Vigo, el abandono de Tuy y la retirada subsiguiente de Maucune, no podía resignarse á la idea de que «sus dos magníficas divisiones que habían vencido á los ejércitos rusos pudieran fracasar ante montañeses fanáticos, como dice Thiers, que no sabían sino huir, mientras no hallaran algún desfiladero ó casa donde combatir á cubierto.» La tarea, sin embargo, confiada á su valor y á su pericia indiscutibles, era muy difícil y, más que difícil, inacabable. Tenía que guardar una costa de más de cien leguas, visitada de continuo por las naves inglesas, que cubrir guarniciones tan importan-

(1) Véanse en el apéndice núm. 7 tres despachos de Romana que dan idea de las prendas militares que atesoraba, siquier en aquellos momentos cubriesen el error que le hacía cometer su ausencia del ejército.

tes como las de la Coruña y Ferrol; Santiago, Mondoñedo y Lugo, que conservar la comunicación con Castilla y buscar en lo posible la de Portugal, y contener á una población, toda sublevada, llena de entusiasmo por sus recientes ventajas y de rabia por los atropellos de que era objeto. Y no era eso sólo, porque entre él y su colega el mariscal Soult, en cuya unión debía cifrar la esperanza de mantener sus posiciones, veía formarse un ejército que muy pronto habría de vencerle; y por su única salida, por la sola línea que encontraba de salvación en un caso extremo, veía también otro ejército fortificarse y crecer con nuevos contingentes y una reciente victoria, la de Villafranca, inesperada para él y sus conmilliones. Sus tenientes estaban en continuo movimiento: Maurice Mathieu por el lado de Mondoñedo, Marchand hacia Santiago, y, más á vanguardia todavía, el tantas veces citado Maucune, no descansaban un instante, mientras él mismo corría de una parte á otra, lleno de actividad, rebosando de energía y de coraje, pero siempre sin fruto para el fin esencial de sujetar el país y ocuparlo tranquilamente. Thiers pinta su situación así: «En aquellos diferentes encuentros, el mariscal Ney había muerto más de 6.000 españoles, quitádoles 22 piezas de artillería, una cantidad inmensa de material procedente de los ingleses, sin apaciguar de una manera sensible la población.» ¡Exageración manifiesta, inspirada á Thiers por el despecho, pero que hace el mayor elogio del pueblo gallego! «Lo que parecerá, añade, más extraordinario todavía, es que el mariscal Ney, establecido en el camino del mariscal Soult, no había tenido

de él más noticias que las recibidas por la columna enviada á Tuy, que encontró allí á la del general Heudelet, por la que supo que no se había entrado en Oporto hasta el 29 de Marzo y eso con la tea en la mano. Respecto del mismo Ney, nada se sabía en Madrid ni de los combates que había sostenido, sino que luchaba enérgicamente contra los insurgentes, y que no podía, aun batiéndolos siempre, asegurar sus comunicaciones con Castilla.»

Pero esa misma ignorancia de la situación de Ney la hacía suponer en Madrid más y más grave, y de ahí las órdenes, citadas en el capítulo anterior, para que Mortier se trasladase á Valladolid, y las subsiguiente para que se pusiera Kellermann en comunicación con Galicia. Kellermann, con efecto, puesto á la cabeza de fuerzas respetables, había desde Astorga tramontado Fuencebación y Piedrafita, llegado con una gran vanguardia á Lugo y trasladándose á la Coruña á conferenciar con Ney y ponerse de acuerdo con él para las futuras operaciones contra Romana y para la ocupación de Asturias.

Una vez fijado el plan, había Kellermann vuelto á León y Ney pasado á Lugo, reuniendo aquél sus fuerzas en el camino del puerto de Pajares y el Mariscal las suyas casi á la vista del general Mahy que, ayudado por la división asturiana, esperaba poderle interceptar la marcha. Ney organizó una gran división á las órdenes inmediatas de Maurice Mathieu, en cuatro brigadas, puestas á las órdenes de los generales Lorcet, Labassée, Marcognet y Bardet, brigadas en que entraron tres regimientos de línea, uno de infantería ligera, el 3.º de húsares, el 25.º de dra-

Conferencia con Kellermann.

Entra Ney en Asturias.

gonos y ocho piezas de montaña, gran cantidad de municiones y galleta para siete días. Y sin cuidarse de batir antes al ejército de Galicia ni entretenerse en forzar el paso que aquel cubría en Fuensagrada esperando cerrarle el camino de Grandas de Salime ó flanquearle el del Vierzo, salió el 13 de Lugo para Navia de Suarna, y enriscándose el 15 por la divisoria del Eo y del Navia y las faldas pirenaicas del pico de Miravalles, á través de un terreno casi inaccesible y por sendas casi intransitables, llegaba el 16 á Cangas de Tineo, sin que Mahy pudiera impedirlo ni Romana tener la más vaga noticia de expedición tan rápida como temerariamente ejecutada. Volvía Ney á mostrarse el *bravo de los bravos*, el general emprendedor, sin miedo á los hombres ni á los elementos, astuto, á la vez, y calculando las dificultades y las ventajas de sus empresas militares (1).

Romana supo la marcha de Ney el 17, cuando la vanguardia francesa, pasado Salas, acometía el cruce del Narcea junto á Cornellana, donde encontró barcas suficientes para una operación, de otro modo, muy difícil por estar invadable el río, crecido en su caudal con el deshielo de las nieves de la cordillera. La fuerza de que podía disponer en Oviedo, de 2 á 2.500 hombres, acudió á la defensa del Narcea y de los puentes del Cobia y del Nora junto á Peñafior y Gallegos. Si los voluntarios no pudieron oponer una

(1) La mayor parte de las noticias adquiridas por Mahy y de los pliegos interceptados y remitidos á Romana, estaban dadas y expedidos por Ney con objeto de engañar á nuestros generales.

Así lo demuestran las Memorias del rey José.

resistencia eficaz en Grado y Peñafior, donde hallaron á los franceses que habían salvado el Narcea en las barcas y desviando en parte el río y haciéndolo así vadeable, el regimiento de la Princesa, apoyado en el fuego de un cañón de á 12, resistió en Gallegos hasta que, aumentado el número de los enemigos, hubo de ceder terreno, retirándose á otras posiciones eminentes desde las que los voluntarios y milicianos continuaban en su incesante, pero casi estéril, fuego (1).

Vista, por fin, la imposibilidad de contener al enemigo en su marcha, el marqués de la Romana hubo de abandonar á Oviedo con la junta del Principado y los personajes más comprometidos, dirigiéndose á Gijón, donde se embarcaba el 19 para reunirse al ejército de su mando. Aquel mismo día ocupaban los franceses á Oviedo; y como hallasen alguna, pero ligerísima, resistencia en las entradas de la población, la entregaron á un saqueo que duró tres días, con muerte y ruina de muchos de sus habitantes (2).

Ocupa á
Oviedo.

Rico fué el botín de Oviedo y de Gijón, donde no escaseaba el armamento de Infantería y de Artillería, ni faltaban municiones y equipos para las fuerzas que se estaban organizando en la Provincia.

(1) El parte de Ney dice, sin embargo, que era tal el fuego de los fugitivos y de los paisanos á ellos reunidos entre Cornellana y Gallegos, que era necesaria una compañía para llevar las órdenes de una brigada á otra, aun cuando marcharan flanqueadas.

Allí recibió su 55.^a herida el sargento mayor de milicias don N. Villar.

(2) Véase como desfigura Ney su entrada en Oviedo.

«La Romana, dice en su parte, sabiendo la rota de sus tropas, huyó de Oviedo. Los almacenes y las casas más ricas de

Acude Kellermann desde León.

A la vez que á Gijón, para ocupar aquel puerto y confiscar las embarcaciones, así españolas como inglesas, surtas en él, Ney envió otro destacamento á Pola de Lena con el fin de tener despejado el paso de Pajares para las fuerzas de Kellermann, puestas ya en marcha desde León. A su regreso de Galicia las tropas que mandaba el héroe de Marengo cometieron en aquella segunda metrópoli de la reconquista cristiana y en sus templos y monumentos más soberbios y dignos de veneración, los mismos atropellos y sacrilegios que las de Maurice Mathieu habían ejercido en los de Burgos. Aquí habían sido derrocados los altares, abiertos los sepulcros y revueltos los huesos de los héroes de Castilla, en busca de tesoros, de armas ó de joyas; en León y con fin igual se removieron también las lápidas funerarias que cubrían á los reyes que desde las faldas del pirineo astúrico llevaron el espanto á los musulimes y la civilización cristiana á las tierras sumidas por ellos en el embrutecimiento mahometano.

He aquí como el alemán Schépeler describe la conducta de los soldados de Kellermann en la antiquísima *Legio septima gemina*: «Allí, dice, fué donde los soldados eternizaron el nombre de su general, removiendo la tierra para buscar tesoros en élla. Desen-

la ciudad fueron saqueados por los aldeanos y el populacho. El saqueo tuvo consecuencias funestas, porque aquellos desgraciados, borrachos de aguardiente, emprendieron la defensa de la población é hicieron fuego por todas las calles, pero en tal desorden que nuestros soldados, cansados de matar, se contentaron por fin con desarmarlos y echarlos de la ciudad.»

Pues podían haber empezado por eso salvando así á Oviedo del horroroso saqueo ejecutado por sus mismos habitantes.

terraron en los conventos los cuerpos de los antiguos reyes, para ver de hallar los objetos de valor que suponían envueltos en la podredumbre de sus restos, y el aire de la corrupción no logró apagar la sed del oro. ¡Oh Dioses de la tierra! lo que habeis sido no consigues preservar de la codicia de los demás el cuerpo, vuestra única herencia real aquí abajo; ya que el espíritu pertenece al juicio de otro mundo.....y á la historia.»

Cuando Kellermann por el tiempo y las distancias calculó que Ney habría recorrido la mayor parte de la que le separaba de Oviedo, avanzó á Pajares con 6.000 hombres; y ganando el puerto después de grandes esfuerzos y repetidos combates de su vanguardia, avanzó á Pola de Lena, ocupada por el destacamento á que no hace mucho hicimos referencia, para en la tarde del 21 verificar su unión con el Mariscal en la capital del Principado (1).

Ney, para entonces, viendo asegurada su retaguardia por el camino de Castilla, había lanzado una gran parte de sus tropas hacia la costa. Mientras la brigada Marcognet se dirigía á Avilés, donde disolvería la asamblea, allí ordenada, de un cuerpo de voluntarios, Maurice Mathieu con la vanguardia de Lorcet y toda la brigada Labassée, marchó á Gijón, rompiendo en el camino á los pocos españoles que trataron de oponérsele y que, amenazados en sus fl-

Movimien-
tos sucesivos
de Ney.

(1) Mortier trasmitió al rey José un parte pomposísimo de Kellermann en que, para pintar los obstáculos que debió hallar en su marcha, se hacen alusiones bien transparentes al paso de los Alpes en la campaña de Marengo, como si no los hubiera encontrado mayores Napoleón.

cos por una maniobra de los franceses sobre Candas y Villaviciosa, se retiraron hacia esta última población, donde, sabiendo luego que se acercaba en rumbo opuesto el general Bonnet, procedente de la raya de Santander á que, arrojado de Asturias, se había acogido, se enriscaron á las asperezas de Covadonga.

Si se fuera á creer á los generales franceses en sus partes, habríamos de lamentar en esas jornadas pérdidas enormes del lado de los españoles: apareciendo en Avilés, por ejemplo, que 1.000 asturianos que intentaron defender la población habían sido casi todos muertos, que los dragones del 25.º habían ejecutado una gran carnicería en nuestros compatriotas; exageraciones manifiestas, tratándose de un país como el de las montañas astúricas, donde es tan fácil eludir esos choques cruentos y ejecutivos.

En lo que hay que convenir con el general Maurice Mathieu, tan lisonjero siempre con su Jefe, es en la rapidez desplegada y el resultado conseguido por Ney en aquella ocasión. «Así, decía su Teniente, este Principado, espantajo del Norte de España, orgulloso de su resistencia á los moros, ha sido conquistado en un instante por vuestras sabias combinaciones, y ha visto al ejército francés caer sobre él como el rayo, sin dejar á su anárquico gobierno y á sus caudillos militares otro recurso que el de una fuga precipitada y vergonzosa.»

Vuelve á
Galicia.

Pero ese mismo mariscal, al ocupar Gijón, sabía la urgente necesidad de su regreso á Galicia que corría un riesgo inminente de caer toda entera en poder de los españoles; y confiando á Kellermán la misión de ocupar con sus tropas el Principado, y formando

en aquel puerto una escuadrilla que le protegiera su flanco derecho y abasteciese en la marcha, emprendió la retirada por la costa hasta Mondoñedo, donde pudo comunicar con Soult que acababa de hacer levantar el sitio de Lugo. El día 23 cruzaba el Nalón en barcas, junto á Muros aun hostilizado por los voluntarios desde los montes vecinos, como el 24 y 25 en Luarca y Navia, en cuyo último punto le fué necesario remontar el Narcea hasta un vado de donde un destacamento considerable bajó á coger de flanco una pequeña batería conque las tropas asturianas trataban de impedirle el paso. Cruzó el 27 el Eo á favor de la escuadrilla que, en su cabotaje, sólo había hallado un corsario español que intentara combatirla; y sin oposición desde allí, se trasladó, según ya hemos dicho, á Mondoñedo.

No hubiera llegado, sin embargo, á tiempo para salvar á Lugo de no haber antes acudido á lograrlo fuerzas del mariscal Soult en su desastrosa retirada de Portugal; porque el general Mahy, sabiendo la invasión de Asturias y no pudiendo impedirla, tanto por ignorar el día en que se verificaba como el camino emprendido por el mariscal Ney, en vez de seguirle, como vulgarmente se dice, la pista, según hubiera Romana deseado y efectuó Worster con los asturianos de su mando, se decidió por acometer la conquista de Lugo que, á su parecer le proporcionaría la libertad de todo Galicia. Era su intención, una vez expugnado Lugo, seguir á Santiago y, reunido al general La Carrera, dirigirse resueltamente á la Coruña y Ferrol, cuya ocupación le permitiría en corto plazo regresar á las montañas limítrofes del Vierzo

Mahy contra Lugo.

y cerrar para siempre las entradas de Galicia á los franceses.

La intención era buena, ¿quién podría dudarlo? como inspirada por el patriotismo más puro: las dificultades, sin embargo, que probablemente hallaría en empresa tan halagadora eran de una magnitud que el estado de nuestros ejércitos en aquella tierra y la actividad característica de los enemigos las harían insuperables.

No necesitaba el general Mahy estímulos para avanzar sobre Lugo; pero aún se los ofreció el enemigo presentándose en el camino de Villalba á Meyra, donde se hallaba el ejército de la Izquierda el 17 de Mayo. El destacamento francés consistía en unos 1.000 infantes y jinetes, á quienes no pudo hallar hacia Sistallo la vanguardia española por haberse encaminado á cruzar el Miño en el Villar y subir el Lea saqueando los pueblos de sus riberas. Pero lo encontró Mahy que con la segunda división se había dirigido á Béndia y Loéntia, «con el fin, dice en su parte, de interponerse á los auxilios que pudiesen salir de Lugo»; y, atacándolo con la mayor energía, lo venció ejecutivamente y lo puso en precipitada fuga.

Esto era el 18, y al día siguiente, reunidas ya las divisiones y en el colmo de su entusiasmo las tropas, avanzaron los españoles á Lugo, en cuyas inmediaciones se dió una verdadera batalla con derrota tan completa de sus enemigos, que hubo voluntario de los nuestros que penetró con ellos en la plaza; y, de haber los habitantes ayudado con su acción, recomendada con anterioridad por Mahy, hubieran aquel mismo día obtenido su libertad del yugo extranjero. De

otro modo, sin artillería de calibre siquiera mediano, nuestro ejército hubo de limitar sus operaciones al bloqueo de Lugo, rechazando, como lo hizo el 21, las salidas de los sitiados que, como era de esperar, desoyeron la intimación de rendirse, hasta que en la noche de aquel mismo día y conociendo por sus corredores la aproximación de fuerzas respetables del mariscal Soult, levantaron las nuestras el campo para trasladarse á Villalba por el puente de Rábade (1).

Mientras el general Heudelet libertaba á la guarnición de Tuy del asedio que la tenían puesto los voluntarios gallegos, y la levantaba comprendiendo que, al volver él á sus cantones de Braga, quedaría expuesta á los mismos riesgos de que había ido á sacarla, el mariscal Soult entretenía sus forzados ocios en forjar los proyectos más halagadores de una ambición tan desatentada como deslumbradora.

Codicciaba una corona de las que el moderno Alejandro iba acaparando para sus sucesores y tenientes en el vasto imperio de que se hacía fundador. Y como le convidaba la Fortuna con la todavía en el aire de la Lusitania Septentrional, fundida en el laboratorio secreto del tratado de Fontainebleau, creía él que nadie en mejores condiciones para ceñírsela á su fren-

Soult pretendela corona de la Lusitania septentrional.

(1) No hemos descrito con los detalles convenientes la acción de Castro y la batalla de Lugo para dejar al general Mahy, no sólo la gloria de aquellas jornadas memorables, sino que también la de su narración, perfectamente hecha en el despacho que dirigió á su jefe y que trascribimos integro en el apéndice núm. 8 para no arrebatár á nuestra obra la unidad necesaria y el calor propio de esta clase de narraciones, y á fin también de que el lector vea que así manejaba su autor la pluma en el silencio de su alojamiento como hacía lucir sus talentos y su valor en el campo de batalla.

te que quien acababa de conquistarla con el esfuerzo de su brazo y la sangre de sus soldados.

Pero ¿cómo obtenerla sin levantar recelos en el ánimo de su omnipotente amo y venciendo su natural repugnancia á pretensión tan temeraria y sus homéricas iras? Para eso inventó una farsa que las circunstancias del momento y la torpeza de los agentes destinados á representarla hicieron resultase, no sólo grosera, sino hasta ridícula y grotesca. Trabajó á los pueblos sometidos á su espada á fin de que, por amor á la seguridad que les ofrecía de la vida y hacienda de los moradores, amenazadas por la anarquía entre ellos reinante, solicitasen del Emperador el establecimiento de un gobierno fuerte y respetado que diese garantía á tan caros intereses y á la industria y comercio que tan florecientes podrían hacerse en las hermosas provincias de Entre Duero y Miño. Y mientras cuidaba él de ocupar sólidamente el país, ya con la expedición del general Hendelet á Valença y Tuy, ya con cubrir en Penafiel y Amarante las avenidas del alto Duero y con reconocer y vigilar las de Coimbra y Viseu, procuraba ganarse á los que Thiers llama hombres prudentes y pacíficos de las principales poblaciones con todo género de declaraciones y promesas, y hacía que su jefe de Estado Mayor dirigiese á los generales de división órdenes y circulares para influir en los distritos de su mando y preparar la opinión pública en favor de un virreinato del Mariscal, ínterin el Emperador designara para soberano á un príncipe de su familia ó persona de su elección. El miedo alcanzaría algo de lo que se deseaba en los pueblos ya sometidos, como efectivamente

consiguíó en algunos que hubieron de fingir sentimientos bien remotos del patriotismo portugués. Preparado el terreno, como suele decirse, por un periódico, *Diario do Porto*, fundado con ese objeto, que en los pocos números que de él se publicaron se deslizo en alabanzas al Mariscal, anunció la presentación de comisiones populares para felicitarle y hasta deslizó en sus columnas la idea de un mensaje á Napoleón pidiéndole Rey y, en tanto que fijaba su elección, el gobierno de su libertador, á quien se juraría respeto, obediencia y vasallaje, llegaron á presentarse, con efecto, emisarios de Braga y autoridades, diputados y corporaciones de Oporto, que fueron solemnemente recibidos y agasajados, con exceso quizás de galantería, por el Mariscal y todo su Estado Mayor. Contribuyó no poco á hacer atmósfera en favor de Soult un folleto que con el título de *Desengaño proveitoso, que um amigo da patria se propone dar aos seus concidadãos*, fué dirigido exclusivamente á pintar con los más negros colores la intervención inglesa y los horrores de la anarquía en los pueblos de la provincia, para que, así, resplandeciesen más los beneficios de la invasión francesa y la magnanimidad del heroico caudillo que acababa de realizarla. Con recordar la última parte del folleto haremos conocer á nuestros lectores la tendencia suya, la adulación, la bajeza de sus pensamientos en un escritor portugués de aquellos tiempos. «Las virtudes, se dice, las virtudes y los talentos fueron y serán siempre los verdaderos títulos de la soberanía en el tribunal de la razón. Hombres máquinas no sirven para reyes. Los pueblos quieren para jefes suyos hombres

súblimes y bienhechores; quieren varones consumados en el arte divino que se llama política: quieren, en fin, héroes que sustentando igual en una mano la balanza de Astrea, empuñen con la otra la espada de Marte. Tales deben ser los reyes, y tal es para nuestra felicidad el duque de Dalmacia.»

No tendría éste por qué arrepentirse de su generosidad para con los vencidos, ni del rigor con que había contenido á sus subordinados en sus instintos de violencia cuando penetraban en las poblaciones enemigas con el sable en una mano y la tea en la otra, ni de la habilidad, tampoco, desplegada por sus agentes para atraer sobre su cabeza la aureola de gloria, base de su encumbramiento en aquella ocasión, en concepto suyo, propicia.

Efecto producido en el ejército.

En el ejército imperial, tales novedades, pero la circular del general Ricard sobre todo, produjeron, si risa en algunos y lástima en otros, la indignación y el desprecio en casi todos, soldados, jefes y generales. Sirvieron principalmente para sembrar la discordia en los ánimos; saliendo á luz lo que ya se creía sumido en tinieblas profundas, los sentimientos políticos en varios, la idea en muchos de la esterilidad de tanta sangre como se iba vertiendo para satisfacción de ambiciones desatentadas, el disgusto, en los más prudentes, por el peligro que habría necesariamente de correr la disciplina del ejército (1).

(1) Dice Thiers: «Había en el ejército de Portugal más de un oficial que pensaba así y entre ellos, particularmente el general Delaborde, el que había encontrado el secreto de batir á los ingleses, haciéndolo de un modo tan brillante en el combate de Roliça. Era altivo, inteligente, bravo y usó de un lenguaje que bien pronto halló eco en su derredor.....»

Tal fué el efecto producido en las tropas, entre los oficiales principalmente, unos por republicanos, otros por realistas, y por ordenancistas los demás, que los hubo que propusieron la deposición y hasta el arresto de su general en jefe. Ya que no á tanto, hubo alguno de esos oficiales que, tomando por espíritu de rebeldía, hasta por conspiración el desahogo de otros de sus compañeros y jefes, y el abandono de toda idea de disciplina en parte de la tropa, creyó poder dirigirse á los generales enemigos y tratar con ellos el levantamiento de los habitantes de Oporto, la sublevación del ejército francés contra su general y lo que ahora llamamos un pronunciamiento para destituir también á Napoleón y proclamar la vuelta de los Borbones al trono de Francia. Recibido con cortesía pero con la reserva también característica de Wellesley, aun repitió su viaje el capitán D'Argentón, que así se llamaba, siempre solicitando del general inglés su concurso para los descabellados planes que había forjado y, lo que es peor, atribuyéndolos á sus compañeros de armas y jefes más caracterizados del ejército á que pertenecía. Sin el afecto que profesaba al general Lefebvre, cuya brigada, de servicio avanzado, hubo de atravesar al volver la segunda vez de Coimbra, habrían quizás tenido las gestiones de D'Argentón consecuencias fatales para el ejército francés, amenazado de una sorpresa en su mismo campo y

El capitán
D'Argentón.

..... El general Quesnel, gobernador de Oporto, hizo algunas observaciones al mariscal Soult que las acogió mal, respondiéndole con altanería que á él sólo correspondía el obtener la aprobación del Emperador y que no tenían que ocuparse de eso los oficiales que servían á sus órdenes.

en Oporto. Deseoso de preservar á Lefebvre de una catástrofe, le declaró el peligro que corría; noticia y confesión que fueron comunicadas á Soult y produjeron la prisión de D'Argentón entonces, y más tarde su sentencia y fusilamiento (1).

Aun así y conociendo el Mariscal, por tal circunstancia, el estado de la opinión en el ejército, no quiso sin duda rebajarse á satisfacerla en lo que tuviesen de fundadas las quejas y murmuraciones que partían de sus filas, ni cesó en su ocupación favorita de congraciarse con el pueblo portugués.

Situación
militar del
ejército fran-
cés.

Su situación, con todo, y la del ejército que mandaba eran á no poder ser más críticas y peligrosas.

Al caer Oporto en poder de las tropas francesas y avanzar las de vanguardia por la izquierda del Duero reconociendo el territorio á que se habían retirado

(1) Un despacho de Wellington á Castlereagh, el del 27 de Abril, explica detenidamente los pasos de D'Argentón y revela la prudencia exquisita con que se condujo el general inglés en asunto que á otros hubiera arrastrado á procedimientos que quizás habría puesto después la historia en ridículo. Toda la concesión que el capitán francés pudo arrancarle fué la de que se le daría pasaporte para trasladarse á Francia por mar; y aun para eso y para cuanto pudiera surgir de suceso tan extraordinario como el ofrecídosele de una conjuración contra Soult, consultó al Gobierno de su nación.

Por su lado, el Emperador, muy tarde ya, en Setiembre, al saber lo intentado en Oporto, dirigió á Soult el siguiente despacho, muestra, la mayor, de benevolencia que subordinado alguno haya recibido de su superior cuando éste es un Napoleón. Dice así: «Primo mío; vuestra conducta me ha disgustado. Mi disgusto consiste en la frase de la circular de vuestro jefe de E. M. *Se rogaría al duque de Dalmacia tomase las riendas del Gobierno; que representara al soberano y se revistiese de todas las atribuciones de la autoridad suprema, prometiendo el pueblo y jurando serle fiel, sostenerle y defenderle á costa de la vida y la fortuna contra toda oposi-*

los portugueses allí vencidos, procuraron éstos concentrarse en el valle del Vouga, primera línea con que creyeron deber cubrir á Coimbra y la importantísima del Mondego. Aun allí, vieron ser insostenible su posición y retrocedieron hacia Oliveira y Mealhada para mantenerse al abrigo de las sierras de Caramulo y de Busaco. Acudieron á su auxilio las tropas del coronel Trant, ya hemos dicho que casi todas portuguesas, y algunos regimientos apostados hasta entonces en Abrantes; pero y á pesar de la opinión de Beresford, Cradock estableció las inglesas muy á retaguardia, en Lumiar, esto es, en Lisboa, atento tan sólo á cumplir estrictamente con la que consideraba como su única misión, la de defender aquella capital y esperar los refuerzos que irían de Inglaterra. Una vez decidido por el gobierno un nuevo esfuerzo en favor de la Penín-

Ejército
anglo-portu-
gués.

ción y aun de los insurgentes de las demás provincias hasta la completa sumisión del reino... Esto hubiera sido un crimen que me habría obligado, por mucho afecto que os tenga, á consideraros como culpable de lesa-majestad y de atentar á mi autoridad si os hubierais atribuido el poder supremo de propia voluntad. ¿Cómo podríais olvidar que el poder que ejercéis sobre los portugueses deriva del mandato que os he confiado y no del juego de las pasiones y de la intriga? ¿Cómo con vuestro talento, habríais podido pensar que yo consintiera nunca en dejaros ejercer autoridad alguna sin recibirla de mí? En todo éso se vé un olvido completo de los principios, el desconocimiento de mi carácter y de los sentimientos y el orgullo de la nación, que no puedo yo conciliar con la opinión en que os tengo. Con pasos tan falsos ha crecido el descontento y se ha pensado que trabajábais para vos y no para mí y la Francia. Habéis minado los cimientos de vuestra autoridad, pues que sería difícil decir si, después de vuestra circular, un francés que no os obedeciese sería ó no culpable».

A pesar de éso y en el mismo despacho lo nombraba mayor general de su ejército de España.

sula, y reunidas fuerzas bastante numerosas, unas procedentes de la Coruña y otras de nueva organización, embarcadas sucesivamente para Lisboa, tomaban tierra allí unos 5.000 hombres de las del mayor general Sir R. Hill, que el 6 de Abril avanzaron á Lumiar, donde, según ya hemos dicho, tenía sus cuarteles el general Cradock. Con repugnancia, bien manifiesta en un consejo de guerra, pero vencido por los razonamientos de Hill y Beresford, aun hizo Cradock avanzar las tropas á Leiria, estableciendo sus depósitos y almacenes en Abrantes, Santarem y Peniche.

Sir Arturo
Wellesley
general en jefe
de los aliados.

Ya para entonces había sido relevado del mando el general Cradock y venía á sustituirle en él Sir Arturo Wellesley que desembarcó en Lisboa el 22 de Abril, cuando las tropas británicas habían comenzado su movimiento de avance. La presencia del vencedor de Vimeiro fué saludada por los portugueses con frenético entusiasmo, más quizás que por lo que de sus talentos militares esperaban los que más tarde le llamarían su protector, en venganza al que los había constantemente amenazado con abandonarlos al primer asomo de peligro. Llenáronse las calles de gente para victorearle á su paso; iluminóse la ciudad; en los teatros se coronó su busto con laureles, y fué, por fin, nombrado general en jefe de los ejércitos portugueses.

No eran éstos numerosos ni su organización ofrecía esperanzas fundadas de éxito, por grandes y laudables que fueran los esfuerzos desplegados por Beresford para conseguirla. Parte de las tropas, cuyo efectivo no pudo en largo tiempo llegar al presupuesto por el Gobierno portugués, se hallaba en Guarda

á las órdenes del brigadier Pinto Bacellar para impedir, si le fuese posible, la comunicación de Soult con Lاپisse que, por entonces, andaba hacia S. Felices de los Gallegos buscándola efectivamente. Otra parte estaba con Silveira, cuyas primeras operaciones ofensivas entre Duero y Miño hemos recordado ya, con misión, de un lado, semejante á la de Pinto Bacellar y, de otro, con la más importante todavía de sublevar todo el país en que dominaba Soult después de su victoria de Oporto. El general Leite cubría con algunas, aunque muy pocas para tal objeto, la entrada de Portugal por Alentejo, atendiendo también á combinar sus operaciones con los españoles de la próxima frontera. Y, por fin, mantenía su posición central de entre el Tajo y el Mondego con el resto del ejército portugués y alguna parte del inglés el general Beresford, impulsando el alistamiento de las tropas que deseaba tomar á su sueldo el gobierno de Lóndres, la organización de todas las puestas á su cargo y las fortificaciones en construcción, mal entendidas, en su concepto, por los ingenieros de Portugal (1).

En tal situación respecto á las operaciones milita- El ejército portugués.

(1) Escribía á la regencia el 14 de Abril: «Queriendo aliviar á Lisboa de tal inquietud (la del peligro de que los franceses ocupasen á Almada en la izquierda del Tajo) he oficiado al Sr. Cradock que mande al comandante de ingenieros inglés haga un proyecto para cubrir la capital por aquel lado. En cuanto á lo que hacen los ingenieros portugueses por la parte de Almada, sólo puedo decir que es dinero y tiempo perdidos, y aún será peor si ponen allí artillería y municiones para que caigan en poder del enemigo, lo cual no dejará de suceder, á menos de que no tenga lo bondad de presentarse ante las bocas de los cañones sin necesidad de hacerlo.»

res, encontró Wellesley el reino portugués, descontento el pueblo de la conducta de Cradock y en estado tal de insubordinación, que á todos, á su propio gobierno, á los generales suyos y hasta á los ingleses, los trataba por lo menos de cobardes y traidores (1). No se hacía ilusiones el célebre general respecto al estado

(1) No estaba el ejército portugués por entonces en la situación lisonjera en que lo pinta el historiador Da Luz Soriano, trayendo, sin duda, á aquellos días la posterior alcanzada por los esfuerzos y la severidad de Beresford. Dice así al anunciar la llegada de Wellesley: «Por aquel mismo tiempo la fuerza del ejército portugués podía considerarse en un estado respetable; sus 24 regimientos de infantería con cuatro de artillería y los seis batallones de cazadores que primeramente se organizaron entre nosotros, contaban casi 41.000 hombres, y como la fuerza señalada para los 12 regimientos de caballería se elevaba á 7.000 hombres, venía á ser el ejército portugués de primera línea de 48.000 en 1809. Los 48 regimientos de milicias que además había por entonces, subían á 52.000 hombres, elevándose, por consiguiente, á 100.000 los de las fuerzas de primera y segunda línea que se pusieron á las órdenes del mariscal Beresford.»

Nápier, al enumerar las fuerzas de que podía disponer Wellesley en los comienzos de su campaña, señala 16.000 portugueses como total de los que se reunirían de las tropas de línea, más «la milicia, dice, y las ordenanzas que pueden llamarse los insurgentes.» Londonderry hace un caluroso elogio del estado en que Beresford había puesto el ejército portugués; pero, sin contar con dos batallones que quedaron en Abrantes, eleva el número de los combatientes con el célebre general inglés al de 15.000 hombres solamente.

Claro es que en las relaciones de Nápier y Londonderry sólo están incluidos los portugueses que operaban con el ejército inglés para la reconquista de Oporto, no contándose, por lo tanto, con los de Leite, con las guarniciones, ni con los de la Legión Leal lusitana que mandada Wilson; pero, aun así, nunca llegará la cifra de las tropas portuguesas, las de línea como las de milicias, á la que les asigna el Sr. Da Luz Soriano.

Cradock escribía á lord Castlereagh el 3 de Abril: «No se podrá contar con las tropas portuguesas en el estado en que se hallan. *Si yo dijera que están dispuestas para amotinarse ó sublevarse, creo que hablaría según el concepto del ge-*

de Portugal al tomar tierra en Lisboa, ni las albergaba más lisonjeras el gobierno inglés que le enviaba, más preocupado con sus propios intereses que con la defensa de sus aliados que consideraba como objeto secundario. «La liberación de la Península, dice Ná-
 pier, no fué debida ni á la previsión ni á la perseve-
 rancia de los ministros ingleses, sino á la firmeza y habilidad de los generales y al valor de las tropas á quienes ningún riesgo ni fatiga alguna lograron desanimar y que supieron reparar las continuas faltas del Gabinete.»

El gobier-
no inglés.

Esto entraña una injusticia manifiesta respecto á las intenciones del Gobierno inglés y una lisonja exageradamente afectada para los generales de su

neral Beresford. No quieren ser mandadas por sus propios oficiales y hacen lo que bien les place.»

Nápier es quien subraya esos renglones.

Lord Wellington, de su parte, decía el 28 de Abril á la junta de Extremadura: «Habeis de considerar que las fuerzas de este reino (Portugal) están en la infancia respecto á organización, disciplina y equipo; y no es con tropas así con las que deba esperarse éxito contra las veteranas y disciplinadas de la Francia, por mucha que sea la confianza que yo tenga en el valor, el celo y la lealtad de las de Portugal.» Lo mismo decía al general Cuesta el día siguiente.

Pero vé esas tropas el 6 de Mayo en Coimbra, y he aquí lo que sobre ellas escribía á Beresford el severo é intransigente Wellesley:

«Vuestras tropas han hecho una triste figura en la revista de esta mañana. Los batallones sin fuerza, pues que no tienen más que 300 hombres; el personal, especialmente el del regimiento... . . . (no lo nombra el despacho publicado) muy malo, y el de oficiales, peor que cuanto yo he visto.»

Bien injusto se muestra con sus aliados el general inglés, y así pagaba las distinciones que de él hacia la Regencia de Portugal. Si nosotros estampamos sus frases, no es sino para hacer ver las ilusiones que el Sr. Da Luz Soriano se hace respecto á la fuerza de sus compatriotas en aquellos días.

nación. Si el Gabinete de la Gran Bretaña no perseveraba en su pensamiento, ya que no fuese el de libertar la Península, sí en el de hacer la guerra á Napoleón allí donde viera probabilidades de éxito, ¿á qué la nueva expedición á Portugal, que en aquellos momentos estaba llevando á cabo? ¿á qué el nombramiento del general más distinguido que tenía, para mandarla? Si no quería proseguir la campaña después del fracaso de Jonh Moore; si creía deberse satisfacer con salvar á Lisboa de la dominación francesa para en el peor caso evacuar sin obstáculo la Península, ¿á qué dasairar á Sir John Cradock que tan al pie de la letra parecía seguir esas inspiraciones que Nápier atribuye al Gobierno de su patria? ¿O es que cree el insigne historiador inglés que su general predilecto, el á cuyo elogio dirigió principalmente su interesante obra, se atrevería, al comenzar sus brillantes campañas en España, á entorpecer la acción política de su Gobierno? Una orden de cuatro renglones le habría detenido en su camino y hubiera echado por tierra todas sus ilusiones de independencia.

No: Lord Willington no podía operar y menos en aquellas circunstancias sino inspirándose en los pensamientos de los que le enviaban, y esos pensamientos se hicieron entonces transparentes á cuantos se ocupaban y preocupaban del arduo proyecto de dar la paz al mundo. Londonderry dice que «el Gobierno británico tomó la sabia determinación de hacer otro grande esfuerzo para la liberación de la Península», y á la página siguiente indica que el ministro de la guerra hizo esfuerzos extraordinarios para que se diese á

Wellesley el mando en jefe de las tropas de Portugal y de las que inmediatamente se embarcarían para aquel reino. Habría en Inglaterra partidarios de la paz y de la guerra como en los años que precedieron á la paz de Amiens; pero tras el fracaso de John Moore y ante la evidencia de hallar en la Península base de resistencia con que detener siquiera la marcha victoriosa de Napoleón hacia el imperio universal, Inglaterra se preparó á aprovecharse de tan feliz coyuntura en busca de compensaciones á su humillante posición en el reducto de seguridad que le había deparado la Naturaleza.

No bien descansado todavía de su viaje que, aun cuando corto, comenzó por un accidente que otro habría tenido por de fatal augurio, Wellesley se puso el 25 de Abril á la cabeza del ejército luso-británico, adelantándose el 29 á Coimbra donde entraba el 2 de Mayo siguiente (1). Sus recursos militares consistían en unos 26.000 ingleses y alemanes de los que 22.000 disponibles con 3.700 caballos y mulas; en 16.000 portugueses de las tropas de línea que podrían reunirse en poco tiempo entre Tajo y Mondego, y á vanguardia, Trant y Silveira, aquel en el Vouga y el segundo en el Tamega; en las Milicias y Ordenanzas

Primeras operaciones de Wellesley.

Recursos con que contaba.

(1) Cuenta Londonderry, agregado entonces al Estado Mayor de Wellington, que una fuerte brisa de proa puso en peligro la embarcación al salir de Portsmouth «Sería media noche, dice, ó quizás más tarde, cuando el capitán Collier de la marina real, entró en la cámara diciéndonos que nos levantaríamos inmediatamente porque estábamos á punto de zozobrar. Como se puede presumir, no perdimos tiempo en dejar nuestros camarotes y en subir sobre cubierta al punto en que se nos ofrecía un espectáculo tan imponente como alarman-

que Nápier llama *los insurgentes*, las fortalezas de Almeida, Ciudad Rodrigo, Elvas, Abrantes, Peniche y Badajoz; en la flota inglesa, por fin, las embarcaciones portuguesas y la libre navegación de la costa y los ríos para el transporte de sus depósitos. Y Nápier, que es quien enumera esos recursos y por delante de la posición central en que se hallaban reunidos, cuenta también con el apoyo del ejército de Cuesta que hace elevar á la fuerza de 30.000 infantes y 6.000 caballos, casi todos situados á vanguardia de Monasterio y cerca de las posiciones del mariscal Víctor.

Los recursos morales de Wellesley, según el historiador citado, se cifraban en el valor de sus tropas, en la popularidad de que gozaba, en la energía de un pueblo tan vivamente excitado, en la oportunidad del momento, en el presentimiento de la victoria y en un espíritu tal como lo exigía la ocasión (1).

Su plan de
campaña.

El plan de operaciones de Wellesley en aquella ocasión no es un secreto para nadie: está terminantemente declarado y con la mayor claridad desenvuelto en los *despachos* del célebre general.

Wellesley creía que el de los franceses iba dirigido á que el mariscal Víctor se trasladara de Bada-

te. Al intentar el paso de un banco que se adelanta en el mar á la punta de Santa Catalina, el barco se negó á virar y ésto una y otra vez, poniéndonos más y más cerca del peligro; que cuando lo miramos de fuera, se creía ver las rompientes como á tiro de piedra de la proa. No había uno de entre nosotros que no creyera que á los pocos minutos vararía el buque, pero nos engañamos: el viento que soplaba hasta entonces de tierra, cambió de repente, y salimos de una situaciónetc.

(1) Nápier en sus apéndices se satisface con estampar el

joz á Abrantes y cruzase allí el Tajo para avanzar á Lisboa cuando los cuerpos de Lapisse y Sault, al saberlo, tomasen el mismo rumbo desde Salamanca y Oporto. Tan pronto como verificasen su union esos tres ejércitos, saldría destacado de ellos un cuerpo de tropas de 5 ó 10.000 hombres para ocupar las alturas de Almada en la izquierda del Tajo y frente á Lisboa, donde no había fuerza alguna, ni portuguesa ni británica, y amenazar desde allí á la escuadra surta en el río y á la misma capital del Reyno, si aquélla no podía sostenerse en sus surgideros.

En ese concepto, Wellesley pensó en dirigirse sobre Oporto si lograba juntar en Abrantes medios con que resistir allí un ataque de los franceses mientras batía él á sus camaradas del Duero; vacilando, sin embargo, entre ese partido y el de combinar sus operaciones con Cuesta para antes deshacerse del duque de Bellune que tan de cerca amenazaba á los españoles. No debía ser éste su pensamiento favorito, porque cuatro días después de comunicarlo al ministro Castlereagh, escribía desde el mismo Lisboa á la Junta española de Extremadura «que no estaba en

estado de fuerza siguiente:—Cuartel general de Coimbra 1.^o Mayo:

| | | |
|-------------------------|--------|-------------|
| Artillería..... | 1.413 | hombres. |
| Caballería..... | 3.074 | |
| Infantería..... | 19.510 | |
| Trasportes..... | 230 | |
| <hr/> | | |
| Total en las filas..... | 24.227 | |
| Bajas.. { Hospital..... | 2.557 | } ... 3.774 |
| { Ausentes..... | 1.217 | |
| <hr/> | | |
| Total presente..... | 20.453 | |

(Las piezas de artillería eran 30).

su poder el hacer lo que deseara; y *particularmente, como la seguridad del reino de Portugal fuese la principal misión que se le había confiado*, no podía distraer de ella las fuerzas que eran necesarias para el cumplimiento de los demás objetos «sobre que se le tenía llamada la atención.»

Así es que tan pronto como supo la marcha de Lapisse sobre Alcántara y el Guadiana para unirse á Víctor, que Cuesta se estaba reforzando en Llerena para hacer frente á aquel mariscal y seguirle si se retiraba ó invadía el territorio portugués, y que Soult andaba á las manos con Silveira que tendía en el Tamega á cortarle el camino de Traz-os-montes, se decidió á tomar de su lado el de Oporto. Y no es que esperase un resultado tan decisivo como el que le deparó la fortuna, porque su ambición se limitaba á que, sabedor Soult de su marcha al Duero, lo abandonaría por su parte para acogerse con tiempo, sin apresuramiento y sin revés alguno, á Galicia, con lo que el ejército inglés retrocedería á Abrantes para, consiguiendo igual éxito respecto á Víctor, llenar su misión, *la de obtener la seguridad del reino de Portugal.*

Y después de haber conferenciado largamente con Cradock antes de que éste se embarcase para Gibraltar, y de tener en tierra la mayor parte de las tropas inglesas destinadas á aquella expedición, inició su marcha á Coimbra, donde ya hemos dicho que entraba el 2 de Mayo. Las fuerzas, así las ya adelantadas en los días del mando de su antecesor, como las recientemente puestas en tierra, habían emprendido el movimiento el 29 desde sus cantones respectivos,

y el 4 de Mayo se hallaba concentrado el ejército en Coimbra y sus cercanías.

Allí supo, aunque no oficialmente todavía, la serie de combates que Silveira había sostenido con los franceses en las márgenes del Tamega, combates que hacen mucho honor á aquel general y á sus tropas.

Operaciones de Silveira en el Tamega.

Frustrado su plan de sorprender á Braga, y dirigido por Beresford hacia Amarante, el general Silveira tenía el 7 de Abril guarnecidos con algunos cuerpos de milicias Canavezes y Entre Ambos os Ríos, y el 9 se trasladaba con el resto de su pequeño ejército á la primera de las tres poblaciones citadas, llave de los caminos de Oporto á Chaves y Braganza por los valles del Tamega y el Túa. Sin que demos á los partes ni al diario de operaciones de Silveira la importancia toda que en esos papeles da el distinguido general portugués á su defensa del Tamega, que su Gobierno recompensó después con el título de Conde de Amarante, nuestra imparcialidad se complace en proclamar el mérito que contrajo en aquella larga y sangrienta empresa, deteniendo á una gran parte del ejército francés en la margen derecha y distrayendo á Soult mientras los ingleses organizaban la marcha para batirle. Beresford y, con él, Wellesley acriminaron á Silveira por haber sido al fin arrollado; pero esa fué siempre y sigue siendo la conducta de los generales ingleses, empeñados en no ver fuera de sus filas, y menos en las de sus aliados, nada que se parezca á valor y talento, nada que suponga una cooperación eficaz en su ayuda y beneficio. Pero es indudable que sin energía y sin habilidad no se detiene á gentes como las de Soult veintitres días en el paso de

un río, con un puente dominado por la población ocupada por los franceses desde luego, y con vados perfectamente practicables en las inmediaciones.

Asienta Amarante, con efecto, en posición elevada y dominando el curso del Tamega, cuyas aguas corren encajonadas entre altos escarpes de rocas cubiertos en la margen derecha por varios edificios de la ciudad, tapando, puede decirse, la entrada del único puente que la pone en comunicación con un barrio ó aldea que lleva el nombre pomposo de Villa Real. Esta, á su vez, se halla dominada por un áspero monte tan de cerca, que así el puente como la aldea y el camino que los recorre, el mismo que de Oporto conduce á Braganza en Traz-os-montes, quedan cubiertos por el fuego de la artillería que pueda establecerse en las faldas y hasta en la cumbre, que es inaccesible por su frente. De manera que si parece fácil la invasión del puente del lado de la ciudad, por llegarse hasta él á cubierto de las casas y especialmente de un gran convento, el de Dominicos, muy próximo, su tránsito, y más estando como entonces interceptado por fuertes barricadas, y la salida después á Villa-Real ofrecen, no sólo dificultades, sino un riesgo inmediato y serio.

Los de Amarante habían fortificado la posición abriendo fosos y levantando parapetos en las principales entradas de la ciudad, y cubriendo con baterías algunos puntos de acceso lo mismo que los vados existentes á ambos lados; baterías, estas últimas, que no se pusieron, sin embargo, en estado de defensa hasta la llegada de Silveira el 9, según ya hemos dicho, de aquel mes de Abril de 1809.

Para aquella fecha ya habían rechazado las milicias de Chaves y Villa Real, destacadas por Silveira, á una vanguardia francesa que había intentado el día 7 cruzar el Tamega por Canavezes, teniendo que retirarse á Penafiel, donde se hallaba el general Caulaincourt con su brigada. El ataque había sido enérgico: los franceses llevaban ganada una parte del puente; pero no apoyados por sus reservas, ocupadas en rechazar al paisanaje que no dejaba de hostilizarles en la orilla derecha, tuvieron que retroceder vencidos y maltrechos por los portugueses que los persiguieron hasta el mismo Penafiel.

Allí fué también á atacarlos el general Silveira el día 13, á pesar de hallarse ya incorporada á la de Caulaincourt la brigada Foy, las dos al mando del general Loison que, con dos piezas de artillería además, acababa de dirigir varios reconocimientos sobre el Tamega, cuyos pasos era necesario despejar para obtener la comunicación con Braganza y la frontera española. Silveira arrojó á los franceses de Penafiel y los persiguió hasta el puente del Souza, del que, á vista de tanta fuerza como presentaba el enemigo, hubo de retirarse á las alturas de Baltar que median la distancia de aquel río á Penafiel. Y allí se hubiera mantenido si el mariscal Soult, irritado de tal resistencia y en la necesidad de tener expedito aquel camino ya que recibía en aquellos momentos noticia de la reconquista de Chaves, no hubiera enviado el resto de la división Delaborde con diez piezas de artillería que destruyeran cuantos obstáculos se le ofreciesen.

Delaborde salió de Oporto el 14, al mismo tiempo

que los dragones de Lahoussaye abandonaban á Braga para, en Guimarães, aumentar su fuerza que así llegó á adquirir las proporciones de un cuerpo de ejército considerable, no sólo por el número, sino que también por la organización y disciplina de las tropas que lo componían. Ocupó, de consiguiente, sin dificultad á Penafiel y llegó á las posiciones de Villa Meã y Pildre, donde le esperaba Silveira aspirando á cubrir desde ellas Amarante, su cuartel general y punto de apoyo para las operaciones que tenía proyectadas contra Oporto (1). Siguióle Delaborde el 18, y sus soldados, los franceses después de arrojarle de los puestos que ocupaban tropas portuguesas, entraron con ellas en Amarante y hubieran ocupado el puente sin el fuego vivísimo con que fueron recibidos desde las barricadas en él establecidas y el convento que antes dijimos lo cubría en la margen derecha del Tamega. En la retirada se había distinguido el regimiento portugués núm. 12 que, desde Manhufe, la fué cubriendo, á pesar de que la aparición de la caballería de Lahoussaye por el camino de Guimarães hizo temer pudiera ser envuelto antes de alcanzar el abrigo de Amarante. La mayor parte de los fugitivos pasaron á la izquierda del Tamega el día 18, verificándolo el 19 los demás al ser atacado el convento de los dominicos por los imperiales que ya se habían entregado en la ciudad á sus excesos de siem-

(1) Dice un historiador francés que había ofrecido tomar el café en Oporto el día 15, y que Soult, al saberlo de boca de una de las autoridades portuguesas, le había encargado hiciese saber á Silveira que él se cuidaría de servirle el azúcar. *Se non e vero e ben trovato*, porque estas anécdotas se inventan siempre en situaciones semejantes.

pre (1). Contribuyó mucho á la resistencia de aquellos dos días el teniente coronel inglés Patrick, agregado al regimiento de Chaves, núm. 12, cuya retirada había tan brillantemente dirigido, según acabamos de decir, el cual, con rara energía, recogió los dispersos y los condujo varias veces al enemigo, logrando detenerlo hasta que se abrigase en Villa Real «multitud, dice un historiador portugués, de nuestras gentes y de nuestros paisanos, habitantes de la ciudad, además de mujeres y niños que hubieran sido víctimas de la barbaridad francesa á no haber tenido lugar aquella acción heroica de Patrick.» Desgraciadamente, el bravo coronel recibió varias heridas graves que le produjeron la muerte en Lamego, á donde fué trasportado, con lo que, al decir de Beresford, «Inglaterra perdió un vasallo benemérito y Portugal un buen defensor.»

La defensa de los portugueses se circunscribió entonces á impedir á los imperiales el paso del Tamega, reciamente disputado hasta el 2 de Mayo, en que, á favor de una niebla sumamente espesa, lograron sorprender á los defensores del puente y ocupar después las posiciones portuguesas de la orilla izquierda con su artillería y todo.

Somos de los que creen que no se ha dado la importancia que merece á aquella brillante defensa, ni al general que la dirigió se ha concedido todo el mérito que contrajo con élla. Sólo el Gobierno de su nación hizo justicia al hecho y á su héroe concediendo

(1) Es raro que los portugueses den por evacuados Amaranate y el convento el 18, cuando los franceses, por el contrario, no dan á los suyos como dueños de toda la margen derecha del Tamega hasta el 19. Esto mismo dice Nápier.

á éste el título de Conde de Amarante; pues si los extranjeros intentaron empequeñecer su hazaña, unos por rivalidad y otros por atribuirse toda la gloria de aquella campaña, los portugueses, más que á la satisfacción de su orgullo nacional, han obedecido, al juzgar á Silveira, á esa triste emulación que siempre despierta la virtud entre compatriotas. Sólo los españoles, y lo decimos con verdadera satisfacción, hemos hecho justicia al prócer portugués; y ahí están nuestros historiadores que la proclaman paladinamente en sus escritos.

Doce días duró la pelea sin interrupción ni descanso. Tenían los franceses grande empeño en abrirse la comunicación con Braganza, mucho más desde que habían sabido la pérdida de Chaves; iban dirigidos por generales ilustres, de gran talento y experiencia, que emplearon cuantos medios pudieron allegar para vencer la resistencia que se les oponía, trincheras contra las barricadas del puente, minas para volarlas también y un puente de caballetes agua abajo del de piedra por el que se pudiera ganar el paso. Todo éso y cien otros medios más ó menos ingeniosos fueron inútiles, y lo hubiera sido el últimamente empleado de los barriles de pólvora para abrir brecha en las empalizadas sin el favor de la densa niebla de que se vió cubierto todo el valle la mañana del citado 2 de Mayo y que permitió el acceso á ellas de los zapadores franceses, la voladura y el asalto, por fin, de Villa Real y las demás posiciones portuguesas (1).

(1) Véase lo que dice Le Noble respecto á la importancia del paso del Tamega. «Es indudable que no pudo cruzarse el Tamega antes del 2 de Mayo: no tratamos de echar la culpa

Ni un momento dejó Soutt de estrechar á sus tenientes para el logro de lo que consideraba como necesidad apremiante en su difícil situación; estudió proyectos de ingenieros distinguidos, despreciados en Amarante, y recomendó su ejecución; quiso trasladarse él mismo al sitio de la acción, impaciente por tanta y tanta dificultad como se encontraba para empresa al parecer tan fácil; hizo acercarse la división Heudelet establecida en Braga y llevar piezas de grueso calibre con que destruir las obras defensivas del puente; y ofreció, por fin, la legión de honor á los primeros que acometiesen el asalto. Todo inútil: sin la niebla del 2 de Mayo y la confianza que inspiraba á los portugueses el éxito hasta entonces conseguido, los franceses no hubieran pisado la izquierda del Tamega, cuya ocupación con tanto empeño habían emprendido (1).

Todo esto constituye uno de los ejemplos más elocuentes del valor y del patriotismo de los portugueses, si no nuevos en su brillante historia, no menos dignos de admiración, así como una prueba irrecusable de la energía del general Silveira, su digno jefe en la defensa del Tamega en 1809.

Ganado el puente, los imperiales no hallaron obs-

á nadie; pero si se hubiera pasado y batido á Silveira del 20 al 24 de Abril y, libre el ejército para llegar á Coimbra á fin de mes, hubiese caído el Mariscal sobre las masas que se trataba de organizar y que hasta el 21 no tuvieron por núcleo más que 10 ó 12.000 ingleses: ¿quién puede calcular la diferencia de los resultados? . . . »

(1) Es tan interesante la narración del paso del Tamega por M. Le Noble, guía de los demás historiadores, que vamos á comunicarla á nuestros lectores íntegra en el apéndice número 9. Es una sabia lección para los jefes militares que pueden hallarse en situación igual ó semejante.

táculos que no allanasen inmediatamente en la izquierda del Tamega, abandonada por las tropas y voluntarios lusitanos para retirarse, según las posiciones que ocupaban, á las escabrosidades de Trazos-montes ó al otro lado del Duero; estableciéndose Silveira en Lamego para darse la mano con sus compatriotas de Trant que operaban en el Vouga y con los ingleses que ya se habían adelantado á Coimbra y Mealhada.

Avanza
Wellesley.

El Coronel Trant que, al adelantar Soult la división Franceschi para reconocer el Vouga hasta Feira y Oliveira, se hallaba en Coimbra, avanzó á su vez, según ya hemos indicado, á la línea de aquel río, no sólo con su corta fuerza sino con alguna de los estudiantes que se le unieron y con *ordenanzas* y hasta secciones enteras del ejército regular que, como aquellos, se negaban á sujetarse á los jefes sus compatriotas (1). Aun envió algún destacamento que ocupase los puentes del Vouga, destacamento que hubo de retirarse arrastrando tras sí á muchos de los que, desde la de Oporto, se mantenían en la margen izquier-

(1) He aquí el despacho de Beresford á Cradock que confirma estas noticias:

«Esta mañana he recibido *tres expresos*: han venido á manifestarme *el horrible estado de amotinamiento*, (no puedo calificarlo de otro modo), *en que están las tropas en todas partes. Los habitantes están también insubordinados y se animan unos á otros. Se han marchado dos ó tres regimientos, diciendo que contra el enemigo*, pero realmente para hacer lo que les plazca á pesar de sus oficiales y generales que están enteramente á las órdenes de los soldados. Dizeis que estamos en una situación muy agradable; y, sin embargo, debemos permanecer así en espera de mejores resultados cuya esperanza concibo. El coronel Trant tendrá muy pronto un bonito cuerpo si los regimientos continúan enviándole voluntarios.» Esto era el 7 de Abril.

da; con lo que y reuniendo con sus fuerzas y los dispersos una de cerca de 4.000 hombres, logró imponer al general Franceschi y á Lefebvre, tambien, que le apoyaba de muy cerca.

Así las cosas, decidió Wellesley continuar resueltamente el avance que con tanta prudencia acababa de iniciar. Tenía el día 5 reunido en Coimbra todo el ejército inglés, excepto dos batallones del regimiento núm. 30, que quedaron de guarnición en Lisboa, y el destacamento del mayor general Mackenzie, compuesto, según se ha visto antes, de tres regimientos de línea, los 27°, 45° y 31°, dirigidos á Abrantes en observación de Víctor y Lapisse, ya tomasen el camino mismo que había seguido Junot en 1807, ya el del Alemtejo.

Antes de romper la marcha, esto es, el mismo día 5 de la asamblea general, partió para Vizéz el general Beresford con una brigada de infantería inglesa, un escuadrón, también inglés, y 6.000 portugueses de las tres armas. Su misión era la de operar sobre la izquierda de los franceses mientras la gran masa del ejército, con dos batallones portugueses, se dirigía rectamente á Oporto. El 7 siguieron el movimiento los cuerpos que dijimos se habían adelantado hacia Mealhada y Oliveira. El general Hill debía dirigirlos á Aveiro, ocultando lo posible su embarque en botes que la marina le ofrecería allí oportunamente y llevar así á Ovar la infantería ligera para, apoderada del pueblo y puesta en comunicación con los jinetes del general Cotton, tomar el camino de Feira que se halla en la gran carretera que conduciría el ejército á la orilla del Duero.

El resto del ejército se dividió en dos alas: la derecha en que, además de la brigada Hill y los guardias que con él iban, entraban las brigadas Campbell y Cameron con dos de artillería de 6 cañones de grueso calibre y otros seis de campaña; y la izquierda con la Legión Real alemana, las brigadas Sontag y Stewart y dos de artillería con 6 y 3 piezas respectivamente. «Estas alas, decían las instrucciones del cuartel general, formarán en dos ó tres líneas según lo requieran las circunstancias, y las brigadas saldrán destacadas, por lo que esas mismas circunstancias dicten, á constituir guardias avanzadas y reservas» (1).

Sorpresa
fracasada en
Albergaría.

Los movimientos de todos los cuerpos estaban perfectamente calculados: al tiempo mismo en que el general Hill ocupase Ovar, poniéndose sobre el flanco derecho de los franceses situados en el Vouga, y Beresford, uniéndose en Lamego á Wilson y Silveira, cruzase el Duero para ver de interceptar á Soult el camino de Braganza, el cuerpo general del ejército, precedido de la caballería de Cotton y de la vanguardia á cuya cabeza iría Lord Paget, teniente general ya por sus brillantes servicios en la campaña de John Moore, acometería de frente á la caballería de Franceschi y á la brigada de infantería Lefebvre que la apoyaba inmediatamente. Debíase ese plan de

(1) Nos valemos generalmente, para cuanto aquí se refiere al ejército inglés y sus operaciones, de los despachos de Lord Wellington. Nápier está generalmente bien informado, y lo está también Londonderry que iba en aquella expedición; pero es difícil tuvieran noticia de muchas de las correspondencias incluidas en los despachos publicados en 1844, esto es, mucho después que las obras de aquellos historiadores.

ataque directo, no á que se dejase de conocer la ventaja de operar por el alto Duero, por Lamego especialmente, para mejor salvar aquel río, intransitable junto á Oporto por no haber sino el puente que comunica esta ciudad con Villa Nova, sino á que, haciendo la marcha por los caminos de Aveiro y Albergaria, las tropas irían perfectamente abastecidas por la escuadra inglesa que navegaría á su altura, pudiendo desembarcar víveres en Ovar y otros puntos de la costa. Y tan acertado era el plan que, sin alguna pequeña dificultad encontrada en la ejecución y debida quizás tan sólo á no conocer Wellesley bien aquel terreno, las tropas francesas avanzadas hubieran sido del todo sorprendidas y no habrían llegado á reunirse á las demás de su ejército en la derecha del Duero.

El día 9 rompió la marcha el general Wellesley con el grueso de sus tropas, y el 10 se hallaba Franceschi en una situación sumamente comprometida (1). Situado en Albergaria en la cuerda, mejor dicho, en el diámetro del arco que á su frente forma el Vouga entre Oliveira de Frades y su desagüe en las lagunas de Aveiro, tenía á retaguardia de su flanco derecho al general Hill que con el mayor sigilo ha-

(1) El general belga M. Brialmont, en su «Historia del Duque de Wellington», dice que éste partió de Coimbra el 6 de Mayo al amanecer. Esto demuestra que Brialmont no se ha detenido á leer los despachos de su héroe, porque los hubiera encontrado escritos el 6, el 7 y el 8 en Coimbra y en los del último día habría visto las instrucciones dadas para romper la marcha á la mañana siguiente. Si á Elliot y á otros biógrafos de Wellington disculpa error semejante por no conocer los despachos, no á Brialmont que, por haber publicado su obra en 1858, los cita con frecuencia.

bía desembarcado en Ovar; á su izquierda el general Cotton que había cruzado el Vouga con su caballería ligera y buscaba el envolverle antes de ser descubierto; y á Lord Paget y á Trant que, uno de frente y el otro por Angeja, procuraban combinar un ataque general y simultáneo que le obligara á rendir las armas. El coronel Trant mandaba fuerzas que podían operar á la ligera, y pasó el puente del Vouga y los desfiladeros que le preceden y siguen sin detenerse, con lo que se adelantó mucho; pero la artillería de Stewart encontró obstáculos en que se destruyó no poco de su material y paralizaron su marcha; Cotton hubo de luchar con la ignorancia de los guías y llegó el día sin que unas y otras columnas lograran sorprender á Franceschi. Este pudo así apercibirse para el asalto que se le preparaba; y tan gallardamente se presentaron sus escuadrones ante los ingleses, que Cotton no se atrevió á cargarlos, con lo cual emprendieron los imperiales su retirada (1). Aun así, ya de día, la caballería inglesa siguió el alcance de la de Franceschi; y siendo muy superior y marchando apoyada por tantas y tan buenas tropas, la fué batiendo y cogiéndole hombres y cañones hasta Oliveira, donde, ya tarde, cesó la persecución.

Acción de Grijó. En Oliveira, el general francés podía ya pelear sin la preocupación de verse envuelto, y lo hizo con

(1) «Así, dice Nápier con razón, una hora de retraso inutilizó una combinación que hubiera arrebatado á Soult un tercio de su infantería y toda su caballería ligera, porque no es de suponer que, cortada la de Franceschi y situado Hill en Ovar, hubiera podido escapar la división al otro lado del Duero.»

la energía y la habilidad características suyas. Así es que se detuvo el día 11 en las alturas de Grijó, presentando batalla á los aliados, siquier no tuviera más objeto que el de dejar bien puesto el honor de sus armas y dar tiempo á Soult para organizar la resistencia en Oporto. Sus fuerzas consistían, aun reunidas á las de su mando parte de las de Mermet que se habían hecho adelantar desde Oporto, en poco más de 4.000 infantes, algunas piezas de artillería y 1.000 caballos. El cuerpo de la división ocupaba las alturas bastante escarpadas que dominan la carretera; á su frente y, sobre todo, en un cabezo llamado el Picoto, se hallaba la artillería cubriendo con sus fuegos las casas que se ven esparcidas al pie; en la derecha un bosque espeso impedía el acceso de la posición principal, y sólo la izquierda estaba á descubierto de un ataque si iba dirigido con fuerza suficiente.

La elección del punto de ataque no era, pues, dudosa, y Wellesley, que seguía de cerca al enemigo, no vaciló un punto en ella.

Dirigió sobre la izquierda enemiga al general Murray con la brigada real alemana, mientras el regimiento portugués número 16 de la brigada Stewar acometía la derecha con una bravura extraordinaria y los rifles del 95 y varias compañías de los demás regimientos de la misma brigada atacaban el centro de las posiciones enemigas. Como la elección del punto de ataque, tampoco era dudoso el resultado, para cuyo éxito acudían tropas inglesas creciendo á cada momento en número; y por esfuerzos que hicieron los franceses y por mucha que fué la habilidad que

desplegó Franceschi, no hallaron otro medio de salvación que el de retirarse antes de verse envueltos y en el caso de rendirse (1). La retirada se hizo con el mayor orden posible y no cesando los jinetes franceses en sus reacciones contra los de la caballería inglesa que los fué acosando hasta la inmediación del Duero, á cuya orilla derecha se acogió el general Franceschi que coronó su enérgica y brillante acción con volar el puente y dejar los dos ejércitos enemigos separados con valla como la de aquel río en su mayor anchura (2).

Retirada de Franceschi á Oporto.

Inacción de Sout.

¿Qué hacía, entretando, el mariscal Sout? Ni aun la noticia de la aproximación de los ingleses logró sacarle de su oriental letargo. No podía desechar la

(1) N. Ludlow Beamish, historiador de la Legión Real Alemana, en su notabilísimo libro «Geschichte der Königlich Deutschen Legion,» dice lo siguiente sobre la parte que sus compatriotas tomaron en aquella acción: «Los tiradores de los cuatro batallones de línea y el destacamento de la brigada ligera á las órdenes del Mayor von Burmb entraron inmediatamente en acción y rechazaron á los cazadores enemigos. Avanzaron luego los franceses en línea contra ellos, pero hubieron también de retroceder después de haber hecho una descarga, retirándose perseguidos por los alemanes. Fueron heridos en aquel encuentro el teniente Ladders del quinto batallón y cinco soldados, el primero de gravedad. Entretanto entraron también en fuego dos compañías del primer batallón de línea al mando de los capitanes Marschalk y Detmering, así como una compañía del segundo de línea al del capitán Langrehr, enviadas antes en socorro de los tiradores que peleaban con la infantería ligera francesa, rechazándola también, pero no sin sacrificios, pues el capitán Detmering fué muerto y Langrehr y ocho hombres más fueron heridos.»

(2) M. Thiers, que hace un elogio, y ya hemos visto que merecido, del general Franceschi por su brioso comportamiento en aquella retirada, no menciona siquiera la acción del 11 en las alturas de Grijó, cuando los ingleses la dan las proporciones casi de una batalla campal.

idea de crearse allí una posición de soberano á que creía convidarle la interinidad en que se hallaba el Gobierno de país tan hermoso y cuyos habitantes, de otro lado, consideraba le estaban ya ligados por egoísmo y hasta por afecto. Hacía tanto en su favor, les procuraba con tal ahinco su tranquilidad, protegía tan generosamente sus intereses y hasta su religión, que tomaba por sinceras las manifestaciones hechas por los pueblos en que mantenía sus tropas. Creía, por otra parte, tan sólidamente asentada su autoridad en el ejército, su prestigio tan firme y deslumbrador, que los consideraba indestructibles, como esperaba no hallarían sus ambiciones oposición en el ánimo del Emperador que no olvidaría sus servicios y especialmente el valiosísimo de Austerlitz.

Se mecía, pues, su imaginación en las esperanzas más halagadoras hasta el momento en que los partes de Franceschi y, sobre todo, la retirada de este general y la necesidad de cortar el puente del Duero le convencieron de que las revelaciones de D'Argentón á Lefebvre ofrecían una gravedad, así respecto á la moral de sus tropas como á la fuerza y actividad de las inglesas, que exigía prontas y eficaces resoluciones. Había tomado algunas, pero más preventivas que de acción, respecto á la vigilancia con que Loison debía observar las avenidas de Villa-Real y Villa Pouca en Traz-os-montes, y el valle del Duero hacia Pezo-da-Regoa y todo el Paiz-do-Vinho, observando á los fugitivos de Amarante y á las tropas que la voz pública suponía reuniéndose en Vizeu y Lamego. Había hecho avanzar, según ya indicamos, á Grijó parte de las tropas de la división Mermet al tener noticia de

la concentración de los ingleses en Coimbra, y, por el contrario, había dispuesto que el general Lorges con todas las tropas abocadas al Miño y de guarnición en Viana y Braga, tomase el camino de Guimarães para trasladarse al Tamega y poderse dirigir, cuando las circunstancias lo exigiesen, á Braganza. Pero, repetimos, sólo al conocer los riesgos, ya inminentes, que corría el general Franceschi en el Vouga y, por fin, su retirada, cayó Soult en la cuenta de que urgía recobrar la entereza de que tantas pruebas había dado en su larga carrera militar. Le era necesario renunciar á sus proyectos de ambición; y si, llevado quizás de ellos, había abandonado los de la conquista de Lisboa, su principal misión al cruzar la frontera de Galicia, ahora le era preciso y hasta urgente retroceder á ella con aire de vencido y acaso derrotado (1).

Comienza
á tomar dis-
posiciones.

Desilusionado, por fin, Soult se decidió á reconcentrar el ejército; y, para no exponerse á encontrar obstáculos en su retirada y haber de vencerlos con sacrificios costosos, encargó al general Loison se mantuviese en Mezão y Pezo-da-Regoa á fin de que en manera alguna pudiesen los enemigos, pasando el Duero por aquellos puntos, atravesársele en el camino de Braganza y cortarle aquélla su ya única vía de salvación. Fueron reconocidos los enfermos y he-

(1) Hay quien atribuye también su detención en Oporto á sugerencias de jefes muy caracterizados del ejército que no querían volver á Lisboa, donde, sirviendo con Junot, habían dejado mala fama por sus depredaciones. Schépeler dice que efectivamente «Loison tenía sus razones para tener miedo á Portugal.»

ridos que había en los hospitales para que los no graves emprendieran la marcha hacia España en convoyes que se formaron para trasportarlos; se distribuyeron los víveres en los cuerpos y se aumentó la dotación de municiones en las diferentes armas; y los caudales de las cajas públicas fueron concentrados en la general del ejército. Las tropas recibieron la orden de estar preparadas para la marcha y varias de las acuarteladas en Oporto y las que se habían retirado del Vouga tomaron posición en las afueras de la ciudad camino de Vallongo, á donde fué también á establecerse, la noche del 11, el cuartel general, después de haber asistido á la ruptura é incendio del puente. El 12, por fin, á las cinco de la mañana, se dictaban las disposiciones de la marcha en que se prevenía el establecimiento del general Caulaincourt en Amaranthe, dejando fuerza en el puente del Souza para darse la mano con el general Mermet, cuya división ocuparía á Vallongo y Baltar, siguiendo después la de Delaborde encargada de apoyar la retaguardia que regiría Franceschi con sus jinetes y la brigada Reynaud de la división Merle.

Creía, así, el mariscal Soult poderse retirar tranquilamente llevando vigilado el curso inferior del Duero, del que había dispuesto se retirasen á la margen derecha cuantas barcas se encontraran, y teniendo en el superior ocupados Mezão y Regoa, según hemos dicho poco antes. Llevaba, y ya vemos que perfectamente escalonados, sobre 15.000 infantes, 3.500 caballos y 1.150 artilleros con gran número de piezas, fuerza que creía suficiente para hacerse respetar de los anglo-portugueses que le seguirían

y abrirse pasó por entre los españoles que pudieran salirle al encuentro en la frontera (1).

Considerábase, de este modo, seguro el duque de Dalmacia hasta en la posición misma de Oporto, su soñada metrópoli, á la que no podría llegar el enemigo por carecer de medios para cruzar el Duero y hasta de fuerza, creía él, para vencer á sus 10.000 hombres, sobre cuya moral le habían dado todo género de seguridades los generales, consultados á propósito al tener noticia de la conspiración dirigida por el capitán D'Argentón. Pero esa moral no era lo firme que creían los generales y su ilustre jefe; y sin excelente moral no hay disciplina sólida ni, por consiguiente, se cumplen las órdenes con el celo y la satisfacción que son de necesidad en circunstancias tan difíciles. La guerra de España era ya completamente impopular en Francia, así por su origen, que todo el mundo condenaba, como por lo penosa, sangrienta y al parecer interminable; sabíase que no era sola en el Imperio, cuyas fuerzas, que podían considerarse suficientes para acabar la de la Península, andaban de nuevo distraídas en otra formidable con el Austria, nunca abatida á pesar de tanto y tanto revés como había sufrido; y las tropas de Soult, conmovidas por los que se manifestaban contrariados con la detención en Oporto, tan sólo, decían ellos, por satisfacer ambiciones bastardas de un general que tan poco se preocupaba de la sangre de sus soldados por alcanzar una corona como el Emperador por el dominio universal á que aspiraba, no ofrecían el es-

No le secundan sus inferiores.

(1) Dejó en los hospitales de Oporto, Braga y Viana 2.150 enfermos ó heridos.

pectáculo, que meses anteriores, del entusiasmo guerrero, del espíritu batallador que caracteriza á las francesas. Por eso no es de extrañar que no se hubiera cumplido con rigurosa exactitud la orden de retirar las barcas del Duero, y que el general Loison, en vez de ocupar los puentes de Mezão y Pezo-da-Regoa y después de combates mal sostenidos, sin habilidad ni energía, se hubiese retirado á Amaran-to sin escribir á Soult un renglón ni enviarle un ayudante.

El general Loison había hecho más para contrariar los proyectos de su general en jefe: empeñándose en sostener la idea de que el ejército habría de retirarse por Braga y no por Traz-os-montes, como le aseguraba un ayudante que le había enviado Soult la noche del 11, abandonó el puente de Amarante á los enemigos que iban en seguimiento suyo; con lo que y evacuadas todas las plazas del Miño y el Cavado y establecidas ya la división Heudelet y la caballería de Lorges en Guimarães, quedaba cortada á las tropas toda comunicación en que pudieran conservar su artillería, el inmenso convoy que le acompañaba, sus equipajes y repuestos.

«Examínese el mapa, dice con razón Le Noble, y podrá formarse idea de lo crítico de la posición en que ponía al ejército el abandono del puente del Tamega y de los tristes sentimientos que inspiraría al Mariscal.»

Nada podía saber de eso el mariscal Soult y confiaba en que los ingleses no podrían tampoco cruzar el Duero por las inmediaciones de Oporto, con lo que tendría tiempo suficiente para emprender sin obstá-

Paso del Duero por los ingleses.

culos ni premura su retirada. Pero también ignoraba con quién se las había, frío calculador Wellesley antes de la acción y emprendedor enérgico, una vez hecha su resolución, en los trances más comprometidos.

Era de la mayor urgencia para Wellesley pasar el Duero, combinando esa operación con la recomendada á Beresford de cruzarlo frente á Lamego, á fin de encontrar dividido el ejército francés y batirlo en una parte é impedir en la otra su retirada á Castilla. Situado en Serra do Pilar, descubría, según puede calcularse por la descripción anteriormente hecha al reseñar la batalla del 29 de Marzo, todo el curso del Duero y podía disponer el cruce de tan anchurosa corriente sin ser bien observado desde la opuesta margen, así por la mayor elevación de la izquierda como por haberse obcecado Soult con la idea de que su rival intentaría el paso agua abajo de Oporto. Las noticias que tenía del movimiento de Hill por Ovar, la presunción de que los buques ingleses irían á ayudarle en su paso, y la confianza de que habrían sido destruídas ó retiradas las barcas en la parte alta, tenían á Soult como clavado en el palacio dos Carrancas, al O. de la ciudad, esto es, lo más lejos del sitio del verdadero peligro.

Murray lo
cruza por
Avintes.

Así es que mientras en la altura de Serra estaba blecía una gran batería con que cubrir de fuego toda la margen derecha en la zona donde se veía al enemigo verificar su concentración para la retirada, dirigió Wellesley sobre Avintes, unos 5 kilómetros agua arriba, al general Murray con un batallón alemán, un escuadrón y seis piezas de campaña que,

usando de la barca allí establecida ó de las que se pudieran recoger cerca, se trasladaran á la orilla opuesta del Duero.

Y aquí ocurre un pensamiento, sólo apuntado por un erudito historiador portugués, el Sr. Da Luz Soriano, el de si tendría ó no Wellesley noticia del paso del Duero en 1580 y en los mismos lugares por nuestro *Rayo de la guerra*, el célebre Sancho Dávila. Es tan conocido aquel suceso, por lo mismo de ser tan extraordinario, que parece imposible que, aun ignorándolo el general inglés, no hallara á su lado portugueses que se lo explicasen con todas sus circunstancias y detalles. El de que la operación ejecutada en 1809 sea perfectamente igual á la llevada á cabo en los días de la incorporación del Portugal á España, hace, con efecto, pensar que no se echaría en olvido tan memorable acontecimiento y que el orgullo británico y la admiración por el célebre caudillo de nuestros tiempos han sido parte á no recordarlo, para no quitarle la originalidad de un plan con tanta energía puesto en ejecución como sabiamente discurrido ó imitado. Es verdad que dos hombres de talento, y muy expertos los dos en las cosas de la guerra, pueden tener en circunstancias iguales una misma inspiración; pero, así como dudamos que Turena tratara de imitar en las Dunas la sabia maniobra del duque de Alba en Alcántara, como supone el coronel Carrión Nissas, así nos cabe también la duda de que Lord Wellington ignorase la del célebre castellano de Amberes á la vista de Oporto. El sitio era el mismo; el enemigo ocupaba las mismas posiciones en la margen derecha del Duero; el paso se verificó de

manera muy semejante; el general inglés llevaba á su lado portugueses instruidos: ¿qué de particular, pues, que se recordara allí y se imitase la hazaña de 1580?

Lord Paget
ocupa el Se-
minario.

En tanto que el general Murray procuraba cruzar el Duero en Avintes lo más apresuradamente posible, lo cual no le era difícil por la ignorancia en que se hallaban los franceses de tal operación, un oficial inglés, utilizando la barca de un patriota portugués fugitivo de Oporto, se trasladó á la margen derecha, de la que volvió remolcando tres botes y con noticias del estado de abandono en que se hallaba la parte opuesta y el Seminario, sobre todo, edificio que, en poder de los ingleses, sería base inmejorable para su establecimiento á las puertas de la ciudad.

No desaprovechó Wellesley tan feliz circunstancia; y, momentos después, montaba las barcas un destacamento que se apoderó del Seminario, al que sucesivamente se fueron trasladando más y más tropas á las órdenes inmediatas del teniente general Paget. Operación tan importante y tan lenta no podía pasar inobservada para los franceses; así es que, no terminada aún, era el Seminario objeto de un violentísimo ataque en que tomaron parte, por la de Sault, fuerzas de las tres armas, de las que todavía se conservaban en el recinto de Oporto.

Pero ¿quién arrojaba á los ingleses de una posición como aquélla? Por esfuerzos que hicieron sus enemigos y á pesar de la grave herida que sufrió lord Paget, no hubo medios de vencer la noble pertinacia de los defensores del Seminario, á cuyo auxilio acudió el general Hill con su brigada y el batallón

portugués que vimos batirse tan gallardamente en las alturas de Grijó. No aflojaba el ataque, aun herido el general Foy, derribado de su caballo Delaborde y creciendo por momentos el número de los ingleses que cruzaban el Duero, hasta que á la vista de las tropas de Murray, que acudían desde Avintes por la orilla derecha, y de las de Sherbrooke que, aprovechándose del abandono en que habían dejado los franceses á Oporto y de las señales con que los habitantes les animaban á pasar y de las barcas que les proporcionaban, cruzaron desde Villa Nova, tuvo Soult que retirarse definitivamente por el camino, ya indicado, de Vallongo, dejando en poder del enemigo varias piezas de artillería, las con que había atacado el Seminario, carros de municiones y muchos prisioneros (1).

De haber acudido antes Murray, que no había en-
contrado obstáculo alguno en el paso del Duero ni en su marcha por el flanco izquierdo de los enemigos, la derrota de Soult hubiera sido completa; pero, reducida la acción de sus tropas á la carga de dos escuadrones dirigidos por el general Stewart y el mayor

Retirada de
Soult.

(1) Dice Nápier: «Las columnas francesas llevaban (en su retirada) cinco cañones; pero atemorizados por el fuego de fusilería bajo el que les era necesario pasar, los artilleros se detuvieron y, mientras, una descarga que se les hizo por retaguardia echó por tierra á la mayor parte, dispersando el resto que dejó las piezas en el camino. La descarga procedía de los soldados de Sherbrooke que, atravesando las calles de Oporto, atacaron á los franceses por su espalda. Le Noble dice que este episodio tuvo lugar en una calle de Oporto en que, muertos los caballos de la primera pieza, hubo que abandonar toda la batería.»

Hervey, el mariscal pudo retirarse después de rechazar el ataque de los dragones ingleses (1).

El cansancio de tan azarosa jornada y el aspecto imponente que aún ofrecían las tropas francesas al retirarse, detuvieron á los ingleses en Oporto, donde hallaron largo botín de armas y municiones de toda clase, 58 piezas de artillería sin sus cureñas que habían sido quemadas de antemano, y hasta 700 enfermos y heridos que Soult había dejado en los hospitales (2).

Los ingleses no tuvieron más bajas que la de 20 muertos y 95 heridos que, sumada con las de las jornadas anteriores del 10 y el 11 de aquel mes, da un total de 43 muertos, 168 heridos y 17 extraviados.

(1) Wellington hace así el elogio de Paget y de Hervey: «En el teniente general Paget he perdido la cooperación de un amigo que me ha sido utilísimo en los pocos días que han pasado desde que se incorporó al ejército. Ha prestado el más importante servicio al recibir su herida tomando la posición que después mantuvieron sus tropas, y resistiendo los primeros empujes del ataque del enemigo. El mayor Hervey se distinguió también en el momento de ser herido al cargar aquel día la caballería.»

Beamish dice por su lado: «Si el general Murray hubiese entonces dado á las tropas alemanas la orden de lanzarse sobre aquella masa desordenada, habrían sido mucho mayores las dificultades del enemigo; pero sólo entraron en acción los tiradores del primer batallón de línea á las órdenes de los tenientes Wenabe y Carlos de Holle, así como dos compañías del mismo regimiento, la primera mandada por el abanderado Hodenberg, y la segunda por el capitán Marschalk. Los tiradores hicieron muchos prisioneros, y uno, llamado Heinrich Haner, tuvo la fortuna de coger á un teniente coronel francés.»

En nota, añade Beamish, que el ataque de los dos escuadrones del regimiento ligero de dragones, núm. 14, dirigido por el mayor Hervey, tuvo lugar más tarde al perseguir á los franceses, no pudiendo ser apoyado por la infantería que no cabía siguiese el paso de los jinetes.

(2) Lo más triste, dice Thiers, era dejar allí nuestros heridos y nuestros enfermos en poder del enemigo, dejar, so-

No puede, pues, darse operación militar más fructuosa á la vez que económica en sacrificios, efecto de la habilidad con que fué dirigida y también puede decirse de la falta de previsión en el mariscal Soult y del estado poco satisfactorio de la moral militar en las tropas de su mando. Se empeñó en que Wellesley acometería el paso del Duero agua abajo de Oporto; se mantuvo, por consiguiente, en una posición desde la que ni descubrir podía los movimientos del enemigo por donde la facilidad del cruce y la historia de empresas anteriores semejantes le debieran haber mostrado el verdadero peligro, con lo que, al conocerlo, no tuvo tiempo para impedirlo ni menos para contrarrestarlo. Sus tropas, los oficiales particularmente, sea por falta de celo ó por sobra de disgusto, sin el entusiasmo, de todos modos, ni la diligencia que distinguía á los franceses en la guerra, dejaron

bre todo, el honor del ejército, porque de una sorpresa igual no había ejemplo en los anales de la guerra. Felizmente nos reemplazaba en Oporto el general de una nación civilizada, y nuestros enfermos, que habrían corrido el riesgo de ser degollados si quedaran en poder de los insurgentes, no corrían aquella vez otro que el de verse desatendidos.

Eso sería en caso por abandono de sus mismos camaradas. Hé aquí el despacho de lord Wellington que lo demuestra:

«Al mariscal Soult.—Oporto 12 de Mayo de 1809.—Habeis dejado en esta ciudad gran número de enfermos y heridos, de quienes os ofrezco la seguridad de que tendré el mayor cuidado, sin que nadie, mientras yo pueda, se atreva á hacerles daño alguno. Pero os habeis olvidado de dejarles oficiales de Sanidad que los cuiden; y no creyendo deber confiarlos á los de Oporto, os prevengo que no tengo yo sino los absolutamente necesarios para el servicio de las tropas de mi mando.—Os ruego, pues, que enviéis el número de ellos suficiente para cuidar los enfermos y heridos del ejército francés que habeis dejado, y os prometo que os serán devueltos cuando los hayan curado.»

de cumplir las órdenes de su general y no retiraron las barcas todas de la orilla izquierda, según se les había prevenido, ni ejercieron la vigilancia absolutamente necesaria, indispensable ante enemigo tan experto y con iniciativa los días anteriores tan enérgica. Todo fué lamentable en aquella jornada por parte de los franceses; todo plausible y digno del triunfo que obtuvieron por la de las tropas británicas y su caudillo.

Y gracias á que éste, por su prudencia exquisita ó por poco aleccionado todavía en aquella guerra, se detuvo ante la actitud, sin duda, imponente todavía del ejército francés en su retirada; que, de otro modo, aquel día hubiera sido, quizás, el de su más completa victoria.

Situación crítica del ejército francés.

Porque, con efecto, no podía ser más crítica la situación de las tropas francesas. Arrojado Loison de la izquierda del Tamega por Beresford y Silveira que no habrían de dejarse arrollar en las posiciones que tanto trabajo le había costado conquistar de los portugueses solos del segundo de estos generales; perdida la comunicación de Braga y Valença desde que se habían abandonado estas plazas en la confianza de hallar camino para la retirada á España por el de Traz-os-montes, sólo un arranque extraordinario de energía podía salvar aquel ejército, poco antes vencedor y con aspiraciones á la conquista de Lisboa. Afortunadamente para él, tenía á su cabeza un general, cuya reputación de hábil nunca como entonces se hizo patente y se vió justificada.

Cuando Soult llegaba á Baltar, supo la retirada de Loison á la derecha del Tamega y la evacuación

de Amarante y su puente. Comprendiendo desde el primer momento la extensión toda del peligro en que le habían puesto la torpeza y flojedad de su teniente, del en quien cifraba la esperanza de retirarse, si no tranquilamente, seguro, al menos, de no ser arrollado antes de alcanzar la frontera española, tomó una resolución tan pronta como enérgica, sin consejo de guerra que se la inspirase, sin temor, tampoco, á la inmensa responsabilidad con que iba á cargar.

Repartiendo á la infantería y á la caballería cuantos cartuchos pudieran llevar los soldados en sus cartucheras y mochilas y los regimientos en los caballos del tren, así como cargando á los gastadores con los útiles más necesarios, y á todos con el dinero que cupiera trasportar del de la caja general del ejército, bien repleta por cierto, reunió todo el material de la artillería y el de los equipajes, el de la tesorería, cuanto era imposible trasportar por el malísimo camino que iba á emprender, y, preparado convenientemente y en orden, lo hizo volar todo al comenzar la marcha el ejército que, con sumo dolor, vió arder aquel grandioso parque, tan esmeradamente cuidado hasta entonces (1).

Continúa la retirada.

(1) Le Noble recuerda en su libro la anécdota siguiente: «Los granaderos del 70.^o, á las órdenes del teniente Langlois, escoltaban el tesoro. El Intendente invitó á aquel oficial á que hiciese tomar dinero á sus soldados; y, al encontrarle en Toro, le preguntó cuánto habían cogido. *Nada*, contestó; *porque después de haber sacado una caja, no pudieron romperla: la trasportaron alternativamente alguna distancia y tuvieron que abandonarla para incorporarse á su regimiento.*» De los cuerpos, sólo dos acudieron á recoger dinero al convidarse á hacerlo á todos los del ejército.

Al retirarse Loisón de Amarante sin orden alguna y hasta contra las advertencias del edecán M. de Tholozé, enviado á su encuentro por el general en jefe, habíase dirigido á Guimarâes, empeñado en que no podía emprenderse la retirada más que por Braga y el bajo Miño. Allí se encontraba el general de Lorges que, como ya hemos dicho, después de levantar cuantas guarniciones cubría su división, iba, por el contrario, hacia Amarante en cumplimiento de las instrucciones que se le habían comunicado. Y el mariscal Sault, después de una marcha penosísima á través de terrenos sumamente escabrosos, á la desfilada casi siempre, halló á Loisón cerca de Pombeiro y á de Lorges en Guimarâes, donde logró la noche del 13 de Mayo ver reunido todo el ejército.

Se dirige á Orense.

Pero, ¿en qué situación! El que tan gallardamente había penetrado en Portugal, no dudando ni un momento de su victoria y con la seguridad de llegar á Lisboa y arrojar á los ingleses al Océano, vencidos y humillados, no hallaba ahora, ni aun camino por donde retirarse sin temor á verse envuelto y destruido. El de Braga podía estar interceptado por las tropas de Wellesley y, de todos modos, no hallaría el ejército francés en el bajo Miño medios con que cruzar el caudal de sus aguas; el de Braganza se había hecho inaccesible desde la pérdida de Amarante, y hasta el de Chaves se hallaba cerrado por esta plaza, reocupada por los portugueses. Era, pues, necesario proseguir la retirada por vías, puede decirse que, desconocidas, caminando á la ventura, sin otro objetivo que la frontera española; fuese cualquiera el punto por donde se cruzara, el que deparase la

fortuna (1). Felizmente halló entre los franceses que seguían al ejército, uno, cuya industria (era tratante en cerdos) le había obligado á recorrer aquel país visitando todas las grandes y pequeñas localidades de la provincia, quien le sirvió de guía en la marcha. Ese dicen que le aconsejó dirigirse á Orense por Salamonde y Montalegre, camino en que, si se marchaba con diligencia, se podría evitar la acción de Wellesley por la izquierda, la de Beresford y Silveira por la derecha y el encuentro, al frente, de fuerzas suficientes para detenerle ó hacerle retroceder.

Ya intentó Soult reconocer Braga con la esperanza, sin duda, de recobrar la comunicación de Valença; pero, sabiendo que se hallaba ocupada aquella ciudad por la vanguardia de los ingleses, torció rumbo á Carvalho d'Este después de destruir la artillería y los bagajes de la dotación de las divisiones de Loison y de Lorges que, por haber operado por caminos carreteros, conservaban todavía su material é *impedimenta*. Llevaba un día de ventaja á sus enemigos en la marcha, pues aquel día 14 en que llegaba á Carvalho Wellesley dormía en Villanova y sólo el 16 se reunía en Salamonde á Murray que había seguido, flojamente ó desorientado, la retaguardia francesa desde Penafiel. Y era que las instrucciones de

(1) Tal era la situación del ejército francés en Guimarães que, según Le Noble, hubo general que propuso, como el mejor partido que podía tomarse, el de negociar un convenio semejante al de Cintra. Ese general, si se atiende al significado de la inicial y las cinco estrellas con que lo señala Le Noble (L*****), no puede ser sino Loison (es lo probable) ó de Lorges. El mariscal Soult parece que le contestó irritado: «Conozco otro, el de que cada uno cümpla con su deber, para lo cual yo daré el ejemplo y, así, prometo conducir el ejército á España.»

su general en jefe imponían á Murray la misión de observar y seguir á Loison, á quien se consideraba junto al Tamega, y de ponerse en comunicación con Beresford encargado de ocupar Chaves y cortar la retirada por allí al mariscal Soult.

Beresford se dirigió, con efecto, á Chaves, llevando en vanguardia á Silveira que, mal avenido con el papel de segundo y aficionado á la independencia de que antes disfrutaba en sus operaciones, se desentendió de las órdenes del jefe británico y, sin comprender el objeto de ellas, se echó á discurrir y á ejecutar un plan que permitió á Soult un desahogo en su marcha, imposible de otro modo. Porque el Duque de Dalmacia se ponía el 15 sobre Salamonde con Loison por delante, á la cabeza de los dragones de Vialanes y la división Heudelet, el personal de artillería y el ganado del tren en el centro, él mismo en tercer lugar con la 4.^a división de dragones y las divisiones de infantería Delaborde y Mermet, y la de Merle, por fin, y la caballería ligera de Franceschi formando la retaguardia. Desde allí se entraba en un áspero desfiladero que recorre el Cavado, cuyos puentes podían ser cortados de un momento á otro por los portugueses, advertidos de que los imperiales tomarían quizás el camino de Montalegre. Había que adelantarse á evitar un obstáculo que pondría al ejército en el caso de dispersarse ó rendirse; y Soult comisionó al mayor Dulong, á quien ya conoce el lector desde las acciones de Abedes y La Tropa, para que, aprovechándose del tiempo infernal que hacía y de la oscuridad de la noche, sorprendiese el Ponte Nova, ya en el camino de Montalegre, y lo tuviese

expedito para el paso de las tropas. Dulong con unos cuantos zapadores y cien infantes escogidos, corrió al puente, halló levantados los tableros de sus dos arcos y al destacamento portugués que debía interceptarlo durmiendo tranquilamente al otro lado del torrente y en tal estado de confianza que mantenía para la comunicación de las dos orillas dos largueros de madera en cada arco, seguro de que nadie se aventuraría por ellos. Los soldados de Dulong, aun con el temor de resbalarse, mojados como estaban los maderos, siendo la noche horrible y el ruido del torrente pavoroso, lograron salvar el puente, sin que nadie los observase hasta que, penetrando en el cobertizo á que estaban acogidos los portugueses, despertaron éstos para hacerlos huir, caer muertos ó prisioneros (1).

Fué restablecido el puente para dar paso al ejército francés la mañana del 16, como por la tarde hubo de conquistarse el de Misarella que defendían los paisanos desde las altas y ásperas rocas que forman el angostísimo barranco por donde se despeñan las aguas de aquel río.

Paso del
Misarella.

Aquella operación costó ya más trabajo y más sangre, habiendo necesidad de emplear para la ocupación del puente, no cortado por fortuna, varios batallones y cayendo no pocos franceses y entre ellos el mayor Dulong herido aunque no de tal gravedad que le impidiese volver al poco tiempo á prestar sus

(1) Le noble dice: «Nos braves... explorent les environs, decouvrent le poste et l'égorgeant.» Mucho matar nos parece porque Da Luz Soriano dice que los portugueses eran 1.200; pero añade que fueron ahuyentados, no muertos.

siempre heróicos y valiosos servicios. La retaguardia, entretanto, era también atacada por los ingleses, afanosos por dar alcance al enemigo, al que causaron bastantes bajas, sin que pudieran, con todo, hacer en él grande estrago por el arrojo del general Reynaud, que les hizo cara y los detuvo.

Aquella fué la última jornada de verdadero peligro para el ejército francés en Portugal. Desde Montalegre se alcanzaba, puede decirse que con la mano la frontera de España que no debió volver á ver el mariscal Soult. Y no la hubieran visto, de seguro, ni él ni ninguno de los suyos sin el punible error cometido por el general Silveira que, en vez de acudir al camino que seguían los franceses según se lo prevenía Beresford, ya en Chaves, se puso á la pista de ellos con lo que entraba en Montalegre mucho después de haberlo abandonado el enemigo que buscaba (1).

Entra en
España.

Por eso el día 18 pisaba el territorio español el ejército francés con una satisfacción que de seguro no hubiera experimentado si las operaciones de sus perseguidores tuvieran la armonía conveniente. Los

(1) Dice Schépeler: «Con sólo haberse presentado á tiempo una parte de las tropas de Silveira, todo el ejército estaba perdido.» Aun así, los franceses perdieron aquel día cerca de 800 hombres. Los historiadores portugueses culpan á Silveira de haber dejado escapar á Soult, atribuyéndolo principalmente á su genio casi, casi, atrabiliario. Nápier lo disculpa de este modo: «Silveira, dice, no marchó en la dirección ni con la celeridad que le había recomendado Beresford. De seguro que hubo alguna mala inteligencia para ello, y la debió haber muchas veces en la trasmisión de las órdenes por oficiales que hablaban distintos idiomas y por la dificultad, también, de mover tropas no acostumbradas ni aun dispuestas á operar combinadamente».

autores de «Victorias y Conquistas...» dicen con este motivo: «Por los trasportes de alegría que hacían todos los soldados se hubiera dicho que pisaban el suelo de la patria. Y eran bien naturales estos sentimientos, pues que iban á encontrarse, por fin, en comunicación con los demás cuerpos de ejército y á recibir noticias de Francia tras un intervalo de siete meses.»

Pero esa satisfacción, hay que reconocerlo, hubiera sido mucho menor si concurrieran á la frontera para recibir dignamente á Soult los españoles de Galicia, ocupados, como hemos visto antes, en acosar á los restos del cuerpo de Ney, que habían quedado guarneciendo las poblaciones más importantes de aquella provincia.

Así pudo llegar Soult el 19 á Orense después de vadear el Salas y de recorrer el camino de Allariz á aquella capital sosteniendo sólo algunos ataques de retaguardia que el general Franceschi rechazó con su energía y habilidad de siempre.

De los 22.000 hombres con que había partido dos meses y medio antes para la conquista de Portugal, á los que se deben añadir los 3.000 que el general Heudelet le había salvado de la guarnición de Tuy, sólo se contaban en Orense 18.500, sin una sola de las 58 piezas de artillería que habían llevado, sin bagajes, hambrientos, descalzos y en un estado lamentable de disciplina (1). Pero los franceses creían y

(1) Según la cuenta de Nápier, de esas 6.000 bajas, 3.000 eran de enfermos y heridos dejados en los hospitales de Chaves, Braga y Oporto, 1.000 muertos por los portugueses ó de enfermedad antes de la retirada, y el resto perdido en los últimos ocho días de aquella desastrosa marcha.

sus historiadores siguen creyendo que se había salvado el ejército, y lo que es más, su honor militar y el de su caudillo. Es verdad que ha contribuido á formar esa opinión la de un escritor inglés, el Sr. Nápier, que emite la misma en su «Historia de la guerra de la Península.» Admirador y apologista como nadie del caudillo británico, elogiándole hasta en sus errores, no suele rebajar el mérito de sus contrarios para así rodear á aquel de aureola más esplendente; mucho mejor si entre ellos aparece el Duque de Dalmacia, por quien muestra una especial predilección.

Pero ¿cómo disculpar á un general que, deteniéndose en Oporto cuando eran tan pocos los ingleses que aún permanecían en Portugal, falta á la base fundamental de la gran combinación ideada por Napoleón á fin de ahuyentarlos de la Península para siempre?; ¿cómo al que se deja sorprender tan torpemente que, de cumplir el general Murray con las instrucciones recibidas y con el deber más rudimentario en operación como la confiada á su pericia, hubiera quedado prisionero en la ciudad misma donde quería presentarse con la gloria y la majestad de un soberano?; ¿cómo al que, teniendo tres caminos para retirarse desahogadamente y con todo su material de guerra, se conduce de manera que no le queda sino uno en que ha de volver á España por sendas casi impracticables y en el desorden más desconsolador?

No hubiera necesitado más otro general para caer en la desgracia de Napoleón; esto sin contar con sus manejos para obtener la corona del inventado reino del Duero sin la anuencia, sin el conocimiento siquie-

ra del Autócrata francés. El recuerdo de sus anteriores servicios, según ya hemos indicado, le salvó sin duda y, quizás también, la necesidad de hombres de su pericia cuando la Francia se veía comprometida en dos luchas, ambas tan formidables, la de Austria revistiendo esas proporciones gigantes que requerían masas inmensas reunidas, tan difíciles, por lo mismo, de mantener y el ejercicio de las grandes batallas, y la de España tan necesitada, además, de un vigor de ánimo personal, incansable, á prueba de los mayores sufrimientos y de una constancia sin límites, extraña al carácter fogoso y versátil de los franceses.

Estaba el Emperador empeñado ya en la guerra de Austria, muy lejos, por consiguiente, de Portugal, cuyas noticias, no llegando sino muy tarde á Madrid, se sabrían en Ratisbona ó Viena en días en que, cambiada la faz de las cosas en uno ú otro lado de tan distantes teatros, ni la irritación de las primeras ni la calma producida al recibirse las últimas podían dar lugar á resoluciones supremas de las que Napoleón sabía tomar en el sitio de la acción ó inmediato por lo menos (1).

Ya en Orense, el mariscal Soult tuvo noticia de Soult en Lugo.

(1) He aquí cómo Da Luz Soriano sintetiza aquella retirada: «Tal fué, dice, el modo de efectuarse la expulsión de aquel famoso general y de su ejército, echado de Portugal en 1809, dejando de ser perseguidos de Montalegre en adelante por Sir Arturo Wellesley que llegó allí el 18 desde Ruvães, donde pasó el 17, y desde Ginzo, en Galicia, por el mariscal Beresford. De cuantos pasos difíciles hubo de salvar el ejército francés en aquella retirada, el más crítico fué ciertamente el del puente do Saltador en la ribera del Misarella que las impetuosas lluvias de los días anteriores habían convertido en caudaloso río. El puente, que es muy alto, muy estrecho y sin pretilos no dejaba espacio para el tránsito de las tropas, de que resultó lanzarse muchos soldados al agua, ha-

los sucesos ocurridos en Galicia durante su ausencia y supo, además, lo apurado de la situación en que se hallaba la guarnición de Lugo. Y sin dar más que un día de descanso á las tropas, se dirigió el 21 á Chantada, de donde destacó el 22 una fuerte vanguardia que al día siguiente daba á conocer á los sitiadores de Lugo la triste casualidad de un refuerzo para los sitiados, el menos esperado del mundo en tales momentos. Ney estaba todavía en Asturias; los franceses que había dejado en Galicia se hallaban en una completa impotencia para operar ofensivamente; iba á caer Lugo de un instante á otro, sin fuerza para resistir y sin esperanza de socorro; y de Portugal, de donde menos se esperaba, suponíéndose el ejército de Soult enteramente destrozado y para rendirse, venía fuerza más que suficiente, el mariscal Soult nada menos, á desbaratar tan hermoso proyecto y á destruir las más fundadas esperanzas.

En Lugo pudo el duque de Dalmacia ponerse en comunicación inmediata con el 6.º cuerpo, del mariscal Ney, hacerse de nueva artillería para el servicio de sus divisiones, reponer el armamento, pro-

llando la muerte donde creían salvar la vida. La caballería se arruinó de correr por tan fragosas montañas; pero Soult, para evitar que los caballos cayesen en poder de los aliados, mandó matar á los cojos y desherrados, desjarretando muchos. Las márgenes del Cavado y del Caldo quedaron cubiertas de cadáveres humanos y de caballos. En los caminos se hallaban también á cada paso soldados enfermos y estropeados, fusiles sin dueño, mochilas, maletas y hasta caballos vivos escapados de la sentencia general de muerte. Sin preceder una batalla campal, pocos casos se hallan de destrozo semejante en los anales militares.»

Y esto, repetimos, por sobra de confianza en el jefe y falta de buena voluntad en algunos de sus oficiales, que tampoco fueron castigados.

curarse municiones y víveres. Sus oficiales se trasladaron á la Coruña y Ferrol; y material, ganado, cuanto podía necesitar para la reorganización del ejército, afluyó al poco tiempo á su cuartel general, para ponerle en estado de emprender nuevas operaciones en el mismo Galicia ó en León y Castilla.

Con efecto, el 1.º de Junio, después de haber celebrado una detenida conferencia con el mariscal Ney, recién llegado de Asturias, emprendió la marcha hacia la Puebla de Sanabria y Zamora, de donde le veremos muy luego tomar una parte, no poco decisiva, en la campaña de Talavera. El primer movimiento pareció partir contra el marqués de la Romana que, unido, á su vez, á Mahy, hizo rumbo hacia las partes de Galicia que había abandonado por su expedición á Asturias; pero ni pensaba en perseguir al prócer español, ni en otra cosa que en reponerse de sus reveses anteriores en tierra menos trabajada por la guerra que la gallega, exausta ya de todo recurso para los enemigos; y á ese fin expidió cuadros y gente inútil á Francia, emisarios al rey José para reforzar su cuerpo de ejército con material que aún le faltaba, y comunicaciones á los generales Lapisse y Víctor, de quienes no había tenido noticia alguna en su larga y azarosa campaña de Portugal.

El convenio de 29 de Mayo entre Soutl y Ney obligaba, sin embargo, al primero de aquellos mariscales á ayudar al segundo en la obra, que se habían propuesto, de la completa pacificación de Galicia. La ocasión era excelente puesto que, obligado Soutl á desentenderse de la misión que Napoleón le había confiado de la conquista de Portugal, quedaba su

Soutl y Ney
tratando de ocu-
par sólida-
mente á Ga-
licia.

cuerpo de ejército como sin destino, y ninguno mejor ya que el de acabar la obra de su colega en corto tiempo para luego poder operar desembarazadamente según las órdenes que se recibieran ó los sucesos que hubieran de sobrevenir.

Nada tenían que temer de los ingleses que, acabada su obra de libertar á Portugal, el encargo, ya se sabe, que absorbía casi totalmente su atención, habían retrocedido desde la frontera española para tomar posiciones en el Duero y el Tajo, observando las avenidas de Ciudad Rodrigo y Alcántara, por las que esperaban ver de un momento á otro asomar las fuerzas combinadas de Lapisse y Víctor. De modo que en el largo espacio de tiempo que Wellesley y Beresford necesitarían para ocupar las nuevas posiciones, de preparar allí una base sólida de operaciones y la marcha contra el ejército francés que habría de contrarrestarlas, Soult y Ney lo tenían para ejecutar las que el segundo de aquellos mariscales consideraba suficientes á su plan de someter y ocupar después tranquilamente las provincias gallegas. Y por más que se forjaban ilusiones, que muy pronto se desvanecerían, sobre la rapidez y resultados de la combinación ideada en Lugo, pues no era cosa fácil ni de momentos el alcanzar á Romana y destruir, mejor dicho, aniquilar su ejército, ni batir á los de Pontevedra y Vigo hasta reducirlos á abandonar los puntos, tan briosamente conquistados, y hasta volverse á sus casas, lo cierto es que los generales franceses se comprometieron á intentarlo y con la esperanza, la casi seguridad, de conseguirlo.

Soult partió, pues, en busca de Romana; y su van-

guardia, regida por el general Loisón, con asombro siempre del ejército, entraba el 3 de Junio en Monforte, hallando los pueblos del tránsito, como era de esperar, desiértos y las montañas vecinas coronadas del paisanaje alzado de nuevo en armas. El Marqués se había puesto otra vez á la cabeza del ejército en Mondoñedo, donde se estableció Mahy después de levantar el bloqueo de Lugo; y, considerando allí su posición comprometida si los mariscales llegaban á atacarle, Soult desde aquella ciudad y Ney desde el camino que traía de Asturias, se decidió á romper ó á atravesar la línea enemiga para trasladarse al antiguo teatro de sus operaciones en las montañas de Orense. Allí no había temor de verse envuelto y podría darse la mano con las tropas y voluntarios del bajo Miño, con lo que llegaría á formar un núcleo de ejército respetable ya que no invencible. Y tan felizmente llevó á ejecución su proyecto que, cruzando la carretera general por punto muy próximo á Lugo sin que los franceses lo supieran, pasaba el Sil en barcas que quedaron después retiradas á la margen izquierda, inservibles, de consiguiente, para el enemigo.

Sucedió, pues, que al llegar Soult á Monforte, Romana se había evaporado, por decirlo así, y ni noticias obtuvo el francés de su paradero. Con eso creyó también tener motivo para dar por cumplida su misión en Galicia; y dándose el aire de vencer dificultades en el paso del Sil, por falta de barcas, y de no cesar un momento de combatir con tropas de Romana, que estaban lejos, y los voluntarios del país, con muy malas armas y organización peor, cruzó el 12 la corriente de aquel río por Montefurado, sobre el asom-

Soult se
traslada á
Castilla.

broso túnel por donde los romanos dirigieron las aguas para, dejando el antiguo álbeo en seco, explotar las arenas de oro depositadas en él por la naturaleza. Las fuerzas que se le opusieron en la marcha, á propósito muy lenta para acreditar el cumplimiento de sus compromisos con Ney, fueron tan sólo las de D. Manuel Antonio de Echevarría, á quien había dejado el brigadier Carrera en Sanabria con algunos destacamentos, encargado de la recaudación de fondos y víveres en el país, de reunir los rezagados y dispersos de las marchas anteriores y con ellos y los paisanos despejar de enemigos las inmediaciones. Si no siguió á éstos en sus correrías hasta Benavente fué porque, aun reuniendo gente bastante, casi toda ella estaba desarmada y sólo podía emplearse en emboscadas y correrías por su falta de organización (1).

Al aparecer Soult en el Sil, se unieron á Echevarría las fuerzas de otro partidario, el Salamanquino, y las de Barrio que, habiendo hostilizado al mariscal á su regreso á Orense, desistió de volver á Vigo y Pontevedra donde creía hacer ya un papel desairado. Los tres se dedicaron á no dejar en paz al duque de

(1) Para que se comprenda cuáles eran la fuerza y la situación de Echevarría que los franceses elevan á las de un cuerpo respetable, vamos á copiar unos cuantos renglones de la carta que el 2 de Mayo dirigía al brigadier Carrera. «No me faltan buenas intenciones, dice, y que las ejecutaría, pero lo principal falta que son las armas: al comboy de Portugal lo espero todos los instantes; hace 10 dias que Michelena salió para Villa Real pero no tengo noticias suyas. Los hospitales están nuevamente en orden; van saliendo muchos militares y habrá unos cien de Infantería y 24 de Caballería; á todos los voy vistiendo y calzando y á los de á caballo montarlos dándoles sillas, caballos y espadas y, en lugar de capa, ponchos. Mi partida que era de siete, únicos que V. S. me dejó, hoy consta de 160...»

Dalmacia; y en Tribes, el Bollo, Viana y cuantos pueblos y posiciones hubo de recorrer y salvar, lo anduvieron resistiendo y acosando sin cesar y con fruto. El 23 de Junio, por fin, entraban en la Puebla de Sanabria el general Loison y el gran cuartel general francés, dando así Soult por terminada su campaña de Portugal y Galicia (1).

Ney, de su lado, había vuelto á internarse en Galicia para, en cumplimiento de los compromisos contraídos con Soult en Lugo, caer sobre Santiago y arrojar á nuestros compatriotas otra vez de Vigo y de Tuy, dejando sometido completamente el país. El 6 de Junio se presentaba en Santiago á la cabeza de 18 batallones, despejando todo el terreno inmediato de las tropas españolas que, desde su marcha á Lugo y Oviedo, lo habían ido ocupando después de arrollar al general Maucunne, encargado de sostener aquella línea hasta el regreso del Mariscal su jefe. Los voluntarios gallegos, primero, á las órdenes de Barrio, Morillo, Márquez, Vázquez y tantos otros paisanos también, curas y militares cuyos nombres hemos hecho sonar en la reconquista de Vigo y Tuy, habían estado de continuo hostilizando á los franceses en combates, no bien definidos por las exageraciones de algunos de sus cronistas, las refutaciones y mentís

Ney se dirige á Santiago.

(1) Y tiene su panegirista Le Noble el valor de darla así por concluida. «El mariscal Soult, dice, había dirigido un reconocimiento hacia Orence, marchado contra la Romana, burlado su plan de reunirse á *Chiavaria*, y sembrado el terror en su ejército que había dispersado. Había, pues, ejecutado su parte del convenio del 29 de Mayo, ó por lo menos no tenía ya sino marchar sobre la Puebla de Sanabria, lo cual se apresuró á ejecutar.» Por supuesto que pinta la marcha de Monforte á Sanabria que no hay medio de compararla sino con una campaña más seria y accidentada que la de Portugal.

de otros, los celos, las envidias de todos, afanosos por acaparar la gloria de aquellas jornadas para ellos ó sus adeptos. Después había llegado á las márgenes del Oitaben la división que se tituló del Miño, mandada por el brigadier D. Martín de la Carrera, y avanzó inmediatamente á Pontevedra y Santiago con recursos ya más poderosos para medirse con el enemigo en campo abierto.

División de
La Carrera.

La Carrera, de quien hicimos mención al relatar la hazaña de la división del marqués de la Romana en Dinamarca como uno, el más caracterizado, de los que llevaron la noticia de lo sucedido en Madrid el *dos de Mayo*, había reunido en la Puebla de Sanabria un pequeño cuerpo de tropas, al que estaban agregadas las 8 piezas de artillería á que hacemos referencia algunas páginas antes de este mismo capítulo. Tendiendo siempre á unirse al ejército á fin de llevarle el refuerzo, más que otra cosa, de su artillería, fué corriéndose á las orillas del Sil de donde esperaba órdenes del general Mahy, con quien sostenía una correspondencia tan seguida como afectuosa. Mahy llegó á enviarle un Oficial de Artillería, el subteniente D. Baltasar Payán, para que, reconociendo el terreno que los separaba, viese la posibilidad ó no del transporte de aquellas piezas que tan útiles podrían serle para la reconquista de Lugo. Pero la mala calidad de los caminos y la vigilancia de los enemigos hicieron desistir de la tan deseada unión; y La Carrera hubo de continuar á Orense y por fin al bajo Miño, donde Barrio le hizo entrega de los voluntarios por él reunidos, mandados en su mayor número por el ya coronel Morillo que, desde entonces, quedó,

por orden de Romana, de segundo de la división hasta la llegada del general conde de Noroña, nombrado por la Junta Central jefe de todas aquellas fuerzas.

Esto sucedía en Orense el 7 de Mayo y, el 8, emprendía La Carrera su marcha, según ya hemos dicho, á Redondela y S. Payo para tomar la ofensiva contra las tropas del general Maucunne. Allí encontró, además de las fuerzas puestas enfrente de los franceses, auxilios de no poca valía y una cooperación que habría de serle de gran utilidad. Se hallaba en Fefñanes el conde de Maceda, amigo de Mahy, comisionado para procurar y recibir toda clase de socorros de los ingleses, cuyas naves aparecían surtas en aquella ría, la de Arosa, y en la de Vigo. El patriotismo de Maceda se ejercitaba tan eficazmente en esa misión y en la de reanimar el espíritu público en aquellos parajes y entre las fuerzas que los ocupaban, que no sin razón encargaba un día y otro el general Mahy á Carrera no dejase de utilizar un momento sus servicios (1).

El Conde
de Maceda.

(1) Existe la minuta de una carta de Mahy dirigida el 3 de Mayo á Carrera para que fije su atención en la parte de Santiago, tome la dirección de todas las partidas y se ponga en relaciones con Maceda, carta que vamos á transcribir y que sin esta explicación pocos entenderían. Se conoce que no eran seguras las comunicaciones entre Cabeceyra y Orense. Dice así: «Amigo del alma: recibí otra tuya de Allariz y contexté con el portador diciéndote que te quedases por esa tierra, pues que así podrías ser más útil para nuestros acopios y así se lo he avisado al amo (Romana) que no piensa en volver según parece, dexando en manos de criados la hacienda sin reparar en que *hacienda, tu amo te vea*; será bueno que no limites tus atenciones á ese país solo sino tambien á la parte de Santiago, pues si ahí no hay géneros que comprar, tal vez los habrá allá, y para nuestro provecho es bien que atendamos á todas partes procurando distraher la atención de los de-

Sus gestiones con los ingleses, los *Rubios* que decía Mahy, proporcionaron á nuestros voluntarios por aquellos días fusiles y municiones, si no los necesarios para armar á todos, los suficientes para hacer eficaz su acción en la ocasión próxima á que vamos á referirnos. Maceda sostenía correspondencia frecuente con nuestro ministro en Lisboa, D. Evaristo

más traficantes: Te decía tambien que tomases la voz sobre los varios comisionados que tengo repartidos por el interior del País, anunciándote á cada uno como que tienes mis órdenes para tomarles cuentas y dirigirles en sus compras y ventas debiendo reconocerte todos por superior en ausencia mía y del amo, pues no es posible que estemos en todas partes, y los pequeños comisionados quando son muchos y no tienen al pie quien les imponga suelen levantarse con el santo y la limosna y dexar por puertas á los amos. Será bueno que entables correspondencia con el apoderado del hijo de La Fefiñanes que está en Fifiñanes, y es un buen amigo á quien te tengo anunciado como comisionado y apoderado mío, el qual te suministrará todo lo que pueda, y tenga á su arbitrio de toda especie. Es buen amigo y no debes dexarlo ocioso porque lo sentirá, pues como tiene tanto manejo con los Rubios, que son tan poderosos hará nuestro caldo gordo, y más sabiendo que el amo y yo nos acordamos de él para que nos auxilie en nuestros manejos. Has de saber, pues que conviene, que han entrado más marchantes y lo siento porque lo encarecerán todo y tendremos pendencias para quitarnos de las manos los negocios: la culpa la tiene el amo pues bastante le he predicado para que hiciésemos un esfuerzo y cargásemos con quanto se encontrase y nos hubiéramos hecho caxa de todo, y á feé á feé que hubiéramos dado la ley, y el que quisiera granos, harinas y qualquiera otra cosa tendría que venir á besarnos las manos. Da muchos recados al posma de tu compañero (Roselló); me alegro de que tengas tan buenos ánimos; yo tengo los mismos y espero que á pesar de todo hemos de salir gananciosos con un poco de constancia y diligencia en comprar quanto se ponga en disposición, contando conque los precios no sean muy subidos.»

La carta de *Martín* (Carrera) á que contestaba, tan simbólica como la trascrita, decía entre otras cosas: «pues segun dicen tendremos mal Camino por otra parte, aunque más seguro de Ladrones, pues aunque tantos á tantos á cachetes, yo que me manejo tal cual, nos veríamos, pero sería una jeringa que á Roselló le desnudasen pues no corre como yo en un caso.....» «Orense 25 de Abril.»

Pérez de Castro, que lo recomendó varias veces á la Junta Central como agente incansable para la liberación de Galicia. Trabajaba también en aquellos días por la organización, á sus espensas, de un batallón que llevaría su nombre, y no dejaba en paz al almirante inglés para que le proporcionase recursos, llevando á tal punto su actividad que envió un bergantín á las islas británicas en busca de 20.000 fusiles, ya que se habían agotado los existentes en la escuadra y en Lisboa, de donde le escribía Pérez de Castro que apenas si podría remitirle por su cuenta 60 á 80 medianos y recompuestos. Tenía también imaginada una expedición para traer á Galicia 60.000 vestuarios en el caso de un levantamiento en masa de aquel reino.

Puesto la Carrera en Vigo y en relaciones con Maceda, cifraron su primer empeño los dos en la reconquista de Santiago, donde esperaban dar un gran golpe á los franceses, recoger botín abundante y castigar no pocas defecciones (1). La Carrera pasó en consecuencia al otro lado del Oitaben y se adelantó á Pontevedra y el Ulla, amenazando desde Padrón la capital compostelana, donde se mantenían los franceses en expectativa de las operaciones de Ney y de Soult en Lugo y Monforte. Era la fuerza española de

Acción de
la Estrella.

(1) Las correspondencias de Maceda respiran una saña terrible contra los afrancesados. En un oficio al marqués de la Romana le decía que esperaba la orden de atacar aquella ciudad, «ya por la mucha artillería que podríamos tomar como igualmente caudales y muchísimos de los nuestros armados, como algunos traidores que se deven despachar al otro barrio.....»

unos 10.000 infantes, la tercera parte desarmados, algunos caballos y 9 piezas de campaña, y tenía Maucunne sobre 3.000 de los primeros, 300 caballos y su correspondiente dotación de artillería, con lo que se consideró en situación de salir al encuentro de los nuestros en el campo próximo llamado de la Estrella. Pronto conoció el francés su inferioridad y, batido y arrollado el 23 de Mayo desde los primeros momentos del encuentro, trató de acogerse á la ciudad; pero no pudo sostenerse en ella por seguirle tan de cerca los gallegos, que Morillo, el primero en entrarla, lo arrojó hacia la Coruña en busca de un refugio donde reponerse de aquel descalabro (1).

El botín, como esperaba Maceda, fué inmenso en armas, equipos, y, sobre todo, en plata labrada y de las iglesias que habían allí aglomerado los franceses de sus merodeos por el país. Por entonces tomó el mando de todas las fuerzas españolas del Miño el general conde de Noroña, nombrado por la Central segundo jefe del ejército de Galicia, hombre de grande instrucción literaria y de carácter tan conciliador que, defiriendo siempre á las opiniones de Carrera, Morillo y otros caudillos de los voluntarios, todos conocedores del país y ya prácticos en aquella guerra, logró establecer en su campo un concierto que le valió una victoria sumamente honrosa y la satisfacción de ver aquel reino libre de la opresión extranjera.

Llega en esto la noticia de que se aproxima Ney con los 18 batallones que poco antes dijimos, unos 8.000 infantes, 1.200 caballos y 13 piezas, y el bri-

(1) Véase el parte de Carrera en el Apéndice núm. 10.

El Conde
de Noroña.

gadier La Carrera, comprendiendo serle imposible resistir á tal número de enemigos, tan bien organizados y dirigidos por tan experto capitán, se retiró el 1.º de Junio á Caldas de Reyes, donde halló á su jefe que se adelantaba á ocupar su puesto. De haber seguido Ney el alcance, quizás hubiera cambiado la faz de aquellos sucesos; porque, aun elegido el futuro campo de batalla, sus condiciones no eran las de seis días después, en que lo inminente del peligro apresuró el estado defensivo y la organización de la resistencia en la izquierda del Oitaben. Pero Ney, casi seguro de la victoria, quería que fuese completa, para lo que necesitaba por la parte de Orense la cooperación de Soult que, batiendo á Romana, podría llegar sobre las espaldas de Noroña y hacer que entre los dos quedase aniquilada en su misma cuna la sublevación gallega. Esto le hizo perder en Santiago unos días, pues sólo el 5 salió de aquella ciudad para presentarse ante la línea española. Aun entonces anduvo torpe; pues, de haber operado con su habitual energía, hubiera comprendido la falsa posición en que se hallaban los españoles. Porque, ó por apresuramiento ó por la suposición de que las tropas de Noroña podrían retirarse por el puente de Caldeas que él se propuso cubrir y defender, cortó Morillo el de Sampayo, y Noroña y, con él, La Carrera se encontraron la tarde del 6 sin medios para cruzar el Oitaben y con el enemigo á su espalda. De no detenerse Ney en Pontevedra, el grueso de la división del Miño estaba cortado y perdido; de haber acampado en aquella población, se salvó entera, cruzando el río durante la noche en las barcas que la marine-

Acción de
Puente Sam-
payo.

ría española se apresuró á prestarla en momentos tan críticos (1).

La línea del Oitaben, que tan reciamente iba á ser disputada, es puede decirse perpendicular á la dirección que traían los franceses especialmente en su última parte, la en que toca al brazo más septentrional de la ría de Vigo. Está formada por las descendencias de la sierra de Suido, divisoria del Miño, por entre las que bajan los varios torrentes que, unidos en la región baja del valle, constituyen el Oitaben en lo que ofrece su verdadera importancia táctica, ya que carezca de la estratégica, toda cifrada en la cuenca del Ulla y con particularidad en la posición de Santiago. Entre esos afluentes del Oitaben existe el río llamado Verdugo por unos y Seijido por otros, cuya importancia está en el puente de Caldelas que, por lo avanzado sobre la derecha de la línea general, flanquea y domina la carretera de

(1) Toreno dice que se formó otro puente con barcas y tablazón bajo la dirección del Teniente Coronel D. José Castellar; pero el canónigo Acuña, testigo presencial, asegura lo que nosotros en el párrafo siguiente de su opúsculo: «El día 5 partió Ney desde Santiago haciendo un movimiento rápido por ver si podía envolver nuestra division en Pontevedra, lo que advertido por ésta salió de allí para Puente Sampayo precipitadamente á la ura de la tarde del día 6, á tiempo que el enemigo estaba á media hora de camino despues de haber cogido parte de nuestras avanzadas. No se había previsto que Morillo había echado abaxó cuatro arcos del puente. Por este inesperado accidente, y la necesidad que había de pasar al otro lado, se vió la division en la mayor confusion al considerar la imposibilidad de poder pasar, y al mismo tiempo con el enemigo encima. La fortuna quiso que el ejército enemigo se acampase aquella noche en Pontevedra: con esto tuvo tiempo para pasar la division en unos barquichuelos que se encontraron, llevándose esta operacion toda la noche; de modo que á la llegada del enemigo al romper el alva había solamente una hora que acabó de pasar la division.»

Pontevedra y el paso del Oitaben por ella en Puente Sampayo. Por más que los montes de la Fracha y de Pedamua que se alzan en la margen derecha sean más elevados que los que *accidentan* la izquierda, el curso del Oitaben está dominado tan de cerca por ellos que, de no ser vadeable en varias partes, se hace sumamente difícil el tránsito si se le defiende con fuerzas bastante numerosas para vigilarlo en todos sus más notables recodos. Afortunadamente no tiene allí vados el Oitaben, invadido, además, en su parte inferior por el Océano; y sólo en baja mar aparece uno pero largo y de trayecto muy penoso.

Esas alturas que hemos dicho *accidentan* la orilla izquierda estaban estudiadas y aun cubiertas por algunas trincheras, apresuradamente ejecutadas por los gallegos cuando, reconquistada Vigo, fué preciso impedir á los franceses de Santiago un nuevo ataque y el que repitiesen la expedición sobre Tuy, tan oportunamente secundada desde Portugal por el general Heudelet. Ahora, había establecidos en una de esas fortificaciones dos morteros llevados de Vigo con el objeto de cubrir puente Sampayo, con lo que y con las nueve piezas de campaña de la división del Miño, convenientemente distribuidas en la línea, aparecía ésta artillada y en tal cantidad de piezas en concepto del enemigo que uno de sus historiadores, el Sr Thiers, se atreve á decir que la posición española era formidable por su naturaleza y porque los atrincheramientos que sería preciso escalar, ya cruzado el río, estaban armados de 60 piezas de grueso calibre y defendidos por varios miles de marineros ingleses y 12.000 españoles.

Estas cifras son tan inexactas respecto á los hombres como respecto á las piezas de artillería, cuya acción habrían de vencer los soldados del mariscal Ney. Los españoles no pasaban de 10.000, de los que, ya lo hemos dicho, una tercera parte carecía de armamento propio para la guerra: y, en cuanto á los ingleses, ni podían tener tal marinería los pocos buques que anclaban en la ría, ni dieron otro auxilio para la batalla que la tripulación de alguna lancha cañonera de entre las españolas que fueron á situarse á la izquierda del puente con el fin de hostilizar la derecha del enemigo (1).

La mañana del siete, muy temprano, aparecieron los franceses frente á Puente Sampayo, y el mariscal Ney procedió al reconocimiento del río y de las posiciones españolas. Situó después la artillería en las opuestas de la margen derecha que ocupó; viendo los nuestros su caballería extenderse río arriba en busca de pasos por donde cruzarlo hasta cerca del puente de Caldelas, donde se hallaba D. Ambrosio de la Cuadra, reforzado luego por Morillo en aquellos tan importantes parajes.

Se conoce que no hallaba Ney el hueco por donde introducir en nuestra línea el hierro de su espada, porque el día 7 se pasó en un cañoneo, pocas veces interrumpido por aménazas de acometer el cruce del

(1) Nápier dice que 60 rezagados del ejército de John Moore, un destacamento de marineros y de tropas de marina ocuparon las fortificaciones de Vigo. En Puente Sampayo dice que el capitán Winter montó con algunos ingleses una de las cañoneras españolas. Esos eran los miles de marinos ingleses de Thiers.

En cuanto á los españoles, el historiador inglés supone que 7.000 tan sólo tenían armas.

Oitaben, reconocidamente de improbable ejecución. Las bajas, sin embargo, fueron bastantes en los dos ejércitos, y en el nuestro fué necesario que el conde de Maceda dirigiese á los habitantes del terreno, campo, aquel día, de batalla, un bando ó exortación para que recogieran en sus casas á los heridos y los cuidasen con el esmero que merecían.

La posición de Ney, desembarazada al acercarse á los españoles que creía batir fácilmente, se iba haciendo comprometida desde que comprendió la necesidad, por momentos indispensable, de una cooperación que le abriera el camino que veía interceptado por fuerza, al parecer, tranquila respecto á sus comunicaciones y recursos. Eso le hacía suponer que Soult no satisfacía sus compromisos de Lugo y no amenazaba siquiera la retaguardia de los españoles; que Romana, de consiguiente, no había sufrido descalabro, notable al menos: y en sus recelos respecto al duque de Dalmacia, más que colega, rival suyo, temió un abandono que le colocaría en situación muy difícil en aquel apartado rincón de la Península.

Esperaba, sin embargo, de un momento á otro noticias positivas de las operaciones y posición de Soult, noticias que, además de iluminarle en el camino emprendido, le señalarían de un modo fijo la conducta futura que le tocaba observar; y se decidió á emprender el día 8 un ataque enérgico y, si podía, decisivo á la línea española. En sus reconocimientos incesantes del 7, descubrió cerca del puente un vado, si largo y penoso por lo ancho allí de la ría, y de corta duración, por producirlo el mar en su refluo, no difícil para tropas como las de su mando, y más arriba

algún otro que su caballería podría aprovechar llevando á las grupas infantes que ocuparan en la orilla opuesta una posición, base para la marcha general de la batalla. Supuso también que, no roto el puente de Caldelas como el de Sampayo, podría dar resultados el ataque por aquel flanco, desde el que, ganado, aventaría fácilmente á los enemigos establecidos en línea tan extensa. Y desde la mañana comenzó á tantear, á poner á prueba sus cálculos, acometiendo con la caballería el tránsito del río y el ataque de Caldelas.

Victoria de
los españoles.

En todas partes fueron rechazadas sus columnas; y los morteros, junto al puente, y las piezas montadas en las eminencias que dominan los pasos del Oitaben produjeron pérdidas de consideración á las tropas francesas, de las que ningun cuerpo se atrevió á repetir sus maniobras ofensivas.

Resultado; que, al anochecer del día 8, la situación de Ney era mucho peor que el 7; pues que, frustrados sus ataques, los españoles se consideraban, no sólo triunfantes sino invencibles en sus posiciones. El ejército francés había tenido de 600 á 700 bajas entre muertos y heridos, mientras los españoles sólo sufrieron la de un centenar ó dos ellos; quedando convencidos todos de que sin motivos diferentes, en las mismas circunstancias, cuantos esfuerzos se intentaran de nuevo obtendrían igual éxito (1).

(1) El Badenés Rigel en su historia de la guerra de siete años en la Península pirenaica, (*Der siebenjährige Kampf auf der Pyrenäischen Halbinsel*), dice lo siguiente sobre la acción de Puente Sampayo: «Cerca de Vigo se encontró (Ney) con 12.000 Españoles á las órdenes de Morillo. Estaban situados al lado del puente de un pequeño pueblo llamado San

¿Llegó, además, á Ney la noticia de que Soult, desentendiéndose de sus compromisos, se dirigía á Zamora y no á Orense? Hay en éso una gran confusión; porque en tanto que Nápier, por ejemplo, dice que en la noche del 8 llegaron al campo de Ney oficiales que, por noticias del país, le comunicaron la de la retirada de Soult, asegura Thiers que era el 10 cuando, por comunicación del general Fournier, gobernador de Lugo, supo Ney las órdenes dadas por el duque de Dalmacia para trasladar á Zamora los enfermos y heridos dejados en aquella plaza. Pero Thiers supone que Ney no se retiró del Oitaben hasta el 10 y como lo hizo el 9 por la mañana, de ahí el que sea más verosímil la versión del historiador inglés.

Lo indudable, repetimos, es que el día 9 se trasladaba el mariscal Ney á Pontevedra y Santiago, lleno de sonrojo por su vencimiento de los días anteriores y el corazón rebosando en ira por la conducta desleal de su compañero de armas. Retirada de
Ney.

Ni podía tomar otra resolución. Desde el momento en que no le era dado avanzar, lo cual tampoco le proporcionaría resultados decisivos pues que, detrás de Puente Sampayo estaban Redondela, fortificado y defendido, y luego la plaza de Vigo, bien guarnecida

Payo, y fuertemente sostenidos por cuatro lanchas cañoneras que bombardeaban con gran éxito el flanco derecho de Ney y rechazaban constantemente sus tentativas de pasar á Sotomayor, obligándole, por fin, á retroceder por el mismo camino que había llevado.»

Esto es para contestar á Thiers y al autor de «Victorias y conquistas» que no hablan de combate, y á Nápier que dice: «Ney sólo intentó algunos débiles esfuerzos para pasar á San Payo.»

y con recursos de material y personal ya ingleses, su posición, quedaba flanqueada y hasta envuelta por el camino de Orense á Santiago; y abandonando Soult á Galicia, el marqués de la Romana podía tomar ese camino libremente y ponerlo á él con todo su ejército en un caso peligroso y hasta desesperado (1).

Vencido en Puente Sampayo, tampoco le quedaba otro recurso que el de retirarse, pues que, de permanecer en aquella comarca, se vería muy pronto aislado, no sólo de las de León y Castilla sino de la Coruña y Ferrol, cuyas guarniciones, reducidas á cortísima fuerza, no podrían evitar el establecimiento de las tropas de Romana á retaguardia del ejército francés. Erale, pues, necesario y hasta urgente el retroder á aquellas plazas para, recogiendo después sus presidios y cuantos destacamentos fuera dejando en el camino á fin de no ser molestado en la retirada, decidirse, por fin, á abandonar aquella tierra

(1) Nápier, por afectar un gran desprecio á los españoles, y Thiers, por consideración á los mariscales franceses, se bajaran en la descripción de lo sucedido en Puente Sampayo hasta no poderse entender lo que desean demostrar. Si, como dice Nápier, Ney sólo intentaba distraer á los españoles hasta tener noticias de Soult, ¿á qué avanzar con tanta energía y emprender el paso del Oitaben que le había de producir tantas bajas? Pero añade que nada impedía á Ney dirigir una columna sobre Orense para envolver á los españoles, mientras Thiers disculpa la falta de actividad del mariscal con lo formidable de la posición que debía conquistar, las bajas que habría de sufrir, el temor de fracasar en sus ataques y, sobre todo, el de encontrarse á sus espaldas con Romana por ese mismo camino que Nápier cree hubiera podido tomar el duque de Elchingen para derrotarlo á su vez.

Tan cierto es que, cuando se escribe con pasión, los talentos más claros se encuentran extraviados en el laberinto de sus mismas ideas, completamente tergiversadas, en contradicción constante y chocándose hasta hacerse absurdas.

gallega donde no había tenido sino reveses y decepciones.

Así lo hizo y con la diligencia y la energía propias de su carácter. El día 21 abandonaba Ferrol confiando en que la corta guarnición franco-española que dejaba en los fuertes impediría que los ingleses ocuparan el arsenal. El 22 partía de la Coruña y, como dice Thiers, «adelantando todo su material, no dejando ni un herido ni enfermo, se dirigió lentamente á Lugo, cogiendo, degollando hasta el último de los puestos de insurgentes que osaron acercársele. Ya en Lugo, recogió también los enfermos del mariscal Sult y los condujo con los suyos á Astorga, adonde llegó en los primeros días de Julio sin haber perdido ni un hombre ni un cañón» (1).

Y he aquí de qué modo tan rápido y admirable quedó libre de franceses el antiguo reino de Galicia. Conquistáronlo, más que de los españoles, de nuestros aliados los ingleses, dos generales, los de mayor autoridad quizás de entre los tan ilustres del imperio napoleónico, los héroes de Elchingen y Austerlitz; y cuando parecía que iban á ocuparlo sin oposición, tan sólida y tranquilamente que uno de

(1) Schépeler dice: «La despedida de los franceses de Galicia se señaló el 27 por las llamas de 31 pueblos incendiados en el Vierzo.» Torenó dice que en el tránsito de la Coruña á Astorga, «las tropas francesas asolaron horrorosamente pueblos y ciudades». «Príncipe pone de su parte el párrafo siguiente: «Salió, pues, Ney de la Coruña el día 22, tomando, asolando y quemando las poblaciones que hallaba al paso: indigna y cobarde venganza de las humillaciones que nuestros valientes le habían hecho sufrir.»

El hispano-fobo Nápiér no halla una sola palabra de reprobación para tamaños atropellos. Es verdad que fueron bien poca cosa comparados con los de sus compatriotas en Badajoz y San Sebastián.

ellos podría sin temor alguno extender su acción á someter también la monarquía portuguesa, veíanse obligados, aun reunidos por fin, á evacuarlo con sus rientes valles, sus magníficas ciudades, sus plazas de guerra y arsenales. Y todo por la virtud y la fuerza de un pueblo desarmado hasta entonces, pero en cuyos pechos hervía el amor al suelo nativo, el entusiasmo por la patria, el sentimiento monárquico, la más santa veneración á la iglesia universal (1). Esos ideales pusieron armas en las manos de los habitantes de Galicia, haciendo de cada uno un guerrero, si inexperto ante enemigos que eran los primeros soldados del mundo, sagaz y denodado en el laberinto de sus escabrosas montañas, sólido, por fin, al lado de los veteranos de nuestro ejército en posiciones hábilmente elegidas por sus generales. Los ribereños del Miño se atrevieron á disputar al cuerpo entero de ejército de Sault el paso de aquel rio fronterizo y su marcha después á Orense y Chaves, cuando sin organización, sin armamento, á las órdenes de paisanos y sacerdotes, era una verdadera temeridad, una locura que sólo puede justificarse con la satisfacción de un deber de patriotismo el más sublime. Aguerridos ya un poco, á costa, empero, de sacrificios y de sangre, elevaron sus aspiraciones á la conquista nada menos que de dos plazas de guerra como Vigo y Tuy, obteniendo tan magnífico resultado á pesar de las profundas divisiones que la ambición, el espíritu de desorden y la discordia, sobre todo, ingénita en nuestra raza, habían introducido en

(1) Nápiér dice que principalmente por proteger sus propiedades. No pierde ripio.

su campo militar, tan abigarrado como el natural bellísimo en que operaban. A las órdenes, en fin, de generales expertos, y junto á los destacamentos de tropas que éstos regían, supieron resistir á todo un ejército valiente, disciplinado y dirigido por el mariscal Ney.

Y si es mucho decir como uno de los héroes de aquellas jornadas que «la toma de Vigo abrió la puerta á la expulsión del enemigo y la batalla de Puente Sampayo le puso el cerrojo», hay que reconocer en actos tan extraordinarios de valor y de abnegación, como los ejecutados por nuestros compatriotas del Miño, que no sin razón escribía Soult al rey José que los gallegos acabarían por aniquilar el ejército más robusto.

Que les ayudó eficazmente en su noble tarea el ejército español no hay para qué dudarlo ni un momento. Las hazañas, aunque desgraciadas, de Mourtan y Rivadavia se ejecutaron al apoyo, ya que no directo, de las tropas del marqués de la Romana; la reconquista de Vigo y de Tuy se realizó cuando el célebre general había llamado la atención de Ney hacia Asturias y Mahy amenazaba con cortarle las comunicaciones con Castilla y apoderarse de Lugo, y en la victoria de Puente Sampayo tomaron parte muy principal los soldados del conde de Noroña y del brigadier La Carrera.

Ha habido quien ha criticado rudamente la conducta militar de Romana en aquella campaña; la impaciencia española y el frenesí patriótico de aquellos días le hubieran deseado más batallador y menos político; hasta llegó á motejarse por algunos de

errar sin plan ni concierto de un lado á otro, más fugitivo que emprendedor. Así eran los españoles de la Independencia y así lo han sido siempre. Los generales Blake y Cuesta tuvieron que sufrir críticas durísimas por su afición á las batallas campales; Castaños andaba desterrado por no combatir su ejército en Tudela, y á Caro, que había recibido el mando del de la Izquierda tras las jornadas de Zornoza y Espinosa, se le apellidaba el de las Romerías por sus marchas y contramarchas en Galicia. Entre éso y el elogio que contienen unos «Avisos didáctico-militares», publicados en aquel mismo reino, aconsejando una gran cautela para operar ante enemigos tan expertos como los franceses y muchos movimientos para desorientarlos, fatigarlos y sorprenderlos, hay distancias enormes. El autor de esos Avisos, verdadero tratado de táctica para aquella guerra y guía que se recomendaba á los generales para sus operaciones, decía en uno de sus más interesantes párrafos: «El feliz resultado de la conducta del marqués de la Romana en Galicia, parecida en un todo á la que en iguales circunstancias observó el célebre Quinto Fabio Máximo en Roma nos presenta una prueba irrefragable de estas verdades..... ¡Ojalá que hubiera prevalecido el mismo sistema en algunas otras provincias de España!» (1).

Es mucho elevar la memoria de Romana; pero ¿habrá quien le considere con elementos suficientes para contrarrestar los que llevaba reunidos para combatirle al principio y al fin de aquella campaña

(1) Avisos didácticos-militares dirigidos por D. C. S. A. I. C. á los ilustres defensores de su Nación. Coruña, 1812.

el mariscal duque de Dalmacia? ¿habrá quien crea pudiera resistir la invasión de Asturias por las fuerzas combinadas de Ney, Kellermann y Bonnet, ni reducir después al primero de estos generales á una capitulación como la de Bailén? Esos supuestos y esos temores sólo caben en un Thiers para elevar en unos casos el concepto de sus compatriotas y disculpar en otros la resolución, lo mismo en Soult que en Ney, de abandonar aquél la conquista de Portugal y éste la ocupación da Galicia. El ejército de la izquierda no tenía fuerza ni organización para resistir al de ninguno de los dos mariscales, y no hizo poco con la toma de Villafranca que comprometió las comunicaciones de Castilla, con el ataque de Lugo que dejó sin resultados la expedición francesa á Asturias y, sobre todo, con entretener á los franceses para que los gallegos acabasen tan felizmente sus de otro modo irrealizables jornadas de Vigo, Tuy y Sampayo.

Ya pueden los franceses rebuscar imágenes para disculpar su derrota, y los ingleses para deslucir nuestra victoria; que la historia imparcial hará siempre ver que los reveses sufridos por capitanes tan ilustres y ejércitos que entonces no reconocían rival, se debieron á un patriotismo sin ejemplo en los españoles, y que la cooperación británica, si grandiosa y eficaz en Portugal, puede decirse que fué nula en Galicia.

Quisiéramos extendernos aun más en estas consideraciones, tan importante es el asunto y tanto influyó la liberación de Galicia en la marcha de la guerra de la Independencia; pero todas serían incoloras ante el manifiesto dirigido días después á los pueblos de aquel reino por la Junta Central.

Dice así en uno de sus más elocuentes párrafos: «¿Quién en aquella noche de infortunios pudo presumir que fuera Galicia la que diese á la patria el primer albor de la alegría? Más gloriosos cien veces y más en vuestra insurrección, que débiles parecísteis en vuestra caída; la desesperacion misma os prestó magnánimos Gallegos, fuerzas que al principio no conocísteis, y los enemigos vieron que en aquellos términos, al parecer tan tranquilos, la guerra renacía baxo sus plantas y la lealtad y el patriotismo estaban por abatir. Los gritos de independencia y de venganza comienzan á oirse en los caminos, en las aldeas, en las ciudades: el furor ministra las armas, y el que no tiene un sable que esgrimir, ó un fusil que encarar, convierte el pacífico bieldo y la guadaña campestre en instrumento de guerra y de matanza. Los individuos agitados se buscan, las cuadrillas se reúnen, los cuerpos de ejército se forman y los vencedores temen ser vencidos y se repliegan á las plazas fuertes, allí son buscados, allí asaltados, allí rendidos: Vigo se entrega con sus opresores; y Galicia, enviándolos aherrojados y cautivos al otro lado del mar, quiso que fuesen un testimonio tan auténtico como grande de que los españoles no habían olvidado todavía el arte de vencer y amarrazar á los franceses.»

«Este fué el primer día de fortuna que lució á España después de cinco meses de desastres. A él se siguieron otros, y aquellos mismos hombres que en el primer momento de la sorpresa habían parecido tan abatidos y sumisos, eran los que preparaban las palmas que despues recogieron con ellos los guerreros

que volaron á su ausilio en las calles de Santiago, en los campos de la Estrella y de Lugo, en el puente de San Payo. En vano Soult escapado á duras penas de nuestros aliados en Oporto, viene con los restos de su division batida á reforzar al enflaquecido Ney. Ostigados en sus marchas, diezmados en sus partidos, cortados en sus comunicaciones, y burlados en su esperanza de dar grandes batallas, estos arrogantes generales desesperan de vencer y maldicen y detestan una guerra que los consume sin gloria. ¿Dónde están ahora aquella fiereza, aquella seguridad con que os decían; que todo estaba allanado en la Península ménos la Coruña y el Ferrol? ¿Dónde aquella jactancia conque sus planes ambiciosos abarcaban las costas del mar Cantábrico y las del mar Atlante hasta la embocadura del Betis? Pudieron profanar y devastar vuestro territorio mas no dominarle y sostenerse en él; y cansados de lidiar con unas fuerzas físicas que cada vez se acrecientan y con una resistencia moral que ya se ha hecho invencible, huyen al fin de nuestro suelo ecsâustos, miserables, hechos pedazos, sin armas, sin vestidos, y dan en Castilla un nuevo y grande ejemplo de que no es posible imponer yugo á los pueblos quando unánimes le resisten.»

CAPITULO III

Talavera y Almonacid

Preliminares de la campaña de Talavera.—El mariscal Víctor en el Guadiana.—Entabla negociaciones con Badajoz y la Junta Central.—Conducta de la Junta.—Lucha política entre sus miembros.—Decreto del 22 de Mayo, convocando á Cortes.—Restablecimientos de los Consejos.—Llega Lapisse al campo del mariscal Víctor.—Catástrofe de Alcántara.—Combates en el Guadiana.—Los franceses se retiran al Tajo.—Operaciones en la Mancha.—Alarma en el campo francés.—Ejército de la Mancha.—Sale á campaña.—Se retira combatiendo.—Errores del Intruso.—Situación y fuerza de los beligerantes.—Ejército de la Mancha.—El de Extremadura.—El ejército inglés.—El de Portugal.—Plan de operaciones.—Conducta de Wellesley para con Cuesta.—Fuerzas de los franceses y sus proyectos.—Comienzan las operaciones.—Cuesta cruza solo el Alberche.—Combate de Alcabón.—Batalla de Talavera.—Descripción del campo.—Posición de las tropas.—Día 27. Primer período de la batalla.—Ataque del cerro de Medellín.—Ataque á la línea española.—Día 28. Primer ataque al Medellín.—Consejo de guerra en el campo de Víctor.—Plan de un ataque general.—Ataque de la izquierda francesa.—Ataque de la derecha.—Ataque del Centro.—Bajas en uno y otro campo.—Por qué terminó la batalla.—Los franceses se retiran.—Ningún resultado de la victoria.—Nuevas posiciones de los franceses.—Situación de los aliados.—Marcha de Sault á Plasencia.—Va Wellesley á su encuentro.—Se le une Cuesta.—Se retiran.—Acción del Puente del Arzobispo.—Establecimiento del ejército en la izquierda del Tajo.—Ejército de la Mancha.—Plan de sus operaciones.—Lo pone en ejecución.—Se presenta en Toledo y Aranjuez.—Cambio en la conducta de Venegas.—Acción de Aranjuez.—El ejército se dirige á Toledo.—Batalla de Almonacid.—El campo de batalla.—Formación de los españoles.—Combate en la izquierda.—En la derecha y el centro.—División Vigodet.—Retirada del ejército.—Las guerrillas en Almonacid.—Bajas en uno y otro campo.—Observaciones sobre la batalla de Almonacid.—Consideraciones generales.—Consecuencias de la campaña de Talavera.

Ya iban tocándose los resultados negativos de la Prelimina-
segunda campaña que en sus principios auguraba res de la cam-

paña de Tala-
vera.

á los franceses el de una victoria decisiva y la ruina de España. Era, sin embargo, necesario á los españoles un gran esfuerzo para si no la expulsión total conseguir la retirada de los ejércitos imperiales á la zona del Ebro como en Julio de 1808. Era mucho mayor que entonces el número de sus tropas, eran veteranas en su mayor parte y estaban regidas por generales de gran fama aun entre tantos y tantos que tan sólida y merecida la habían adquirido á las órdenes de Napoleón, su incomparable maestro.

La ocasión, con todo, no podía ser más oportuna para España ni ofrecer mayores probabilidades de un feliz resultado. Ardía en Austria una guerra de las más colosales proporciones de las con cuyos resultados cambian enteramente de faz los sucesos más importantes en el mundo. La ausencia de Napoleón y la habilidad del archiduque Carlos habían producido la ruptura de las hostilidades en desventaja de los franceses, inaugurándose la campaña bajo auspicios poco favorables para ellos. Pero, acudiendo el Emperador con su actividad acostumbrada, había logrado, no sólo neutralizar el efecto producido por la sorpresa, sino escarmentarla tan rudamente que en una campaña de cinco días, digna de las incomparables de Italia, pudo hacer cara á situación tan crítica, cortar la línea enemiga, hacerse dueño de la de sus operaciones y repeler al Archiduque á Bohemia, inutilizándole por un espacio de tiempo considerable. Los combates de Landshut, Eckmühl y Ratisbona, resultado de maniobras en que no se sabe qué admirar más, si la energía, al ejecutarlas, ó la prudencia, al desistir de pensamientos que podrían condu-

circulo á un éxito inmenso pero arriesgado, colocaron al grande ejército en situación tan despejada que, sin otro obstáculo que el vencido también en Ebersberg, ocupaba un mes después á Viena y se disponía á cruzar el Danubio y acabar la guerra. Y tal efecto habían producido aquellas cinco primeras jornadas, que el príncipe Eugenio, derrotado en Sacila, tomaba de su parte la ofensiva empujando arrebatadamente á su vencedor, el archiduque Juan, á Hungría; y abriéndose el camino de Viena para reunirse al Emperador Napoleón, y Poniatowski, arrollaba en Varsovia y en las dos orillas del Vístula, á los austriacos, cuya situación general exigía una concentración inmediata y poderosa.

Pero todo eso exigía, del mismo modo, por parte de los franceses grandes esfuerzos y una atención á campaña tan grandiosa y accidentada, cabe decir, que no podría menos de debilitar el Imperio con tantas y tan graves y urgentes exigencias.

La situación de España por aquellos días ofrecía un carácter, si no extraordinario para quien hubiera seguido la marcha de la guerra desde sus principios, tan anormal y varia, de muy difícil explicación para el que sujetara sus cálculos á la impuesta por el arte militar y la historia de aquellos tiempos en las demás regiones de Europa.

Ya dijimos que los reveses sufridos en Uclés, Valls, Ciudad Real y Medellín no habían impresionado á los españoles á punto de hacerlos desistir de la lucha, ni producido, siquiera, á los franceses la ventaja de poder marchar con desembarazo á los objetivos estratégicos que se habían propuesto. Por el con-

trario, Víctor, detenido en la Mancha y ante el oscuro desfiladero de Despeñaperros, de tan triste memoria para sus compatriotas, se paraba de nuevo en las márgenes del Guadiana, como temeroso también de comprometerse en otros pasos, en su concepto tan sombríos, de la misma Sierra Morena que era preciso salvar para acercarse al tan codiciado valle del Guadalquivir; Saint-Cyr se retiraba á las faldas del Pirineo catalán en vez de acometer la conquista de Tarragona y Tortosa á cuyas puertas, puede decirse, había alcanzado un triunfo que constituye su primer timbre de gloria; y Soult se había detenido en Oporto, más por considerarse sin fuerza para seguir á Lisboa que por conquistarse voluntades para su soñada corona del reino, también soñado por Napoleón, de la Lusitania septentrional.

Ahora mediaba un nuevo revés de las armas españolas en el Ebro con la destrucción del ejército de Aragón y Valencia en que tantas y tan legítimas esperanzas se habían fundado, y, contrapuestas á él, dos victorias á cual más grandiosa, pues que, si la de los ingleses en Oporto había producido la liberación de Portugal, la de los gallegos echaba á los franceses vergonzosamente de comarca tan vasta y tan propia para crear un gran centro de reserva de donde proseguir y alimentar la guerra en lo sucesivo.

Pero, aunque sin fuerza Suchel todavía para hacer decisivas sus operaciones, resultaba siempre hacia las partes orientales de la Península, á que las dirigiría, un grave peligro para los españoles, el de aislar el principado de Cataluña, de tan vital importancia para la defensa general, y una ventaja inmensa,

además, para los franceses, la de tener segura, en caso de necesidad, la retirada de sus ejércitos á la línea del Ebro, sin la preocupación de verse en su camino envueltos ni cortados. En las regiones occidentales quedaban mal parados los dos mariscales más ilustres de entre los que hacían la guerra en España: el odio que se había creado en sus corazones por rivalidades, quizás, antiguas ó por su conducta reciente, los hacía incompatibles para una acción acorde y uniforme; pero, aun así, la disciplina los uniría y con la cooperación de otro, ilustre también y más conciliador, el mariscal Mortier, que había recibido la orden de agregárseles con su cuerpo de ejército, situado, según dijimos, en Valladolid, se estaba formando en Zamora y sus cercanías tal masa de hombres que, aun sin las condiciones de homogeneidad, espíritu y armonía de las que personalmente mandaba su jefe supremo, el emperador Napoleón, constituía en posición tan privilegiada como la del Duero, un gran baluarte de seguridad para la ocupación francesa y un peligro constante para el ataque del centro de la monarquía por parte de los ejércitos españoles ó aliados.

Si ese ataque hubiera de verificarse, era, pues, necesario contar, no sólo con los obstáculos que pudiera hallar á su frente, donde no le ofrecería pocos el mariscal Víctor con un ejército que en nada menos había pensado que en la ocupación de Sevilla y la conquista de Cádiz, sino además con que sobre su flanco izquierdo y en posiciones siempre dominantes se reunían los tres cuerpos de Ney, Sault y Mortier, como las nubes en la montaña para descargar su furia sobre el valle ó la llanura. Desde allí podrían ob-

servar los movimientos preparatorios del ataque, atalayando constantemente al ejército que lo emprendiese, y caer sobre él en el momento más oportuno, en la ocasión que creyeran más propicia y decisiva.

Por eso puede decirse, sin temor á refutaciones victoriosas, que Sir Arturo Wellesley, el general ilustre que tanta gloria adquirió en la guerra de la Independencia, la inició en España cometiendo un error que fué quizás una de las causas más influyentes en la duración de lucha tan dilatada. En vez de poner remedio á los reveses del general Blake, los agravó con su infructuosa victoria de Talavera, emprendida por aquellos mismos días. Vanamente se empeña él en sus *Despachos* por disculpar la esterilidad de tan grande esfuerzo, y más en balde aún lo hacen sus panegiristas, Nápier, sobre todo, decidido siempre á atribuir la desgracia de tan meditadas operaciones á la mala voluntad de los españoles y á la torpeza de nuestros generales. La dirección impuesta á aquella campaña y lo infructuoso de tan ruidosa victoria son de la responsabilidad exclusiva del que, aun así, obtuvo en premio la alta jerarquía de Capitán general en España y el título, en Inglaterra, de Lord Vizconde de Wellington de Talavera.

¿Por qué no continuó la persecución de Soult hasta acabar con él en las montañas de Galicia?

De seguir á Lugo tras del ejército francés, el general Mahy no se hubiera visto en la precisión de levantar el cerco de aquella plaza; y, aun haciéndolo, no se habría verificado la unión de Soult y Ney. Los dos mariscales hubieran tenido que evacuar las pro-

vincias gallegas por la carretera del Vierzo y abandonar las guarniciones del interior, las de Coruña y Ferrol, y la división Marchand, establecida, como saben nuestros lectores, en Santiago y sus inmediaciones. Si Soult hubo de pasar tantos trabajos en su marcha de Monforte á la Puebla de Sanabria ante las fuerzas colecticias y desorganizadas de Echevarría, Barrio y los abades y guerrilleros del país, ¿qué le hubiera sucedido con el ejército inglés y el de la Izquierda apoyando aquellos esfuerzos y cubriéndolos con su poderosa marcha y su disciplina arrolladora?

El golpe habría sido terrible; y aterrador el efecto que hubiera causado en el centro de la Península el espectáculo de aquellos dos cuerpos de ejército destrozados, sin artillería ni bagajes y abandonando en Galicia todo su material y una parte, no poco considerable, de su fuerza (1).

Y ¿qué peligro se corría de alejarse de Portugal el ejército inglés?

Los *Despachos* de Lord Wellington, desde el día

(1) Decía la Junta Central en su «Exposición», tantas veces citada: «Si las tropas portuguesas que se quedaron en Portugal siguen el alcance de Soult, batido y derrotado por lord Wellington; y después de la toma de Vigo, acción de San Payo, y demás gloriosas acciones de la inmortal Galicia, refuerzan el Ejército español, que pobre y sin auxilio se cubría en ella de gloria todos los días, ¿qué tropas hubieran quedado á Ney y Soult para reforzar á Víctor, como lo hicieron?»

¿Pues qué no hubiera sucedido de ser Wellington y Beresford en vez de Silveira y Miranda, á quienes se refiere la Junta, los que continuaran la persecución del mariscal Soult por España?

de su desembarco en Lisboa, están respirando el temor de un movimiento ofensivo del mariscal Víctor por el Alemtejo ó por el valle mismo del Tajo en combinación con el general Lapisse. Convencido muy luego de que el mayor y más inminente amenaza por Oporto, se decide á arrostrarlo de frente; y cubriendo, según ya hemos visto, la capital con suficiente guarnición y con el establecimiento de Mackenzie en Abrantes, marcha al Duero y obtiene el fácil y glorioso triunfo á que nos hemos referido en el capítulo anterior.

Podía suceder que el mariscal Víctor, viendo á Wellesley continuar á España en pos de Soult, acometiese la invasión de Portugal con la esperanza, no de entrar en Lisboa, lo cual le comprometía demasiado, sino de obligar al general inglés á retroceder y no seguir molestando la retirada del Mariscal, su colega. Ir á Lisboa por los caminos infernales en que le había precedido Junot, ó salvar el Tajo con fuerzas inglesas y portuguesas que se le opondrían al paso, seguido de Cuesta cuyo ejército hacía la fama ya muy numeroso, y con la amenaza constante de que, volviendo Wellesley desde la frontera, le cogiese por la espalda ó á lo menos por el flanco descolgándose de la divisoria de la Estrella, no lo hubiera hecho nunca un hombre de la experiencia de Víctor ni general francés alguno después de las rotas de Bailén y Vimeiro. Y tan es así, que al saber el Mariscal Víctor que Soult se retiraba de Oporto, en vez de acometer la entrada en Portugal, cubierta por la legión lusitana que mandaba accidentalmente el inglés Mayne y alguna fuerza de las de Mackenzie que se adelantó á la

frontera; en vez, repetimos, de operar según temía ó aparentaba temer Wellesley, retrocedió á las posiciones en que le veremos muy pronto combatir.

Lo que hay es que, ya lo hemos dicho, la gran preocupación de los ingleses era la independencia y, por consiguiente, la defensa de Portugal, de cuyo territorio hicieron la base de todas sus operaciones en la Península y que parecía retenerlos en su seno como si su guarda fuera el único objeto que los trajera al continente en aquel largo período de las guerras napoleónicas. Si se acordaron de España, fué para sacar fruto de la explosión patriótica de nuestros padres, tan admirada en el Reino Unido; pero, al poner la planta en ella, procuraron, mejor que defenderla, ocupar alguna plaza importante, sobre todo si tenía cerca arsenal marítimo, como la Coruña en su primera expedición y Cádiz después, salvadas de sus garras por las circunstancias de la guerra aquélla, y ésta por los recelos y el patriotismo de la Junta Central.

Ya hemos visto el despacho de Wellington á la Junta de Extremadura en que la decía que *la seguridad del reino de Portugal era la principal misión que se le había confiado*.

No hay, así, por qué extrañar que el ejército inglés desistiese de la persecución de Soult al tocar la frontera de Galicia y se encaminara de seguida y sin perder momento á Abrantes por Oporto, Coimbra y Thomar.

De ese error, que creemos haber hecho patente, nace el de la marcha sucesiva de las operaciones que vamos á reseñar y que produjo la esterilidad militar

de una campaña tan grandiosa y sangrienta como la de Talavera.

El mariscal Víctor en el Guadiana.

Dejamos al mariscal Víctor en el Guadiana, de Medellín á Mérida, en vez de avanzar á Monasterio y Sevilla, según eran las intenciones de José Napoleón al hacerle partir á Extremadura. El aislamiento en que se halló después de su victoria de Medellín, sin noticia alguna de los movimientos de Soult, separado todavía de Lapisse, y con el temor, no sin motivo, de ver de un instante á otro cortadas sus comunicaciones con Madrid, le hizo detenerse en su marcha y aun le obligó á fortificarse hasta tomar la resolución que las circunstancias le aconsejaran. Entre

Entablamiento de negociaciones con Badajoz y la Junta Central.

tanto, dirigió á Badajoz intimación tras intimación, para que se le entregase; y, no consiguiéndolo, trató de entablar correspondencia con el gobernador de aquella plaza y con la central, á la vez, por medio del antiguo magistrado D. Joaquín María Sotelo, seducido por Morla para afrancesarse como él. El oficial portador del mensaje á Badajoz fué hecho prisionero; pero no mostró el despacho que llevaba hasta hallarse dentro de la plaza, temeroso de un atropello por parte de los que le habían cogido después de combatir y dispersar su escolta. Para aquella fecha, que es la del 23 de Abril de 1809, la Junta Central había recibido el despacho dirigido á ella, pidiendo un especie de congreso de plenipotenciarios que trataran la paz ó, por lo menos, una tregua. La contestación de la Junta, transmitida al emisario josefino por el general Cuesta, fué tan categórica y digna como era de esperar. «Si Sotelo, decía, trae poderes bastantes para tratar de la restitución de nuestro amado

Conducta de la Junta.

Rey, y de que las tropas francesas evacuen al instante todo el territorio español, hágalos públicos en la forma reconocida por todas las naciones y se le oirá con anuencia de nuestros aliados; de no ser así la Junta no puede faltar á la calidad de los poderes de que está revestida, ni á la voluntad nacional, que es de no escuchar pacto, ni admitir tregua, ni ajustar transaccion que no sea establecida sobre aquellas bases de eterna necesidad y justicia.»

No desistió Sotelo; mejor dicho, los franceses, creyendo que, tras desastres tan repetidos, aquella repulsa se dulcificaría con nuevas y más moderadas proposiciones, hicieron escribir á su comisionado un nuevo despacho que no obtuvo otra réplica que la orden dada á Cuesta para que advirtiese á Sotelo «que aquélla sería la última contestacion que recibiría mientras los franceses no se allanasen, lisa y llanamente, á lo que había manifestado la Junta.» Y aunque insistió el afrancesado en su propósito de establecer relaciones con la Central, hubo de retirarse de Extremadura burlado por el silencio de la Junta (1).

Lo que Sotelo desde Mérida, intentó también el general Sebastiani en la Mancha, buscando el seducir á los incorruptibles Jovellanos y Saavedra que, como los generales Venegas y Abadía, también requeridos por el francés, manifestaron su resolución de no tratar con José ni con ninguno de los suyos

(1) Véase el Apéndice núm. 11, donde el lector hallará esa correspondencia y la del general Sebastiani con Jovellanos y los generales que mandaban en Andalucía.

mientras no volviera Fernando VII y no retrocediesen los enemigos á sus antiguos límites.

La respuesta de Jovellanos, particularmente, «digna, dice el conde de Toreno, de la pluma y del patriotismo de su autor y muy aplaudida en todo el reino así por su noble y elevado estilo, como por retratarse en su contenido los verdaderos sentimientos que animaban á la gran mayoría de la nación», mantuvo el crédito de la Junta Central, no poco quebrantado ya á pesar de los esfuerzos que hacía por continuar la guerra y sostener el espíritu público. Los pueblos no se cansan de exigir energía á los gobiernos, haciendo más y más difícil la tarea que á éstos les está impuesta con no querer escuchar la voz de la prudencia, tan necesaria en las combinaciones de la política. Los de raza latina, sobre todo, claman siempre por marchar adelante y desgraciado el adalid que se detiene en el camino, por tenebroso que le parezca y por temerario que crea el acometerlo ó continuarlo.

A su negativa para la ocupación de Cádiz por los ingleses y á su enérgica conducta después de lo de Medellín debió la Junta Central el mantenerse al frente del Estado el tiempo que resistió á las aspiraciones de los partidos más exaltados y á las envidias y rivalidades que se suscitaron en su derredor y hasta en su mismo seno. Continuaba la

Lucha política entre sus miembros.

lucha entre los partidarios del régimen antiguo y los que habían abrazado las nuevas ideas de la revolución francesa, más ó menos exageradas según el temperamento de los que las proclamaban como únicas salvadoras. En los apegados á las antiguas

y particularmente en los tribunales y Consejos, lo mismo que en el clero, prevalecía el pensamiento de mantener el espíritu público con los resortes del deber y de la lealtad, con los derechos del trono, no disputados hasta entonces, y los preceptos, siempre venerandos, de la religión. En los que se extasiaban ante el espectáculo de los resultados de la libertad en Francia, que no pocos confundían con el recuerdo de los antiguos fueros de las provincias españolas en los siglos medios de nuestra historia, se agitaba el proyecto de resucitarlos, pero con el calor y la exageración del que pasa de la desgracia á la ventura, de la esclavitud á la independendencia, haciendo no pocas extensiva ésta á la del espíritu y de la conciencia. Y como la Junta Central se creía débil por la distinta índole y la diversidad de origen de los elementos que la formaban, veía con espanto, cada día creciente, cómo chocaban en su misma presencia tanto y tanto agente perturbador de toda acción gubernamental, no pocas veces atizados, tanto como por la discordia anterior, por la que no cesaban de encender los ya ocultos, ya manifiestos servidores de las ambiciones napoleónicas.

Contra éstos ya tenía fuerza la Junta Central, y algunos fueron ejecutados por sentencia del Tribunal de seguridad pública establecido durante su estancia en Aranjuez y al que, por decreto de 15 de Abril, fueron sometidos cuantos procurasen inducir desconfianza al gobierno supremo ó propagar especies dirigidas á debilitar el odio á los franceses. Pero los más temibles en aquellas circunstancias eran los reformadores que conspiraban contra la Junta valiéndose,

cuando no de su propio nombre, del de los próceres más encumbrados ó de los generales de mayor crédito. Unos la motejaban de despótica y cruel por sus procedimientos, y otros elevaban su fama de cobarde y débil hasta el punto de considerarla instrumento de traidores y hasta con el proyecto de huir á América, contra cuyo rumor hubo de dar un manifiesto, el de 9 de Abril, que tranquilizase los ánimos con jurar que no abandonaría la Península interin hubiese en ella un punto fortificado donde abrigarse y ejercer libremente su autoridad.

Distinguíanse entre los más revoltosos el tantas veces citado conde de Tilly, D. Francisco Palafox y Montijo que, faltos de fuerza propia, lograron atraerse la del duque de Alburquerque, feliz en la campaña anterior y que, dotado de valor grande y no cortos talentos, tuvo, sin embargo, la flaqueza de caer en los lazos tendidos por aquéllos á sus ambiciones de mando. Y mientras el Duque esperaba la dirección en jefe de las tropas establecidos en la Carolina, que, por influencia de Saavedra, fué por fin confiada á Venegas, á pesar también de Infantado que, con eso, se hizo el mayor enemigo de la Central, Montijo que ambicionaba la Capitanía general de Granada, ponía en combustión aquella provincia, resistiendo la marcha al ejército de Reserva á que le había destinado la junta de la capital con algunos batallones. Su irresolución, sin embargo, le valió la vuelta á Sevilla y su destierro á San Lúcar de Barrameda, donde encontró al duque de Osuna, malquisto también con la Central por habersele negado mando en el ejército. Unidos, entonces, trataron los dos de atraerse para sus intri-

gas al general Cuesta; pero éste se opuso á contraer relación alguna política con ellos, tan receloso de las ambiciones del uno como de las ligerezas del otro (1).

Entre los que más se agitaban en la Junta Central se hallaba el diputado por Zaragoza D. Lorenzo Calvo de Rozas, partidario de las ideas de Jovellanos, presuntuoso, eso sí, é irreflexivo, muchas veces importuno, pero moviéndose siempre en dirección de la libertad y riñendo grandes batallas por la de la prensa (2). Todo adelantó en ese camino que el 15 de Abril presentó á la Central una propuesta á fin de que se convocara la Nación á Cortes, propuesta que admitida á examen, discutida en las secciones de la

Decreto del
22 de Mayo,
convocando á
Cortes.

(1) En 1810, publicó Montijo un manifiesto cuya redacción se atribuye á D. Bartolomé Gallardo, su inseparable amigo. El título del folleto es: «Manifiesto de lo que no ha hecho el Conde del Montijo, Escrito para desengaño ú confusión de los que de buena ó mala fé le dicen autor de sediciones que no ha hecho ni podido hacer.»

En él manifiesta que «es falso é inverosímil» tuviese en los sucesos de Granada de aquel año más parte que la de serenar aquella revolución. ¿Lo demuestra? Creemos que no, como creemos que tampoco lo hace ver la Condesa, su mujer, en una representación que la misma hizo y «donde se refiere lo acaecido en Granada el 16 de Abril de 1809»; representación muy larga y detallada pero en que se descubren varias y trascendentales contradicciones.

(2) En la portada de un folleto suyo, «El patriotismo perseguido á traición por la arbitrariedad y egoísmo», se titula «Representante de Aragon en la Suprema Junta Central, Secretario de las Cortes generales celebradas en aquel reino en 9 de Junio de 1808, Intendente general del mismo y su ejército, Corregidor y Superintendente de Policía de la ciudad de Zaragoza y su Partido, Presidente de la Suprema Junta de Hacienda, Subdelegado de todas rentas reales y de la de Correos, del Consejo de Estado de S. M., etc.»

Por eso decía El Licenciado Polomeque en su «Apología de las Palos»: «¡Oh tú, protomartir inimitable de la libertad de imprenta! Preso aquí, descalabrado allí: acá mercante, allá Intendente, acullá Presidente: Corregidor allende, corregido aquende: tú que... cátrate Central, cátrate centrifugo: ya Consejero, ya desaconsejado: ayer Rey en Sevilla.....»

Junta y aprobada, por fin, en la plena, produjo el decreto de 22 de Mayo, en que se anunciaba «el restablecimiento de la representacion legal y conocida de la monarquía en sus antiguas Córtes, convocándose las primeras en el año próximo, ó ántes si las circunstancias lo permitiesen».

Así decía el art. 1.º de aquel célebre decreto; refiriéndose los cuatro restantes al nombramiento de cinco vocales de la Central que preparasen los trabajos y planes para fijar el modo, número y clase con que obtener la reunión de los diputados; á la investigación por la Junta, de los medios de continuar la guerra, mejorar la administración, sostener el ejército y conservar la marina; á la consulta de los Consejos y juntas de las provincias, tribunales, clero y universidades, *sabios y personas ilustradas*; y á la impresión y publicación del decreto para que llegase á noticia de toda la Nación.

No satisfizo éste á la opinión, fuera por lo vago, por lo dilatorio de las consultas ó por la designación de los vocales nombrados, algunos de los que se suponían enemigos de una resolución que, además, se creía por muchos dada para entretener más que para satisfacer á las gentes apasionadas por la libertad. Los señores Riquelme y Caro eran, con efecto, considerados con ideas antagónicas á las del Arzobispo de Laodicea, Castanedo y Jovellanos, cuyo partido, el que este distinguido estadista capitaneaba, aparecía como el vencedor en aquella lucha entre las antiguas y las modernas (1).

(1) Decía Jovellanos en la introducción á su Memoria en defensa de la Central: «Despues de haber sido el primero á pro

Aumentó el disgusto con el restablecimiento de los consejos. Ya en Marzo se había ordenado la reinstalación del Consejo Real y Supremo de Castilla, tan acerbamente censurado no hacía mucho á pesar de su gran «Manifiesto», de que tantas veces se ha hecho mención en esta historia. Aquel alto cuerpo tenía muchos enemigos que vieron en su reposición un retroceso á las antiguas ideas que ponía de manifiesto las vacilaciones, la debilidad y hasta la lucha que latían en el seno de la Junta Central. Ni logró con eso atraerse las personas mismas que así esperaba el Gobierno se le unirían para resistir la ambición y la impaciencia de tantos y tan diversos elementos como actuaban en su derredor, entorpeciendo mejor que facilitando su acción. Porque, irritado con los anteriores desaires y no calmado con la nueva satisfacción, el consejo se revolvió contra sus mismos protectores, ocultando en su colectividad y bajo el manto de sus deberes patrióticos la ingratitud que podría hacerse manifiesta en las personas, áspid que no esperaban los centralistas abrigar y menos dar calor con su poco meditada determinación. La rivalidad del poder disculpó á la envidia oculta en los pliegues redoblados del abatimiento anterior y de la dura obligación de agradecer el reciente beneficio, peso

Restablecimiento de los Consejos.

poner en la Suprema Junta Gubernativa la necesidad de anunciar á la nación unas cortes generales; despues de haber procurado demostrar la justicia y utilidad de esa medida; despues de haber promovido con el más puro celo los decretos que acordaron y fijaron su convocación y de haber cooperado por espacio de ocho meses con todas las fuerzas de mi espíritu para el arreglo de su organizacion, y la preparacion de sus trabajos: ¿qué me quedaba que desear, si no el ver empezada esta grande obra?»

enorme que las colectividades sacuden sin remordimiento alguno.

Decía Jovellanos en su citada «Memoria» justificativa: «Y si los celos renacieron todavía, fué porque el espíritu de armonía y concordia es más difícil de conservar donde la rivalidad de poder y ambicion lucha continuamente por alterarle y destruirle.»

«Esto se observó, añade, más claramente en el consejo real, el que durante el imperio de las juntas, había gemido en el yugo del tirano; pero quebrantadas sus cadenas por el vencedor de Bailen, se halló de repente restablecido en su primera dignidad, y solo, y sin que alguna otra la dominase ni rodease, brilló entonces con nuevo esplendor. Dividido en las provincias el ejercicio de la soberanía, el consejo le vió venir á sus manos en medio de la ilustre capital del reino; entró á ejercerle con el celo más loable; y que entonces usó de este poder con toda la actividad y toda la prudencia que requerían las circunstancias, y eran propias de su sabiduría, es una verdad que sólo puede desconocer la envidia; aunque tambien lo es que dió á este ejercicio una extension tan dilatada que merecería la nota de ambiciosa si la rectitud de su intencion y la grandeza del peligro no la disculpasen. Pero en medio de esta brillante situacion, apareció de repente la Junta Central, y la generosidad que tuvieron las provincias para crearla, no la tuvo el consejo para sufrirla. Hallóse de repente sometido á ella, y esta súbita conversion le hubo de ser tanto más amarga, cuanto no se le dió parte alguna, como había deseado, en la composicion del nuevo gobierno, y cuanto vió quedar subsistentes las jun-

tas que eran sus rivales. ¿Por qué, pues, no podré yo atribuir á este principio la repugnancia con que se prestó á reconocer el Gobierno Central? ¿La tenacidad con que invocó después las leyes para deshacerle y cambiarle por otro? ¿Y el constante empeño con que atacó la autoridad de las juntas, y so color de reclamar el orden antiguo, sostuvo que las leyes habían sido arrolladas, las justicias inutilizadas, los tribunales anulados y el gobierno monárquico destruído?»

Si Jovellanos careciera de otros títulos para el respeto de su honradez, de su buena fe y de su espíritu de concordia, le bastaría el de ese escrito, producido para rechazar las inculpaciones más injustas, la acusación más arbitraria y las más groseras calumnias como los del consejo amontonaron sobre su personalidad indirectamente y sobre el Gobierno, de que formaba parte, con la mayor y más negra ingrátitud.

A eso, sin duda, al mal efecto causado en las almas generosas por conducta tan vituperable como la del Consejo, se debió el que la Central mantuviera su concepto por más tiempo á pesar de las desgracias de la patria. Es verdad que entonces precisamente renacían las esperanzas de más próspera fortuna, y entonces se provocó la expectación general en España hacia el resultado que podría dar la reunión de los ejércitos aliados para una acción combinada que lo prometía felicísimo y decisivo. La Central que había rechazado con tanto patriotismo las proposiciones del Intruso y sus generales, acudió con tal solicitud al armamento de las provincias, á la organización de los ejércitos y á la armonía entre los que por su posi-

ción debían operar juntos, que aun logró, hasta Agosto al menos, sostener su prestigio *con más séquito y aplauso*, como dice el conde de Toreno, *que nunca*.

La Junta Central no cesaba de instar al ministro inglés, M. Frere, y á Wellesley por que, reforzando el ejército del general Cuesta y mejor uniéndose á él las tropas británicas, se emprendiera una campaña tan decisiva en el centro de la Península que abriese á todas las puertas de Madrid. Son infinitas las comunicaciones que mediaron entre la Junta Central, aquel diplomático, representante de nuestra aliada la Inglaterra, y el de España en Portugal D. Evaristo Pérez de Castro, para entablar una acción común en el valle del Tajo, ya que, no persiguiendo Wellesley á Soult en Galicia, había quedado Cuesta sin medios para solo triunfar del mariscal Víctor que tenía á su frente.

Llega Lapisse al campo del mariscal Víctor.

Ya indicamos que el célebre general francés había tomado una actitud defensiva al día siguiente, puede decirse, de la victoria de Medellín, que él consideraba había roto cuantas vallas pudiera encontrar en su marcha á Sevilla. Acabamos también de decir que en esa actitud y mientras se fortificaba en el Guadiana de Medellín á Mérida, entretuvo el tiempo en mandar mensajes al gobernador de Badajoz y apoyar los que Sotelo dirigía á la Central en nombre del Intruso. Pero ya que considerase de imposible realización la conquista de Andalucía, esperaba la llegada del general Lapisse que le permitiría encaminarse á Portugal para unir su acción á la de Soult, de quien no tenía noticias, suponiéndole, sin embargo, muy adelantado en el camino de Lisboa.

Llegó, con efecto, á Alcántara Lapisse después de una larga correría á lo largo de la frontera por el camino del puerto de Perales, el mismo que año y medio antes había seguido su colega el general Junot. Tanteando la entrada de Portugal por Ciudad Rodrigo y Almeida para concurrir á las operaciones de Soult y Víctor, había escarmentado á Wilson arrojándolo á San Felices y Santi-Spíritus; pero, en cambio, no sólo se despreciaron sus intimaciones de rendición á la plaza española sino que sus reconocimientos sobre ella hubieron de cesar, batidos el 27 de Marzo los que los ejecutaban por la guarnición y una legión portuguesa acantonada en la vecina Almeida. Defraudado en sus esperanzas, desistió de operar por aquel lado y se dirigió á Alcántara, presentándose ante su soberbio puente la mañana del 12 de Abril con las tropas reunidas y su artillería correspondiente á pesar de lo difícil y largo del camino. Lo lento de la marcha y el trabajo impuesto, para con mayor comodidad y orden hacerla, más que á sus soldados, á los habitantes del país sobre quienes ejerció con ese fin las más crueles y humillantes violencias, le valieron un resultado sin el que temería no hallarse en condiciones militares para acometer y realizar el paso del Tajo si estaba suficientemente atrincherado y defendido. Por fortuna suya, sólo halló para oponérsele al paisanaje de Alcántara que con tres piezas de artillería mal servidas se proponía cubrir el puente, fuerza toda colecticia que, azotada por una gran batería que los franceses establecieron en un cerro que lo domina, y amenazada á retaguardia por un cuerpo de 400 caballos y dos cañones que

Catástrofe
de Alcántara.

Víctor envió de su lado, se dispersó inmediatamente (1).

Combates
en el Guadia-
na.

No había pasado el mariscal Víctor tampoco ocioso el tiempo trascurrido desde la de Medellín. Porque si en un principio pudo establecerse tranquilamente en las márgenes del Guadiana y aun lanzar reconocimientos por la izquierda hasta Santa Marta y Villafranca de los Barros en observacion del ejército de Cuesta, pronto comenzó también á sentir los efectos de su inacción, de la paralización, al menos de sus operaciones después de triunfo que parecía tan decisivo. Los pueblos se reponían de su sorpresa y se alzaban para vengar las depredaciones del enemigo; organizábanse partidas en todo el país para hostilizarle, y las avanzadas de nuestro ejército, que por momentos engrosaba, se adelantaban á combatir más osadas, más decididas que antes. De Badajoz

(1) La entrada de Lapisse en Alcántara correspondió á la fama que ya tenían sus soldados y habían días antes justificado en su marcha desde las inmediaciones de Ciudad-Rodrigo.

El parte de las autoridades de aquella histórica villa decía así: «No es posible referir las inhumanidades cometidas en esta infeliz poblacion. Fueron degollados unos 40 hombres y una mujer, que no pudieron huir aprisa, por viejos ó enfermos. Las mujeres que por la misma causa habían quedado dentro del pueblo, fueron violadas, sin perdonar la ancianidad misma.»

Y no seguimos copiando el parte, que mete realmente espanto, aun cuando se trate en él de los mismos dragones que tanto se distinguieron en Uclés; no vaya á tomarse, como de españoles, por exagerado. Schépeler dice: «El teniente coronel Grant y D. Carlos de España que seguían á Lapisse, encontraron en la villa, incendiada por varias partes, montones de individuos muertos y mutilados, perros y animales domésticos, revueltos como por burla, sobre utensilios y á que los bárbaros habían dado fuego. Las iglesias habían sido saqueadas y los sepulcros abiertos en busca de tesoros que se suponían ocultos con los muertos.»

salían todos los días, mezclados con tropas de la guarnición, los tercios de la cruzada, especie de Orden militante, dirigida á vengar principalmente los atentados cometidos por los franceses contra la religión, y que la Junta Central aprobó dotando á cuantos la formaban de una cruz roja en el pecho, como distintivo honorífico, y poniéndola después como modelo á los demás pueblos de la Península. Varias veces lograron escarmentar á los franceses que se acercaban á la plaza; y en un combate que el marqués de Monsalud dió á la caballería de Víctor entre Nogales y Santa Marta, el 10 de Mayo, los escopeteros de Cruzada, entre los jinetes, y los tercios, entre los peones, lograron distinguirse por su bravura y disciplina. En la derecha del Guadiana obtenían ventajas aun mayores los habitantes de Alburquerque, quienes, no sólo se resistieron á destruir, como se les mandaba, las municiones y la artillería encerradas en su fortaleza, sino que, adelantándose á Villar del Rey, sorprendieron á una vanguardia francesa de 400 infantes y 600 caballos, causándola grandes pérdidas, y obligaron á retirarse al cuerpo de la columna que acababa de llegar á la próxima villa de la Roca.

Ni sacó de perplejidades al mariscal Víctor la llegada de Lapisse á su campo. Desilusionado respecto á su marcha sobre Andalucía é impotente para conquistar Badajoz y aun para someter un país, tan decidido en su empeño de resistencia que, cuando no con las armas, se defendía, y quizás con más éxito, arrastrando á las montañas, además de la población, cuantos comestibles poseía y destruyendo

Los franceses se retiran al Tajo.

hornos, molinos, cuanto pudiera ofrecer utilidad al enemigo, se decidió á, con el pretexto ó con el motivo de ayudar á Soult en su empresa contra Portugal, buscarse en el Tajo la subsistencia y la seguridad que no podía conseguir en el Guadiana (1).

Fuése, pues, sobre Alcántara con todo el ejército que el coronel inglés Mayne, al partir Lapisse á Mérida había ocupado con algunas fuerzas portuguesas que mal podían contener á tal golpe de enemigos, y después de aventar su vanguardia en Brozas y de un combate obstinado, el del 14 de Mayo, en las calles y el puente de aquella histórica villa, hubieron ellos de retirarse á la derecha del Tajo volando un ojo del puente, la obra portentosa del emperador Trajano, nuestro insigne compatriota (2).

(1) Escribía á José el 8 de Junio, ya desde Torremocha: «Parece que, desesperanzados de podernos hacer frente con las armas, se han decidido á quitarnos todo medio de vivir y á poner por medio un desierto á medida que avancemos sobre ellos. Si ese ha sido su objeto, no hay duda de que la ejecución nos perjudicará muchísimo.»

(2) El combate fué muy honroso para las tropas portuguesas y así lo califica Wellington en sus despachos. A fin, pues, de que lo conozcan detalladamente nuestros lectores, damos en el Apéndice núm. 12 la versión que de él hace el Sr. Da Luz Soriano.

En ella se puede observar que la voladura del puente sólo hizo efecto por un lado del mismo, lo cual, sin duda, permitió á la caballería francesa perseguir á los portugueses hasta su tierra, allí muy próxima. Lord Wellington, y en eso le sigue el conde de Toreno, dice que salió fallida la tentativa de volar el puente; pero Schépeler, nada enemigo de los ingleses y que sirvió con ellos en aquella guerra, asegura que Mayne fué el destructor de aquella maravilla arquitectónica y lo anatematiza de esta manera. «¡El viajero, dice, admira aquella obra maestra y pregunta afligido qué mortal osó atacarla, y el habitante de Alcántara señala suspirando á un extranjero! Y esa destrucción, añade, fué completamente inútil, porque el enemigo pasó muy pronto el río y envió sus reconocimientos contra Castello Branco.»

«Y á eso se redujo, dice Schépeler, la tentativa de Víctor contra Portugal»; porque, si no estableció su cuartel general en Trujillo, como dice el historiador alemán, ni sus tropas tomaron cantones á lo largo del Tajo, por ser allí, más que en parte alguna de su curso, característico el nombre que lleva, se mantuvo hasta muy entrado Junio en Torremocha, villa mucho más próxima á Cáceres que á la patria de Pizarro.

A su vez, Cuesta pudo avanzar á Guadiana, en pos de Víctor, impulsado por su propio anhelo batallador y de las instancias que, por conducto del incansable D. Miguel de Alava, le dirigía Wellesley á fin de que no se le distrajese de su empresa contra Soult con la amenaza de una nueva invasión del Portugal por el valle del Tajo. No estuvo afortunado en la reconquista de Mérida, la fortificación de cuyo Conventual resistió al pequeño calibre de la artillería que contra ellas puso en juego el ya brigadier Zayas, jefe de la vanguardia; apoderándose del fuerte el 24 de Mayo, abandonado ya por el holandés Storm de orden de su general en jefe que envió una brigada de caballería para que pudiera hacerlo sin peligro (1). Más glorioso fué el combate de Aljucen en

Víctor escribía pocos días después á Jourdan que el puente estaba destruido. Cuesta en su «Manifiesto» dice..... y la voladura de un arco del famoso puente de Alcántara por los ingleses al aproximarse á aquella plaza una de las divisiones de Víctor.» La cree perjudicial á los franceses. Es verdad que Torreno acusa de la voladura, que hace posterior, al mismo Víctor.

(1) Cuesta dice en su citado «Manifiesto»: «En este estado de cosas se pasó el último tercio de Mayo y la mitad de Junio, sin ocurrir otras dignas de referirse, más que la resistencia del Conventual, no estrechado de intento por nosotros, porque aun

que el mismo Zayas venció con su vanguardia á una división de caballería francesa causándola de 50 á 60 muertos y muchos más heridos; como lo fué tambien el que libró el brigadier Rivas cerca de Medellín á los dragones de Latour Maubourg con el 2.º de húsares de Extremadura que tan alta fama alcanzaron desde entonces.

Estas acciones tuvieron lugar el 1.º y el 8 de Junio, (1) fecha, la última, en que Víctor se hallaba en Torremocha, desilusionado respecto á su proyectada expedición á Andalucía y de su misión posterior en auxilio de Soult en Portugal, y luchando entre su deseo de mantenerse en Extremadura y la precisión, en que se veía, de repasar el Tajo. «Tengo el deber, decía el 8 de Junio al Rey José, y es un deber bien penoso, de manifestar á V. M. que si, de aquí á seis ó siete días, no recibo instrucciones suficientemente

después de reducido, no se podía sostener á Mérida, manteniéndose todavía invadible el río Guadiana que lo baña.» No lo entendemos.

Por cierto que días después, de su abandono el 29, escribía Víctor á Jourdan que los españoles habían cañoneado el Conventual con ímpetu, pero sin resultado, y que la pérdida de aquel fuerte lo sería grande para los franceses para cuando tratasen de marchar á Andalucía. Por eso sin duda, le contestaba Jourdan el 1.º ya de Junio que «si fuese posible poner el castillo de Mérida en estado de resistir 10 ó 12 días, pensaba (el Rey) que no había inconveniente en continuar ocupándolo mientras él (Víctor) ejecutara su movimiento sobre Alcántara; pero que si podía perderse antes de que cupiera el socorrerlo, valdría más evacuarlo.»

¡Dificultades inherentes al estado de las comunicaciones en aquel tiempo para dirigir desde lejos las operaciones de la guerra!

(1) La hoja de servicios de Zayas señala á esa acción del distinguido general la fecha del 31 de Junio; pero como ese mes no tiene 31 días, y de todos modos, fué anterior á la de Medellín. le designamos la arriba estampada que da Muñoz Maldonado, La acción de Medellín obtuvo su lugar en la Gaceta; la de Aljucen, no.

positivas para salvar al primer cuerpo de ejército de la disolución á que está expuesto, me veré en la precisión de tomar un partido desesperado para librarlo de su ruina y á nuestras armas de tamaña vergüenza. Ruego pues, á V. M. me dé sus órdenes lo antes posible.»

Ya había escrito á Jourdán que sus soldados estaban á media ración; que los habitantes se habían llevado consigo el trigo, la harina, la cebada, hasta los muebles que poseían, siendo infructuosas cuantas pesquisas había practicado para proporcionarse víveres; que era imposible, por fin, mantener sus posiciones entre el Tajo y el Guadiana.

Si, pues, no podía continuar en sus posiciones y para avanzar á la izquierda del Guadiana necesitaba órdenes terminantes que el Intruso no podía darle, conocedor de los sucesos de Portugal y Galicia, ¿qué recurso le quedaba á Víctor sino el de repasar el Tajo y, cubriendo los puentes de Almaraz y del Arzobispo, resistir el ataque de frente que sus enemigos no podían tardar en dirigirle? Así es que en un despacho de Jourdán al Ministro de la Guerra del Emperador, en el de 26 de Junio, se vé que José había autorizado á Víctor para volver á la derecha del Tajo y establecerse entre Almaraz y Talavera; lo cual ejecutó, con efecto, el Mariscal el día 19, haciendo desfilar primero su artillería de mayor calibre y la *impedimenta* y cubriendo el paso del grueso del ejército con toda su caballería.

Muy de cerca le seguía la vanguardia de Cuesta, mandada, según hemos dicho varias veces, por el infatigable Zayas; pero, á la vista de los fuertes levan-

tados por los franceses en los puntos más convenientes y no llegando á tiempo la caballería del duque de Alburquerque ni la división Bassecourt, sólo pudo presenciar el paso de las últimas fuerzas de Víctor por el puente de Almaraz que, en seguida, tuvieron los franceses buen cuidado de inutilizar, retirando las barcas que lo formaban á la orilla derecha, para incendiarlas después (1).

Operaciones en la Mancha.

En tanto que en Extremadura tenían lugar las operaciones militares á que acabamos de referirnos, no faltas de importancia para la gran jornada de Talavera de la Reina, se iniciaban en la Mancha las que habrían de dar por último resultado la de Almonacid, epílogo de tan reñida como infructuosa campaña.

Alarma en el campo francés.

Al acercarse Cuesta al Guadiana tomando una iniciativa que parecería imposible, después del desastre de Medellín, á no conocer el carácter de la nación española, asomaba por los desfiladeros de Sierra Morena las cabezas de sus columnas el ejército reunido en La Carolina por el general Venegas. Y como no se mueven sin ruido masas tan considerables de tropas, corrió por las filas de las francesas, que las observaban, la fama de que iban á ser objeto de un nuevo ataque en las llanuras donde tenían sus cantones. Ya el 22 de Abril escribía José á Napoleón que Sebastiani le daba noticia de que un ejército enemigo se adelantaba contra él. Ese debía ser, como acabamos de decir, sólo ruido ó fama, porque el In-

(1) El Intruso y Jourdan se lamentaban después de que se hubiera así destruido un tren de puentes que luego habría podido utilizarse. Más tarde y en carta dirigida á aquél se sinceró Víctor de tal acusación.

truso no se movió de Madrid hasta el 14 de Mayo siguiente y, aun entonces, su correspondencia no habla sino de que el jefe del 4.º cuerpo francés *parecía amenazado por las tropas españolas de Sierra Morena*; y tan era así, que pocos días después regresaba á Toledo é inmediatamente á Madrid con cuantas tropas había emprendido su expedición en auxilio de Sebastiani. Él, sin embargo, se mostraba satisfecho de la excursión, en que decía haber observado buenas disposiciones en su favor por parte de los manchegos, atribuyéndolo al buen espíritu y á la rectitud de aquel general, el famoso expoliador después de Granada y Málaga.

Pero como el ruido tenía sus causas, no tardó en tomar cuerpo y en difundirse, con fundamento ya de hacer ver muy pronto sus efectos. El general Venegas, á quien se había confiado en 6 de Abril el mando del ejército de la Mancha, parte del de Extremadura y la Mancha puesto, en cuanto á movimientos y operaciones, á las órdenes de Cuesta, no descansaba en la tarea de reorganizarlo con los elementos que le eran enviados de las provincias de Andalucía, á cuya defensa se le destinaba principalmente. La jornada de Ciudad Real lo había desorganizado, casi destruido; el destacamento de Alburquerque para la de Medellín lo había reducido á las proporciones más exiguas; y eran necesarios un impulso enérgico de parte del general, mucha solicitud de la del Gobierno y un gran patriotismo de la de los pueblos para llegar á poner aquel ejército en condiciones de volver á medirse con sus vencedores en nuevos campos de batalla. Venegas, á pesar de todas

Ejército de
la Mancha.

esas dificultades y de la rivalidad que tenía que mantener con tantos como ambicionaban el mando, logró, no sólo restablecer la disciplina, sino elevar el número y la organización de aquel ejército; presentando el 14 de Junio y poniendo en movimiento por la Mancha hasta 13.920 infantes, 3.035 caballos, 20 cañones, seis obuses y cinco compañías de zapadores (1).

Pero, después de todo y á pesar del elogio que de aquellas tropas hacía su general, no dejaban de ser muchas de nueva recluta; no pocas, de soldados recién salidos de los hospitales, y las demás, de las derrotadas en el mes de Marzo.

Y sin embargo, bien estudiadas las condiciones de aquel ejército de la Mancha, la menos mala era la de su personal que, al fin y al cabo, se inspiraba en aquel espíritu marcial que movía á la nación toda en defensa de su independencia, obedeciendo, además, á quien había dado bastantes muestras de valor y talentos, siquier éstos no fueran extraordinarios. La peor de las condiciones aparecía en la dependencia en que, por error lamentable de la Junta Central, se había puesto á Venegas del general Cuesta, á quien se dió el mando en jefe de dos cuerpos tan distantes entre sí, cuyas comunicaciones eran tan lentas, ya que no difíciles, y cuando era á veces necesario se entendieran sus caudillos por el intermedio de la Junta que, no pocas veces también, daba sus órdenes á uno ú otro, y algunas diferen-

(1) Así lo consigna el mismo general en su «Vindicación de los agravios infundados, injustos y groseros» con que Cuesta había intentado, dice, manchar su reputación.

tes y hasta opuestas (1). Luego veremos los fatales resultados de aquella organización viciosa en la marcha de la campaña.

La asamblea de aquellas tropas, los movimientos que ejecutaban para su organización y su establecimiento en las posiciones de la Sierra, produjeron el ruido que alarmó á los franceses en Mayo é hizo al Rey José trasladarse á la Mancha para rechazar á los españoles en su invasión de los dominios tan *recta y benévola*mente regidos por el general Sebastiani.

El 14 de Junio ya era otra cosa. El general Sebastiani que, por temor á una sorpresa, tenía establecido su cuartel general en Madrideojos, comunicó al Intruso la noticia, entonces verídica, de la aproximación de los españoles. En previsión siempre de aquel movimiento, se había ordenado á Víctor reforzase el 4.º cuerpo francés con la caballería ligera del general Merlín y la división Leval; pero, viendo que aquellas fuerzas podrían llegar tarde á su destino, José, al saber el movimiento de Venegas, volvió á abandonar su corte y se dirigió con unos 6.000 hombres de la Guardia y de la división Dessoles á Madrideojos, donde entraba el día 25 de aquel mismo mes. Ante aparato tan imponente no había de esperarle Venegas, quien, enterado de la nube que iba á descargar sobre él, se fué muy despacio retirando á la Sierra, su guarida de siempre. Pero no lo hizo

Sale á campaña.

Se retira combatiendo.

(1) Dice el insigne Melo en su «Política Militar en avisos de Generales»: «Será dudosísimo el acierto de las acciones, llevando abstenidos los poderes el capitán general que las gobierna en Provincias remotas, donde nace el perderse ocasiones de gran importancia, y que la fortuna ofrece raramente, y se dá causa á disculpas de muchas omisiones; dorando la falta del cuydado, con la del poder.» Aviso VI. Del Poder.

sin ejercitar sus tropas, á fin de endurecerlas para las operaciones sucesivas, y de hacerlas al fuego de enemigos que muy pronto habría de combatir. Así es que su vanguardia, mandada por el brigadier don Luis Lacy, tan célebre después, resistió gallardamente varios encuentros; distinguiéndose el 28 de Junio en Torralba de Calatrava, donde acometió, ya anochecido, á cinco regimientos de caballería enemiga que con dos piezas de campaña se habían adelantado para picar la retirada de nuestro ejército, castigándolos reciamente. Ese combate fué digno epílogo de aquella expedición, á que dieron principio, afortunado también, el teniente D. Juan Morán en Valdepeñas, y el capitán D. Miguel Rosales en Alcubillas; aquél, derrotando á 50 jinetes franceses con 20 de los suyos, y el segundo abriéndose paso por entre fuerzas muy superiores que trataban de envolver la suya del regimiento de dragones de Granada (1).

Errores del
Intruso.

El avance de Venegas en el alto Guadiana, seguido del de Cuesta por el valle del Tajo, y los rumores de que un refuerzo de 10.000 portugueses se ponía en movimiento para, en unión con los españoles, entrar de nuevo en campaña, si obligaron al Intruso á devolver á Víctor el destacamento que él

(1) No fué Rosales el único que se distinguió en aquella acción aun cargando á la cabeza de su tropa, sino que toda ella hizo prodigios de valor, pero especialmente el carabiniero Juan Molina que se entró en un gran pelotón de jinetes enemigos matando á dos de ellos, hiriendo á varios y salvándose, por fin, aunque con dos sablazos, seis balas en el cuerpo y 15 en el uniforme. A Rosales se le dió el grado de teniente coronel y á Molina grado y sueldo de alférez de caballería con el uso del escudo de distinción.

no llegó á utilizar, recomendándole la guarda de los puentes de Toledo para tener expeditas las comunicaciones, no le impusieron lo que debieran. En su concepto, el ejército inglés no se movería de Portugal, atento á resistir la nueva invasión que él preparaba con el 2.º, 5.º y 6.º cuerpos franceses reunidos. Tales ilusiones abrigaba en ese punto, que no esperaba más que á que Soult reparara las pérdidas de material que acababa de sufrir, para hacerle penetrar nuevamente en el territorio lusitano, no quedándole otra duda que la del camino que habría de emprender. Y si bien dudaba, y así se lee en su despacho del 9 de Julio al Emperador, «que la marcha de los cuerpos de Ney, Soult y Mortier á Portugal pudiera emprenderse sin comprometer el Norte de España y sus comunicaciones con Francia,» decía después: «Los ingleses no han indicado aún su movimiento. ¿Se dirigirán á Galicia, á Castilla ó se quedarán en Lisboa? En esta última hipótesis, ¿deberá írseles á buscar por Ciudad-Rodrigo y San Felices? Esta es la opinión de los que conocen bien el país. ¿Quiere V. M. que se siga el camino de la primera expedición del duque de Abrantes ó el que últimamente ha recorrido el de Dalmacia? ¿Debe verificarse esta expedición con los calores de ahora ó se debe proceder á la reocupación de Galicia?»

Y, atúrdanse nuestros lectores, se hacía este largo interrogatorio el 9 de Julio y desde Talavera, cuando ya estaba el ejército inglés en Coria, casi á la vista, y se hacía al emperador Napoleón que, en igual fecha, se hallaba nada menos que en Wolkersdorf, más allá de Wagram, campo el día 6 de la tan

célebre batalla del mismo nombre. Cuesta con sus 10.000 auxiliares portugueses, que equivocaba con el ejército inglés, no le infundían recelo: daría cuenta de ellos el 1.^{er} cuerpo, que acababa de revisar, compuesto de tropas que *era imposible ver otras mejores*, y, aun dado el caso de que los ingleses fueran con el general español, ¿cuándo se le ofrecería á él ocasión mejor, más afortunada, para decidir de la suerte de España?

Situación y fuerza de los beligerantes.

Veamos ahora cuáles eran la verdadera situación de los ejércitos beligerantes, sus fuerzas y organización, cuáles, en fin, los proyectos y planes de sus jefes respectivos.

Parece imposible, y así lo hicimos ver en el tomo anterior, que á los tres meses de haber sufrido reveses como los de Uclés, Ciudad-Real y Medellín, se encontrara España en estado de entrar de nuevo en una lucha con esperanza todavía de éxito.

Ejército de la Mancha.

En Sierra Morena, á cuyas asperezas se habían acogido las tropas dispersas de la Mancha, se organizaba un ejército con los solos recursos que podían ofrecer las provincias andaluzas; y ese ejército había salido á las llanuras de Castilla, por si pudiera aprovechar la debilidad que era de suponer en los ejércitos franceses, menguados por la guerra de Austria y por los reveses sufridos en Portugal y Galicia.

Ya hemos dicho que, al emprender esa expedición, constaba el ejército de 18.920 infantes, 3.035 caballos, 26 piezas de artillería y cinco compañías de zapadores. Pues bien, acogido de nuevo á la Sierra, logró su general en jefe reunir para su segun-

da, fatal y última salida, hasta 26.298 hombres, de los que 3.383 montados y los sirvientes para 23 cañones de á 4, 8 y 12 y 7 obuses de á 7, modelo de entonces para campaña. Esa fuerza estaba organizada en cinco divisiones; la 1.^a, con 4.959 infantes, 532 caballos, 3 cañones y un obús, regida por el brigadier D. Pedro Agustín Girón; la 2.^a, con 5.276 infantes, 609 caballos y 4 piezas, por el también brigadier D. Gaspar Vigodet; la 3.^a, con 6.910 infantes, 1.366 caballos y 7 piezas, por el mariscal de campo D. Pedro Grimarest; la 4.^a, con 4.809 infantes, 527 caballos y 10 piezas, por el brigadier D. Francisco González de Castejón; y la 5.^a, con 4.344 infantes, 349 caballos y 4 piezas, por el mariscal de campo D. Tomás de Zeráin (1).

Esa organización sufrió alguna reforma, aun cuando la única digna aquí de anotar fué en el mando de las divisiones, dándose el de la 1.^a al brigadier Lacy, y á D. Pedro Agustín Girón el de la 3.^a, por haber sido Grimarest destinado á organizar en Écija un nuevo ejército de reserva.

La reciente expedición había levantado el espíritu de aquellas tropas, persuadiéndolas, por los pequeños combates que algunas habían sostenido, de que, no hallando al enemigo reunido, pues que se le llamaría la atención por lados diferentes, podrían medirse con él tantos á tantos y en una combinación que hiciera corriese peligro por sus flancos ó en sus comunicaciones. Y como este riesgo impone tanto,

(1) Véase en el apéndice núm. 13, el estado de fuerza que consta entre los arreglados por la Sección de Historia Militar en 1821.

y éllas no lo temían teniendo á sus espaldas aquella sierra tenebrosa terror de sus contrarios, no en otra cosa ponían sus aspiraciones sino en la nobilísima de recuperar á Madrid como el año anterior y quizás expulsar al invasor del suelo patrio.

El entusiasmo, pues, era grande, muy superior á la fuerza, sentimiento nada raro en los españoles que ni saben medir la propia suya, no contando tantos y tantos elementos como la componen además del hombre, ni apreciarla en los enemigos que, con no ser como ellos españoles, llevan en esa misma cualidad de extranjeros la debilidad y el vencimiento.

El de Ex-
tremadura.

El ejército de Extremadura, como destinado á operaciones de importancia más decisiva, reunía mayor fuerza y su jefe estaba revestido de superior autoridad, puesto que él sería quien combinase el uso de todas y la marcha que habría de seguirse en la empresa. Es cierto que esa autoridad, omnímoda entre los elementos españoles, no podría, del mismo modo, extenderse á nuestros aliados, gentes que ni habrían de reconocerla ni respetarla. Y de ahí, y del distinto carácter de los generales que habrían de caminar reunidos y de las distancias á que habría de operar el otro, resultaría una falta de armonía en los movimientos y una ineficacia en los resultados que, al fin y al cabo, venciendo en lo más arduo, terminaría la campaña por un fracaso, que un gran triunfo quedaría completamente estéril y frustrada una lisonjera y, al parecer, fundadísima esperanza.

Hasta 36.000 hombres de todas armas llegó á

reunir el ejército de Extremadura, organizados en una Vanguardia mandada por el brigadier Zayas, cinco divisiones de infantería á las órdenes, según sus números respectivos, de los mariscales de campo, marqués de Zayas, D. Vicente Iglesias, marqués de Portago, D. Rafael Manglano y D. Luis Alejandro de Bassecourt, y dos divisiones de caballería que regían los tenientes generales D. Juan de Henes-trosa y duque del Parque (1).

De esa fuerza fué necesario destacar alguna á la guarda de un puente de barcas que se echó en el Tajo á la inmediación de Almaraz, y dos batallones luego para reforzar con tropas españolas la columna del coronel Wilson que, al penetrar en España, necesitaba, como es natural, alguna tropa del país que le acompañase en una expedición que, por lo separada del Ejército, habría de exigir atenciones y conocimientos que no habrían de proporcionarle los ingleses y portugueses que mandaba hasta entonces.

Con las bajas naturales en todo ejército al emprender operaciones de tal monta, el de Extremadura tenía al cruzar el Tajo unos 33.000 hombres de los

(1) Véase el apéndice núm. 14.

Sería obra de nunca acabar el cálculo de las fuerzas que sumaba el ejército de Extremadura si hubiera de tomarse en cuenta la opinión de tanto escritor, español y extranjero, que ha historiado la batalla de Talavera. Con decir que lo hay que ha atribuído á Cuesta el mando de 80.000 españoles en aquel célebre hecho de armas, basta para comprender los desvarios á que en ese punto se han entregado muchos, más influidos por la pasión que por la conciencia. Nosotros damos las cifras oficiales, sin ficciones de ningún género, pues que son anteriores á la batalla, estampándolas sin método ni fijeza por no existir de otro modo en nuestros archivos.

que 7,000 de caballería, fuerza que es la que Lord Wellington le atribuye en sus despachos (1).

Claro es que no se podía exigir á aquellas tropas ni á las de Venegas la instrucción y la disciplina que á las de soldados de mucho tiempo atrás reclutados y metidos en las filas: lo asombroso es que, al mes siguiente al de un revés como el de Medellín, fuera su número tan considerable y merecieran el concepto que alcanzaron de capitán como el que mandaba el ejército de la Gran Bretaña.

Su situación, ya la hemos expuesto, era en la línea de posiciones que cubren la orilla izquierda del Tajo sobre el puente de Almaraz, alargando el ala derecha hasta el puente del Arzobispo, tan digno de vigilancia desde las operaciones, sobre todo, para que en la primavera pasada había servido de paso y hasta de base, mucho más útil al enemigo que los de Talavera y del Conde. Allí esperaba el general Cuesta la aproximación del ejército inglés con cuyo jefe habría de ponerse de acuerdo para los movimientos sucesivos, sirviendo también de vigilante y guardián de la margen derecha á fin de que Wellesley no tuviera que preocuparse más que de seguir

(1) «El ejército español de Cuesta, decía el 15 de Julio al Vizconde Castlereagh, consta de unos 33.000 hombres, de los cuales 7.000 son de caballería. Sobre 14.000 han sido destacados á Puente del Arzobispo y los demás permanecen en su campo del Puerto de Miravete. Las tropas están mal vestidas pero bien armadas, y los Oficiales parece que hacen toda clase de esfuerzos por su disciplina. Algunos de los cuerpos de Infantería están ciertamente bien, y los caballos de la caballería son de buenas condiciones.» ¿A qué, después de esto, asegurar Napier que Cuesta tenía 38.000 hombres entre Almaraz y Oropesa?

su marcha por el valle y regularizar en lo posible la subsistencia de sus tropas.

Esta es, con efecto, la atención más apremiante para un general encargado del mando de soldados ingleses, y Wellesley la extremó en sus campañas de la Península hasta el punto de mostrarse injusto para con nosotros, imperioso y aun arbitrario y déspota con los pueblos en que hubo de operar. No había acabado de penetrar en el territorio español cuando, olvidando lo que le aconteciera en Portugal, comenzó á reclamar, á exigir de los pueblos, los generales y el Gobierno lo que ni aquéllos tenían ni éstos podían proporcionarle.

El ejército inglés, el propiamente llamado así, el ^{El ejército} inglés. que procedía de las islas británicas, constaba en Portugal de unos 31.000 hombres; 20.997, de los que 3.047 de caballería y los necesarios para el servicio de 30 piezas, en la frontera de España; sobre 8.000 de infantería que estaban ya en marcha para el cuartel general, el regimiento núm. 40 de la misma arma que, procedente de Andalucía, acababa de desembarcar en Lisboa, y uno de caballería que se incorporó al grueso del ejército en Plasencia el día 10 de Julio (1).

La fuerza que entraba ya en operaciones, fué or-

(1) Véase el apéndice núm. 15 con el estado de fuerza que Nápiér intercala en su obra al comenzar el relato de aquellas operaciones.

Decía Wellesley á Castlereagh desde Castello Branco el 30 de Junio:

«Nada hay más engañoso que un estado de fuerza como el que se me ha enviado. Contiene la enumeracion de nada ménos que once batallones que no han llegado, de dos cañones de Gibraltar y de dos mandados regresar, y del 20.º de dragones

ganizada en cinco divisiones, cuatro de infantería regidas por los generales Sherbrooke, Hill, Mackenzie y Campbell, todos conocidos de nuestros lectores, y una de caballería á las órdenes del teniente general Payne. Ni podían ser más sólidas las tropas, ni más expertos sus generales, ni más acreditado y hábil el que las mandaba en jefe. No hemos de escatimar el menor elogio á nuestros aliados al poner por vez primera su planta en el territorio español, donde tantos y tan merecidos laureles iban á conquistar. Pero permítasenos también decir que en aquellas tropas, tan espléndidamente servidas y con tanto rigor tratadas, la disciplina se observaba de dos bien distintas maneras. El oficial era obedecido, y, ¡ay del que no lo hiciera ciegamente en el cuartel ó la batalla!; pero en cuanto al trato con los pueblos del tránsito ó á los que tuvieran la desgracia de ser objeto de asalto ó teatro de combate, se dejaba de mano aquella observancia de la Ordenanza que tanto recomienda el buen trato para todo prójimo ó para todo interés general y particular. Decía su general al secretario de estado el 17 de Junio: «Tenemos un gran preboste y nada ménos que cuatro asesores. No per-

que ha ido á Sicilia, y se omiten, por otro lado, dos batallones del 48.º y del 61.º que han venido de Gibraltar. El error de estos estados produce que nunca se pueda conseguir el verdadero conocimiento de la fuerza del ejército. Segun ellos, yo tengo 35.000 hombres, y por mi cuenta puedo asegurar que sólo tengo 18.000, y el público no se satisfará ni con vos ni conmigo sino doy el resultado que hacen esperar los 35.000. Incluso los oficiales que deben tomarse en cuenta, no dudo de que en no largo plazo tendré más de 35.000 hombres; pero en todos esos estados debe hacerse una rebaja del 10 por 100 por hospitalidades y así puede uno aproximarse á la verdad.»

mito jamás que vaya un solo hombre con los bagajes; nunca deajo un hospital sin un número de oficiales proporcionado al de los soldados que contiene; no deajo salir un destacamento que no vaya mandado por oficiales; y, sin embargo, no hay ultraje, de cualquier género que sea, que no hayan cometido en una población que unánime nos ha recibido como amigos, unos soldados que, hasta ahora, no han querido soportar la menor privación...»

Y no era esta la primera vez que Wellesley se lamentaba de los excesos de su tropa, porque días antes escribía también: «El ejército se conduce horriblemente mal. Es una canalla (a rable) que no sabe soportar sus propios éxitos mejor que el ejército de John Moore sus reveses. Me esfuerzo en domarla; pero, si no lo logro, habré de quejarme oficialmente y que destierre uno ó dos cuerpos á Inglaterra. Todo lo saquean» (1).

Y si esto sucedía en Portugal, el país para cuya sola defensa se creían llamados los ingleses, ¿qué no tendrían que sufrir los españoles, enemigos suyos tanto tiempo por mar y tierra y sus vencedores no pocas veces? Luego tomaremos en cuenta los *enormes crímenes*, así los llamaba Lord Wellington, que cometieron en nuestra patria, la tierra sin la lealtad y valor de cuyos habitantes hubieran tenido que reembarcarse cien veces en aquella guerra.

Además no era tampoco oro todo lo que relucía en el ejército inglés: también en la misma oficialidad

(1) Por algo tenían los oficiales ingleses tanto orgullo de haber servido á las órdenes de John Moore.

había quienes desdecían de la gallardía y la severidad de carácter de la nación británica, metiéndose hasta á maestros en un arte del que sólo tenían las nociones recogidas de la experiencia de otros; chocando, como le chocaba á un conmlitón suyo de la Legión alemana, y hasta haciéndole gracia «que muchos de aquellos insulares, que acababan de aprender la nueva táctica por un reglamento combinado de todos los del continente, se metieran de rondón á organizar todo el ejército español». Y después de añadir á eso el coronel Schépeler «que tales profesores del ejercicio inglés y aun generales no experimentados amenazaban inundar la Península de sus planes y con frecuencia tambien de sus especulaciones», continúa diciendo: «Cada uno de aquellos ingleses tenía sus favoritos, quería colocarlos ó emplearlos segun le convenía; y se sobreentiende que la proteccion de los embajadores se dirigió más ó ménos por ese camino. Cuando los ingleses pretendían, pues, en un abrir y cerrar de ojos, metamorfosear á los españoles, así como á los portugueses, en soldados de su nacion, como los renegados franceses y otros á los árabes en europeos, sucedió á veces que los discípulos, como habitantes del continente y que se fijan más que los insulares en la apariencia militar, se reían de unos maestros con sombrero redondo y paraguas. No se habla aquí de oficiales llenos de mérito que se repartieron en el ejército español como leales consejeros, observadores, etcétera:..... sino de algunos demasiado conocidos en la Península por todas sus flaquezas.....» «Todo socorro extranjero, añade sentenciosamente, en el país

mismo, es casi siempre pernicioso á las naciones» (1).

Nosotros, sin embargo, repetiremos que el ejército inglés era, y sigue siéndolo, como ningún otro, sólido en el campo de batalla y, si no lo maniobrero que el francés de entonces y lo propio para la ofensiva, sí incontrastable en una posición bien elegida. Así parecían sus infantes haber echado raíces en el suelo que pisaban; su artillería, aun de menor calibre que la enemiga, la superaba en habilidad y acierto, y la caballería, si demasiado arrebatada á veces, acaso por la índole de su magnífico ganado, era de un empuje y una brabura no fáciles de igualar. En eso podían observarse dos naturalezas distintas y, sin embargo, británicas las dos; la sangre fría, el estoicismo de manifestaciones más clásicas, en los peones, sin algazara ni necesidad de pomposas é hiperbólicas arengas: el ardor inmoderado, sin cálculo ni previsión, en los jinetes, precipitándose á la carga sin reconocimiento del campo, sin examen alguno de la fuerza ni de la situación del enemigo.

Detrás del ejército inglés aparecía su aliado el de Portugal, regido, empero, según antes dijimos, por jefes y, en una gran parte también, por oficiales de las tropas británicas. No necesitamos entrar en la apreciación de su mérito, incontestable en cuanto al personal, pues nadie como los españoles puede apreciarlo y debe reconocerlo. Su organización no carecía de defectos, resultado de las circunstancias en que le había sorprendido la invasión francesa, del

El de Portugal.

(1) Este último rasgo le haría gracia á nuestro entusiasta amigo, el Sr. Nápier.

abandono de la corte y de los sucesos posteriores, casi exclusivamente debidos á la iniciativa de los ingleses. Estos trataban de dar regularidad y fuerza á la reorganización de que tanto fruto debían esperar, y creyeron que, sólo haciendo intervenir en ella elementos propios suyos, lograrían obtenerla con el éxito necesario para sus cálculos y esperanzas militares.

Señalada en el capitulo anterior la fuerza total del ejército portugués, ahora nos toca tan sólo enumerar la que iba á tomar parte ó servir de reserva en las operaciones á que nos vamos contrayendo. Iba flanqueando á los ingleses la brigada Wilson, la llamada *Leal Legión Lusitana*, que fué luego reforzada, segun acabamos de decir, por dos batallones y algunos jinetes españoles de los del ejército del general Cuesta. No pasaría, sin embargo, su fuerza de unos 1.000 portugueses con varios oficiales, por supuesto, y jefes británicos. La más numerosa del vecino reino y la mejor organizada é instruida era la del general Beresford que, retirada de la frontera española de Galicia, había seguido las huellas del ejército inglés y aparecía ahora como en reserva, llamada á operar también en el Tajo, pero observando y, en caso de necesidad, ocupando los pasos de la divisoria con el Duero, de tanta importancia cuando se sabía que los cuerpos de Soult y Ney se reunían en Zamora y Salamanca y aun podían ser reforzados por el de Mortier. El de Beresford reunía así de 10 á 15.000 hombres, según operase solo ó pudiera combinar sus movimientos con las tropas, portuguesas también, y las Milicias que se mantenían frente á

Ciudad Rodrigo ó se hallaban establecidas en las inmediaciones de Castello Branco (1).

Tales eran el número y la calidad de las tropas aliadas que iban á intentar un esfuerzo del que no pocos esperaban la evacuación de todas las provincias centrales de la Península por los franceses que, por lo menos, tendrían que acogerse de nuevo á la izquierda del Ebro, su refugio del año anterior.

Plan de operaciones.

Y era para abrigar esperanzas tan halagüeñas el ver reunidos ó en combinación íntima sobre 100.000 hombres de todas armas, dirigiéndose principalmente contra los cuerpos de ejército franceses destinados á la ocupación de Madrid y de las provincias que cubrían aquella capital, corte del Rey intruso y centro de sus operaciones militares y políticas. Todo lo que podría temerse por el momento era que el cuerpo del mariscal Mortier acudiese á la defensa de José y á la de sus colegas Víctor y Sebastiani, adelantados hacia Andalucía y Extremadura, de donde iba á partir la iniciativa contra ellos. Pero no se contaba con la fuerza, que quizás resultará la más decisiva, de los mariscales Soult y Ney. Al primero se le

(1) Wellington señala esta fuerza. Da Luz Soriano, empeñado en aumentar la de su nación, marca á Beresford 20.000 hombres, todo, al parecer, con el fin de hacerlos pesar en la balanza de aquellas operaciones, en las que, á su decir, nada hicieron los españoles, á quienes maltrata, injuria y calumnia con una saña que no podemos explicarnos sino recordando que ya ha indicado en su obra repetidamente que la independencia de España se debió á aquellos compatriotas suyos que tan benévolamente tratan Lord Wellington y Beresford en los párrafos de sus escritos que no hace mucho estampamos.

¡Qué diferencia tan notable se observa entre los escritores portugueses y los españoles en sus respectivos conceptos; ex-ceptuando nuestro amigo el general Chaby, á quien hay que agradecerle sus simpatías y hacer justicia á su imparcialidad!

suponía en situación muy difícil, sin el material necesario para entrar de nuevo en campaña y con su tropa desorganizada acaso y sin moral después de jornadas tan desastrosas como acababa de recorrer en el mismo Galicia. Al mariscal Ney se le creía aún en Portugal y en Galicia, á las manos con Romana y los vencedores de Puente Sampayo, pero no en una posición tan difícil que le obligara á abandonar provincias tan importantes, con tal precipitación que hiciera temer su presencia en las castellanas de León y Zamora.

Bajo tal supuesto, los generales aliados no esperaban sino á encontrarse para fijar un plan de operaciones que cada uno de ellos habría ya meditado; creyendo los dos, según su carácter, su posición y aspiraciones, poderlo imponer á su colega, aun sin conocerse más que de fama y por escrito. Y tan es así, que no hay más que hojear los despachos de Wellington, el Manifiesto de Cuesta y aun la Vindicación de Venegas para comprender que los dos primeros, y es muy natural, tenían ideado su plan de campaña antes de verse y de discutirlo (1).

(1) Por la parte de Wellesley, se vé en sus despachos desde Castello Branco y varios otros que no sólo pensaba en las operaciones que debería emprender el general Cuesta después de echar el puente, que aconsejaba, sobre el Tajo, y de las que él mismo seguiría combinándolas según cada caso, sino que iba designando las posiciones donde debería establecerse el general Venegas, no suponiéndole en la desahogada en que temporalmente le dejarían los movimientos de los aliados en el Tajo.

En cuanto á Cuesta, no hay más que copiar el párrafo siguiente de su Manifiesto para cerciorarse de lo que acabamos de decir: «Hallábase á la sazón en mi cuartel general el coronel Bourke comisionado por el general inglés para tratar conmigo lo concerniente á su cooperacion, y después de varias

Pero, ¿cómo iban á operar ejércitos tan heterogéneos y al mando de generales, dominado el uno por un genio áspero é intransigente, sin fortuna hasta entonces, con las dotes, eso sí, por todos reconocidas, de un gran espíritu de disciplina y del patriotismo más elevado, é influido, el otro, por el orgullo de su nación, el propio de sus victorias anteriores, y por ese desdén, sobre todo, característico del inglés hacia el que no pertenece á su *privilegiada* raza?

Las dificultades, pues, de un acuerdo se tocarían tan pronto como se llegara á plantear á boca el arduo problema de plan que tan preparado debería estar y con tal resolución ejecutarse. Nunca se dejaría sentir con mayor elocuencia por sus resultados la falta de unidad en el mando, y no contribuiría poco aquel ejemplo, con otros varios de la misma guerra, para la resolución posterior que tantos disgustos causó al gobierno español al nombrar generalísimo de todas las tropas aliadas al que desde ahora clamaría un día y otro contra la división del poder militar en los ejércitos.

Sir Arturo Wellesley, establecido en Abrantes desde el 8 de Junio, se puso el 27 en movimiento para la frontera de España. El 30 se hallaba en Cas-

conferencias quedó cerciorado de la posibilidad de arrojar á los franceses, no sólo de Extremadura, sino de ambas Castillas, obligándoles á repasar el Ebro, mediante una combinación de las fuerzas inglesas de Portugal con las españolas de Extremadura y Mancha, casi dobles á las que el enemigo podía oponer por entonces; y comunicó en consecuencia al general Wellesley este nuevo proyecto fundado en principios tan sólidos, que aseguraban ó hacían confiar de su adhesión á todos los extremos de que constaba.»

tello Branco, donde ya empezó á quejarse, allí afortunadamente, de su gobierno que le consideraba con más fuerza que la que en realidad tenía, y á pedir, en cuanto á personal de oficiales de Estado Mayor y de otros servicios, sanitarios y de guías, destinos y gratificaciones, lo que es de costumbre cuando va á darse principio á operaciones que se suponen de grande importancia. El 3 de Julio entraba, por fin, en España, y por Zarza la Mayor y Coria se establecía el 8 en Plasencia para ponerse en comunicación personal con el general Cuesta que se encontraba en Casas del Puerto de Miravete.

Allí, con efecto, y el día 10, se verificó la entrevista de los dos generales, la en que, después de larga y difícil y no muy cordial discusión, se fijó el plan de aquella célebre campaña (1). El general D. Tomás O'Donojú, que hacía oficios de Jefe de Estado Mayor de Cuesta, le sirvió de intérprete é intermediario para con Wellesley; mereciendo á éste un concepto que, sin embargo, desconoció años después á punto de declararse manifiestamente contra él.

(1) Lord Wellington escribía á M. Frere lo siguiente: «El General me recibió bien y estuvo muy atento conmigo; pero no hablamos porque se negó á expresarse en francés y yo no sé el español.»

Hé aquí como retrata Londonderry al general Cuesta: «Cuesta, dice, no era persona de talento; pero sí valiente, justo y hombre de honor, aun cuando lleno de preocupaciones, terco hasta el último grado y aborreciendo á los franceses con el odio más rencoroso. En consideración á esto y porque conocían que nunca les haría traición, los españoles tenían confianza ilimitada en Cuesta, y la ponían con tanto más placer cuanto que él nunca dejó de hacer justicia de cuantos traidores cayeron en sus manos. No alcanzó victoria alguna, pero estuvo siempre [dispuesto á batirse; y, al comenzar la batalla, siempre se le veía en el sitio de mayor peligro.»

No se tenían noticias exactas de la posición de los ejércitos franceses, considerándose á Soult sin medios para intentar una irrupción por la parte de Braganza ni la de Ciudad-Rodrigo: por la primera, por no producirle otro resultado que el saqueo de algunas poblaciones fronterizas, y por la segunda, por la presencia de Beresford en aquella comarca con sus portugueses, suficientes, en concepto de Wellesley, para detener y aun escarmentar á un cuerpo de ejército recientemente batido y aun destrozado. Se ignoraba la llegada de Ney á Castilla, y no se suponía que Mortier se uniera á él y á Soult formando así una masa enorme que, oportunamente dirigida contra el ejército aliado y en combinación con las fuerzas que éste encontraría á su frente, pudiera llegar á inferirle un golpe tan rudo como de consecuencias sumamente trascendentales. Aun suponiendo, lo que el día 8 no quería reconocer, que Ney hubiese evacuado las provincias gallegas enteramente, se le creía con su colega en dirección de Valladolid; haciéndose Wellesley la ilusión de que aquella marcha era la de una retirada general, ilusión que, por otro lado, se extendía á pensar que el Intruso, al correr con sus tropas y parte de la caballería de Víctor en apoyo de Sebastiani, podía abrigar el proyecto de seguir á Córdoba y Sevilla después de haber batido á Venegas (1). Aun llamándole la atención sobre la necesidad de ocupar los puertos de Perales y de Baños y conviniendo en ella, decía á Beresford el día 9: «No creo que Soult esté en dispo-

(1) Es necesario estudiar todos los despachos de Wellington para creer tales aberraciones en hombre de tanto talento.

sición dé hacer nada en algun tiempo con todo su cuerpo de ejército, aun cuando, por otra parte, crea que debe ser vigilado.»

Con tales datos y en la disposición de ánimo que ellos hacen presumir, se pusieron los dos generales á forjar el plan de la campaña y acordar los movimientos y las maniobras que consideraban como las más convenientes para obtener el grandioso resultado á que dirigían sus aspiraciones.

El general inglés comenzó por proponer el ataque principal en las márgenes del Alberche con las fuerzas unidas del ejército de su mando y las del de Cuesta, destacando un cuerpo de 10.000 hombres hacia Avila y hasta á Segovia para envolver la derecha enemiga, y que Venegas, después de haber hecho repasar el Tajo á Sebastiani, y cruzándolo él, bien por Aranjuez, bien por Fuentidueña, amenazase á Madrid por la izquierda. A este proyecto opuso Cuesta el de que el destacamento á Avila fuese de tropas del ejército inglés, á lo que se opuso Wellesley, diciendo que las tropas británicas, para operar con ventaja, necesitaban hacerlo en un solo cuerpo, y que era más propio de los españoles aquel movimiento por ser en mayor número, excesivo quizás para maniobrar en el Alberche.

Y los dos tenían razón, y puede decirse también que ninguno de ellos la tenía. Porque dirigir un destacamento de tal fuerza á encontrarse acaso con el cuerpo de ejército de Mortier, á quien se suponía en Avila, era tanto como exponerlo á un desastre casi seguro, pues que no tenían aquellas tropas la solidez necesaria para, aun en terreno como en el

que iban á operar, resistir con fortuna. Las inglesas poseían esa solidez, pero, como decía Wellesley, se la quitaba su ausencia á la masa del ejército, base con efecto, ¿para qué negarlo? de todo el aliado.—El destacamento era más propio de los españoles, como destacamento que era y en tierra suya: no produciría, sin embargo, el resultado de contener una agresión como la que era de temer desde las altas mesetas de Castilla la Vieja donde se estaba fraguando el rayo destinado á anonadar á españoles é ingleses. Cuesta rehusó, pues, desprenderse de tanta fuerza; mas como era eso lo que pretendía su colega, éste le propuso entonces que el destacamento marchara por el puerto de Baños ya que el camino por Arenas y el puerto del Pico se creía impracticable para la artillería; pero también rechazó aquella idea, ofreciendo, con todo, dos batallones de infantería y alguna caballería para reforzar la brigada portuguesa Wilson si marchase á Arenas y desde allí á Escalona en comunicación con la izquierda del ejército inglés (1).

El plan de la campaña quedó, pues, fijado por los dos generales, y lo trasladamos á nuestros lectores del Manifiesto de Cuesta que es donde se expone con más detalles y mayor claridad: tal es la importancia

(1) Al final del despacho en que da cuenta á M. Frere de esta conferencia Lord Wellington, dice: «Habiéndose negado el general Cuesta á enviar tan considerable destacamento al punto que yo proponía, no hallé ocasion de recomendar aquel mando para el duque de Alburquerque, á lo que estaba dispuesto, así por vuestra recomendación como por su misma categoría.» Hay que advertir que en otro despacho de igual fecha, le decía que no consideraba aquel movimiento como *necesario* (subraya la palabra), militarmente estudiado.

que damos á su conocimiento para la inteligencia de aquellas operaciones.

Dice así el Manifiesto: «Se había concertado que la division lusitana al mando del brigadier Sir Roberto Wilson, compuesta de 1.600 hombres de tropas ligeras (1), y reforzada con dos batallones de igual clase que le cedí, debía dirigirse por la Vera de Plasencia el dia 16, para limpiarla de las partidas sueltas que la infestaban, y pasar por Naval-morquende con direccion al rio Alberche, ocupando sucesivamente los pueblos de su orilla derecha hasta el de Escalona, y llamando la atencion del enemigo por aquella parte, al paso que cubría el flanco izquierdo del ejército británico que debía pasar el Tietar el 18 por la Bazagona donde de había echado un puente provisional, y dirigirse por Majadas y Centenillo á Oropesa, venta de Pelavenegas, Gamonal y El Casar, extendiéndose hasta San Roman, poniendo su vanguardia en contacto con la division de Wilson y amenazando el flanco derecho del enemigo, cuyo quartel general se hallaba en Cazalegas á la orilla izquierda del Alberche, mientras el ejército de mi mando que debía pasar el Tajo el 19 por los puentes de pontones y del Arzobispo, y seguir el camino real de Talavera, ocupaba el frente del enemigo desde El Casar hasta el puente de tablas de aquella ciudad sobre el Tajo; habiéndose dispuesto que llegase allí en el mismo instante que el ejército británico á San Roman, sin embarazarse uno á otro en la marcha, y en actitud de atacar á los franceses

(1) Ya hemos dicho con Da Luz Soriano que la Legión lusitana constaba de 1.000 hombres.

sin más dilacion que la precisa para el reconocimiento de sus posiciones.»

«Se acordó asimismo, que el ejército de la Mancha que mandaba el general Venegas bajo mis órdenes, y que á la sazón se hallaba en Daimiel y pueblos vecinos con la fuerza de 24.000 infantes y más de 3.000 caballos, segun los estados de Junio, se pondría en movimiento, y entraría el 19 en Madridejos, si el número de enemigos situados allí al mando del general Sebastiani no escedía de 10 á 12.000 hombres, como me lo había participado el mismo general Venegas en sus últimos partes; que el día 20 se dirigiría á Tembleque, el 21 á Tarancon ó Santa Cruz de la Zarza, el 22 ó 23 á Fuentidueña sobre el Tajo, pasando su vanguardia á Arganda, cinco leguas de Madrid, en caso de no encontrar enemigos; que si los encontraba en dicho número á una ú otra orilla del Tajo, los batiese con sus dobles fuerzas y pasase adelante, pero que si las de los enemigos eran más respetables, las entretuviese y, en caso necesario, se retirase por Tarancon y Torrejoncillo á sus antiguas posiciones de la Sierra; por manera que en el mismo día 23 de Julio se hallasen nuestros tres ejércitos ocupando casi una misma línea de 25 leguas de extensión qual convenía para debilitar la del enemigo inferior en fuerzas, y precaver la reunion de todas ellas en ningun punto.»

Este plan, repetimos, adolecía de un defecto que ninguno de nuestros lectores dejará de observar, el de la ignorancia en que se estaba del paradero de los mariscales franceses que, procedentes de Galicia y Valladolid, podrían poner en gravísimo peligro al

ejército aliado desde que el inglés rebasara la línea de los puertos que sirven para la comunicación de las cuencas del Duero y del Tajo por aquella parte. Tan tranquilo estaba Wellesley de ese lado, que, no sólo suponía á Ney en Galicia, sino que Soult, impotente contra Portugal, le daría la orden de no abandonar aquellas provincias; siendo necesario, en otro caso, poner en juego á la Romana.

Conducta
de Wellesley
para con
Cuesta.

Pero peor aún que eso fué el estado de ánimo en que el general inglés debió dejar el campo de los españoles. Ya hemos dicho que no le pareció mal el ejército: de quien formó un concepto menos favorable fué de su general en jefe, al que, desde el día siguiente al de su entrevista, comenzó á examinar en su carácter, en su conducta y en los proyectos militares y políticos que pudiera abrigar. Y aquí comienza á tomar voz y cuerpo aquella reputación que la pasión política, las emulaciones, en una palabra, la envidia dieron al general Cuesta de intentar sobreponerse á la autoridad de la Junta Central y aun el disolverla. Si no nació esa reputación del célebre general británico, pues que se la había hecho conocer el Ministro M. Frere en comunicaciones de aquellos días, una vez acepta la por él, obtuvo una autoridad que sirvió de mucho después para imprimir una mancha en la fama de Cuesta, extenderla luego á la prensa periódica y, más tarde, á la historia. Inspirándose Frere en los chismes y murmuraciones de los émulos de Cuesta, que le suponían conspirando contra la Central, trasmitía esos rumores á Wellesley; y, haciéndole ver la falta de prestigio de Blake después de su derrota en Aragón, y la de Venegas, por no

tener ni renombre ni carácter para entrar en liza con persona de la autoridad y la firmeza del veterano general español, le recomendaba al duque de Alburquerque, á quien suponía sin más ambición que la de mandar un cuerpo considerable de tropas á las órdenes del jefe británico. Halagado con esto Wellesley, y sentido de su conferencia con Cuesta, ya que no se atrevió, según hemos dicho, á proponer el mando del destacamento de los 10.000 hombres para Alburquerque, se desahogó en sus correspondencias y en sus conversaciones con aceptar y hacer puede decirse que públicos los recelos de Frere respecto á la lealtad de Cuesta para con el Gobierno español, si bien comprendiendo la dificultad de hallar un remedio eficaz á los peligros que los despertaban (1).

(1) Los historiadores españoles no se fijan en esto, pero es tan importante para comprender el estado de relaciones entre los dos generales en aquella campaña, que no podemos resistir al deseo de descubrir el del ánimo del inglés con la publicación de su despacho del 13 de Julio de aquel año.

Escribe así á M. Frere: «Me es imposible deciros qué proyectos puede abrigar el general Cuesta. El sentimiento general del ejército, por lo que me dicen mis oficiales, parece ser el del desprecio á la Junta y á la forma actual del Gobierno; tiene gran confianza en Cuesta, así como la fe de que es demasiado poderoso ante ella y que acabará por hacerla desaparecer. Se muestra tan general este sentimiento que supongo que participa de él como los demás el duque de Alburquerque, aun cuando no le he visto por hallarse en Puente del Arzobispo.»

«Se me figura que la Junta ha de ganar muy poco con el cambio de la persona en cuyas manos ponga el mando: ésa, en el estado actual del Gobierno, ha de serle formidable, especialmente si es afortunada; y, si esto es verdad, no sé si obtendrá alguna ventaja con separar á Cuesta. Dividiendo las tropas en diferentes ejércitos se podrá disminuir el riesgo; pero eso no puede ser sino accidental, porque, á la par que se concentren los franceses, habrán de hacerlo los españoles, y entonces se necesitará ponerlos bajo una sola cabeza y esa cabeza impondrá el mismo temor y el mismo peligro á la Junta.»

¿Habría algún fondo de verdad en los avisos de Frere para que Wellesley les diera asenso y se propusiese confirmarlos? Los historiadores españoles parecen no darles crédito cuando no los toman en cuenta, y nosotros tenemos, para negarlos, un argumento, en nuestro concepto, de mucha fuerza.

No hace mucho hemos dicho que el conde del Montijo y el duque de Osuna habían buscado el apoyo de Cuesta en sus gestiones contra la Junta central. ¿Lo encontraron? No, puesto que se negó á entablar tratos con ellos. ¿No es natural que, si él conspiraba, aun manifestándose receloso de la ambición y ligereza de aquellos personajes, los entretuviera en sus aspiraciones por si podían en ocasión propicia servir á sus propósitos que habrían de fundarse por lo menos en la opinión, ya que no de todos, de muchos de los españoles más caracterizados é influyentes? ¿Cómo, si no, de ese modo se derriba un gobierno que, ya que no otra autoridad, llevaba consi-

Y añade en seguida: «No se qué concepto teneis formado de O'Donojú: cierto que es hombre hábil, y pienso que si es vuestra opinion la de que puede uno fiarse de él, yo le hablaría confidencialmente; y si no logro influir en sus disposiciones ó evitar una mala inteligencia, sea por Cuesta ú otros, podré al menos lograr el conocimiento de sus verdaderos designios.»

¿Cómo se llama ese género de manejos?

Lo más curioso de esto es que mientras se engolfaba en sus recelosas investigaciones sobre los proyectos de Cuesta, Wellesley se lamentaba de que un Señor...., que debería ser don Juan Lozano de Torres, comisionado por la Central para atender á la subsistencia del ejército inglés, no hacía, en su opinión, más que procurarse noticias sobre los planes suyos. «Un hombre así, decía á Frere, debe tener un conocimiento previo de todos nuestros proyectos y, si no es honrado, tiene en su mano el hacernos mucho daño. Tiene el aspecto y las maneras de un *intrigante*, y procede de una parte de España donde los pueblos no parecen ser los más enemigos de los franceses.»

go la de representar el voto de todas las provincias? El del ejército que mandaba podría influir para sostener al general en su puesto, nunca sería soberano en circunstancias como aquéllas para imponerse á la Nación.

El general Cuesta podía abrigar resentimientos contra la Junta; tenía un carácter muy difícil, duro é intransigente; pero, reintegrado en el mando y consecuente siempre con sus ideas, en cien ocasiones manifiestas, de disciplina y lealtad, no había de faltar á ellas, mucho menos cuando no había empezado á sonreírle la fortuna. Aun después de sentir sus halagos, una vez concluida la jornada, la más gloriosa suya, de Talavera, limitó la manifestación de su disgusto al acto de dejar el mando sin alharacas ni pronunciamientos.

Pero Frere, hombre exaltado, tan entrometido que, así quería manejar á la Central, como á los ejércitos de su nación y la nuestra, atreviéndose á dar consejos á los generales sobre las operaciones militares que les estaban cometidas, era enemigo de Cuesta, quería dirigir también á los que lo eran en la Central y los sostenía con su influencia como deribada de la de su gobierno, y fué quien introdujo en el alma de Wellesley la desconfianza, causa de no pocos de los disgustos que se suscitaron entre los dos caudillos en aquella campaña.

Si hiciera falta la demostración del estado de ánimo en que pusieron á Sir Arturo Wellesley las confidencias de Frere, apoyadas con sus propias impresiones en la entrevista de Casas del Puerto, nos la suministraría, aparte de lo que acabamos de mani-

tar, el oficio que tres días después, el 16 de Julio, pasaba al general O'Donjú, tan de extrañar por la ocasión como duro y hasta imperioso en su fondo y forma. Sorprendió tanto más, cuanto que, entrañando la primera señal de lo que serían sus exigencias en España, ya que no lo fuera en toda la Península según hicimos ver no hace mucho, revelaba para lo porvenir la serie de obstáculos que su autor había de oponer á cuantos no se sometieran á sus voluntades y mando.

Decíale en primer lugar que iba á emprender las operaciones en que había convenido con Cuesta y que, de consiguiente, se hallaría el 18 en Majadas, el 19 en Centenillo y el 20 en Oropesa. Pero que le faltaban muchos artículos de los necesarios y, sobre todo, trasportes que aquel país no podía ó no quería proporcionarle, siendo inútiles sus gestiones para adquirirlos en Ciudad Rodrigo y Béjar, donde se observaba mucha repugnancia á dar los auxilios que todo ejército reclama. «Todo país en que opera un ejército, decía, está obligado á proporcionar esos recursos, y si los pueblos en España no pueden ó no quieren dar los que este de mi mando pide, temo que tendrán que pasarse sin sus servicios.»

Encargaba, después, á O'Donjú enseñase aquel pliego á Cuesta y le dijera que iba á enviar copia de él á M. Frere para conocimiento del gobierno español.

Es verdad que Wellesley podía tener parte de razón en sus reclamaciones; pero no lo es menos que era absolutamente imposible el satisfacerlas en la proporción que exigirían las necesidades del ejército inglés.

La Junta Central había dado las órdenes más apremiantes con ese objeto y había enviado á Extremadura varios comisarios de guerra dirigidos por Lozano de Torres para conseguirlo; pero el país estaba esquilado con ser teatro de la guerra los meses anteriores de aquel año, y la Central carecía de fuerza moral para imponerse á pueblos que, detrás del cumplimiento de aquellas órdenes, no veían sino la miseria más espantosa (1).

Cuando hayamos de historiar el término de la campaña y la retirada de los ingleses á Portugal, hemos de poner de manifiesto la mala fe del ambicioso general británico y de los suyos, sorprendiendo en los Despachos de aquél y en los escritos de éstos confesiones que han de probar la injusticia de sus cargos y descubrir los verdaderos pensamientos que abrigaban el gobierno inglés y su célebre general sobre la intervención de sus armas en aquella guerra. Entretanto, sólo llamaremos la atención sobre el último párrafo del escrito que nos ocupa, en el que dice que Lozano de Torres y el coronel O'Lawlor hacían cuanto estaba en sus medios para procurar al ejército los trasportes que le eran necesarios y pedía.

El tiro iba á Cuesta, que estorbaba para obtener el mando en jefe de todos los ejércitos aliados, y bien se vió cuando, retirándose á descansar de tan-

(1) Escribía Jourdan al Ministro de la guerra del Emperador: «Va á establecerse el cuerpo de ejército del duque de Bellune entre Talavera y Toledo. El país del otro lado de Talavera se halla tan agotado que no se podría hacer vivir en él una sola division.»

Du Casse dice: «No se hacía allí la recoleccion y la miseria había llegado á su límite.»

tas fatigas y contrariedades el veterano general español, se vieron también defraudadas las esperanzas que se fundaban en su separación.

Por entonces era necesario proseguir el camino emprendido, y el día 20 podía darse por realizada la reunión del ejército español y del inglés para atacar al enemigo.

Fuerzas de los franceses y sus proyectos.

Y éste ¿qué hacía mientras tanto?

Sometidos los franceses nominalmente á una sola autoridad, ni la obedecían ni siquiera la respetaban. El Emperador se entendía directamente con los Mariscales, comunicándoles sus planes, antes, á veces, que á su hermano, á quien, como militar, tenía en muy poco. Y como aquellos generales, eminentes todos, no fraternizaban; por lo contrario, sólo sentían celos unos de otros, deseándose mutuamente fracasos y reveses, con tal de que no llegasen las consecuencias á ellos, era imposible un acuerdo sin el que y en el estado producido por la guerra de Austria, no cabía tampoco realizar una combinación general de sus operaciones, capaz de resultados como los que buscaban, tan decisivos que completaran la sumisión de la Península. La expedición de Soult había fracasado por su aislamiento, y la retirada, después, del célebre Mariscal había producido el de Ney en Galicia, su revés de Puente Sampayo y la evacuación, á que se había visto forzado, del reino de Galicia. La salida de ese mismo duque de Elchingen de Asturias, dejaba solo en aquel Principado al general Kellermann, que habría también de abandonarlo si el mariscal Mortier no avanzaba á apoyarle de cerca y mantenerle expedito

el paso de la cordillera en Pajares y los puertos próximos. Pero como Mortier estaba, á la vez, solicitado por el Rey José desde Madrid y por Soult desde Zamora y Salamanca, y no era ciertamente ubicuo, no sabía á quien obedecer ni á qué punto trasladarse para ofrecer alguna utilidad en la grande operación que consideraba como próxima á ejecutarse para rechazar la que se presentía de parte de los aliados. ¿A qué lado se inclinaría Mortier?

Cinco eran los cuerpos de ejército que operaban en las provincias centrales; el 4.º del general Sebastiani que ocupaba la Mancha amenazando acometer el paso de Sierra Morena, sin intención, empero, de realizar un ataque para que no tenía fuerza moral ni física. Imponían aun mucho unos montes tras de los cuales se había representado la bochornosa tragedia de Bailén y que se veían cubiertos de un ejército que, si acababa de ser rechazado, era con la cooperación de la única Reserva con que contaban los franceses, la Guardia del Intruso y la división Dessoles, que le estaba afecta. El 4.º cuerpo no contaba más que con unos 21.000 hombres, de los que le era necesario destacar 3 ó 4.000 á Toledo y Aranjuez para mantener los puentes del Tajo, sus únicas comunicaciones. Operando solo en la Mancha, no podía aspirar más que á impedir la agresión del ejército del general Venegas; nunca á adelantarse á combatirle.

El 1.º Cuerpo, del mando del mariscal Víctor, se había retirado de Extremadura; y la unión de la división Lapisse no le daba fuerza suficiente para arros-
trar la marcha de Cuesta, temiendo la que era de es-

perar de los ingleses hacia él, aun sin tener noticia del paradero de Wellesley ni de sus proyectos ofensivos, desde la de Oporto y la frontera de Galicia. Es verdad que todavía conservaba sobre 25.000 hombres, *inmejorables* en concepto de José, según ya hemos dicho, con un gran espíritu, fortificado en Uclés y Medellín, y regidos por quien no podía menos de inspirárselo con su arrojo, no pocas veces temerario, y su habilidad, de todos reconocida, en los campos de batalla. Pero su misma retirada daba á conocer la impotencia en que se hallaría para resistir solo el empuje de los enemigos que muy pronto iba á tener á su frente.

Para reforzarlo y sostenerlo, había concentradas en Madrid, y ya operaban con su soberano, la división Dessoles, la Guardia y alguna caballería, que con catorce ó dieciseis piezas, en total sobre 6.000 hombres, constituían una Reserva, no poco importante en la situación del ejército francés y en las circunstancias de aquellos momentos. Había, pues, en el centro de la Península y las inmediaciones de Madrid una fuerza de 50 á 60.000 hombres que, si no en el número, se consideraban más que suficientes para resistir á la masa, que avanzaba de frente, de los ejércitos aliados; tales eran, en su sentir, el espíritu, la instrucción y la disciplina de que se creían dotados. Echaban de menos una dirección hábil en la mano que los regía, no teniendo la mejor idea de las cualidades militares del Rey José; pero con un mariscal como Víctor y generales como Sebastiani, Lapisse, Villatte y otros, no vacilaban en desafiar á los que ellos, en su orgullo de vencedores

de la Europa, tomaban por viejos, torpes ó inexper-
tos en las grandes operaciones de la guerra.

Estos eran los elementos con que contaban los franceses en el centro, en el punto objetivo á que se dirigirían los aliados, sus enemigos; que sobre su flanco derecho, en las altas mesetas de la cuenca del Duero, de donde podrían recibir el apoyo más poderoso y desde las que cabría asestar á sus contrarios el golpe más rudo, se veían concentrarse, como nubes anunciando próxima y terrorífica tempestad, el 2.º y el 6.º cuerpos de ejército, á los que muy pronto se uniría también el 5.º, errante en aquellos momentos, juguete de las contradictorias órdenes del hermano de Napoleón y del mariscal Soult que se disputaban el tenerlo á su lado.

El 2.º Cuerpo que gobernaba el duque de Dalme-
cia, diezmado en su retirada á Galicia, sin la debida organización todavía de su material, nuevamente adquirido en Lugo y Zamora, contaba con 20.294 hombres, de los que 4.270 á caballo y 587 artille-
ros (1). Su general, que ya lo era en jefe, además, de los 5.º y 6.º de Mortier y Ney, se había forjado el proyecto de otra nueva invasión en Portugal, con-
siderándose ahora con fuerza para ejecutarla con éxito completo. De sus temores por el efecto que hubiera podido producir en Napoleón su conducta polí-
tica y militar de Oporto, había pasado al paroxismo, si así puede decirse, del orgullo, viendo sometidos á sus órdenes á un Ney, especie de Aquiles, inflamado

(1) Le Noble pone el estado bien circunstanciado de la fuerza del 2.º cuerpo en su obra, refiriéndolo al 30 de Julio en Salamanca, y nadie, realmente, podía darlo mejor.

de ira por sus reveses en Galicia que á él sólo atribuía, y á Mortier, tan disputado por el nuevo soberano de España que, al ceder á sus disposiciones, mejor que rey parecía subordinado suyo. La invasión de Portugal le proporcionaría la independencia que tanto deseaba en sus operaciones; que, de quedar en España y contribuir á las de José en el centro de la Península, aparecería como un subalterno, sin recabar gloria alguna para él solo, ni provecho tampoco, según sus ambiciones puestas de manifiesto bien recientemente.

Pero, aun así, solicitaba tantas y tantas cosas de José, que más parecía hacer el mayor de los sacrificios al emprender tal jornada que procurarse ventaja alguna para sus propios intereses. En un despacho del 13 de Julio, después de significar el propósito de emprender sus operaciones con el sitio de Ciudad-Rodrigo, pedía que se le uniese en Salamanca un tren de sitio; que se formara en León un cuerpo de observación con tropas sacadas de Aragón y Cataluña, y en el valle del Tajo otro que, por lo menos, ocupara la posición de Plasencia; que pudiera disponer libremente de los tres cuerpos de ejército que le estaban asignados por el Emperador y se le enviasen cuantos destacamentos de ellos hubiera en diferentes puntos de España, relevándolos con tropas de otros cuerpos; que, de las destinadas á la ocupación y apoyo de Madrid, se formase una fuerte reserva que, situada entre Salamanca y Avila, se pusiera á su disposición por si le fuese necesaria en el curso de sus operaciones; que se fortificaran Zamora, Toro, Tordesillas y Puente Duero para

tener expeditos sus puentes; que por extraordinario se le enviasen 500.000 francos, y hasta un millón si fuese posible, y se reuniesen por fin en Salamanca hasta dos millones de raciones completas para aprovisionar Ciudad-Rodrigo cuando cayera en su poder y no detenerse en proveer de víveres los hospitales y ambulancias, tan embarazosas, de otro modo, en una marcha.

Todo esto le era necesario y urgente, sin que debieran detener al rey, para proporcionárselo, medios algunos, por *violentos ó vejatorios* que pudieran parecer; en el concepto de que, si no tenía los 500.000 francos ó el millón pedidos, convendría los exigiese en cuotas proporcionadas á los grandes que tenían el honor de rodearle y á los generales y jefes franceses que servían con él.

Esto es, que en España no había más que el duque de Dalmacia á quien debiera atenderse, ni más que darle fuerza, apoyarlo de cerca, cubrir sus comunicaciones y subvenir á sus necesidades, empleando, para conseguirlo, todas las tropas que operaban en la Península, sus mariscales y generales, el rey mismo con sus provisiones, tesoros y hasta sus servicios personales, cuando debía saber que, para satisfacer tales exigencias, sería necesario abandonar todas las provincias conquistadas, las comunicaciones con Francia, las poblaciones más importantes, prontas á sublevarse al menor descuido, y hasta evacuar á Madrid renunciando á la influencia política que podía representar el asiento de la corte y del gobierno supremo. Y todo en honor y para la gloria de un general que días antes había

sufrido fracasos tan vergonzosos como los de Oporto y Galicia.

No estaba el Intruso lejos de aprobar los proyectos de Soult, inspirados antes por Napoleón desde Schoenbrun; pero, de creer conveniente la expedición á Portugal en busca de los ingleses, á desprenderse para ella de todo cuanto recurso le quedara destinado á defender el centro de la Península y su misma corte, había gran distancia. Así es que, inmediatamente y por conducto de Jourdan, contestó á Soult punto por punto sobre cuantos le había consultado, en son casi imperativo, el enorgullecido mariscal. Decíale que pensaba como él respecto á la conveniencia de ocupar á Ciudad-Rodrigo, para lo que había dado orden de reunir un tren de sitio de 48 piezas de las que había en Segovia, Madrid y Pamplona, con el ganado que pudieran requisar los comandantes militares de las provincias que le estaban sometidas, exceptuando la de Madrid; que también abrigaba su misma opinión sobre lo conveniente que sería formar un cuerpo de observación que defendiera á Santander y cubriese las comunicaciones de Francia, pero que, no cabiendo se formara con las tropas de Aragón y Cataluña, se hiciera con las de los tres cuerpos de ejército de su mando, poniendo á disposición del general Kellermann 6.000 hombres que, unidos con la 2.^a división de dragones, la de Bonnet y las guarniciones de León, Astorga, Benavente y Burgos, constituirían una fuerza de 12.000 hombres, capaz de resistir cualquier ataque del marqués de la Romana. Le añadía que el cuerpo de observación pedido para el valle del Tajo

estaba ya formado, puesto que el primer cuerpo de ejército se hallaba allí frente á Cuesta y dispuesto á seguirle si intentaba dirigirse á Plasencia; que ya veía que se dejaban á sus órdenes los tres cuerpos 2.º, 5.º y 6.º de ejército, con la sola excepción de los 6.000 hombres que se deberían enviar á Kellermann, y que se daban las convenientes para que se le reunieran todos los destacamentos que había en Castilla la Vieja. También le decía que no había recursos para formar una reserva que se estableciese entre Avila y Salamanca, teniendo el 4.º cuerpo que hacer frente en la Mancha al general Venegas, el primero, á Cuesta y á cuanto pudiera presentarse procedente de Portugal, y la división Dessoles estando destinada á cubrir Madrid de cualquier ataque, so pena de abandonar la corte, lo cual ofrecía muchos y muy graves inconvenientes. Concluía aquel importante despacho anunciando al mariscal Soult que se fortificarían Zamora y los demás puntos que él citaba, si el cuerpo de ingenieros tenía medios para ello; que no podía enviarle el millón de francos pedido por no tenerlo ni de donde sacarlo, puesto que el Rey vivía *del producto de su vajilla, que había hecho fundir*, y sus servidores carecían de todo recurso; y que, en cuanto á las raciones, se había mandado enviarle 600.000 y pico, pudiendo sacar las demás de las provincias en que operaba.

Hemos extractado estos despachos porque nada como ellos pinta las exigencias de Soult, las débiles habilidades de José y, sobre todo, la situación de los ejércitos franceses en aquellos días.

Se vé que las dos expediciones de Junot y Soult

á Portugal habían hecho cambiar de ideas sobre los caminos más propios para una invasión en aquel territorio, si había de ofrecer alguna esperanza, ya que no garantía sólida, de buen éxito. Los obstáculos hallados por el primero de aquellos generales en el trayecto del Erjas al Zezere, insuperables de esperarle un enemigo medianamente organizado en los ásperos accidentes de vía tan poco trillada, y el reciente fracaso del segundo por lo excéntrico de la marcha y el aislamiento á ella consiguiente, hicieron fijar la atención sobre otros caminos y ninguno, de seguro, presentaba condiciones mejores que el del valle del Mondego que después siguió el mariscal Massena. Había, para eso, que sujetar á Ciudad Rodrigo y Almeida; pero, en cambio, una vez conquistadas aquellas importantes plazas, se tendría en ellas una base inmejorable para las operaciones sucesivas. El terreno es bastante abierto; y, maniobrando con habilidad por los dos caminos que por una y otra orilla del Mondego conducen á Coimbra, no sólo se acercaba el ejército al principal objetivo de la campaña, esto es, á Lisboa, sino que dejaba envuelta la posición de Oporto y sin defensa las provincias del Duero hasta la frontera del Miño.

Ya no hay tratadista militar que no proclame las excelencias de ese camino para la invasión de Portugal; y, si bien ha sido al apoyo del ejemplo elocuentísimo de la realizada en 1810 por el Príncipe de Wagram, también se ha fortificado la idea con otros anteriores y el examen, sobre todo, de la topografía del país, sus vías de comunicación y los recursos que ofrece.

Pero si todo eso es verdad, también lo es que la ocasión no pudo ser peor elegida. Se podía observar la necesidad en las tropas francesas de una concentración impuesta, más que por las derrotas que hubieran podido sufrir, por varias causas ajenas completamente á su valor y á la pericia de sus generales. Los principales recursos del Imperio habían sido dirigidos al Austria, sobre todo desde que el revés de Aspern y Essling obligó á reunir en las islas y la margen derecha del Danuvio elementos suficientes para vencer el paso de aquel río caudaloso cubierto de las fuerzas más sólidas de Alemania, esperanzadas entonces de un triunfo aun más decisivo que el acabado de alcanzar el 22 de Mayo. No preocupaba á Napoleón la sujeción de Viena ni del país recorrido desde Baviera: que no se sabía allí expresar el odio al extranjero ni tomar venganza de sus demasías con el calor y menos en la forma terrorífica que en España; pero la distancia también y la tenacidad característica del soldado austriaco, nunca bastante cansado de vencimientos, por repetidos que los hubiese de soportar, exigían en sus enemigos un gran número de combatientes y esfuerzos verdaderamente extraordinarios. Por eso faltaban en España para acabar la obra hercúlea que había echado sobre sus hombros el Emperador, y, más todavía que número y esfuerzos, escaseaban la unión y la disciplina que las flacas manos del Intruso y de su adjunto, el mariscal Jourdan, no sabrían nunca imponer en sus orgullosos y mal avenidos tenientes.

Había necesidad, repetimos, de concentrar los recursos que se tenían á la mano y encaminarlos á un

solo objetivo que, mientras no se decidiese la suerte de las armas en Austria, no podría ser otro que el del mantenimiento de la autoridad francesa en el centro de la Península española. Los tres cuerpos de ejército puestos á las órdenes de Soult debían, pues, unir su acción á la del Rey José que, con los de Víctor y Sebastiani, tenía suficiente tarea en la de rechazar la que ya no tardaría en hacerse sentir de los aliados por Extremadura y Ciudad Real. Con los 20.000 hombres del 2.º cuerpo, los 18.000 del 5.º y un número casi igual que mandaba Ney, se tenía una fuerza que si en la ofensiva y más en la invasión de Portugal no bastaría para recorrer línea tan extensa como la de Salamanca á Lisboa, con plazas importantes que conquistar, grandes poblaciones que cubrir y un reducto que acometer, defendido por un ejército victorioso apoyado en una formidable escuadra, era más que suficiente para impedir el ataque de los euemigos, por muchos que fuesen, á los demás cuerpos franceses y para, con sola su presencia en Castilla, hacer respetar el territorio y la capital donde tenía su asiento el gobierno impuesto á la nación española. Si Wellesley y Cuesta hubieran conocido la reunión de los cuerpos de ejército de Soult y su situación en la cuenca del Duero, es seguro que no habrían fijado el plan de campaña que formaron en las Casas del Puerto el 10 de Julio, y menos después emprendido una marcha que los dejaba á descubierto de un ataque que, dado oportunamente, no otra cosa produciría sino su ruina completa.

Y que á eso y nada más que á eso debía tender la acción general de los franceses, vino á demostrar-

se de una manera palmaria, irrefragable, con la primera noticia que el mariscal Víctor transmitió á José de la reunión de los ejércitos de Cuesta y Wellesley y su marcha hacia el Alberche y Madrid. Ya no cabía dudar; y el Intruso comprendió que los planes de Soult eran tan sólo una bella quimera y que sería necesario y urgente acudir al remedio de los males que aquella marcha presagiaba, reuniendo los esfuerzos de todos, no ya para ofender, sino para defenderse. José pensó que, atrayendo á sí los cuerpos de ejército de Soult, no habría que temer nada para la seguridad de Madrid y el mantenimiento de su trono en el centro de la Península, pues que los aliados no podrían nunca reunir fuerza suficiente para poner en peligro tan preciados intereses; así es que su primera idea y la de Jourdan fué la de llamar al mariscal á Avila, de donde podía caer sobre los enemigos rápida y ejecutivamente. Pero entre la concentración de los tres cuerpos y su marcha trascurriría un espacio de tiempo mucho más largo que el necesario á Wellesley, Cuesta y Venegas para presentarse al frente de Madrid y amenazar con su reconquista; y Rey y consejero optaron por otro plan que, de ejecutarse oportunamente, podría producir resultados más trascendentales sin duda que los de ofrecer una resistencia que pasaría, y no sin razón, por meramente pasiva.

Dió, pues, al general Foy, que se hallaba en Madrid con la misión de apresurar el envío de los recursos en material que había pedido Soult, la orden de volver á su cuartel general con instrucciones precisas, para que, unidos los tres cuerpos que opera-

ban en la cuenca del Duero, se estableciesen junto á la divisoria con el Tajo para desembocar por el puerto de Baños sobre Plasencia, cayendo así sobre la retaguardia de los aliados si se atrevían á cruzar el Tietar y el Alberche. Si Soult recibía esas instrucciones el 24 de Julio, lo cual era factible saliendo Foy de Madrid el 22, cabía se presentara el 30 en Plasencia con todo el ejército; esto es, con 55.000 hombres, ó dos cuerpos al menos, el suyo y el de Mortier, con 36.000 combatientes que nada tendrían que temer de los 26.000 ingleses que se suponían á Wellesley; que si éstos podían tener á su lado á los españoles de Cuesta, también aquéllos estarían apoyados de los de Víctor que, acosándolos sin cesar, inutilizarían completamente su acción. Si á esto se agregaba la posibilidad de la incorporación de las fuerzas de Ney por un lado y las del Intruso con su reserva y el cuerpo de Sebastiani por el otro, bien podía asegurarse que la posición del ejército aliado se haría difícilísima, casi casi desesperada.

El plan era bueno y se puso en ejecución inmediatamente, pues que, al partir Foy á Toro y Salamanca, salía José con unos 5.000 hombres hacia Talavera, dando cita para este mismo punto á Sebastiani y dejando en custodia de Madrid la segunda brigada de Dessoles, muchos convalecientes y dispersos, y, para la vigilancia y defensa de los pasos del Tajo entre Aranjuez y Toledo, 3.000 infantes del 4.º cuerpo y un regimiento de dragones.

Comienzan
las operacio-
nes.

Segun lo convenido, el día 20 se hallaba el ejército inglés en Oropesa y el español de Cuesta pernoctaba en La Calzada á retaguardia de aquél; pero á

fin de no entorpecerse en la marcha del día siguiente en un camino en que ni agua había, los nuestros se remontaron por el de Velada para caer unos y otros el 22 sobre Talavera y el Alberche. La vanguardia española fué, con efecto, el 21 despejando todo el terreno á su izquierda de las descubiertas y grandes guardias francesas que por él pululaban, hasta trabar un combate reñido en Gamonal donde batió al enemigo que allí tenía reconcentrados hasta unos 600 ú 800 caballos. Al día siguiente, reforzados los franceses con toda la división Latour-Maubourg, se revolvieron desde el Casar, donde habían pernoctado, contra las avanzadas de la Vanguardia; pero el brigadier Zayas, después de un vivo fuego de fusilería, dispuso que tres de sus batallones envolvieran la posición de Talavera y con la caballería, apoyada por otros dos, los atacó de frente, llevándolos hasta la villa, que no se atrevieron á defender, y cargándolos al fin en la carretera que conduce al Alberche. La lucha se hizo allí más tenaz, sostenida por una gran columna francesa que, flanqueada por los dragones, intentó cubrir el puente; pero conmovida por el fuego de dos piezas que Zayas hizo adelantar y cargada después por dos escuadrones de los de Cazadores de Sevilla, se acogió con todos los que la apoyaban á la orilla izquierda del río. Poco después establecían también su campo en la margen derecha los cuerpos ingleses, victoreados por los nuestros que, al ver como desfilaban, no pudieron menos de admirar *la hermosura, el aseo y disposición de hombres y caballos* de sus aliados, así como *su porte militar*.

Ya estaban, pues, en línea ingleses y españoles;

y ciertamente que, al verlos así confundidos, ofrecían la esperanza de un acuerdo entre los generales, proporcionado al de las tropas que no cesaban de demostrarse las simpatías y el entusiasmo que siempre despiertan la defensa de una misma causa, iguales intereses y las mismas aspiraciones.

Pues todo, decimos nosotros, podía reinar allí menos la armonía entre los jefes, más que nunca necesaria cuando no podía reconocerse superioridad oficial en el mando de aquellos dos ejércitos.

Los franceses se acogieron á la izquierda del Alberche y al abrigo de algunas baterías establecidas para dominar todo el curso de aquel río desde el lugar de Cazalegas hasta su desembocadura en el Tajo. La posición era buena, pues que cubría el puente, que da paso á la carretera general de Extremadura á Madrid, y un vado, el más practicable que se halla en aquel corto trayecto de unos 10 kilómetros.

Era, pues, necesario reconocer con esmero y detenimiento una posición ya de por sí excelente y defendida, además, por 25.000 hombres de las mejores tropas, esperanzados de refuerzos inmediatos por los dos caminos de Madrid y Toledo, cuya bifurcación cubrían también para mayor seguridad. Y aquí comenzaron las divergencias de opiniones entre los generales español é inglés; porque Wellesley, que ocupaba la izquierda y había reconocido el vado que estaba á su frente, quería se atacase la posición francesa inmediatamente, esto es, al mediodía del 23, y Cuesta, encargado del asalto del puente, opinó porque se difriese para la mañana siguiente: ¿Qué

causas habría para esta diferencia tan importante en aquellos momentos?

El general Cuesta dice que las tropas de su mando carecían absolutamente de pan por haberse apoderado los ingleses de los 19 hornos que había en Talavera. Wellesley dice en sus despachos lo contrario, y tan lo contrario que, en su despacho del 24 á Mr. Frere, asegura que sus soldados no tenían que comer mientras que los españoles nadaban en la abundancia (1). Nada de eso era exacto, y todo lo que puede concederse á la veracidad del general británico, es que, como dice Schépeler, *á los españoles les duraban más los víveres porque eran más sobrios*. Al general Cuesta le acababan de asegurar también que no estaba el Alberche vadeable, ni el puente, como de tablas, ofrecía seguridad para el paso, especialmente de la artillería, paso al que veía iba á oponerse la formidable del enemigo. Razones, de todos modos, presentaría y fundadas á Wellesley para que éste desistiese, sin grandes protestas, del ataque cuando ya lo tenía preparado por su parte (2). Tan conforme debió quedar con Cuesta en dejar

(1) Estamos seguros de que no hay un español, ni un inglés tampoco, que dé fe al escrito de Wellesley; pero con sólo un dato que vamos á aducir probaremos lo falso de la aserción del general británico. Ese mismo día 24 en que lo hacía á M. Frere, escribía al general Sherbrooke que le enviaba 5.000 raciones de pan, rogándole las partiese entre sus tropas y las de Mackencie y Anson. Pero ¿qué más? diez días después de escribir que el ejército inglés estaba muriéndose de hambre (are actuall starving), continuaba en aquella misma comarca donde había dado una gran batalla, atendido á las necesidades de 5 á 6.000 heridos y se disponía á resistir un movimiento envolvente del enemigo por Baños y Plasencia.

(2) ¿Cómo un hombre que se hallaba en tal disposición de ánimo respecto á Cuesta que decía la mañana siguiente que le parecía más y más intratable á cada momento, había de sa-

para el día siguiente la acción mancomunada de los dos ejércitos aliados, que en una comunicación del 23, donde le anunciaba que á la mañana siguiente y á la hora de las cuatro cruzarían el Alberche dos divisiones de infantería y una brigada de caballería para ganar las alturas de Cazalegas, quedando de reserva en la derecha de aquel río otras dos divisiones y otras dos brigadas respectivamente de las mismas armas, le añadía que se había trasladado á la izquierda del Tajo y visto que se facilitaría mucho el ataque del puente del Alberche, si se hacía ocupar por un batallón y seis piezas de artillería aquella margen, desde la que se cogería de flanco la línea enemiga

tisfacerse con escribir á su gobierno el párrafo siguiente? «Las columnas estaban formadas ayer para el ataque de la posición, pero fué diferido hasta esta mañana por desearlo así el general Cuesta.....» Y ni una queja ni protesta más. ¿A qué viene entonces el barajar, como lo hace Nápier, sucesos y fechas, á punto de no poderse comprender lo que quiere decir si no son las injurias y calumnias que dirige al general Cuesta y á alguno de sus oficiales? Se conoce que quiso seguir la novela de John T. Jones que dice así: «Sir Arturo más ardiente apremiaba para que se emprendiese el ataque la mañana del 23, pero el general Cuesta determinó con los pretextos más frívolos el aplazar toda acción hasta el día siguiente. El general británico instó, más aún, suplicó que no se perdiese ocasión tan favorable como la que se presentaba y llegó á poner en movimiento sus tropas á fin de estimularle; pero en vano, porque el buen viejo habíase obstinadamente resuelto por la dilacion y patentemente aletargado, se durmió durante la conferencia y no se le pudo despertar, de consiguiente fué diferido el ataque y el mariscal Víctor, teniendo noticia de que Sir Roberto Wilson estaba en Escalona sobre su retaguardia, retrocedió tan pronto como se hizo oscuro.»

Repetimos que nada de esto refiere Lord Wellington que no hubiera dejado de contárselo á M. Frere y á su gobierno, si quiera por justificar su malevolencia para con el veterano Cuesta.

De la acusación dirigida á los oficiales españoles y hasta al mismo Cuesta de haber vendido el secreto del plan de campaña, no queremos hacernos cargo, tan absurda y burda y grosera es.

y se apoyaría con gran eficacia el avance de la española. Y terminaba diciendo: «Si V. E. lo desea, yo enviaré con esas fuerzas un oficial inglés para enseñarlas dónde deben situarse.»

¿Caben esa conformidad y esa cooperación personal y de consejo, al parecer tan cordiales, en ánimo lo irritado que se quiere pintar?

No por eso justificamos al general Cuesta que debió deferir á la generosa iniciativa de su colega para no perder la primera y mejor ocasión que se le presentaba de hallar sólo á su frente el 1.^{er} cuerpo de ejército francés, con el que acaso habría podido acabarse aquella tarde. Así lo debió comprender el mariscal Víctor, pues que en la mañana del 24 las tropas aliadas hallaron evacuado el campo enemigo y tan lejos ya los franceses, que lo cubrían el día anterior, que se hizo estéril y hasta imposible el perseguirlos con la más ligera esperanza de darles alcance en su retirada.

Todo lo prudente que se mostró Cuesta la tarde del 23, apareció el 24 de belicoso y emprendedor; sucediéndole lo contrario al general inglés, su colega, por esa ley, sin duda de la flaca naturaleza humana, enemiga siempre de seguir las opiniones de otro. Lo de Temístodes y Euribiades la víspera de Salamina, y lo de Varron y Paulo Emilio en Cannas se repetirá en cuantas ocasiones se presente un ejército con dos ó más jefes, independientes unos de otros en el mando de sus respectivas tropas. Mientras Cuesta se lanzaba á la persecución de los franceses con el ardor característico suyo, Wellesley puso en ejecución su propósito del día anterior, el de no con-

Cuesta cruza solo el Alberche.

tinuar su acción auxiliar en favor de España; no pasando su iniciativa de la de ocupar con un cuerpo avanzado algunas posiciones de la izquierda del Alberche que sirvieran á mantener con toda tranquilidad las de la derecha en que se hallaba establecido.

La batalla de Talavera es una de las acciones de guerra que, por uno y otro lado de los beligerantes en élla, exigen mayor número de datos y explicaciones más amplias si han de comprenderse perfectamente sus peripecias todas, las causas de su resultado y las consecuencias que produjo. No extrañe, pues, el lector que, como al describir la batalla de Bailén, aunque con móviles distintos, lo distraigamos con detalles que, de otro modo, no sacaríamos á luz en la relación de otros combates por importantes y hasta decisivos que hubieran sido.

Decimos esto porque en los despachos de Wellington aparece la opinión resuelta, comunicada al vizconde Castlereagh de no seguir adelante, hasta la de volverse á Portugal, por falta de víveres y de transportes, pero sin anunciarla siquiera á Cuesta, pues que en sus cartas á O'Donjú promete apoyarle y aun le aconseja preparar con obras de fortificación el futuro campo de batalla que su talento le hace prever en el de Talavera. Se conoce que luchaba entre atenerse á la que consideraba como la única misión del ejército inglés, la de la defensa de Portugal, y el satisfacer el honor militar y el propio suyo, comprometidos desde que abandonó aquel reino en la obra de restauración de las armas españolas á que se había unido. Comprendía lo imprudente de la marcha emprendida sin su cooperación por el general Cuesta,

y ya que se negaba á seguirle en ella, conviniendo quizás para el éxito de la campaña, temía también arrostrar la inmensa responsabilidad de abandonarle en tan suprema y arriesgada ocasión.

Porque, al cruzar Cuesta el Alberche sin dar alcance al enemigo ni aun conocer su pista en los primeros momentos, había, por el pronto, subdividido sus fuerzas dirigiendo las divisiones y la vanguardia á Cebolla, en el camino de Toledo, y adelantándose él con la caballería y la reserva á El Bravo y Santa Olalla por la carretera general de Madrid. Los franceses, considerándose débiles ante el ejército aliado y con el temor también de verse flanqueados por la legión de Wilson, cuya fuerza se les exageraba y se suponía en marcha ya de Escalona á Navalcarnero, se habían retirado hacia Toledo, buscando su unión con Sebastiani y el Rey al abrigo del Guadarrama que, aun cuando con poca agua en aquella estación, constituía, al fin, un foso de no fácil tránsito, defendido por tropas tan bizarras como las del mariscal Víctor. Así es que Cuesta hizo adelantar sus fuerzas hasta Torrijos donde, por las avanzadas, se supo la concentración de los franceses y su propósito de un ataque para el día siguiente. Costábale mucho al general Cuesta el haber de retirarse aun ante masa tan imponente, confiando en la llegada en apoyo suyo del ejército inglés, cuyo jefe le escribía estar haciendo todo género de esfuerzos para ponerse en disposición de prestárselo.

El ejército francés, verificado que hubo su concentración el 25 á espaldas del Guadarrama, se decidió, con efecto, á emprender una acción ofensiva

Combate de Alcabón.

enérgica, esperando sus jefes que 45 ó 46.000 de sus soldados no hallarían enemigos que osaran afrontarlos. Según el plan comunicado á Soult por el general Foy, parecía lo prudente aguardar la noticia de que los cuerpos de aquel mariscal asomaban á la divisoria Carpetana para dar principio á su movimiento de avance por el valle del Tajo. Los aliados, distraídos con la presencia de tal golpe de tropas como reunía José á su frente y aletargados, quizás, con una acción, así como temporizadora y en expectativa de la de Venegas que pudiera envolverlos ó penetrar en Madrid, hubiéranse, y es lo probable, detenido á ponerse perfectamente de acuerdo para continuar su marcha en combinación con aquel general, sin temor á la que á sus espaldas había de emprender Soult, de quien como de Ney, ya hemos visto que ignoraban hasta su presencia en las altas mesetas de Castilla la vieja. Lo prudente, repetimos, era conservar una actitud expectante, una defensiva activa que entretuviese al enemigo hasta el momento oportuno que, según los despachos de Soult y las promesas de Foy, no se haría esperar mucho tiempo. Pero la impaciencia francesa, la de Víctor, sobre todo, anhelante por medirse con los ingleses, y el deseo del Intruso, bien disculpable al hallarse á la cabeza de ejército tan florido, de probar que, si no como las de su hermano, poseía cualidades militares que le recomendasen á él y á sus nuevos súbditos, atropellaron por toda consideración juiciosa para al día siguiente acometer el ataque de los españoles que veían á su frente. Decíale Soult que del 30 al 31 de aquel mes de Julio se hallaría á espaldas de los ingleses con su cuerpo

de ejército y el de Mortier, ya que no podía esperar al de Ney; y, creyéndolo así, no había reflexión ni temor que detuviera á los franceses de José en sus cantones de la izquierda del Guadarrama. Y así es que el 26, en vez de esperar el ataque de Cuesta, se le adelantaron arrollando en Torrijos y Alcabón á la vanguardia española y á la caballería que los amenazaban (1).

El general Latour-Maubourg con sus dragones, la caballería ligera de Merlín y los infantes de la vanguardia, avanzaron rápidamente, por un lado á Torrijos, que fué ocupado al poco tiempo, y, por otro, á Alcabón en cuyo llano formaron los jinetes en una línea paralela á la española, cubiertos á su espalda por un espeso olivar y por su infantería, más perezosa naturalmente en el alcance. Los nuestros salieron al encuentro de los franceses y se limitaron después á hacerles cara, al comprender Zayas la inferioridad de su número y cómo habían sido arrollados sus camaradas de Calatrava y Villaviciosa con la grave pérdida del barón de Armendáriz, el valiente coronel del segundo de aquellos regimientos. Pero se hacía necesario retirarse; y Zayas, puesto en tal trance, apeló, para hacerlo en orden, á la caballería del duque de Alburquerque, enviada por Cuesta y que lo sacó airosamente de él (2).—«Si en aquel momento,

(1) Thiers dice, no sabemos si con fundamento, que Cuesta había escrito á Wellesley que no se podía dar alcance á aquellos miserables franceses, tal era la velocidad con que huían. Se nos figura que el célebre historiador ha buscado una frase que haga resaltar la acción rápida de sus compatriotas para contestarla.

(2) Zayas decía en su parte:.... «lo que no me dexó dudar que el enemigo intentaba empeñar una accion general, en cu-

dice Thiers, el cuerpo de Víctor hubiera estado en actitud de atacar, el ejército español habría sido, todo él, derrotado; pero iban las tropas agobiadas por el calor, presentaba el terreno muchos obstáculos y el mariscal no quiso arriesgar nueva acción, por más que el Estado Mayor de José le empujaba vivamente á ella.»

Ya no cabía en Cuesta dudar de la superioridad de los franceses ni de la falta de apoyo por parte de los britanos, y menos aún de la precisión de retirarse á la derecha del Alberche para salvar, por el pronto, al ejército español y hacer, después, comunes sus riesgos y acción con los del aliado. Este continuaba en sus anteriores posiciones, con el grueso de las fuerzas en el bosque de Salinas y la división Sherbrooke en Cazalegas y alturas inmediatas: así es que pudo servir aquella tarde del 26 de sostén á las tropas españolas que retrocedían de la línea entre Torrijos y Santa Olalla, en que con tan poca fortuna

yo concepto, y conforme á las instrucciones de V. E. resolví retirarme, movimiento difícil á la vista de fuerzas tan decisivamente superiores; pero la precisión, orden y energía con que los cuerpos ejecutaban las maniobras que se le indicaban, tenían en respeto al enemigo, y si no hubiera concurrido la desgracia de haber caído el regimiento de Villaviciosa en un terreno que por su estrechez y vallados que lo limitaban lo imposibilitaba desplegar en batalla, hubiéramos concluido nuestra operación sin accidente alguno. Villaviciosa fué cargado, pues, con ventaja, pero se defendió con intrepidez; las demás columnas continuaban el movimiento por los puntos que se les había mandado, y volvieron á restablecer su batalla á espaldas de Alcabon, y al abrigo de la segunda división de caballería, que con su intrépido gefe el duque de Alburquerque á su cabeza, llegó á tiempo para sostenerme.»

acababan de combatir (1). Pero Cuesta, no viéndose hostigado de cerca por los franceses, que no pasaron de Santa Olalla, continuó en la izquierda del Alberche, ya fuese por considerarse bastante fuerte para aceptar allí una batalla, ó más bien por no repasar en desorden aquel río á la vista y en presencia de unos aliados tan egoistas como soberbios (2).

Era manifiesto el propósito de combatir en los franceses. Si se habían detenido aquella tarde, fué porque, en presencia del ejército aliado, se hacía necesario no arriesgar una acción sin tener todo el suyo reunido y con todo su material y recursos. Iban á medir sus armas con aquellos aborrecidos insulares, cuyo orgullo no habían logrado abatir tanta y tanta victoria como venía trabajando para Napoleón

(1) Por supuesto que Nápier eleva la acción de las tropas de Sherbrooke hasta la de formar entre las españolas, y el enemigo que al ver su continente, se detuvo, como era de esperar, si esa acción había de ser narrada por un historiador inglés. No hay en contra sino que la vanguardia francesa, vencedora en Alcabón, viendo el grueso del ejército español, y que no iba apoyada de cerca por Víctor, tan perezoso aquel día como Cuesta el 23, se detuvo en Santa Olalla, y allí permaneció hasta el 27.

Wellington lo decía: «Cuesta se retiró con su ejército á la izquierda del Alberche, continuando Sherbrooke en Cazalegas y el enemigo en Santa Olalla.»

(2) Nápier dice que allí es donde se hizo patente el carácter indomable y orgulloso de Cuesta. «En vano, añade, le demostró Wellesley todas esas cosas (los defectos de su posición en la izquierda del Alberche), y le rogó se sustrajese al riesgo del desplome de la roca que amenazaba aplastarlo; él respondió que la retirada debilitaría la moral de su ejército, y que deseaba combatir allí mismo, y, efectivamente, pasó allí la noche.»

Lord Wellington no dice una palabra de esto en sus despachos: se limita á escribir que Cuesta continuó en la izquierda del Alberche hasta la mañana siguiente. De todos modos no probaría la tenacidad de Cuesta sino un temple de alma que le honra, muy superior al que hace suponer su edad ya muy avanzada.

el imperio de la Europa, sometida hacía doce años por él á pruebas tan rudas. Era, pues, la ocasión de las más solemnes; y por lo mismo que las tropas francesas, que se veían á ella provocadas, no eran de las de Vimeiro, la Coruña ni Oporto, ansiaban, y más aún sus generales, demostrar que ninguna les superaba en ardor, instrucción y solidez. Imponente, repetimos, y gravísima prueba; porque se iba á jugar en ella la suerte, quizás, de la Península. Vencedor el francés, perdía la Gran Bretaña el prestigio que la proporcionaba en el continente aliados que verían defraudadas todas sus esperanzas de independencia nacional: de salir derrotado, sería ya inútil todo esfuerzo por someter á su dominación un pueblo que la rechazaba con la actitud de todos sus habitantes y la fuerza de sus ejércitos. Tenían, de consiguiente, José y sus tenientes que meditar mucho antes de decidirse á un ataque, de resultados problemáticos si no era oportuno, fatalísimos acaso y acabadores. Nadie extrañará, así, la circunspección del mariscal Víctor la tarde del 26; lo verdaderamente chocante, lo admirable, es que quien tan receloso se detenía ante el ejército español y una división inglesa separados del campo de Wellesley por un río bastante caudaloso, cargase el día siguiente á los aliados ya reunidos y en una línea sabiamente elegida y no sin habilidad fortificada, y eso aislado puede decirse, sin el apoyo inmediato que la localidad y el momento requerían. ¡Misterios del corazón y de la inteligencia, en nadie más frecuentes ni tampoco más incomprensibles que en el hombre de guerra!

Y, ¡coincidencia rara!; la parsimonia de Cuesta el 23, fué castigada con la pérdida de una ocasión propicia para derrotar al mariscal francés, como la temeridad de perseguirle después solo, sin el apoyo de los ingleses, lo fué con el revés de Alcabón; y la parsimonia de Víctor el 26, permitió la reunión de los aliados en la derecha del Alberche, y su impetuosa temeraria del 27, afirmó el espíritu de aquellos, y los preparó para la victoria del día siguiente. ¿Cómo extrañar el error del general español después de cometido igual y de consecuencias semejantes por el célebre duque de Bellune?

Pero ya estaban cara á cara los dos ejércitos; decidido el francés á escarmentar la iniciativa de los aliados que á tanto se atrevían como á arrojar al gobierno intruso de la capital del reino y obligarlo á elegir otro asiento, ya que no elevaran todavía su ambición á la de echarlo totalmente del suelo patrio. Si las fuerzas no eran numéricamente iguales, podían considerarse así por la composición, no poco heterogénea, de las aliadas donde militaban españoles, portugueses, ingleses y alemanes, y la homogeneidad de las imperiales, formadas en su mayoría de franceses con algunos alemanes también, puede decirse que incorporados al Imperio hacía tiempo, con intereses, además, políticos, que los ligaban á él fuertemente.

Unidos los primeros en la derecha del Alberche, á que pasaron Cuesta y Sherbrooke en la mañana del 27 por la desde entonces preponderante iniciativa de Wellesley, el ejército anglo español tomó posición entre el Tajo y una altura que, con el nombre,

Batalla de
Talavera.

Descripción del campo.

célebre ahora, de Cerro de Medellín, domina por su derecha la llanura de Talavera. Junto al Tajo, y con puente en él, se alza la villa que acabamos de nombrar, cuya población considerable, sólido caserío y en partes robusta muralla, la constituyen en uno como reducto, gran apoyo del ala de un ejército en ocasión, como aquélla, de batalla. Delante de la villa hay una ermita, la de Nuestra Señora del Prado, edificio notable por su lujosa y fuerte construcción, cuerpo avanzado que pudiéramos llamarlo, donde, plantada una batería, podría barrer la carretera que conduce al puente del Alberche y cubrir también de fuego el espacio comprendido entre el Tajo y los olivares que desde aquel camino van esmaltando el llano fronterizo de la línea de batalla. Desde Talavera tomaba ésta su dirección al N. remontando la corriente de un arroyo, el Portiña, de hondo cauce en su parte superior y que había de detener alguna vez á los combatientes por lo difícil de su tránsito. Si junto á la villa no era tan incómodo de cruzar por lo llano del terreno, iba éste levantándose gradualmente en accidentes, muy suaves al principio, pero dominantes si se los coronaba, sobre todo, con alguna aunque ligera obra de fortificación, y que, sin otra vegetación, es verdad, que tomillos, se escalonaban con el Medellín, empinado y abrupto por sus caídas orientales al Portiña, por donde presentaba unas como gradas anchurosas, capaces para fuerzas que pudieran impedir su acceso, por numerosas que fueran las que se decidieran á acometerlo. Esta ventaja se hallaba neutralizada por otra altura, la del Cascajal, si no lo eminente que el cerro, sí lo bastante para

atalayar las gradas y batirlas sin contrarresto eficaz con la artillería en ella establecida, muy útil, de todos modos, para disponer el paso del Portiña, divisorio entre los dos campos, y el asalto sucesivo del Medellín que se le vantaba al frente.

No estaba allí el límite del campo de batalla, porque, más al N. y al otro lado de aquellas alturas, existían un valle, regado también por el Portiña en su origen, encerrado entre las mismas alturas y una sierrezuela árida y de rocas, como que se conoce con el nombre de los Peñascales de la Atalaya, ramal de la de Segurilla, más considerable, pero muy distante ya (1).

El Portiña, nacido en aquel valle y alimentado por las vertientes de los Peñascales, dejaba á su derecha terreno suficiente para las maniobras de un cuerpo numeroso de tropas apoyadas inmediatamente desde el Cascajal, cuyo pie iban lamiendo sus aguas por la izquierda. Al llegar á la unión de los dos cerros, cambiaba el arroyo de rumbo para romperla, abandonando el valle, que no por eso se interrumpía, hasta una humildísima divisoria con la cañada de Cervines, origen á su vez del riachuelo Barraga que, como el Portiña á las del Cascajal, se arrimaba á las faldas septentrionales del Medellín. Y, ¡accidente extraño!, así como el Portiña cortaba la unión de los dos cerros tantas veces nombrados en ángulo casi recto para abrirse paso á la llanura de Talavera, así el Barraga rompía la del Medellín con

(1) Véase en el Atlas del Depósito de la Guerra el plano correspondiente, levantado por el ahora brigadier D. Manuel Fernández de Ibarra y el autor de esta historia.

otros ramales de la sierra de Segurilla, bajando al Tajo á espaldas de Talavera é interrumpiendo los varios caminos que dirigen á Extremadura y Castilla la Vieja.

La posición del ejército aliado era, así, imposible de flanquear por el enemigo, limitada como estaba en la derecha por el Tajo, invadable y sin puentes al alcance del enemigo, y en la izquierda por la sierra á que acabamos de referirnos, impracticable para los caballos y la artillería. Acaso hubiera convenido mantener ocupada la altura del Cascajal, llamada también Cerro de las Fuentes, con un cuerpo avanzado; pero de acceso seguido y suave desde el Alberche y arrancando en el monte de Salinas donde podían organizarse á cubierto las columnas de ataque, y fácil de flanquear por la vasta llanura, arbolada también, de Talavera, ofrecía su defensa peligrosa, cuyas consecuencias podrían comprometer la del cerro de Medellín, verdadera llave de la gran línea de batalla de que constituía la extrema izquierda. El vencimiento del cuerpo adelantado en el Cascajal, podía producir en el Medellín un desorden de las más graves consecuencias.

Posición de las tropas.

El ejército español formaba en la derecha de la línea, apoyando la suya en Talavera, ocupada por las tropas de la 1.^a división, y más á vanguardia, en la ermita de la Virgen del Prado, á cuyo frente se había establecido una gran batería para, como antes hemos dicho, cubrir de fuego la carretera general, la margen del Tajo y los olivares del llano. A retaguardia y en los flancos de las piezas se hallaban la vanguardia y una parte de la caballería española,

destinada, sin duda, á caer sobre el flanco de los enemigos si se decidían á acometer al centro de la línea para cortarla y coger luego de revés sus dos alas (1). Seguían después en dos líneas las divisiones; la 1.^a y 2.^a próximas á la ermita y ocupando la población; la 3.^a y 4.^a extendiéndose en las márgenes del Portiña hasta el llamado Pajar de Vergara, asentado en una eminencia poco perceptible del terreno donde se comenzó á construir por los ingleses un gran reducto, cuya artillería, que consistía en diez piezas de campaña, barriese con sus fuegos la llanura de enfrente. Aquel era el punto de unión de los ejércitos aliados, extrema derecha del inglés, si defendido por la división Campbell y apoyado por la brigada de dragones de Cotton, cubierta á su derecha por una gran masa de la caballería española. La primera línea de los españoles formó en la orilla izquierda y la segunda en la derecha del Portiña, que así la servía como de foso, á la manera que la infantería de la primera aprovechó el hondo camino de Talavera al Pajar y los cerramientos y tapias que limitaban á vanguardia las labores, ocupadas por las descubiertas y guerrillas de nuestros batallones. La quinta división se estableció de reserva en tercera línea, en disposición, como luego se verá, de acudir á cualquier punto de la línea general.

(1) El duque de Alburquerque, en carta que publicó el *Ti-mes* en Abril de 1810, criticaba mucho esta situación de la caballería de su mando, á lo que Cuesta respondió: «El paraje estrecho en que mandé reunir la caballería no fué para combatir como lo conociera cualquier sargento, sino un reten ó reserva, para distribuir los esquadrones en los puntos que fuesen atacados, pues que el terreno que había delante de la línea de infantería, estaba poblado de olivos.»

Desde el reducto del Pajar de Vergara, especie de obra avanzada en la línea cuyos baluartes parecían ser la ermita de la Virgen del Prado por la derecha y el cerro de Medellín por la izquierda, se trasladaba el frente de batalla á la derecha del Portiña, escalonándose en ella la división Sherbrooke en una sola línea, pues que una de las brigadas del general Mackenzie iría á formar la segunda, y la división Hill que guarneció el cerro de Medellín ocupando á vanguardia las gradas á que antes nos referíamos, y, detrás de la altura, los accidentes más propios para guarecerse del fuego y obtener salidas más expeditas en cualquiera reacción ofensiva con la otra brigada de Mackenzie que, como la primera, llegó á última hora.

Porque esta formación general no se completó sino al anochecer del día 27, cuando, forzado por los franceses el paso del Alberche, emprendieron su ataque, afortunadamente prematuro y desgraciado.

Tal era la línea de batalla de los aliados, completada, si así puede decirse, aunque á distancia muy larga, por el cuerpo de Wilson que, desde Navalcarnero, donde, con efecto, apareció el 25, se había retirado á su posición anterior de Escalona por orden de Wellesley.

Y aquí se presenta una de esas nebulosidades frecuentes en la historia, pero que no puede dejar desatendida un escritor español: la de si el mando de la línea quedó concentrado en una mano, la del general inglés, ó continuó dividido como hasta entonces.

Hay un historiador, el inglés Nápier, que, después de exagerar la insistencia de Cuesta en no re-

pasar el Alberche, á punto de atribuirle la frase de que no había cedido á las instancias de Wellesley hasta que se le había puesto de rodillas, continúa diciendo con una seguridad que pasma: «Poseído de todo el ascendiente de su genio, sir Arturo Wellesley tomó el mando de los dos ejércitos.»

Para que se vea con cuánta imparcialidad escribimos y cómo no buscamos sino el acierto y la fortuna en lo que toca á la de la patria, no hemos de ruborizarnos como españoles al decir á Nápier, como respuesta á su falsa aseveración, que «así debiera haber sido». ¿Se quiere mayor franqueza ni sinceridad más espontánea en nuestras opiniones militares?

«Así debiera haber sido»; porque no se concibe una línea de tropas mandada por dos jefes en sus dos fracciones principales, ni regida en sus maniobras y acción por más de uno, solo responsable ante el mundo y la historia del éxito feliz ó adverso de la batalla. Esos dos generales podrían, como los cónsules romanos, alternar en el mando por días, semanas ó meses, sistema igualmente funesto; pero mandar á la vez en una función de guerra simultánea ó separadamente, es el mayor de los absurdos en la Milicia. Si lo es en la Administración y en la Política ¿cómo no había de serlo en las operaciones de una campaña?

Pues bien, ese absurdo se cometió en la campaña de Talavera, y fué ¡á qué dudarlo! la causa eficiente de su fracaso; esto es, de la esterilidad de los inmensos sacrificios que hubo de costar á los ejércitos aliados que la ejecutaron. En ninguna otra obra que la de Nápier, si no es la de Brialmont que sigue en todo al historiador inglés, se halla estampada noticia de

tal bulto, y en la de lord Wellington se vé patente la falsedad, pues, además de varias frases que así lo manifiestan, se lee la de que *pidió prestadas á Cuesta dos piezas de á 8 que le fueron muy útiles* (1), y el que manda no pide.

Hay más: en ese mismo despacho del general inglés se dice que «el general en jefe español, sus oficiales y tropas manifestaron las mejores disposiciones para ayudarle y aun que los que llegaron á combatir cumplieron con su deber», frase que no deja duda alguna respecto á este asunto (2).

Día 27. Primer período de la batalla. Y volvamos á nuestra narración de aquella batalla.

Los imperiales se presentaron al mediar el 27 en las alturas de la izquierda del Alberche y frente al monte de Salinas, ocupado por la división Mackenzie y la caballería de Anson, mientras las demás tropas españolas é inglesas entraban en la línea de batalla y se establecían, según hemos dicho, en élla. A la amenaza de pasar el río siguió inmediatamente la acción, y antes de que Mackenzie pensara en emprender la retirada se veía á las manos con las tropas de Víctor que, llevando á su derecha la división Ruffin, en el centro la de Villatte, á la izquierda la de Lapisse y la caballería de Latour-Maubourg flanqueando, habían cruzado el Alberche con el agua á la cintura.

(1) Dice así: «Two pieces of cannon, 8 pounders, which y borrowed from Gen. Cuesta, were likewise very useful to us.»

(2) Schépeler, de la Legión real alemana, dice, por cierto, que Wellesley hubiera sacado más fruto de aquella victoria «si hubiera sido él solo general de los dos ejércitos.» ¿Se necesita más para rebatir á Nápier?

Tan arrebatada fué su marcha, con tal celeridad y empuje tan violento se arrojaron sobre la casa de Salinas, que el mismo Wellesley, que se encontraba en la torre que la corona, hubiera caído en sus manos si no lograra ponerse á caballo en lo recio ya de la pelea.

La división Lapisse fué la primera en chocar con la inglesa de Mackenzie. Como ésta se retiraba ya hacia la línea de batalla, los regimientos números 31 y 87 que iban á retaguardia hubieron de sufrir casi todo el empuje de los franceses y, con él, grandes pérdidas. Pero no por eso logró el enemigo introducir desorden en aquellos soldados, cuyo rasgo característico es la solidez y la sangre fría aun en los trances más rudos, y con el apoyo de sus camaradas del 45.º y del 60.º, animados por la presencia del mismo Mackenzie, tan incansable en su acción como hábil en sus disposiciones, lograron acogerse á la línea, estableciéndose, según ya hemos dicho, á retaguardia de las divisiones Sherbrooke y Hill. De algo les sirvió la caballería de Anson, que seguía su movimiento, y la de Payne que cubría la llanura por donde marchaban, así como una batería española, la del teniente Entrena, que formó sobre su flanco izquierdo; pero sin la serenidad de los infantes y la abnegación de sus oficiales, demostrada con sacrificios costosísimos, aquel sangriento episodio hubiera sido el principio de una derrota irreparable para los aliados que ni aun habían acabado su formación en la línea. Es verdad que todavía no estaba la división Villatte en la derecha del Alberche y no llegaron con oportunidad la caballería y la artillería; que el

4.º cuerpo estaba muy atrás y más aún el cuártel general; que José, en fin, no era lo que su hermano, y que, como dice Thiers, su consejero era un viejo; que, de no ser así, volveremos á decirlo, la situación de Mackenzie hubiérase hecho desesperada y la del ejército anglo-español insostenible (1). Villatte y Ruffin hubieron, pues, de detenerse ocupando la altura del Cascajal, á la que el mismo Víctor, tan ardiente y conecedor, sobre todo, del terreno, cien veces visitado por él, llegó tarde, cuando el sol trasponía ya las altas montañas de la cordillera carpetana.

¿Era momento aquél para comenzar una batalla? Si algo se necesitara para probar el ardor, no pocas veces irreflexivo, del héroe de Montebello y Friedland y la ambición de gloria que le devoraba, pero más aún el egoísmo militar de no compartirla con nadie hasta en funciones de acción colectiva, bastaría el ejemplo dado por el insigne mariscal la tarde del 27 de Julio de 1809. Viendo que no va apoyado por las

(1) El Jefe de E. M. de Víctor decía en su parte: «El enemigo tenía allí 6.000 hombres con cuatro piezas de artillería y se retiraba despacio de posición en posición; pero el general Chaudron-Rousseau, que regía el 16.º, aprovechando con habilidad un terreno más despejado de árboles, mandó cargar á la bayoneta y el regimiento lo hizo con la bravura que le distingue. El enemigo entonces sufrió una completa derrota y ya no pensó más que en ganar á la carrera el grueso de sus tropas.»

Thiers dice por su lado: «Si en vez de un rey personalmente esforzado, pero sin experiencia y reducido á aconsejarse de un viejo mariscal hubiera tenido á su lado un verdadero general en jefe, poniéndose á la cabeza de sus avanzadas para reconocer el terreno y tomar oportunamente sus disposiciones, se hubiera apresurado á cruzar el Alberche en masa y, aprovechándose del revés de los ingleses y del desorden con que se retiraban los españoles, habría quizás ocupado la posición del enemigo. Pero cada uno seguía la dirección que le parecía mejor, ó esperaba una orden que no le llegaría sino tarde y dictada después de interminables consultas.»

demás tropas del ejército tan de cerca que puedan reforzar las suyas en el momento del ataque, si son rechazadas, ó simultanearlo en otras partes de la línea enemiga para mantenerla en jaque, al menos, en todas ellas, se arroja temerariamente á comprometer una acción cuya importancia, grandiosidad y resultados probables no debe desconocer. Porque sus soldados vienen de lejos en jornada penosa por lo larga y el calor que hace, y porque aquélla es la primera vez que van á medirse con los de la Gran Bretaña, sus irreconciliables enemigos, los vencedores de Vimero y La Coruña, ahora descansados y establecidos en una posición hábilmente elegida. Era, además, muy tarde y todo ataque nocturno, siempre desfavorable al que lo emprende si no es el enemigo sorprendido, es ocasionado á mil contingencias casi nunca felices. Si resulta victorioso, no puede recogerse inmediatamente el fruto del triunfo ni aun proseguirlo hasta el día siguiente; si adverso, puede producir resultados desastrosísimos, sobre todo si su posición es como la de los franceses aquel día, débil topográficamente y con un río á su espalda. Era, sobre todo y según ya hemos indicado, la ocasión muy solemne para no observar las reglas que el arte previene para las grandes acciones campales.

El mariscal Víctor no quiso detenerse á reflexionar sobre ellas ni recordarlas siquiera; y, una vez reunidas las tropas de su cuerpo de ejército, las lanzó á la conquista del cerro de Medellín que tantas veces había anteriormente reconocido, clave, es verdad, de la posición enemiga, pero también su más robusto baluarte.

Ataque del
cerro de Me-
dellín.

Los tres regimientos de infantería que componían la división Ruffin recibieron la orden de atacar el cerro; el 9.º ligero, en el centro, debía ganarlo de frente; el 24.º de línea lo flanquearía por el valle de la derecha entre el Cascajal y los Peñascales, y el 96.º, por la izquierda, para evitar fuese reforzada la posición enemiga por las tropas inglesas más inmediatas en su línea de batalla. Las divisiones Villatte y Lapisse se mantendrían, más que en reserva, amenazando impedir cualquier movimiento de los aliados que, ante el riesgo de que se perdiera el cerro, intentaran un cambio de frente ofensivo, de las más graves consecuencias cuando Sebastiani y el Intruso estaban lejos todavía.

Después de un vivo cañoneo, que cesó para no ofender á los suyos en el ataque, el 9.º francés escaló, así puede decirse, con la mayor gallardía las gradas que forman la falda del Medellín, ocupadas por los soldados de Hill que, al sentir en la oscuridad la agresión, rompieron un fuego muy nutrido sobre él. Pero las mismas tinieblas, pues era entre las nueve y las diez de la noche, hicieron ineficaz el fuego, y los franceses pudieron impunemente cruzar el Portiña, vencer las dificultades de la escabrosa pendiente de la orilla derecha y lanzarse á la bayoneta sobre los ingleses más adelantados en la altura. Aun llegaron á coronarla, tal era el ímpetu de la carga; pero, viendo Hill que podía destacar tropas de su segunda línea por no descubrir próximas las flanqueantes del enemigo, las lanzó también por los lados de la cumbre que le tocaba defender, y con el hierro mejor que con el fuego rechazó el ataque é hizo retroceder al 9.º fran-

cés hasta la margen misma del Portiña. Tanta parte tomó personalmente en la refriega el general Hill que, metiéndose entre los enemigos con su Estado Mayor, estuvo á punto de caer prisionero; pero, logrando desembarazar su caballo, corrió, herido y todo, á ponerse á la cabeza del 29.º de línea, que volaba en su auxilio, y con él arrojó á los asaltantes al barranco.

En el desorden, que bien se puede imaginar, de ataque tan rudo en la oscuridad, tardaron algo las tropas inglesas en formar de nuevo, no tanto, sin embargo, que dejaran de ofrecer, para cuando el enemigo intentase repetir la carga, una línea más formidable que la anterior. A las tropas de la brigada Donkín que cubría las gradas, seguiremos llamando así á los remansos de la montaña donde formaba momentos antes, se unieron el regimiento número 48 con que había salido Hill de espaldas del cerro y el 29.º con que había completado la victoria; de modo que los franceses, si volvían, iban á encontrar avisados, perfectamente dispuestos y llenos de confianza á los defensores.

El 9.º francés, al caer de la montaña, se encontró con el 96.º que, detenido en los mil obstáculos que le presentaba el cauce del Portiña, no pudo secundarle en su ataque, del mismo modo que el 24.º, á quien habían extraviado la lóbreguez de la noche y los accidentes del valle por que marchaba para envolver á los ingleses. En comunicación, al fin, estos cuerpos, creyó Víctor que no era el revés sufrido motivo suficiente para desistir de la empresa de ocupar el cerro de Medellín, de cuya conquista esperaba sacar

la victoria más completa; y, una vez repuestos de su fatiga los soldados y reorganizados los regimientos, los dirigió de nuevo al enemigo. Pero no es tan fácil rehacer el espíritu como el cuerpo; y los franceses, al subir de nuevo y cruzar el fuego con los ingleses á 20 ó 25 pasos de distancia, tan desanimados iban ó tal resistencia previeron que, sin cruzar sus bayonetas con las enemigas, tornaron á bajar al Portiña y establecerse después al vivaque en la línea de sus camaradas del ejército (1).

Ataque á la
línea españo-
la.

No estaban, entretanto, inactivos los franceses de los demás cuerpos; Latour-Maubourg, que iba con sus dragones á la izquierda del 1.^{er} Cuerpo para servir de lazo de unión con el 4.^o, avanzó con la división Leval de éste y, á su apoyo, cargó á la línea española y aun logró introducir algún desorden en las filas más avanzadas de élla. Los voluntarios de Trujillo, los Leales de Fernando VII y Badajoz, de la 3.^a división, cejaron al empuje de la caballería francesa, y de tal modo influyeron con su pánico en los regimientos de segunda línea, que hubo soldados que no se detuvieron sino en Oropesa, esparciendo allí y por

(1) Thiers, siguiendo en eso la versión de Víctor en su parte, oculta este segundo fracaso de los franceses en la noche del 27, y otro tanto hacen los historiadores compatriotas suyos; pero se hallan, por su lado, tan acordes en la narración ingleses, alemanes y españoles que no cabe dudar de aquel postrer ataque ni de su resultado. Lo cita la historia de la legión real alemana que tomó parte activa en él: lo hace también Wellington diciendo que fué durante la noche, Hamilton que en el curso de la misma, Nápiér que volviendo el 9.^o francés al ataque, Schépeler que poco antes de media noche, Rigel que á la una, Toreno que muy entrada la noche, Maldonado da por seguro que los franceses repitieron el ataque, y así cuantos historiadores de estas naciones se quieran consultar.

el camino el espanto de que iban poseídos. Y como formaban en el centro y, de consiguiente, cerca del Pajar de Vergara, ocupado, según ya hemos dicho, por los ingleses, los hubo también de éstos y hasta oficiales que, creyendo rota la línea, se dispersaron para seguir después á los fugitivos españoles en su desastrosa carrera (1).

Aquel injustificado pánico, que Cuesta castigó inmediatamente con rudeza extraordinaria, no tuvo más consecuencia, porque, avanzando la caballería, con Alburquerque á su cabeza, rechazó á la francesa que, azotada, á la vez, de flanco por la artillería de nuestra extrema derecha, fué á acogerse á la división alemana que seguía sus movimientos, y una y otra luego á los olivares, donde campaban su cuerpo de ejército y la reserva del general Dessolles (2).

También el general Lapisse fingió un ataque al centro de la línea general donde estaba la legión

(1) Nápier confiesa que no todos los fugitivos eran españoles.

(2) Cuesta dice en su parte del 28 que las tropas españolas se habían portado con valentía y firmeza, «á excepcion de tres ó quatro cuerpos que cometieron algunas faltas, de las quales hablaría más despacio.»

Sobre la severidad de Cuesta para con los fugitivos, dice Toreno:

«A los cuerpos que el 27 flaquearon, nada menos intentó Cuesta que diezmarlos, como si su falta no proviniese más bien de anterior indisciplina que de cobardía villana. Intercedió el general inglés y amansó el feroz pecho del español, mas desgraciadamente cuando ya habían sido arcabuceados 50 hombres.»

¿Cómo se enseñará á no huir en el campo de batalla?

Schépeler dice: «Cuesta hizo diezmar los cuerpos que habían vuelto la espalda al enemigo y, por la observacion de Wellesley de *que si aquellos soldados hubieran tenido uniforme no habrían huido*, no fusiló más que la quinta parte de los sorteados.»

Real alemana que lo rechazó sin gran esfuerzo y con poca pérdida de su parte.

Las bajas de los ingleses ascendieron á la de unos 800 hombres de los que 146 alemanes, y la de los franceses á 1.000 entre muertos y heridos y extrañados. La de los españoles consistió desgraciadamente en la muestra de indisciplina dada por los que corrieron toda la noche para ponerla de manifiesto en Oropesa y los pueblos de las inmediaciones y después á la Historia.

Aquel combate, tan impremeditadamente emprendido por Víctor, tuvo consecuencias muy trascendentales para la jornada del día siguiente que no debieron escaparse al talento y, más que al talento, á la experiencia del célebre general. Las tropas aliadas se mirarían con una confianza no fácil de adquirir sin la prueba de fuerza que el enemigo las había proporcionado en condiciones tan ventajosas. Habían podido, considerándose victoriosas, acabar los preparativos de otro ataque más rudo, ya fortificando algunos puntos del campo, ya cubriendo aquellos espacios que Víctor en la combinación ofensiva de aquella noche les había indicado como vulnerables y peligrosos, y desaparecían los defectos de una formación tomada de prisa en el desorden de un movimiento retrógrado á que obligaban la falta de armonía entre los generales y la actividad, eminentemente francesa, de los enemigos.

Así fué que al amanecer del 28 se hallaban los beligerantes frente á frente. Los aliados se mantenían en las posiciones mismas de la tarde anterior con la sola diferencia de haber llevado á su izquierda par-

te de la división de caballería de Alburquerque en apoyo de dos brigadas inglesas de la misma arma que debían cubrir el valle entre el Medellín y los Peñascales, y más lejos todavía la división, también española, de Bassecourt para, enseñoreada de las alturas rocosas acabadas de nombrar, impedir el avance de algunos pelotones franceses que se dejaron ver muy de mañana en la parte más oriental de las mismas. Formaban los franceses en una línea casi paralela, con el 1.^{er} cuerpo en la altura del Cascajal y su falda del Mediodía, el 4.^o en la llanura, opuesto al centro anglo-español, la caballería de Milhaud en la izquierda observando á los españoles, la carretera y la ermita de Ntra. Sra. del Prado, sobre todo, y la Guardia del Intruso y la división Dessoles en reserva. El nuevo sol hizo ver á Víctor que no se había equivocado en tomar el cerro de Medellín por la clave de la posición enemiga, y que, conquistada aquella altura, regada ya con tanta sangre de uno y otro campo, quedarían flanqueados inmediatamente los cuerpos ingleses, envueltos muy pronto después todos los de la línea, y destruido, por fin, el ejército aliado cerrándolo entre el Tajo y la serie de montañas que se alzan por el otro lado del valle. Y como en Víctor la acción seguía inmediatamente al pensamiento por temerario que fuera, la emprendió sin más demora que la necesaria para dirigir á José el aviso de que convendría hacer con las tropas del general Sebastiani y de la reserva una enérgica demostración contra el centro de los ingleses que, así, no podrían acudir en auxilio de los de Hill. Otra prueba de que los generales franceses trataban *cavalièrement*, como di-

cen sus compatriotas, al pobre hermano de su brillante emperador. Y sin más precauciones ni más preparativos tampoco, tomó sobre sí la inmensa responsabilidad y la ardua tarea de la conquista del Medellín con las mismas fuerzas y sin más que cambiar el orden de ataque de los regimientos que la habían emprendido la noche precedente. El 9.º ligero pasó al valle de la derecha por donde el 24.º de línea debió flanquear el cerro, y el 24.º ocupó el centro para que, ya que nada había sufrido antes, acometiese de frente á los ingleses, mientras el 96.º desempeñaría por la izquierda el oficio que ya le había sido encomendado por la noche. La división Villatte permanecería en reserva y la de Lapisse, con los dragones de Latour-Maubourg, fingiría sobre la derecha de Hill lo que Víctor deseaba hicieran Sebastiani y Dessoles sobre la de toda la línea inglesa.

De modo que, como José no tendría tiempo para dar sus disposiciones con la oportunidad que Víctor exigía y en realidad necesitaba, el primer ataque del día 28 resultaría tan aislado como el de la tarde del 27, tan ineficaz por lo tanto y desastroso. Y es que el duque de Bellune ambicionaba para la división Ruffin la gloria del desquite del revés sufrido, y por ese anhelo, muy honroso si se quiere en un militar, la iba á proporcionar, no ya otro revés sino un verdadero y transcendental desastre.

Los tres regimientos franceses, formados en columna cerrada de división, al apoyo de más de 50 piezas de artillería que, establecidas en el Cascajal, rompieron un fuego abrumador sobre la línea inglesa, descendieron al Portiña y lo cruzaron con el

mismo orden é igual desembarazo que en un campo de maniobras. La artillería británica no era suficientemente numerosa para detenerlos ni podría tampoco por su calibre contrarrestar la eficacia poderosa de la francesa que tenía enfrente. El 24.º y el 96.º pudieron, así, acometer la subida al cerro, en cuyos primeros escalones estaban las brigadas Tilton y Stewart esperándolos con la bayoneta armada. Allí se trabó una refriega sumamente empeñada. Por más que la artillería y los infantes ingleses hacían vomitar hierro y plomo en abundancia extraordinaria sobre los soldados de Ruffin, éstos llegaron á media altura sin perder su formación ni vacilar un momento en su marcha. Pero Wellesley que coronaba el cerro atalayando desde él la llanura y las disposiciones que los franceses tomaban para el ataque, vió que el del cuerpo del mariscal Víctor era, hasta entonces al menos, aislado, pues que no avanzaban el de Sebastiani y la reserva de José, y que aun las tropas asaltantes no iban bastante sostenidas por las divisiones de Villatte y Lapisse, retrasada esta última en su movimiento á través del Portiña. Y sin perder un momento, ya que tan cortos deberían ser los de circunstancia tan feliz, corrió parte de las tropas de Sherbrooke, sacadas del centro, al flanco de las atacadas en el cerro, con lo que, cargando unas y otras á la bayoneta al 96.º y al 24.º franceses, los echaron de nuevo al barranco, tan destrozados aquella mañana como el 9.º ligero lo había sido por la noche.

Al mismo tiempo disponía Wellesley que la caballería establecida en el valle de su izquierda car-

gase al 9.º, que ya hemos dicho había de ayudar al ataque de sus camaradas amenazando flanquear la posición del cerro; pero este regimiento, al ver el fracaso, se retiró también, burlando la perezosa iniciativa de los jinetes ingleses, ocupados poco hacía en el forraje.

La pérdida de los franceses fué enorme, ascendiendo á unas 1.500 bajas en los tres regimientos, no tan sensible, sin embargo, como el convencimiento adquirido por su general, alma y principal actor de aquella jornada, de que no era, la de vencer á los isleños que tenía al frente, empresa tan hacendera como él la había supuesto. Pero atribuyendo, y con razón, en parte, aquel contratiempo al aislamiento en que se le había dejado, aplazó su desquite para cuando, reunido todo el ejército, pudiera operar simultáneamente bajo un solo plan y con una acción general y armónica en sus combinaciones y detalles.

Consejo de guerra en el campo de Víctor.

Por rápido que hubiera sido aquél, para los franceses, tan desastroso episodio, comenzado á las cinco de la mañana, eran las diez cuando se reunían en lo alto del Cascajal el rey Intruso, su jefe de E. M. el mariscal Jourdán, Víctor y Sebastiani, para fijar de una manera definitiva las resoluciones más convenientes. ¿Deberíase ó no proseguir la lucha bajo tan malos auspicios iniciada? Este fué el primer punto de discusión; y el consejo de guerra, que no otra cosa vino á resultar aquella reunión, decidió que, so pena de echar un borrón indeleble sobre las águilas francesas, habría de continuarse peleando hasta obtener un resultado decisivo, feliz ó desgraciado.

En vano opuso Jourdán observaciones y observaciones á tal proyecto, ya haciendo ver que se había perdido la ocasión de envolver la izquierda inglesa por el valle, desatendida al iniciar Víctor sus ataques pero cubierta después con grandes masas de caballería, ya poniendo de manifiesto la necesidad de esperar noticias de Soult acerca de su posición y la fecha en que se proponía caer sobre Plasencia á espaldas del enemigo, para los dos ejércitos asaltarle un golpe decisivo con toda seguridad de éxito. El veterano de Jemmappes aconsejaba establecerse en el Alberche hasta el momento preciso que acabamos de indicar, con lo que tenía por seguro é infalible el triunfo.

No pensaba así el mariscal Víctor: tener á los ingleses tan cerca y no medir las armas con ellos era dar una muestra de debilidad que no perdonaría jamás el Emperador; y, en cuanto á él, creía que, combatiendo simultánea y enérgicamente los dos cuerpos de ejército, el suyo y el de Sebastiani, era probable la conquista de la montaña que tenían en frente y con ella una completa victoria. *De otro modo, decía, será preciso renunciar á hacer la guerra* (1).

La frase era enérgica y de temer se trasmitiese á los oídos de Napoleón; así es que José, aunque inclinado á seguir el consejo de Jourdán y apoyado también por Sebastiani, reñido hacía tiempo con Víctor, no se atrevía á tomar resolución alguna. En

(1) Thiers y Nápier están contestes en la trasmisión de la frase de Víctor que, en efecto, es digna de la fortuna que ha obtenido para la Historia.

esto llegó un despacho de Sault anunciando que no podría ocupar á Plasencia hasta el 3 de Agosto lo más pronto, y llegaron también noticias, siempre se acumulan y sorprenden en casos tan críticos, de que la vanguardia del ejército de Venegas andaba ya en las márgenes del Tajo por Aranjuez y Toledo, á las manos con los destacamentos franceses dejados allí para guardarlas.

¿Qué hacer en tal conflicto? Nosotros nos ponemos en el caso del Intruso y comprendemos que ante un enemigo que tanto se deseaba exterminar, el temor á las iras de su hermano que le acusaría de la pérdida de ocasión que tomaría por extraordinariamente bella, el desencanto de la cooperación de Sault y el riesgo de que las tropas de Venegas acometiesen la entrada en Madrid, él, Rey, aun cuando no amado, de España, hombre de valor y deseoso de mostrar condiciones de General, se decidiera por una batalla que satisfaría, aunque medianamente afortunada, á tan urgentes é importantes necesidades como las que en aquel momento se le imponían.

Plan de un
ataque gene-
ral.

Decidióse, pues, continuar el combate y librarlo inmediatamente y con la mayor energía posible. La división Ruffin formaría en el valle superior del Portiña, destinada á avanzar por él y envolver la posición del cerro de Medellín. A su retaguardia iría una brigada de las dos de Villatte como en reserva, y la otra quedaría en lo alto del Cascajal cubriendo la artillería y amenazando escalar el cerro como en los ataques anteriores. La división Lapisse debería cruzar por la izquierda el Portiña y acometer el centro de los ingleses, seguida de los dragones de La-

tour-Maubourg y la división Dessoles que la apoyarían y aun secundarían su ataque. El 4.º cuerpo, en fin, ligaría su movimiento de avance con la división Lapisse, maniobrando como para asaltar la posición inglesa del Pajar de Vergara. No se hacía á los españoles el honor de un ataque como á las diversas partes de la línea inglesa; satisfaciéndose la necesidad de observarlos con llevar la división Leval en un escalón ó retaguardia de su cuerpo y con la caballería de Milhaud, apostada á su frente y á lo largo de la carretera del puente del Alberche á Talavera. La guardia de José llenaría el hueco de la reserva, aunque decidido su soberano á no emplearla sino en un caso extremo, no para la acometida y si sólo para cubrir la retirada del ejército, en caso de un desastre.

Mientras tenía lugar aquella larga deliberación que tan graves consecuencias había de producir, parte de las tropas de uno y otro campo habían bajado al Portiña para, aprovechando la suspensión del combate, apagar la sed que á todos acosaba por el calor del día y el más sofocante aún de la pelea. Heridos y sanos buscaban el refrigerarse en la escasa corriente tan próxima á ellos, más deseada cuanto menos abundante, y ni un momento pasó por la imaginación de nadie el disputársela con las armas ¡Raro espectáculo, el de soldados de dos naciones que tan cordialmente se odiaban, fraternizando la primera vez que se veían de cerca después de lucha tan encarnizada (1)!

(1) Dice Hamilton: «El fuego cesó á eso de las once. Los dos ejércitos se mantuvieron en paz tácitamente un espacio de

No había perdido Wellesley el tiempo concedídole por los generales franceses con su conferencia. Comprendiendo por la dirección que el enemigo había impuesto á sus ataques, la que daría á los sucesivos, había, según ya hemos dicho, ocupado los Peñascales de la sierra de Segurilla con la 5.^a división española que haría frente á los cazadores franceses encaramados en los más orientales, y llamado á servir de reserva de su caballería establecida en el valle á la del duque de Alburquerque, tan ganoso de servir á su lado. Pero también había echado de ver la inferioridad de su artillería respecto á la francesa que abrumaba á los infantes establecidos en el cerro por tres veces atacado; y pidió, así lo dice él mismo en sus despachos, al general en jefe español el auxilio de algunas piezas de mayor calibre que desde diferentes puntos de la línea neutralizasen aquella desventaja de su parte. Cuatro de esas piezas fueron á reforzar las inglesas del reducto del Pajar de Vergara, mandadas por el capitán Uclés, y no tardaremos

tiempo que los franceses emplearon en hacer sus ranchos, mientras los ingleses descansaban en el suelo, desentendidos aparentemente de la presencia del enemigo. En aquel intervalo, fueron también trasladados á retaguardia los heridos de ambas partes: desde que cesó el combate, anduvieron confundidos por el campo, y mientras estuvieron ocupados en aquella humanitaria y pacífica tarea, se estableció una amistosa concurrencia entre los soldados franceses y británicos; y, dándose las manos, ellos mismos expresaban su admiración al valor desplegado por sus contrarios.»

Como observarán nuestros lectores, aquí no se habla de haber bajado á beber en la corriente del Portiña, ni Thiers tampoco menciona tal episodio; pero no sólo lo recuerda Toreno, sino que lo hemos oído contar en Talavera á personas que habían presenciado la batalla. Un libro inglés, sin embargo, con el título de *The Bivouac*, da razón de aquella circunstancia y la puntualiza.

en ver el efecto producido por otras dos que, á las órdenes del teniente Entrena, fueron á establecerse en el valle de la izquierda para resistir la acción de las tropas de Ruffin.

Colocado en lo alto del Medellín, pudo Wellesley observar perfectamente los tremendos preparativos que hacían los franceses, que de una á dos de la tarde, estuvieron formando sus tropas y dando instrucciones para el próximo ataque, de cuyo éxito esperaban el definitivo de la jornada.

La división Leval, situada á la izquierda de Sebastiani, á cuyo cuerpo de ejército se hallaba agregada desde que fué dirigida á reforzarlo en la Mancha, resultó la primera en atacar por la equivocación, en su jefe, de creer que iba á la altura de las demás tropas de su derecha, que no descubría por lo espeso del olivar que iba recorriendo. Ignorante de su verdadera situación, se halló sin pensarlo, frente al Pajar de Vergara, punto de unión, según hemos dicho tantas veces, del ejército español y del inglés, defendido, además, con el reducto acabado de reforzar con dos de nuestros batallones y las cuatro piezas del capitán Uclés. Aparecer los alemanes ante la batería, y verse cubiertos de una lluvia de metralla y asaltados por la infantería de Campbell, que salió de la izquierda de la posición, y los jinetes españoles, que lo hicieron por la derecha, fué obra de un momento.

Ataque de la izquierda francesa.

No salieron muy bien parados los ingleses al principiar la refriega. Los soldados de Leval, apoyados en su izquierda por los batallones de Hesse y Francfort, que formaron el cuadro para resistir me-

por á nuestra caballería, siguieron su marcha, y, aunque sorprendidos por el fuego del reducto y aquella doble carga que amenazaba destruirlos, con tal ímpetu atacaron á los de Campbell, que hubiera quedado prisionero uno de los regimientos británicos, el 45.º de línea, sin la muerte del coronel badenés, barón de Porbeck, causa de que lograra evitar suerte tan funesta, aunque dejando hasta ciento de entre los suyos en manos de los alemanes. Aun comenzando á retirarse la división Leval, una de las mejores del ejército francés, según ya expusimos al recordarla en su marcha por la izquierda del Tajo, quiso intentar una reacción ofensiva que dejase bien puesto el honor de sus banderas, y acometió de nuevo á los ingleses que se dirigían por segunda vez contra ella. Pero ya entonces le salieron al encuentro varios batallones españoles y una sección de artillería con dos cañones de á ocho y un obús de á siete, mandada por el teniente D. Santiago Piñeiro, que, cogiendo de flanco la línea alemana y cubriéndola de metralla, preparó á nuestro regimiento del Rey una de las más brillantes cargas que registran los anales de la caballería española (1). «Repelidos así, dice el conde de Toreno, y al tiempo que ya fla-

(1) El parte del general Eguía dice: «Reunido el enemigo á varias columnas que sostenían sus ataques, volvió contra los cuerpos que los cargaron, haciéndoles retroceder sin permitirles guardar aquella exacta union que exige una buena retirada, defecto que se enmendó á favor del vivo fuego de la primera línea, compuesta del primero de Badajoz, imperial de Toledo, Osuna, voluntarios extranjeros, Truxillo y Guadix, y echando mano de la caballería que V. E. me mandó, previniendo al regimiento del Rey atacase los enemigos para á su abrigo formar los cuerpos en sus respectivas líneas como lo verifiqué».

queaban (los enemigos) dió sobre ellos asombrosa carga el regimiento español de caballería del Rey, guiado por su coronel D. José María de Lastres, á quien herido substituyó en el acto con no menor brío su teniente D. Rafael Valparda. Todo lo atropellaron nuestros jinetes, dando lugar á que se cogieran diez cañones, de los que cuatro trajo al campo español el mencionado Piñeiro (1).»

La división Leval perdió en aquel ataque, muertos y heridos, más de 1.000 hombres y, entre ellos, oficiales de mucho mérito, y perdió también las 10 piezas de que se ha hablado, pero de las que no dieron parte ni Sebastiani ni el Intruso, sabiéndolo Napoleón con doble disgusto por los periódicos ingleses. Se había empeñado en que todo el mundo menos él ignorase la verdad de los sucesos, el número y la situación de las tropas imperiales, y era él el primero á

(1) Cómo sería la carga para que Wellington escribiera á Frere:

«El regimiento de caballería, creo que se llama del Rey, dió una excelente y oportuna carga hacia nuestra derecha».

Nápier cita la carga, pero no la califica; ¿qué se diría? y los demás historiadores hacen otro tanto. Es mucho mejor atribuir aquel glorioso episodio á los soldados de Campbell, á pesar del fracaso del regimiento núm. 45, cuyo coronel, que murió poco después, otro jefe, también herido, cinco oficiales y más de cincuenta soldados quedaron prisioneros de los alemanes. El *imparcial y verídico* Brialmont, no se acuerda para nada de nuestros soldados del Rey.

Quedó herido en la carga el teniente entonces, después general D. Víctor Sierra á quien ha tenido el gusto de conocer la generación presente en Madrid como uno de los héroes de aquella lucha. Visitando la prisión de Cervantes en Argamasilla, escribió el general Sierra en la pared: «Al manco de Lepanto, el cojo de Talavera». Era, con efecto, el único superviviente entonces de tan gloriosa jornada.

quien sus tenientes engañaban cuando suponían que habría de irritarle la relación de sus reveses (1).

¡Qué diferencia de aquella carga á la que en los mismos momentos daba la caballería inglesa en el valle donde había sido establecida para impedir el flanqueo del cerro de Medellín por las tropas del mariscal Víctor!

Ataque de
la derecha.

La división Ruffin, apoyada, según ya hemos dicho, por una brigada de la de Villatte y la caballería de Merlín, comenzó también á las dos su maniobra envolvente por el valle del Portiña. La infantería iba formada en columnas cerradas, excepto el 9.º ligero que subió á los Peñascales para flanquearlas y oponerse á cualquier movimiento que pudieran intentar las tropas de Bassecourt, establecidas á su frente. La caballería formó á retaguardia de Ruffin, ocupando la parte más llana ó suave de la cañada en la derecha del Portiña, donde, en el caso de ceder

(1) Decía Napoleón al ministro de la Guerra desde Schoenbrunn: «Quiero que escribais al rey de España haciéndole comprender que no hay nada más opuesto á las reglas militares que el dar á conocer las fuerzas de su ejército, sea en las órdenes del día y en las proclamas, sea en las gacetas; que cuando hay necesidad de hablar de sus fuerzas se las debe exagerar y presentarlas como temibles doblando ó triplicando su número y, al hablar del enemigo, se debe disminuir su fuerza en una mitad ó tercera parte.»

Y, sin embargo, el día antes le había también escrito: «Haced ver al rey mi asombro, y mi disgusto al mariscal Jourdan, de que se me quiera engañar así (que l'on m'envoie des carmagnoles), y que en vez de darme á conocer la verdadera situación de las cosas se me presenten amplificaciones de estudiante. Deseo saber la verdad, quiénes son los artilleros que han abandonado sus piezas y las divisiones de infantería que se las han dejado coger. Dejad entrever en vuestra carta al rey que he visto con disgusto el que diga á los soldados que son los vencedores, que eso es perder á las tropas; porque el hecho es que yo he perdido la batalla de Talavera.» No la hubiera perdido de haberse él hallado en ella.

los infantes, pudiera maniobrar todo lo desembarazadamente posible para apoyarlos con éxito ó salir al encuentro del enemigo. La brigada Villatte seguía el movimiento pegada, puede decirse, á la altura del Cascajal, como para enlazar todo aquel cuerpo de tropas del valle con la otra brigada compañera suya, establecida en la meseta con la artillería que había roto un violentísimo fuego desde que volvieron á comenzar las hostilidades.

Tan pronto como Wellesley, observando aquella maniobra que tanto podría comprometer la suerte del ejército, vió el avance resuelto del enemigo para ejecutarla, dispuso que la caballería se adelantara á su vez para impedirle ó rechazarla. El 23.º ligero de dragones ingleses y el 1.º de húsares de la Legión Real Alemana se destacaron, en consecuencia, del cuerpo de la caballería inglesa y, arrebatando sus aires á medida de su aproximación á los franceses, acabaron por soltar rienda á sus fogosísimos caballos. Pero interceptaba su camino una profunda regata, abierta por las aguas al caer desde los Peñascales al Portiña, y ancha, demasiado ancha para que los caballos pudieran saltarla; é ignorantes los jinetes de la existencia de tal accidente, por no haber reconocido el terreno y por la altura de la yerba junto á sus bordes; y no pudiendo ya dominar á sus brutos, los dragones del 23.º en su mayor número cayeron en la zanja, si algunos ilesos, muchos destrozados y heridos. No así los húsares que, sea porque, yendo en la izquierda, hallaron la zanja en su parte más alta y más angosta, de consiguiente, sea por el carácter más reposado de sus hombres, la cru-

zaron con mayor orden y se dirigieron á cargar á los franceses que, al observar aquel avance del enemigo habían formado en cuadros, uno muy grande con el regimiento núm. 27 ligero y un batallón de granaderos de la brigada Villatte, y dos más pequeños en el ala derecha con los de la división Ruffin (1).

No paró en eso la desgracia de los ingleses; porque herido el coronel Seymour, el mayor, Federico Ponsonby, llevado de su ardor, tan pronto como pudo reunir á los que lograban salir del barranco en hombros de otros y sacar sus caballos, continuó la carga con más furor, si cabía, que el con que la había comenzado el regimiento. Cruzó por entre los cuadros y las columnas de los franceses hasta llegar á la altura de la caballería ligera de Merlín, la cual, abriéndose á su vez, lo dejó engolfarse en el valle para atacarle en seguida de flanco y por la espalda y destruirle ante los lanceros polacos y los caballos ligeros de Westphalia que le salieron además al encuentro. Ya en tal situación no era posible salvarse, mucho menos hacer mella en masas tan imponentes como se presentaban á hacer ineficaz una carga que, de ser ordenada y con apoyo, el que era de esperar, de tanta y tan excelente caballería como la aliada, hubiera podido obtener un resultado de la mayor influencia para el éxito de la batalla. Los húsares, quebrantados en el paso de la regata, ya que no por el fuego de la artillería francesa que, además de

(1) En 1851 las labores ejecutadas en aquel campo no habían acabado de borrar la zanja desde 1809 histórica, y el autor de este escrito y su compañero de comisión pudieron comprobar el aserto de los historiadores de episodio tan importante

atenta principalmente á dirigir su fuego sobre los dragones del 23.º, les cogía de lejos, intentaron en vano acometer á los batallones de Ruffin. Y como el resto de la caballería aliada, que seguía el movimiento del 23.º inglés y los húsares alemanes, pudo observar el obstáculo de la zanja y el desastre de sus camaradas más avanzados, se detuvo al borde de ella sin más objetivo ya que el de contener á los franceses, si persistían en su operación de flanquear ó envolver el cerro de Medellín (1).

(1) He aquí la versión del Teniente coronel G. v. d. Decken de los húsares, tal como se estampa én la Historia de la Legión Real Alemana por Ludlow Beamish.

«Despues, dice, de la primera orden de ponerse al trote, no se dió otra á los oficiales del escuadron; pero al llegar los escuadrones al alcance de la artillería enemiga, los que iban delante del 23.º se echaron hacia la izquierda, empezando entonces á galopar. Los húsares comenzaron desde luego á verse molestados por el fuego de los tiradores franceses apostados en la montaña (el 9.º ligero sin duda), siendo algunos muertos ó heridos. En cuanto la brigada llegó al pie de la eminencia (el cerro de Medellín), fué saludada por la division del General Hill con grandes gritos de entusiasmo que fueron contestados del mismo modo por los valientes jinetes que avanzaban contra las bayonetas. El regimiento 23.º dirigió su ataque contra el gran cuadro de su frente, y los húsares tomaron la direccion de los dos más pequeños que formaban á su izquierda; pero en el momento mismo en que, aumentando la rapidez de los caballos, empezaba la carga, tropezaron los escuadrones de la cabeza en una profunda zanja que la hierba les había hasta entonces ocultado. Como ya era tarde para contener los caballos, los jinetes de delante saltaron para salvar la zanja, lo que produjo una escena verdaderamente horrible. Unos cayeron en la zanja, otros al otro borde de ella; varios trataron de, á fuerza de trabajo, pasar adelante y no pocos pasaron atrevidamente por encima de los demás hasta alcanzar el otro lado; pero la consecuencia de todo eso era inevitablemente la confusión más grande entre las tropas que cargaban. Enfrente de los húsares tenía el barranco una anchura de 12 á 18 pies y hasta seis ú ocho de profundidad; y delante del 23.º era aún más ancho pero no tan profundo; así es que la mayor parte de este regimiento lo cruzó pero en tal desorden y confusion que fué imposible hiciese mella ninguna en el cuadro que debía atacar. Y como entretanto la artillería francesa cercenaba las

Nadie, al meditar sobre aquella carga, dejará de traer á su memoria la posterior de Balaklava, cuyo recuerdo, al par de la de Talavera, ha creado la opinión de que no es la caballería inglesa, aun con sus magníficos caballos y sus valentísimos jinetes, la que pueda servir de modelo en el servicio de su instituto en las grandes crisis de una batalla campal.

Aquella carga, produjo, sin embargo, un resultado, el de que no continuase el movimiento envol-

filas de los escuadrones y el número, ya superior, de los enemigos iba aumentando con la llegada de nuevas fuerzas, no les quedó sino el pensar en la retirada. Dejando, pues, la mitad de sus hombres en el campo de batalla, abandonaron una lucha tan desigual. Los húsares sufrieron menos porque su flanco no estaba expuesto al fuego de la artillería, y los escuadrones que les seguían, advertidos por la suerte de los de delante, pasaron con más prevision la zanja, y como la primera línea se había desordenado por el inesperado obstáculo que encontró, sólo muy pocos llegaron hasta las bayonetas del enemigo y quedó sin efecto la carga sobre los cuadros (*).

»Los escuadrones de retaguardia, en cuanto pasaron la zanja, hicieron alto; y como el regimiento 23.º se hallaba ya disperso, se suspendió el ensayo de la carga. Todos se retiraron después á espaldas de la brigada de caballería del general Fane.»

(*) El Teniente Coronel Nápier supone al Teniente Coronel Arentschildt, que mandaba los húsares alemanes, haciendo alto á la margen de la zanja por consideración á la vida de sus gentes, pero esa resolución, bien prudente, no puede ser atribuida en justicia á aquel veterano que, por peligrosa que fuese su posición, no dudara nunca en cumplir las ordenes que había recibido. Es muy extraño que también el General Ponsonby, que asistió á aquella acción como Mayor del 23.º, participase de la idea de que los húsares no cruzaron la zanja.

Nápier dice que el Coronel Arentschildt, á quien 40 años de experiencia habían hecho maestro en el arte, se detuvo bruscamente gritando: *No seré yo quien mate á mis jóvenes soldados.*»

¡Nápier, siempre tan galante con sus aliados! Y eso que los alemanes de la Legión Real eran, acaso, lo mejor del ejército inglés que combatió en la Península.

Hamilton, por fin, se expresa así: «Aquella carga, única ocurrencia desgraciada en el día, fué extemporánea é impremeditada. La intencion de Sir Arturo Wellesley era la de que la caballería cargase cuando el enemigo, al desplegar, hubiese extendido y expuesto su flanco. Al emprenderse la carga el enemigo continuaba en columna y en una posición demasiado fuerte para ofrecer esperanza alguna de éxito. Sin embargo de aquel fracaso, los franceses quedaron tan atónitos del arrojó y de la bravura de tal intento que desistieron de todo esfuerzo ulterior para apoderarse de la altura, y su imponente movimiento, que al principio amenazaba comprometer la salud del ejército entero, no obtuvo resultado alguno importante.»

vente comenzado por la derecha francesa, cuyas tropas quedaron inmóviles en las posiciones y formación que tenían al emprender el 23.º y los alemanes su temerario ataque; resultado que no puede explicarse sino con la presencia de la gran masa de caballería que se ofreció á su vista, el espectáculo de la 5.ª división española que decidió en aquellos momentos bajar de los Peñascales para tomar parte en la acción sobre el flanco de los franceses, y el estrago que en ellos hacían dos piezas que condujo á aquellos parajes el teniente Entrena, de memoria tan respetable en el cuerpo de la Artillería española (1).

(1) Toreno dice lo siguiente: «Tambien sirvió de mucho la oportunidad con que el distinguido oficial D. Miguel de Alava, ayudante del último (Alburquerque), condescendiendo con los deseos del general inglés Fane, y sin aguardar por la premura el permiso de su jefe, dispuso que obrasen dos cañones al mando del capitán Entrena, que hicieron en el enemigo grande estrago.»

La hoja de servicios de Entrena dice: «En la acción general que en la expresada posición tuvo lugar en todo el día siguiente 28 de Julio, en la que se distinguió particularmente, ya á las inmediatas órdenes del duque de Alburquerque, ya á las del general Fane que mandaba la caballería pesada inglesa».

El parte de Alburquerque contiene el párrafo siguiente: «Luego que principió el ataque general, la división de mi cargo siguió todos los movimientos de la caballería inglesa, cargando al mismo tiempo que ella, y aunque por la gran zanja intermedia entre aquella y los enemigos, no se pudo venir á las manos, la artillería de la división de mi cargo al mando del capitán D. Diego Entrena, y del teniente D. Pedro Ladron de Guevara, avanzó con la inglesa é hizo considerable daño al enemigo por la mañana, flanqueando una de sus baterías, cuyo fuego hizo callar muy pronto, y por la tarde haciéndole vivísimo hasta concluir todas las municiones, sin embargo de habersele inutilizado dos cañones y maltratado dos artilleros y ocho caballos con la voladura de un armon causada por el fuego de los enemigos que mató á otro artillero».

Ataque del
centro.

El ataque del centro fué mucho más obstinado y sangriento. La división francesa de Sebastiani y la de Lapisse avanzaron *con gran resolución y con la regularidad más imponente*, como dice un historiador inglés, para cargar á la división Sherbrooke, la más numerosa y selecta del ejército británico. Llevaban su primera línea desplegada para, al salir de los olivares, romper el fuego, y la segunda en columnas con que arrollar al enemigo, quebrantado, que lo viesan, por aquella y la metralla que no cesaba de lanzar sobre él la artillería del Cascajal y la divisionaria de los que atacaban. Lapisse acometió las posiciones más próximas al cerro de Medellín y Sebastiani las más bajas, cerca ya del Pajar de Vergara, atento, no sólo á su ataque, sino que también á cubrir el flanco izquierdo de su compañero en aquella jornada que se esperaba sería decisiva. Lapisse llevaba en reserva á los dragones de Latour-Maubourg y Sebastiani á la brigada polaca, cubriendo su izquierda la división Leval que volvió á avanzar formada en cuadros; tal escarmiento había recibido de la caballería española.

La ocasión, era, con efecto, solemne, y así debió también considerarla Wellesley que, al observar la marcha de los franceses sobre su centro, dirigió á él cuantos esfuerzos le permitían hacer las ventajas alcanzadas en los extremos de su línea de batalla. Lapisse fué el primero en el ataque. Bajo la protección de sus tiradores cruzó el Portiña; y, puesto á la cabeza de sus columnas, ya tocaba la línea enemiga esperando conquistarla y establecerse en ella, cortándola así por su centro, cuando, herido él mor-

talmente y cargados á la bayoneta sus batallones más avanzados por los de Sherbrooke y el del 48.º que tanto se había distinguido en la defensa del cerro, y que Wellesley envió oportunamente, fué necesario renunciar á tan halagüeña esperanza y retroceder, si bien en el continente digno de tropas hasta entonces siempre victoriosas. Pero, al cargar, á su vez, los ingleses á la bayoneta, entusiasmados con los estragos hechos por su fuego y con la retirada de los de Lapisse, los Guardias, queriendo acabar su victoria con la destrucción completa de sus enemigos, avanzaron tanto que, como los del 45.º en el ataque de la división Leval, estuvieron á punto de ser ellos los rotos y destruidos. Bajaron sobre su flanco los que cubrían el Cascajal, la caballería de Latour-Maubourg amenazó cargarlos á fondo y la reserva acudió á amparar á los que retrocedían ante ellos; de modo que la posición de los Guardias no pudo hacerse más peligrosa y crítica. «En pocos minutos, dice Hamilton, los Guardias habían perdido sobre 500 de entre ellos, sus filas disminuían con el fuego de la artillería enemiga y parecía inevitable la destrucción total de la brigada».

Era necesario un esfuerzo supremo para sacar á los Guardias de tan difícil posición; y el 48.º se adelantó á resguardar su izquierda y avanzaron también á protegerlos la caballería del general Cotton y la batería de Entrena, llamada del extremo izquierdo de la línea; y aunque el 48.º tuvo que desplegar una energía extraordinaria, acometido como fué de todos lados, con grandes pérdidas pero sin cejar un paso, logró ver cómo se reorganizaba la ya desorde-

nada brigada, y ésta acudía de nuevo á pagarle el servicio, tan caramente prestado, hasta meter á los franceses en su campo (1).

Sebastiani obtuvo al principio ventajas parecidas á las de Lapisse en su movimiento de avance; pero, como su colega también, fué recibido en la línea de los aliados con un fuego tan mortífero como nutrido. Al fuego, sucedió una carga á la bayoneta de los ingleses, apoyada por la caballería española; y los franceses del 4.º cuerpo, asaltados de frente y por los flancos, y rota su unión con las tropas de Lapisse que se habían para entonces retirado, tuvieron que

(1) Nápier pinta muy bien este episodio. «Entonces, dice, fué atacada por cuarta vez la montaña, llave de la posición, y Lapisse, cruzando el barranco, acosó fuertemente el centro de los ingleses. Su artillería, sostenida por la gran batería de la derecha, abría anchas brechas en las filas de Sherbrooke, y sus columnas avanzaron con la resolución de vencer; pero fueron recibidas con una descarga general, y la resistencia fué tal, que hubieron de ceder terreno. Dejando entonces la línea, la brigada de los Guardias, los persiguió con un ardor inconsiderado.—Las columnas que sostenían el ataque y los dragones, llegaban en aquel momento, y las tropas rechazadas volvieron á la carga al apoyo también de las baterías francesas que cogían de frente y de flanco á la brigada de Guardias.—Maltratada cruelmente, se replegó ésta al mismo tiempo que la legión alemana se veía también acosada de muy cerca. Las divisiones Hill y Campbell se mantenían firmes en los extremos de la línea; pero el centro estaba roto y la jornada parecía decidirse en favor de los franceses, cuando, de repente, se ve al coronel Donellan avanzar por medio de aquellas masas en desorden con el regimiento 48.º La impulsión de las tropas parecía arrastrar á aquel regimiento en su retroceso; pero, fraccionándose en compañías, dejó pasar á los que se retiraban, y volviendo á tomar su soberbio continente, marchó al paso de carga contra la derecha de las columnas francesas, y, disparando casi á quema ropa, las impidió avanzar más. Los Guardias y los alemanes se rehicieron inmediatamente, llegó á galope una brigada de caballería ligera, la artillería batió los flancos del enemigo sin descanso, y los franceses, principiando por vacilar, perdieron su ventaja y se restableció el equilibrio».

retroceder también, haciéndolo al mismo tiempo los alemanes de Leval sin esperar el ataque de sus anteriormente maltratados cuadros.

La retirada de los soldados de Lapisse y la inmediata del 4.º cuerpo por un campo que el fuego había incendiado para mayor desgracia de los heridos de que estaba cubierto y mayor desolación del ejército, puso fin al ataque general de que el mariscal Víctor y el Rey José esperaban el triunfo de las armas francesas y el remedio á los fracasos parciales de la tarde anterior y de la mañana de aquel día.

Tan desalentados debieron quedar los franceses, que ni las reservas parciales de Lapisse y Sebastiani ni la general, donde se encontraba el Intruso, osaron adelantarse á restablecer combates en que la Fortuna se había mostrado tan indecisa en sus favores, convidando, de consiguiente, á una reacción enérgica que la inclinase hacia las filas imperiales. En la izquierda, los alemanes de Leval no representaban otro papel casi que el de expectadores; en la derecha, una carga harto descompuesta y desgraciada, imponía á punto de detener toda aquella masa de infantes y jinetes que Víctor había destinado á flanquear la posición inglesa; y ni la caballería de Milhaud ni fuerza alguna había atacado á los españoles por no desmembrar, sin duda, las dirigidas contra los británicos. Eran las cinco de la tarde, y, quedando todavía tantas horas de luz, parece que debía de intentarse un nuevo esfuerzo, ya que las reservas y la guardia del Rey estaban intactas; pero en vez de eso, José hizo cesar el combate á pesar de las instancias del duque de Bellune que, siempre

entre los combatientes de retaguardia en la retirada y animándolos á sostenerse, se resistía á ceder á los enemigos el terreno. El hermano de Napoleón, desoyéndolas por completo, se mantuvo en la resolución que ya había dado á conocer en el consejo celebrado á medio día en el Cascajal, y, haciendo cesar el fuego, dió por terminada aquella célebre función militar de Talavera.

Bajas en
uno y otro
campo.

Grandísimas eran las pérdidas en uno y otro campo; inmensas las dificultades que se ofrecerían para continuar el combate; gravísimo el peligro de no acabarlo decisiva y ejecutivamente, y pequeño, casi nulo, el fruto que en todo caso lograría recogerse.

Y vamos á explicarnos.

Los franceses habían perdido sobre 7.000 hombres, de los que cerca de 1.000 muertos, y entre ellos el valiente general Lapisse y algunos otros generales y jefes. El primer cuerpo era el que más había sufrido, como que tomó la principal parte en la acción, comenzada por él la tarde del 27, repetida en la mañana del 28, y acabada, puede decirse, que por la división Lapisse en su remate. Los prisioneros habían sido pocos, reduciéndose su número al de unos 150, pero 20 piezas y dos banderas habían caído en poder de los aliados.

La pérdida de los ingleses ascendía á la de dos generales, Mackenzie y Langworth, 31 oficiales y 700 de tropa muertos; 3 generales, 192 oficiales y 3.718 de tropa heridos; total 6.268 con los extraviados que subían á 652 hombres de los que nueve eran oficiales. De los extraviados había muchos prisione-

ros hechos por los franceses en los ataques del centro, afortunados, según se ha visto, en su principio por el ímpetu irresistible del soldado francés al iniciar un combate. En ese total de bajas que acabamos de estampar, hay también que comprender las de la Legión Real Alemana que fueron de 1.407.

Se evalúa el número de los muertos y heridos españoles en 1 200 á 1.500, sin que pueda fijarse la cifra con toda exactitud por el descuido del general Cuesta en estamparla al dar el parte de la batalla.

Las pérdidas aparecen, pues, equilibradas entre los beligerantes sin embargo de que se hallaran en condiciones tan distintas. Debieran creerse, con efecto, muy superiores por parte de los franceses que atacaban, puede decirse á pecho descubierto, las posiciones enemigas en que los ingleses procuraban resguardar lo posible á sus tropas; pero, no pudiendo hacerlo por tiempo considerable á causa de la proximidad y el ímpetu de las imperiales, la artillería de éstas, muy numerosa y servida á maravilla, hizo verdaderos estragos en la primera línea de sus enemigos y en todos los cuerpos al descubrirse para rechazar las cargas que se les dirigía. No había comparación posible entre la artillería de los franceses y la inglesa, ni en el número de las piezas ni en sus calibres, por más que ofreciera ésta la novedad de los *Shrapnells*, proyectiles, hoy muy conocidos, que acababa de inventar el Coronel de artillería que les dió nombre. Sin la artillería española, que acudió á cuantas partes fué llamada por los generales ingleses y en todas se mostró á la altura de su fama de siempre, la inferioridad hubiera sido aun más

sensible, sin que la neutralizase la reunión de varias unidades tácticas del arma en los puntos que se consideraron más propios para su establecimiento (1). El campo de los franceses quedó materialmente cubierto de cadáveres y de no pocos de sus heridos que la retirada de los suyos dejó entregados á la generosidad del enemigo. Los ingleses y españoles fueron retirados á la ciudad, donde se han hecho históricos los edificios y patios en que tantos héroes obtuvieron albergue ó enterramiento.

Por qué terminó la batalla

Tales destrozos en las filas de uno y otro campo produjeron la terminación de la batalla de Talavera por parte de los franceses y la inmovilidad de los aliados en sus respectivas posiciones. Ya quería Víctor continuar una acción que, en su ardimiento y en su deseo de no quedarse al nivel de los vencidos en Vimeiro y Oporto, creía poder terminar á su satisfacción. Personalmente, al cesar el fuego á las cinco de la tarde, y después por sus oficiales de Estado Mayor, insistió en la conveniencia de un nuevo ataque general, del que esperaba un completo éxito. Los enemigos, según él, conmovidos con tan repetidos ataques y pérdidas tan grandes, se disponían á

(1) Jorge Elliott dice á propósito de esto: «Al mismo tiempo (al tener lugar el ataque del Pajar de Vergara), 18 piezas de artillería que el coronel Robe, del arma, había formado en dirección oblicua, fueron llevadas sobre el flanco de la columna enemiga y ocasionaron una gran destrucción con el fuego de la metralla esférica ó granadas del coronel Shrapnell, así al avanzar aquella como cuando se retiró más allá del alcance de la fusilería.»

Esto sucedía en el flanco izquierdo de Campbell, pues ya hemos visto que por el derecho salió á rechazar á los alemanes de Leval la batería de D. Santiago Piñeiro que tanto estrago hizo en ellos.

retirarse, dejando ya ver muy pocas tropas en su centro y habiendo la artillería disminuído notablemente su fuego, fuese por haber retirado de la línea muchas piezas, fuese por falta de municiones. Nunca, en concepto del infatigable mariscal, era más seguro ni más decisivo el triunfo si se permitía á Ruffin, ya muy adelantado en su marcha por el valle, atacar á los ingleses por la espalda y á Villatte ensayar una nueva ascensión al cerro de Medellín. Un ataque central, sobre todo, que distrajese la atención del enemigo de los de Ruffin y Villatte, oponiendo á la constancia británica el ímpetu francés y la tenacidad, entonces mejor que nunca, necesaria, daría el resultado que no habían obtenido los anteriores.

Pero José no veía las cosas por prisma tan halagüeño. Porque la verdad es que ni estaban los ingleses conmovidos á punto de desmayar en la defensa de sus posiciones, ni la metralla había hecho en ellos el estrago que suponía Víctor, ni Wellesley había siquiera pensado en emprender la retirada. Demasiado contaba el general inglés con las dificultades que hallaría en un movimiento retrógrado ante enemigo tan activo, para no insistir en una resistencia que, después de todo, veía coronada por la fortuna. Tenía, además, el Intruso otras razones para levantar el campo. Reproducíanse, á cada momento más frecuentes y alarmantes, las noticias á que antes hemos aludido de Madrid y Toledo, tanto respecto al estado de los ánimos en los habitantes de la coronada villa como á los movimientos de las tropas de Venegas en las márgenes del Tajo. Comprendía que una victoria inmediata en Talavera ahuyentaría á

todos sus enemigos del centro de la Península; pero no dejaba de conocer también que un descalabro en aquellos momentos habría de llevarle, no sólo á abandonar á su suerte la corte, sino á retirarse á las tierras altas de Castilla la vieja y, quizás, otra vez al Ebro.

Sensible á los alardes de Víctor como francés y como esforzado, hubo, sin embargo, de atender más á las reflexiones de Jourdan; y, por no desairar á ninguno de los dos, como débil, que era, y, de consiguiente, vacilante en sus opiniones, resolvió suspender el combate, aparentando querer continuarlo la mañana siguiente y decidido, por lo que despues se vió, á ceder el campo para acudir á donde suponía más precisas su presencia y su acción militar. Y pretextando que era tarde para aprovechar cualquier ventaja que pudieran conseguirse, cuando aun quedaban más de tres horas de día, se retiró el Intruso al vivac de su Guardia, hasta que hacia las diez de la noche diciéndosele que el duque de Bellune aparecía envuelto por su derecha y que los españoles remontaban el Tajo para amenazar la izquierda de la línea general francesa, dió la orden de retirarse á todos (1). Lo que hacían los españoles era re-

Los franceses se retiran.

(1) Jourdan dice en su manuscrito de aquella campaña: «Para asegurarse de la verdad, el Rey escribió inmediatamente al Mariscal; pero aun no habia recibido la contestacion al apuntar el día, cuando llegó el general Sebastiani, seguido de su cuerpo de ejército, anunciando que habia emprendido la retirada porque el 1.^{er} cuerpo se replegaba sobre Cazalegas corriéndose por la montaña.»

Victor dice á su vez á José en su escrito de vindicación: «El Ayudante de campo del general Latour-Maubourg debió, del mismo modo repetir á S. M. C. lo que le dije varias veces en estos términos: Dad cuenta á S. M. C. de mi parte, que el general

conocer el campo enemigo, y así pudieron observar lo los cuerpos franceses enviados para cerciorarse de sus intenciones. La fuerza española era muy corta para que intentara acción alguna contra los aguerridos batallones franceses que saldrían á su encuentro.

Repetimos que José dió la orden de retirada, porque, de no ser así, hubiera revocado la de Víctor ó de Sebastiani á sus cuerpos que, con la oscuridad de la noche y la inacción de los enemigos, tenían tiempo de sobra para situarse de nuevo en las posiciones que ocupaban al suspenderse por la tarde el fuego.

Esto sin contar con la opinión que José quería hacer formar á su hermano sobre el resultado de la batalla; porque de ser verdad, como le escribía el 29 desde su vivac de Talavera, que había forzado las posiciones inglesas, que el campo estaba cubierto de cadáveres ingleses y que no tenía otro sentimiento que el de no haber hecho prisionero todo el ejército inglés, como lo hubiera conseguido de tener el 27 dos horas más de día, sería imperdonable el no ha-

Carroisha observado un destacamento enemigo sobre nuestra izquierda en direccion de Talavera al puente del Alberche; que el general Villatte me hace saber que por nuestra derecha se presentan algunos batallones en la montaña; pero no dejeis, sobre todo, de decir á S. M. C. que no creo que esos movimientos sean bastante eficaces para obligarnos á la retirada y que me parece de la mayor importancia que nos mantengamos donde estamos.»

En cuanto á quién de los dos, Víctor ó Sebastiani, fué el primero en retirarse, ambos han tratado de echarse recíprocamente el peso de resolución tan grave. Para nosotros que hemos examinado cuantos documentos se publicaron por entonces, está fuera de duda que los dos recibieron la orden de retirarse dictada por el cuartel Real, por más que el mariscal Jourdan diga que se hizo la retirada *sin necesidad, sin orden y hasta contra la voluntad del jefe del ejército.*

ber hecho la madrugada del 29 á Víctor y Sebastiani volverse á establecer en la línea que ocupaban la tarde anterior.

Y no se lo hubiera estorbado el ejército anglo-español; porque, si no estaba abatido y mucho menos en ánimos de emprender la retirada, como suponían Víctor y Jourdan, tampoco se consideraba en situación de avanzar y poner en completa derrota á los franceses. Eran muchas sus bajas; su aprovisionamiento dejaba mucho que desear; no podía contar hasta el día siguiente con un refuerzo de tropas frescas para reemplazar, aunque siempre incompletamente, sus gravísimas pérdidas, y el cansancio de dos días de combate lo tenían como clavado en su línea primitiva de batalla.

Y hemos de decirlo sin ambages y con toda sinceridad: las tropas españolas, descansadas por no haber tomado una gran parte en la batalla, no se encontraban en estado de, emprendiendo la ofensiva, acometer por un terreno cubierto de olivares y de encinas á tropas como las imperiales, dotadas de gran disciplina y de un espíritu, no quebrantado todavía á pesar de su fracaso. Las recientes derrotas, las condiciones de su reemplazo y la ligera instrucción que recibían para cruzar sus armas con las de enemigo tan experto, tenían á las españolas, si con el entusiasmo patriótico que ha hecho la admiración del mundo, no con la pericia necesaria en guerra tan desigual como la de la Independencia. Ni después de la de Alcabón y de lo de la noche anterior, que produjo las durísimas providencias de Cuesta, hubiera sido prudente tal maniobra, como en otras condicio-

nes la exigirían los principios del arte de las batallas: porque, de no ser afortunada, podía atraer al ejército un descalabro de las consecuencias más trascendentales (1). ¿Cómo, pues, el general Wellesley, que se había negado á cruzar el Alberche en persecución de Víctor el día 24, había de hacerlo ahora mediando un combate tan sangriento y con noticias ya, aunque vagas, del nublado que se formaba á su espalda en los pasos de la cordillera? Si cupieran en su ánimo esperanzas de, persiguiendo al ejército francés, acabar decisivamente la jornada, es de presumir que la hubiera ejecutado con toda resolución, siguiéndola hasta alcanzarlo y batirlo; pero ni abrigaba tal confianza, ni suponía, en caso de desgracia, hallar camino de retirada como el que le ofrecía allí la proximidad de Portugal, su reducto de apoyo y de refugio en las eventualidades de la guerra.

De ahí el ningún fruto de la victoria de Talavera, según veremos muy pronto, presumible desde que en la madrugada del 29 y al observar la retirada de los franceses, se vió á los aliados permanecer en las

Ningún resultado de la victoria.

(1) A nosotros no nos sonroja el hacer tales apreciaciones tratándose de tropas que carecían de la sólida organización de los ejércitos que asisten á la guerra desde los campos de maniobras y debidamente preparados. Así es que no vacilamos en copiar el párrafo que á ese punto dedica el general Wellesley en su parte.... «Pero las tropas españolas, dice, no estaban en tal estado de disciplina como era necesario para intentar una maniobra en olivares, etc., porque si llegaban á desordenarse, todo era perdido.»

Londonderry dice, sin embargo, en elogio de nuestras tropas: «Los españoles sufrieron poco por haber sido también pocos los que entraron en combate; pero es justo reconocer que lo poco que hubieron de hacer lo hicieron bien. La artillería que tuvieron sobre nuestra izquierda estuvo excelentemente servida, y un regimiento decaballería, llamado del Rey, cargó gallardamente.»

posiciones de la víspera, sin hostilizar siquiera á los del 1.^{er} Cuerpo que, situados en las alturas de la casa de Salinas y de Cazalegas sobre el Alberche, cubrían la marcha del Intruso que se alejaba con el 4.^o, la reserva y la Guardia en dirección de Toledo. Tanta sangre, sacrificios de tal cuantía, valor, talento, abnegación sin límites, todo había sido infructuoso; y la campaña de que se esperaban los mayores resultados y hasta la liberación de toda la región central de la Península quedaba tan en vilo como antes de haberse disparado el primer tiro en élla. Una campaña, en fin, de las más importantes de la guerra de la Independencia y la más instructiva, quizás, al considerar los elementos que entraban en la composición de los ejércitos beligerantes, quedó como indecisa para vanagloria injustificada de los vencidos, pues que vencidos son los rechazados en sus ataques, y sin resultados para los vencedores, impotentes por la deficiencia misma de su organización y falta de acuerdo entre sus jefes.

Que Wellesley tuvo al terminar el combate noticia del armisticio de Znaim, consecuencia inmediata de la batalla de Wagram; que la tuvo también de la marcha del mariscal Soult sobre Plasencia; que podría tener razones políticas que se desenvolverían al llegar su hermano á Sevilla como embajador de la Gran Bretaña; todo podrá ser; pero que no se diga que detuvieron á hombre de guerra tan experto y después de tamaño triunfo, ni el retirarse el enemigo tan entero, porque, como dice un historiador alemán *el enemigo batido va siempre batido*, ni la falta de vituallas, porque precisamente, para hallarlas, era

preferible el avanzar á tierras no explotadas todavía que el detenerse allí donde no era dable encontrar ya ninguna con que mantener al ejército.

Los franceses, al retirarse, dejaron, según ya hemos dicho, en las alturas de Cazalegas al mariscal Víctor con la misión de no ofrecer la apariencia de vencido, de observar á los aliados y de ejercer, por fin, la acción á que estaba llamado todo el ejército cuando apareciese Soult á retaguardia del enemigo. De modo que Víctor quedó en la izquierda del Alberche representando el mismo papel á que tanto se había resistido en compañía de Sebastiani y el flamante rey de España, su jefe. Aun tuvo que retroceder algo más, temiendo que Wilson, que durante la batalla se había acercado cautelosamente á Cazalegas, se le interpusiera en el camino de Toledo; pero, retirándose el inglés á Escalona y convencido el Mariscal de que no tenía aquél la fuerza que la fama pregonaba, volvió de nuevo desde Maqueda á sus anteriores posiciones de la izquierda del Alberche (1).

El Intruso continuó á Toledo en los momentos en que la vanguardia de Venegas andaba cañoneando la ciudad, y el 30 y el 31 pernoctaba en Olías esperando, desde allí y desde Illescas, imponer á sus enemigos y rechazarlos al otro lado del Tajo por la

Nuevas posiciones de los franceses.

(1) Decía Jourdan al Ministro de la Guerra desde Illescas: «Escribe hoy el duque de Bellune á las 10 y media de la mañana que el enemigo muestra pocas fuerzas al frente de Santa Olalla; pero que parece tener por allí un cuerpo que se ha acercado á Escalona por la derecha del Alberche, y añade que si el enemigo desemboca por allí, él se retirará á Naval Carnero.»

parte de Aranjuez, en que lo habían cruzado. Su preocupación, sin embargo, era tal que dictó todo género de disposiciones para el caso, que él creía probable, de verse obligado á evacuar á Madrid. Comprendiendo que era indispensable hacer salir de la corte las personas que no podrían quedarse al ocuparla el enemigo, mandó se avisara por medio de Cabarrús á las autoridades civiles y á las familias españolas que quisieran marcharse. Otro tanto debería hacerse con las familias francesas, el embajador y los ministros extranjeros, á fin de que el 4 salieran para San Ildefonso, escoltados por tropas francesas; encargándose el regimiento español, que allí había quedado, y los aduaneros, de acompañar á sus compatriotas. Los enfermos que pudieran, los depósitos de los cuerpos, la Administración militar, el mismo Belliard, á quien se dirigían estas órdenes, debían abandonar la capital, dejando en el Retiro 3.000 hombres que se defendiesen hasta el último extremo, y buscando para mantener el orden en la población de 1.000 á 1.200 españoles honrados, á quienes se facilitarían armas para impedir que se insultase á los enfermos de los hospitales.

José pensaba trasladarse á Móstoles para sostener á Víctor mientras Sebastiani observaría á Venegas, y para ponerse en disposición de cubrir la fuga de los de Madrid y cruzar con todos el Guadarrama hacia San Ildefonso, Valladolid y Burgos.

Situación de los aliados. Cuesta y Wellesley, libres ya de la presencia de los franceses, procuraron, sin dejar de observarlos, el establecimiento de hospitales y la provisión de víveres en Talavera. Era inmenso, según se ha visto,

el número de los heridos; la población ofrecía pocos recursos, así por lo corto de su vecindario como por lo imprevisto del caso; y por medios que llevaran los ejércitos, el inglés particularmente, nunca bastarían para las necesidades de acción tan porfiada y sangrienta. Y si á eso se añade la escasez, que ya se sentía anteriormente, de abastecimientos, motivo de tantas y tantas quejas por parte del general Wellesley, se comprenderán las dificultades ineludibles que habría que vencer en ocasión tan crítica y dolorosa. De lo que en ese punto sufría el ejército español, nos da idea un párrafo del parte de Cuesta sobre el paso del puente del Arzobispo: «Llegó á tal extremo en aquella crítica ocasion la escasez de víveres, que el quartel general se sostuvo quatro ó cinco días sin raciones de toda especie. Algun arriero que se presentó á vender pan, cobró á cinco y á ocho reales por la libra. La tropa estuvo diez días á quarteron, mientras que los comisionados por los comandantes respectivos de division pudieron acopiar de los pueblos algunas carnes y pan, que nunca cubrían las necesidades » (1). Mal que bien fueron, sin embargo, ingleses y españoles venciendo aquéllos obstáculos; sobreponiéndose á ellos, los nuestros con su característica sobriedad y los alia-

(1) ¿Cómo con dato tan auténtico no hemos de rechazar el aserto de Nápier cuando dice que Cuesta y los habitantes de Talavera *aunque podían obviar anchamente á todas aquellas necesidades*, se negaron á prestar el más ligero socorro ni aun ayudar á enterrar los muertos, y que, habiendo oculto trigo suficiente para alimentar al ejército un mes entero, se prefirió dejarlo morir de hambre?

A eso atribuye después las bárbaras, las salvajes hazañas de Badajoz y San Sebastián.

dos con la férrea entereza que es su primera excelencia. Si no con las altas de heridos, porque los hospitales daban muchas más para el cementerio que para las filas, con el refuerzo de la brigada Crawford, volvió el ejército inglés á prestar su anterior contingente, siempre capaz y siempre dispuesto á nuevas operaciones (1).

Marcha de
Sout á Pla-
sencia.

Así es que, apenas acabada la batalla, hubo el general Wellesley de pensar en el peligro que podría hacerle correr la expedición del mariscal Sout á Extremadura con el objeto evidente de atacarle por la espalda. Sout, con efecto, después de asumido el mando de los tres cuerpos de ejército que operaban en la cuenca del Duero, había puesto todo su cuidado en reunirlos en cuanto fuese posible, para, según ya hemos dicho, entrar de nuevo en Portugal por Ciudad-Rodrigo y Almeida. Su cuartel general se había trasladado á Toro para tener á mano, por un lado, el cuerpo de Mortier que se acantonaba en Villacastín y Avila sucesivamente; por otro, sus propias fuerzas, cuyo núcleo se hallaba ocupando á Zamora y puntos inmediatos, y las de Ney, por último, que, acogidas á Astorga desde su retirada de Galicia, recibieron la orden de trasladarse á Zamora y aun, algunas, al mismo Salamanca. Los franceses tenían noticias más exactas de la posición de los ingleses que éstos de aquéllos; y el día 18 sabían perfectamente á qué atenerse respecto á la marcha

(1) «Pero un refuerzo, decía Wellesley á Frere, de 3.000 hombres se ha incorporado esta mañana al ejército, el cual, espero neutralizará próximamente nuestra pérdida, aunque la de oficiales temo que sea irreparable.»

de Wellesley remontando el Tajo para reunirse al ejército de Cuesta. Porque si en un principio pudo Soult hacerse la ilusión de que Salamanca sería el objetivo de Wellesley para, con los 20.000 ingleses de su mando inmediato, 12.000 que suponían á Beresford en Almeida y 15.000 al duque del Parque, enviado á Ciudad-Rodrigo en sustitución del marqués de la Romana, arrojar á los franceses de aquella vasta comarca, eminentemente estratégica, pronto se convenció de que el general inglés no abrigaba ni había abrigado nunca tales pensamientos. Para asegurarse, sin embargo, de las impresiones que reinaran en Madrid y á fin de acelerar la incorporación de la artillería que había pedido en sustitución de la perdida en Portugal, comisionó al general Foy al cuartel real de José, quien, como también hemos visto, volvió al suyo con el plan completo del Intruso para aquella campaña.

Del 19 de Julio, en que partió el general Foy, al 24 en que regresaba á Toro, el cuerpo de Mortier se había trasladado á Salamanca, y Ney que, vacilando en sus resoluciones para separarse del ejército por su mala inteligencia con Soult, se había resignado á obedecerle por no disgustar al Emperador, emprendía, aunque perezosamente, su marcha á las márgenes también del Duero y de su afluente el Tormes. Desde el 24, todo se apresuró para emprender el movimiento envolvente en que se había convenido; y el 27 tomaba el cuerpo de Mortier con una brigada de dragones el rumbo de Béjar y puerto de Baños, noticiándolo así á José, con el aviso además de la probable incorporación de Ney en Salamanca

el día 31, cuando ya Soult habría salido con su cuerpo de ejército y la artillería que esperaba recibir el 29.

El mariscal Mortier encontró en Béjar dos batallones españoles que se acogieron á Baños, donde se hallaba establecido el brigadier, marqués del Reino, con los otros dos que Cuesta le había confiado á consecuencia del convenio ó plan del 10 en Las Casas del puerto de Miravete. No era aquella fuerza suficiente para resistir la mucha y aguerrida que llevaba Mortier; así es que el Marqués del Reino, después de una ligera defensa de las posiciones del puerto, las abandonó para bajar á los llanos del Tietar y dar aviso de la aproximación de los franceses. Con aquella noticia llegó al cuartel general de los aliados la de la entrada de la vanguardia imperial en Plasencia; esto es, la del principio de ejecución del vasto plan ideado por José y sus mariscales al comenzar la campaña. Si el 30, al saberse que Soult pedía raciones para su ejército en el camino de Salamanca á Baños, podían los generales aliados abrigar alguna duda respecto á las intenciones del Mariscal, pronto hubieron de apartar la vista de Madrid, donde dice Nápier que la tenían fija (1). Su primer intención fué la de atacar á Víctor para, desembarazados de él, revolverse contra Soult; pero, sabiendo el 1.º de Agosto que el duque de Bellune había emprendido la marcha hacia Toledo ó Madrid y que el de Dalmacia se hallaba ya en Béjar,

(1) Por supuesto que esto no es cierto, pues ya hemos visto, y el mismo Nápier lo confiesa, que Wellesley no pensó ni un momento en seguir al Intruso en su retirada.

pensaron en detener á éste en los pasos de la cordillera, destacando á ellos la 5.ª división española, tardíamente por supuesto y cuando los franceses verificaban ya su entrada en Plasencia.

Era necesario tomar una resolución pronta y decisiva, pues no cabía ya dudar del propósito de los franceses y ninguna hallaron mejor los aliados que la de dividirse, marchando los ingleses al encuentro de Soult y permaneciendo los españoles en Talavera al cuidado de los heridos y al de rechazar cualquier intentona de Víctor si volvía á aparecer por las márgenes del Alberche. Wellesley confiaba en que Beresford, á quien suponía en Ciudad-Rodrigo á la cabeza de 15 ó 18.000 hombres prontos á emprender las operaciones que se le ordenaran, podría seguir á Soult y acosarle en su marcha y aun ocupar en la cordillera los puertos de Baños y Perales para cortarle la retirada y, cuando menos, sus comunicaciones en Salamanca. Tantos y tan apremiantes despachos le había dirigido desde el momento mismo en que terminaba la batalla, que, no sin fundamento, abrigaría la esperanza de recibir de él la cooperación más eficaz (1). Pero

Va Wellesley á su encuentro.

(1) El 29 de Julio le escribía entre otras cosas lo siguiente: «Vuestra posición se hace ahora más que nunca importante. El resultado de las batallas del 27 y 28 enseñará al enemigo que no tiene nada que esperar de una acción general que intentara operar sobre mis comunicaciones con Portugal con las tropas que está reorganizando en el Norte. Deseo que establezcáis una buena comunicación con Romana hacia la frontera oriental de Portugal, para vuestra mútua seguridad, la de mi izquierda y la guarda de Portugal, Ciudad-Rodrigo, etc.»

Pero, al saber la marcha de Soult, le escribe el 3 de Agosto desde Oropesa: «El movimiento de Soult por el puerto de Baños ha trastornado todos nuestros planes y me veo obligado á volver para rechazarle. Pienso que estareis en disposición de ayudarme materialmente para conseguirlo ó probable-

al mismo tiempo era tal su ignorancia de la fuerza que regía el mariscal Soult que, al llegar á Oropesa, escribía á Bassecourt que le diera noticias y que, suponiendo que sería superior aquella fuerza á la de la 5.^a división (5.000 hombres), hiciese alto en Centenillo para no alejarse de él más de 2 ó 3 leguas.

Se le une
Cuesta.

Ya en Oropesa, no tardó mucho Wellesley en comprender el riesgo que le amenazaba: Cuesta, que había recibido carta del Intruso y de Jourdán, interceptadas el 1.^o de Agosto cerca de Avila, dando cuenta á Soult de la batalla de Talavera y recomendándole su presencia inmediata en Plasencia, acababa de saber también la aproximación de Víctor al Alberche y el 3 se había puesto en marcha para unirse al ejército británico, dejando *una apariencia de vanguardia* en Talavera, á fin de desorientar al enemigo hasta que él volviera después *de haber batido á Soult* (1). Al mismo tiempo recibía Wellesley la noticia de que el Mariscal avanzaba contra él y de que al mediar aquel día, 3, había entrado en Navalморal, por lo que recomendó á Bassecourt retrocediese á la Calzada ó hasta reunírsele en Oropesa (2).

mente tambien para cortarle la retirada.» En seguida le recomienda ocupar los puestos de Baños y Perales lo antes posible, en el concepto de que él saldrá el 4 para Navalморal y espera estar el 6 ó el 7 en Plasencia.

(1) Cuesta propuso á Wellington dividir el ejército en dos mitades, compuestas proporcionalmente de ingleses y españoles; pero el Lord se negó rotundamente á quitar al de su mando la homogeneidad que, con su dirección además, constituía su principal fuerza. Tenía razón.

(2) En una carta anónima que existe en el archivo de la Dirección de Ingenieros, escrita por persona que pertenecía á la división Bassecourt, se lee: «La espesura del monte en que nos hallábamos á 3 leguas de la Sierra del Pico, nos favoreció para ocultar al enemigo nuestra marcha, y cuando esperábamos órden del general inglés para atacar en combinacion

Por más que lo aconsejara el veterano Cuesta, era hasta temerario seguir al encuentro de un ejército, el número y la fuerza de cuyas tropas se ignoraba, pero que debían ser considerables cuando, desde posición tan comprometida como la de Plasencia, se atrevía á tomar la ofensiva (1). Había llegado el momento quizá más crítico de la campaña: sin la prudencia más exquisita, el ejército aliado se ponía en peligro de ser destruido, colocado, como se hallaba, entre el de Soult, de fuerza muy superior en todos conceptos, y el del Intruso que se revolvía después de su retirada, deseoso de tomar el desquite de Talavera. Es verdad que Soult, á su vez, tenía á Beresford que pudiera atacarle por retaguardia é incomunicarlo con Castilla ocupando la divisoria en Baños, ya que por Perales no habrían los franceses de retroceder por no servir el camino para su artillería, pero, ¿dónde estaba Beresford, qué fuerza disponible tendría, y en qué condiciones podría hallarse para combatir á enemigo tan numeroso y aguerrido? La acción de Beresford era muy problemática y nunca debía esperarse tan eficaz que inspirara una completa confianza para emprender la inmediata y enérgica á que el general Wellesley se vería obligado cuando el ejército francés se encontraba á una marcha del

con él, nos avisa que nos retiremos á Oropesa, pues que él iba á pasar el Tajo por el puente del Arzobispo, como así lo ejecutó. Nosotros solos, 5.000 hombres, con el grueso del enemigo encima y ya casi á nuestra espalda, vinimos en retirada, no con la mayor satisfacción de nuestra suerte; mas la fortuna y medidas del general Bassecourt nos condujeron salvos hasta Oropesa.»

(1) Wellington estaba en la creencia de que Ney seguía de muy cerca á Soult, si no es que estaba ya con él. Así lo manifiesta en sus despachos.

suyo. También es cierto que Venegas podría paralizar en parte la acción del Intruso, obligándole á mantenerse en presencia suya, so pena de dejarle el paso libre para Madrid; pero ni Venegas ni Cuesta, ni las tropas de su mando inspiraban confianza alguna á Wellesley, y ahí están sus despachos que lo demuestran hasta la saciedad. Si alguna duda pudiera abrigar en ese punto, se la hubiese quitado la vuelta de Víctor á las márgenes del Alberche, prueba palmaria de que los franceses se consideraban seguros en las del Tajo por Aranjuez y Toledo.

Esa posición del ejército aliado tenía una salida, la de los puentes de Almaraz, del Arzobispo y Talavera, por donde podría trasladarse á la izquierda del Tajo y poner entre él y sus enemigos foso tan profundo. El de Almaraz, sin embargo, habría sido ya cortado y de todas maneras estaba muy adelante en dirección del enemigo. Una batalla perdida allí, lo dejaría sin medio alguno para retirarse en orden si, durante el combate, no lograba restablecer el paso, eventualidad á que no podía aventurarse. Para tomar el de Talavera le sería necesario retroceder mucho y también sería temerario el hacerlo cuando sólo habían quedado para su custodia y la de los hospitales la vanguardia española y una parte de la caballería de Alburquerque, observadas, y así era de esperar, por el mariscal Víctor que no desperdiciaría la ocasión de combatir. No quedaba, pues, más que el puente del Arzobispo; y, como solo y desembocando en terreno áspero y sin caminos cómodos, era necesario aprovecharlo inmediatamente, no pudiéndose esperar á hacerlo después de una acción desgraciada.

Todos los cálculos y proyectos belicosos del general Cuesta habrían, pues, de estrellarse en la fría reflexión de Wellesley que, escudado con las observaciones que acabamos de hacer, daba, además, gusto á la irresistible inclinación que le llevaba á la frontera de Portugal, cortada en la derecha del Tajo por el ejército, que ya iba considerando como invencible, del mariscal Soult. Y sin espera de ninguna clase y sin atender á las observaciones de su colega español, cruzó el 4 por la tarde el Tajo, estableciéndose en la margen izquierda y en dirección de las Mesas de Ibor, con el propósito, bien trasparente, de no entablar acción alguna con los franceses. Cuesta hubo, pues, de seguirle; pero después de ordenar á Alburquerque y Zayas abandonaran su posición de Talavera para reunírsele por el camino de Calera y Alcolea del Tajo. Resistiéndose, con todo, á la idea de perder con aquel movimiento los frutos que esperaba alcanzar de una campaña tan gloriosa como la que le había deparado la fortuna en el término de su carrera militar, no pasó el puente del Arzobispo, quedándose á su frente en la derecha del Tajo, como no queriendo renunciar á la esperanza, que todavía acariciaba, de volver á batir á los franceses. Y mientras los ingleses subían á Mesas de Ibor y Deleitosa, salvando [su artillería á brazo por las profundas y ásperas quebradas de aquel camino con la tranquilidad de quien tiene perfectamente guardadas las espaldas, Cuesta se exponía á un peligro de que sólo podrían sacarle una gran previsión y una vigilancia suma.

Tenía que cuidar del trasporte de 2.000 heridos Acción de

Puente del Arzobispo. que Wellington, por los informes del jefe encargado de los hospitales de Talavera, creía poderse llevar consigo; dejando los 1.500 restantes bajo la salvaguardia del honor francés, al que los confió en dos despachos dirigidos el 9 de Agosto al general en jefe enemigo y al general Kellermann (1). La vanguardia española y la caballería de Albuquerque, al trasladarse á Puente del Arzobispo, prestaron ese servicio, entregando los heridos, trasportados en cuantos carros y bagajes se pudieron requisar en las inmediaciones de Talavera, á las tropas de retaguardia del ejército inglés, al enriscarse éste por el camino que hemos dicho llevó en su retirada por la izquierda del Tajo.

El general Cuesta quedó, así, solo en la derecha y con alguna parte de su ejército á caballo sobre aquel río y ocupando el puente con fuerzas y obras de fortificación, suficientes, con otras levantadas en

(1) Dice el segundo: «La suerte de la guerra ha puesto en manos del general en jefe del ejército francés oficiales y soldados heridos del ejército inglés en la batalla última de Talavera. Escribo al General en jefe recomendándole esos soldados y rogándole me permita enviar á Talavera para cuidar á los oficiales que no serán considerados como prisioneros de guerra, y á los que se permitirá regresar al ejército cuando se restablezcan. Le ruego también que me permita enviar á los oficiales algunas cortas cantidades de dinero.

Teniendo el honor de conocerlos, me atrevo á reclamar vuestro concurso para con el general en jefe del ejército francés y recomendaros también mis heridos. Si es el mariscal Soult quien manda, me debe cuantos cuidados pueda prestar á esos valientes soldados, porque yo salvé los suyos que la suerte de las armas puso en mis manos, del furor del populacho portugués y los cuidé perfectamente. Por otro lado como las dos naciones están constantemente en lucha, nos debemos los recíprocos cuidados que yo reclamo para mis heridos y que yo he prodigado siempre á los que la fortuna ha hecho caer en mi poder.»

terreno dominante de la margen opuesta, para su defensa.

Corre allí el Tajo algo menos encauzado que en la mayor parte de su curso medio, si sujeto en la orilla izquierda por las descendencias, suaves en su terminación, de los montes de La Jara que la forman, pudiéndose espaciar en la derecha lo suficiente para ofrecer en verano algunos vados y entre ellos, el notabilísimo y practicable, conocido con el nombre de *Vado de Azutan*, agua arriba del puente del Arzobispo y á muy corta distancia de él.

El terreno, pues, de una y otra orilla, labrado generalmente, ofrece campo para la acción de la caballería que, naturalmente, había de ser la primera en presentarse del lado del enemigo (1).

Así sucedió, con efecto, el día 5, si en pequeños grupos al principio y por el camino de Valdeverdeja, en número ya considerable después y amenazando con un ataque formal para el día siguiente. No había que perder momento; y, asegurando el duque de Alburquerque, por las noticias que había tomado, que se hallaba el vado impracticable, se hizo pasar todo el ejército con su artillería por el puente, dejando sólo la vanguardia en la derecha del Tajo,

(1) De un reconocimiento hecho para mayor ilustración de este trabajo, resulta que el vado de Azutan se halla á unos 400 metros N. del pueblo de su nombre, que la anchura del Tajo en él es de 100 metros y que es de arena en su primera mitad y de piedra redonda pequeña en la segunda de la orilla izquierda. A la llegada al río y á unos 8 á 10 metros de él se encuentra una bajada corta aunque un poco rápida, por lo que, cuando el río crece, no puede vadearse, pues aparece á su entrada un desnivel que lo impide. Esto sucede en la orilla izquierda; que en la derecha la salida es llana y fácil de consiguiendo.

como para cerrar el paso á los enemigos en su primer ímpetu. Tales proporciones fué, sin embargo, tomando la fuerza de los franceses al amanecer del 6, que también hubo la vanguardia de pasar el puente y tomar con el resto del ejército las posiciones que se creyeron más propias para evitar que aquéllos cruzasen el Tajo. Las torres del puente quedaron guarnecidas como una pequeña obra que cerraba su salida á la margen izquierda; las divisiones de infantería fueron establecidas en un bosque inmediato para, al mismo tiempo de cubrirse de los ardores de un sol canicular que aquel día fué verdaderamente extraordinario, hacer sus salidas en el momento oportuno con mayor eficacia; y la caballería, por fin, se situó frente al vado para vigilarlo y observar, á la vez, el camino del puente de Talavera, por donde los enemigos podrían verificar también el paso del río.

No sucedió así, y el día 6 trascurrió sin novedad particular; detenidos los franceses de vanguardia en espera de las divisiones que los seguían y ocupados los españoles en asegurar su posición y procurarse víveres. Era imposible hacer vivir tan considerable número de tropas en espacio tan reducido y desprovisto de todo género de recursos; y Cuesta no halló el 7 otro medio para obtenerlos que el de extenderlo un poco, por el camino de Peraleda y Mesas de Ibor; dejando la quinta división de infantería con su Jefe Bassecourt para cubrir el puente, la segunda de caballería con Alburquerque para vigilar el vado, poniéndose, por supuesto, en contacto con la fuerza de su colega, y en su primera posición la

batería de grueso calibre que había establecido en el cerro de San Juan, opuesto inmediatamente á la salida del puente. Pero se hacía el servicio con tal descuido de cuantas precauciones ordena tomar el reglamento de campaña, que la caballería aprovechó también la sombra de los árboles para evitar el calor y, al dar agua á los caballos, los hizo penetrar tanto en el río que dejó ver aquel abandono y la existencia de un vado que ni se sospechaba siquiera. Y Soult, que había llegado el 7 á Puente del Arzobispo con sus divisiones, preparó para el 8 un ataque á cuyo favor esperaba, y con razón, sorprender á los españoles á pesar de hallarse en terreno propio y en posición tan favorable. A las dos de la tarde, la hora de más calor en día en que, repetimos, lo hizo extraordinario, el general Caulaincourt, puesto á la cabeza de unos 600 de sus dragones, pero al apoyo de una gran masa de caballería del ejército imperial y de una nube de tiradores que rompió el fuego desde la margen del río, acometió el paso del vado de Azutan, mientras una parte de la infantería corrió al puente para, haciendo evacuar á los nuestros las torres que en él se levantan, facilitar el tránsito al resto de sus camaradas del arma, formados en columna en un olivar próximo y al abrigo de la población. El campo español estaba sesteando en la frescura del monte; y sólo el primer regimiento de húsares de Extremadura de la división Bassecourt, que observó la maniobra de los franceses, pudo correr á la salida del vado para oponerse á ella. Mientras las fuerzas eran iguales, los húsares lograron combatir y hasta rechazar en varias cargas á

los dragones enemigos; pero éstos aumentaban su número por instantes y pronto se hizo imposible el resistirlos.

Los soldados de Alburquerque, viendo á los dragones metidos ya en el Tajo y comprendiendo, tardíamente por desgracia, la difícil situación en que su falta de vigilancia los ponía, trataron de aperebirse para el choque, ya inmediato, de que eran blanco: pero tenían que ensillar y embridar sus caballos, y cuando quisieron ó pudieron salir al encuentro de los enemigos, fué en grupos, sin unión alguna, en el desorden más completo. ¿Cómo resistir así á la magnífica caballería de los imperiales que ya inundaba la orilla izquierda con el ímpetu, naturalmente, de quien no encuentra resistencia y sólo sí desconcierto y pánico? Pronto se inició, pues, la desbandada en los jinetes españoles que tomaron rumbos diferentes; unos, hacia Guadalupe, otros hacia Valdelacasa para unirse al cuerpo principal del ejército; los más, sin dirección fija, según su capricho ó su miedo.

Mas no era eso lo peor; que con la fuga de la caballería quedaba sin sostén alguno la división Bassecourt, atenta á la defensa del puente y creyéndose en seguridad si Alburquerque lograba con su vigilancia impedir el tránsito de los franceses por el vado de Azután. Verlos cruzar el Tajo y, al mismo tiempo que lanzaba á la carga sus húsares, dar aviso á Cuesta del peligro que le amenazaba, fué todo uno; pero el General en jefe se hallaba á dos horas de allí, en la Peraleda, y en marcha para Mesas de Ibor, y para cuando quiso dar la orden á la

1.ª división de caballería del general Henestrosa y á la vanguardia de Zayas para retroceder en apoyo de Bassecourt, éste había tenido que abandonar, y éso con mucho trabajo, su posición, perdiendo la artillería establecida frente al puente, como Albuquerque había dejado las cuatro piezas divisionarias suyas, en todo 16 piezas de diferentes calibres (1).

No tardaron, como sucedía siempre, en reunirse

Establecimiento del ejército en la izquierda del Tajo.

(1) Por esta relación, que es la exacta, comprenderá el lector las importantes inexactitudes de la de Thiers. Dice así el insigne historiador francés: «Los españoles habían obstruido el puente del Arzobispo levantando en él barricadas, situado infantería en las dos torres centrales del puente, alzado en la orilla opuesta á izquierda y derecha fuertes baterías y cubierto las alturas de retaguardia con *el grueso de su ejército*. Al abrigo de tales obstáculos se creían invencibles.»..... «Mientras la artillería hacía un fuego violentísimo sobre el puente y las baterías enemigas de derecha é izquierda, los dragones del general Caulaincourt salvaron el vado protegidos por una nube de tiradores y seguidos de los 34.º y 40.º de infantería de línea. *Don Gregorio de la Cuesta* quiso detenerlos oponiéndoles su infantería formada en varios cuadros; pero los dragones se lanzaron sobre élla y la deshicieron á sablazos. Sin embargo, bien pronto se echó encima *toda la caballería española* tres ó cuatro veces más numerosa, y se hubieran hallado los dragones en un verdadero peligro si no hubiesen maniobrado con mucha habilidad y sangre fría, sostenidos por la infantería que los seguía. Felizmente, durante el combate el primer batallón del 40.º forzó las barricadas del puente y abrió el paso á la infantería de Mortier que tomó de revés las baterías de los españoles y se apoderó de éllas. Desde aquel momento, los españoles no pudieron resistir y huyeron abandonándonos *treinta piezas de artillería*, gran número de caballos y 800 heridos ó prisioneros.»

Ni había tal *gros* del ejército español, ni se hallaban allí Cuesta y toda la caballería española, ni cayeron en poder del enemigo las 30 piezas de que nos habla Thiers. Por cierto que entre las que se salvaron se hallaban los cañones maniobreros del general don Vicente Maturana, de que se hizo allí uso, y con buen efecto, al decir de un oficial de artillería allí presente. Otro escribía después que era tal el fuego de nuestra artillería y con tal violencia contestaba á él la del enemigo, que entre el polvo que alzaban las balas y granadas no se veían los combatientes unos á otros.

al ejército la división Bassecourt y las reliquias de la de Alburquerque, flojamente perseguidas por los franceses que no pasaron de Peraleda en su victorioso alcance. Así es que Cuesta y todas sus tropas tomaban posición el 8 por la mañana en las inmediaciones de Mesas de Ibor, ya para contener al enemigo si trataba de sacar partido de su reciente victoria, bien para proteger el arrastre de la artillería por aquel asperísimo camino (1).

Los franceses, aun habiendo entrado Víctor de nuevo en Talavera y apoderándose de los heridos ingleses, no 4 ó 5.000, como dice Thiers para, por ese fruto, atribuir á sus compatriotas la victoria en los días 27 y 28 del mes anterior, sino los 1.500 á que antes hicimos referencia, no quisieron internarse en país tan pobre y accidentado como se les presentaba delante. Hicieron alto en Puente del Arzobispo, que se entretuvieron en quemar, y en Talavera, que saquearon por completo, mientras les llegaban las órdenes de José sobre su ulterior destino. Wellington se había establecido en Deleitosa primero y después en Jaraicejo con el ejército á su inmediación y la brigada Craufurd en Miravete para

(1) Los despachos de Wellington están respirando el temor de que los españoles perdieran la artillería atascada en el paso del Ibor por falta de medios para arrastrarla en terreno tan malo y de tanto fango. En uno de ellos, el de 10 de Agosto, escribía el Lord á Cuesta recomendándole el empleo de grupos de 300 ó 400 hombres de sus tropas para el arrastre de cada pieza, con lo que lograría sacarlas todas del atolladero en pocas horas. Así había él conseguido le acompañase su artillería en la retirada por el mismo camino. No hay mejor prueba de que es inexacta la aserción que hace Thiers de la pérdida de 30 piezas españolas en el paso del Tajo. De seguro que le hubieran quedado á Cuesta muy pocas para preocuparse ni él ni Wellesley de su salvación.

vigilar el puente de Almaraz; y Cuesta se encargó de oponerse á la marcha de los franceses, si se decidían á continuar la marcha, y de cubrir los pasos del Tajo; colocando, por consejo de su colega, la vanguardia y una división de infantería en Mesas de Ibor, otra división en Campillos, otra en Fresnedoso y el resto del ejército con la caballería en Deleitosa, con lo que estaría perfectamente seguro todo el de los aliados por su flanco derecho.

Dejemos ahora á unos y otros, franceses y anglo-españoles, observándose desde las márgenes opuestas del Tajo entre Talavera y Almaraz, que nos urge ya dar á nuestros lectores cuenta de lo que sucedía en las más altas de Aranjuez y Toledo, donde se desarrollaba la acción del general Venegas en apoyo de las operaciones que acabamos de describir.

El general Venegas se hallaba el 14 de Julio en Santa Cruz de Mudela esperando las comunicaciones que pudiera dirigirle Cuesta, de un lado, y las órdenes, también, del Gobierno que le había ofrecido noticia diaria de las que adquiriera y de las disposiciones que conviniese tomar según las circunstancias de cada momento.

En tal día, con efecto, recibió una real orden para que tomara las medidas convenientes á fin de llamar la atención de los enemigos por aquel lado, pero *sin comprometerse*: los movimientos de Víctor en las márgenes del Tajo hacían necesario distraer las fuerzas que, en un caso, pudieran reunirse al Mariscal contra los ejércitos de Cuesta y Wellesley. Con igual fecha del 14, le llegaba el día siguiente, 15, un despacho de Cuesta, su general en jefe, ma-

Plan de sus operaciones.

nifestándole la conveniencia también de avanzar con todas sus tropas á Madrideojos, donde podría tenerlas reunidas el 17 ó 18, debiendo después, si el enemigo no le opusiera una fuerza mayor de la de 10.000 hombres, seguir á Tembleque, Ocaña y Tarancón, de modo que el 21 ó 22 le fuera dable adelantar su vanguardia á Fuentidueña y aun á Arganda. Como el 18 ó 19 avanzaría de su lado el ejército anglo-español por la derecha del Tajo y los franceses tendrían á la vez noticia de la marcha del ejército de Venegas, se conseguiría por el pronto el *ponerlos en apuro en su posición entre el Tajo y el Alberche*; y, á lo peor, él podría retirarse por Torrejoncillo á sus anteriores posiciones de la Sierra.

Como siempre que mandan varios, las órdenes, aun no pareciendo contradictorias al primer golpe de vista, resultan de una ejecución difícilísima, si no imposible. La Junta central mandaba que el ejército avanzase, pero *sin comprometerse*; y el general en jefe, de distancia tan considerable como el Gobierno, disponía lo mismo, amenazándole con un compromiso de los más graves en la guerra. Porque pensar que el ejército de la Mancha marchase sin comunicación de todos los días, de todos los instantes, al compás y á la altura de los aliados para que su acción como sus movimientos convergiesen al mismo objeto y al mismo punto, y pretender que, sin absoluta necesidad así, abandonase su línea natural de marcha, la usada y conocida por sus soldados en sus dos anteriores expediciones, para la ejecución de un movimiento envolvente por donde perdería además el poco enlace que aun conser-

vaba con su general en jefe y con su Gobierno, es haber perdido toda noción del arte de maniobrar ante enemigos tan expertos como los que tenía enfrente. Parece imposible que aquella orden saliera de Las Casas del Puerto el día en que aun conferenciaba con Cuesta el general Wellesley sobre el futuro plan de campaña.

Fuerte, sin embargo, Venegas con la del Gobierno supremo, se propuso dar cumplimiento á ambas disposiciones, armado, además, de la cautela que le imponía la inmensa responsabilidad bajo cuyo peso se miraba. Y teniendo acantonadas sus divisiones en el Moral de Calatrava, relativamente y según su número, en Villanueva de los Infantes, Valdepeñas, Santa Cruz y Puertollano, las adelantó el 16 á Daimiel, Manzanares, Solana, y Corral de Caracuel, haciéndose descubrir con sus avanzadas los caminos de Arenas, Lugarnuevo, Villarta, Villarrubia y Herencia. Estos tres últimos puntos se hallaban ocupados por el enemigo y, como eran de paso preciso si había de continuar la marcha el ejército, Venegas reunió un pequeño consejo de guerra en Manzanares, donde se decidió consultar al Gobierno tan vital determinación. Los franceses cerraban completamente la carretera en puntos tan importantes como Villarta y Puerto Lápiche, reforzados, en el momento más oportuno, por los de Herencia y Villarrubia, hábilmente establecidos en los flancos; y el ir á combatirlos, era para los generales de Manzanares *comprometerse*, y mucho. La situación de Venegas era realmente comprometida; porque, obedeciendo á Cuesta, era necesario dar una batalla que repug-

Lo pone en ejecución.

naba á la Junta central; y detenerse era, quizás, dar ocasión á que se malograra el movimiento del ejército aliado en Extremadura y Toledo. Los brigadieres Girón, Vigodet y Lacy, lo mismo que los comandantes de artillería é ingenieros, convocados también, y, con ellos, el general en jefe se inclinaban á presentar al enemigo una gran batalla, creyéndolo en número de 9.000 infantes y 2.500 caballos con unas 20 piezas de campaña; pero tenían al mismo tiempo excederse de sus facultades.

Obtuvo el 19 la respuesta pedida, en el sentido de que, siendo al ejército que operaba en el Tajo de absoluta necesidad la cooperación del de la Mancha, continuase éste el movimiento emprendido, pero siempre con noticias seguras de los progresos del otro y con la seguridad de que no aumentaba sus fuerzas el enemigo que tenía á su frente para no exponerse á una retirada desastrosa. De todos modos, se le decía en comunicación diferente, «tanto para ir á Madridejos como para los movimientos sucesivos, sean las circunstancias las que deban regir las operaciones de V. E.» El general Venegas se proponía, en cumplimiento de aquella orden y mientras se aseguraba de las intenciones del enemigo, hacer salir á la cuarta división para la Membrilla, á donde se trasladaría él, para ponerse en línea con las establecidas en la Solana, Manzanares y Daimiel, disponiendo, á la vez, que la quinta, de Ciudad-Real, enviase sus avanzadas hacia Fuente el Fresno y Malagón á la otra orilla del Guadiana.

«Tales eran, dice en su *Vindicación de los agravios*, que creía haberle dirigido el general Cuesta en

su *Manifiesto*, mis disposiciones para caer sobre los enemigos, en cumplimiento de la real orden del 17, y siempre con la atención de llenar, en cuanto no se opusiesen á aquella ni á la probabilidad de un regular éxito, las ideas del general Cuesta, para cuyos fines pendía de las eficaces indagaciones que se estaban practicando sobre la fuerza y designios del enemigo.»

Pero los jefes de las guerrillas exploradoras dieron á Venegas noticias muy alarmantes respecto á la fuerza enemiga, haciéndola elevar á la de 22.000 hombres, distribuidos en cantones de donde podrían acudir inmediatamente á la primera orden del general Sebastiani para destruir el ejército de la Mancha y poder después dirigirse todos sin embarazo alguno á escarmentar del mismo modo al anglo-español del Tajo. La posición de los ejércitos franceses era, con efecto, muy propia para una maniobra de ese género, la que, por fin, aunque inversamente hicieron, si no con éxito completo, con el suficiente, sí, para ahuyentar la negra nube de que se veían amenazados en los momentos á que nos estamos refiriendo (1).

Pero sabe el general Venegas el día 24 que los franceses comienzan á retirarse de su frente hacia Toledo y Tembleque, dirigiéndose, como antes hemos visto, á su jornada de Talavera, y ordena el avance

(1) Vigodet le avisaba que el comandante de guerrillas D. Miguel Rosales, «le decía que las fuerzas de Sebastiani ascendían á 22.000 hombres en esta forma: la división del general Rey 5.000; la alemana, 7.000; la polaca, 6.000; y la caballería, 4.000.»

de sus divisiones con la prevención de que se les pique la retaguardia con toda energía para obligarlos á detenerse y ofrecerles una batalla que, en tales condiciones, esperaba le sería ventajosa. La única duda que abrigaba todavía era la de qué sería más conveniente, si continuar á Toledo en pos del enemigo de mayor fuerza, ó si dirigirse á Madrid. Pero se la quitó un despacho del 25 en que Cuesta le autorizaba para adelantarse á Toledo y Aranjuez según lo creyese mejor, é hizo marchar á la primera división sobre Toledo, agregándola dos piezas de á 12 para, amenazando con su fuego á la ciudad imperial, ver de rendirla, y á las demás, á Ocaña y Tembleque, en dirección, como comprenderán nuestros lectores, de Aranjuez y Madrid.

Se presenta en Toledo y Aranjuez.

El 29, con efecto, se tiroteaban las avanzadas del ejército con las enemigas en el Puente-largo y la cuesta de Salinas, en la derecha ya del Tajuña, matándoles el coronel La Corte 90 hombres y haciéndoles hasta 30 prisioneros en un vigoroso empuje de sus jinetes.

Ya así, el general Venegas pensó esperar nuevas de las operaciones del ejército de Extremadura, asegurando, entretanto, su posición con establecer las tropas del suyo de manera que comunicasen fácilmente entre sí y pudieran ayudarse en caso de una reacción del enemigo. Hacíase algunas ilusiones respecto á la posibilidad de adelantarse á cortar la retirada á Víctor y penetrar en Madrid, pero no es extraño después de recibir el despacho de Cuesta, fechado en Santa Olalla, y los de Sevilla, en que hasta se le encargaba de la capitanía general de Casti-

lla la Nueva y se le daban facultades para elegir entre los jefes de su mando los más propios para los cargos de gobernador y Teniente Rey. Es verdad que después recibió instrucciones contradictorias, dictadas con la noticia de la inmovilidad del ejército inglés tras el paso del Alberche el día 24, y un aviso de Lacy noticiándole que se distinguían tropas en el camino de Talavera á Toledo, por lo que había creído prudente hacerse fuerte en el monasterio de la Sisla para resistirlas si se veía atacado.

Fué, de consiguiente, necesario reforzar á Lacy con la quinta división y destacar el regimiento de caballería de España por la derecha del Tajo, tanto para adquirir noticias del enemigo como para ver de distraerle en sus desconocidos proyectos.

En esto le llegó un nuevo despacho de Cuesta participándole la victoria de Talavera y la retirada de los franceses hacia Toledo, lo cual le explicó la presencia de tantas tropas enfrente de Lacy, y al día siguiente llegó también uno de sus emisarios al campo de los aliados que le manifestaba los había dejado en Talavera el 30, sin ánimo de perseguir á los vencidos por falta de subsistencias (1).

El ejército de la Mancha tenía el 31 de Julio su primera y quinta divisiones frente á Toledo, la segunda y tercera en Aranjuez y la cuarta en Ocaña. El regimiento de España, al mando de su brigadier D. Pedro José de Gámez, al avanzar por la derecha

(1) Decíale Cuesta «que convendría evitase el encuentro de los enemigos, ínterin el ejército combinado tomaba algun descanso y alimento para poder perseguirlos á cualquiera parte que fuesen.»

del Tajo, había encontrado fuerzas tan considerables de caballería que hubo de retirarse á su posición de Aranjuez.

Ya podía darse por fracasada la combinación en que se fundaba el éxito de la campaña. Ni Cuesta, ni Wellesley ni Venegas habían comprendido dónde estaba la fuerza de aquella combinación y el secreto, por consiguiente, del resultado ú objeto que se perseguía. Todo él iba á consistir en el acuerdo de las fechas y en la precisión que se diera á los movimientos de los ejércitos aliados; y ni las comunicaciones eran lo necesariamente rápidas, ni las marchas podían medirse al compás de las que cabría verificarse un enemigo, puede decirse que concentrado, si dividido también, á distancias, sin embargo, sus fracciones, mucho más cortas y con sus comunicaciones más expeditas. La misión de Venegas era la de ponerse á la vista de Sebastiani, la de obligarle, así, á no destacar fuerza alguna de su cuerpo de ejército y menos á permitirle alejarse él con la mayor parte: antes aventurar un choque, con todas las precauciones, se supone, para impedir que fuese decisivo, que dejar de estrecharlo constantemente y hostigarlo de continuo; todo menos consentir la presencia de las tropas de aquel general en un campo de batalla en que no figurase también él por los flancos ó retaguardia. Si las condiciones del Tajo y la defensa de los puentes de Toledo le impidiesen seguir inmediatamente la pista del cuerpo principal del enemigo, debía lanzarse con todo el suyo sobre Madrid, donde hallaría una corta guarnición en el Retiro, las simpatías de un pueblo que le esperaba, y á los partida-

rios del Intruso huyendo en tropel á la Granja. Obligado, en todo caso, á retirarse, un ejército español y más en aquellos momentos, podía hacerlo, si no, acaso, por la misma línea que el enemigo amenazara en su regreso, por las de Guadalajara ó Cuenca. Pero entre una derrota como tantas otras bastante recientes, y una victoria como la que podía esperarse, bien se debía aventurar algo y aun mucho; pues que derrotado el ejército imperial no pararía hasta Valladolid y quizás el Ebro.

La misión de Cuesta y Wellesley era la de no dar punto de descanso á Víctor que, solo, no podría resistirles y, contando con la cooperación de Venegas, llevarlo hasta las inmediaciones de Madrid, donde, con batalla ó sin élla, tendrían él, Sebastiani y José que tomar la línea de Guadarrama en busca de Soult, único con fuerza suficiente para prestarles un apoyo eficaz. ¿Qué otro recurso les quedaba el día 26 de Julio á los ejércitos franceses si, en vez de permanecer Wellesley inactivo en el Alberche, hubiera continuado con Cuesta á Torrijos, y si, al mismo tiempo, hubieran asomado á los puentes del Tajo las columnas de Venegas en Toledo ó Aranjuez? ¿qué otro recurso si al día siguiente del de la batalla de Talavera, los españoles, que tan poco sufrieron en élla, y los ingleses reforzados con la brigada Craufurd, que casi compensaba sus pérdidas, hubieran perseguido á un adversario que, después de su vencimiento, se hallaría con otro ejército á su espalda y amenazando á Madrid, su centro de operaciones, su capital y corte, su única plaza de depósito?

Pero, repetimos, ni Venegas, ni Cuesta y We-

llesley tuvieron la verdadera inspiración de una campaña que resultó, ni bien ideada, según dijimos al principio de este capítulo, ni ejecutada con el conjunto necesario de vigor, de armonía y actividad. Y si á eso se añade la circunstancia de la cualidad del mando para Venegas que habría de obedecer las órdenes de Cuesta, por un lado, y las del Gobierno por otro, á distancias que los despachos no podían salvar sino cuando ya nuevas situaciones exigían distintas providencias de las anteriormente dictadas, se comprenderá cuán difícil era la posición de aquel general y cuán infructuosa había de resultar su acción militar.

Cambio en
la conducta
de Venegas.

Mas para que siempre resulte rigurosamente exacta la sentencia de que Dios enloquece al que quiere perder, el general Venegas, tan cauto en el avance al Tajo, desecha sus escrúpulos anteriores y trata de tomar ahora la ofensiva, que tanto repugnaba, sobre Madrid. Abandona sus proyectos contra Toledo, dejando tan sólo un cuerpo de 600 infantes y 200 caballos para vigilar los puentes; llama á Aranjuez las dos divisiones de Lacy y Zeraín, para, reunidas las cinco, marchar resueltamente sobre Madrid, según le aconsejaba Cuesta, ¡asómbrense nuestros lectores!, el día en que, sabiéndose que Soult marchaba de Béjar á Plasencia, se le separaba el ejército inglés. Algunas observaciones le dirigía Venegas al contestarle; pero el 3 de Agosto campaban tres divisiones en Aranjuez y el Puente largo, una en Villasequilla y la cuarta bajaba el 5 también de Ocaña para unir su acción á la de las demás. Entonces, y sólo entonces, al recibir nuevo despacho de

Cuesta, noticiándole el 3 su movimiento retrógrado á Oropesa, y al observar cómo crecía el número de los enemigos á su frente, reconoció su impotencia para acometer la empresa con que soñaba desde dos días antes. No es, pues, extraño que exclamara después en su ya citada *Vindicación*. «Por esta retirada ó fuga (la de Cuesta) dexó á mi ejército en un escandaloso abandono con harto conocimiento del mismo Cuesta, expresado en su oficio del 3 á las 6^{1/2} de la tarde, y la cláusula de que *sabría yo sortear cualquiera tentativa que José y Sebastiani pudiesen proyectar contra el ejército de Andalucía*, haciéndome la observacion de que *no nos convenían acciones generales con tropas más maniobreras que las nuestras*; observacion bien intempestiva, cuando me dexaba en las astas del toro, y sin más recurso que el de seguir la primera parte de su consejo, de *sortearlo*. Si á estas reflexiones se agrega la de que, con arreglo á su último plan acordado, segun me decía en su oficio del 31 á las 11 de la noche, y á su orden consiguiente, podía considerarme al tiempo de su retirada en las cercanías de Madrid, y empeñado con todas las fuerzas que habían combatido en Talavera; se deducirá cuánta fué la sabiduría y buena fé de aquella determinacion, que expuso á la patria á la pérdida del *brillante* ejército de la Mancha, como lo llama el general Cuesta» (1).

(1) ¡Cuántas veces hemos recordado la manera de tratarse nuestros generales en aquella guerra! He aquí otro ejemplo. Escribe Venegas: «No le haré al general Cuesta, imitando su mal exemplo, el agravio de que aquella timidez (la de un nuevo ataque como el de Talavera) fuese personal; pero es casi evidente que había decaído su ánimo por la expe-

El general Venegas, teniendo por vergonzosa la retirada que, á su decir, inspiraría odio y desprecio á las armas españolas en los pueblos que ocupaba y desaliento en los soldados, resolvió detenerse y batirse, prefiriendo el que le hiciesen pedazos, son sus palabras, al ignominioso partido de la fuga (1).

¿Pero es que le está permitido á un general preferir la satisfacción de un sentimiento de amor propio, siquier sea gallardo y generoso, á la salud del ejército puesto á sus órdenes, en causa tan grandiosa y comprometida como la de la independencia nacional en aquellas circunstancias? ¡Cuánta sangre no se hubiera ahorrado con recurrir Venegas aquel día á una retirada con tan justos motivos emprendida, fácil y sin apresuramientos, nunca deshonrosa y me-

riencia que había tenido de sus tropas en la batalla de Medellin, y aun en la misma de Talavera, en que la mayor parte de ellas se resintió de la mala disciplina, confirmando la negra pintura que el duque de Alburquerque hizo á Mr. Frere en su carta confidencial de 31 de Julio, comparando aquellos soldados á rebaños de carneros. Lo cierto es que adquirieron bien poco honor en aquella memorable jornada; y que, si hemos de hablar con la claridad correspondiente al insultante estilo con que me ha tratado el general Cuesta, la mala conducta que allí observó la mayor parte de su ejército, fué causa de que nuestros aliados concibiesen una gran desconfianza de nuestras tropas, por lo cual acaso no siguieron hasta coger el fruto de aquella victoria, y se manejaron en las ocasiones sucesivas sin toda la decision porque anhelaba la patria.»

Parece que Venegas y Alburquerque que ignoraban aquel dicho napoleónico de que *la ropa sucia debe lavarse en casa*.

(1) «Seguramente que hubiera hecho mejor, dice Thiers, siguiendo los consejos de sir Arturo Wellesley, (que daba á nuestros generales el de no aventurarse á dar batallas), pero él (Venegas) no se hizo esa cuenta y resolvió esperar á los franceses en las alturas de Almonacid.»

Por ahí deducirán nuestros lectores que no menciona si quiera la acción de Aranjuez. Thiers creía sin duda que lo que él no contase lo había de ignorar todo el mundo.

Nápier dice que el ataque de Sebastiani tenía el único objeto de reconocer la facilidad ó no de pasar el Tajo por Aranjuez;

nos en un país, como el nuestro, donde no la retirada sino la fuga ha dejado de imprimir sello de infamia si ha ofrecido utilidad!

Pero Venegas, cegado por la ira, en lugar, repetimos, de retirarse, se trasladó á Aranjuez, donde reconcentró las tres divisiones allí establecidas y en sus inmediaciones, entre las que, la primera se hallaba avanzada al Puente-largo, y las situó hábilmente en los puentes de aquel Real sitio, de modo que pudieran rechazar cualquier ataque dirigido á pasar el Tajo. Toledo exigía también una constante vigilancia, lo mismo que los vados de Añover, de donde podrían desembocar fuerzas enemigas, especialmente de caballería, que comprometiesen la suerte del ejército, y escalonó las otras dos divisiones hasta Tembleque para hacer frente á cualquier eventualidad que pudiera surgir por aquella parte. Fuerzas de las tres divisiones de Aranjuez y la artillería de mayor calibre fueron también destinadas á cubrir los altos de Ontígola á un lado y otro de la carretera á fin de facilitar la retirada de las demás tropas si eran arrolladas en las márgenes del río.

Había el general Venegas vuelto á Ocaña para, desde aquel punto central, acudir á cualquiera de la vasta línea á que le era necesario atender, cuando apareció, con efecto, el enemigo por la cuesta de la Reina con masas imponentes de las tres armas, precedidas de una muy numerosa de caballería. Á su aproximación, anunciada por una gran guardia de la primera división que, aun atacada, pudo retirarse á la izquierda del Tajo con su fuerza principal sin contratiempo alguno, el brigadier Girón, como

Acción de
Aranjuez.

el más antiguo de los jefes de las divisiones, mandó cortar el puente de la Reina; encargando á Lacy, que lo acababa de pasar con la 1.^a de su mando, de defenderlo desde unas alturas próximas que lo dominan, y haciéndolo en la orilla del río tres batallones de la 3.^a con cuatro piezas á las órdenes del también brigadier D. Luis Riquelme. El puente de barcas, inutilizado asimismo, tuvo por defensores un batallón, establecido como de reserva en la plaza de San Antonio, y dos piezas de á 8 abocadas á él con el apoyo inmediato y directo de una compañía de zapadores y el lateral en su flanco derecho de otra del mismo cuerpo. Un batallón cubría el vado del jardín del Infante, un regimiento con dos piezas el vado Largo y otro el puente Verde, teniendo por reserva el primer batallón de Guardias Españolas establecido en las alamedas inmediatas al Palacio Real, y la caballería toda sobre la izquierda de aquella vasta y sólida residencia de nuestros soberanos. Dos regimientos, por fin, se establecieron en la calle de la Reina, y otros dos con dos piezas de á 12 fueron á establecerse en las alturas, ya citadas, de Ontígola, desde el Parnaso á las que se elevan en la izquierda de la carretera de Ocaña.

Eran las dos y media de la tarde del día 5 y estaban terminados todos estos aprestos cuando se asomaron los enemigos al Tajo, empezando el combate sus guerrillas con nuestros zapadores en el jardín del Infante, donde se generalizó muy pronto entre las fuerzas que fueron aumentándose de uno y otro lado. La artillería fué extendiendo su fuego por todos los puntos de la línea y en todos también dejó la nues-

tra bien puesto el honroso nombre que ya había adquirido en aquella guerra, batiéndose á tiro de pistola, puede decirse, ya que no había más distancia entre élla y la francesa que la del ancho del Tajo, no muy considerable allí. Según atacaban los franceses ó fingían atacar, así se presentaban los españoles para rechazarlos, no descuidando de reforzar los puestos establecidos para cubrir los pasos del Tajo, puentes ó vados, con que evitar á los enemigos hasta el pensamiento de salvarlos. Así es que pronto desistió Sebastiani de su intento de cruzar aquel río por Aranjuez, convencido de que le sería más expedito y más económico, sobre todo, de sangre el pasarlo por Toledo, de cuyos puentes era dueño, y levantó el campo al anoecer, concediendo á sus adversarios un triunfo que no, por lo fácil, dejó de ser glorioso para sus armas (1).

Las bajas fueron de poca consideración para unos y otros de los beligerantes; de 200 las de los españoles y de igual número, es de suponer, las de los franceses, que no pudieron llegar á las de 300 muertos y cerca de 1.000 los heridos que les atribuye el brigadier Girón en su parte, más pomposo, se nos

(1) Ni queremos dar á la acción de Aranjuez la importancia que Girón en su parte, valiéndole la faja de general, ni hemos de quitársela como Thiers, que no la cita, como Nápier que la reduce á las proporciones de un reconocimiento, nunca hecho con todo un ejército, ni como el ingeniero D. Joaquín Bouigny que dice haber Sebastiani conseguido el objeto que le llevaba á aquel real sitio, el de reconocer la posición y calcular las fuerzas de los españoles.

Sebastiani trató de pasar el Tajo por Aranjuez, y su claro talento y su larga experiencia le hicieron ver al momento que no lo conseguiría, con lo que se evitó un fracaso ruidoso y acaso trascendental.

figura, que lo debido. No había causa para tamaña desproporcion peleándose, como se hacía, sin llegar á las manos y en condiciones iguales ó, á lo menos, muy semejantes.

El ejército
se dirige á
Toledo.

Pero el caso es que aquello envalentonó á nuestros generales y no poco á Venegas, días antes tan receloso y circunspecto, llevándole á disponer que las cuatro divisiones se dirigiesen á Toledo para reunirse con la de Cerain, que ya había vuelto á sus antiguas posiciones frente á la ciudad imperial. Allí debía haberse encaminado el cuerpo de ejército de Sebastiani desde Aranjuez, y quería Venegas anticipársele para hacerle frente después de haber destruido la corta división que, según noticias, había dejado el general francés para la guarda de los puentes por donde habría de salirse en seguimiento de los españoles.

Según marchaba, recibía noticias de que el enemigo parecía resuelto á tomar la iniciativa, pues que había atacado á las tropas de Cerain en su posición de la Sisle, obligándolas á acogerse en Almonacid al abrigo de la cuarta división que acababa de llegar con su jefe, el general González del Castejón. Las demás divisiones estaban allí la mañana del día 10, alguna tan fatigada de la marcha, que hubiera sido temeridad manifiesta el hacerla continuar al encuentro del enemigo. Tan resuelto era el movimiento, á tal punto se había elevado el espíritu de todos, generales, oficiales y tropa, y tan inexactas llegaban las noticias sobre las fuerzas de Sebastiani, tal en fin la confianza en el triunfo, que no se observó ninguna de las reglas establecidas en los re-

glamentos para campar en tiempo de guerra (1). Y es que no se pensaba sino en continuar inmediatamente la marcha, aprovechando así lo corto, que se suponía, de la fuerza enemiga y la buena disposición de las tropas (2). Venegas, sin embargo, reunió á los generales de las divisiones de Artillería é Ingenieros para oír su opinión que resultó unánime para marchar, pero dilatándolo al día 12 á fin de que las tropas descansaran, aprovechando el 11 en un minucioso reconocimiento de la posición y la fuerza del enemigo, establecido en el inmediato pueblo de Nambroca después de la escaramuza, ya mencionada, con la división Cerain. Lacy fué quien mostró más empeño en eso por el sumo cansancio que había observado en su división por lo largo de su marcha desde Yepes y aun de cantones más distantes.

Aun era ocasión y había tiempo para la retirada; pero nadie pensó en élla, por más que exista un escrito de testigo presencial y hasta actor en las esce-

(1) Dice Bouigny en su memoria de aquella campaña: «Sucesivamente fueron llegando en el mismo dia las divisiones y cada una tomó posicion en donde mejor le pareció, dejando sobre la espalda el lugar de Almonacid.» Y añade por nota: «Creíamos tan corto el número de enemigos á quienes íbamos á combatir que nos considerábamos seguros de cualquiera modo que nos colocásemos: falta grave de nuestra parte pues nunca deben despreciarse aquéllos por las malas consecuencias que pueden resultar de que hay infinitos ejemplos.»

(2) El general Venegas decía en su parte: «Todas las noticias que pude adquirir me persuadieron que los enemigos no pasaban de 14.000 hombres, cuyo dato, la buena disposición de las tropas, que sabía yo que llevarían con disgusto una nueva retirada; la repugnancia que ofrecía el abandonar por ella á los infelices pueblos de la Mancha, que con tanto gozo y patriotismo habían recibido al ejército y la importancia de probar el valor y movilidad de nuestros soldados, eran otros tantos motivos que me inclinaban á combatir.»

nas de aquel día (1). Lo oficial es que todos decidieron pelear.

Una de las pruebas más concluyentes del estado de ceguedad en que se hallaba el general Venegas, es la de creer á los franceses á la defensiva cuando habían avanzado pocos días antes al encuentro del ejército combinado en Talavera y no hacía más de cinco que le buscaban á él en Aranjuez. Pues ¿qué se había hecho de Sebastiani en ese tiempo, más que sobrado para trasladarse á Toledo? Si los ejércitos de Cuesta y Wellesley se habían retirado á Extremadura ¿cuál otro podía distraer la atención de aquel mismo general y la del Intruso, de quien sabía que se hallaba en Vargas ó en Illescas, puntos tan próximos á la misma ciudad á que él se dirigía? Quiso sorprender á los franceses y el sorprendido fué él.

Obcecación igual no es ni aun presumible en ningún general.

(1) El ya citado Bouligny cuenta así la escena posterior en que tomó parte con Venegas: «Yo me quedé solo con el General y al anochecer recibimos un aviso de un confidente en que decía: Que el general Sebastiani, con su division, había pasado por Toledo y se había reunido con la que estaba en Nambroca, y que tambien había venido el Rey Josef con mucha comitiva. Luego que el General me leyó este parte me quedé suspenso, sin decirle cosa alguna. Entonces me preguntó ¿qué era lo que yo pensaba en el particular? ¿Quiére V. que nos retiremos? Y le respondí: Creo sería lo más prudente el marchar desde luego sobre Mora, siempre que tengamos seguridad de que los enemigos se hallan tan reforzados; pues V. conoce mejor que yo que nuestras tropas no están en disposición de maniobrar ni de moverse al frente de un enemigo respetable, y así sólo siendo aquéllas en número muy superiores y éste tan débil como lo suponíamos cuando resolvimos atacarle podíamos prometernos alguna ventaja. Entonces el General me replicó: pues yo estoy resuelto á atacar porque no quiero que me llamen *El General Retiradas.*»

Y sucedió lo que era de esperar y debía suceder: ^{Batalla de Almonacid.} que á las cinco y media de la mañana del 11, esto es, al amanecer de aquel día funesto, anunciaban los franceses su presencia con el fuego de sus avanzadas contra nuestras guerrillas, fuego que muy pronto atrajo á él las divisiones de uno y otro de los ejércitos.

El terreno era muy propio para una gran batalla; ^{El campo de batalla.} más favorable para los españoles que para los franceses. Asienta el lugar de Almonacid de Toledo al Norte y al pie del Cerro de la Cruz, coronado por un castillo, ya en ruinas, extendiéndose después al S. O. para, aunque deprimido á fin de dar paso al camino carretero de Mascaraque á la capital de la provincia, unirse á otros que llevan el nombre de los Cerrojones y fenecen en el arroyo, seco en verano, de Guazalate. Al frente de Almonacid y de esta serie de posiciones se descubre una meseta espaciosa accidentada por suaves eminencias que, como los Cerrojones, caen al arroyo en cuya margen izquierda se eleva la llamada Sierra de Nambroca que luego baja á perderse en el variado y ya humilde terreno en que se abren los caminos de Orgaz, de Toledo y los vados del Tajo en dirección de Añover y Villasequilla. Al Sur la tierra es llana, cruzada de caminos también por donde llegar á la villa de Mascaraque, unos tres kilómetros distante y á Mora, Villanueva y Tembleque, á la carretera, en fin, de Andalucía, la mejor línea de retirada para aquel ejército si, como desgraciadamente sucedió, había que apelar á tal recurso.

Era, pues, aquella posición, que, de haberse hábilmente preparado el ejército español, podía ofrecer

no pocas ventajas para una acción defensiva, única propia en tropas en su mayor parte noveles, no acostumbradas, sobre todo, á las grandes maniobras, las tan eficaces en un campo de batalla. No dispuestos á éso, sino, por el contrario, con ánimo de avanzar á Nambroca y Toledo, el ejército de la Mancha hubo de establecerse apresuradamente al frente de Almonacid al oír el toque de generala, y con la alarma producida por el fuego de las avanzadas y la voz de los que, alojados en lo alto del pueblo, vieron á los franceses avanzar en grandes masas de todas armas (1).

El general Sebastiani había llegado á Toledo el día 9 y, adelantándose al rey José con unos 15.000 hombres que conservaba después de la de Talavera, se establecía la tarde del 10 en Nambroca, á poco más de una legua de Almonacid. Y sin esperar á que llegara su soberano con la reserva de Dessoles, la eterna fuerza auxiliar de todo cuerpo de ejército que operase cerca de Madrid, se trasladaba el 11 al apuntar el día al futuro campo de batalla. No parece sino que, dolido del revés acabado de sufrir, quería un pronto desquite, según volaba de un punto á otro en busca de él, encendiéndose más y más su ansia de venganza á cada obstáculo que, como el de Aranjuez, se le presentaba para satisfacerla.

Su presencia frente á Almonacid se anunció, ya lo hemos dicho, por el fuego de las avanzadas y por los vigías que la curiosidad ó el interés del servicio llevó al castillo ó á las ventanas de las casas situa-

(1) Véase el atlas del Depósito de la Guerra.

das en la parte más alta de la población. Avisado inmediatamente Venegas, se trasladó al campo donde ya estaban en armas los cuerpos del ejército, que contestaron á las levantadas y patrióticas frases que les dirigió, con aclamaciones y gritos que revelaban general y ardiente entusiasmo (1).

Formaba la extrema derecha y en posición un poco retrasada, para evitar sin duda un flaqueo por parte del enemigo, la segunda división, del mando del brigadier Vigodet, con una gran parte de la caballería á su lado, cubriendo, como élla, el ala del mismo lado y las averidas de Yepes y Aranjuez. Seguía por su izquierda la cuarta división, que mandaba el general González del Castejón, ya más adelantada al camino del enemigo y estableciéndose en lo alto y las faldas de una eminencia muy suave que tiene el nombre de Cerro de Utrera; y en su misma línea continuaba la quinta del también general Cerrain que cubría el llamado Cerro Santo, sobre la izquierda de Almonacid y paralelamente al de la Cruz, que hemos dicho sustenta en su cumbre el medio arruinado é histórico castillo, de donde se atalaya toda la tierra que aquel día fué campo regado de sangre y cubierto de despojos. La primera división, del brigadier Lacy, formaba después en igual rumbo,

Formación
de los espa-
ñoles.

(1) «Llenándome, dice Venegas en su parte, de satisfacción al ver la animosidad y alegría con que nuestros generales, jefes y soldados, veían próximo el momento de combatir.» Y esto es tan cierto que Bouligni, nada sospechoso en esta relación, dice: «El general las arengó y todos correspondieron con grandes aclamaciones de ¡Viva España! ¡Viva Fernando VII! ¡Viva nuestro general! De suerte que parecía no podía ser mayor el entusiasmo de la tropa ni más decidida su resolución de batirse valerosamente.»

más próxima al arroyo Guazalate como para impedir el paso por el flanco izquierdo y observar de más cerca las faldas de la Sierra de Nambroca, para lo que se adelantaron los granaderos y cazadores afectos á la división. Entre la quinta y la primera se situaron, pero naturalmente un poco á retaguardia, dos cuerpos de caballería, los de Fernando VII y Granada. Tocóle á la tercera, del mando de Girón, la posición verdaderamente privilegiada en aquella línea de batalla, con la desgracia, sin embargo, de no haberse comprendido toda la importancia que encerraba, la que era de suponer había de darle un enemigo tan experto como el que se presentaba delante. Esa posición constituía la extrema izquierda de la línea, sólo que, en vez de continuar ésta, siquier pareciese dilatarse demasiado, para ocupar en fuerza la altura notabilísima de los Cerrojones, formaba un ángulo, como para restringir el campo de acción en derredor de Almonacid y su castillo, destacando al alto dos batallones que lo defendiesen. Con el propósito Venegas de constituir con la división un cuerpo de reserva general, ni lo adelantó á su verdadero puesto ni consiguió su objeto principal, debilitándola con aquel destacamento y el de los batallones de Velez Málaga y Las Alpujarras, destinados, el primero, á servir de apoyo á una batería avanzada y, el segundo, á guarnecer el cerro del castillo. Con éso le quedaban á Girón tres batallones que, por excelentes que fueran, el de Guardias españolas particularmente, nunca podrían constituir la reserva de un ejército de más de 20.000 combatientes, aun teniendo á su lado otros dos regimientos de caballería.

Aquella línea de batalla, tenía, pues, defectos de no escasa importancia, como establecida apresuradamente y sin estudio detenido de la localidad, que se consideraba de paso y, á lo más, de descanso, no de parada y de acción para un gran combate. Ante enemigos tan hábiles, educados en escuela tan ilustre como la de un Napoleón, el choque rudo de las masas era lo menos temible; lo que debía preocupar á los generales españoles eran las maniobras, en que aquéllos eran maestros, y, para contrarrestarlas con alguna probabilidad de fortuna, había que estudiar mucho el terreno á fin de sacar partido de todos sus accidentes. No hay más que echar una ojeada sobre el plano de aquel campo de Almonacid para comprender que la clave de su posición estaba en los Cerrojones, así por flanquearse desde ellos la línea española como por dominar el boquete que ya hicimos notar entre la misma altura y la del castillo. Por ese boquete se envolvía completamente la posición general, la línea de batalla, la población y la derruida fortaleza, y él conducía á cortar los principales caminos de retirada, no sólo los probables, sino los únicos por donde habrían de verificarla nuestros compatriotas en caso de un revés. Se hacía, de consiguiente, preciso fortificar con tropas, ya que lo inesperado de la acción impedía hacerlo con obras de campaña, la posición de los Cerrojones, y se hacía preciso además, el establecimiento á retaguardia de una gran reserva que atendiese al socorro de aquella altura y á impedir el tránsito de los enemigos por el flanco mismo izquierdo sobre el que se levanta. Pero no hubo previsión, primero, ni tiempo, después, para

atender á objetos tan interesantes, porque, lo diremos otra vez, Venegas aspiraba á sorprender á los franceses y él fué el sorprendido.

Combate
en la izquier-
da.

No había terminado la formación de las tropas españolas, cuando los avisos del castillo anunciaron la presencia de los franceses en la izquierda de la línea (1). Ni tardó tampoco en sentirse su acción, porque el general Sebastiani, observando nuestras posiciones y comprendiendo toda la importancia de los Cerrojones, lanzó al ataque la división Leval que marchaba á su vanguardia y sobre su derecha por las faldas de la sierra de Nambroca (2). Para distraer á los españoles del verdadero ataque, del, en su concepto, decisivo, y después de un fuego muy violento de su artillería, perfectamente contestado por la nuestra, hizo que la división francesa de su cuerpo de ejército avanzara de frente á la línea general y según el efecto que hiciera aquel movimiento, cargara ó no á fondo para secundar la acción de su derecha ó acabarla al mismo tiempo (3).

(1) El Coronel de ingenieros D. Antonio Benavides, á quien hemos de citar muchas veces en esta historia, fué comisionado para, establecido en el castillo, avisar los movimientos de los franceses. El fué, con efecto, quien hizo saber que se dirigian principalmente sobre el flanco izquierdo.

(2) «No tardé, dice Sebastiani en su parte al Rey José, en comprender que el éxito de la batalla dependía del asalto de la meseta en que se apoyaba la izquierda enemiga. Y en seguida tomé la resolución de hacerla atacar por las divisiones polaca y alemana y mandé al general Leval formar cada brigada en columna cerrada por divisiones, faldear la montaña que baja de Toledo, apoyar su derecha en un cuadro en el punto en que terminan los montes y, al llegar al pié de la altura que se iba á asaltar, desbordarla por la derecha con la division alemana y atacarla de frente por la polaca.»

(3) El alemán Rigel dice que comenzó la batalla con un fuego violento de cañón por ambas partes; que el de los impe-

Los batallones de Bailén y Jaén que guarnecían la altura, aun logrando rechazar por dos veces á la división polaca que hubo de recurrir á la alemana para ver de superar una resistencia que un testigo presencial, tambien alemán, califica de extraordinaria, vieron muy luego que sería necesario el auxilio de fuerzas numerosas de refresco y de una potente artillería si había de contrarrestarse un ataque tan vigoroso, como aquél, y bien dirigido. Ya quiso acudir á ello el general Venegas alentando la marcha de la artillería á la margen del Guazaleta á que se habían adelantado los granaderos y cazadores de la 1.^a división con el deseo de salir al encuentro de las columnas enemigas, y, enviando á Girón, ayudante tras ayudante, para que apresurase el socorro á los Cerrojones (1). Pero cuando llegó la reserva, «desfilando en buen orden, dice otro testigo y actor, pero con más lentitud de la que requería el estado apurado de las tropas á quienes iba á sostener,» era ya tarde. Los granaderos y cazadores volvían arrollados por la división alemana, y la resistencia de Bailén y Jaén que tan bizarramente se habían batido no

riales hizo poco efecto por haber perdido en Talavera los mejores oficiales de artillería, y que los españoles, en cambio, tiraban muy bien.

(1) Bouligny consigna hasta las palabras con que Venegas iba increpando á los artilleros, torpes al decir suyo en la ejecución de su maniobra; así como las que se refieren al retardo de la tercera división. Haciéndole ver Bouligny la urgencia de reforzar los Cerrojones, le contestó Venegas: «Ya he despachado dos órdenes al Comandante de la Reserva;» y le replicó: «pues despache V. tres, cuatro y todas las que sean menester hasta que haga lo que se le manda; de otro modo, las tropas que cubren nuestro flanco izquierdo van á ser arrolladas y desalojadas de la ventajosa posición que ocupan y todo estará perdido.» Eso se debió prever.

daba resultado, porque los polacos, ya reforzados, ejecutaron su asalto con un orden y una energía admirables y arrebataron la posición al paso de carga sin detenerse un momento, á pesar del horroroso fuego con que se les recibía.

De haberse establecido la reserva con la fuerza y en las condiciones que aconsejábamos hace poco, aun cabía remedio al descalabro sufrido, aun podía limitar el flanqueo de las columnas de Leval á la ocupación de la altura, que acababa de conquistar, de los Cerrojones; pero había que atender al mismo tiempo al gran cuadro en que aquéllas apoyaban su derecha, el cual avanzaba sin contrarresto por terreno llano y despejado al pie de la montaña, y á la división alemana que, en la falda opuesta, trataba de introducirse por el claro, que ya mencionamos, entre la misma altura y la 1.^a división y el cerro del castillo.

Para apoyar á los del cerro, se mandó á Girón subiese, con los Guardias españolas en cabeza, pero tan tarde ya que hallaron á los batallones que lo cubrían en plena retirada, más impresionados que por el fuego enemigo, por la herida del teniente coronel de Bailén don Juan de Silva, en quien tenían puesta toda su confianza (1). Para impedir la ma-

(1) Rigel dice que á la cabeza de los Guardias iba un gastador muy barbudo que, hacha en mano, se dirigía á matarlo, cuando una bala lo tendió muerto á sus pies.

Para que se comprenda bien la resistencia opuesta por los españoles á polacos y alemanes en los Cerrojones, resistencia que ni los historiadores compatriotas nuestros han sabido apreciar, y mucho menos los franceses, traducimos ese párrafo de la obra de Rigel. Dice así: «El sitio de la lucha quedó cubierto de sus cadáveres (de españoles); pero el polaco com-

niobra envolvente del cuadro que avanzaba sin descanso sobre la extrema izquierda, el general Venegas, que creyó deberse encumbrar al cerro del castillo para mejor descubrir todo el campo de batalla, dispuso la carga de los jinetes de Fernando VII y Granada, quienes soltaron, con efecto, la rienda á sus caballos á los gritos de ¡«Viva la caballería!»! con que los saludaban los infantes. No era infundada la esperanza puesta en aquellos escuadrones, bien montados y bizarramente dirigidos por el coronel del arma, adicto al Estado Mayor, don Antonio de Zea, de gran crédito en el ejército, y el comandante del de Granada, don Nicolás Chacón que iba delante en la carga. El cuadro hizo alto y lanzó sobre nuestros jinetes, tal rociada de balas, que todos desaparecieron inmediatamente de su vista. Decimos mal que todos, porque no fueron pocos los que quedaron casi en la punta de las bayonetas francesas mordiendo el polvo (1).

Para rechazar á los alemanes, rompió su formación en la línea la división 1.^a de Lacy, á la que ya se había acogido el coronel Olazábal con los granaderos y cazadores, arrollados en la margen del

pró cara también aquella acción honrosa. El laurel alcanzado para gloria de su nación y para derechos políticos futuros, estaba bien empapado en sangre. Sólo en oficiales del séptimo regimiento se contaron el coronel, conde de Sobolinsky y otros 26, y en el total de los tres regimientos hubo sobre 47 entre muertos y heridos».

El brigadier de artillería Maturana dice en su parte que nuestras tropas *resistieron valerosamente varios ataques*.

(1) Dice el parte de Venegas..... «perdimos bizarros soldados, y al benemérito y valeroso capitán don Francisco Soto, matando también el caballo al bizarro comandante don Nicolás Chacón».

Guazalate. Había que reformar la línea y darla dirección conveniente para contener las columnas enemigas y resistir mejor el fuego que ya sufría de las que ocuparon los Cerrojones; y la división retrocedió un poco hacia la falda del castillo, donde se trabó combate tan encarnizado que no sólo contuvieron aquéllas su ímpetu, como decía después Lacy, sino que hubieron de buscar el abrigo de una pequeña loma inmediata para evitar el mortífero fuego de nuestra infantería. Su detención no fué, sin embargo, duradera, porque, animados los alemanes por el general Schaefer de Nassau, su jefe, y la presencia de Leval, pero más todavía con el refuerzo de la reserva que con Dessoles y el Intruso llegaba en aquellos momentos al campo de batalla, se lanzaron de nuevo al ataque, secundándole, además, con un fuego muy vivo de toda la artillería de Baden y de Hesse que acompañaba á las columnas y la ya establecida en el tantas veces citado cerro de nuestra izquierda. Aun resistió la 1.^a división, algunos de cuyos cuerpos cruzaron sus bayonetas con las del enemigo al apoyo de otra carga de caballería tan infructuosa como la anterior; pero retrocedían ya entonces la derecha y el centro de la línea, no en el mejor orden, y fué preciso retirarse aun más, al otro lado, el meridional, del castillo.

En la derecha y el centro.

Efectivamente, el ataque, á que antes nos referíamos, sobre la línea general de los españoles tomaba fuerza con la que indudablemente le prestaban las ventajas obtenidas en la derecha francesa por las tropas de Leval. Las de la división francesa comenzaron su acción con un fuego muy violento de dos

baterías dirigido contra nuestra derecha. La segunda división, bastante retrasada, según hemos dicho, y formando en dirección oblicua, ni recibió apenas daño, ni pudo hacerlo al enemigo. No así la cuarta que necesitó una gran energía en todas sus clases para resistir á pie firme el cañoneo incesante y certero de los artilleros franceses, sólo contestado por una batería de las de á caballo, cuyo jefe, don José Chacón, cayó muy pronto mortalmente herido, y por el segundo batallón de Guardias españolas que el general Castejón vió tendría que ceder terreno muy pronto según era fustigado por la metralla enemiga. En su consecuencia dió al brigadier don Francisco Carbajal la orden de maniobrar con su regimiento de Córdoba en apoyo de los Guardias y, por si no bastaba, dispuso la carga de la caballería, situada entre su división y la segunda. El refuerzo fué, con efecto, lo eficaz que podía esperarse haciendo retroceder un poco á los franceses; y lo hubiera sido aun mayor de cargar la caballería con toda resolución. Pero fué muerto el caballo del vizconde de Zolina, general de ánimo, de nimia superstición, sin embargo, al decir de Toreno; y, tomando el suceso por de agüero fatal y aviso de lo alto, no continuó en la carga, con lo que los franceses, reforzados á su vez por la reserva, acabaron su ataque con toda felicidad (1).

Contribuyó también á ese resultado la escasa soli-

(1) Schépeler, que conoció mucho al Vizconde, pone á su relación de aquel extraño suceso la nota siguiente: «Aquel hombre era un valiente pero llevaba constantemente á su lado un capellán, se entraba á caballo por las filas del enemigo rosario en mano y sin tirar de la espada. Se cuentan en España

dez que demostró la quinta división, azotada por la artillería enemiga que tenía á su frente y más por la de los Cerrojones que la cogía de flanco. El movimiento retrógrado á que se vió obligada la división Lacy, dejando descubierto en parte el lado izquierdo de la quinta, hizo también se entibiase el entusiasmo de los de ésta privados de su jefe, el general Cerain, á quien se había conferido el mando de la caballería en el ala inmediata.

Ya entonces hubo que retirar toda la línea y trasladarla á espaldas de Almonacid y del cerro de su castillo, á fin de reorganizarla para resistir la marcha envolvente, á cada momento más amenazadora, de la derecha francesa. No era fácil hacer movimiento tan grandioso con orden ante tropas tan maniobreras, de un lado, con la perspectiva de una victoria decisiva, de otro, é influidas por el deseo de desquitarse del revés acabado de sufrir en Talavera. Con las tropas españolas, al retroceder, corrían casi confundidas las francesas á meterse en Almonacid y ganar el castillo, ante el cual hubieron, sin embargo, de detenerse un rato, azotadas del fuego que de él hacían llover los batallones allí apostados desde un principio y los mandados subir al iniciarse el descalabro del flanco izquierdo. Un rato, hemos dicho; porque no se tardó mucho en desguarnecer el cerro y la antigua y derruida fortaleza con el fuego de la artillería francesa en su avance, toda ella dirigida á

de él muchas anécdotas que se refieren á su devoción. Un día retrocedió delante de un torrente diciendo que Dios no quería que lo pasara, razón porque bajaban las oleadas suyas murmurando».

arrebatarnos aquel abrigo, único de que habrían los españoles de servirse para reformar sus divisiones á retaguardia. La esperanza de obtener así un respiro y la que se fundaba en la otra carga de caballería á que antes aludimos y que resultó ineficaz á pesar de ir dirigida por jefes bizarrísimos y hasta por voluntarios de otros cuerpos que veían en élla un último recurso para contener las columnas enemigas de la izquierda en su incesante marcha, acabaron así ahogadas en la lluvia de proyectiles de todo calibre que inundaba á los mantenedores de la altura (1).

El pueblo fué inmediatamente ocupado, no parándose los españoles á defenderlo, y la rota hubiera sido desde allí decisiva, puede decirse que desastrosamente completa, sin la intervención oportunísima de la segunda división que acababa de hacer un cambio de frente para contenerla y evitar la dispersión de la cuarta y quinta. El brigadier Vigo-

División
Vigodet.

(1) Venegas llama *cruel* al fuego de artillería y fusilería dirigido sobre el cerro del castillo, en cuya falda y cima dice que hizo formar las divisiones primera y tercera.

El parte de Sebastiani, confirmado en una historia de la tropas alemanas que vinieron con las francesas á España, se limita á consignar que aquel general hizo cañonear enérgicamente la montaña y el castillo, y añade que José dispuso en seguida el avance general y simultáneo de la derecha, la izquierda y el centro.

Cogiendo Thiers la relación francesa en este último punto se desentendiendo del fuego concentrado de las 40 piezas que llevaban sus compatriotas; y, fantaseando como siempre, dice. «Se hubiera podido envolver aquella posición; pero los viejos regimientos de Sebastiani y Dessoles no querían que se les obviasen dificultades, y escalaron bajo el fuego las casi inaccesibles posiciones, acabando la derrota de sus enemigos.»

Con efecto; ¿qué eficacia habían de conceder á la artillería los que acababan de abandonar á nuestros jinetes del Rey la que llevaron á Talavera?

det hizo desplegar en batalla á sus columnas con el frente á las eras de Almonacid, en que se presentaba el enemigo; situó las seis piezas de su división y algunas otras, que se le unieron, en el centro y las alas, y el regimiento de Ordenes militares único formado en columna, quedó como en reserva. Era aquello, aunque en corta escala, una nueva batalla, para la que sólo faltaban algunos cuerpos de caballería que completasen la línea. Y con tal presteza y habilidad se hizo la maniobra y tan vivo y enérgico fué el fuego de nuestros cañones, y tanto el graneado de la infantería, que las columnas francesas que acometían se detuvieron y aun se retiraron algo al abrigo de las casas para no verse diezmadas como ya empezaban á sentirse.

La posición, sin embargo, de aquella fuerza era insostenible. El desorden en el resto de las que habían combatido junto á ella era grande, buscando camino para su retirada las que no se habían ya entregado á la fuga, y haciéndose imposible detener la de los jinetes, únicos que podrían en trance tan arriesgado servir á hacerlo menos desastroso. En tal estado y hallándose ya la suerte de las armas decidida en favor de las francesas: no había que aspirar más que á una retirada honrosa por el mantenimiento del orden y del material que aun se conservaba. Y como lo más urgente era impedir el progreso de la división alemana cuyas columnas y cuadros no cesaban en su marcha progresiva envolvente por la izquierda española, Venegas echó mano, del único recurso que veía á su lado, de aquella segunda división á la que observaba en tan buen orden,

con disciplina todavía para obedecer y valor y serenidad para batirse. La envió, pues, orden tras orden, para que se trasladase á la izquierda, obedeciéndolas y cumpliéndolas con la mayor precisión, formada de nuevo en columnas y despejando su camino de los obstáculos y estorbos que la oponían los fugitivos, despeñados del cerro del castillo por el miedo ó el empuje de los que lo sentían. La preocupación de Vigodet era la de unir á su fuerza toda la de caballería que hallase; pero, no llegó á disiparla á pesar de las mil instancias que por sus oficiales dirigía al general en jefe y del llamamiento á su lado de los jinetes que veía retirarse por todas partes. Así marchaba á situarse en un olivar, de donde esperaba el general Venegas cerrar el boquete á que antes aludimos y que ya andaban salvando los franceses, cuando hubo de dar nueva orden á Vigodet para que ya se limitase á sostener la retirada del ejército, de todos lados hostigado y acosado de muy cerca por los vencedores. Y como éstos observasen la marcha de la división Vigodet y comprendieran su destino desde aquel momento, dirigieron todas sus fuerzas y todo su empeño á destruirla. Las columnas polacas y alemanas que habían combatido en nuestra izquierda y desembocado ya de entre los dos cerros para envolverla, acometieron con la mayor decisión; y si bien en un principio fueron rechazadas por las de Vigodet que, protegidas por la artillería de la división y el regimiento de Ecija, de la tercera división, que tomó puesto cerca, lograron desplegar en batalla y romper el fuego, no tardaron en rehacerse y continuar el avance. Una gran masa de caballería francesa, los

dragones de Milhaud, corría por su derecha á completar la maniobra en que debía quedar encerrada nuestra segunda división que, para evitarla, hubo de volver á su formación en columna, así para resistir mejor la carga que esperaba, como para, maniobrando con más facilidad, esquivarla si le era posible, oblicuando su movimiento al apoyo de la artillería que no cesaba de contestar por eso á la enemiga. En su marcha y merced al celo infatigable del antes citado coronel Zea que con un trozo de caballería, pues no podía llamarse cuerpo, formado, como estaba, de jinetes de diversos del ejército, se puso á su retaguardia, la división pudo ir unida y en un estado de disciplina bastante imponente para contener al enemigo. Grandes actos de valor y de energía caracterizaron aquel primer movimiento de retirada de la división Lacy: las tres armas rivalizaron en el deseo de dejar bien puesto el honor de sus banderas, la caballería resistiendo á la inmensamente superior enemiga, la artillería maniobrando con la mayor precisión é inundando de metralla las cabezas de las columnas imperiales, la infantería, por fin, manteniéndose impertérrita bajo tanto fuego como se la dirigía entre el tropel y el desorden que reinaba en su derredor, producidos por los fugitivos de las otras divisiones en su deseo, algunos, de unirse á élla y en el de salvarse del sable de los dragones franceses que los perseguían. Fuerza hubo que, haciendo punta hacia los jinetes enemigos con la bayoneta calada, logró detenerlos y hasta recuperar un cañón de sus garras, clavándolo su jefe, el teniente D. Antonio Espinosa, de los granaderos del provincial de Ronda.

Sólo así podía la división retirarse en orden; y lo consiguió hacer hasta un campo plantado de viñas, donde creía encontrar algún respiro. Pero allí la esperaba otra pueba: de los carros de municiones que trataron de abrigarse con la división y marchaban á uno de sus costados, volaron cuatro ó seis por el fuego, sin duda, de alguna granada francesa; y la explosión espantó de tal modo á nuestros caballos que no fué posible mantenerlos en formación correcta, con lo que los enemigos lograron llegar á nuestra infantería, acuchillar algunos de los soldados y quedarse con las piezas que iban haciendo fuego en retirada. A pesar, sin embargo, de tan rudo contratiempo, que pudo producir la ruina de la división, logró ésta rechazar los diferentes ataques de que fué objeto y hasta hacer un alto para reorganizarse mejor y continuar en orden la marcha (1).

Retirada
del ejército,

Para conseguirlo, era de absoluta necesidad el ayuda de la caballería; y nada prueba mejor la flojedad demostrada en aquel día por las tropas imperiales desde los primeros momentos en que halla-

(1) Decía Vigodet en su parte: «Continuando siempre la marcha y llegando ya á unas viñas, se volaron por nuestra derecha 4 ó 6 carros de municiones, que supongo serían del parque general, ó de otra division: la explosion espantó los caballos y perdió por esta causa la formacion la poca caballeria que había vuelto á sostenerme, de cuyo incidente aprovechándose el enemigo, llegó hasta acuchillarme algunos soldados de la retaguardia, apoderándose de dos cañones y un obús, salvando uno de á cuatro el subteniente del real cuerpo de Artilleria D. Juan Montenegro; llegando por la izquierda hasta la cabeza de mi division los dragones enemigos, á quienes rechazó la union, firmeza y serenidad de los cuerpos de mi division y el fuego de artilleria que ésta les hizo, contribuyendo mucho el exemplo, actividad y persuasion del segundo comandante el coronel Don Francisco Reina.»

ron en nuestras tropas una resistencia, sin duda, no esperada, que la circunstancia de haber logrado Vigodet reunir hasta mil caballos de los cuerpos del arma que se iban retirando por los campos y caminos próximos. Decía después aquel distinguido general: «.....y enviando todos los oficiales de mi Estado Mayor, incluso los comandantes de Artillería é Ingenieros Molina y D. Eusebio Ruiz, el capitán de este cuerpo D. Antonio Remon del Valle, y el sargento mayor del regimiento infantería de Guadix D. Antonio Falces, á reunir las partidas de caballería que andaban sueltas por todas partes; y á la actividad de estos dignos oficiales se debió el logro de haber juntado en ella un cuerpo bastante considerable, la que fué cubriendo mi marcha reuniendo en ella otros cuerpos de esta arma; de suerte que á mi entender había ya juntos más de mil caballos los que cubrieron mi retirada perseguidos siempre de los enemigos, sufriendo el fuego de cañon, hasta las alturas de la izquierda del castillo de Mora.» Allí encontró parte de la 3.^a división que había recibido también orden de situarse en la falda del monte que sustenta aquella antiquísima fortaleza, y que, al presenciar el pase de otras tres divisiones y especialmente el de la segunda, se asoció al movimiento de retirada de todas.

A favor de esa flojedad, que hemos hecho notar, de los imperiales en la persecución de los nuestros, los cuerpos del ejército de la Mancha lograron, mal que bien, alcanzar la carretera de Andalucía, á que los dirigió su general en jefe al dar la orden de retirada. No todos siguieron el mismo rumbo, porque la

quinta división, por razones que ninguno de sus jefes ha consignado en sus partes, lo dirigió hacia Almadén, retirándose, así, con un sosiego que no pudieron lograr las otras (1).

Pero, aun así, la retirada no fué lo tranquila que desde Mora debía calcularse. Esas voces de alarma que con rapidez eléctrica se esparcen entre las tropas en tales situaciones, interrumpieron á veces la marcha en la poca y floja cohesión que todavía conservaban fuera ya del peligro. En Herencia y Manzanares corrió el consabido grito de que «Nos cortan,» suponiendo á los franceses en Valdepeñas; y por más que Venegas lo negaba y esparcía reconocimientos por todas partes, y el marqués de Gelo lo desmentía también por haberlos él mismo verificado, no se logró contener la fuga de muchos hasta la falda de aquellos montes Marianos, abrigo del ejército en sus varias y ya descritas expediciones al Guadiana y el Tajo.

Los franceses no siguieron el alcance: les había costado cara la victoria, y aun estaba oscuro el horizonte por Extremadura, donde permanecía el ejército aliado sin quebranto que hiciese desaparecer completamente la preocupación que infundía. Aquellos soldados británicos que no habían podido romper los batallones de Víctor, permanecían cubriendo la izquierda del Tajo y no era cosa de desatenderlos engolfándose en la persecución de los de Venegas hasta las montañas que desde la rota de Bailén se tenían por inabordables. Y si por un momento hubiese

(1) Bouligny lo dice terminantemente.

pasado por la imaginación del Intruso y Sebastiani la idea de continuar la persecución hasta acabar con el ejército de la Mancha, les hubiera distraído de ella la noticia de lo que sucedía el día siguiente al de la batalla en su mismo campo, teatro de una acción que, por lo mortífera, se consideraba como un escarmiento tremendo impuesto al patriotismo y á la arrogancia irritante de los españoles.

Las gue-
rrillas en Al-
monacid.

Con efecto; no habían acabado los franceses su victoria persiguiendo á los nuestros por Mora, Consuegra y Madridejos, cuando aparecieron á la vista de Almonacid los partidarios Mir y Jiménez con sus guerrillas, anhelantes por vengar la reciente derrota de sus compatriotas. La de D. Isidoro Mir constaba de unos cien infantes y la de D. Ventura Jiménez de ciento veinte caballos, con los que atacaron la ermita de la Oliva, donde había doscientos franceses destinados á la protección de los heridos y guarda de los prisioneros de la batalla del día anterior (1). Los franceses se defendieron con energía, y ya tenían los nuestros casi del todo consumidas sus municiones, cuando, á la voz de sus jefes y siguiendo su ejemplo, derribaron los guerrilleros la puerta

(1) El parte de los guerrilleros dice que los franceses eran 240. «Los enemigos, añade, sostuvieron con el mayor tesón el punto de la hermita, haciendo un vivo fuego por las puertas, ventanas, guardillas y demás sitios por donde hallaban oportunidad; lo que visto por los que dan parte, y la escasez de cartuchos que tenían, mandó el D. Isidoro Mir forzasen el paso de la puerta, haciendo repetidas descargas, y entrando en seguida á bayoneta calada; lo que verificaron no solamente los de infantería, sino también la partida de caballería, con tal denuedo é intrepidez, que aterraron á los enemigos, y los pasaron á cuchillo, vista su obstinación en no quererse rendir, salvando solo los 21 prisioneros que de justicia en justicia se remiten á V. E.»

de la ermita y penetraron en élla á la bayoneta, logrando matar á muchos de los defensores y hacer hasta ventiún prisioneros. En seguida se trasladaron á Almonacid con el ánimo de ejecutar igual empresa, la de rescatar también, á los españoles cogidos el día antes y recoger el botín que pudieran. Los quinientos franceses que guarnecían la población, atemorizados de la cacería que los guerrilleros andaban ejecutando por el campo en los fugitivos de la ermita, ó creyendo ser avanzadas de cuerpo enemigo más considerable, huyeron con tal precipitación hacia su ejército, que no pudieron ser alcanzados (1).

De propósito hemos dejado para esta ocasión el recuento de las bajas en la batalla de Almonacid; porque los historiadores franceses elevan las nuestras á cifras que la hazaña de los guerrilleros vino inmediatamente á desmentir, al menos en lo referente á los prisioneros. Sebastiani manifiesta en su parte que los españoles tuvieron nada menos que 4.000 muertos y un número inmenso, no lo especifica, de heridos. Los prisioneros eran, según él, 4.000 también; algunas, las banderas; las piezas de artillería perdidas, 35; las cajas de municiones 100, y 200 los carros de todas clases. Ni Sebastiani ni el Intruso, señalan las bajas del ejército francés. ¿Para qué? Thiers ya reduce á 4.000 el número de los españoles muertos ó heridos y á 16 el de las piezas de artillería. Los franceses, á su decir, perdieron más

Bajas en
uno y otro
campo.

(1) Rigel clama contra la matanza de 500 de los imperiales heridos que «una columna enemiga, dice, que se había deslizado detrás del ejército asesinó en un convento aislado en el campo de batalla contra todo derecho internacional.» Schépeler dice que Mir era cruel y buscaba además el botín.

gente que de costumbre, los muertos fueron 300 y los heridos 2.000. Schépeler dice que nuestra pérdida ascendió á 4.000 combatientes, 20 piezas y muchos carros de municiones y bagajes. Rigel la calcula en 4.000 hombres también, entre los cuales dice que había muchos frailes con el hábito de su orden respectiva, 30 piezas, todos los carros de municiones y sobre 3.000 prisioneros. La de los franceses, la eleva á 2.600, de los que la mayor parte polacos.

De las relaciones españolas no se puede sacar la cifra exacta de las bajas: hay que deducirlas por cálculos de aproximación. No las señalaron los jefes de todas las divisiones; sólomente los de la segunda y quinta dieron cifras detalladas. La segunda tuvo 237 muertos ó heridos; la quinta, 190 muertos, 362 heridos y muchos extraviados; y, calculando los de las otras divisiones por esta última cifra, para que no se nos tache de parciales, deduciremos que con las bajas, que se saben, de la artillería y las que también se calculan en la caballería, el total ascenderá á 980 muertos y 1.880 heridos (1).

La artillería, afortunadamente, dió sus cifras con el mayor orden y exactitud; resultando de ellas ser de 21 el número de las piezas perdidas, 3 cañones de á 12, 9 de á 8, 3 de á 4, y 6 el de los obuses de á 7. Fueron 21 también los carros de municiones dejados en el campo de batalla y la retirada, 40 los

(1) Este cálculo, como observará el lector, es exagerado, puesto que se atribuye á las divisiones la pérdida de la que más bajas tuvo; pero la concedemos en este caso para que no se nos atribuya ocultación de ningún género en la relación que llevamos hecha y haremos en adelante de los varios sucesos de la guerra de la Independencia.

carros catalanes, un furgón y 5 fraguas de campaña. El número de los artilleros muertos ascendió al de 6, el de los heridos á 20 y á 155 el de los prisioneros ó extraviados. Se perdieron además, 276 mulas y 49 caballos.

En cuanto á los prisioneros hay que observar, y esto no es nuevo, que no puede hacerse un cálculo ni aun aproximado, por confundirse en nuestras relaciones con los extraviados en la derrota ó la retirada, mucho más en la de Almonacid, en que los dispersos tomaron diferentes direcciones, muchos para volverse á sus casas y no pocos para incorporarse á las guerrillas que más cerca operaban. El dato, sin embargo, que nos proporciona el parte de los guerrilleros Mir y Jiménez es elocuente, y Schépeler lo recoge hábilmente para decir que «no dieron libertad más que á 15, lo cual demuestra que los miles de prisioneros anunciados como de la batalla de Almonacid, habían disminuído mucho».

El ejército de la Mancha, el mejor organizado de los españoles que operaban en la Península según todas las relaciones de aquel tiempo, volvía derrotado y disperso á las angosturas de Sierra Morena de donde un mes antes había salido. La marcha, hecha bajo los mejores auspicios, auguraba un término feliz en la capital de la monarquía, restaurada por la fuerza de una combinación militar que se consideraba incontrastable. No fué así ciertamente, y las tropas, cerca ya de Madrid, se habían visto obligadas á retroceder, más expuestas que nunca á un descalabro muy difícil de reparar. Y erá que los resultados no podían corresponder á esperanzas

Observaciones sobre la batalla de Almonacid.

fundadas en cálculos erróneos y tendrían que ser funestos, una vez llevados al banco, rara vez engañoso, de la prueba.

El general Venegas, aun apareciendo tan receloso, como le hemos visto, en los comienzos de la marcha, debió dar fe á la eficacia de un plan estratégico más brillante que práctico, halagador al patriotismo de los españoles que consideraban asegurada su independencia con cuantos les presentaba la fantasía de tanto y tanto proyectista como se los ofrecía á cada momento. Y no era él sólo, sino que el Gobierno de la Nación lo creía del mismo modo, seducido, sin duda, por sus propios deseos y la confianza, sobre todo, que le inspiraban los talentos militares del vencedor de Vimieiro y Oporto y los estímulos de Wellesley, el ministro de la Gran Bretaña, su hermano, engañado por la idea de la fuerza que en su concepto entrañaba la intervención inglesa. No significan otra cosa lo apremiante de las órdenes expedidas á Venegas para su avance, aun recomendándole la mayor prudencia para no comprometerse demasiado, y el nombramiento de las autoridades de Madrid á fin de no aumentar la influencia de Cuesta cuando entrase por sus puertas, una vez llevada á feliz término, según se esperaba, la proyectada empresa.

Pero Venegas, desde el momento en que sintió la proximidad de los franceses, debió comprender que le faltaría para combatirlos y aun para resistir su acción, tan arrebatada siempre, el apoyo de la combinación en que tomaba una parte sólo y no la mayor. Porque la victoria de Talavera, por poco de-

cisiva que fuera, pondría á los aliados á la vista de Madrid, confundidos con sus adversarios si se proponían defenderse allí, ó libres de su presencia si se dirigían, según pensaban, al otro lado de Guadarrama. Si Venegas se sentía solo, era que la batalla de Talavera quedaba reducida á las proporciones de una victoria gloriosa pero estéril y que lo dejaba á él aislado, sin apoyo alguno y sin otra salida que la de una retirada inmediata y rápida. De no emprenderla al instante, correría el riesgo de un combate con fuerzas desiguales y quizás el de verse cortado en sus mejores comunicaciones.

Y ¿qué hizo? Elegir el partido más honroso cuando se trata de la acción de un Oficial puesto á la cabeza de un destacamento ó pequeño cuerpo de tropas; temerario, á todas luces, y capaz de comprometer los más altos intereses de la patria cuando le confiaba ejército tan numeroso y florido. En una carta escrita por aquellos días en Toledo y que publicó la *Gaceta de Madrid* el 22 de Agosto, se decía lo siguiente respecto á la resolución de Venegas: «¿En qué podía fundar su confianza, y cuáles eran las ventajas que esperaba sacar? ¿Acaso se confiaba en haber reunido 40.000 hombres, y en que iba á combatir una division del ejército francés? ¿Esperaría por ventura, batiendo Cuesta y en fuga los ingleses, restablecer por sí sólo las operaciones, y entrar en Madrid, á pesar de 80.000 franceses, cuya reunion no impedía ya obstáculo alguno? No es fácil concebir que la primera timidez de los movimientos de este ejército viniese á parar en una batalla tan atrevida, y buscada sin objeto y con tanta ligereza.

Aun ganada por Venegas, acaso podía este arrojarse á pasar el Tajo á presencia de 80.000 franceses, que podían libremente combatirle, ¿no quedaba comprometida la existencia del partido que sirve? Esto me confirma en lo que siempre he creído, que los ejércitos insurgentes son conducidos por planes tan vagos y poco meditados, como mal executados por los generales á quienes se encargan».

Fuera de los errores cometidos por el autor de esa carta, respecto al número de los españoles y á la situación del ejército combinado, los conceptos estampados en esa correspondencia no pueden ser ni más prudentes ni más ajustados á los principios en que debió el general Venegas informar su conducta en aquella campaña después de la ventaja obtenida en Aranjuez. Pocas veces se ha visto un general en condiciones mejores ni más honrosas para emprender una retirada, que hubiera hecho sosegadamente y con la gloria de haber ahuyentado al enemigo con el fuego de sus últimos cartuchos.

En la batalla de Almonacid no se mostró tampoco hábil, no hallándole Sebastiani preparado ni ocupando las posiciones de su línea de batalla con la fuerza que cada una de ellas exigía según su relativa importancia. De haberse asegurado del alto de los Cerrojones, estableciendo en él una gran batería de piezas de grueso calibre, ya que las llevaba de á 12, y la fuerza correspondiente para apoyarla, podía contar conque el enemigo no haría progreso alguno en sus ataques á la línea mientras no fuera dueño de aquella posición, clave de la general en la batalla. Y si dos batallones lograron rechazar á la

división polaca y su resistencia exigió refuerzos considerables de la alemana de Leval, ¿qué de resultados no debían esperarse de una defensa convenientemente atendida y animada con la esperanza, de nuevos refuerzos, procedentes de la segunda línea ó reserva del ejército? Pero ni se atendió á la guarnición del cerro ni al establecimiento, según dijimos en su lugar, de una reserva fuerte, bien organizada y dispuesta á acudir á donde la necesidad llamase desde una posición bien elegida.

Así es que no fué posible resistir con fortuna á unos enemigos tan diestros en el arte de maniobrar y que fueron arrollando ejecutivamente cuanto intentaba contenerlos, sorprendiendo además á los españoles en sus maniobras, dirigidas á rehacerse ó proteger la retirada. Nuestros generales, hombres, todos, puede decirse, de valor y no pocos de mérito, no estaban acostumbrados á maniobrar en el campo de batalla ó se resistían á hacerlo con tropas, en su mayoría nuevas, como las que iban mandando. Peleaban con denuedo y tenacidad verdaderamente notables, y buen ejemplo es la batalla de Almonacid, que duró siete horas, pero carecían de la sangre fría y de la práctica indispensables para cambiar de posiciones ó de formación en las circunstancias críticas según los movimientos rápidos y hábiles del enemigo.

Eso que los franceses, ya por el escarmiento de Talavera, bien por la resistencia opuesta al principio por los soldados de Venegas y lo eficaz de nuestra artillería, no desplegaron en Almonacid la energía acostumbrada en ellos ni el admirable uso que sus generales sabían hacer de la caballería. Entró poca

de la suya en acción al comenzar y al medio del combate, y en todo él mostró una circunspección muy extraña. «Los resultados de aquella ruda batalla, dice Rigel, fueron menos importantes de lo que era de esperar si los esfuerzos de la infantería hubieran sido secundados por nuestra numerosa caballería, y si la artillería en general hubiera hecho lo que en otras batallas: el por qué se empleó una sola parte de aquella arma para perseguir, me es tan inexplicable como el que durante la lucha no se la dirigiese á ningún ataque principal.»

De todo resulta que la batalla de Almonacid fué reñida de las dos partes con valor, atacando los franceses y defendiéndose los españoles hasta con encarnizamiento en algunas posiciones; pero que en ninguno de los campos brilló la habilidad maniobrera, habitual en los imperiales y á la que debían irse haciendo nuestros compatriotas. Sin la imprevisión de Venegas, así en cuanto á su plan ofensivo, pero adoleciendo de perezoso y confiado, como en lo que se refiere á la falta de estudio del campo de batalla y la ocupación de sus mejores posiciones, la victoria hubiera tardado mucho más en decidirse y habría sido costosísima á las tropas de José y de Sebastiani. Aun así, no es aquel vencimiento nuestro extraordinario y, menos, vergonzoso, aun cuando no merezca las exageradas disculpas con que quiso el general en jefe hacerlo pasadero en la opinión pública de España (1).

(1) Véase el parte de Venegas en el apéndice núm. 16.

Por real orden de 30 de Mayo de 1816, y á solicitud del general Venegas, se concedieron las condecoraciones que recuerdan los combates de Bubiarcá y Aranjuez y la batalla de Al-

Ahora verán nuestros lectores con cuanta razón ^{Consideraciones generales.} criticábamos al principio de este capítulo el plan de campaña que idearon los generales aliados para arrojar á los franceses del centro de la Península. Y no es lo peor el que fuera mal ideado y que obtuviera la aprobación de nuestro Gobierno y, por supuesto, la del diplomático que representaba en Sevilla á la Gran Bretaña, sino que, al ponerlo en ejecución, ni Wellesley y Cuesta ni Venegas llegaron á penetrarse del espíritu que entrañaba ni de la necesidad de aunar estrechamente sus esfuerzos, sus aspiraciones é inteligencia, si habían de corresponder á la confianza que inspiraban. Generales que no se entendían y se estimaban aun menos, sin esa recíproca consideración que, siquiera en pequeñísima parte, puede suplir á la unidad en el mando, ¿cómo habían de llevar á feliz remate un pensamiento que obligaba á la armonía más cordial y á la amalgama íntima de voluntades y esfuerzos? El orgullo del general británico, además, frente á la arrogancia del español, sin el contrapeso del modesto y conciliador Venegas, que tan lejos operaba, impedían el ejercicio recíproco de influencia alguna entre ellos; y desde los días de la conferencia de las Casas, pudo observarse, como ya lo hemos hecho ver, que las operaciones no tendrían la unidad indispensable para su éxito.

monacid. La de ésta figura un escudo convexo en su exterior, del que salen cuatro brazos en forma de aspa y terminando en tres puntas agudas, verde la central, como la parte á ella correspondiente en el aspa, y blancas las de los costados. El escudo, blanco también, menos en su centro, que es elíptico y verde con la cifra «Por Fernando VII», y en lo blanco del contorno la inscripción roja de: «EN ALMONACID II DE AGOSTO DE 1809». Corona real de oro, arriba, con rama de encina y cinta verde con filetes blancos.

Pero si ya no podía desistirse del movimiento comenzado, y menos ignorando la posición y el número de las fuerzas que se creían dispersas y desorganizadas en Castilla la Vieja, los proyectos, sobre todo, del Mariscal que las mandaba, el general Wellesley debió ejecutarlo con la rapidez y la decisión que exigían su conocimiento de la exigüidad de medios con que podían contar el Intruso y los generales Víctor y Sebastiani, así como la conveniencia de reunirse inmediatamente con Venegas y su ejército de la Mancha, considerado como el más sólido, por su composición, de los españoles puestos por aquellos días en campaña. Y no son disculpas atendibles las expuestas al describir el pase del Alberche como dadas por el general inglés para detenerse en la margen derecha dejando comprometido á su colega en el avance á Alcabón y Torrijos. ¿Qué motivos podía tener el 24 de Julio para no seguir los impulsos de su corazón y de su talento del día anterior? Se encontraba en la misma ignorancia respecto á la situación y planes del mariscal Soult; y ya hemos visto que el racionamiento de sus tropas y el arrastre del material eran más fáciles prosiguiendo la marcha que deteniéndose en una comarca esquilhada por la guerra. Esas no son razones para cambiar en doce horas de pensamiento y perder ocasión tan favorable de una gran batalla con todas las probabilidades de ganarla y la de la ocupación inmediata de Madrid y toda la región central de la península. ¿Quién resistiría allí la unión de los tres ejércitos combinados, ni cómo 50.000 enemigos podrían rechazar el ataque de cerca de 100.000 aliados con base tan sólida como la de los 20.000 in-

gleses que formaban entre ellos, y las simpatías y la ayuda de los habitantes?

No; eran muy otras las consideraciones que ejercían tan lamentable influjo en el ánimo del general Wellesley. La discordia, bien patente ya en los dos generales en jefe, le llevaba á determinación tan funesta como la de desentenderse de la obligación sagrada de cooperar al resultado de la campaña, más que por nadie, sugerida y aconsejada por él. Sarracín decía después: «La falta de medios de transportes no es excusa admisible: la verdad es que lord Wellington temía un revés y no tuvo el valor moral (*courage d'esprit*) de arrostrarlo. Antes de batirse, pensaba en retirarse; y se decidió á conservarse en la posición de Talavera que, bien por el puente del Arzobispo, bien por el de Almaraz, le ofrecía una gran facilidad para poner el Tajo entre él y los franceses. Esa conducta será, sin duda, prudente, pero anda muy lejos de estar en conformidad con el carácter leal de la nación inglesa.»

Con efecto, no tendrá nunca lord Wellington quien apruebe una conducta que produjo el revés de Alcahón al alcance de sus armas, á su misma vista. El espectáculo que ofreció el ejército de Cuesta, batiéndose en retirada con 20.000 ingleses á su espalda, es, por lo menos, repugnante para ánimos generosos y conciencias un poco estrechas; y de ese espectáculo gozó un general que no podía disculpar su falta de cooperación ante el enemigo que se dirigía á combatir, sabiendo perfectamente su número, relativamente inferior, y su situación asaz comprometida. Y que no se diga con Nápier que no podía el general

inglés contar para nada con el ejército español, porque era precisamente el mismo con que pretendía dos días antes cruzar el Alberche y proseguir á Madrid.

Los despachos de lord Wellington demuestran bien elocuentemente que no eran militares las razones que le movieron á permanecer en Talavera frío espectador de la desgracia del general Cuesta, hacia el que no revelan aquéllos sino despego y hasta mala voluntad. Y confundiendo la personalidad de su colega con causa tan general y hasta propia de la Inglaterra como la de aquella guerra, prefirió la desgracia de aquél á la obligación que allí le conducía y hasta á su misma gloria. Porque ¡cuán otra no hubiera sido la de su entrada en Madrid al comenzar en España la carrera de triunfos que tan célebre y respetado han hecho su nombre, que la de una victoria tan estéril como la de Talavera!

Es necesario considerarla aisladamente, sin conexión alguna con el resto de la campaña, para admirar y aplaudir esa victoria. Ya lo hemos hecho y sin escasear los elogios que merece la singular habilidad con que fué dirigida la acción hasta entonces más brillante que registra la historia de tan gran capitán, la que verdaderamente proporcionó al general británico los títulos más honrosos y la reputación más envidiable. (1)

(1) Dice Sarrazín: «Nadie aprobará la conducta de lord Wellington al dejar el 26 que fuesen batidos los españoles, cuando está probado con la misma batalla de Talavera, que estaba en estado de con sólo el ejército inglés resistir al de los franceses.»

Pero hay que reconocer también que ni antes ni después se mostró el general Wellesley á la altura de tal hazaña en las operaciones de que fué ésta el más importante y trascendental accidente. Porque si la lentitud de su marcha y la detención en Plasencia habían producido la pérdida de un tiempo precioso en que pudo arrollarse sin grave riesgo á Víctor y penetrar en Madrid antes de que Soult reorganizara los tres cuerpos de ejército de su mando, luego anduvo también en vacilaciones para revolveirse contra el Mariscal francés, tomando tardías é inútiles decisiones para, al fin, retirarse; entonces sí, resueltamente, abandonando á su colega á la vista misma del enemigo (1). Los historiadores ingleses, no pudiendo negar tan graves faltas cometidas por su ídolo, se desatan en injurias tan ofensivas como destituidas de razón. Nápier, por ejemplo, y claro es que en éso le siguen sus compatriotas, manifiesta que «la sola exposicion de los hechos prueba la paciencia con que Sir Arturo Wellesley soportó los groseros insultos de Cuesta y con qué valor, indomable dice, combatió por proteger al ejército español.» Y como esperando que han de salirle al encuentro sacando á plaza la protección que el general inglés acordó á Cuesta en su retirada de Alcabón, en vez de disculparse por no haberla dado, aun lo hace de

(1) Nápier para disculpar el que el 24 no se marchase resueltamente por Escalona y Maqueda á interponerse entre los cuerpos franceses y poderlos batir en detall, dice que con un colega como Cuesta no podía emprenderse operación que exigiese celeridad y exactitud. Pues Wellesley tardó desde la frontera á Talavera 20 días, y permaneció inactivo 10 en Plasencia.

no haberse retirado él entonces por impedirselo el honor de sus armas. Tan meditada tenía la acción que habría de ejercer en aquel campo de Talavera, que, al asomar los franceses al Alberche, estaba él fortificando la línea de batalla, en que sólo faltaban establecerse los cuerpos avanzados entre los que se encontraba para observar mejor al enemigo.

Es verdad, por otra parte, que los franceses, aun batidos en Talavera y contadas sus bajas, tenían 40.000 hombres en la posición central que conservaban; pero esa fuerza sería efectivamente respetable si no hubiese de dividirse para combatir, de un lado, al ejército anglo-español procedente de Extremadura, y al de la Mancha, de otro, que ya se había presentado en Toledo y Aranjuez. Sólo con avanzar al día siguiente de habersele incorporado la brigada Craufurd, José, Víctor y Sebastiani hubieran decidido su retirada á Guadarrama para la que, según ya hemos dicho, estaban dadas todas las órdenes. Y no se diga que, alcanzado por Soult, podría verse gravemente comprometido y hasta expuesto á sufrir la suerte misma del general Dupont en Bailén, porque ni tenía noticias del duque de Dalmacia ni, aun teniéndolas de hallarse próximo, lo cual era imposible, debía dejarse imponer, puesto que, con Venegas á su flanco, tendría siempre libre una retirada por la línea de operaciones que había seguido este general.

Lord Wellington ha dicho después que tenía derecho á creer que el cuerpo de ejército francés del Norte de España estuviese enteramente ocupado: y que aun cuando sabía que Soult estaba en Zamora equipando el cuerpo de su mando, no podía pensar

la reunión á él de los otros dos en Salamanca sin que le avisaran de ello el gobernador de Ciudad-Rodrigo y la Junta de Castilla, ni lo estorbaran los españoles de Galicia, Asturias y Vizcaya. Pues, ¿quién, sino él, tenía la culpa de la reorganización de aquella inmensa masa de franceses y de su situación sobre su flanco y retaguardia? Si hubiera perseguido, como debía, á Soult, éste habría tenido que desaparecer de Castilla. Ney habría buscado su refugio en Asturias, si no en Santander, y Mortier se hubiera reunido al Intruso; deshaciéndose aquel nublado que después le espantó á punto de cruzar el Tajo y volverse á su predilecto abrigo del Portugal. Y, por otro lado, ¿no tenía en Almeida á Beresford, á quien escribía todos los días y de quien le llegaban noticias también diarias sin, con todo, las que echaba de menos por parte del gobernador de Ciudad-Rodrigo?

El mismo Nápiér reconoce el error cometido por Wellington y dice después que tres fueron las causas que impidieron tuviese consecuencias fatales: «1.ª La repugnancia del mariscal Ney á dejar Astorga; 2.ª la marcha del 5.º cuerpo á Villacastín en vez de á Salamanca; 3.ª el calor con que Víctor aconsejó la batalla de Talavera; y en fin, la envidia de los Mariscales y la indecisión del Rey.»

¿Ni cómo había de negar ese error ni la esterilidad de una campaña de que el Gobierno inglés y su generalísimo en España se prometían resultados tan grandiosos? También se hacían esa ilusión, y con mejor fundamento, la Junta central y los generales españoles al organizar dos ejércitos como los de Extremadura y la Mancha. Pero no es esto de extrañar

contando con base tan robusta y sólida como el ejército inglés, con cuyo apoyo esperaban con razón que los visos parecieran veteranos, triunfando fácilmente, puesto que solos habían sabido hacerlo no pocas veces.

No entraremos en la discusión detallada de los errores cometidos por los generales franceses en aquella campaña, tal como los va enumerando y comentando algún historiador que los encuentra á todos torpes, menos al tan torpemente acabado de vencer en Oporto. No nos detendremos, tampoco, en hacer el examen de juicios donde, abultando las cifras de nuestros ejércitos para rebajar su mérito, suponiéndolos vencidos por un corto número de enemigos, y disminuyendo las del inglés para elevar ese mérito hasta creerlo con 12.000 hombres capaz de resistir en una batalla campal á 70.000 de aquellos pobres soldados de Napoleón el Grande, se trata de extraviar la opinión hasta dirigirla á la aprobación del plan de Soult de invadir el Portugal, cuando tres ejércitos, los de Wellesley, Cuesta y Venegas acosaban de tan cerca ya al Intruso y amenazaban echarlo de Madrid. No: esas son divagaciones propias del que busca con ellas distraer la atención del lector, fija en los errores, falta de voluntad y exceso de orgullo de aquel á quien, con razón ó sin élla, trata de ensalzar á la cima de las glorias militares (1). Pero en la precisión

(1) Allá vá la prueba de que no exageramos. «Sir Arturo Wellesley, dice Nápier, estaba á la cabeza de 17.000 hombres de todas armas, de los que 5.000 estaban entre Lisboa y Alcántara. Todo el ejército francés podía concentrarse en dos días en el valle del Tajo. De todos los generales, Soult es el único que arrostró aquella crisis como hábil capitán; qué si se le hubiera permitido proseguir el ataque de Arzobispo ¿qué hubie-

de dar fin á estas consideraciones generales que, de extenderse hasta donde su importancia requiere, se harían interminables, vamos á hacerlo con el resumen que presenta á los lectores de su obra el general Sarrazín, persona tan entendida en el arte y la práctica de la guerra.

«La victoria, dice, quedó por los aliados pero no supieron aprovecharla. Su fuerza antes del combate era de 60.000 hombres y sus pérdidas en los dias 26, 27 y 28 no excedieron de 10.000 entre muertos, heridos y prisioneros. El general Craufurd llegó á Talavera la tarde del 28, Venegas estaba intacto; la fuerza, de consiguiente, en el Tajo el 1.º de Agosto era de 80.000 combatientes. No quedaban á José más de 40.000; y la sangrienta jornada de Talavera había difundido el terror por el ejército francés en el cual se convenía en que *los ingleses se batían también*

ran podido hacer 17.000 ingleses, muriéndose de hambre y con el embarazo de los españoles llenos de terror, contra 70.000 franceses que hubiesen cubierto de fuego su posición por tres puntos á la vez? El valor y la firmeza de la infantería inglesa hubieran logrado hacerla conservar su puesto en una batalla: pero ¿lo habría conseguido mantener en otra? Un movimiento del primer cuerpo por la parte de Guadalupe, sólo el hambre ¿no hubiera obligado á los 10 ó 12.000 hombres restantes (si es que llegaban á tantos) á abandonar las márgenes del Tajo y, por consiguiente, sus parques de municiones y sus hospitales, y á retirarse á Portugal? Pero ¿cómo retirarse sin ser hostigados por 6.000 caballos que Soult llevaba en los 18 regimientos del arma que iban en su ejército?»

Después se habla de la arrogancia de franceses y españoles, ¿hay nada semejante en una historia que no sea inglesa?

En cuanto á la opinión de Nápier respecto al talento de Soult, á quien siempre pone en las nubes, hay que tomar en cuenta la amistad particular que á él le unía y más aún la circunstancia de que, siendo el mariscal más veces y más ejecutivamente vencido por lord Wellington, cuanto más se le alabe, más se aumenta la gloria del vencedor. Es uno de tantos modos como usa Nápier para adular al héroe de Vitoria, del Bidassoa y de Toulouse.

como los rusos. Dióse la orden de hacer los preparativos necesarios para la evacuación de Madrid. El movimiento de Soult sobre Plasencia no fué realmente sinó un ardid de guerra, cuyo éxito fué completo, aun cuando no tenía aquel general al emprenderlo más de 30.000 hombres. El cuerpo de Ney se había situado de Zamora á Plasencia para mantener las comunicaciones; y los de Soult y Mortier no debían alarmar á lord Wellington, porque, aun admitiendo, contra toda probabilidad, que no llegara á apoderarse de Madrid y que Soult continuara su marcha á Talavera, el general inglés tenía segura la retirada á Sierra Morena por Madrideojos ó á Extremadura por la Mancha á lo largo de la orilla izquierda del Guadiana ¿Qué peligro había en que Soult, que dos meses antes huía con 18.000 hombres de 16.000 ingleses y 10.000 portugueses, aunque protegido por el Duero contra sus ataques, se colocara con 30.000 hombres á espaldas de un ejército de 80.000? Todas las ventajas obtenidas por lord Wellington sobre Soult en el norte de Portugal se habían perdido por su estancia en Abrantes; porque, en vez de llegar á Talavera el 22 de Julio, debió el ejército aliado hacerlo el 22 de Junio. El plan fijado por Cuesta y Wellington en Almaraz era erróneo: era peligroso dirigir á Venegas á Fuentidueña y Arganda porque se le alejaba demasiado del centro de operaciones y se le exponía á ser batido. Se le debió mandar que, simulando un ataque contra Toledo, descendiera con el grueso de su ejército por la izquierda del Tajo á cruzar este río en la Puebla de Montalván para reunirse al grande ejército que al día siguiente habría marchado sobre la ca-

pital y se hubiera hecho dueño de élla. Y esta importante operación podía terminar el 30 de Junio, cuando Soult y Ney estaban aun en Galicia á las manos con Romana y La Carrera en las inmediaciones de Orense.»

»Una de las cualidades más esenciales en un general es el valor del talento: es muy difícil volver á hallar la ocasión favorable que se ha dejado escapar. Si lord Wellington hubiese destruido la división Loisón, del cuerpo de Soult, en Amarante el 12 de Mayo ó si el 12 de Junio hubiera marchado resueltamente contra Víctor, no habría tenido que combatir con el temor del conocimiento de la posición de Soult amenazándole con cortarle su línea de operaciones. Si su señoría, más habituado á los detalles de la guerra ofensiva, hubiera conservado en Talavera los medios de transporte que le habían servido en su marcha desde Plasencia, debería haber accedido apresuradamente á los deseos de Cuesta de avanzar hasta unirse al ejército de Venegas y operar así con una superioridad de fuerzas que le aseguraba la victoria y la conquista de Madrid.»

La campaña de Talavera, cuya acción, como ofensiva, fué la primeramente ejercitada por los ingleses en España, viene, por sus consecuencias, á demostrar una vez más la índole extraordinaria de la guerra de la Independencia. Si los ejércitos franceses, acostumbrados á ganar un reino, una vasta provincia, cuando menos, ó una paz ventajosa en dos ó tres batallas, veían esterilizarse las que aquí reñían, por afortunadas que resultaran, por decisivas que parecieran en los primeros momentos de la victoria, los

Consecuencias de la campaña de Talavera.

españoles y lo mismo los aliados dejaban sin acción ulterior sus triunfos, como si, al querer proseguirlos, temieran perder la gloria y la fuerza moral acabadas de alcanzar, todo el fruto que debía esperarse de su esfuerzo y conque la suerte les brindaba. La campaña anterior había sido ejemplo elocuentísimo de la impotencia de los franceses, detenidos en Cataluña y Aragón, en la Mancha, Extremadura y Oporto ante fantasmas de ejércitos que ellos solos se forjaban, y por agüeros y presentimientos inspirádoles al recuerdo de los primeros reveses sufridos en aquélla guerra. La misma jornada de Bailén, aun siendo tan decisiva para los españoles y la de Vimieiro para los ingleses, habían de tal manera sorprendido á unos y otros que, como si no creyeran á sus ojos ni oyeran el aplauso de los pueblos libertados del yugo extranjero por sus armas ni el eco de la admiración general en Europa, se mantenían como clavados en sus posiciones, los españoles en Andalucía y los ingleses en Lisboa.

Así, pues, la batalla de Talavera dada en las extrañas condiciones que tantas veces hemos hecho manifiestas, produjo en el ánimo de los generales la impresión de un acontecimiento imprevisto, para el que no se va preparado con ideas preconcebidas ni con resoluciones enérgicas que llevar inmediatamente á ejecución. La sorpresa, después, de la aparición de Soult sobre las comunicaciones de los aliados con Portugal y Extremadura, distrayéndolos de su primitivo plan de campaña, los condujo á la determinación, que era de esperar, de retroceder; los ingleses, hacia el que había sido, era y sería siempre su abrigo predilecto, que únicamente se decían llamados á

mantener, y los españoles á conservar por lo menos una parte del territorio recobrado sin comprometer las tropas en el aislamiento en que se las iba á dejar, aislamiento cuyas consecuencias tocaron bien pronto en su acción de Puente del Arzobispo.

Ya dijimos cómo se había emprendido aquel movimiento de retirada y señalamos las posiciones tomadas por el ejército combinado para mantener la izquierda del Tajo entre aquel puente y el de Almaraz. El ejército español ocupaba las de Mesas de Ibor con el objeto de resistir la marcha de los franceses, ya se dirigiesen á Almaraz, ya á Deleitosa y Trujillo, donde se estableció Wellesley, según también expusimos, con sus tropas en derredor, excepto la brigada Craufurd que vigilaba el paso de Almaraz desde los altos de Miravete.

Si el espíritu militar aparecía decaído entre los soldados de Cuesta, efecto de la pérdida de sus ilusiones, del abandono en que se les había dejado y del revés de Puente del Arzobispo, no lo estaba menos entre los del ya Vizconde de Wellington. Esto, que á alguno de nuestros lectores parecerá cuando menos extraño, lo ha hecho ver el egregio general británico en uno de sus despachos, el de 8 de Agosto, dirigido á su hermano el marqués de Wellesley. Después de hacerle ver la necesidad de algún refuerzo si se queda en España, que lo cree casi imposible, le dice: »Un ejército hambriento es ahora peor que no tenerlo. Los soldados han perdido su disciplina y su espíritu militar; roban hasta en presencia de sus oficiales. Los oficiales están disgustados, casi casi están peor que la tropa: y el ejército con que hace 15 días

batí á otro de doble número, dudaría hoy ponerlo en frente de un cuerpo francés de la mitad de su fuerza.»

Afortunadamente no llegó el caso de hacer la prueba, porque los franceses recibieron la orden de recogerse á la orilla derecha del Tajo para, en expectativa de las disposiciones que tomara el emperador Napoleón, que por aquellos días se hallaba en Schoenbrunn, ocupar toda la comarca extremeña y castellana opuesta á la frontera de Portugal, su objetivo probable para la campaña siguiente. El mariscal Soult se situó con su cuerpo de ejército, el 2.º, en Plasencia, donde no escaseaban los víveres; Mortier recibió la misión de observar la margen toda del Tajo desde Toledo á Almaraz; y Ney hubo de repasar la cordillera carpetana para establecerse en Salamanca, todo lo lejos posible de su general en jefe, para impedir los rozamientos propios de caracteres tan opuestos y del desacuerdo en que se encontraban.

En la precipitación de las operaciones de aquellos días el coronel Wilson quedó en su posición de Escalona, si no olvidado, puesto que Wellesley le notició su retirada desde Peraleda para que viera de reunirse al ejército español, con instrucciones tan vagas como difíciles eran las circunstancias en que se hallaría y oscuro el porvenir que se le presentaba. «Dudo, le decía, si podreis abriros camino á través de las montañas de la Vera.» Pero para esas circunstancias y para arrostrarlas en la oscuridad y el aislamiento, están los hombres de talento y de voluntad fuerte; y Wilson demostró, venciéndolas, que no sin razón se le había confiado destino de tanta res-

ponsabilidad como el de operar á tal distancia del ejército combinado. Comprendiendo le sería imposible reunirse al ejército de Cuesta, según le aconsejaba Wellesley, por haberse interpuesto el mariscal Víctor en el camino que habría de seguir, de Talavera y el puente del Arzobispo, decidió enriscarse por la cordillera, procurando evitar el encuentro de las tropas de Sault para, si no lograba el paso á los cantones de sus compatriotas, aprovechar los de Baños ó Perales y reunirse á Beresford en la frontera de Portugal. Y en la mañana del 12 y después de una marcha penosísima por país poco menos que deshabitado, y á veces fuera de camino, se hallaba entre Baños y Béjar, dudoso todavía de si debería bajar á Plasencia ó dirigirse á Salamanca y Ciudad Rodrigo. Era aquel día el en que Ney se encaminaba á la primera de aquellas ciudades, bien ageno de encontrar en el áspero desfiladero de la divisoria quien se lo disputase; así es que le sorprendió mucho el fuego con que le recibieron dos batallones españoles de los que mandaba Wilson, apoyados por la brigada portuguesa, establecida en aquellos momentos en lo alto de la sierra contigua.

La lucha era muy desigual y previsto su resultado; pero tal energía desplegaron los españoles en la defensa de su posición de Aldeanueva, que los enemigos tuvieron necesidad de flanquearla por los montes próximos para hacerla evacuar, y desalojar después á los soldados de Wilson de las que ocupaban en el desfiladero (1). Ney pudo, así, proseguir su cami-

(1) La acción fué notable y sumamente honrosa para los españoles, por lo que no se extrañará copiemos de Schépeler el

no á Salamanca donde se declaró puede decirse que independiente, no obedeciendo ni á Soult ni al Intruso, y dando á éste lugar para que le acusara, aunque no directamente, de permitir que se enviase á Francia todo un convoy de la plata de las iglesias, robada en Galicia y Castilla. ¡A qué grado de irritación llegaría aquel pobre soberano para resolverse á escribir á su hermano que las insurrecciones de aquellas provincias se debían en parte á la exasperación en que se había hecho poner á los habitantes, y á ofrecerle su renuncia para no sufrir la ignominia de que le desobedeciesen los mariscales y no le respetaran las tropas! Ney se dedicó desde luego á redactar un parte muy pomposo de sus operaciones en Plasencia y Baños, y á forjar planes de campaña que sirviesen para impedir los de Soult que debía conocer por sus

párrafo que á élla dedica. «El brigadier Wilson, dice, que se vió cortado al retirarse los aliados, marchó por las montañas, á Baños, donde llegaba el 11. Al pasar Ney por allí la mañana del 12, Wilson se decidió á defender el desfiladero, aun siendo más fácil de salvar por aquel lado que por el de Castilla. Su fuerza consistía en la brigada portuguesa y tres batallones españoles, de los que uno se hallaba ya en Béjar. Los españoles de vanguardia defendieron palmo á palmo y con un valor notable, segun lo declara el mismo Wilson, el terreno de Aldeanueva hasta lo alto del desfiladero que los portugueses ocupaban. Entonces ganaron la altura de los lados, y el combate contra el cuerpo de Ney y su artillería duró hasta las seis de la tarde, hasta que, tomando los altos de la izquierda tres columnas enemigas despues de los mayores esfuerzos, tuvo Wilson que emprender la retirada. El batallon de Sevilla, al marchar de Béjar, se vió envuelto por la caballería enemiga que le intimó la rendicion, pero su respuesta fué una descarga y aquellos bravós se abrieron paso á través de la caballería y de una gran masa de infantería.»

últimas conferencias de Extremadura (1). En ese género de maniobras político-militares no le iba en zaga su antes colega y ahora jefe, el mariscal duque de Dalmacia, que en Plasencia se entretuvo, además, en talar campos, como dice el conde de Toreno, quemar pueblos y cometer toda clase de excesos. A su presencia, puede decirse, se sacó de la cama en que se hallaba postrado el venerable obispo de la diócesis, D. Juan Alvarez de Castro, á quien arcabucearon inhumanamente los franceses, así como á otros varios pacíficos y honrados ciudadanos, sin otro delito que el de sus caudales ó alhajas.

Así iba Soult labrándose aquella reputación que le acreditaba para con el mismo Napoleón de ser el más voraz de sus mariscales.

Pero volvamos á nuestros compatriotas, los españoles.

Su avanzada edad, lo rudo de la campaña, pero, sobre todo, el fracaso de unas operaciones que, aun gloriosas por su episodio más brillante, el de la batalla de Talavera, no podían satisfacer la ambición de ánimo tan belicoso y realmente levantado como el suyo, sumieron al general Cuesta en un estado tal, que ni aun tenerse podía á caballo (2). Fuéle, de

(1) Con la relación del combate de Baños, que parece la de una gran batalla, justifica sus bajas de cinco oficiales y 30 sargentos y soldados muertos, 10 de los primeros y 140 de los segundos heridos, y 40 caballos muertos ó heridos, sin contar 20 hombres ahogados de calor y otros tantos asesinados por el paisanaje español.

(2) «Los trabajos é incomodidades, dice en su Manifiesto, que pasé en aquellos dias á la inclemencia, debajo de una encina, sin el preciso alimento, deterioraron mi quebrantada salud, hasta el punto de no poder ya sostenerme á caballo.»

consiguiente, necesarió dejar el mando del ejército; y, solicitando de la Junta Central permiso para tomar baños en Alhama, lo entregó á su segundo el teniente general D. Francisco de Eguía. Con mucho trabajo se trasladó á Deleitosa y á Trujillo, donde recibió la licencia que había solicitado, y con frases tan lisonjeras por parte del Gobierno que debieron satisfacer en su amor propio y en su patriotismo al veterano general que así iba á cerrar una carrera tan gloriosa como dilatada, tanto más digna de galardón, cuanto más que de triunfos había sido de penalidades y sacrificios.... «Ha tenido S. M., le decía la Junta, el mayor sentimiento, considerando que el ejército se vé privado de un general, cuyos conocimientos y talento, prendas militares y políticas, merecen toda la confianza de la suprema junta y de la nacion entera. Las circunstancias críticas en que se hallan los ejércitos hacen más sensibles la separacion de la persona de V. E.; por cuyas razones Su Majestad desearía que continuase al frente de los ejércitos. Pero como por otra parte el restablecimiento de su salud es tan interesante, tampoco intenta S. M. que V. E. haga tan grande sacrificio» (1).

No era envidiable la situación del general Eguía

(1) El 19 de aquel mes de Agosto salió de Trujillo para Córdoba y Alhama, donde, aunque sin alivio del accidente de perlesía que le había imposibilitado del mando, pudo recobrar algunas de las fuerzas perdidas, muy pocas, pero las suficientes, aún manejando con torpeza el brazo y la pierna izquierda, para considerarse como en la obligación de ofrecer de nuevo, en Noviembre siguiente, sus servicios desde Málaga, á donde se había retirado á pasar la cuarentena de sus baños.

con el mando superior de un ejército, cuyas ilusiones de victorioso y emprendedor habían desvanecido-se, y debiendo concertar sus operaciones con el caudillo inglés, descontento también, lleno de orgullo y exigente hasta una exageración que ya se suponía egoístamente calculada. Y tan era así que el general Eguía, por su lado, y D. Lorenzo Calvo de Rozas, enviado por la Central para el arreglo de las subsistencias del ejército inglés, por otro, no lograron calmar la irritación de Wellington; todo lo contrario, tuvieron que cortar relaciones con él por no poderse ya soportar su desvío y hasta su desprecio. Ni bastó la marcha de Cuesta, objeto de tan acerbas censuras y de los trabajos, ya revelados, entre Wellesley y Frére, para su destitución; ni los honores otorgados en Cádiz y Sevilla á su hermano recientemente nombrado embajador de la Gran Bretaña ni el marquesado de la Unión concedido á la Central por su antecesor en la plenipotencia: nada fué bastante para obtener del general el sostenimiento de las posiciones que ocupaba su ejército en la izquierda del Tajo. Partiendo, pues, de ellas el día 20 de Agosto, se trasladó á Mérida y Badajoz para acantonar sus tropas en la frontera de Portugal, en posición en que, más amenazaba á España con el abandono de su defensa, que á los franceses con proteger de ellos todavía aquel territorio por donde podrían creer abierto su camino para Andalucía.

El general Cuesta era un carácter de acero templado en los trabajos más rudos y las adversidades más crueles. (Véase el apéndice núm. 17, que contiene una relación sucinta de sus eminentes servicios).

«Muchos atribuyeron esta retirada, dice el conde de Toreno, al deseo que tenía el Gobierno inglés de que recayese en Lord Wellington el mando en jefe del ejército aliado. Nosotros, sin entrar en la refutación de este dictamen, nos inclinamos á creer que más que de aquella causa y de la falta de subsistencias que en efecto se padeció, provino semejante resolución del rumbo inesperado que tomaron las cosas de Austria. Los ingleses habían pasado á España en el concepto de que prolongándose la guerra en el Norte, tendrían los franceses que sacar tropas de la península, y que no habría por tanto que luchar en las orillas del Tajo sino con determinadas fuerzas. Sucedió lo contrario, atribuyendó después unos y otros á causas inmediatas lo que procedía de origen más alto. De todos modos las resultas fueron desgraciadas para la causa común; y la Central, como diremos después, recibió de este acontecimiento gran menoscabo en su opinión.»

Muy pronto, por nuestro lado también, haremos ver á cuán lejos condujeron los manejos de los ingleses para apoderarse de la dirección general de los ejércitos aliados en aquella guerra, manejos cuyo origen señalamos al comenzar el relato de la campaña de Talavera y que no contribuyeron poco á esterilizar los grandes sacrificios de todo género que se hicieron, los de la sangre, sobre todo, derramada á torrentes en una batalla que ha sido tan disputada en el campo de la historia como en el de la acción respecto á sus efectos y consecuencias. Si produjo grandes recompensas, honores extraordinarios mercedes y regalos de gran valor, causó también no

pocos resentimientos y quejas que impidieron el concierto, más que nunca necesario entonces para haber sacado fruto de aquellos nobles esfuerzos y de aquella sangre generosa (1).

(1) Ya hemos indicado que Wellesley fué recompensado por el Gobierno inglés con la dignidad de Par y el título de Lord Vizconde de Wellington de Talavera. La Junta Central lo elevó á la jerarquía de Capitán General de Ejército en España y le hizo el regalo de varios caballos de lujo en nombre del ausente rey D. Fernando VII.

El ejército español recibió también recompensas siendo la concedida al General Cuesta la de la gran cruz de Carlos III.

Para mayor ilustración de un asunto como el á que se refiere este capítulo, que tantos y tan encontrados comentarios ha provocado, así por parte del mismo Napoleón como de los hombres de guerra y de los historiadores que lo hicieron objeto de sus estudios, damos en el apéndice núm. 18 los partes oficiales de los generales aliados y los del Intruso y sus mariscales que mandaban las tropas beligerantes en tan célebre como importante campaña.

APENDICES

Situación del tercer cuerpo de ejército francés en Mayo de 1809.

| DIVISIONES | REGIMENTOS | Batallones. | Escuadrones. | Hombres. | Total de combatientes. | OBSERVACIONES |
|--------------------------------|-------------------------|-------------|--------------|----------|------------------------|--|
| | 5.º ligero..... | 1 | » | 490 | | |
| | 14.º de línea..... | 2 | » | 1.080 | | |
| 1.ª Division, general Laval.. | 44.º idem..... | 2 | » | 1.069 | 4.483 | Los regimientos del Vistula tenían muchos destacamentos y el 121.º tenía dos batallones en Navarra. |
| | 2.º del Vistula..... | 2 | » | 880 | | |
| | 3.º idem..... | 2 | » | 964 | | |
| | 114.º de línea..... | 3 | » | 1.627 | | |
| | 115.º idem..... | 3 | » | 1.732 | | |
| 2.ª division, general Musnier. | 1.º del Vistula..... | 2 | » | 1.039 | 4.798 | La 3.ª division, es decir, los regimientos 116.º y 117.º, estaban destacados totalmente en Castilla. |
| | 121.º de línea..... | 1 | » | 400 | | |
| | 64.º regimiento..... | 1 | » | 450 | 440 | |
| | Cazadores del 40.º..... | | | | | |
| Caballería, general Vatiez. | 4.º de Húsares..... | » | 3 | 326 | 796 | |
| | 13.º de Coraceros..... | » | 4 | 390 | | |
| | Lancero polacos..... | » | 1 | 80 | | |
| | TOTAL..... | 19 | 8 | | 10.527 | |

NUMERO 2.

Estado de la organización y fuerza del ejército 2.º de la derecha que concurren a la batalla de Alcañiz en 23 de Mayo de 1809.

| Columnas y sus comandantes. | Cuerpos de que se componían. | FUERZA | | | TOTAL | | |
|--|---|-----------------------------|--------|----------------|-----------------------------|--------|----------------|
| | | Jefes y o fi- ciales. | Tropa. | Caba- llos. | Jefes y o fi- ciales. | Tropa. | Caba- llos. |
| <i>Infantería.</i> | | | | | | | |
| Columna de D. Pedro Hernandez de Tejada, teniente coronel del regimiento de infantería de Fernando VII.. | Voluntarios de Valencia..... | 7 | 347 | » | 33 | 1.061 | » |
| | 2.º Batallon del regimiento de Fernando VII.. | 13 | 260 | » | | | |
| | 1.ª y 2.ª Compañía de granaderos de América.... | 6 | 240 | » | | | |
| | 1.ª y 2.ª de granaderos de Traxler núm. 5..... | 6 | 214 | » | | | |
| D. Martin Gonzalez de Menchaca, coronel del regimiento de Granada y sub-inspector de infantería..... | 2.º Batallon ligero de cazadores de Valencia..... | 12 | 661 | » | 44 | 1.217 | » |
| | 1.º Idem de voluntarios de Zaragoza..... | 32 | 556 | » | | | |
| | Batallon de voluntarios de Daroca..... | 42 | 447 | » | | | |
| Teniente coronel D. Manuel Carbon, comandante de voluntarios de Daroca. | Idem de tiradores de Doyle..... | 22 | 275 | » | 91 | 973 | » |
| | 2.º Batallon de voluntarios de Aragon..... | 25 | 189 | » | | | |
| | Compañía de tiradores de Cartagena..... | 2 | 62 | » | | | |
| Coronel D. José Cucalon, comandante del batallon de voluntarios de la reserva de Aragon... | Batallon de reserva de Aragon.. | 57 | 1104 | » | 125 | 1.696 | » |
| | 1.º Batallon de tiradores de Murcia..... | 68 | 592 | » | | | |
| <i>Suma y sigue.....</i> | | | | | 293 | 4.947 | » |

| Columnas y sus comandantes. | Cuerpos de que se componían. | FUERZA | | | TOTAL | | |
|--|---|----------------------------|-------|----------------|----------------------------|--------|----------------|
| | | Jefes y o- ficiales. | Tropa | Caba- llos. | Jefes y o- ficiales. | Tropa. | Caba- llos. |
| <i>Suma anterior</i> | | | | | 293 | 4.947 | » |
| Coronel D. Ramon Pirez, teniente coronel del regimiento 1.º de Valencia..... | Regimiento infantería de Valencia 3 batallones. | 39 | 1674 | » | 39 | 1.674 | » |
| Coronel D. Luis María Andriani, teniente coronel del regimiento 2.º de Saboya... | 3.º batallon del regimiento 2.º de Saboya..... | 12 | 307 | » | | | |
| | 2.º Idem del regimiento de América..... | 13 | 544 | » | | | |
| Con el parque de artillería..... | 3.º Batallón del regimiento de América..... | 13 | 544 | » | 13 | 544 | » |
| <i>Total</i> | | | | | 370 | 8.016 | » |

Caballería.

| | | | | | | | |
|---|-------------------------------|----|-----|-----|----|-----|-----|
| Brigadier D. Miguel Ibarrola, coronel del regimiento Húsares Españoles..... | Regimiento de Santiago..... | 15 | 199 | 187 | 32 | 445 | 422 |
| | Húsares Españoles..... | 14 | 154 | 145 | | | |
| | Destacamento de Olivenza..... | 3 | 92 | 90 | | | |

Artillería.

| | | | | | | | |
|----------------------------------|------------------------------------|---|-----|----|----|-----|----|
| Compañía de á caballo 6 piezas.. | Artillería de á pie 13 piezas..... | 4 | 95 | 75 | 13 | 245 | 75 |
| | Zapadores..... | 9 | 150 | » | | | |
| | Partida de Guijarrero..... | 6 | 44 | » | | | |
| | | 1 | 160 | 59 | | | |

RESUMEN GENERAL.

| COLUMNAS. | Jefes y oficiales. | Tropa. | Caballos. |
|---|-----------------------|--------|-----------|
| Columna del coronel D. Pedro Hernandez de Tejada..... | 33 | 1.061 | » |
| Idem del coronel D. Martin Gonzalez de Menchaca..... | 44 | 1.217 | » |
| Idem del teniente coronel D. Manuel Carbon..... | 91 | 973 | » |
| Idem del coronel D. José Cucalon..... | 125 | 1.696 | » |
| Idem del coronel D. Ramon Pirez..... | 39 | 1.674 | » |
| Idem del coronel D. Luis María Andriani..... | 25 | 851 | » |
| Con el parque de Artillería..... | 13 | 544 | » |
| Columna de caballería..... | 32 | 445 | 422 |
| Artillería de á pie y á caballo..... | 13 | 245 | 75 |
| Zapadores..... | 6 | 44 | » |
| Partida de Guijarro..... | 1 | 160 | 59 |
| <i>Total</i> | 322 | 8.910 | 556 |

NOTA. A la derecha del ejército entre Alcañiz y Caspe estaba situado el tercio de migueletes de Tortosa con la fuerza de 29 jefes y oficiales y 800 hombres, y á la izquierda, en Castelserás, el 3.^{er} batallón de voluntarios de Zaragoza, con 35 jefes y oficiales y 459 hombres.

PLANA MAYOR.

General en jefe..... El Excmo. Sr. D. Joaquin Blake.
 Mayor general de infantería..... El brigadier D. José Obispo.
 Comandante general de artillería..... El brigadier D. Martin Garcia y Loigorri.
 Idem de ingenieros..... El brigadier D. Carlos Cabrer, no habia llegado al ejército.

Es copia del que se formó por la Sección de Historia Militar en 1821.

NUMERO 3.

«Excmo. Sr.:—Participé á V. E. con fecha de 21 del corriente la evacuacion de Alcañiz por los enemigos, y su retirada á Hajar, Puebla de Hajar, y Sampér. En este último pueblo dexaron un destacamento de bastante consideracion. El dia 21 envié á D. Casimiro Loy, teniente coronel de húsares españoles, con 80 caballos de su regimiento y 200 voluntarios de Valencia, para que hiciese un reconocimiento de la situacion enemiga: lo verificó atacando á los que estaban en Sampér, obligándoles á abandonar sus ranchos y mochilas, retirándose á la Puebla de Hajar.

»Entretanto le vinieron al enemigo las tropas que esperaba de Zaragoza, en número de 3.500 hombres. Habiendo completado con este aumento 10.000 infantes, 800 caballos y 12 piezas de artilleria, se puso en marcha para atacarnos. Con la noticia de su venida nos dispusimos para recibirle.

»La vega de Alcañiz, que ha sido nuestro glorioso campo de batalla, está rodeada de montañas mas ó ménos altas, y á varias distancias de la posicion que ocuparon las tropas. A la de dos tiros de fusil de la ciudad se elevan unas colinas accesibles á la caballería, su continuacion está solo interrumpida por el camino de la capital, que las atraviesa por su centro, descendiendo suavemente por todas partes á la llanura. En estas colinas formó el grueso de nuestro ejército, apoyando sus flancos á dos baterías que, con otras colocadas en el centro flanqueaban perfectamente toda la extension de la línea.

»La parte de la vega que yacia á nuestra derecha, era la más baxa, de modo que formaba una cañada tanto mas peligrosa, quanto estaba mas poblada de árboles. Las alturas que rodean á toda la huerta terminan á poca distancia de dicha cañada, adelantándose á todas ellas una mas elevada, donde hay una ermita, que es como la llave del camino de Caspe que corre en esta direccion. Para impedir al enemigo que se aprovechara de las ventajas que le ofrecia el terreno por este flanco, se colocaron en la expresada ermita 2.000 hombres compuestos de los batallones de Daroca, reserva de Aragon, tiradores de Murcia, y 2.º de voluntarios de Aragon, todos al mando del mariscal de campo D. Juan Carlos Areizaga.

»En una de las alturas que están al frente de nuestra posicion se situó la vanguardia que la formaban un batallon de Fernando Séptimo, 300 hombres del batallon de voluntarios de Valencia, dos compañías de granaderos del regimiento de América, y otras dos de Suizos de Traxler: estos cuerpos estaban á las órdenes del teniente coronel de Fernando Séptimo D. Pedro Texada.

»En los olivares de la izquierda se pusieron tropas ligeras con el fin de evitar que el enemigo nos envolviera dirigiéndose por los caminos de Alcorisa, ó Calanda, que estan por aquella parte. Finalmente, la caballería compuesta de dos esquadrones del regimiento de Santiago, un destacamento de húsares españoles, y otro de Olivencia, al mando del brigadier D. Miguel Ibarrola, formó delante de la posicion en el camino de Zaragoza.

»A las seis de la mañana se dexó ver el enemigo por las alturas que estaban al frente, haciendo un fuego vivo sobre nuestras avanzadas, las que se fueron retirando á los cuerpos á que correspondian. Las primeras tropas que encontró fueron las de la vanguardia, á las cuales de mi orden se

juntó la caballería con dos piezas de artillería volante: no podían resistir estas fuerzas la superioridad con que fueron atacadas por el enemigo, y consiguiente á mis instrucciones, se replegaron haciendo la debida resistencia, la infantería á la ermita de la derecha y la caballería y artillería á abrigarse baxo el fuego de las baterías de la posicion. Entretanto estas dirigian sus fuegos con el mayor acierto á la formacion enemiga que estaba al principio de la vega, comenzando desde luego á resentirse de los efectos de nuestra artillería, que dentro de poco le habian de ser tan funestos.

»Nunca dudé de que el enemigo atacaria por la derecha, y así fué la direccion que mas reforzó, y de la que tuve más cuidado: efectivamente por esta parte principiaron su ataque. Le era absolutamente indispensable el apoderarse de la ermita, arrollando los cuerpos que la guarnecian, para poder en seguida atacar la posicion. Para executar lo se presentaron los enemigos por el frente y flanco derecho del puesto que mandaba Areizaga, ocupando todas las alturas inmediatas. Luego que lo hubieron efectuado, rompieron un fuego vivísimo de fusilería apoyado con el de alguna artillería: se les correspondió con la mayor actividad y firmeza, tanto por nuestra infantería, como por un obús, que desde la posicion se habia embiado á la ermita. No por esto desistieron de su empeño, y siguiendo sus gruesas guerrillas por toda la extension de la línea un fuego muy sostenido con las que nosotros habiamos avanzado, trataron de apoderarse de la posicion de Areizaga, haciendo adelantar al abrigo de los fuegos de su posicion general una columna sólida. De novecientos á mil granaderos que la componian, con el arma al brazo, paso de ataque y gritos horribles, se llegaron hasta el pie de las alturas del puesto: todo este aparato y furia francesa fué recibida con serenidad y firmeza española; la columna desapareció en pocos minutos: Españoles visosos vieron las espaldas de los famosos aguerridos granaderos franceses. Animadas nuestras tropas ligeras, persiguieron á las de los enemigos que ocupaban las alturas sosteniéndose el fuego por ambas partes con igual teson.

»Viendo que á pesar del escarmiento que habia experimentado el enemigo en el puesto de Areizaga, no se observaba movimiento en su formacion, que indicase desistir del plan de tomarle, mandé al coronel D. Martin de Menchaca, que con su columna compuesta de los batallones 1.º de voluntarios de Zaragoza, y 2.º de la brigada de cazadores de Valencia, atacase al enemigo por el centro para hacer una diversion en favor de nuestra derecha: verificó Menchaca esta operacion formando escalones, y apoyándose á una casa que estaba al frente, de la que poco ántes habian desalojado al enemigo algunas tropas que para el efecto habia mandado Areizaga.

»Conforme yo lo habia previsto, el enemigo volvió de nuevo á querer posesionarse de la interesante posicion de la ermita. Sin olvidar á Menchaca que en la situacion indicada sostuvo un fuego vivísimo, y con el apoyo del general de su línea, hubo igual columna, é iguales gritos que en el primer ataque: por nuestra parte igual serenidad y firmeza lograron el mismo triunfo que la vez primera. Para este 2.º ataque habia yo mandado pasar la caballería del camino de Zaragoza al de Caspe, que costeaba el puesto de Areizaga. Al ir á desembocar de los árboles de la vega, recibió una descarga de la infantería francesa, de la que fué herido el brigadier D. Miguel Ibarrola. Habiendo preparado de este modo el enemigo el que su caballería cargara con ventaja sobre la nuestra, lo verificó, obligándola, principalmente por su superioridad, á retirarse á la posicion.

»Desesperanzado el enemigo de forzar la derecha, y no pudiendo sufrir el desaire de tener que retirarse, atacó á la tropa de Menchaca. Esta columna, que no se adelantó con otro objeto, que el de hacer una diversion, tuvo sobre sí en un momento fuerzas muy superiores; su posicion era poco conveniente para resistirlas, y así despues de haber aguantado mucho más de lo que podia esperarse, se retiró defendiéndose á la posicion, á excepcion del primer batallon ligero de Zaragoza, que lo verificó al puesto de Areizaga. Este suceso, que bien considerado, debió desengañar á los enemigos de la imposibilidad de vencernos, les animó por el contrario á romper nuestra línea por el centro.

»Para executar este terrible ataque adelantó su formacion hácia la nuestra, y al abrigo de un extraordinario fuego de fusilería y artillería, hizo marchar una columna compuesta de dos mil hombres por el camino de Zaragoza, que dividia por medio nuestra posicion. En su curso arrolló quanto se le puso por delante, no bastando á contenerla ni el fuego de nuestra infantería, ni el acertado y vivo de la artillería; despreciando con serenidad los riesgos que se la oponian, corria impetuosamente á apoderarse de las baterías del centro; pero toda su furia vino á estrellarse en la roca impenetrable que le opuso nuestra artillería. Seguramente que si los oficiales que la servian no hubiesen conservado la increíble serenidad y valor para esperar al enemigo haciéndole fuego á metralla hasta que casi tocaba las bocas de los cañones, quizá hubieran logrado romper la línea, á pesar del vivo fuego de fusilería de un batallon del 2.^o regimiento de Saboya, otro de América, y del primer regimiento de Valencia, que estaba sobre la izquierda del centro. En el frenesi de su ataque llegó el enemigo casi á rodear una de las baterías; los que se adelantaron perecieron por el fuego de nuestras tropas, principalmente del de los voluntarios de Valencia, que después del ataque de la vanguardia se habian retirado á la posicion general.

»Así quedó deshecha la columna que debía romper nuestra línea, y dirigiéndose al pueblo, quitarnos toda esperanza de retirada, obligando á nuestra tropa á dispersarse; pero la tenacísima resistencia que experimentó el enemigo en el ataque, le frustró en poco tiempo su atrevidísimo plan. Efectivamente á estas tropas francesas, que cantaban ya la victoria por hallarse cerca de las nuestras, se las vió retirarse llenas de desorden, dexándose sembrado de cadáveres el camino que algunos momentos ántes habian pisado con tanta confianza del vencimiento.

»Terminado este último empeño, perseguido por nuestras tropas el enemigo, hizo alto en las mismas alturas en que se habia dexado ver al principio de la accion. Despues de siete horas de fuego quedaron los exércitos á la vista: la amena vega de este pueblo los dividia. El español más indiferente se hubiera enternecido é inflamado en el amor á su patria al ver el hermoso pais que naturaleza le ha concedido, y que ella misma convida á defender. El enemigo parece que sentia dexar el campo de batalla á unas tropas á quienes ni aun se digna dar este nombre: nosotros le esperábamos con la constancia y firmeza que debe distinguir al soldado de una nacion libre de su injusto agresor. En esta situacion sobrevino la noche, que aprovechó el enemigo para su huida, dexando muchos muertos y despojos en el camino de Sampér.

»Recorrido al amanecer el campo de batalla, se encontraron 500 cadáveres enemigos, principalmente en las acequias de riego, y añadidos á estos los que, segun informes de las gentes del pais, han abandonado en su

huida, como igualmente los heridos que han hecho transportar, se les puede calcular su pérdida en dos mil hombres. La nuestra es la que se expresa en el adjunto estado.

»La bizarría que mostraron en todos los puntos los jefes, oficiales y tropa me obligaría á nombrar individualmente á quantos concurren á esta gloriosa acción, si la satisfacción de sí mismos con que se complace y engrandece el ánimo de los verdaderos soldados, no me dispensase de esta ocupación, citándome á nombrar aquellos de quienes las circunstancias exigieron mayores esfuerzos; pero que estoy persuadido que serán siempre imitados por sus dignos compañeros ó súbditos.

»La importancia de la posición que tuvo á su cargo el mariscal de campo D. Juan Carlos Areizaga, y el empeño que hicieron los enemigos en ocuparla, proporcionaron á este General ocasión de desplegar sus vastos conocimientos, y manifestar una firmeza de ánimo digna de la santa causa que defendemos. Tampoco debo dexar de hacer mención particular de los comandantes de columnas D. Pedro Hernandez de Texada, y D. Manuel Carbon, que el mismo Areizaga recomienda, porque en las situaciones particulares en que ámbos se encontraron, no hubieran llenado sus deberes, á no estar dotados del carácter intrépido y sereno que ha brillado en ellos con tan glorioso motivo. Faltaría á la justicia, y á la gratitud si no expusiese á S. M. lo que he debido al valor tranquilo y constancia patriótica del teniente general marqués de Lazan, que á mi lado todo el tiempo de la acción contribuyó eficazísimamente á inspirar á la tropa desprecio de los peligros y confianza en la victoria. El influxo especial que tuvo la artillería en la humillación de los enemigos, me obliga á recordar el mérito de su comandante el brigadier D. Martin Garcia Loigorri, á quien le cupo en suerte la gloria de dirigir los prodigiosos esfuerzos con que este ilustre cuerpo confirmó en un grado eminente la distinguida opinión que ha merecido siempre de la patria.

»Y exígeasimismo la justicia que se tenga muy particular consideración al acierto y valor con que el mariscal de campo D. Pedro Roca mandó la izquierda.

»Lo participo todo V. E. para que se sirva elevarlo á la noticia de S. M.

»Dios guarde á V. E. muchos años. Quartel general de Caspe 30 de mayo de 1809.—Excmo. Sr.—*Joaquin Blake*.—Excmo. Sr. D. Antonio Cornel.»

NUMERO 4.

Estado de la organizacion y fuerza efectiva y disponible del ejército 2.º de la derecha en 15 de Junio de 1809, con expresion de la parte de sus tropas que combatieron el mismo dia en Maria.

| DIVISION Y SUS COMANDANTES. | CUERPOS DE QUE SE COMPONIAN | Fuerza disponible. | | | Bajas. | | | Fuerza total. | | |
|---|---|----------------------|----------|-----------|----------------------|----------|-----------|----------------------|----------|-----------|
| | | Jefes y oficiales... | Tropa... | Caballos. | Jefes y oficiales... | Tropa... | Caballos. | Jefes y oficiales... | Tropa... | Caballos. |
| VANGUARDIA. El coronel de Almería don Juan Creagh. | Almería 2 bat.—Cazadores de Valencia 1 bat.—Total 3 bat.... | 102 | 2.176 | » | 11 | 1326 | » | 113 | 3502 | » |
| Division del mariscal de campo D. Pedro Roca..... | 1.º de Saboya 3 bat.—Granada 1 bat.—Provinciales de Avila 1 bat.—Tiradores de Carinena 1 bat.—Tercio de Tortosa 1 bat.—Total 7 bat..... | 176 | 4712 | » | 16 | 1113 | » | 192 | 5825 | » |
| Division del teniente general marqués de Lazan ... | 1.º Voluntarios de Zaragoza 1 bat.—3.º de cazadores de Valencia 1 bat.—1.º de Valencia 3 bat.—América 2 bat.—Total 7 bat. | 158 | 5679 | » | 31 | 1219 | » | 189 | 6898 | » |
| Brigadier don Juan O-Donojú, coronel de Olivencia.... | Caballería.—Olivencia 4 esc.—Santiago 1 esc.—Total 5 esc. | 37 | 661 | 573 | 7 | 135 | 111 | 44 | 796 | 684 |
| | Artillería.—De á pie con una compañía de á caballo con 17 piezas..... | » | 200 | » | » | » | » | » | 200 | » |
| | Zapadores.—De Valencia 3 compañías.. | 7 | 300 | » | 1 | 48 | » | 9 | 348 | » |
| | La disponible fué la que se halló en la batalla de Maria..... | 480 | 13728 | 573 | 66 | 3841 | 111 | 546 | 17569 | 684 |

| DIVISION Y SUS COMANDANTES. | CUERPOS DE QUE SE COMPONIAN | Fuerza disponible. | | | Bajas. | | | Fuerza total. | | |
|--|---|----------------------|----------|-----------|----------------------|----------|-----------|----------------------|----------|-----------|
| | | Jefes y oficiales... | Tropa... | Caballos. | Jefes y oficiales... | Tropa... | Caballos. | Jefes y oficiales... | Tropa... | Caballos. |
| Division del teniente ge- neral don Juan Carlos de Areizaga. En posicion en Botorrita durante la accion y ade- lantó por la derecha el batallon de Daroca..... | <i>Infantería.</i> —Fernando VII 1 bat.—América 2 com. de granaderos.—Suizos de Traxler 2 com. de granaderos.—1.º Voluntarios de Aragón 1 bat.—2.º de Idem 1 bat.—Voluntarios de Valencia 1 bat.—Cazadores de Palafox 1 bat.—Voluntarios de Daroca 1 bat.—Tiradores de Murcia 1 bat.—Tiradores de Doyle 1 bat.—Compañías de tiradores de Cartagena.—Las compañías de granaderos de América y Suizos formaban un bat.—Total 9 bat..... | 317 | 5525 | » | 56 | 1642 | » | 373 | 7167 | » |
| | <i>Caballería.</i> —Húsares Españoles 1 esc.—Santiago 1 esc.—Partida de Guijarro.—Total 2 esc..... | 19 | 349 | 247 | 5 | 133 | 93 | 24 | 482 | 340 |
| Artillería.... | <i>Artillería.</i> —De á pie y una compañía de á caballo con 8 piezas..... | » | 120 | » | » | » | » | 120 | » | |
| | Gastadores de Aragon 1 compañía..... | 9 | 94 | » | 1 | » | » | 10 | 110 | » |
| | El total de la fuerza disponible conservó su posicion á una legua del campo de batalla..... | 345 | 6088 | 247 | 62 | 1791 | 93 | 407 | 7879 | 340 |

RESUMEN GENERAL.

| | Fuerza disponible. | | | Bajas. | | | Fuerza total del ejército. | | | |
|---|----------------------|--------------|------------|----------------------|-------------|------------|----------------------------|--------------|-------------|-----------|
| | Jefes y oficiales... | Tropa... | Caballos. | Jefes y oficiales... | Tropa... | Caballos. | Jefes y oficiales... | Tropa... | Caballos. | Piezas... |
| Entraron en acción, sólo la disponible..... | 480 | 13728 | 573 | 66 | 3841 | 111 | 546 | 17569 | 684 | 17 |
| Conservaron la posición á una legua del campo de batalla..... | 345 | 6088 | 274 | 62 | 1179 | 93 | 407 | 7879 | 340 | 8 |
| <i>Suma total.....</i> | <i>825</i> | <i>19816</i> | <i>847</i> | <i>128</i> | <i>5632</i> | <i>204</i> | <i>953</i> | <i>25448</i> | <i>1024</i> | <i>25</i> |

NOTAS.

1.^a En la batalla de María solo entraron en acción 13.728 hombres y 573 caballos, que es la fuerza disponible que aparece, pues hasta el total que tenían los cuerpos aparecen en las bajas.

2.^a En la batalla de Belchite, que sucedió en 17 de dicho mes, se componía el ejército de unos 11 á 12 mil hombres de todas armas, habiendo ocasionado esta baja la dispersion de varios cuerpos de resultas de la batalla de María y de la retirada.

PLANA MAYOR.

General en jefe..... El Excmo Sr. D. Joaquin Blake.
 Mayor general de infantería..... El brigadier D. José Obispo.
 Comandante general de artillería. { El mariscal de campo D. Martín García
 y Loigorry.
 Ídem de ingenieros..... El brigadier D. Carlos Cabrer.

Es copia del formado por la Sección de Historia Militar en 1821.

NUMERO 5.

D. Juan Rosendo Arias y Enriquez, Abad de S. Andrés de Valladares y comandante de la fuerza que puso el cordon y cerco á Vigo certifica en 9 de Marzo de 1810 en la Real Isla de Leon, que D. Joaquin Tenreiro Montenegro, despues de haver puesto cuantos medios le dictó su patriotismo para la defensa de la patria, se trasladó á Portugal á la villa de Camiña que su posicion le proporcionava la ventaja de difundir en una y otra parte el espíritu que le animaba para la restauracion de la libertad de los pueblos, y despues de haver hablado con los dos Generales Portugueses señores Freire de Andrade y Botello, se trasladó á la villa de Guardia cuya rendicion intimó el Coronel Portugues Serpa, y despues de restaurada convino con él en que por su parte dicho Coronel con su tropa y la del Valle del Rosal pondrian el cerco á la ciudad de Tuy, y que D. Joaquin, en compañía del oficial Portugues D. Juan de Almeida y Loma, pasase á la restauracion de la Villa y fuerte de Bayona que se hallaba bajo el yugo francés y desde allí pasase á poner el cerco á Vigo como lo verificó. Llegó á Bayona juntó al caudillato de Oya y del Valle de Miñor con el pueblo de la Villa y proclamó á nuestro Rei y Señor, se aclamó unánimemente por General en Jefe de toda la gente reunida y que se reuniera á el Oficial Portugués D. Juan de Almeida y por 2.º al Capitan D. Juan Inda expidiendo circulares á todos los pueblos desde Bayona hasta Puente de San Pavo para que concurriera á la gloriosa causa, siendo el Director D. Joaquin Tenreiro; pasó el 12 de marzo al lugar de Zamanes á poner el cerco á Vigo eligiendo esta situacion intermedia entre dicha ciudad de Tuy, para atender á los dos puntos. El que suscribe havia escrito ya al M. de Valladares solicitando Gefes y alguna poca tropa para animar á los paisanos que deseaban salir de la opresion en que gemian; juntó la gente del Valle de Fragoso que le aclamó su Comandante lo dispuso y situó en los parajes más oportunos para el cerco, y en el mismo dia de la llegada á Zamanes concurrió á tratar del plan de operaciones con dicho Sr. Almeida y el referido D. Joaquin Tenreiro con la mayor union y armonia en todo Gefes y paisanos estrecharon el cerco que previo aviso representaron dichos Sres. Almeida y Tenreiro en el dia 18 en Sta. Cristina de Labadores, distante de Vigo un cuarto de legua y en el 21 se hizo la primera intimacion al Governador para que dentro de dos horas se rindieran á discrecion y de lo contrario seria pasada á cuchillo la guarnicion, nombrándose parlamentario al dicho D. Joaquin Tenreiro; pidió el enunciado Governador 48 horas de término y se le concedieron 24, solicitó en el 22 tratar directamente sobre la capitulacion con el Comandante Inglés de la Fragata Inglesa que se hallaba frente de Vigo, proponiendo artículos inadmisibles; se negó todo reiterando la misma intimacion; pero habiendo tenido noticias de que havia llegado refuerzos de tropas francesas que se dirigian á socorrer la plaza de Vigo y que el Puente de San Payo punto más interesante se havia abandonado por los paisanos, se suspendieron estas contestaciones, y dejando el cerco con toda la gente del Valle de Fragoso al mando del que certifica, acudió con el resto dicho D. Joaquin y el Comandante portugués y despues de dejar bien cubierto con cañones y gente armada el citado puente, se restituyó á Santa Cristina al anochecer del 24 y contestando en el 25 el Governador francés que el honor le impedia á rendirse á discrecion se juntó consejo de guerra

en que intervinieron los dos Comandantes de las dos fragatas inglesas y de unánime consentimiento se determinó se le concedieran ciertos artículos en que haciéndole honor á la tropa francesa, se mantuviese la dignidad del caracter español sin perjuicio de los intereses de la Nacion y de no ser admitidos (los artículos) á las 12 del dia siguiente se diese infaliblemente el asalto: en el 26 propuso lo acordado el D. Joaquin Tenreiro en persona á dicho Governador y volviendo á la sesion parlamentaria, á las 3 y $\frac{1}{2}$ ó 4 de la tarde, se halló en el camino con la novedad de la llegada de unos 600 españoles de tropa de línea y una grande porcion de paisanos, y aunque estaba sin comer, se dirigió á ellas para darles la bienvenida y enhorabuena al Comandante de dichas tropas yendo aun con la bandera parlamentaria, y cuando debió ser recibido con la atencion y estimacion que exigia de justicia su mérito tuvo que sufrir muchas altaneras reconvenciones, á que satisfizo con los borradores de las intimaciones y contestaciones de la capitulacion propuesta con arreglo al consejo de guerra, y apesar de las satisfacciones que dió el D. Joaquin, queriendo aquellos hacerse propias las glorias ajenas, no pasaron por la suspension convenida solemnemente, entablado por sí mismos la intimacion de la rendicion ó el asalto inmediatamente, sin tratar con los demás gefes del cordon, ni comandantes de las fragatas inglesas á quienes pasó inmediatamente recado el comandante portugués, y el D. Joaquin dándoles parte de lo ocurrido y en lugar de tener la atencion los comandantes de la tropa reciénvenida de pasar á visitar al comandante en gefe del cordon, tuvieron la osadia de mandar una orden á dicho comandante el D. Joaquin para que se presentasen en su campamento, y no verificándolo tenían dispuesta una partida de ocho hombres con un sargento para que los tragese por fuerza, y negándose contestando que allí era el cuartel general y se hallaban dos comandantes de las dos fragatas inglesas, se presentó el sargento intimando la siempre dicha orden, y se levantó el comandante principal de las fuerzas inglesas y le dijo hiciese saber á quien lo enviaba que este procedimiento era un desacato á la nacion inglesa y que no reconocia otro cuartel general que el en que se hallaba; cuya sesion presenció el que suscribe. El resultado de tanta precipitacion no fué de anticipar como decian el asalto al tiempo que se habia premeditado en el consejo de guerra, pues espirando el término de suspension á las doce de la mañana del 27 no se dió hasta el anoche del mismo dia, y no se verificó la rendicion hasta las diez y media poco más ó menos del dia 28, hora en que llegó un refuerzo de tropa francesa á su socorro en ocasion que aun no habian abandonado el Castro los franceses; de manera que estuvo en el mayor peligro de perderse el fruto de tanta fatiga y se hubiera en efecto verificado, si no fuera el celo del que certifica, del comandante portugués D. Joaquin Tenreiro que fueron sin entrar en Vigo siguiendo cuatro leguas bajo del cañon de Tuy 450 franceses acojidos, de los cuales solo llegaron 12 ó 14 sanos á dicha ciudad, quedando los demás heridos ó prisioneros; Y para que conste etc.

El dia 21 nos despedimos de este General y ejército para trasladarnos al que tenia sitiado á Vigo, segun nos informó el mismo General. Antes de salir de Entienza habiamos adoptado el plan de autorizar á todos los gefes de todos los trozos ó partidas, dexándolos obrar libremente, y lle-

vando con ellos la mas perfecta armonía aun en aquello que podíamos hacer por nosotros mismos. El oficio que sigue acreditará este dicho.

Habiéndonos dado cuenta de que los puntos de Vendanoca en Torneiros y Puente Pedriña en Pereiras son tránsito tan importantes como que en las noches anteriores han pasado por ellos algunos franceses, que dicen se han visto á las inmediaciones de Redondela, sería muy conducente que estos puntos fuesen cubiertos con algunos paisanos de las respectivas parroquias que fuesen ménos útiles para el ejército. Y para su Comandante, en atención á los buenos informes que tenemos de D. Juan Rodriguez, Administrador de Correos en el Porriño, que ha militado 8 años, podría nombrársele siendo del agrado de V. E., por lo cual podrá pasarle la orden que tenga por conveniente. Dios guarde á V. E. muchos años. Torneiros marzo 21 de 1809.—Manuel Acuña y Malvar.—Pablo Morillo.—Excelentísimo Señor Comandante General de Entienza.

Llegamos dicho dia 21 por la noche al quartel general llamado de Santa Cristina de Lavadores, media hora distante de la plaza de Vigo. El ejército, ó llámese mas bien paisanage que la tenia sitiada, é intimada la rendición muchas veces, estaba al cargo de D. Joaquin Tenreiro, Caballero particular de Santiago, y del Teniente D. Juan Bautista Almeida, de nacion portugues. Digo estaba al cargo de D. Joaquin Tenreiro, para que de una vez sepa todo el mundo no habia allí mas gefe que el dicho Tenreiro, porque él era quien todo lo disponia. Faltaría á la justicia si dixera otra cosa. Callen pues los que en esta comedia no han hecho otro pápel que el de mirones, los que hablan solo de oidas, los que han ocultado la verdad solo por acomodar sus dichos al interes que le podia reportar. Dígase de aquí adelante, que el levantamiento del Valle de Fragosos, Rosal, Miñor, y por decirlo en una palabra, toda la extension que media desde Portugal hasta Vigo en la parte baxa ó ribera mar, se debe á D. Joaquin Tenreiro. Dígase que no hubo mas gefe para mandar la gente armada de aquel pais, que Tenreiro y Almeida. No quiero decir por eso que no hubiese otros gefes de gente armada, y dignos de toda recomendación por la parte que han tomado en la insurreccion y alistamiento de gente; pero pretender hacer creer, como se dice en la pág. 42 y siguientes del escrito de Garcia, que el Abad de Valladares y Limia tenian bloqueado á Vigo antes que hubiese noticia de Tenreiro, solo podrá caber en una imaginacion demasiadamente acalorada para quitar el mérito al que lo tiene. Tenreiro fué uno de los patriotas que acaso mas se habrán distinguido en Galicia: y fué lástima no hubiese reunido mas conocimientos militares. Tenreiro fué un hombre que sabiendo iban á entrar los enemigos en Santiago el dia 17 de enero de 1809, él solo se salió de aquel pueblo, baxó á Padron, Pontevedra, Vigo y Tui predicando á todos no desmayasen, y se opusiesen á la furia francesa. Apenas se hace creible, pero ello es cierto. Pasó Sault para tomar el punto de Chaves, dexando de guarnicion 2000 hombres en Vigo y 3000 en Tui. En este estado, cátese aquí á Tenreiro proyectando la revolucion con los buenos patriotas de Tui. Conoce que no habia medio para poner en movimiento máquina de tanta gravedad, y se vale de un ardid. Aquí acreditó Tenreiro su talento. Se pasa á Portugal: concilia gentes: junta hasta unos cincuenta soldados: traslada la noticia á las villas de la Guardia, Bayona y toda la provincia, asegurando salia para España con diez mil portugueses: hace correr lo disponia así el Marques de la Romana: consigue se declaren los pueblos: llega á Bayona con solos los 50 soldados portugueses: le

reconvienen, y se arrepienten. Les contesta venía atrás el ejército, y consigue su intento. Tenreiro no obstante ha echado un borron indeleble á sus méritos contraidos. Fué tan grande, que con dificultad podrá en su vida mandar tres hombres juntos, á lo menós en Galicia. Nadie como Tenreiro sabia los particulares servicios que se habian hecho en el obispado de Tui. Con todo eso, teniendo en sus manos la justicia, á unos mató, á otros resucitó, á otros desolló: ¡qué escándalo! ¡qué injusticia! ¡qué perversidad de corazon, no perdonar á los que juzgó le habian ofendido! ¡Qué baxeza! ¡qué petulancia! Digámoslo de una vez. Se vino á Sevilla el Señor Tenreiro despues de la restauracion de Galicia. Hizo relacion á la Junta Central de todos sus servicios, pidiendo mil desatinos: La Junta Central graduó de vana su solicitud, y no le despachó. Repitió la súplica en la Regencia, que heredó á la Central, y ésta tampoco le atendió. Hacen Ministro de Gracia y Justicia á D. Nicolas Sierra, primo hermano político de Tenreiro, y se le abren de par en par unas puertas que le estaban tan atrancadas. En una palabra, se le dió á Tenreiro la facultad de premiar, hacer y deshacer á su antojo. A su consecuencia principió por plantarse el parche de conde de Vigo, escudos en sus armas, y grado de Coronel. Luego repartió premios y empleos hasta dar por encima de la cabeza. Hizo ciudad á Vigo para que resonase mas su condado; dió togas, canongías, beneficios, cruces, escudos. Hubo sugetos que de un solo manotazo de Tenreiro cargaron con canongias de término, cruces de Carlos tercero y escudos de honor, mientras que otros tan patriotas como ellos ó algo mas quedaron sin nada. El escándalo que ha causado semejante despotismo y arbitrariedad ha producido todo su efecto en Galicia, no tanto por prodigarse gracias á unos y privar de ellas á otros, sino por haberse premiado á muchos que no tienen mas mérito que el que Tenreiro quiso darles. Se ha hecho ciudad á Vigo: y porqué? Que lo diga Tenreiro, porque él solo lo sabrá. Segun eso yo no sé qué gracias estan reservadas para las villas de Bayona, Guardia, Redondela, valles de Fragoso, Sampayo, Miño y Rosal, que fueron los que reconquistaron á Vigo y se opusieron á los intentos del enemigo. Y ¿qué diremos del gobierno que autorizó tamaña maldad? No bien se instaló aquella Regencia, cuando sale á luz un parto tan rabioso, precursor de los muchos que despues hemos palpado para colmo de nuestra desgracia. Este solo hecho hizo creer á los gallegos la poca confianza que se podia tener de tales gobernantes. Causó indecible desaliento, desconfianza y apatía. El por qué esto debió suceder así es lo que vamos á ver.

Volvamos de esta digresión á nuestra entrada en el cuartel general de Santa Cristina de Lavadores el 21 de marzo por la noche, segun queda dicho (García en la pág. 42 última línea dice que sus compañeros Morillo y Acuña se presentaron al Abad de Valladares el 16, dia en que estábamos presos en Viana). Tenreiro y Almeida se enteraron de nuestra comision, y aunque la reconocieron no por eso hicieron demasiado caso, temerosos á mi entender de que les despojásemos del mando. Prosiguieron en él sin contar casi con nosotros el 22 y 23, de cuyo procedimiento se habia resentido Morillo. A las once de la noche de este dia 23 entró el Abad del Viso asegurándonos habia visto entrar aquella tarde en Pontevedra 1600 franceses que venian á reforzar la guarnicion de Vigo. A la media hora ya Morillo estaba puesto en camino con el benemérito D. Pedro Barreiro, Racionero de Bayona (uno de los que se quedaron sin nada en premio de sus fatigas) y otros hasta el número como de unos 10. A las dos horas salie-

ron también Tenreiro y Almeida con parte de la gente sitiadora, quedándose yo con el resto para contener á los sitiados de Vigo. Así que Morillo llegó á Redondela tomó las providencias mas activas para alarmar la gente, y rechazar al enemigo de Pontevedra, que no podía tardar. Llegó luego Tenreiro y Almeida, y hallándose con las disposiciones de Morillo, tratan de chocar contra ellas, y logran dividir el pueblo, reduciéndolo á una completa anarquía. Advirtiéndolo Morillo los desgraciados resultados de tal competencia, abandonó á Redondela, alarmó á todos los pueblos hasta dar en Puente Sampayo, y logró rechazar al enemigo. Mientras esto pasaba con Morillo y Tenreiro, yo permanecía en la mayor confusion en el cuartel general de Santa Cristina, porque ni unos ni otros me pasaron un mal aviso. Con este silencio los paisanos se empeñaban en que querian asaltar la plaza. Me resistí á ello con las razones que pude primera, segunda y tercera vez, á que siempre respondieron no debía darme cuidado, porque al cabo ellos eran los que iban delante y habian de perecer. Decíase que la plaza de Vigo contenía inmensos tesoros. Los paisanos pretendían repartirlos entre sí mientras los demas estaban fuera: tanto puede el interes. Por eso me apretaban de muerte, llegando á persuadir unos trozos á otros para obligarme, que una vez no condescendia con ellos seria por ser yo traidor. Esto redobló mis esfuerzos, y me obligó á pasar un oficio por medio de ellos mismos á Tenreiro y Almeida, diciéndoles que la division de mi cargo tenia determinado asaltar la plaza al otro dia, lo que le comunicaba para su inteligencia: y en efecto llegaron el mismo dia 25 por la noche (1). Despues que Morillo arrolló al enemigo en Puente Sampayo, supo que á las inmediaciones de Pontevedra se hallaba el Capitan de la Victoria D. Francisco Colombo, con un destacamento, y con otro el Capitan de milicias D. Bernardo Gonzalez (destacados allí por la Romana, y sin ánimo de tomar parte en los sucesos de la provincia de Tui); y dirigiéndose á ellos pudo reducirlos á que le acompañasen. Para conseguirlo les pintó el estado del sitio de Vigo, la facilidad de su rendicion, los intereses que encerraba, y la gloria que de ello les podia resultar. Como estos destacamentos tenian sus gefes, y ninguno tenia mando sobre el otro, llegaron todos de mogollon, digámoslo así, al arrabal de Vigo, en donde establecieron su cuartel general á medio tiro de cañon de la plaza, á las tres de la tarde del dia 26. Si los deseos de toda esta tropa eran grandes para hacer rendir la plaza sin pérdida de tiempo, no los tenian ménos para separar á Tenreiro y Almeida del mando que tenian en los paisanos. En esto iban conformes; pero por lo demás era una confusion, porque ya mandaba Colombo, ya Gonzalez, ya Morillo, ya los subalternos de aquellos. Así que llegaron, unas veces con seducciones y otras con amenazas trataron de que se le agregasen los varios trozos en que estaba dividido el ejército sitiador. Algunos de ellos se le agregaron sin disputa (de aquí nació el no haberse acordado de ellos Tenreiro cuando fué magestad), mientras otros se resistieron, á no mandárselo expresamente Tenreiro y Almeida. Los recién llegados en nada contaban conmigo, porque me hacian del otro bando, y este de

(1) Dice Garcia en la pag. 44 lin. 8, que Acuña entró en Vigo el dia 25 acompañado del incansable Limia con porciones de oficiales, soldados y paisanos que habian recogido. Hasta ahora no he visto un modo mas grosero de mentir. Acuña no podia entrar no habiendo salido, y hace formal protesta de que nunca conoció á tal Limia. El hijo que tiene en Cádiz al lado de Garcia no lo ignora.

aquel; de suerte, que por entónces estaba excluido de ambos partidos. Viéndose burlados los forasteros, dirigieron un oficio á Tenreiro y Almeida, obligándoles á que se le agregasen con su gente. Respondieron éstos tenían derecho á que ellos fuesen los que se le debían agregar, porque de antemano tenían sitiada aquella plaza, é intimada la rendicion en la misma mañana. Esta respuesta desagradó tanto á aquellos, que sin reparar en las tristes consecuencias que podrian originarse en circunstancias tan criticas, decretaron el arresto de Tenreiro y Almeida, sorprendiéndolos en el cuartel general á la una de la noche. Hubo la fortuna que al llegar la partida executora de semejante acaloramiento al cuartel general, se encontró con los dos Capitanes ingleses de las fragatas Venus y Liveli, con quienes estaban tratando del modo de hacer rendir la plaza al otro día. Yo estaba ignorante de esto hasta el dia, porque de intento me habia retirado aquella noche á la casa inmediata de un tal Rivera. Al romper el alva llegaron á mi posada Tenreiro y Almeida para contarme todo lo ocurrido, desengañados ya de que yo no habia tenido parte en ello. Los ví tan determinados, que á no ser por las fuertes razones que se me ofrecieron al pronto, infaliblemente se batian los dos rivales. Me puse de su parte, y les prometí lo compondria todo si cada uno cedía un poco de su derecho. Para satisfacerlos puse á su presencia una carta á Morillo afeándole su modo de proceder, y aun amenazándole si no se sujetaba á lo que era debido, recordándole el contenido de la instruccion, y de no tener mas facultades que yo. Morillo en lugar de contestarme me envió una comision diciéndome convenia fuese á estar con él para tratar los dos reservadamente ciertas disposiciones. Fuí en efecto (Morillo mientras pasó á bordo de las fragatas inglesas para ganar la voluntad de sus capitanes) y despues de varios y serios altercados con Morillo, Colombo, Gonzalez y otros oficiales, porque todos mandaban, convinieron en que Tenreiro y Almeida vendrian con su gente para entrar todos juntos en la plaza, y tomar parte en su rendicion. Á pesar de este tratado, y sin contar con nosotros, trataron de intimar la rendicion á la plaza aquella tarde. La dificultad estaba en cabeza de quien se habia de hacer. Colombo, Gonzalez y Morillo eran los únicos pretendientes á esta beca; mas al fin hubieron de ceder los dos primeros por finalizar una contienda de que ninguno de ellos esperaba sacar partido, respecto ninguno queria sucumbir al otro. En lo que no hubo dificultad fué en que Morillo tomase el titulo de Coronel, á fin de poner mas respeto al enemigo que con solo el de Alférez que tenia. Sabedores Tenreiro y Almeida de esta novedad, llegaron otra vez á mi posada para reconvenirme por lo que le acababan de asegurar, á que contesté no tenia culpa de que aquellos hubiesen faltado á su palabra. Hubo tambien la fortuna de que yo permanecia en el distrito de su cuartel general: esta casualidad, y otro oficio que se le pasó á Morillo reconviniéndole, y á sus camaradas, los calmó algun tanto. No tuve tampoco contestacion, y solo se pasó recado para que sin pérdida de tiempo baxase al cuartel general del arenal, en donde se me daría la satisfaccion que solicitaba, asegurandome habia procedido todo de una equivocacion. Fué preciso que con acuerdo de Tenreiro y Almeida volviese yo al arenal mientras estos quedaban impacientes por saber la resolucion. La satisfaccion que se me dió fué la siguiente:

Hallamos por conveniente intimar la rendicion á la plaza, en donde se halla N. de parlamentario: es regular que no accedan á ella los enemigos, y en este caso á la noche figuraremos un asalto. Sus amigos de

Vmd. lo llevaran á mal, y así fué preciso mandar llamar á Vmd. para no comprometerlo con ellos. Mándeles recado, y asegúreles irá esta noche á enterarles de todo, y que de todos modos no duden tomarán parte en la rendicion de la plaza.

El dicho parlamentario tardó tanto en la plaza, que no solamente los paisanos la extrañaban, sino que nosotros no sabíamos á qué atribuirlo. Esto, junto con el plan que estaba adoptado de antemano, dió motivo á que se rompiese el fuego con ademan de asaltar la plaza, sucediendo esto un poco despues de oraciones, y precisamente á tiempo que el parlamentario estaba saliendo por la plaza. Vista la contestacion que traxo el parlamentario, reducida á pedir término para dar lugar á que les llegase el refuerzo que esperaban de Santiago y Tui, se les remitió de segundo parlamentario á Colombo, diciendo al enemigo, que el romperse el fuego ínterin parlamentaban, consistió en la impaciencia de los paisanos por su tardanza, y era preciso se rindiesen dentro de dos horas, porque no podia contenerse al paisanage por mas tiempo. Eran las siete de la mañana del dia 28, y aun Colombo no habia parecido: despachóse otro parlamentario que á la hora felizmente volvió con Colombo y quatro oficiales franceses que prometian la entrega de la plaza: al mismo tiempo llegó un confidente avisando que 600 franceses de la guarnicion de Tui venian á socorrerla: por este inesperado accidente fué preciso aprovechar los momentos. Se tendió la division del arenal en dos filas cogiendo el trecho que media desde la puerta de la plaza hasta cerca de la casa que servia de quartel general. Despues de esta se tendió la division de Tenreiro y Almeida, á quienes de antemano se les habia mandado recado (esta disposicion incomodó sobremanera á Tenreiro y Almeida, porque conocieron se trataba de que fuesen meros espectadores de lo que se executaba, como en efecto fué así). Colocada la gente de este modo, fueron bajando los franceses al muelle para embarcarse en los buques preparados al efecto. Aquí entró una confusion tan grande, que apenas podrá explicarse bien. Los soldados y paisanos mas cercanos corrieron á la plaza para robar lo que cada uno quiso. Los franceses llegaban al muelle con sus armas y cuanto se les antojó llevar, sin que hubiese quien lo impidiera: antes de embarcarse dexaban las armas, y apenas salian de sus manos se las apropiaban los paisanos; de suerte que de 2.000 fusiles apenas pude salvar 300. No bien se acabó de embarcar la tropa francesa, se advirtió que el refuerzo de Tui estaba á media hora de distancia de Vigo. En este estado de cosas, la division primera se encerró en la plaza mientras Tenreiro y Almeida se apresuraron con la suya á rechazar al enemigo, quedando desde entonces separada de la primera, y sin haber entrado en la plaza, como equivocadamente asegura Garcia del Barrio por haberlo oido así acaso de quien estaría en aquella época mui distante, ó por otros fines.

Rendida la plaza, y encerrado en ella entre Colombo, Gonzalez y Morillo, se volvió á suscitar nuevo altercado sobre quien habia de gobernar la plaza; pero esto duró poco, porque se resolvió que Gonzalez fuese gobernador de la plaza, que Colombo tomaria el nombre de comandante de la fuerza armada, llamándose en adelante division de Colombo; que Morillo daria todas las disposiciones de reunir gentes para hacer rendir la plaza de Tui, y que Acuña tomaria el mando político de la provincia con intervencion en lo militar de la plaza. Así consta de los oficios pasados al Ayuntamiento, y de lo que en su virtud se ha obrado; y del siguiente al General del cerco de Tui, que tengo en mi poder por testimonio fehaciente.

Ahora que son las nueve de la noche acabo de recibir el oficio de Vmd. de hoy á las doce del día, y en su consecuencia le digo, que mañana saldré á reforzarle con la division de Colombo y la demas gente que pueda; y de comun acuerdo obraremos lo mas conveniente. Para esto se servirá Vmd. hullarse á las doce del día en el Porriño, ó delegar sugeto que me entere de los puntos que ocupa, con qué fuerzas y armas de fuego, y estado de municiones: como tambien acordar el plan de ataque. Dios guarde á Vmd. muchos años. Vigo 29 de marzo de 1809.=Pablo Morillo. P. D. Sirvase Vmd. mandar tener prontas mil raciones de carne, pan y vino.=Sr. General Abad del Couto.

NUMERO 6.

Pero ah! quanto siento que la série del discurso me haya conducido á esta parte de la vida de nuestro Héroe! ¡Quanto mas grande sería en opinion de todos si no hubiese hecho aquella infausta jornada, de que se siguieron tan fatales consecuencias, no solo á aquella desgraciada provincia, sino á toda la Monarquía! ¡Quantos sentimientos se hubiera ahorrado S. E. si hubiese seguido entónces aquel sábio consejo, que previene reservar la oreja derecha al acusado, aplicando solo la izquierda al que se adelanta! Pero, Señores, digamos la verdad. Este pasage, que tanto dió que decir en todo el Reyno, y tantos émulos adquirió el Marques de la Romana, en nada debe minorar la justa opinion en que nosotros le tenemos. Si algunos Españoles resentidos de las sábias disposiciones de la Junta que entónces mandaba el Principado, tuvieron bastante industria para sorprehender la buena fe del Marques de la Romana, vosotros sabeis muy bien que nadie está libre en este mundo de ser engañado. Sabian que su pasion dominante era el amor á la Patria y á la Iglesia, y le hacen creer que los sagrados derechos de estos dos estados se hallaban hollados por aquella Junta. Le dicen, que no reparando en los Cánones sagrados, habia dado órden aquella, para que todo Eclesiástico secular y regular, que no estuviese ordenado *in Sacris* tomase las armas en defensa de la Religion y de la Patria. Pero no le dicen, que hallándose entónces el Principado amenazado por todo su continente, era indispensable para su defensa mayor número de soldados que el que se podia armar con los recursos ordinarios, ni le advierten que los mismos que habian dado este decreto, habian sido los primeros en ofrecer, y sacrificar las prendas mas amadas de su corazon, y las únicas esperanzas de sus casas. Le dicen que contra los mismos Cánones tenia la Junta empleado en los exércitos á un prevendado de la iglesia Catedral, percibiendo en ella la misma cuota que si se hallase presente. Pero no le dicen que este canónigo era D. Ramon de Ponte, aquel eclesiástico conocido por su decidido patriotismo, que por sus conocimientos y actividad era tan necesario en campaña como el mejor General, y que por haber tenido tanta parte en la gloriosa revolucion del memorable dia siete de Mayo estaba comprehendido en el horroroso decreto del sanguinario Murat, para ser decapitado con el Marques de Sta. Cruz, Conde de Peñalba (1) y otros, que eran como el alma de aquella Junta. Le dicen, y esto es lo que mas ponderan, porque sabian bien el fondo de religion de nuestro Héroe, y su decidida inclinacion á la piedad, le dicen pues que las Religiosas de la Vega habian sido atropelladas sin decoro, y extraidas de su convento en medio de bayonetas para poner allí el hospital militar. Pero no le dicen, que hallándose entónces la ciudad affigida con la peste, no podia ponerse aquel en medio de la poblacion, que el poco tiempo que se habia establecido provisionalmente en el convento de S. Francisco habian muerto apestados diez y nueve religiosos, incluso el P. Guardian. No le dicen, que la Junta convencida por los Médicos de la necesidad de poner en la Vega el hospital, habia usado con las Religiosas de todas aquellas atenciones que exigia la calidad de sus personas, que las habia facilitado la entrada en el Monasterio de S. Pelayo de la misma Or-

(1) *Proclama de la ciudad de Orense, su título: La venganza de la Patria. Pág. 7.*

den; pero que las Monjas mal aconsejadas por los mismos acaso, que deseaban esta ocasion para desacreditar al gobierno, y abusando de su natural sencillez, las habian hecho creer que la Junta se valia de este pretexto para enagenar los bienes del Monasterio, y acabar de una vez con el Convento, se resistieron hasta el extremo de ser necesaria la fuerza para sacarlas (1). Le dicen: : pero tanto le dixeron, y con tan vivas instancias buscaron el poderoso brazo, que el Marques de la Romana juzga de su obligacion presentarse en aquella provincia fiada á su cuidado. Toma pues con arreglo á su profesion aquella pronta resolucion que todos saben, y hace presente á todo el mundo su conducta por medio de un madifesto. Pero cuando debia instruirse á fondo de la verdad de lo acaecido, se halla, sin saber como, cercado por el enemigo.

(1) *Nada deben perder por esto las Religiosas de la Vega de aquel respeto y veneracion que tan justamente se las debe por su exemplar observancia regular, y otras virtudes, quando en su resistencia nada hicieron sino lo que creyeron de su obligacion, en vista de lo que las decian los que las aconsejaban.*

NUMERO 7.

*Despachos y cartas autógrafas del Marques de la Romana al
General Mahy.*

Oviedo 12 de Abril de 1809.

He recibido el oficio de V. S. de 5 del actual dándome conocimiento de la situacion que ocupa el Ejército, la que juzga V. S. muy poco ventajosa para subsistir en ella mucho tiempo, tanto bajo la consideracion militar, como por lo infestado que está el pais de enfermedades, todo lo que tendré presente para no dejarlo permanecer mucho en esa posicion.

El Teniente General D. Josef Cienfuegos, Comandante General interino de este Principado me ha manifestado el acuerdo de una junta celebrada el dia 7 del corriente en Fuensagrada con presencia de los Excmos. Señores Marques de Santa Cruz, el Procurador General del Principado, el General Vorster, y otros Gefes de aquella Division Asturiana, en la que unánimemente han resuelto el atacar á Mondoñedo, y que al propio tiempo se me avisase de esta resolucion con el fin de dar á V. S. las órdenes para auxiliar y proteger este ataque. En contestacion verbal le he manifestado la ninguna ventaja que se seguirá de atacar á Mondoñedo si no se piensa seguir adelante con otras empresas que nos aseguren la posesion de Galicia, que el Ejército no habrá aún recibido el refuerzo necesario, tanto de hombres, como de armas y municiones para poderse presentar en campaña en tono victorioso, y que con estas consideraciones me parecía mas oportuno sobreseer por ahora á este ataque. Sin embargo como desde aquí no puedo yo graduar hasta qué punto puede convenir el ataque de Mondoñedo, y la facilidad que habrá para poderlo hacer sin mucho riesgo de nuestra parte; dejo á V. S. entera libertad para auxiliar al General Vorster en el ataque citado, previniéndole á este que, supuesto tiene deseos de hacer esa empresa, está V. S. pronto á concurrir con las tropas que juzgue necesarias. Supongo que antes de meterse en esta accion, meditará V. S. bien sobre los puntos por donde debe executarse el ataque, las municiones que sean necesarias y las avenidas que sea menester ocupar para impedir los auxilios que el enemigo puede recibir de Lugo. Segun tengo entendido la Division que manda el General Vorster tiene artillería y sería muy conveniente llevarla para asegurar mas la accion.

Estoy dando las disposiciones necesarias para socorrer al ejército con dinero, calzado y medicinas y al instante que se haya recogido algo de estos articulos lo enviaré sin dilacion.

Apruebo muy mucho la determinacion de trasladar los enfermos fuera de la línea de operaciones, y el que haya V. S. mandado hacer el alistamiento de todos los mozos que se hallan en esos distritos. Se han remesado 600 fusiles renovados en esta Fábrica, y mañana haré remitir otros 400 más para que se distribuyan en el Ejército á aquellos cuerpos que estuviesen faltos de armas. No será tan fácil enviar bayonetas, pero se está trabajando incesantemente en ellas.

Estando escribiendo recibo el último oficio de V. S. de 8 del corriente con insercion de la junta celebrada y demas paquetes con el pliego de Don

Martin de la Carrera, á quien escribo acerca de D. Rafael Mengs en los mismos términos que V. S. opina y espero que á la mayor brevedad despatchará V. S. el propio que vino de Sanabria.

Dios guarde á V. S. muchos años.=Oviedo 12 de Abril de 1809=El Marques de la Romana.=Sr. D. Nicolas Mahy.

17 de Abril.

Amigo mio: Si V. me executa para salir de aquí, no menores ganas tengo yo de ello, para lo que me voy preparando, pero es preciso entretanto que lo verifico, acallar estos deseos que tiene el Ejército de pasar adelante, pues sin los medios para ir contra el enemigo, qué nos podemos prometer de bueno? Se estan habilitando con toda la prisa las piezas de artilleria que nos han de ocompañar, la cartuchería de fusil y recogiendo todas las armas que se pueda. Sin estos requisitos, qué empresa de consecuencia podemos intentar? Los tiempos no nos ayudan tampoco pues está nevando á todo nevar, y así amigo, tengan VV. un poco de cachaza y reposo, que aunque sé muy bien que es menester aprovechar las ocasiones en la guerra, pero ha de ser con oportunidad, sin lo que se malogran. En fin amigo, persuádase V. que nadie tiene mayores deseos que yo de trabajar por la causa comun y de ver libre y triunfante á nuestra patria y que no está en mi la culpa, si no hemos adelantado mas.

Se va á publicar la relacion de Colombo, cuyo parte está muy bien puesto, aunque algunas cosas se han de cercenar que no conviene vea el enemigo. Aquí nos llegan diariamente gentes de la otra parte de los montes y entre otras cosas que nos han contado dignas de atencion es el referir lo aburridos y descontentos que se hallan Ofarril, Mazarredo, Urquijo y demas que han seguido el partido Napoleónico. Todos contestan en que salen muchas partidas francesas para Francia, estropeados, heridos, y que se llevan todos los enfermos y heridos para allá. En Valladolid muy poca gente, y casi todos los lugares de la carretera evacuados por ellos.

He enviado á VV. dinero, vestuario y algunos zapatos: hoy salen de aquí dos piezas de artilleria con sus respectivas municiones; con que, así, calma y buen ánimo que no olvida á V. su verdadero amigo.=La Romana.

19 Abril.

Amigo Mahy: Por el oficio que de V. me incluye Vorster veo que se ha visto V. obligado á retroceder hacia sus antiguos cantones. Hágame V. el gusto de no moverse de ellos hasta tanto que tengamos todo lo necesario para poder emprenderse alguna cosa, y crea á uno que, aunque poca, tiene alguna experiencia de la guerra y ha leído y meditado sobre ella. Esos vapores de atacar sin calcular los medios y tener asegurada la probabilidad de la victoria no deben escucharse ni darles mérito; y no haremos poco si empleando con oportunidad nuestras pocas y miserables fuerzas logramos embocar al enemigo en la Coruña. En el estado en que se halla, si obtiene sobre nosotros la menor ventaja, se reanima y poniendo en vigor todos los medios que puede sugerir la desesperacion, podrá tambien cambiar el estado y situacion presente de las cosas que no presenta mal semblante. Yo no creo que ellos hayan evacuado á Mondoñedo; han salido de allí para reconocer nuestro ejército, ver qué fuerzas les oponemos y deducir qué es lo que deben hacer. Así que es menester evitar acciones de alguna gravedad, caer

sobre ellos al improviso y destruirlos por partes. La misma guerra que los paisanos, pero de harto mejores consecuencias por la habilidad de los oficiales y gente que lucha contra ellos. Yo creo que V. se persuadirá de la sinceridad de mis sentimientos hacia V. y del afecto que le profeso quando le hablo con tanta intimidad, y que procuraria por todos medios disipar todas las habladurias del Ejército sobre si avanzamos ó no avanzamos. Acuérdese V. de *Fabio Máximo* que nunca se atrevió á presentar batalla ni á descender en llano provocado por Hannibal. Le cubrieron de dieterios pero salvó á Roma. Adios mi amigo, aviseme V. de la menor novedad, tenga salud y disponga de su verdadero apasionado.—Oviedo 19 de Abril.—La Romana.

Memorias á los amigos y á Carvajal que despache las adjuntas propuestas enviándomelas despues para la firma.

24 de Abril.

Por el oficio de V. S. de 16 del que corre veo los movimientos á que se ha visto obligado el Ejército de resultas de haberse encontrado con fuerzas superiores enemigas, y por ello se deduce quán conveniente hubiera sido el que V. S. hubiese contenido su genio activo por algunos dias y deferido á mi parecer de mantenerse quieto sin aventurar operacion alguna antes de recibir refuerzos necesarios y quedar, competentemente socorrida y armada la tropa. Segun el estado de fuerza remitido últimamente, tiene el Ejército disponibles con armas solo 6.091 plazas, de las que hay un buen tercio del nuevo alistamiento, y por lo que V. S. me dice el General Ney ha venido de la Coruña con fuerzas imponentes y trata de batir en detall al Ejército. Pues cómo con el corto número de este y su calidad puene nadie arrojarle á combatir un enemigo que, segun todos los avisos, ha juntado un doble número de gente bien disciplinada y aguerrida? Nada tengo que decir sobre el movimiento que ha hecho V. S. hacia el camino real de Villafranca, pues que lo ha juzgado oportuno, pero con él, no solamente dexa V. S. descubierta la entrada del Principado por esta parte, sino que se aleja de los puntos de donde puede recibir el ejército toda especie de socorros, motivo principal de haberme arrimado á estas fronteras, y me imposibilita el enviarlos, respecto á que el enemigo, segun V. S. dice, se ha metido por Fuensagrada y, de consiguiente, intercepta nuestras comunicaciones.

Es menester no dexarnos arrastrar de hablillas y discursos vulgares, hijos de un zelo indiscreto ó de ignorancia, ni alucinarnos por algunos sucesos felices é inesperados. Si los paisanos tomaron á Vigo, sabe V. S. que ha sido con el auxilio y direccion de los oficiales y tropa de línea destacados de este Ejército, y con el que prestaron los ingleses: Si suerte igual puede haber tocado á Tui, se debe á los mismos auxilios y porque á la sombra de este Ejército se han levantado y animado los paisanos. Pues si este se debilita y no tratamos de conservarlo y aumentarlo, qué podremos emprender el próximo verano que es, quando mas debemos redoblar los esfuerzos?

Añade V. S. que el tiempo está de lo mas cruel y la tropa sin socorro y descalza causando esto muchas enfermedades y extravios. Estos son aun motivos mas poderosos que corroboran el fundamento de mis advertencias y que debian haber persuadido á V. S. á no moverse de los cantones de Navia de Suarna hasta tanto de haber hecho todos los acopios necesarios

para obrar, como lo estoy executando habiendo enviado dinero, calzado, artillería, etc., todo lo que se halla detenido por el movimiento que ha hecho V. S.

Espero que V. S. en vista de mi contestacion permanecerá en la posicion que ocupa actualmente, y si se viere forzado por los enemigos, se replegará á la Provincia del Bierzo, acantonándose en los pueblos mas inmediatos á la Raya de este Principado como es en Laciana y que allí esperará mis órdenes.

Dios guarde á V. S. muchos años.—Oviedo 24 Abril de 1809.—El M. de la Romana.—Sr. D. Nicolas Mahy.

NUMERO 8.

Parte dado al Marques de la Romana de las acciones de Lugo.

Las sospechas de que los Enemigos, fingiendo una empresa contra el Principado de Asturias, viniesen por la Fonsagrada cayendo sobre la retaguardia de nuestra posicion en las riberas del Es, me obligaron á variarla, ya para poder evitarlos ó para cargarlos segun conviniese. Con este fin me trasladé con el Ejército á Meyra la mañana del 17, y desengañado ya por avisos de Oficiales que se embiaron en seguimiento de los Enemigos de que continuaban su marcha, quise saber el parecer de los Generales de Division acerca de la conducta que debiamos observar, y durante esta sesion llegó aviso del Comandante de la Gran guardia de Caballeria D. Joaquin Mera de que unos 500 hombres procedentes de Villalba venian en su seguimiento. Con este motivo determiné que la Division de vanguardia al mando del General Mendizaval con la Caballeria á las órdenes del Brigadier D. Juan Caro saliese en aquella direccion abanzando la 1.^a Division al mando del Brigadier D. Francisco Xavier de Losada, para sostenerlas: mas habiendo sabido que los Enemigos devian hallarse en el Lugar de Sestallo, se dirigieron el dia siguiente nuestras referidas tropas á este punto dandome aviso de su movimiento pasando yo en consecuencia con la 2.^a Division que manda el General D. Francisco Taboada al punto de Bendia y Loentia con el fin de interponerme á los auxilios que pudiesen salir de Lugo.

Eramos apenas llegados á la Iglesia de Loentia quando los Enemigos empezaron á anunciarse á lo lexos con algunas partidas que conducian sus robos de viveres, que fueron interceptados y represados por los nuestros, poniendo en fuga á los conductores. Pocos momentos despues los naturales del Pais llegaron con precipitacion dando avisos de la llegada de los Enemigos en alguna fuerza á la Feria de Castro, muy poco distante de aquel punto. Tomó, pues, posicion la 2.^a Division aprovechando las ventajas del terreno; se colocó la artilleria sobre el camino, y se hicieron adelantar por la izquierda los tiradores con 50 caballos que hacian parte de la Division. A breve rato se empezaron ya á avistar los Enemigos con alguna caballeria, y reconocidos por oficiales que se adelantaron al efecto, se halló ser el número de 1.000 Infantes y 130 caballos. Los Enemigos, queriendo hacer la acostumbrada ostentación de esta arma, adelantaban la mitad de su fuerza al mismo tiempo que el bizarro Coronel D. Carlos Taisier, Comandante de la nuestra, se abanzaba al frente de la de su mando: resolvió al momento atacar; salió al trote para encontrarse con ella, y se batió cuerpo á cuerpo contra su mayor número. Hubo en el primer choque alguno que otro muerto y herido: mas las espadas de nuestros soldados, teñidas la mayor parte en la sangre Enemiga demostraron muy bien sus terminantes efectos, quando su reserva de caballeria empezó á abanzarse para sostener á la otra, y fué forzoso que aquellos valientes soldados, cediendo á la superioridad, se replegasen á la Línea. Un fuego vivo de cañon hecho de improviso sobre la caballeria enemiga, y dirigido con el mayor acierto, causó en ellos la mayor confusion: al momento volvió grupa, y se alexó á toda brida.

Nuestras columnas de ataque se formaron sin detencion; marcharon al

Enemigo por derecha é izquierda, y empezaron á cargarle y perseguirle, poniendole al fin en precipitada fuga sin mantenerse en las alturas ventajosas que á cada paso se ofrecian á su defensa.

Continuaron de este modo dirigiendose acia Lugo, hasta que se mandó hacer alto y reunir la division para pasar la noche sobre el Lugar de San Pedro de los Arcos, costando inmenso trabajo contener ya el ardor de estas tropas, que en la mayor parte hacian de su valor el primero y mas brillante ensayo, siendo asi que la mayor parte era de conscriptos que aún no havian sido fogueados.

Al amanecer del 19, reforzados los Enemigos con algunas tropas procedentes de Lugo quisieron ganarnos de mano atacandonos en nuestra posicion creyendo sorprendernos, prevenirnos, y no darnos lugar para obrar en todo orden. Al momento vieron su idea desmentida: nuestras valientes guerrillas del Regimiento de Leon de Linea sostubieron el primer choque, y al momento toda la Division 2.^a mandada por su digno Gefe el General Taboada, corrió sobre ellos como el dia anterior con tanto ardor que un solo momento no pudieron sostenerse en ninguna de las ventajosas posiciones que les ofrecia el terreno montuoso y peñascoso, quedando ya firmemente persuadidos de que los soldados Franceses solo no corren quando pelean contra fuerzas muy inferiores y de otra calidad que las Españolas.

La vanguardia no havia encontrado Enemigos en el dia anterior, y en consecuencia se la havia dado aviso para que al amanecer se hallase sobre el mismo punto de San Pedro de los Arcos: se presentó oportunamente, y sus tropas ligeras pudieron aún llegar también á perseguir á los Enemigos, abanzándose el cuerpo de ella á sostener á la 2.^a Division que siempre continuaba cargandolos, sin dexarlos respirar.

Al fin, para esperar la reunion de estas tropas, y las de la 1.^a Division que se hallaba igualmente en marcha en la misma direccion, aunque algo mas distante, mandé hacer alto á las tropas á media legua de la Ciudad de Lugo delante de la llanura de la Granda de Lugo, donde se reunieron los Enemigos, y fundadamente creimos querian hacer la ultima prueba de sus fuerzas aprovechandose de las ventajas del llano con su superioridad de caballeria y de artilleria que habian sacado ya de la Plaza.

En efecto, mientras acababa de hacerse la reunion de nuestras Divisiones para romper el ataque, reconocimos la posicion de los Enemigos, y sus fuerzas sobre la llanura. Tres mil hombres de Infanteria apoyados por su derecha á un bosque, con seis piezas de Artilleria sostenida por la izquierda por una muralla de Caballeria de 300 caballos formaba su cuerpo de batalla.

El tiempo fatal, alguna niebla, y ventisca terrible de cara, nos quitaba parte del placer del brillante espectáculo que presentaba (aunque en pequeño) los preludios de una accion campal que se preparaba en aquella planicie. Las Divisiones, en fin, estuvieron reunidas á las tres de la tarde: la vanguardia y 2.^a Division se formaron cada una en dos columnas cubiertas de una cortina de Infanteria desplegada: trozos flanqueadores de tropas Ligeras marcharon de antemano por derecha é izquierda para adelantarse describiendo un arco que ocultase su movimiento con las desigualdades del terreno, y les proporcionase llegar á cubierto cerca de los Enemigos: grupos de guerrillas se abanzan por todas partes y se disponen á abrir la accion: la Caballeria á cubierto sobre nuestro flanco derecho mandada por el Brigadier D. Juan Caro, esperaba ansiosa el momento de

la carga: La 1.^a Division, como en reserva, se dexaba ver á corta distancia en columna cerrada: todo, en fin, anunciaba el orden, y ofrecía la esperanza de un resultado lisongero.

Las columnas se ponen en movimiento: la accion se abre por un vivísimo fuego de la Artilleria Enemiga: nuestras pequeñas piezas de 3 contextan con el mismo vigor, y mas acierto: el ruido del cañon, otras veces imponente á las noveles tropas, solo sirve en esta ocasion de acompañamiento á los Viva el Rey que continuamente se repetian por todas partes: las musicas sonaban, y entre tanto las inmutables columnas, arrojando al ayre los sómbreros, abanzaban arma al brazo: Los Enemigos aterrados de la firmeza para ellos inesperada empiezan á bacilar: la Caballeria, que hizo ademán de abanzar, caracoleó inmediatamente con el efecto acertado de nuestras piezas: las guerrillas se abanzaban en todos sentidos, y empeñaban la accion: los cuerpos flanqueadores 1.^o de Barcelona mandado por su Comandante el Coronel D. Felix Prat con la mitad de la Compañía Nacional y varias otras compañías de tiradores, y el de voluntarios de Gerona al mando de su Comandante el Brigadier D. N. Basols con la otra mitad de la Nacional y otras compañías de tiradores, rompen el fuego de improviso: El bosque fué atacado á la Bayoneta, y los Enemigos sorprendidos empiezan á desconcertarse y perder su regular orden: La Caballeria bholvió grupa, y todos con precipitacion corren con direccion á Lugo, siempre perseguidos, siempre acosados hasta las mismas puertas de la ciudad á donde entropel y confusion llevan á encerrar su pretendida arrogancia. El campo de batalla, y el camino, quedaron llenos de cadaveres; caballos tendidos, ó corriendo sin ginete, demuestran el lugar que ocupaba su imponente caballeria que en gran desorden corre á encerrarse tambien: la nuestra se abanza al grangalope: las tropas Ligeras se apresuran y llegan ya hasta el pie de las murallas hasta las mismas puertas, y aún hubo soldado tan valiente que llegó á entrar en la Plaza. ¡Oh Habitantes.... débiles, y justamente desgraciados! Vuestra culpa sola hará durar el triste cautiverio que sufris por no haber tenido la firmeza de cerrar las puertas á los fugitivos como os lo había prevenido de antemano.

Despues de un fuego vivo y sostenido sobre los Enemigos, precipitados á buscar las entradas, y protegidos del fuego de algunas piezas que tenian sobre la muralla, tubieron la fortuna de poder entrar aunque con bastante pérdida.

Las Divisiones se establecieron en seguida en los puntos convenientes quedando yá los Enemigos reducidos al solo recinto de la Ciudad: el fuego continuaba siempre desde los dos apostaderos muy próximos á los que guarnecian la muralla.

Resolví, en fin, intimarles con firmeza: no permitieron baxo diferentes pretextos entrar en la Plaza al primer Ayudante de Quartel Maestre Don Juan Moscoso, que llevó la 1.^a intimacion, ni aún pareció en aquella noche la respuesta ofrecida. A la mañana siguiente del dia 20 se repitió por medio de mi Edecan D. José Cadaval, y su respuesta fué concebida en términos militares.

Entre tanto la pérdida continúa que experimentaban, el temor que creia en ellos de exponerse al asalto, las continuas alarmas que sufrían de partidas que constantemente voltegeaban cerca de sus murallas, tentando algunas con atrevimiento la subida á ellas, les hizo empezar á trabajar en levantar parapetos para su mayor seguridad: débiles recursos todos para

la intrepidez de nuestros soldados si otros sucesos no me hubiesen obligado á abandonar la empresa.

En la mañana del 21 executaron los Enemigos una salida por la parte del camino real de la Coruña atacando los puestos de nuestra vanguardia que cubria aquella parte; fueron recibidos con firmeza y rechazados hasta huir apresuradamente detras de sus muros dexando el camino cubierto de muertos que no pudieron ocultar. El General Mendizabal recibió en esta accion una ligera contusion.

Las noticias de la próxima llegada de los restos de la Division del Mariscal Sout de buelta de Portugal me hacian ya disponer á levantar el cerco: los Enemigos empezaron á incendiar los Arrabales, y cada vez denotaban más su temor, demasiado fundado si la suerte hubiera atrasado algunos dias la derrota y llegada de aquella Division.

En fin, en la noche del 21 al 22 me puse en marcha con el Ejército, dirigiendome por el Puente de Rábade á Villalba. Seria muy dificil poder recomendar particularmente el mérito de algunos oficiales y soldados en las acciones de estos dias: en todos brillaba el entusiasmo y el ardor militar, y el deber de cada uno se procuraba llenar en todas sus partes.

Los hospitales de sangre provisionales establecidos por direccion del Zirujano mayor D. José Lazcano fueron servidos con el mayor esmero, hallando los heridos un pronto auxilio que moderaba en algun modo la desgracia.

El adjunto estado de muertos y heridos hará ver nuestra moderada pérdida, dolorosa en consideracion á los bizarros oficiales que sufrieron esta suerte por la salvacion de su Patria y de su Rey.

La perdida de los Enemigos se sabe haber llegado á 1.000 hombres entre muertos y heridos, y entre ellos muchos oficiales de graduacion.

No puedo menos de recomendar á V. E. á los señores Generales de Division cuyo exemplo de valor y serenidad á una con la inteligencia militar, acrecentó el ardimiento en los soldados hasta hacerlos superiores á todos los riesgos; al Mayor General y Comandante General de Artillería con toda la oficialidad de este distinguido Cuerpo, que contemplo acreedores á ascenso por la bizarría con que todos á porfia, sin excepcion de grado, se dedicaron al mejor éxito de la empresa; mis Ayudantes Generales de Quartel Maestre D. Juan Moscoso y D. Ramon Calvet, que igualmente son dignos de ser agraciados con el grado de Coronel; todo el Cuerpo de Ingenieros que estuvo constantemente á mi lado, dirigiendo, en quanto cada uno podia, las columnas á los puntos del ataque, en que perdieron su digno Gefe D. Fernando Davila, de un balazo de cañon, y mis dos Edecanes los Thenientes D. Manuel Ayza de Leon y D. Josef Cadaval de la Corona, que se han hallado en quantas acciones se han ofrecido desde mi ingreso en el Ejército, como son las de Zamora, Balmaseda, Espinosa, y las presentes: así mismo recomiendo á V. E. al Comandante actual del Regimiento de Leon D. Blas Martinez de Frias y al Capitan de Granaderos D. Antonio Theran y demas Oficiales de la Compañía, como que fueron los primeros á recibir á los Enemigos la mañana del 19: y tambien á los Ayudantes segundos de quartel Maestre D. Josef Ortiz de Azcarate, de Ingenieros, y D. Josef Boado, por lo mucho que han trabajado á mi lado, tanto en las acciones como fuera de ellas, en continuas comisiones.

Por ultimo, Exemo. Sr., seria no acabar nunca si hubiese de recomendar á V. E. á todos los que han contrahido merito en estas brillantes ac-

ciones, pues todos los Gefes de Cuerpos son dignos y merecedores de gracias, como que les es devida la gloria de tener entusiasmado al Ejército de modo que nada hay que no pueda emprenderse con él.

No es menos recomendable que todos el Cirujano mayor D. Josef Lazcano, como conservador el más celoso de la vida de los heridos, por efecto de su infatigable y caritativo celo en curar por si mismo los desgraciados, y vigilar sobre el cumplimiento de la obligacion de los empleados en los tres ramos de Medicina, Cirugia y Botica; por lo que le juzgo acreedor á un testimonio publico, qual seria la cruz chica de Carlos 3.^o ó la plaza efectiva de Cirujano de Cámara.

Dios guarde á V. E. muchos años.—Quartel General de Meyra, 26 de Mayo de 1809.—Excmo. Sr. Marques de la Romana.

NÚMERO 9.

«El Tamega, cuyas aguas corren rápidamente por entre rocas, va por allí profundamente encajonado. La ciudad de Amarante, situada en la orilla derecha, se alza en el estrivo de una montaña y las casas están construidas en su descenso hasta la orilla del río. El puente que une las dos márgenes es obra muy sólida de piedra de sillería: una parte de su entrada se halla cubierta por la iglesia de un convento grandioso cuyo cuerpo principal hace cara al puente, de manera que no se puede llegar sino por la derecha á éste, que tiene 35 toesas de longitud por cinco de ancho en sus cuatro arcos. En la orilla izquierda está el barrio de Villa Real, cuyo camino faldea, por la izquierda también, la montaña al Este del río. Ese camino está encerrado en dos líneas de casas, la de la derecha, adosada á la montaña; y prolongándose cara á cara del puente y paralelamente al río, deja por delante un muelle de 10 toesas de anchura y 40 de largo. A espaldas de esa fila de casas la montaña aparece escarpada y sin acceso por su frente aun cuando muy fácil por derecha é izquierda, gradualmente por escalones hasta una gran elevación con su cima coronada de monte y matorrales.»

«El enemigo había sacado muy buen partido de todas las ventajas de su posición. A la cabeza del puente había una primera barricada; en su parte media, el puente se hallaba atravesado por una línea de empalizada y una fuerte barrera también de tablas, y en su extremidad se alzaba un atrinchamiento formado de grandes trozos de madera, detrás de los cuales se habían amontonado gruesas piedras de talla hasta una altura de nueve ó diez pies.»

«El machon pegado á la orilla izquierda estaba minado: daba al hornillo el cañón de un fusil relleno de pólvora al que se aplicaría fuego por medio de una cuerda sujeta á la llave para cuyo juego se la había cubierto con un aparato de madera. La entrada de la vía por el arrabal y dos salidas que conducían á la montaña se habían cerrado con barricadas. Todas las casas de aquel barrio que daban vistas á la poblacion tenían sus puertas con barricadas y sus ventanas aspilleradas para que de ellas pudiera hacerse un fuego vivo y continuo. Entre los resaltes de la montaña habian los portugueses construido tres baterías que tiraban sobre la entrada del puente y la calle mayor. En fin, en la cima de la montaña se hallaba el campamento de los portugueses. Tal era la masa de obstáculos que sería necesario arros-trar y vencer.»

«El día 20 nos apoderamos, á la zapa volante, de la cabeza de puente y se levantó una estacada que ocupaba desde el medio de la iglesia hasta el ángulo de la primera casa sita á la derecha del puente.»

«Tales ventajas tenía el enemigo para la dirección de sus fuegos, que cuantos intentaban acercarse al puente para reconocerlo eran heridos y muchos mortalmente. Entre los últimos se contaba ya el ayudante de campo del general Loison, su oficial de ingenieros y el teniente de zapadores Tristoda.»

«Estos sucesos habían dado lugar al general Delaborde á pensar que el paso del puente de Amarante era demasiado difícil y peligroso. Había dispuesto construir un puente de caballetes á 300 toesas de la ciudad por debajo inmediatamente de una presa practicada en el río para el servicio de algunas fábricas y de un molino.»

«Los caballetes y los maderos estaban listos el 23 por la tarde y los más diestros nadadores y buzos de los regimientos tenían orden de trasladarse

al punto indicado á media noche, despues de que se hubiera puesto la luna.»

«El capitán de ingenieros Bouchard, que acababa de llegar de Oporto, y el capitán André se encargaron de la dirección de aquella empresa. Los mejores nadadores no lograron llegar á la orilla opuesta ni al fondo á la mitad del río, tan rápida era la corriente; eran arrastrados por una fuerza invencible muy lejos del punto donde se echaban al agua. Esfuerzos repetidos demostraron que el establecimiento de un puente en tal sitio era impracticable por la rapidez y profundidad de las aguas.»

«Dada cuenta de estas dificultades al general Delaborde, que deseaba efectuar el paso, dispuso hacer el reconocimiento de otros puntos más favorables para establecer el puente.»

«El capitán de ingenieros Bouchard fué elegido por el coronel Garbé, con la aprobación del Mariscal, para trasladarse á Amarante á reconocer su posición y ver si los obstáculos eran tan invencibles como se les decía. Al llegar el 23 por la noche, había sido testigo del infructuoso ensayo hecho para echar el puente de caballetes. Al amanecer del 24 subió á la torre de la iglesia próxima al puente; examinó todos los trabajos del enemigo y fué el primero en descubrir la cuerda, que á su parecer debía conducir á alguna fogata establecida en el machón de sosten del puente en la orilla izquierda.»

«Por resultado de su reconocimiento dedujo que lo único practicable y que debía intentarse era el paso por el puente. Pensó tambien que se podía desembarazar el tránsito rompiendo ó quemando las empalizadas y la barrera de enmedio y volando el atrincheramiento con barriles de pólvora, cuya explosión destruiría el aparato dispuesto para dar fuego á la fogata del enemigo; que entonces y no siendo sino 35 toesas el espacio que debía salvarse, las tropas, prontas á emprender su movimiento inmediatamente á la explosión, no darían tiempo á los portugueses para reponerse de su sorpresa, tanto mayor cuanto que, pudiendo cortar el puente cuando quisieran con su mina, se creerían en perfecta seguridad.»

«Concebido este plan, el capitán Bouchard lo comunicó al general Delaborde, que le hizo muchas objeciones y pareció, sobre todo, muy sentido de los peligros que ofrecía la fogata que aquel oficial le aseguraba existir. Sin embargo, el general Delaborde convocó á los oficiales generales puestos á sus órdenes, ante los cuales el capitán Bouchard desenvolvió su plan, sus medios de ejecución y sus probabilidades de éxito. Encontró mucha oposición; no siendo varios generales de opinión de cruzar el Tamega, y entre ellos el general Loison. Otros aseguraban que aquel plan era impracticable y creían que, aún suponiendo que se llegara á colocar los barriles de pólvora al pie del atrincheramiento sin ser descubiertos desde el puesto que lo custodiaba, aquella pólvora colocada al aire libre no bastaría para deshacer tal obstáculo. Tuvo principalmente que luchar en ese punto con el general Foy, cuya opinión tenía tanta más autoridad cuanto que había servido en el cuerpo de artillería. Este general se resistía á creer que el machón de la orilla izquierda se hallara minado. El capitán Bouchard le condujo á la torre y le quitó de dudas, pero aún encontró en ese mismo argumento, uno más contra el proyecto.»

«El 26, el general Delaborde, acompañado de los oficiales de su estado mayor y de algunos generales, reconoció el puente. Varios de ellos fueron heridos ó muertos inmediatamente; siendo del número de estos últimos el capitán André, oficial de ingenieros de raro mérito, cuya pérdida fué muy

sentida, como la de tantos valientes, con que se demostró que un ataque á viva fuerza costaría la vida á mucha gente.»

«Los destacamentos de caballería, enviados á reconocer el río, volvieron diciendo que no se hallaba sitio favorable para echar un puente.»

«El 27, el capitán Bouchard recibió la orden de intentar el ataque de la barricada situada á la mitad del puente. Los zapadores encargados de la empresa se portaron con celo é inteligencia; uno de ellos fué muerto, otros dos cayeron heridos y se dió la orden de suspender el ataque antes de que resultara franco el paso. Pero el capitán Bouchard pidió permiso para quemar durante la noche lo que quedaba de las empalizadas, y, obtenido del general, se ejecutó felizmente la operacion. Con eso quedaba realizada la primera parte del proyecto; y, sin embargo, no se siguió adelante.»

«El Mariscal, entretanto, daba priesa á los generales Delaborde y Loison para que franqueasen el paso, haciéndoles comprender la importancia de batir á Silveira para asegurar las operaciones sucesivas y destruir las pre-ocupaciones y las esperanzas que hacía concebir su presencia allí. Manifiestáales el 23 que tenían tropas suficientes para ello, y que en el caso de que opinaran de distinto modo, se lo hicieran así presente: el 25 ofrecía al general Delaborde dos piezas de los mayores calibres, y le repetía que si necesitaba más tropas aún se podía disponer de la division Heudelet.»

«El coronel Garbé había recibido y comunicado al Mariscal el proyecto del capitán Bouchard, y parecía convenir en él; pero antes de darle su aprobacion envió al coronel Hulot, primer ayudante de campo del Mariscal y oficial de los más distinguidos, á examinar el plan en el sitio mismo, para que, si lo juzgaba practicable, diese la orden de intentar su ejecucion. Aquel mismo dia se enviaron dos piezas de á 12 y cinco barriles de pólvora de á dos quintales cada uno, y el Mariscal escribió al general Delaborde que ofreciese la legion de honor á los doce que pasaran el puente los primeros.»

«El 29 se recibió en Oporto un despacho del general Loison en que anunciaba algunos cambios desde el 24 en la posicion de los franceses y de los portugueses; haciendo, además, razonamientos muy galanos *en demostracion de que era necesario pasar el Tamega y destruir lo antes posible el ejército de Silveira.*»

«Tomadas en cuenta todas las órdenes y todas las disposiciones anteriores del general en jefe, es de suponer que aquella comunicacion debió sorprenderle. Hubiera querido el Mariscal trasladarse á Amarante, si no se tomara su marcha por una retirada, pues que, al saberse una noticia tan favorable para los enemigos, habría llegado inmediatamente al mariscal Víctor y al general Lapisse. Debió, pues, satisfacerse con escribir á los generales Delaborde y Loison para hacerles observar que el mando que habian obtenido y todas las órdenes é instrucciones que se les había dado no tenían otro objeto que la ejecucion del proyecto que le presentaban; que no podía diferirse la operacion del paso del Tamega y que no era otra su intencion, así como la de que la fuerza de Silveira fuese desalojada de su campo, y dispersada para que quedasen limpias de enemigos las dos orillas de aquel río.»

«Expidióse al general Heudelet la orden de dejar un batallon en Viana á los órdenes del general Lorges, que quedaría con el mando del Norte de la provincia, y despues de haber reunido su division en Braga, se trasladase á Guimarães, donde recibiría instrucciones que le indicaran el punto del Tamega á que debería dirigirse.»

«El coronel Hulot, viendo la posición del enemigo y sus preparativos de defensa, juzgó como bueno el proyecto del capitán Bouchard y lo apoyó para con el general Delaborde, que hizo entregar cuatro barriles de pólvora al capitán y dió al comandante Hulot, de la artillería, la orden de construir una salchicha de 35 toesas.»

«El 30 se pusieron en batería una pieza de á 12 y un obus en el primer piso del convento y en la sala de donde se descubrían el puente y todas las casas del muelle.»

«Por fin, habiendo llegado la contestación del Mariscal á la singular carta del general Loison, cesaron todas las vacilaciones, y el 1.º de Mayo se dió al capitán Bouchard la orden de tener todo preparado para que la mañana siguiente al amanecer se pudiera efectuar el paso.»

«Fueron situados los zapadores en el convento y á la entrada del puente; la brigada Sarrut tomó posición en la ciudad, donde ya estaban las de Arnaud y Foy, y el general Delaborde formó un batallón con los granaderos de los regimientos 2.º, 36.º, 70º y 86.º, cuyo mando dió al coronel Saint-Clair. Este batallón debía estar dispuesto para precipitarse al puente en el momento en que la explosión y los zapadores hubieran allanado el atrincheramiento y las empalizadas, así como las tropas restantes de infantería y caballería estarían también prontas á seguir el movimiento de los granaderos. El general Delaborde situó uno de sus ayudantes á la inmediación del capitán Bouchard para poner sin retraso alguno á su disposición los hombres que pudiera necesitar y para avisarle á él cuando todo estuviese preparado. Estas disposiciones eran dignas de un jefe tan distinguido como el general Delaborde, pero todo dependía del éxito de los preparativos del oficial de ingenieros Bouchard, por lo que los franceses sintieron durante aquella noche esa emoción que siempre ocasiona la expectativa de un gran acontecimiento.»

«Varios zapadores se ofrecieron para la ejecución de los últimos preparativos, comenzados á las ocho de la noche. Esta era hermosísima y la luna parecía querer oponerse á las medidas tomadas; pero la sombra que arrojaba el parapeto ó pretil del puente, formaba una banda oscura de que sacó partido el capitán Bouchard dirigiendo la marcha por ella. Para imponer á los portugueses que guardaban el atrincheramiento é impedirles observar lo que pasaba en el puente obligándolos á cubrirse, situó una veintena de tiradores para que hiciesen fuego sobre el atrincheramiento tirando de flanco con el objeto de no herir á los zapadores que debían arrastrarse por junto al pretil.»

«Los cuatro barriles de pólvora fueron cuidadosamente envueltos, cada uno en un capote gris que ocultase sus movimientos á los ojos y á los oídos. Un zapador también envuelto en su capote gris y echado al suelo detrás de un barril lo empujó hacia delante con la cabeza, llevando la orden de hacerlo lentamente y de detenerse al menor movimiento. Una cuerda ligada al pie y que se desliaba al andar haría conocer su marcha y lo pondría en comunicación con los de atrás según las instrucciones que hubiese recibido. Después de colocado el barril y de haber descubierto el aparato de comunicación para el fuego, el zapador encargado de aquella operación se retiró del mismo modo que había avanzado.»

«Así fueron establecidos los cuatro barriles de pólvora, uno tras de otro, pero el cuarto zapador después de haber colocado el suyo, en lugar de retirarse como se le había mandado, se puso en pie y echó á correr por

medio del puente, con lo que, visto, le hicieron fuego desde el atrincheramiento y le dieron un balazo en la rodilla.»

«El fuego de fusilería del enemigo se hizo más vivo, dirigido á la entrada del puente. Era media noche y quedaba aún que colocar la salchicha que comunicase el fuego á los barriles de pólvora.»

«Para acallar el fuego del enemigo, el capitán Bouchard aumentó el número de los tiradores que estorbasen á los trabajadores que se veían ocupados en el movimiento de tierras para establecer una nueva batería. Á cosa de la media hora no tiraban ya los portugueses desde el atrincheramiento y se supuso que nada sospechaban de nuestros preparativos.»

«Por fin, á la una, partió un quinto zapador del mismo modo que los anteriores, llevando tras sí la salchicha que se le había atado al cuerpo, y que colocó sin accidente alguno, volviendo despues sin haber sido observado de los enemigos. A las dos habían terminado todos los preparativos, dándose parte de ello al general Delaborde; el capitán Bouchard hizo retirar los tiradores y que se diese la orden á los diversos puestos de no responder al fuego del enemigo, que así fué apagándose insensiblemente.»

«Hacia las tres y media, se levantó del río una espesa niebla que cubrió todo el fondo del valle. Apenas se veían las casas de la orilla opuesta, circunstancia muy favorable cuando todas las tropas estaban ya dispuestas y se esperaban con impaciencia las órdenes del general que llegaron á cosa de las cuatro.»

«Se pone fuego á la salchicha y se verifica la explosion con grande estrépito, barriendo el atrincheramiento y el aparato de comunicacion con la fogata. Al mismo tiempo la artillería del convento dispara algunos tiros sobre el arrabal; suena el toque de ataque; el capitán Bouchard se lanza á él con sus zapadores que unos echan agua en la mina y otros van sobre las tres barricadas en que rompen, cortan y abren el paso al batallon de granaderos que, seguido de las demas tropas, arrollan con sus bayonetas á los enemigos que resisten y fusilan á los que retroceden. Todos huyen luego; el mismo Silveira escapa casi desnudo al campo por el jardín de la casa que habita, situada en una calle que ya recorrian los franceses, tan rápidos fueron y hábiles sus movimientos.»

«Los artilleros portugueses no tuvieron tiempo de tirar más de cinco ó seis cañonazos que la niebla les impidió dirigir con acierto; y el ejército portugués, sorprendido, sin poder siquiera formar en línea de batalla, huyó en el mayor desórden á las montañas.»

Esta operacion militar, en que su éxito bien se ve que fué debido á la niebla, tuvo un eco muy ruidoso en el ejército francés, cuyos historiadores le dieron grande importancia. En una historia de Napoleon titulada «*Vie politique et militaire de Napoléon, racontée par lui-méme, au tribunal de César. d' Alexandre et de Frédéric,*» á pesar de ser muy escasa en detalles, se recuerda la accion de Amarante con estas frases: «Los generales Delaborde y Loison recibieron el encargo de atacar Amarante, donde Silveira había reunido hasta 12.000 hombres. El puente, que es de piedra, estaba atrincherado, y aquel cuerpo, establecido en alturas formidables, disputaba el paso, impracticable por otros sitios á causa de las escarpadas rocas que cubren las orillas del Tamega. No obtuvieron éxito algunas tentativas para ocupar el puente; perdiendo Loison un tiempo precioso hasta el 2 de Mayo en que voló los atrincheramientos y arrolló al enemigo.»

NUMERO 10.

Parte del General la Carrera al Comandante inglés en Vigo.

«Santiago es nuestro. Los enemigos, en fuerza de 3.000 hombres de infantería, 14 piezas y 300 de caballería, salieron á esperarme, y me atacaron sobre la marcha en el campo llamado de la Estrella. Mis guerrillas, que á una suya que se adelantó á descubrir, la habian escarmentado y perseguido, rompieron el fuego con sus volteadores, me dieron parte, y mandé desplegar la division en una posicion que ni escogida podia haber sido mejor. Atacaron con vigor; pero no lograron ni la más mínima ventaja. Nuestros artilleros son tan buenos, como malos los suyos: ni un herido hemos tenido de bala de cañon. Al cabo de una hora de fuego nos cansamos de sufrir, y mandé á D. Pablo Murillo los cargase por el flanco derecho, y yo marché de frente con las otras columnas. Por dos veces tomaron posicion y fuéron desalojados; la desigualdad del terreno les favoreció para escapar; pasaron por aquí vergonzosamente; volaron dos repuestos de municiones; pero otros dos, con dos almacenes de vestuario, más de 600 fusiles, algunos caballos, y otras muchas cosas que aun no he podido averiguar, han caido en mi poder. Murillo se metió en la ciudad, y los corrió por las calles, y persiguió á más de una legua de aquí. Aun no sé el número de muertos ni el de prisioneros, que son muchos: su General Moquian ha sido gravemente herido por dos balas de fusil; el segundo, muerto en el campo, cuyas insignias me han presentado los soldados. Nuestra pérdida ha sido poca; la tropa está muy entusiasmada, y debo esperar mucho de ella; pero necesito municiones, y aun me faltan fusiles. Las municiones vengan al momento: envíeme V. E. 100.000 cartuchos, y no me retarde los fusiles, así que lleguen, pues debemos aprovechar estos favorables momentos. Dios guarde á vuecencia muchos años.—Quartel general de Santiago 23 de mayo de 1809. —*Martin de la Carrera.*—Sr. D. Jorge Mac-Kinley, Comandante de las fuerzas británicas en Vigo.»

NUMERO 11.

«Excmo. Sr.:—La mayor parte de las Provincias de España han sufrido ya los horribles efectos de una conquista, y las restantes están inminentemente amenazadas de ellos. Los desgraciados sucesos acaecidos los días 27 y 28 de marzo con los exércitos de los Generales Urbina y Cuesta han llenado de consternacion y de zozobra á varios españoles honrados que no pueden mirar con indiferencia la absoluta desolacion de nuestra amada patria. Estos han suplicado al Rey que se digne de remediar los males que ya han experimentado las Provincias ocupadas por las tropas francesas, y de evitar los de aquellas que no lo estan todavía. S. M. ha condescendido á sus ruegos, y en consecuencia me ha mandado venir á esta Ciudad para anunciárselo á V. E. autorizándome para que acuerde los medios de conseguirlo con el Diputado ó Diputados que la Suprema Junta Central quiera comisionar al intento.

No puedo imaginar siquiera que V. E. ni la Junta que preside se nieguen á un paso en que están quizá cifradas la salvacion de las Andalucías y la felicidad universal de todo el Reyno. El negocio es importantísimo por naturaleza, y urgentísimo por las circunstancias; y por tanto seria inoportuno querer tratarlo por escrito dando motivo á contextaciones, dudas y tergiversaciones tan dificiles de precaver con la pluma, como fáciles de evitar en una conferencia verbal. Así pues, espero de la ilustracion y patriotismo de V. E. y de la Junta, que nombrará la persona ó personas que hayan de tratar conmigo sobre el asunto, con las cuales acordaré ántes el lugar donde deba tenerse la conferencia. Nuestro Señor guarde á V. E. muchos años. =Mérida 12 de abril de 1809. =Excmo. Señor. =Joaquin Maria Sotelo. =Excmo. Sr. Presidente de la Suprema Junta Central.»

«Excmo. Sr.:—Al ver la Junta Suprema la carta escrita por D. Joaquin Maria Sotelo á su Vice-Presidente y las proposiciones insidiosas que de parte del Gobierno Francés se hacen en ella, se ha acordado al instante del sagrado carácter de que está revestida y de los juramentos que ha hecho á la Nacion con universal aprobacion de toda ella. Si Sotelo trae poderes bastantes para tratar de la restitution de nuestro amado Rey y de que las tropas francesas evacuen al instante todo el territorio Español, hágalos públicos en la forma reconocida por todas las Naciones y se le oirá con anuencia de nuestros aliados. De no ser así, la Junta no puede faltar á la calidad de los poderes de que está revestida, ni á la voluntad nacional; que es de no escuchar pacto, ni admitir tregua ni ajustar transaccion que no sea establecida sobre aquellas bases de eterna necesidad y justicia. Qualquiera otra especie de negociacion, sin salvar al estado, envileceria á la Junta; la cual se ha obligado solemnemente á sepultarse primero entre las ruinas de la Monarquía que á oír proposicion alguna en mengua del honor é independencia del Pueblo Español. S. M. quiere que V. E. se lo manifieste así á Sotelo: y de Real orden lo comunico á V. E. para su inteligencia y cumplimiento. Dios guarde á V. E. muchos años. Real Alcázar de Sevilla 21 de abril de 1809. =Martin de Garay. =Sr. D. Gregorio de la Cuesta.»

Contextacion del Capitan General D. Gregorio de la Cuesta, sobre la remision de la respuesta de la Suprema Junta Central á la insidiosa propuesta de D. Joaquin Maria Sotelo.

«Excmo. Sr.:—Luego que recibí hoy la determinacion de S. M. que

V. E. me comunica, relativa á la propuesta de D. Joaquin Maria Sotelo, se la trasladé inmediatamente á la letra, añadiendo lo que contiene la copia adjunta, y la remití por un Ayudante mio á nuestras avanzadas, y á la vista de las enemigas, desde donde debia entregar mi pliego para Sotelo al mismo paysano y vecino de Almendralejo que me traxo el suyo y á quien habia tenido aquí detenido; el cual á vista de mi Ayudante y su escolta debe llegar con dicho pliego á las avanzadas enemigas, cuyo Comandante es natural que le remita á Almendralejo, ó dexé continuar su viaje al paysano portador. No he querido valerme del medio de parlamentar en el estilo comun de la guerra, por no exponer á ningun oficial á que los enemigos usen con él de alguna perfidia, en venganza de lo que erradamente creen haberse executado en Badajoz.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Cuartel general de Monasterio 23 de abril de 1809.—Excmo. Señor.—Gregorio de la Cuesta.—Excmo. Sr. D. Martin de Garay.»

Luego que recibí el pliego que V. S. me dirigió desde Mérida por un paysano, vecino de Almendralejo, remití dicho pliego en diligencia al señor Presidente de la Junta Central Gubernativa del Reyno en nombre de S. M. el Sr. D. Fernando VII, y con fecha de ayer me dice el Sr. Secretario de Estado y de dicha Suprema Junta lo siguiente:

«Excmo. Señor.—Al ver la Junta Suprema la carta escrita por D. Joaquin Maria Sotelo etc.

Lo que sin retardo comunico á V. S. por medio de mis avanzadas para que enterado del contexto, tome el partido que guste, no teniendo que añadir por mi parte mas que el asegurar á V. S. y al Gobierno que oficiosamente pretende representar, que todo mi ejército, y particularmente su General estamos bien resueltos á perder la última gota de sangre ántes que renunciar á la libertad nacional y derechos de nuestro legítimo Soberano. Quando nuestro verdadero patriotismo no bastára á conducirnos á los mayores sacrificios, bastaria la tiranía, y toda especie de atrocidades cometidas por las tropas y Generales franceses aun en los pueblos sometidos sin resistencia, contra toda especie de habitantes indefensos y miserables, sin perdonar sexo ni edad.

El oficial que llevaba otro pliego semejante para el General Comandante de Badajoz y su Junta, no se conduxo como parlamentario, presentándose con fuerza que no debia, y por esto fué maltratado en virtud de su resistencia, y conducido prisionero á la Plaza hasta que se le halló dicho pliego; y estoy bien instruido de que desde entónces ha sido tratado y asistido con el mayor cuidado y atención. Me consta tambien que el General Comandante de aquella Plaza ha contextado puntualmente á la reconvenção que sobre esta ocurrencia le hizo el Xefe del Estado mayor de ese ejército desde Mérida.—Dios guarde á V. S. muchos años.—Monasterio 23 de abril de 1809.—Gregorio de la Cuesta.—Sr. D. Joaquín María Sotelo.»

Núm. 1.º

Parte del Sr. D. Gregorio de la Cuesta á la Junta Suprema.

«Excmo. Sr.—La avanzada de este ejército á la vista de Fuente del Maestre ha detenido esta mañana al paysano Antonio Rodriguez, vecino del Aceuchal, que me ha sido remitido con un oficial por el General Comandante de la vanguardia con un pliego de D. Joaquin Maria Sotelo, di-

rigido á mí, y dentro de él otro abierto para el Sr. Vice-Presidente de la Suprema Junta Central; y hecho cargo de ámbos, los dirijo á V. E. por extraordinario para el conocimiento y determinacion de S. M. El paysano conductor, así como la Justicia del Aceuchal, me consta han sido violentados á esta diligencia por el General francés que manda aquel puesto, y le he hecho detener aquí para conducir la contextacion en caso que la Suprema Junta Central tuviese á bien darla. Dios guarde á V. E. muchos años. Quartel general de Monasterio 29 de abril de 1809.—Excmo. Señor D. Martin de Garay.»

NÚM. 2.º

Carta de D. Joaquín María Sotelo al Sr. Vice-Presidente de la Junta Suprema.

«Excmo. Sr.—He recibido por mano del General D. Gregorio de la Cuesta la contextacion de la Suprema Junta á mi oficio de 18 del corriente, y en su vista no puedo ménos de hacer á V. E. las observaciones siguientes:

1.^a Que las proposiciones que comprehende el mencionado oficio no merecerán jamás el epíteto de insidiosas. El fin á que expresamente terminan es «á remediar los males que han sufrido ya las Provincias ocupadas por las tropas francesas, y á evitar los de aquellas que no lo están todavía.» Se han remitido en derecho al Gobierno por medio de un General que goza de su confianza; y se convida á una conferencia verbal para proponer y acordar los medios de conseguirlo, los cuales, ántes de sancionarse, habrian de ser precisamente ratificados por la misma Junta. La delicadeza pues mas escrupulosa no puede hallar ni en la sustancia de semejante propuesta, ni en los medios señalados para examinarla, ni en el conducto por donde se ha dirigido, el disimulo, el ardid, el artificio, ni los conatos de seducir que serian necesarios para calificarla de insidiosa. Si el interés público no triunfara de las sugestiones de mi amor propio, ya habria yo desistido de mi comision para no exponerme á sufrir otra vez una nota á que no soy acreedor.

2.^a Que estoy tan enterado de las obligaciones que al tiempo de su instalacion contraxo esa Suprema Junta, como de la probidad acendrada de sus individuos; y que por tanto si yo considerase incompatibles con ella las proposiciones que debo hacerles, no solo injuriaria su honor, sino que amancillaria mi propia opinion, conservada por muchos años, y sobre la qual no supongo en la Junta el motivo más mínimo para vacilar.

3.^a Y finalmente, que ántes de tratar de los medios es necesario saber si V. E. y el cuerpo que preside quiere tratar de ellos. En tal caso serán primeramente examinados los poderes, y despues discutidas y acordadas las condiciones recíprocas que se propongan. Este es el órden natural de semejantes negociaciones; y la menor inversion de él es tanto mas perjudicial, quanto más delicada é importante sea la materia sobre que se versen. ¿Qué obstáculo, qué peligro puede haber en que la Junta escuche por medio de sus Diputados aquello que por sí misma no se excusaria de leer? Ya estan indicados los inconvenientes que resultarian de tratar este asunto de otra manera; y el tenor mismo de la contextacion de V. E. acredita la imposibilidad de evitar por escrito ciertas equivocaciones, que en una sesion verbal ó no ocurririan, ó se desharían momentaneamente.

En esta virtud me tomo la libertad de reproducir el contexto de mi citado oficio de 18 del corriente. Si á pesar de estas reflexiones V. E. y la Junta no condescienden en la conferencia propuesta, yo tendré eternamente el placer de haber procurado el bien de nuestra amada Patria; aunque con la amargura de no haberlo podido lograr, quizá por haberse dado á mis intenciones la interpretacion que no merecen. Nuestro Señor guarde á V. E. muchos años. Mérida 27 de abril de 1809.—Joaquin María Sotelo.—Excelentísimo Sr. Vice-Presidente de la Suprema Junta Central.»

Núm. 3.º

Contextacion de la Junta Suprema al General D. Gregorio de la Cuesta.

«Excmo. Señor.:—Se han leído en la Junta Suprema Gubernativa del Reyno las cartas que para su Presidente y para V. E. ha dirigido de nuevo D. Joaquin María Sotelo; y constante la Junta siempre en sus principios y en sus resoluciones, ha acordado que V. E. responda á Sotelo copiándole á la letra la contextacion hecha por V. E. á su primera carta, y añadiendo lo siguiente.—Y no dando la carta de V. S. del 27 motivo alguno para variar de resolucion, ha acordado que yo lo manifieste así á V. S. advirtiéndole que esta será la última contextacion que reciba mientras los franceses no se allanen lisa y llanamente á lo que ha manifestado la Junta, y viéndose su execucion. De Real orden lo comunico á V. E. para su inteligencia y cumplimiento. Dios guarde á V. E. muchos años. Real Palacio del Alcázar de Sevilla 3 de mayo de 1809.—Martin de Garay.—Excmo. Señor D. Gregorio de la Cuesta.»

Núm. 4.º

Parte del General Cuesta.

«Excmo. Sr.:—Habiendo contextado á D. Joaquin María Sotelo en los términos que V. E. me previno de Real orden en 3 del corriente, ha sido ayer entregada mi carta al Comandante de la gran guardia enemiga, situada á la inmediacion de Fuente del Maestro. Dios guarde á V. E. muchos años. Quartel general de Monasterio 6 de mayo de 1809.—Excmo. Sr.—Gregorio de la Cuesta.—Excmo. Sr. D. Martin de Garay.»

Correspondencia del General francés Horacio Sebastiani con los Excelentísimos Sres. D. Gaspar de Jovellanos y D. Francisco de Saavedra, y con el General de nuestro ejército de la Carolina D. Francisco Venegas.

Núm. 1.º

Al Excmo. Sr. D. Gaspar Jovellanos. (1)

«Señor: La reputacion de que gozais en Europa, vuestras ideas liberales, vuestro amor por la patria, el deseo que manifestais de verla feliz y

(1) Nota. Estas cartas han sido escritas en francés, y las traducciones que se publican venian incluidas en el mismo pliego con los originales.

floreciente, deben hacer os abandonar un partido que solo combate por la Inquisicion, por mantener las preocupaciones, por el interés de algunos Grandes de España, y por los de Inglaterra. Prolongar esta lucha es querer aumentar las desgracias de la España. Un hombre, qual vos sois, conocido por su caracter y sus talentos, debe conocer que la España puede esperar el resultado más feliz de la sumision á un Rey justo é ilustrado, cuyo genio y generosidad deben atraerle á todos los Españoles que desean la tranquilidad y prosperidad de su patria. La libertad constitucional baxo un gobierno monárquico, el libre exercicio de vuestra religion, la destruccion de los obstáculos que varios siglos há se oponen á la regeneracion de esta bella nacion, serán el resultado feliz de la constitucion que os ha dado el genio vasto y sublime del Emperador. Despedazados con facciones, abandonados por los ingleses, que jamás tuvieron otros proyectos que el de debilitaros, el de robaros vuestras flotas, y destruir vuestro comercio, haciendo de Cadiz un nuevo Gibraltar, no podeis ser sordos á la voz de la patria que os pide la paz y la tranquilidad. Trabajad en ella de acuerdo con nosotros, y que la energía de la España solo se emplee desde hoy en cimentar su verdadera felicidad. Os presento una gloriosa carrera; no dudo que acojais con gusto lo ocasion de ser útil al Rey Josef y á vuestros conciudadanos. Conoceis la fuerza y el número de nuestros exércitos; sabeis que el partido en que os hallais no ha obtenido la menor vislumbre de suceso: hubierais llorado un dia si las victorias le hubieran coronado; pero el Todo Poderoso en su infinita bondad os ha libertado de esta desgracia.

Estoy pronto á entablar comunicaciones con vos, y daros pruebas de mi alta consideracion. = *Horacio Sebastiani.* »

Núm. 2.º

CONTEXTACION.

«Sr. General: Yo no sigo un partido: sigo la santa y justa causa que sostiene mi Patria; que unanimemente adoptamos los que recibimos de su mano el augusto encargo de defenderla y regirla, y que todos habemos jurado seguir y sostener á costa de nuestras vidas. No lidiamos, como pretendéis, por la Inquisicion, ni por soñadas preocupaciones, ni por el interés de los Grandes de España: lidiamos por los preciosos derechos de nuestro Rey, nuestra religion, nuestra constitucion, y nuestra independencia. Ni creais que el deseo de conservarles esté distante del de destruir quantos obstáculos puedan oponerse á este fin; ántes por el contrario, y para usar de vuestra frase, el deseo y el propósito de regenerar la España y levantarla al grado de esplendor que ha tenido algun dia, y que en adelante tendrá, es mirado por nosotros como una de nuestras principales obligaciones. Acaso no pasará mucho tiempo sin que la Francia y la Europa entera reconozcan, que la misma nacion, que sabe sostener con tanto valor y constancia la causa de su Rey y de su libertad, contra una agresion tanto mas injusta, quanto menos debia esperarla de los que se decian sus primeros amigos, tiene tambien bastante zelo, firmeza y sabiduria, para corregir los abusos que la condujeron insensiblemente á la horrible suerte que le preparaban. No hay alma sensible que no llore los atroces males que esta agresion ha derramado sobre unos pueblos inocentes, á quienes, despues de pretender denigrarlos con el infame título de rebeldes, se niega aun aque-

lla humanidad que el derecho de la guerra exige, y encuentra en los mas barbaros enemigos. Pero ¿á quien serán imputados estos males? ¿A los que los causan, violando todos los principios de la naturaleza y la justicia, ó á los que lidian generosamente para defenderse de ellos, y alejarlos de una vez y para siempre de esta grande y noble nacion? Porque Sr. General, no os dexéis alucinar; estos sentimientos que tengo el honor de expresaros, son los de la Nacion entera, sin que haya en ella un solo hombre bueno, aun entre los que vuestras armas oprimen, que no sienta en su pecho la noble llama que arde en el de sus defensores. Hablar de nuestros aliados fuera impertinente si vuestra carta no me obligase á decir en honor suyo, que los propósitos que les atribuí, son tan injuriosos, como agenos de la generosidad con que la nacion Inglesa ofreció su amistad y sus auxilios á vuestras provincias, quando desarmadas y empobrecidas los imploraron, desde los primeros pasos de la opresion con que la amenazaban sus amigos. En fin Sr. General, yo estaré muy dispuesto á respetar los humanos y filosóficos principios que segun nos decis, profesa vuestro Rey Josef, quando vea que ausentándose de nuestro territorio, reconozca, que una Nacion, cuya desolacion se hace actualmente á su nombre, por vuestros soldados, no es el teatro más propio para desplegarlos. Este seria ciertamente un triunfo digno de su filosofia; y vos Sr. General, si estais penetrado de los sentimientos que ella inspira, debereis gloriaros tambien de concurrir á este triunfo, para que os toque alguna parte de nuestra admiracion y nuestro reconocimiento. Solo en este caso me permitirán mi honor y mis sentimientos entrar con vos en la comunicacion que me proponéis, si la Suprema Junta Central lo aprobare. Entre tanto recibid, Sr. General, la expresion de mi sincera gratitud, por el honor con que personalmente me tratáis, seguro de la consideracion que os profeso. Sevilla 24 de abril de 1809. = *Gaspar de Jovellanos.* = Excmo. Sr. General Horacio Sebastiani.»

NÚM. 3.º

Al Excmo. Sr. D. Francisco de Saavedra.

«Señor: Os hallais animado por el amor de la patria; quereis su felicidad; estais léxos de desear padezca por más tiempo baxo las trabas que la feudalidad y la Inquisicion oponen á su regeneracion; teneis sentimientos demasiado grandes, demasiadamente dignos de un verdadero español para querer ser el instrumento de los extrangeros ó de los fanáticos que se complacen en entretener vuestras discordias. Esta opinion que tengo formada de vuestro carácter y de vuestras luces, me mueve á proponeros el acabar de una vez los males de la España, que se aumentarian con una mas larga resistencia.

Despues de una lucha tan larga, y que circunstancias desagradables han ocasionado, ¿no es ya tiempo de hacer gozar, así vuestra provincia como lo demas de la nacion, de todos los bienes que le ofrece la constitucion liberal que le ha sido dada por S. M. el Emperador, y de que sale responsable el caracter justo, leal y generoso de su augusto hermano el Rey Josef? Os es facil, Señor, adquirir el título más bello y dulce á los ojos de la humanidad y al reconocimiento de vuestra patria, empleando la influencia que vuestro caracter y vuestros talentos os dan en los negocios, para hacerla gozar inmediatamente de todas estas ventajas. Atraedla hácia un monarca cuyas

calidades merecen toda su confianza, como su gobierno les asegura el honor y la prosperidad que han sido hasta aquí el objeto de sus deseos y trabajos.

Creed que el sentimiento de vuestros verdaderos intereses, tanto como la estimacion que profeso á vuestra nacion y á vuestra persona, me inducen á dar este paso, y que me considere feliz si puedo ayudaros á lograr el fin que os propongo.

Hacedme conocer si, como lo espero, estais dispuesto á ello.

Debeis no obstante conocer suficientemente mi caracter para creer que no por eso dexarémos de marchar, y que nada podrá detener los progresos de nuestros exércitos, cuyos sucesos se hallan asegurados por el genio todo poderoso del Emperador, á quien Dios ha asegurado la victoria sobre todos sus enemigos.

Recibid, Señor, la expresion de mi perfecta consideracion.—*Horacio Sebastiani.*»

Núm. 4.º

CONTEXTACION.

«Sr. General: He recibido la apreciable carta de V. E., fecha en Dainiel el 12 del corriente, y no puedo menos de darle las más expresivas gracias por la buena opinion con que me honra, y que ciertamente no mereceria si asintiese á lo que me propone. V. E. no se equivoca en decir que me anima el amor de mi patria, pero este amor, y la confianza con que el pueblo español ha descansado en la fidelidad de mis sentimientos, llamándome á tomar parte en la administracion de los negocios públicos desde el principio de esta dolorosa guerra, son el móvil de todas mis operaciones. Creo seguir la causa de la justicia; y penetrado intimamente de mi opinion, conseqüente á mis principios de lealtad y al honor que ha dirigido en todos tiempos las acciones de mi vida, seguiré constantemente la senda que me he propuesto no abandonar, aun quando por los resultados inciertos de las armas me conduyesen á las últimas desgracias. Cerca del término de mi carrera, premiado con el afecto de mis conciudadanos, no vacilaré un solo momento en sacrificarme por corresponderles, aunque vea sobre mi cuello el cuchillo de la venganza. Además, Señor General, ¿cree V. E. que si fuera posible que yo olvidase los dictámenes de mi razon, abrazando el partido que me propone, lograria reducir á él á los que le impugnan? Lo único que conseguiria seria llenar de oprobio mis canas, y atraer sobre mi, por tan inesperada desercion, el furor de los buenos españoles. El entusiasmo de estos contra la mudanza de dinastia no es peculiar de las Andalucías, donde no han prevalecido todavía los exércitos franceses; lo es de las Provincias mismas que se hallan en el dia ocupadas por las tropas del Emperador. Esta verdad no puede ocultarse á la alta comprehension de V. E. En semejante caso mi conducta no solo es una conseqüencia de mi opinion particular, sino la voluntad general de la España; y yo no puedo jamás contrariar el irrevocable dictámen de mi amada patria. Reciba V. E. de todos modos el homenaje de mi consideracion hácia su persona. Sevilla 21 de abril de 1809.—B. L. M. de V. E. su mas atento servidor—*Francisco de Saavedra.*—Excmo. Sr. Horacio Sebastiani.»

Núm. 5.º

Al General del ejército de la Carolina.

«Sr. General: La gloria de dar la paz y la tranquilidad á su pais debe preferirse aun por un general de ejército á la que los combates pueden hacerle esperar. Entendámonos pues, Sr. General, para hacer cesar los males que pesan sobre la España, y para detener la efusion de sangre. Lo debemos uno y otro á las tropas que mandamos; lo debeis particularmente á vuestra patria en premio de la confianza que de vos hace.

El carácter franco, leal y bienhechor de S. M. el Rey Josef es para vos y vuestros compatriotas el garante mas seguro de quanto debeis prometeros. Por lo que hace á mí, me estimaré feliz si logro ser un intermediario útil entre el Rey y sus pueblos, procurar á estos con una pronta paz la tranquilidad que les es tan necesaria despues de tantas tempestades, y la felicidad con que pueden contar baxo un tal monarca. Estas miras me hacen tener el honor de escribiros, y de esperar vuestra respuesta. Este paso que doy debe pareceros tanto más franco, quanto lo hago en el momento mismo en que nuestras ventajas son tan decisivas que no se puede dudar del suceso de la guerra, y que ya nadie puede contrarrestarlas, dirigidas por el genio todo poderoso del Emperador, á quien Dios ha asegurado la victoria contra todos sus enemigos.

Recibid, Señor General, la expresion de mi mas alta consideracion.
=*Sebastiani.*»

Núm. 6.º

CONTEXTACION.

«Sr. General: Recibí á su debido tiempo vuestra carta de 12 del anterior mes, y no habria faltado á la debida atencion de contextaros sin demora, si yo no dependiese de un gobierno, á quien debí dar parte antes de entrar con vos en correspondencia. Autorizado ahora para contextar, tengo el honor de aseguraros que estamos conformes en que nada es mas lisonjero que dar la paz y la felicidad á los pueblos; cuya gloria la miraré siempre como preferible á quantas puede proporcionar la suerte de las armas. España gozaba de aquel indecible bien y no debia esperar su pérdida, sus males, ni su efusion de sangre, de unos aliados á quienes habia hecho tan heróycos sacrificios, con aquella buena fe de su carácter que jamás le han negado las demás Naciones. Por una ambicion ilimitada, y sostenida por unos medios de guerrear desconocidos entre las Naciones cultas, la han sumergido en un cúmulo de males, de que debe libertarla el esfuerzo de sus hijos.

Sea enhorabuena leal y benéfico el carácter de vuestro Rey Josef; estas virtudes podrá ejercerlas en aquellos payses en que lo llamen á reynar los derechos de su familia, ó la voluntad de los pueblos. En quanto á mí jamás reconoceré otro Rey que el que he debido á mis leyes patrias instituidas por mis mayores, en la plenitud de su libertad. Estoy bien seguro de que no hay uno de mis compatriotas á quien no anime el mismo espíritu, por mas que se quiera alucinar á las Naciones distantes, con publicar como

voluntarios unos juramentos, y unos homenajes arrancados por el terror, por las bayonetas, y por todo género de violencias.

Convencido, como debeis estarlo, Señor General, de este inconcuso principio, y persuadido yo á que os creereis feliz, como me lo asegurais en contribuir á una paz pronta y á la tranquilidad que necesitan nuestros Reynos despues de tantas tempestades: os ruego empleeis el alto favor que mereceis á vuestro Emperador, para que retirándose sus exércitos de esta Península, y restituyéndonos á nuestro Rey el Señor D. Fernando VII, pueda gozar la nacion española de la felicidad que se promete en su reinado; siendo estas las bases sobre que podrémos admitir vuestras proposiciones. Por lo demas, la suerte de las armas ha sido en todos tiempos incierta y varia; y quando en la primera campaña contribuia yo á las glorias de mi patria, en los campos de Mengibar y Baylen, no por eso me lisongeaba de no tener que ofrecerla mi sudor y mi sangre en los combates de Bubberca y Uclés. No son tan seguros, Sr. General, como lo suponeis, los constantes triunfos de vuestras armas, ni creo que la *omnipotencia* de vuestro Emperador sea un garante de vuestras ulteriores victorias, y léxos de creer yo que la Divinidad pueda proteger (como me lo asegurais) una causa tan injusta, confio por el contrario que su inalterable justicia se declarará siempre por la guerra mas sagrada que puede encontrarse en la historia de los pueblos, y cuyos favorables anuncios empezamos ya á ver realizados. Destinado por el Supremo Gobierno á capitanear á mis compatriotas en tan sagrada lucha, será siempre mi resolucion la de salvar á mi patria, ó perecer con ella.

Recibid, Señor General, las expresiones de mi mas alta consideracion, con que soy vuestro más atento servidor.—Quartel general de Santa Elena 5 de mayo de 1809.—*Francisco Venegas.*»

Tercera correspondencia de D. Joaquin Maria Sotelo.

NÚM. 1.º

Carta del General D. Gregorio de la Cuesta.

«Excmo. Sr.—Dirijo á V. E. el adjunto pliego que D. Joaquin Maria Sotelo me ha dirigido esta mañana para el Sermo. Sr. Presidente, por medio de nuestras avanzadas, con el oficio original que me escribe; y segun me participa el Comandante de la vanguardia, se ha hecho dicha entrega á estilo de guerra, y sin comunicacion por el portador. Dios guarde á V. E. muchos años. Quartel general de Monasterio 11 de mayo de 1809.—Excelentísimo Sr.—*Gregorio de la Cuesta.*—Excmo. Sr. D. Martin de Garay.»

NÚM. 2.º

Carta de D. Joaquin Maria Sotelo al mismo General.

«Excmo. Sr.—Sírvasse V. E. de dirigir el adjunto pliego al Sr. Vice-Presidente de la Suprema Junta Central, sin embargo de la ninguna esperanza que me queda de recibir su contextacion. Dios guarde á V. E. muchos años. Mérida 9 de Mayo de 1809.—*Joaquin Maria Sotelo.*—Excmo. Sr. General en jefe del exército español de Extremadura.»

NÚM. 3.º

Carta de Sotelo al Sr. Presidente de la Junta Suprema.

«Excmo. Sr.—Por la contextacion del General D. Gregorio de la Cuesta á mi oficio de 27 de abril, me he enterado de que «una vez que mi comision no se dirija á tratar de la restitution de Fernando VII, esa Suprema Junta está irrevocablemente determinada á no responderme, ni escucharme sobre los medios de mitigar las calamidades de la Nacion.» Esto, en mi concepto, vale tanto como decir: que si no se curan los males de España con el remedio que la Junta considera radical, no quiere tampoco permitir que se les apliquen los lenitivos compatibles con las circunstancias; ni aun detenerse siquiera á exáminar cuáles sean estos, cuál el fin á que terminan, y cuáles los efectos que deberian producir. Qualquiera que sea el resultado de tan inflexible resolucion no disminuirá jamás la gloria de los que han procurado suavizar las desgracias de nuestra patria, ni entibiárá su zelo para trabajar incesantemente por su felicidad. Nuestro Señor guarde á V. E. muchos años. Mérida 9 de Mayo de 1809.—Excmo. Señor—*Joaquín Maria Sotelo.*—Excmo. Sr. Vice-Presidente de la Suprema Junta Central.»

NÚM. 4.º

Contextacion al General D. Gregorio de la Cuesta.

«Excmo. Sr.—La Junta Suprema Gubernativa del Reyno ha visto la nueva carta que D. Joaquín Maria Sotelo dirige á su presidente por mano de V. E.; ha resuelto no contextar. Lo comunico á V. E. para su inteligencia y cumplimiento. Dios guarde á V. E. muchos años. Real Palacio del Alcázar de Sevilla 12 de mayo de 1809.—*Martin de Garay.*—Excmo. Señor D. Gregorio de la Cuesta.»

Carta del General francés Sebastiani al brigadier D. Francisco Abadía.

«Sr. General.—Los males de la España deben haberos hecho una fuerte impresion; y tambien á mi me afligen. Deseo verlos fenecer, y creo llenar las miras de vuestro patriotismo convidándoos á ayudarme. Ya habeis hecho bastante por el honor militar; otra especie de gloria hay que en este momento conviene á un verdadero español, y es la de dar la paz y felicidad á su país. Amais demasiado á la España para querer servir las miras de una potencia extrangera, cuyas intrigas buscan entretener, para aprovecharse exclusivamente de ella, la lucha que existe entre nosotros, lucha que cada día es más desigual, y contraria en un todo á los verdaderos amigos de la España. ¿Que pueden desear mas feliz y conveniente que la constitucion que les asegura el gobierno del Rey Josef? No retardeis por mas tiempo los bienes que os promete, y de los que os es un seguro garante el caracter personal de este Príncipe. A un hombre como vos pertenece el detener la efusion de sangre, que no tiene objeto alguno, y que siempre seria funesta; y dando á la débil parte de la España, que resiste aun, su tranquilidad, hacerla participar de las ventajas que un Monarca tan generoso como bienhechor é ilustrado asegura á toda la Nacion. Creed

que la estimacion que profeso á la nacion española, y á vos en particular, me dictan este paso; y que si puedo contribuir á procurar la paz y felicidad, veré con tanto gusto este suceso como el que nuestras armas acaban de obtener, y que nos asegura el genio todo-poderoso del Emperador, á quien Dios ha dado el poder sobre todos sus enemigos. Recibid, Señor General, la expresion de mi muy alta consideracion.—*Horacio Sebastiani.*»

CONTEXTACION.

«Excmo. Sr.—Muy Sr. mio: He recibido en este dia la carta de V. E. su fecha 12 del mes próximo pasado, en el quartel general de Daimiel; y manifestando V. E. en su contenido que se halla penetrado de los mas altos sentimientos de humanidad y justicia, y que desea contribuir por su parte á que se ponga un término á la lucha en que se han empeñado las dos Naciones; no se me ocurre otra contextacion que la de interesar á V. E. para que por un momento se ponga en mi lugar, y que consultando su honor y su conciencia, manifieste francamente si puedo yo abrazar otra causa que la de la defensa de mi patria, y de los derechos de mi Rey Fernando VII, sin prostituirme, y abandonar los deberes más sagrados. Los medios que deben poner un término á tantos males, son muy conocidos y sencillos: venga nuestro Fernando VII, y vuelvanse nuestros enemigos á sus antiguos límites. Entónces España, sin separarse de los intereses y acuerdo de sus aliados, y de las leyes del honor y de la equidad, entrará en contextaciones y condiciones que puedan ofrecer al mundo entero una paz honrosa, sólida y duradera. Tienda V. E. una ojeada sobre las ocurrencias que precedieron á la salida de España de nuestro Fernando VII; los medios y ardidés que proporcionaron á los franceses la ocupacion de nuestras plazas principales; el espíritu de rapiña, incontinencia, y vandalismo con que se han distinguido sus legiones devastadoras en los payses que han ocupado; y no se sorprenderá V. E. de que por muchos siglos se transmita de una generacion á otra un odio implacable y una venganza eterna. Nuestro Sr. guarde la vida de V. E. muchos años. Ubeda 10 de mayo de 1809.—B. L. M. de V. E. su atento seguro servidor.—*Xavier Abadía.*—Excmo. Sr. D. Horacio Sebastiani.»

NUMERO 12.

Defendían solamente la plaza de Alcántara dos cuerpos portugueses; el de la Legion leal lusitana con fuerza de unos 1.000 hombres, y el regimiento de Milicias de Idanha que tenía sobre 1.017, con 50 caballos además del regimiento del arma núm. 11 y dos piezas de artillería de á 4 y dos obuses, todo al mando del coronel Guillermo Mayne, enviado por Sir Wellesley para hacerse cargo de aquella legion con el mayor Grant por segundo. Aquella gente valerosa habia ya el 12 de Mayo disputado con el mayor arrojo al enemigo el terreno en Brozas, donde se encontraban sus avanzadas. Desde allí fueron despues los franceses sobre Alcántara, donde consiguieron los nuestros embarazarles el paso del puente por más de seis horas, hasta retirarse los portugueses á la vista de los atacantes hacia Rosmaninhal, aunque con alguna pérdida pero llevandose toda su artillería, excepto una pieza, y eso á pesar de la gran superioridad de los franceses en infantería y caballería. El ataque del puente comenzó hacia las ocho de la mañana del día 14, siendo la fuerza de los franceses proximamente de 10.000 infantes, 1.500 ginetes y 12 piezas, algunas de á 8 y otras de á 12. El ataque se verificó en tres columnas y por tres diferentes puntos con su artillería y caballería, avanzando por el camino de Brozas de donde se habian retirado nuestras avanzadas.

El coronel Mayne, seguro de la aproximacion del enemigo, se retiró de la ciudad á la orilla derecha del Tajo, donde tomó posicion, haciendo en el puente mismo las obras necesarias para embarazar el paso. Dejó dentro de la ciudad 20 caballos resto de los 50 que llevaba de los dragones de Almeida, de los que los 30 habian perecido en las marchas y operaciones anteriores. Además de los citados 20 caballos quedaron tambien en la poblacion 50 infantes á las órdenes del mayor Grant, destinado á vigilar á los franceses que aparecieron en la forma ya dicha la mañana del 14 á las inmediatas órdenes del mariscal Victor. A la vista de fuerzas tan desproporcionadas, Grant se retiró á la posicion de Mayne destruyendo los pasos de uno y otro lado del puente, practicados de modo que pudieran obstruirse cuando los hubiera salvado nuestra caballería. Desde las nueve de la mañana la artillería de los contendientes, establecida de una parte y otra convenientemente, estuvo haciendo siempre su oficio con un fuego lo mas terrible que le fuera dable, fuego que continuó hasta mediodía, que fué cuando el regimiento de Milicias de Idanha á Nova, viendo caer muertos ó heridos algunos de sus oficiales y soldados, se entregó á la fuga, dejando sola en el combate á la legión leal lusitana. En tal circunstancia el coronel Mayne dispuso dar fuego á las minas del puente, cuya explosión solo hizo efecto en un lado. El mismo Mayne confió al mayor Grant el mando de las baterías para con su fuego proteger en lo posible la retirada de nuestra escasa fuerza, retirada que efectivamente se emprendió á eso de las tres de la tarde, despues de agotadas las municiones todas y cuando ya no se podía prolongar mas la resistencia. El intrépido Grant, herido en el combate anterior de Brozas, sin volver nunca las espaldas al enemigo, dió con su acostumbrado valor cuanta ayuda podía al celosísimo coronel Mayne, á quien facilitó la retirada con la mayor regularidad que puede imaginarse y salvando toda su artillería. En el resto de la tarde la caballería francesa se dió á perseguir vivamente á la pequeña division portu-

guesa; pero á pesar de las hábiles disposiciones de sus jefes, no logró estorbar la retirada de los nuestros como deseaba, ni aun impedir que se guardaran los heridos y se reuniesen los dispersos. Cruzado el Erjas, que en un gran espacio sirve allí de frontera á las dos naciones, Grant fué á reunirse á su cuerpo al pie de Ladoeiro. Es imposible dar idea justa de los elogios que merecieron los oficiales y soldados de la valiente legion leal lusitana por su intrepidez y conducta incomparable: desde el primero hasta el último soldado de aquel cuerpo pelearon como beneméritos de la patria. Ese brioso hecho de armas de Alcántara, que nada tiene que envidiar como gloria militar á las más brillantes batallas de la guerra de la península, costó á la pequeña division portuguesa la pérdida de 89 individuos; á saber: muertos, un oficial y 23 soldados; heridos, 4 oficiales y 65 soldados. El número de los extraviados se elevó en un principio á 200, la mayor parte de los cuales se fué sucesivamente uniendo despues á la division, quedando por fin su cifra reducida á la de 5 oficiales y 89 soldados.»

NUMERO 13.

Estado de la organizacion y fuerza del ejército del Centro en 16 de Junio de 1809.

| DIVISIONES y sus comandantes. | CUERPOS DE QUE SE COMPONIAN. | TOTAL DE | |
|---|---|----------|----------|
| | | Tropa | Caballos |
| 1. ^a Division. Brigadier don Pedro Agustín Giron..... | <i>Infantería</i> .—Burgos, 1085.—Cuenca, 869.—1. ^o de Loja, 703.—Alcalá, 629.—1. ^o de España, 548.—1. ^o de Sevilla, 593..... <i>Caballería</i> .—Montesa, 349.—Reina, 183... <i>Artillería</i> .—Un cañon de á 8.—Un obus de á 7.—Y dos cañones de á 4..... <i>Zapadores</i> .—Una compañía de minadores. | 4959 | 532 |
| 2. ^a Division. Brigadier don Gaspar Vigodet..... | <i>Infantería</i> .—Corona, 1130.—Ronda, 1096.—Ordenes militares, 836.—Alcázar de San Juan, 825.—1. ^o de Guadix, 522.—Ciudad Real, 258..... <i>Caballería</i> .—Granada, 322.—España, 287. <i>Artillería</i> .—4 piezas..... <i>Zapadores</i> .—Una compañía..... | 5276 | 609 |
| 3. ^a Division. Mariscal de campo D. Pedro Grimarest. | <i>Infantería</i> .—2. ^o de Jaen, 985.—Ecija, 902.—2. ^o de Córdoba, 849.—Bailén, 1121.—1. ^o de Reales Guardias, 663.—Alpujarras, 579.—Velez Málaga, 445..... <i>Caballería</i> .—Farnesio, 404.—Santiago, 295.—Alcántara, 343.—Príncipe, 324... <i>Artillería</i> .—Dos cañones de á 8.—Un obus.—Y dos cañones de á 4.—De á caballo, un cañon de á 8.—Un obus de á 7.—Total, 7 piezas..... <i>Zapadores</i> .—Una compañía..... | 6910 | 1366 |
| 4. ^a Division. Brigadier don Francisco Gonzalez del Castañon..... | <i>Infantería</i> .—5. ^o de Sevilla, 535.—1. ^o de Málaga, 743.—2. ^o de Guardias Españolas, 953.—Jerez, 650.—2. ^o de Loja, 510.—Bujalance, 469.—3. ^o de Córdoba, 422..... <i>Caballería</i> .—Granaderos de Fernando VII, 527..... <i>Artillería</i> .—De á caballo, 2 cañones de á 8.—2 de á 4.—2 obuses de á 7.—De á pie, 4 piezas de á 12.—Total, 10 piezas..... <i>Zapadores</i> .—Una compañía..... | 4809 | 527 |
| 5. ^a Division. Mariscal de campo D. Tomas de Zerain. | <i>Infantería</i> .—2. ^o de España, 1064.—1. ^o de Córdoba, 2044.—Provincial de Sevilla, 887..... <i>Caballería</i> .—Dragones de la Reina, 180.—Cazadores de la montaña de Córdoba, 169. <i>Artillería</i> .—Tres cañones de á 8.—Y un obus de á 7..... <i>Zapadores</i> .—Una compañía..... | 4344 | 349 |

RESUMEN GENERAL.

| DIVISIONES. | Tropa. | Caballos. | Cañones. | Obuses. |
|-------------------------------|--------|-----------|--------------------------------|-----------------|
| 1. ^a Division..... | 4959 | 532 | { De á 8... 1 De á 4... 2} | { De á 7..... 1 |
| 2. ^a Idem..... | 5276 | 609 | { De á 8... 2 De á 4... 2} | { De á 7..... 1 |
| 3. ^a Idem..... | 6910 | 1366 | { De á 8... 3 De á 4... 2} | { De á 7..... 2 |
| 4. ^a Idem..... | 4809 | 527 | { De á 12... 4 De á 8... 2} | { De á 7..... 2 |
| 5. ^a Idem..... | 4344 | 349 | { De á 4... 2 De á 8... 3} | { De á 7..... 1 |
| <i>Totales</i> | 26298 | 3383 | 23 | 7 |

PLANA MAYOR.

General en jefe..... { El mariscal de campo D. Francisco Ja-
vier Venegas.

Cuartel maestro general.....

Mayor general de infantería..... El brigadier D. Miguel de los Ríos.

Idem de caballería... El mariscal de campo marqués de Gelo.

Comandante general de artillería. El brigadier D. Antonio de la Cruz.

Idem de ingenieros..... El brigadier D. Juan Bouligni.

Intendente..... { D. Tomás Gonzalez Carvajal, encar-
gado.

Vicario general..... D. Hilarion Gainza.

Auditor de guerra..... D. José de Elola.

Proto-médico..... D. Juan Manuel Arejula.

Cirujano mayor..... D. José María Turlan.

Boticario mayor..... D. Antonio Fernandez de la Peña.

NUMERO 14.

Entre los «Estados de la organizacion y fuerza de los ejércitos españoles», arreglados por la Seccion de Historia militar, no existe el correspondiente al de las tropas que asistieron á la compañía de Talavera. Así es que no podemos ofrecer á nuestros lectores sino el que nos ha sido dable formar con los datos que nos ha proporcionado el Depósito de la Guerra, procedentes del General Conde de Clonard.

Se sabe la fuerza total, segun puede verse en el texto de esta obra; pero no la organizacion ni los detalles que á ella corresponden en un cuadro completo.

EJÉRCITO DE EXTREMADURA EN 1809

GUARNICION DE BADAJOZ EN ENERO DE 1809

Gobernador, el Mariscal de Campo D. Juan Gregorio Mancio.

Regimientos

I.—Voluntarios de Madrid.
 Voluntarios de Plasencia.
 Leales de Fernando VII.
 Cazadores de Zafra.
 Voluntarios de Trujillo.

El ejército de Extremadura tenía 10.500 infantes:

| | |
|---|-------|
| Vanguardia al mando del Mariscal de Campo D. Juan de Henestrosa | 5.000 |
| 1. ^a division al del Mariscal de Campo Duque del Parque..... | 2.500 |
| 2. ^a id. al del Mariscal de Campo D. Francisco Trias..... | 3.000 |

A fines de Enero se organizó la 3.^a division á las órdenes del Mariscal de Campo, Marques de Portago.

En principios de Marzo 1.^a division en Mesas de Ibor, 2.^a en Fresnedoso, la vanguardia en el puente de Almaraz y el cuartel general en Deleitosa.

Estado de los cuerpos que, del ejército del Centro, pasaron de orden de la Junta Central al de Extremadura en 21 de Marzo de 1809 desde Ciudad-Real, con el Mariscal de Campo Duque de Alburquerque.

| CUERPOS | Fuerzas efectivas | Fuerza que marchó |
|---|-------------------|-------------------|
| Comandante general, el Brigadier D. Luis Alejandro de Bassecourt. | | |
| Osuna..... | 1.061 | 895 |
| Granaderos del General..... | 679 | 679 |
| Guadix, Provincial..... | 929 | 755 |
| Cordova, Provincial..... | 687 | 330 |
| Cazadores de Campo mayor..... | 825 | 305 |
| Tiradores de Cádiz..... | 810 | 636 |
| <i>Total.....</i> | <i>4.991</i> | <i>4.566</i> |

Estado de la organizacion de las tropas del mismo ejército inmediatamente despues de la batalla de Medellin, en 4 de Abril de 1809, embebidos en las divisiones la del brigadier D. Luis Alejandro de Bassecourt, procedente del ejército del Centro.

Plana mayor

General en jefe, el Teniente general D. Gregorio de la Cuesta.
 Mayor general de Infantería, el Brigadier D. José M.^a de Alós.
 Mayor general de Caballería, el Brigadier Marqués de Malaespina.
 Comandante general de Artillería, el Brigadier D. Gregorio Rodriguez.
 Comandante general de Ingenieros, el Brigadier D. Manuel Zappino.
 Mayor general de Artillería, el Coronel D. José Navarro Falcon.
 Secretario de Campaña, el Coronel D. José de la Cruz.

Oficiales generales empleados

El Teniente general D. Francisco de Eguía.
 El Teniente general D. Pedro Rodríguez de la Buria.

| CUERPOS | Batallones ó Escuadrones | Fuerza |
|---|-----------------------------|--------------|
| Vanguardia | | |
| Comandante general, el Mariscal de Campo D. Juan de Henestrosa. | | |
| Granaderos del General..... | 1 | 895 |
| Voluntarios de Plasencia. (1)..... | 1 | 608 |
| Cazadores de Campomayor..... | 1 | 379 |
| Cazadores de la Serena..... | 1 | 1.168 |
| Cazadores de Antequera (2. ^o batallon). | 1 | 893 |
| | <i>5</i> | <i>3.943</i> |

(1) De guarnicion en la plaza de Badajoz.

| CUERPOS | Batallones ó Escuadrones | Fuerza |
|--|-----------------------------|--------|
| 1.ª División | | |
| Comandante general, el Teniente general Duque del Parque. | | |
| Reales guardias españoles (4.º batallón) | 1 | 850 |
| Reales guardias Wallonas (4.º batallón) | 1 | 300 |
| Jaen | 2 | 879 |
| Osuna | 2 | 895 |
| Tiradores de Cádiz | 1 | 600 |
| Burgos, Provincial | 1 | 510 |
| Guadix, Provincial | 1 | 755 |
| | 9 | 4.789 |
| 2.ª División | | |
| Comandante general, el Mariscal de Campo D. Francisco Trias. | | |
| Irlanda (2.º y 3.º batallón) | 2 | 1.211 |
| II. Voluntarios de Cataluña | 1 | 685 |
| II. Mallorca | 1 | 1.460 |
| Tiradores de Mérida | 1 | 1.170 |
| Cazadores de Badajoz (una compañía). | » | 170 |
| Toledo, Provincial | 1 | 700 |
| Badajoz, Provincial | 1 | 500 |
| | 8 | 5.896 |
| 3.ª División | | |
| Comandante general, el Mariscal de Campo Marqués de Portago. | | |
| Badajoz | 2 | 1.475 |
| Leales de Fernando VII (1) | 2 | |
| III. Voluntarios de Sevilla | 1 | |
| Cazadores de Zafra (2) | 1 | 500 |
| Córdoba, Provincial | 1 | 636 |
| Voluntarios de Trujillo (3) | 1 | 750 |
| | 9 | 5.801 |
| Resumen general | | |
| Vanguardia | 5 | 3.943 |
| 1.ª División | 9 | 4.789 |
| 2.ª División | 8 | 5.896 |
| 3.ª División | 9 | 5.801 |
| <i>Total general</i> | 31 | 20.429 |

(4, 2 y 3) De guarnición en la plaza de Badajoz.

Caballería que asistió á la batalla en número total de 2.000 caballos, pero cuya fuerza detallada se ignora.

| | | |
|---------------------|---|------------------------------------|
| De línea | { | Infante. |
| | { | Carabineros Reales de Extremadura. |
| | { | Rey. |
| Dragones | { | Reina (264 caballos). |
| | { | Almansa. |
| Cazadores | { | Granada de Llerena. |
| | { | Imperial de Toledo. |
| | { | Voluntarios de España. |
| | { | Montañas de Córdoba. |

Estado de los cuerpos que del ejército del Centro pasaron el 4 de Abril de 1809 de orden de la Suprema Junta Central al de Extremadura.

| Armas | CUERPOS | Batallones | Fuerza |
|----------------------|---|------------|--------------|
| | Comandante general, el Mariscal de Campo D. Pedro Agustin de Echévarri. | | |
| Infantería | Reyna (1. ^{er} batallon) | 1 | 795 |
| | Africa (1. ^{er} batallon) | 1 | 838 |
| | Real Marina (1. ^{er} regimiento) (1) . . | 2 | 615 |
| | Murcia (1. ^o y 2. ^o batallon) | 2 | 1.229 |
| | Cazadores de Barbastro (2. ^o batallon) | 1 | 851 |
| | Cazadores Voluntarios de Valencia y Alburquerque | 1 | 831 |
| | Sigüenza, Provincial | 1 | 1.081 |
| | | <u>9</u> | <u>6.280</u> |

3.^a division del ejército de Granada que marchó el 12 de Abril de 1809 á reforzar el de Extremadura.

| | | | |
|----------------------|--|----------|--------------|
| Infantería | Vélez-Malaga (de línea) | 3 | 2.400 |
| | Antequera (2. ^o batallon) | 1 | 1.200 |
| | | <u>4</u> | <u>3.600</u> |

Intimada en vano la rendicion de Badajoz, Víctor se situó en Mérida donde se le reunió la division Lapisse el 19 de Abril que venía de Castilla, asesinando é incendiando «como una *orda* de salvajes», los pueblos por donde pasaba. El Mariscal despues invadió Portugal.

Cuesta se hallaba en Fuente del Maestre donde dió al ejército la organizacion siguiente:

(1) El 21 de Marzo se hallaba en la villa del Algarrobo en donde se incorporó en la division del General Echévarri.

- Vanguardia, Brigadier D. José de Zayas.
- Infantería... { 1.^a Division, Mariscal de Campo Marqués de Zayas.
 2.^a Division, Mariscal de Campo D. Vicente Iglesias.
 3.^a Division, Mariscal de Campo Marqués de Portago.
 4.^a Division, Mariscal de Campo D. Rafael Manglano.
 5.^a Division, Mariscal de Campo D. Luis Alejandro de Bassecourt.
- Caballería .. { 1.^a Division, Teniente General D. Juan de Henestrosa.
 2.^a Division, Teniente General Duque de Alburquerque.

No consiguiendo Víctor nada en Portugal y sabiendo á los ingleses en Castello-Branco, se situó en Plasencia el 19 de Junio.

Extremadura.—Estados de fuerza de este ejército desde 1808 á 1812. Legajo de papeles en el Depósito de la Guerra procedentes del Conde de Clonard.

NUMERO 15.

Estado de la fuerza del ejército inglés en 27 de Junio de 1809.*Artillería.*

Seis brigadas, 30 piezas, al mando del Mayor General Howorth.

Caballería.

Tres brigadas, 3.047 sables, mandados por el Teniente General Payne.

Infantería.

- 1.^a division, de 4 brigadas, 6.023 bayonetas, mandada por el Teniente General Sherbrooke.
 2.^a division, de 2 brigadas, 3.947 bayonetas, mandada por el Mayor General Hill.
 3.^a division, de 2 brigadas, 3.736 bayonetas, mandada por el Mayor General Mackenzie.
 4.^a division, de 2 brigadas, 2.957 bayonetas, mandada por el Brigadier General Campbell.
 5 divisiones de 13 brigadas, 19.710 sables y bayonetas.
 1.287 ingenieros, artillería y tropas del tren.

Total general. 20.997 hombres y 30 piezas.

Ademas, el regimiento núm. 40, tanto tiempo retenido en Sevilla por M. Frere, había llegado á Lisboa, y las tropas que habían emprendido la marcha desde esta ciudad, ascendían á cerca de 8.000 hombres. Estaban organizadas en tres brigadas, al mando del Mayor General Lightfoot y los Brigadieres Generales Robert y Catlin Crawfurt. La brigada de vanguardia, á las órdenes de Robert Crawfurt, no salió de Lisboa hasta el 28 de Junio.

El mismo Napier en sus apéndices, estampó el cuadro siguiente, cuya diferencia en la fuerza debe consistir en las bajas que produciría la marcha de Abrantes á Talavera.

Estado del ejército de Sir A. Wellesley el 25 de Julio de 1809.

| | <u>Hombres.</u> |
|--|-----------------|
| Cuartel general, en Talavera. | |
| Artillería..... | 1.584 |
| Caballería..... | 3.734 |
| Infantería..... | 29.694 |
| En los trenes..... | 398 |
| Total general..... | 35.410 |
| Bajas..... | { |
| En los hospitales..... | 4.827 |
| Destacados..... | 1.296 |
| | } 6.423 |
| Total de los presentes en las filas..... | 28.987 |
| Deducion de los regimientos en marcha.. | 9.141 |
| 30 piezas de artillería. | |
| Total efectivo..... | 19.846 |

NUMERO 16

Excmo. Sr.—Sucedida la accion de Aranjuez, y rechazados los enemigos, debí sospechar por sus continuos movimientos entre aquel real sitio y la ciudad de Toledo, que tratasen de salir por esta, y atacarme por la espalda. Con este respecto, y el de hacer un movimiento retrógrado, si lo dictasen las circunstancias, varié mi posicion, situando las divisiones en escala desde Aranjuez á Tembleque, donde establecí mi cuartel general al mediodia del 6. El 8 me participó el general Zerain, que con la quinta division de su mando estaba sobre Toledo, haber sabido que los enemigos acababan de recibir un refuerzo de 8.000 hombres, y temia ser atacado. En su auxilio hice que saliese la cuarta division, como lo verificó la misma noche, haciendo tránsito á Almonacid para reunirse despues del preciso descanso con la quinta; pero verificado el temido ataque ántes del amanecer del 9, se habia visto precisado, despues de una honrosa resistencia, á retirarse en buen órden á Sonseca, cuatro leguas distante de la Sisa, donde fue atacado. Desde allí, por mi prevencion, volvió á Almonacid á reunirse con la cuarta division; y para evitar que fuesen ámbas atacadas con desventaja, cerciorado de que los enemigos habian juntado todas sus fuerzas en Toledo, me dirigí con la tercera division de Almonacid á donde por mi órden llegaron tambien el mismo dia 10 pocas horas despues la primera y segunda. Todas las noticias que pude adquirir me persuadieron que los enemigos no pasaban de 14 000 hombres, cuyo dato, la buena disposicion de las tropas, que sabia yo llevarian con disgusto una nueva retirada; la repugnancia que ofrecia el abandonar por ella á los infelices pueblos de la Mancha, que con tanto gozo y patriotismo habian recibido al ejército; y la importancia de probar el valor y movilidad de nuestros soldados, eran otros tantos motivos que me inclinaban á combatir. A pesar de mi inclinacion, quise asegurarme de su fundamento, oyendo el dictámen de los generales de Artilleria é Ingenieros, y de los gefes de las divisiones, ocultando cuidadosamente mi opinion, para que expresasen la suya sin prevencion. Pero hallé tan conformes y unánimes sus votos y razones en que los fundaban con las que dexo expresadas que no vacilé el decidirme á atacar á los enemigos la madrugada del 12, para dar lugar á que las tropas descansasen el 11 de su fatigosa marcha, adquirir, si era posible, mas puntual y segura noticia del número de los contrarios, y dar las disposiciones convenientes.

El enemigo previno mi intencion, y á las cinco y media de la mañana del 11 empezó el tiroteo entre nuestras guerrillas y las suyas, aumentándose progresivamente por los refuerzos con que los generales de nuestras divisiones apoyaron aquellas, hasta que la presencia de las columnas enemigas no dexó duda de que era un serio y general ataque contra toda nuestra linea. El general Giron me dió aviso de ello y corrí á dar las convenientes disposiciones, llenándome de satisfaccion al ver la animosidad y alegría con que nuestros generales, gefes, y soldados, veian próximo el momento de combatir. La segunda division, mandada por el brigadier D. Gaspar de Vigodet, formaba el costado derecho; á esta seguia la cuarta, mandada por el mariscal de campo Don Francisco Gonzalez del Castejon; sucedia la quinta, del cargo del mariscal de campo Don Tomas de Zerain; despues la primera, á cuya cabeza se hallaba el brigadier Don Luis Lacy;

y la tercera, del mando del mariscal de campo Don Pedro Agustin Giron, estaba colocada á retaguardia del centro de todas, formando la reserva, aunque de esta ocupaban destacados un cerro á la izquierda de toda la línea los batallones de Bailen y Segundo de Jaen; y el de Velez-Málaga y Alpujarras los destiné, el primero á sostener una bateria avanzada, y el segundo sobre el cerro del castillo á retaguardia del pueblo, quedando Giron con los tres batallones restantes de su division, primero de Reales Guardias españolas, Ecija, y Segundo de Córdoba.

La caballeria, dividida en dos secciones, á derecha é izquierda de la línea, la puse á las órdenes de los mariscales de campo marques de Gelo, Don Tomas de Zerain, y vizconde de Zolina. En este estado, avanzaron sobre toda la extension de nuestra línea las columnas enemigas, apoyadas por 40 piezas de artilleria, entre obuses y cañones, estos últimos hasta el calibre de á 16: á las siete y cuarto se habia generalizado un recíproco y horroroso fuego, sostenido de una y otra parte con el mayor encarnizamiento; pero se conoció fácilmente que el principal ataque lo hacian sobre nuestra izquierda. Descubierta el designio, acudí á aquella parte; y observando muy empeñado al coronel Don José de Olazaval, con los granaderos y cazadores de la primera division, y obligado á replegarse sobre los batallones de Bailen y Jaen; y previendo no serian estos suficientes á detener el ímpetu de las gruesas columnas enemigas que se dirigian contra ellos, mandé á mi ayudante de campo Don Torcuato Truxillo con la orden de que el general Giron viniese á reforzarlos con los tres batallones de su reserva. Entretanto, un ayudante de Bailen vino á exponerme de parte de su gefe que eran muy crecidas las fuerzas enemigas, é imposible el resistirlas con las que allí habia; pero le contesté le enviaria al momento socorros, y que entretanto sostuviese el puesto hasta el último extremo. Giron acudió con la mayor presteza, y habiendo subido á la altura con desprecio del fuego de los enemigos, los batallones de Bailen y Jaen, que habian hecho muy buenas descargas contra las columnas enemigas, empezaron á ceder el terreno, en que acaso pudo tener parte la desgraciada casualidad de haber sido herido de un cañonazo el teniente coronel de Bailen Don Juan de Silva; y aquel movimiento desordenado introduxo la confusion en los batallones de la division tercera que iban á apoyarlos, apoderándose los enemigos de la cresta de la altura, á pesar del fuego que empezó á hacerles el primer batallon de Guardias Españolas.

Protegidas otras columnas enemigas por las que habian ocupado la altura, continuaban su marcha sobre nuestro flanco izquierdo; y para detenerlas, dispuse que la primera division desplegase á su frente para reprimirlas, como se consiguió, obligando á que se ocultasen detras de una pequeña loma para precaverse del fuego de nuestra fusileria. El de la artilleria enemiga era infernal, por el mayor número y calibre de sus piezas, aunque la nuestra contestaba con la mayor serenidad y firmeza. En esta ocasion, mandé que 200 caballos de los escuadrones de Fernando VII y Dragones de Granada atacasen una columna enemiga, como lo verificaron con el mayor denuedo, mandados por el coronel de caballeria, adicto á mi estado-mayor, Don Antonio de Zea, y el comandante del escuadron de los Dragones Don Nicolas Chacon; aunque habiéndose consolidado en masa aquella, y roto contra ellos un vivísimo fuego, con que perdimos bizarros soldados, y al benemérito y valeroso capitan Don Francisco Soto, matando tambien el caballo al bizarro comandante Don Nicolas Chacon, fue pre-

ciso desistir del empeño, que hizo siempre mucho honor á este pequeño cuerpo de caballería.

Entretanto la segunda, cuarta, y quinta division estaban mas ó menos empeñadas: la cuarta sufría por su flanco derecho el fuego de dos baterías, conservando su posición con la mayor firmeza y constancia, y el regimiento de Xerez se sostenía con bizarría apoyado en un olivar. El teniente coronel Don José Chacon, capitán de artillería de á caballo, fue en este instante mortalmente herido; y el segundo batallón de Guardias Españolas, que cubría la izquierda de esta division, empezó á ceder á las muchas fuerzas que le atacaban. Castejon mandó que lo sostuviese con su regimiento de Córdoba el brigadier Don Francisco Carvajal, que reuniendo los Guardias, y atacando ámbos cuerpos, hicieron retroceder al enemigo, que empezado á cargar por 300 caballos al mando del mariscal de campo vizconde de Zolina, hubiera padecido derrota á no haber sido la desgracia de entibiarse el ataque por haber muerto el caballo que montaba Zolina. El enemigo se aprovechó de este momento para cargar por frente y flanco á los Guardias y Córdoba, plegándose este con el mayor orden sobre el Quinto de Sevilla, avanzado sobre el camino real para contener al enemigo que se dirigía por él. Este regimiento se portó con el mayor honor, esperando al enemigo hasta la bayoneta, y haciendo oportunísimo y sostenido fuego, y sufriendo el del enemigo con la mayor constancia.

Continuando por nuestra izquierda las columnas enemigas, hice formar una segunda línea á las divisiones primera y tercera apoyadas en la falda y cima del cerro contiguo al del castillo, donde sufrieron un cruel fuego de artillería y fusilería; haciéndolo por su parte mortífero contra el enemigo la primera division y algunos batallones de la tercera. Pero ni esto, ni un nuevo ataque de caballería que ordené, y mandaron el mismo Zea, el coronel de Santiago Don Manuel Cisternes, y el teniente coronel de Granaderos de Fernando VII Don Luis Urbina, para desbaratar uno de los cuerpos enemigos, que sostenido de otros se había adelantado mas, no fue suficiente, aunque executado con bizarría, á detenerlas. El coronel de artillería y comandante del parque Don Manuel Llano, me pidió acompañar esta caballería, que le concedí, y desempeñó bizarramente.

La multitud de enemigos que, según se ha sabido posteriormente, ascendían á 27.000 les proporcionaba doblar nuestra línea; y así lo intentaban siempre por la izquierda, con cuyo motivo, y para contrariarles el plan, hice que Giron baxase con tres batallones á situarse en un olivar; y apenas lo había verificado, cuando aparecieron tres cabezas de columnas enemigas por la dirección en que se hallaba el regimiento de Ecija, que mandado por su coronel el marques de Las Cuevas del Becerro, se distinguió mucho, manteniéndose con la mayor firmeza, y desordenando la columna mas inmediata con un vivo y bien dirigido fuego.

En este estado, y conociendo la necesidad de emprender una retirada, despaché á mi ayudante de campo, Truxillo, con orden de que la segunda division, que era entonces la menos empeñada, viniese á formar á la espalda del ejército para cubrirlo en su marcha; y por si, al atravesar la línea, pudiese mi ayudante ser muerto ó herido, dupliqué la orden con el brigadier Don Antonio de Roxas, que seguía mi estado-mayor. Vigodet cumplió mi orden y mis intenciones con la mayor serenidad y acierto, siempre perseguido, cuando emprendió él mismo su retirada, por la infan-

teria, caballeria y artilleria enemiga. Tuvo diversos choques en que sus tropas se portaron bien, distinguiéndose en uno de ellos la compañía de granaderos de Ronda, que recobró un cañon, tomado ya por los enemigos, y lo dexó clavado: todo esto mandado por el teniente de la misma Don Antonio Espinosa. La voladura de unos carros de municiones, ocurrida sobre la derecha de esta division, espantó la poca caballeria que cubria su retaguardia: de aquí resultó algun desórden; y aprovechándose de él, el enemigo hirió algunos soldados, y llegaron los dragones enemigos hasta la cabeza de ella; pero fueron rechazados por el fuego de fusileria hecho con firmeza y union, en que tuvo mucha parte el acreditado brigadier Don Francisco de Reina, segundo comandante de la misma division.

En este acto se detuvo Vigodet, y dispuso que los comandantes de Artilleria é Ingenieros Don Juan de Molina y Don Eusebio Ruiz, el capitán de zapadores Don Antonio Remon del Valle, y el sargento mayor de infanteria de Guadix Don Antonio Falces, reuniesen varias partidas de caballeria que andaban esparecidas, con que logré juntar hasta 1.000 hombres que cubriesen su retaguardia. De este modo adelantadas las otras divisiones, se dirigieron todas por distintos caminos á Herencia, para desde allí continuar hácia Manzanares, Membrilla y Solana, sin que hasta entónces hubiese ocurrido mas dispersion que la ocasionada por los cansados y sedientos, que teniendo que acudir á satisfacer su necesidad en un pais tan árido á lejanos pozos, se atrasaban de sus cuerpos. Pero hallándose los primeros en Manzanares, y otros en sus cercanias, algunos soldados de caballeria, cobardes ó mal intencionados, difundieron la voz de que los enemigos se habian adelantado al camino de Valdepeñas á cortar la retirada; y esta infame voz, cuyos autores se investigan para que sufran el condigno castigo, motivó que las tropas se desbandasen, y que desluciesen en cierto modo la brillantez con que se habian portado en la batalla. Este incidente funesto y temible, se ha remediado, hallándose ya el ejército rehecho y reconcentrado en las posiciones de la Sierra, á que fue preciso se acogiese por no ser posible que en los pueblos y pais abierto de la Mancha hubiese recobrado su serenidad y el convenienté órden. Ya está todo conseguido, y los soldados desean animosos nueva ocasion en que combatir por su patria.

Estoi mui satisfecho de la pericia y valor con que se manejaron en Almonacid todos los generales y gefes, así de mi estado-mayor y reales cuerpos de Artilleria é Ingenieros, que constantes á mi intermediacion, me auxiliaron con sus luces, como en general los de las divisiones y cuerpos, que generalmente se portaron con el mayor acierto y honor. La infanteria se batió con la mayor firmeza, siendo pocos los cuerpos de quienes no pueda hacerse honrosa mencion.

La dispersion referida no me permite todavia puntualizar á V. E. la pérdida que sufrió nuestro ejército, pudiendo solo decir que la primera division tuvo 12 oficiales muertos, entre los cuales Don Vicente Martinez, digno coronel del regimiento Primero de España; y 18 heridos, siendo proporcionada la pérdida de la tropa. La segunda division 2 oficiales muertos, 3 heridos, entre estos, el digno coronel del regimiento de Dragones de Granada Don Diego Ballesteros, que tambien fue prisionero: otros 5 oficiales prisioneros ó muertos, 33 sargentos, cabos y soldados muertos, 78 de la misma clase heridos, á 237 muertos ó prisioneros. Las demas divisiones

detallarán su pérdida, y pasará estado general para conocimiento de V. E. La del enemigo fue mucho mas considerable, y por las noticias adquiridas por distintos conductos, la hacen subir á 8.000 entre muertos y heridos, contándose entre los últimos 3 generales, uno de los cuales falleció á las seis horas de entrado en Madrid.—Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general de la Carolina 22 de Agosto de 1809.—Excmo. Señor.—Francisco Venégas.—Excmo. Señor Don Antonio Cornél.

NUMERO 17

En el año de 1758, y á los 17 de mi edad, despues de haber estudiado la gramática y la filosofia en dos colegios, me incliné por una aficion irresistible á la carrera de las armas; tomé plaza de cadete en el regimiento infantería de Toledo, y pasé inmediatamente de guarnicion á la plaza de Orán, donde cursé las matemáticas en aquella real academia, y estudié practicamente los principios de la guerra, en la que continuamente habia que sostener contra los moros de aquel campo. En 1761 fuí nombrado subteniente en el regimiento de infantería de Granada; y marché á la campaña de Portugal en que asistí al sitio y toma de Almeyda. En 1766, beneficié compañía en el nuevo regimiento de infantería de Estremadura, donde egercí las funciones de sargento mayor, y dirigí su formacion hasta el completo y aprobacion de dicho cuerpo. En 1775 fuí nombrado alumno de la academia militar de Avila, donde recorri los autores militares, y me dediqué especialmente á la gran táctica, teórica y practicamente, por espacio de dos años, en los cuales desempeñé en dos ocasiones la comision de quintos de aquella provincia. En 1779, marché con mi regimiento al sitio de Gibraltar, en el qual asistí á los trabajos contra dicha plaza por espacio de catorce meses. En primeros de enero de 1781, me embarqué con mi regimiento para la isla de santo Domingo, donde permanecí en el ejército de operaciones que se disponia para la espedicion contra Jamaica, en cuyo embarco fuí hecho sargento mayor de mi cuerpo, y nombrado mayor de la brigada de Soria. Desde el cabo-francés pasé á la Habana, de donde fuí destinado con mi regimiento y el de Soria para apaciguar la insurreccion del Perú, y marché á Lima por el istmo de Panamá. Llegado á Lima, me embarqué despues de un año para el puerto de Arica y provincias internas del Perú con el mando del 2.^o batallon, y atravesé los Andes hasta Potosí y la ciudad de la Plata, en donde á mi llegada contuve y desbaraté una insurreccion de las milicias del pais, con solo una compañía de granaderos. A poco tiempo fuí nombrado teniente coronel del mismo cuerpo, y subsistí en la ciudad de la Plata, hasta que tranquilizadas aquellas provincias salí para Buenos Ayres en 1788. Despues de estar algunos meses en Buenos Ayres y Montevideo me embarqué con los restos de mi tropa para Cadiz, adonde llegué en agosto de 91, habiendo sido en mi viage graduado de coronel, y obtenido la propiedad por resultas de la coronacion de Carlos IV.

Luego que llegué á Cadiz se me destinó á la guarnicion de la plaza de Badajóz, donde completé y di nueva disciplina á mi regimiento, con el qual en principios del año 93 marché al ejército del Rosellon, en cuya campaña se conquistó bajo de mi mando particular á Cabestan y Bernet inmediatos á la plaza de Perpiñan, donde fuí herido. Me hallé en la batalla de Peires-tortes, de cuyas resultas fuí ascendido á brigadier: seguidamente pasé á Ceret de segundo del conde de la Union, y mandé la espedicion de san Lorenzo de Cerdá, y toma de la torre Batera, Monvoló y Peraldá en once de noviembre; la espedicion de Monvoló y toma de san Marzal en veinte del mismo; la reconquista del reducto de Ceret, y toma del puesto de san Ferriol en veinte y seis del mismo, por cuya accion fuí nombrado mariscal de campo; espedicion á san Lucas y toma del campo y altura de Lloroc en tres de diciembre; ataque y toma del reducto, baterias y campamento de Villalonga en siete del mismo. En diez y ocho de diciembre pasé

desde el campo de Villalonga á tomar el mando de 6.000 hombres en Bañals del Marc: el veinte atacó y tomé el retrincheramiento de las alturas del cabo Bearne, el puerto de Porvendre con catorce barcos, y el castillo de San Telmo; y en la madrugada del veinte y uno la plaza de Colibre con 97 piezas de artillería y muchos almacenes de todas provisiones. El veinte de abril de 94, pasé á tomar el mando de la izquierda del ejército en la frontera de Urgél, donde tuve varias expediciones y combates parciales, en que logré llamar la atencion de los enemigos por aquella parte. En veinte de diciembre fui llamado al cuartel general de Gerona, y se me confirió la subinspeccion de milicias del ejército de Cataluña. En diez y nueve de marzo de 95, se me dió el gobierno de la plaza de Gerona, amenazada de sitio por la pérdida de San Fernando de Figueras. En primeros de mayo volví á salir á campaña con el mando de la division de la derecha. En junio salí del campo de la Cruz de Fallines con la columna de granaderos provinciales, atacó á los enemigos sobre el rio Fluviá, y les puse en fuga. En catorce del mismo junio pasé el Fluviá por Bascara con mi division, atacó los enemigos en Armadas, les derroté y tomé dos piezas de artillería y varios efectos; fui atacado poco despues, y rechacé por tres veces en la batalla de Pontós al general Augereau con todas sus fuerzas, persiguiendole hasta cerca de Figueras. Fui nombrado para reconquistar la Cerdaña, y en veinte y seis de julio de 95 entré con 5.000 hombres por el valle de Rivas, atacó y derroté á los franceses en los campos de Osexe y Regoliza, intimé la rendicion á la plaza de Puigcerdá, y no habiendo querido rendirse en el mismo dia la tomé por asalto, con cerca de 2.000 prisioneros, entre ellos 2 generales y 9 piezas de artillería. Bloqueé á Verver, que se rindió por capitulacion con 10 piezas de artillería y 1.300 prisioneros, entre ellos su general. El veinte y nueve pasé á reconocer la plaza de Montluis, y quando me disponia á atacarla, sobrevino la paz y se suspendieron las hostilidades.

A pocos dias me retiré á mi gobierno de Gerona, donde fui creado teniente general, y poco despues nombrado presidente del consejo de trece generales para formar y juzgar la causa sobre la rendicion de la plaza de San Fernando, en Barcelona; y despues de su conclusion fui nombrado capitán general del reyno de Mallorca, y á muy poco tiempo capitán general de Castilla la Nueva y gobernador del supremo consejo, desde cuya época hasta el dia, el manifiesto que ahora público refiere mi conducta y servicios civiles y militares.

En vista de la anterior relacion y del manifiesto, donde se demuestra que por mis *pasos contados* y sin proteccion alguna he recorrido todos los grados de la milicia y desempeñado varias comisiones y empleos políticos, la Europa imparcial juzgará inverosímil, por no decir imposible, el que haya llenado tantos empleos y acciones de guerra, sin ninguna qualidad mas que la del valor, que como de gracia me concede el marqués de Wellesley, sin conocimiento de causa, y sin más motivo que el de defender y ensalzar á su hermano el lord Wellington, en los cargos que se le han hecho por su gobierno. Todas las demas invectivas que el marqués produce en sus oficios contra el ejército español y su general son dictadas por el mismo encono y espíritu; y no se responde á cada una de ellas en particular, por no dar á este manifiesto un ayre polémico á que no está destinado, y por no alagarlo más de lo que el público desea, de lo que la materia exige, y de lo que mi reputacion necesita.—Palma 14 de abril de 1811.—Gregorio de la Cuesta.

NUMERO 18

Partes de la batalla de Talavera.

Partes del General español D. Gregorio de la Cuesta.

PARTE PRIMERO

Anteanoche comuniqué á V. E., desde la orilla izquierda del Alberche, que temía ser atacado por la fuerza que el enemigo ha reunido en Talavera en caso de quedarme separado de los ingleses.

Esta consideracion me hizo volver á pasar el río, ayer por la mañana, y tomar la posicion que había convenido con el general Wellesley, formando ambos ejércitos una línea al frente de Talavera, tomando ventajas de las empalizadas y de cuanto ofrecia el terreno.

Apenas habíamos formado nuestra línea en esta posicion, cuando ayer á las cinco de la tarde se presentó el enemigo, en número según calculamos de 40.000 hombres, de los cuales 5.000 eran caballería, y al momento atacaron nuestra línea con la mayor obstinacion, dirigiendo su principal fuerza sobre la izquierda, ocupada por los ingleses, tratando de rodearlos por aquella ala.

El ataque y defensa fueron igualmente obstinados, tanto que llegaron á la bayoneta: pero al fin los enemigos fueron dos veces rechazados con mucha pérdida en muertos y heridos, habiendo durado la accion hasta las ocho y media de la tarde: los ingleses han sufrido tambien pérdida, especialmente en oficiales.

Nuestra pérdida no ha sido considerable, y hablando en general, nuestras tropas se han portado con valor y firmeza, á excepcion de *tres ó cuatro cuerpos que cometieron algunas faltas, de las cuales hablaré despacio.*

Esta mañana muy temprano el enemigo renovó el ataque, que aun continúa á las siete de esta tarde, pero ha sido constantemente rechazado y espero que seguirá siéndolo. José Napoleon se halló presente hasta esta tarde, que sabemos haberse retirado con su guardia á Santa Olalla, y que 98 carros de heridos pasaron el Alberche con él.

No tengo lugar para entrar en mas pormenores, habiendo estado con todas mis tropas sobre las armas por tres días en el campo de batalla, *con falta total de provisiones y medios de alcanzarlas; pues los comisarios y sus dependientes en este ramo se ausentaron de ambos ejércitos cuando oyeron los primeros tiros.*

Dios guarde á V. E. muchos años. Talavera 28 de Julio de 1809.—Gregorio de la Cuesta.—Excmo. Sr. D. Antonio Cornél (1).

PARTE SEGUNDO

Excmo. Sr.—A las siete de ayer tarde participé á V. E. desde el campo de batalla que seguían con obstinacion los ataques del enemigo y nuestra defensa. Luego que entró la noche calmaron las hostilidades, pero sin

(1) *El Español*, volumen I, folio 141.

abandonar los enemigos sus posiciones, hasta poco antes de amanecer que empezaron su retirada, y han repasado el Alberche con direccion á Cazalegas y Santa Olalla, desesperanzados ya de poder arrojarlos ni aun conovernos de nuestra posicion. Han dejado su campo sembrado de cadáveres y de heridos, que no han tenido tiempo ni arbitrio de retirar: han sufrido una pérdida horrorosa, que hubiera sido mayor si el cansancio y falta de alimento de nuestras tropas nos permitiese el perseguirlos. Los ingleses tambien han sufrido mucho en la pérdida de tres generales, muchos oficiales subalternos y alguna tropa; *pero no se les puede negar la gloria de haber combatido con mucho valor y disciplina, y de haber hecho conocer á los franceses que no les cederán jamás en ningún empeño, especialmente si son dirigidos y mandados por su sabio, activo y valeroso general Sir Arturo Wellesley.*

Las tropas españolas y especialmente los cuerpos que tuvieron mas proporcion, no dejaron que desear en su denuedo y bizarria. El fuego horroroso y bien sostenido de nuestra infanteria desbarató los repetidos ataques del enemigo, y las acometidas de nuestra caballeria les han causado mucho daño. El regimiento del Rey particularmente, se ha cubierto de gloria: les ha tomado algunos cañones en concurrencia con los ingleses, un general, un coronel y varios oficiales prisioneros. Sin embargo de que me reservo hablar de los demás para premio de los que se han distinguido, pido desde ahora que su coronel el brigadier D. José María Lastra sea promovido á Mariscal de campo por haber atacado á la cabeza de su regimiento, dando el mejor ejemplo.

Por las declaraciones de los prisioneros sabemos; que al ataque de ayer mañana asistió toda la guardia de José Napoleón, en la que fundaba todas sus esperanzas. Acabo de saber que su ejército consternado, se dirige á Toledo sin víveres ni medio alguno de subsistir.

Finalmente, la premura del tiempo solo me permite decir, que ha sido la acción mas gloriosa é importante de toda la guerra, y la que espero nos abrirá el camino para el Ebro, luego que tengamos lo mas necesario para alimentar la tropa.

Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general del campo de Talavera 29 de Julio de 1809.—A las 10 de la mañana.—Excmo. Sr.—Gregorio de la Cuesta.—Excmo. Sr. D. Antonio Cornél.

PARTE TERCERO

Excmo. Sr.—Trasladado mi cuartel general el día 21 del corriente á Velada, según di parte á V. E. aquella misma noche, despues de haber visto en Oropesa en la tarde del propio día el hermoso y lucido ejército inglés que se había reunido todo en dicha villa, mandé situar mi vanguardia delante de Velada, concluido que fué por la noche el fuego de nuestras guerrillas con las avanzadas y cuerpo de vanguardia enemigo, establecido entonces y apoyado en el lugar de Gramonal dos leguas distante de Talavera, el que fué arrojado y perseguido hasta el Casar. Al amanecer del 22, todo mi ejército reunido en la gran llanura que media entre Velada y Talavera, dispuse que la vanguardia, al mando de su intrépido Jefe el Brigadier D. José de Zayas, cargase al enemigo que se había reforzado con la division del General Latour Maubourg, y ordené que las divisiones de infanteria y caballeria marchasen en columnas cerradas para que avan-

zando hacia Talavera protegiesen el ataque, si los franceses tenían la osadía de hacerse fuertes á la entrada de esta villa, como parece tenían determinado. El parte de Zayas que traslado, dará á V. E. un conocimiento perfecto de lo ocurrido en esta mañana.

Todo el ejército siguió á la vanguardia, pasando por Talavera, y tomó posicion en el olivar que hay entre esta villa y el río Alberche. El ejército británico, en la noche del 21 hizo su marcha desde Oropesa, y al amanecer del 22 se hallaba ya reunido al nuestro; y mientras la vanguardia atacaba y arrollaba al enemigo, atravesó igualmente por Talavera para tomar la posición de nuestra izquierda según el plan convenido. Era ciertamente, Exemo, Sr., una vista majestuosa la del ejército combinado, formado en un llano de dos leguas, marchar al enemigo, y muy brillante á la verdad la que presentaba el inglés, que caminaba en un orden inimitable. Toda la tarde del 22 se estuvo batiendo el campo enemigo, donde tomamos algunos prisioneros entre el bosque y los olivares, que no pudieron alcanzar al cuerpo de su vanguardia, retirado precipitadamente por la intrépida carga de nuestra caballería.

En todo el día 23 no ocurrió cosa alguna particular, y todo él se empleó en hacer reconocimientos de la posicion del enemigo, que habia reconcentrado sus fuerzas en el pueblo de Cazalegas y alturas inmediatas, teniendo una fuerte vanguardia sostenida de algunas piezas de artillería, sobre el puente y vados del río Alberche, que estuvieron haciendo fuego la mayor parte del día á nuestras partidas de guerrilla.

Acordé con el General en Jefe del ejército de S. M. B. Sir Arthur Wellesley el ataque del puente y vados antes que amaneciese el 24 y para el efecto hice salir á la quinta division de infantería, al mando del Mariscal de Campo D. Luis Alejandro Bassecourt en la tarde del 23, para que pasando por el vado de Cardiel, tres leguas distante de Talavera, hiciese una marcha por las alturas de su frente, para caer al amanecer del 24 sobre la retaguardia y flanco derecho del ejército enemigo sobre Cazalegas; pues á esta hora ya debía yo hallarme por su flanco izquierdo y parte de su frente, y el ejército inglés por toda su derecha. La fuga del enemigo en la noche del 23 destruyó este plan, y cuando al amanecer del 24 vimos el campo enemigo libre, creí preciso perseguirle con solo mi ejército (pues el británico permaneció en Cazalegas y orillas del Alberche), esperanzado de alcanzar á toda su retaguardia ó parte de ella. Las noticias que inmediatamente adquirí de su direccion, eran, de que la mitad de las fuerzas habia tomado el camino de Santa Olalla y Cebolla, y con este motivo dividí mi ejército para que siguiese en ambas direcciones. A pesar de la marcha forzada de mis columnas que en pocas horas hicieron sin descanso esta jornada, no pudo conseguirse el objeto, porque el enemigo habia empezado su retirada temprano y caminaba á un paso veloz. Me situé el 24 en Santa Olalla: hice venir á esta villa las divisiones que habian marchado á Cebolla, á excepcion de la quinta, que dejé de observacion en este pueblo y se situó la vanguardia en las cercanias de Alcabon, desalojando las partidas enemigas que le ocupaban; batidas que fueron éstas por las nuestras, se les persiguió hasta las inmediaciones de Torrijos, en cuyo pueblo estaba fuerte y habia ya tomado posicion un cuerpo de su ejército. Todo el día 25 se pasó en dar algún descanso á las tropas y en proporcionarles víveres, que se consiguieron con suma escasez y nunca llenaron las necesidades. Las partidas enemigas en este día, hicieron varias tentativas,

ya para desalojar las nuestras de sus puntos, ya para hacer reconocimientos de nuestras posiciones y de ambos fines se les privó por la intrepidez de los Comandantes de guerrilla que los atacaban en todos sentidos, é impidieron constantemente el acercarse. A las nueve de la noche de este día tuve avisos de que el enemigo se dirigía en fuerza sobre Torrijos, y que todo su ejército estaba en movimiento, aunque las noticias no detallaban la dirección principal del grueso de él. En consecuencia, hice mis prevenciones á los Generales, despachando avisos al General Wellesley; y por consecuencia de su determinacion y dictamen, y en vista de hallarse atacada fuertemente mi vanguardia en la mañana del 26, por fuerzas muy superiores; é indicar el enemigo querer empeñar un ataque general, resolví retroceder hacia el Alberche para nuestra reunion, que verifiqué en la tarde del mismo día.

Los partes del Brigadier D. José de Zayas y del Teniente General Duque de Albuquerque, demuestran la accion que sostuvieron en la mañana de este día y en la cual acreditaron suma firmeza y valor los cuerpos que se mencionan, así como la dirección, prevision y serenidad de aquel Brigadier y este General, tantas veces acreditadas, no menos que el ardiente deseo con que ambos anhelan ocasiones de llenarse de gloria.

Así concluyó, pues, la tarde del 26; y habiendo conferenciado con el General Wellesley en esta noche sobre nuestra situacion, quedó resuelto, que mi ejército repasaría el Alberche al amanecer del siguiente día y tomaría la derecha de la línea convenida, y el suyo toda la izquierda. La vanguardia inglesa permaneció esta noche en Cazalegas y sus alturas, al mando del Teniente General Sherbrook; pero debía retirarse también á la parte de acá del citado río, como lo verificó en la mañana del 27.

Es de advertir, que habiéndose retirado al amanecer del 24 el mariscal Víctor del punto que ocupaba del otro lado del Alberche, huyendo del ataque determinado para el amanecer de este día por el ejército aliado, consiguió reunirse en las inmediaciones de Toledo con el cuerpo de ejército del general Sebastiani y 8.000 hombres de la guardia del rey intruso, quien tomó el mando de todo él, ayudado de los generales Jourdan y Víctor y del general Sebastiani.

Considerando que el enemigo quería empeñar una accion general, en vista de los partes que frecuentemente llegaban de haber avanzado y ocupado á Santa Olalla con todo su ejército; en la tarde del 26, adelantando su vanguardia en la dirección del ejército aliado, se tomó al amanecer del 27 la posición convenida, y el general Wellesley ordenó al general Mackenzie que con una division de infantería y una brigada de caballería inglesa quedase en el olivar del lado derecho del Alberche para que, sirviendo de vanguardia, cubriese el flanco izquierdo de su ejército.

La posición en que estaba situado todo el ejército combinado, ocupaba una extension de tres cuartos de legua. La derecha que apoyaba en el Tajo, estaba cubierta por nuestras tropas; extendiéndose por delante de Talavera el terreno, por la izquierda guarnecido por el ejército inglés, era abierto y dominado por una altura elevada, sobre la cual se colocó en escalones con segunda línea competente una division de infantería inglesa á las órdenes del general Hill. Había entre esta altura y una cordillera de montañas mas distantes, una cañada, que el General en Jefe inglés Wellesley no mandó ocupar al principio, en consideracion á que era dominada por la expresada altura y porque le pareció demasiadamente distante para influir

en la expresada accion. Todo el terreno que ocupaba el ejército español está cubierto de olivos con bastantes sinuosidades, barrancos y vallados. El camino real que dirige al puente del Alberche estaba defendido por una fuerte batería, al frente de la ermita de Nuestra Señora del Prado que ocupaba nuestra infantería: las demás avenidas del pueblo estaban defendidas de un modo semejante. Talavera lo estaba por la guarnicion señalada al efecto, y el resto de la infantería española, formado en dos líneas, estaba situado detrás de un vallado que está á la salida del pueblo y formaba línea con la posicion inglesa. En el centro y entre los dos ejércitos, había un pedazo de terreno alto en que los ingleses empezaron á construir un buen reducto, teniendo á su espalda una porcion regular de terreno llano. Dicho punto le ocupó el General inglés Campbell, que mandaba una division de infantería, sostenida por la brigada de dragones del General Cotton y por algunos otros cuerpos de nuestra caballería.

Colocado el ejército combinado en esta forma, se presentó el enemigo en una fuerza considerable, manifestando desde luego querer atacar la division de vanguardia del general inglés Mackenzie. Con efecto, emprendió el ataque antes que este pudiese retirarse á su posicion; pero estas valientes y disciplinadas tropas que se componían de la brigada del general Mackenzie, la del coronel Donkens, la brigada de caballería del general Anson y sostenidos estos cuerpos por el general Payne con los otros cuatro regimientos de caballería situados en la llanura de Talavera y el olivar, se retiraron en un orden admirable, aunque con alguna pérdida en el olivar, particularmente en dos cuerpos de los que componian esta division. La disciplina, firmeza y valor de todas estas tropas, así como la maestría y conocimientos del general Mackenzie se acreditaron en todos estos movimientos; siendo digno este general de los mayores elogios y admiracion, por la pericia y serenidad con que condujo y retiró esta division sobre la izquierda de su ejército.

Crecía el número de enemigos sobre el lado derecho del Alberche, á proporcion que el dia se adelantaba y todo indicaba su resolucion de dar batalla al ejército combinado.

Al oscurecer empezó su ataque por un fuerte cañoneo y carga de toda su caballería sobre la derecha; ocupada por la infantería española, con el objeto, al parecer, de romper la línea que guarneciamos en la forma detallada: pero fué recibido con un fuego formidable y perfectamente bien sostenido así de fusil como de cañón, que le desconcertó y puesto en fuga como á las ocho y cuarto de la noche, adelantó el enemigo una fuerte division por el valle á la izquierda de la altura que ocupaba el general inglés Hill, de la cual con suma pérdida logró posesionarse momentáneamente; pero Hill les cargó á la bayoneta en el instante, con el mayor denuedo y la recuperó. Repitió el enemigo durante la noche este ataque, pero siempre sin fruto y perdiendo mucha gente. Volvió al amanecer del día 28 con dos divisiones de infantería; pero siempre fué rechazado por el bizarro Hill, á quien no arredraban estas repeticiones, ni el aumento progresivo de fuerzas con que las hacian.

El General Wellesley, en consecuencia de los repetidos ataques del enemigo por el valle del lado izquierdo de la altura, mandó colocar en ella dos brigadas de su caballería. Los franceses, en vista de este movimiento, guarnecieron de tiradores la cordillera de montañas á la izquierda del valle, los cuales fueron atacados por la quinta division de infantería de mi ejército,

al mando del Mariscal de Campo D. Luis Bassecourt, que los desalojó del puesto con mucha pérdida.

El ataque general empezó por la marcha de diferentes columnas de infantería enemiga en el valle, con el objeto de atacar la altura ocupada por el General Hill. Estas columnas fueron cargadas por dos cuerpos de dragones ingleses al mando del General Anson, dirigidos por el Teniente General Payne y sostenidos por la brigada de línea del General Tanné. Padejó mucho uno de los dos regimientos de dragones ingleses, pero la carga produjo el efecto de desconcertar el plan del enemigo y de causarle una horrible pérdida. Al mismo tiempo cargaron los franceses la posición del centro del ejército que ocupaba el General inglés Campbell, y por su derecha el Teniente General D. Francisco de Eguía. Fué rechazado completamente el enemigo por ambos generales, á cuya infantería sostenía el regimiento de caballería del Rey, y la division del Teniente General Don Juan de Henestrosa. Este cuerpo se llenó de gloria en la carga que hizo sobre la infantería enemiga, habiendo destrozado la columna que atacó; y dando lugar á que se tomase por la infantería inglesa, protegida por la española, la artillería enemiga. En el mismo instante que esto sucedía, el enemigo atacó vivamente el centro del ejército inglés, que mandaba el General Sherbrooke. El ataque fué recibido con extraordinaria gallardía y batido el enemigo por toda la division inglesa á bayoneta calada; pero la brigada de guardia inglesa, que en su carga no conocía límites para avanzar, su mismo ardor la precipitó, é hizo adelantar demasiado, viéndose en consecuencia obligada á retroceder bajo los fuegos de la segunda línea, compuesta de la brigada de caballería del General Cotton, y de un batallon de infantería destacado de la altura por el General Wellesley, luego que observó que se adelantaban los guardias. El general Howart que mandó la caballería inglesa se condujo con la mayor bizzarria, é hizo los mas importantes servicios.

Al Teniente General D. Francisco de Eguía, mi segundo en el mando del ejército, puse sobre mi izquierda con las divisiones tercera, cuarta y quinta del mando de los Generales Marqués de Portago, D. Rafael Manglano y D. Luis Alejandro Bassecourt; pero la de este General pasó á sostener la division de caballería del Teniente General Duque de Alburquerque, que había destacado de refuerzo al ejército británico. Traslado los partes que me han dado los Generales que se expresan, para conocimiento de S. M.

Yo tomé á mi cuidado inmediato el centro y derecha, sin embargo de acudir al todo, y ví con suma satisfaccion que los Generales de la primera y segunda division los Mariscales de Campo Marqués de Zayas y D. Vicente Iglesias, llenaron sus deberes, así como el de la reserva D. Juan Bernuy y el Teniente General D. Juan de Henestrosa que mandó la primera division de caballería, acudían á los parajes por donde intentaba penetrar el enemigo, ó amenazaba hacerlo.

La pérdida de los enemigos es formidable: dejaron en el campo de batalla de 4 á 5.000 muertos, y se regula según todas las noticias recibidas, en 5.000 el número de heridos. Han tenido dos ó tres Generales muertos, varios heridos y 400 oficiales lo menos. Les hemos tomado 16 piezas de artillería, con muchos carros de municiones; y su derrota fué de las mayores, atendido á que fué una batalla sobre la defensiva. Los ingleses han tenido muertos al General Mackencie, y al Brigadier General Langwerth

y muchos otros oficiales de graduacion y mérito distinguido. El número de sus oficiales muertos y heridos llega á 260, y á 5.000 el de la tropa. Nuestra pérdida ha sido considerablemente menor: ha salido herido el Mariscal de Campo D. Rafael Manglano: hemos tenido 50 oficiales muertos y heridos y 1.150 individuos de tropa). Nuestra artillería se ha portado bizarramente, y los nombres de los oficiales que particularmente se han distinguido, van expresados en los partes que he copiado de los Generales.

Faltaría á mi deber si no explicase á V. E., para noticia de S. M., que es superior á todo elogio la conducta del Jefe inglés Sir Arturo Wellesley y la de los Generales, Jefes, Oficiales y tropa de su valiente ejército. El mío entero ha sido testigo del heroico entusiasmo con que estos fieles aliados han derramado abundantemente su sangre en defensa de nuestra libertad, y no hallo expresiones con que demostrar el agradecimiento que reina en nuestros corazones. He oido con suma complacencia á mi ejército victorearle después de la batalla, y mezclar en sus demostraciones de afecto y de reconocimiento los nombres de Patria y Fernando, con los de nuestros esforzados y fleles aliados. Dejo la recompensa de estos altos y eminentes servicios á S. M., que sabrá con mano generosa acreditar á la nacion británica, por medio de condecoraciones á sus Generales, el aprecio y estimación que merecen por sus heroicos servicios.

Recomiendo á V. E. particularmente al Brigadier D. Santiago Whittingham, que sigue al ejército español y ha sido herido de bastante consideracion, estando al frente de nuestras tropas en lo mas fuerte del ataque y animándolas con su ejemplo y bizarría: á los Coroneles Lord Vizconde Macduff y D. Felipe Roche, que han manifestado un valor extraordinario en esta batalla, acudiendo á todos los puntos de la línea donde había el mayor riesgo y mostrando la adhesion particular á nuestra justa causa, difícil de explicar dignamente; como tambien al Teniente Coronel Campbell, que está en la vanguardia del ejército hace cuatro meses, sirviendo siempre con mucha distincion. El Teniente Coronel D. José O-Lowlor, Comandante del regimiento de caballería de Borbon y comisionado cerca del ejército inglés, estuvo durante toda la batalla al lado del General Wellesley, y por su valor y conducta militar, ha merecido la recomendacion de este dignísimo General.

Los Mariscales de Campo D. Ramon Villalba, marqués de Malespina; D. José María Alós, mayor general de infantería; D. Manuel Zapino, comandante general de ingenieros; D. Gregorio Rodríguez, comandante general de artillería, y D. Tomás O'Donoju asistieron á mi inmediacion durante toda la accion, para ejecutar las providencias que yo tomaba; los brigadieres marqués de Ariza, D. José Navarro Falcon, D. José de la Cruz, D. Carlos Gonzalez de Bárcena y D. Manuel Fournas ejecutaron lo mismo: mis ayudantes de campo el brigadier marqués de Malpica, el teniente coronel D. Juan de la Cuesta y el capitan D. Ildefonso Nieto estuvieron en continuo movimiento, comunicando mis órdenes con exactitud y desprecio del riesgo; asimismo los tenientes coroneles D. Ignacio Balanzat y D. Alejandro de Hore y los capitanes D. Manuel de Alcalá y D. Miguel Collingh empleados en mi secretaria.

Merece particular atencion el regimiento de caballería del Rey, por la intrepidez con que atacó y destruyó una columna de infantería enemiga. Su Coronel, D. José María de Lastra, fué herido á los principios de la carga y le sucedió en el mando y en el valor su Teniente Coronel D. Rafael

Valparda. El Capitan D. Francisco de Sierra se distinguió muy particularmente, tomando un cañon y arrollando cuanto se le oponía: el Alférez D. Pablo Cataneo, de edad de 16 años, mató por su mano cuatro franceses, y todos los demas jefes y oficiales de este regimiento manifestaron á porfía su valor y disciplina.

Cuartel general de las Casas de la Oliva 7 de Agosto de 1809.—Gregorio de la Cuesta.—Excmo. Sr. D. Antonio Cornél.

PARTE CUARTO

Parte de la batalla de Talavera, dado por el General de las tropas británicas al Primer Ministro Lord Castlereagh.

Talavera de la Reina 27 de Julio de 1809.—Mi Señor.—El General Cuesta, en la mañana del 24, siguió los pasos del enemigo con su ejército desde el Alberche hasta Santa Olalla y avanzó su vanguardia hasta Torrijos.

Por las razones que manifesté á usted en mi carta del 24, puse en movimiento solamente dos divisiones de infantería y una brigada de caballería, con orden de que pasaran el Alberche en Cazalegas, bajo el mando del Teniente General Sherbrooke, con la mira de mantener franca la comunicacion con el General Cuesta y con el cuerpo que manda Sir Robert Wilson en Escalona.

Parece que el general Venegas no ejecutó el plan de operaciones relativo al cuerpo de su mando, y que se mantuvo con su cuerpo en Daimiel, en la Mancha; y el enemigo en los días 24, 25 y 26 reunió todas sus fuerzas entre Torrijos y Toledo, dejando un pequeño cuerpo de 2.000 hombres en esta ciudad.

Todo su ejército se componía del cuerpo del mariscal Víctor, del general Sebastiani de 7 á 8.000 hombres de la guardia de José Bonaparte y de la guarnición de Madrid. Tomó el mando José Bonaparte, auxiliado por los mariscales Jourdan y Víctor, y el general Sebastiani.

Las avanzadas del general Cuesta fueron atacadas el día 26 cerca de Torrijos, habiendo tenido que replegarse, y el general se retiró con su ejército aquel día á la orilla izquierda del Alberche, permaneciendo el general Sherbrooke en Cazalegas, y llegando el enemigo hasta Santa Olalla.

Era claro que el enemigo se proponía dar una batalla y para ello pareció que la mejor posicion eran las cercanías de Talavera. El general Cuesta se convino en tomar su posicion en la mañana del 27, y yo mandé al general Sherbrooke que se retirara, tomando su puesto en la línea, dejando al general Mackenzie con una division de infantería, y una brigada de caballería y un puesto avanzado en el monte al lado derecho del Alberche, que cubría nuestro flanco izquierdo.

La posicion que tomaron las tropas en Talavera ocupaba mas de dos millas: el campo estaba franco por la izquierda que ocupaban las tropas británicas, y le dominaba una altura, en la cual se puso por escalones y formando segunda línea una division de infantería, mandada por el Mayor General Hill.

Entre esta altura y una cadena de montes, mas hacia la izquierda, hay un valle que no se ocupó porque estaba dominado por la mencionada altu-

ra, y la cadena de montes estaba bastante lejana para poder influir sobre la accion.

La ala derecha la *ocupaban las tropas españolas*, extendiéndose desde el frente de Talavera hacia el Tajo. Esta parte del campo estaba cubierta por un olivar y muy cortada con eminencias y zanjas. El camino real, que pasa por el puente que hay sobre el Alberche, estaba defendido por una batería puesta delante de *una iglesia que ocupaba la infantería española*. Del mismo modo se hallaban defendidas todas las entradas del pueblo que estaba ocupado por los españoles, y *el resto de la infantería de éstos* se hallaba formada en dos líneas, detrás de las márgenes de los caminos que conducían desde el pueblo, y el lado derecho, al izquierdo de nuestra posicion.

En el centro de los dos ejércitos se levantaba el terreno y en su cresta se comenzó á formar un reduto con salida franca por su retaguardia.

El Brigadier Alejandro Campbell se colocó en este punto con una division de infantería, sostenida por la espalda por la brigada de dragones del General Cotton *y alguna caballería española*.

Cerca de las dos de la mañana del día 27 se presentó el enemigo en fuerza á la orilla izquierda del Alberche, y se descubrió que su intencion era la de atacar la division del general Mackenzie.

Atacaron en efecto antes que pudiera retirarse; pero las tropas que formaban las brigadas del general Mackenzie y del coronel Donkens, y la caballería al mando del general Anson sostenidas por el general Payne con otros cuatro regimientos en el llano que media entre Talavera y el monte, se retiraron con el mejor orden, aunque con alguna pérdida, de la que padecieron particularmente en el bosque el segundo batallon del regimiento 87 y el segundo del 31.

En esta ocasion el regimiento 45 y el 5.º batallon del 60 se distinguieron por su firmeza y disciplina; y yo tengo motivos particulares para estar satisfecho del modo con que el mayor general Mackenzie logró retirar su guardia avanzada.

A medida que avanzaba el día el enemigo se presentó en mayor número sobre el lado derecho del Alberche, y ya no pudo dudarse de que venía resuelto á dar un ataque general al ejército combinado.

El General Mackenzie continuó retirándose por escalones sobre la izquierda de este y se colocó en segunda línea detras de los guardias; habiéndose colocado el Coronel Donkens en igual posicion mas allá de la izquierda y á retaguardia de la legion Real alemana.

El enemigo dió principio al ataque al ponerse el sol, cañoneando el ala izquierda de nuestra posicion y *empeñándose con la caballería en romper la infantería española*, que, como tengo dicho, *ocupaba el lado derecho. Pero este ataque le salió mal*.

En lo alto de la altura que ocupaba el General Hill, de la que se apoderó momentáneamente; mas el Mayor General Hill atacó á la bayoneta inmediatamente, y la volvió á ganar.

Volvieron los franceses á repetir el ataque durante la noche, y siempre sin fruto, y lo repitieron al rayar el día del 28 con dos divisiones de infantería; mas fueron rechazados por el Mayor General Hill.

Este me ha hecho una particular mencion del modo con que en estos lances se condujo el regimiento 29 y el primer batallon del 48, así como el Mayor General Tilson y el Brigadier General Ricardo Stewart.

Hemos perdido algunos oficiales y soldados valientes en la defensa de este punto importante de nuestra posicion, no pudiendo dejar de citar entre otros al Brigadier Mayor Fordice y al de igual clase Gradner. El Mayor General Hill ha quedado herido, aunque tengo el gustó de saber que ligeramente.

Al mal éxito de este ataque se siguió por la tarde uno general, dado por el enemigo con toda su fuerza sobre toda la parte de la posicion que ocupaba el ejército inglés.

Habiendo visto el porfiado empeño con que acometía las alturas que estaban á nuestra izquierda en el valle, coloqué en este dos brigadas de caballería inglesa, *sostenidas por la division española de la misma arma, que mandaba el Duque de Alburquerque.*

El enemigo entonces colocó cuerpos de infantería ligera en la cadena de montes que hay al lado izquierdo del valle, mas fueron *contrarestados por una division de infantería española á las órdenes del Teniente General Bassecourt.*

Dió principio el ataque general marchando varias columnas de infantería al valle, con la idea de atacar la altura que ocupaba el Mayor General Hill; pero fueron inmediatamente cargadas por el primero de dragones ligeros alemanes y el 23 de dragones mandados por el General Anson, dirigidos por el General Payne y sostenidos por la brigada de caballería pesada que mandaba Fane; y aunque el 23 de dragones sufrió una gran pérdida, la carga consiguió el fin de derrotar aquella parte del plan del enemigo.

Este, al mismo tiempo se dirigió á atacar la posicion que ocupaba el Brigadier General Alejandro Campbell, en el centro de los dos ejércitos combinados y ala derecha del británico; mas este ataque fué rechazado ventajosamente por el Brigadier General Campbell, sostenido por el *regimiento del Rey de la caballería española*, y el Brigadier General Campbell se apoderó de los cañones enemigos.

Dicho Brigadier alaba con particularidad la conducta que guardaron el regimiento 97, el segundo batallon del 7 y el segundo del 53. *y yo estoy altamente satisfecho del modo con que se defendió esta parte de la posicion.*

Fué coetáneamente atacada la division del Teniente General Sherbrooke que se hallaba en la izquierda y centro de la primera línea del ejército inglés; pero este ataque fué valerosamente rechazado por una carga á la bayoneta de toda la division; mas habiendo avanzado demasiado la brigada de guardias que estaba á la derecha, quedó expuesta por su izquierda al fuego de la batería enemiga y de las columnas francesas en su retirada; y así la division tuvo que replegarse á su primera posicion, cubriéndose con la segunda línea de la brigada de caballería del General Cotton, que yo saqué del centro y con el primer batallon del regimiento 48.

Yo había hecho avanzar á este regimiento desde su primera posicion sobre las alturas, así que ví el avance de los guardias: se formó en la llanura y se dirigió al enemigo cubriendo la formacion de la division del General Sherbrooke.

Poco tiempo despues de haberse rechazado este ataque general, en el que el enemigo empleó, á lo que parece todas sus tropas, comenzó su retirada atravesando el Alberche y la verificó con el mayor orden durante la noche, habiendo abandonado 20 cañones, las municiones, carros y algunos prisioneros.

Usted observará por el estado adjunto, que hemos tenido una gran pérdida de excelentes oficiales y soldados en esta larga y pesada acción, sostenida contra una fuerza doble. La del enemigo era muy superior. Acabo de saber que brigadas enteras de infantería han sido destruidas, y á la verdad, los batallones al retirarse manifestaban los flacos que iban de fuerza. La pérdida enemiga se calcula que llega á 10.000 hombres: han quedado muertos los Generales Lapisse y Morlet, y los de igual clase, Sebastiani y Boulet, están heridos.

No puedo menos de lamentar particularmente la pérdida que hemos sufrido en el Mayor General Mackenzie, que se distinguió el día 27: del Brigadier General Langworth, de la legion Real alemana y del Brigadier Mayor Beckett, de guardias.

Usted advertirá que los ataques del enemigo se dirigieron, sino entera, principalmente contra las tropas británicas. *El General en Jefe español, sus Oficiales y sus tropas se prestaron á asistirnos, y los que de ellos entraron en acción llenaron sus deberes; pero el paraje que ocupaban era de tal importancia y su frente al mismo tiempo tan difícil, que yo tuve por conveniente el no prevenirles que hicieran movimiento alguno sobre la izquierda enemiga, aun en lo recio de la acción.*

Tengo motivos para estar satisfechos de la conducta de todos los oficiales y tropas; y debo mucho al Teniente General Sherbrooke por la asistencia que me dió y por el modo con que su division dió la carga á la bayoneta.

Tambien debo mucho al Teniente General Payne y á la caballería, particularmente á la brigada del General Anson; á los Mayores Generales Hill y Tilson; á los Brigadieres Generales Alejandro Campbell, Richard Stewart y Cameron, y á la division y brigadas de infantería y á sus Comandantes, en especial al regimiento 29 mandado por el Coronel White; al primer batallon del 48, su Coronel Donnellan y al Mayor Mildemore, que tomó el mando luego que este quedó herido; al segundo batallon del 7, mandado por el Teniente Coronel Sir Guillermo Miguers; al segundo batallón del 53, mandado por el Teniente Coronel Bingham; al 27, mandado por el Coronel Lyen; al primero de los destacamentos que mandó el Teniente Coronel Bunbury; y al segundo del 31, mandado por el Mayor Watson; al del 45, que mandaba el Teniente Coronel Guand; y el quinto del 60 mandado por el Mayor Davy el día 27.

El Brigadier General Campbell condujo con mucha bizarría el avance de la brigada de guardias, la que cuando fué necesario su retiro, se volvió á formar en el mejor orden.

La artillería, mandada por el Brigadier General Howorth hizo tambien en estos días el mayor servicio y tengo motivo para estar satisfecho de la asistencia que recibí del Ingeniero en Jefe, Teniente Coronel Fletcher, del Ayudante General Brigadier General el Hon. C. Stewart; del cuartel maestre general coronel Murray, y de los oficiales de estas dependencias y del Coronel Bathurst y oficiales de mi personal estado mayor.

Tambien me han hecho muchos servicios *el Coronel español O-Lowlor y el Brigadier General Whittingham, que fué herido al conducir dos batallones españoles en auxilio del Brigadier General Alejandro Campbell.*

Remitió este parte por el Capitan Lord Fitzroy Somerset, que dará á usted mas noticias y á quien me tomo la libertad de recomendar.—Tengo el honor de ser etc. Arthur Wellesley.

PARTE QUINTO

Parte de la batalla de Talavera, dado por el General francés á su Gobierno.

Oficio del Mariscal Jourdan á S. E. el Ministro de la Guerra.—Campo Real de Vargas á 30 de Julio de 1809.—Por el parte dado á V. E. desde Navalcarnero, fecha el 23 del corriente, habrá visto V. E. las disposiciones que S. M. trataba de tomar para preparar el combate contra el ejército inglés.

El día 24 llegó S. M. con el cuerpo de reserva á Cabañas, que yace en el camino de Toledo á Madrid, y en el mismo día S. E. el Mariscal Victor se retiró al lado izquierdo del Guadarrama y se situó en la desembocadura de este río en el Tajo. Al mismo tiempo el General Sebastiani hacía su movimiento sobre Toledo, verificándose con esto la reunion del cuerpo primero con el cuarto de la reserva.

El día 26 mandó S. M. que el ejército pasara á Torrijos. El cuerpo primero iba en la vanguardia, reforzado con la division de caballería ligera que mandaba el General Merlin, que sacó el Rey del cuarto cuerpo, dejando en Aranjuez y Toledo la fuerza necesaria para conservar seguro el paso de los puentes.

La caballería ligera del primer cuerpo se encontró con los puestos avanzados del ejército español en Torrijos: se supo que el grueso de ésta se hallaba en Santa Olalla, y que habia emprendido un movimiento sobre Toledo. Batimos facilmente los puestos avanzados del enemigo, y Cuesta noticioso de nuestro movimiento tuvo por oportuno retirarse á Talavera, pero alcanzamos su retaguardia, y la acuchillamos delante de Santa Olalla.

Todo el ejército francés acampó en este pueblo, habiendo puesto en el Brao su vanguardia; y los puestos avanzados avisaron que se hallaban al frente de los ingleses. En efecto, el ejército británico estaba en Talavera y tenia apostada en Cazalegas una gran guardia, compuesta de algunos batallones y de un regimiento de caballería.

El 27 se dirigió nuestro ejército al Alberche, habiendo arrojado á los ingleses de Cazalegas y á las tres de la tarde estábamos todos reunidos á las márgenes de este río, con los tiradores al lado izquierdo. Nos quedamos en observacion de sus movimientos y creyendo que el enemigo se retiraba á Oropesa, S. E. el Duque de Belluno, que conocia perfectamente los alrededores de Talavera, advirtió que los ingleses tomaban una posicion fuerte, apoyando su derecha sobre Talavera y la izquierda sobre una loma, con una grande avanzada en los arbolados que hay á la orilla izquierda del Alberche. El Rey resolvió acometer sin pérdida de momento al enemigo: el Mariscal Duque de Belluno hizo atacar los arbolados en donde estaban los puestos avanzados ingleses, que se *defendieron vivamente*; mas al fin cedieron y el Duque se acercó hasta el tiro de cañón de la punta en donde se apoyaba el ejército británico. En el entretanto, la division de Latour Maubourg, la division de Milhau y la de Merlin habian pasado del lado derecho del Alberche y marchaban por la llanura que hay entre el Tajo y la arboleda, de la que se hacia salir á la vanguardia de los ingleses, siguiendo los movimientos el cuarto cuerpo de la reserva.

Debe advertirse que todo el ejército inglés se aproximaba á la loma,

mientras que el español permanecía detrás de Talavera: se creyó que convenía dar una investida á la loma que servía de apoyo al ala izquierda del ejército inglés, para no darle tiempo de fortificarse; pero despues de algunos esfuerzos, viendo el Duque de Belluno que venía la noche y que el enemigo tenía fuerzas suficientes, dejó la empresa para el día siguiente y el ejército acampó á tiro de cañon del enemigo.

El día 28 se empenó la batalla con un nuevo ataque que el Duque de Belluno dió á la loma. El cuarto cuerpo marchó en dos filas contra el centro enemigo. La reserva se colocó de modo, que estaba en disposicion de apoyar los puntos de la línea, en caso necesario. Los soldados marcharon con una audacia nada comun y despues del combate mas vivo, mas porfiado y mas sangriento, el ejército francés hubo de retirarse, abandonando la loma y á Talavera, que eran los puntos principales de la línea.

Los cuerpos segundo, quinto y sexto, reunidos en Salamanca, bajo el mando de los Mariscales Duque de Dalmacia, de Treviso y de Elchinguen, marcharon desde la primera ciudad á Plasencia y á estas horas deben estar muy cerca del ejército. Esperamos que estos movimientos produzcan los resultados mas felices; porque antes de su reunion, la parte mas pequeña de las fuerzas que S. M. el Emperador tiene en España, ha bastado para vencer al enemigo.

Parte del cuarto cuerpo vuelve á las cercanías de Aranjuez, á contener los movimientos que pueda hacer en esta parte el cuerpo español que manda Venegas.—Jourdan (1).

(1) Moniteur del 25 de Agosto de 1809

Los apéndices correspondientes á la batalla de Talavera están sacados de la *Gaceta* del Gobierno ó de la obra que D. José Canga Argüelles publicó en Londres el año de 1809 con el título de «Observaciones sobre la Historia de la Guerra de España que escribieron los señores Clarke, Southey, Londonderry y Nápier.»

Están equivocadamente escritos los nombres de algunos generales ingleses ó franceses; pero en el texto van bien, y el lector podrá corregirlos por sí mismo sin nuevas rectificaciones por nuestra parte.

ÍNDICE DEL TOMO VI

Páginas.

| | |
|---|--------|
| CAPÍTULO I.—ALCAÑIZ Y BELCHITE.—Estado de Aragón.—Rendición de Jaca.—De Monzón.—Resiste Mequinenza.—Expedición de Briche á Cataluña.—Pasa Mortier á Castilla.—Derrota de los franceses en Monzón.—Laval se retira á la línea del Martín.—El general Suchet.—Su cuerpo de ejército.—Ejército de Valencia y Aragón.—El general Blake toma la ofensiva.—Entra en Alcañiz.—Sale Suchet á su encuentro.—Batalla de Alcañiz.—Descripción del terreno.—Línea de los españoles.—Avanzan los franceses.—Comienza la batalla.—Ataque á los Pueyos.—Segundo ataque á los Pueyos.—Ataque al centro.—Es también rechazado.—Pérdidas en uno y otro campo.—Retírase Suchet.—Conducta de Blake.—Recibe refuerzos.—Emprende la marcha á Zaragoza.—Fuerza del ejército español.—Preparativos de Suchet.—Batalla de María.—Formación de los franceses.—La de los españoles.—Avanzan los nuestros.—Son rechazados.—Gran tempestad.—Ataca la izquierda francesa.—Derrota de la derecha española.—Ataque á nuestro centro.—Dispersión general.—Pérdidas.—Observaciones.—Los españoles se retiran á Belchite.—Acción de Belchite.—Posiciones españolas.—Atacan los franceses.—Nueva derrota.—Operaciones sucesivas de Suchet.—Su conducta posterior.—Resultados de la campaña... | 5 á 80 |
|---|--------|

- CAPÍTULO II.—PORTUGAL Y GALICIA.—Soul en Oporto.—Reconquista de Chaves.—Liberación de Tuy por los franceses.—Sucesos de Galicia.—Junta de Lobera.—D. Joaquín Tenreiro.—Distribución de mandos.—Sitio de Vigo.—Tratos de capitulación.—Nuevas discordias en los españoles.—Encumbramiento de Morillo.—Capitula el francés.—Socorro tardío.—Sitio de Tuy.—Barrio, comandante en jefe.—Se levanta el sitio.—Los franceses abandonan á Tuy.—Operaciones de Romana.—Toma de Villafranca.—El ejército se acantonaba en el Vierzo.—El brigadier Carrera, en Sanabria.—Trasládase Romana á Oviedo y Mahy toma el mando del ejército.—Mahy en Galicia.—Romana en Oviedo.—La Junta del Principado.—Invasión de Asturias por Ney.—Movimientos preliminares.—Conferencia con Kellermann.—Entra Ney en Asturias.—Ocupa á Oviedo.—Acude Kellermann desde León.—Movimientos sucesivos de Ney.—Vuelve á Galicia.—Mahy contra Lugo.—Soul pretende la corona de la Lusitania septentrional.—Efecto producido en el ejército.—El Capitán D' Argentón.—Situación militar del ejército francés.—Sir Arturo Wellesley, general en jefe de los Aliados.—El ejército portugués.—El Gobierno inglés.—Primeras operaciones de Wellesley.—Recursos con que contaba.—Su plan de campaña.—Operaciones de Silveira en el Tamega.—Avanza Wellesley.—Sorpresa fracasada en Albergaría.—Acción de Grijó.—Retirada de Franceschi á Oporto.—Inacción de Soul.—Comienza á tomar disposiciones.—No le secundan sus inferiores.—Paso del Duero por los ingleses.—Murray lo cruza por Avintes.—Lord Paget, ocupa el Seminario.—Retirada de Soul.—Situación crítica del ejército francés.—Continúa la retirada.—Se dirige á Orense.—Paso del Misarella.—Entra en España.—Soul en Lugo.—Soul y Ney tratan de ocupar sólidamente á Galicia.—Soul se traslada á Castilla.—Ney se dirige á Santiago.—División de La Carrera.—El conde de Maceda.—Acción de la Estrella.—El conde de Noroña.—Acción del Puente Sampayo.—Victoria de los españoles.—Retirada de Ney.—Ney evacua las provincias gallegas. 83 á 204
- CAPÍTULO III.—TALAVERA Y ALMOMACID.—Preliminares de la campaña de Talavera.—El mariscal Víctor en el Guadiana.—Entabla negociaciones con Badajoz y la Junta Cen-

tral.—Conducta de la Junta.—Lucha política entre sus miembros.—Decreto del 22 de Mayo, convocando á Cortes.—Restablecimiento de los Consejos.—Llega Lapisse al campo del mariscal Víctor.—Catástrofe de Alcántara.—Combates en el Guadiana.—Los franceses se retiran al Tajo.—Operaciones en la Mancha.—Alarma en el campo francés.—Ejército de la Mancha.—Sale á campaña.—Se retira combatiendo.—Errores del Intruso.—Situación y fuerza de los beligerantes.—Ejército de la Mancha.—El de Extremadura.—El ejército inglés.—El de Portugal.—Plan de operaciones.—Conducta de Wellesley para con Cuesta.—Fuerzas de los franceses y sus proyectos.—Comienzan las operaciones.—Cuesta cruza solo el Alberche.—Combate de Alcabón.—Batalla de Talavera.—Descripción del campo.—Posición de las tropas.—Día 27. Primer período de la batalla.—Ataque del cerro de Medellín.—Ataque á la línea española.—Día 28. Primer ataque al Medellín.—Consejo de guerra en el campo de Víctor.—Plan de un ataque general.—Ataque de la izquierda francesa.—Ataque de la derecha.—Ataque del centro.—Bajas en uno y otro campo.—Por qué terminó la batalla.—Los franceses se retiran.—Ningún resultado de la victoria.—Nuevas posiciones de los franceses.—Situación de los aliados.—Marcha de Soult á Plasencia.—Va Wellesley á su encuentro.—Se le une Cuesta.—Se retiran.—Acción del puente del Arzobispo.—Establecimiento del ejército en la izquierda del Tajo.—Ejército de la Mancha.—Plan de sus operaciones.—Lo pone en ejecución.—Se presenta en Toledo y Aranjuez.—Cambio en la conducta de Venegas.—Acción de Aranjuez.—El ejército se dirige á Toledo.—Batalla de Almonacid.—El campo de batalla.—Formación de los españoles.—Combate en la izquierda.—En la derecha y el centro.—División Vigodet.—Retirada del ejército.—Las guerrillas en Almonacid.—Bajas en uno y otro campo.—Observaciones sobre la batalla de Almonacid.—Consideraciones generales.—Consecuencias de la campaña de Talavera..... 205 á 419



FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU



7076187

